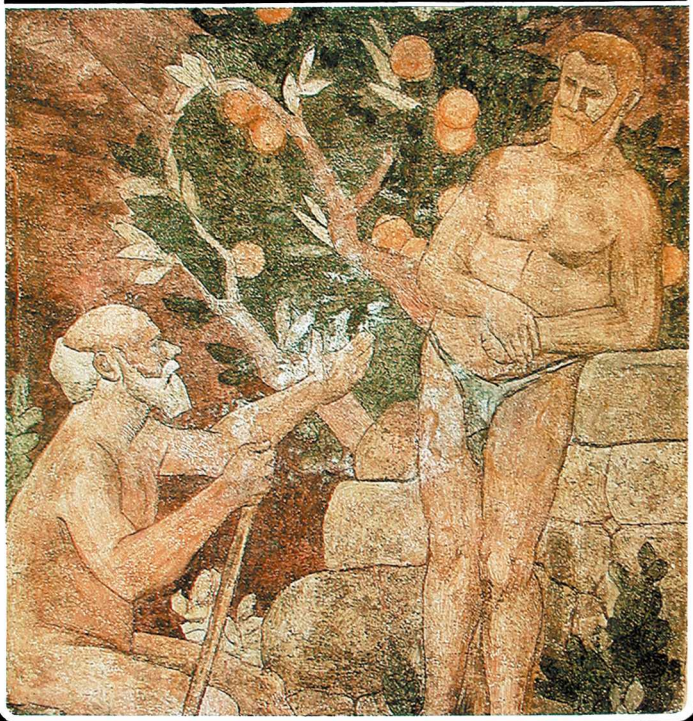
JOSE ENRIQUE RODO

# ARIEL

# MOTIVOS DE PROTEO



José Enrique Rodó

# ARIEL
# MOTIVOS DE PROTEO

Caracas: Biblioteca Ayacucho
1985

# PROLOGO A *ARIEL*

## I

LA COSTUMBRE presente de considerar *Ariel* como mera, libre y personal proposición de ideas —esto es, como "ensayo"— soslaya muy probablemente su inscripción en otra categoría literaria más acuñada y precisa. Se trata de un género hoy casi perimido pero que, en relativo auge hace tres cuartos de siglo, presentaba caracteres definidos y se regulaba por normas cuya identificación mucho ilumina el mensaje que la juventud latinoamericana había de recibir desde principios del año 1900.

Ferdinand Brunetière, en su imaginativa tesis de 1889 sobre la "evolución de los géneros", vio la oratoria sagrada del "Grand Siècle" convirtiéndose en la "prosa sensible" de Rousseau y ésta en la efusión lírica de Hugo, Lamartine y Vigny. Pero las vías por las que transcurren las sustancias literarias son tal vez más intrincadas que esta continuidad lineal y, en verdad, la elocuencia de púlpito, el empuje crítico demoledor de los "ilustrados" y el subjetivismo poético y político del soñador ginebrino y de su descendencia confluyeron para generar en la segunda mitad del ochocientos una constelación literario-ideológica de prolongada visibilidad.

Aunque estrictamente hablando vinieran de más larga data, fue a esa altura de los tiempos que adquirieron un nuevo significado muchas oraciones rectorales de colación de grados y otras piezas de elocuencia académica que las diversas circunstancias del trámite universitario suelen reclamar. Este significado —que seguirían conservando hasta nuestros días en ciertas áreas culturales— fue el de constituir una especie de "discursos del trono" de un siempre pretendiente "poder cultural", una suerte de presencia expansiva y aun imperativa del sistema educativo superior en la sociedad. Y si bien apuntaran primordialmente a las tendencias, los logros y los peligros que

en el ambiente académico fueran dables de advertir, era también habitual que esos mensajes no se inhibieran de extralimitarse a ser coherentes pareceres sobre el rumbo societal, o sobre los deberes más acuciantes de la "intelligentsia" nacional o, muy especialmente, sobre el estado de ánimo juvenil.

Es de creer que algunos de los textos más memorables de ese ejercicio hayan estado al alcance del joven despierto a todas las suscitaciones de Europa y de su entorno rioplatense que el Rodó de los veinte años era; es de creer, asimismo, que pudieran haber dejado en él una muy ahincada y callada semilla de emulación. Y si en su propio espacio americano se rastrea, es seguro que conociera la pieza muy formal con que Andrés Bello inició en 1843 su tarea rectoral en la universidad chilena; es algo menos seguro, pero muy posible, que el famoso "speech" que su admirado Emerson pronunciara en 1837 sobre *The American Scholar* y sus deberes sociales hubiera estado por entonces a su disposición. Con todo, mucho más cercana e indisputablemente se conscriben entre las fuentes de *Ariel* los discursos rectorales de Lucio Vicente López en la universidad porteña de los años noventa: como se ha demostrado alguna vez, son más que casuales los contactos doctrinales, temáticos y hasta verbales entre esos textos y la obra que al cerrar la década los seguiría.[1]

Fue, empero, más probablemente desde el medio universitario francés que el eco y el magisterio de esta modalidad pudo llegar más fuertemente hasta nuestro ámbito intelectual juvenil, tan alerta siempre a toda novedad de aquél, tan dócil a seguir, refleja, vicariamente todas sus alternativas.

De lo que a través del libro ha accedido hasta nosotros puede presumirse que el género a que se hace referencia representaba un tipo literario-ideológico intensa y hasta severamente normado. Jules Simon, uno de los maestros de la Francia republicana, sostenía que los profesores de filosofía debían ser "predicadores laicos", siempre dispuestos a exaltar el valor del ideal, del servicio devoto a la causa común, la grandeza del potencial juvenil, y el género profuso del "discours aux jeunes gens"[2] parece haber seguido, hasta con monotonía, este guión. Ernest Renan mismo, autoridad máxima sobre el Rodó juvenil, pronunció en 1896 ante la Asociación de Estudiantes de París un "sermon laïque" en el que pulsaba bastante puntualmente casi todas las que serían las cuerdas del encordado ariélico.[3] Pero Renan sólo importa aquí como ejemplo y, en realidad, todos los "dii maiores" de la universidad laica y radical de aquellos años propiciaron y practicaron esta forma de extensión universitaria, como lo prueba la presencia en el volumen que recogió su discurso de los entonces también resonantes nombres de Jules Ferry, Anatole France, Ernest Lavisse, Leon Bourgeois y Jules Simon.[4]

De "predicadores laicos" hablaba, como se dijo, este último y son muchas las razones que propiciaron en toda esta literatura de exhortación una modalidad de tono que fuerza a incluirla en lo que entonces el igualmente prestigioso Emile Faguet llamaría —comentando *Le devoir présent* (1892), de Paul Desjardins— una "literatura religiosa-laica".[5]

Tenía, ciertamente, intensos determinantes en todo Occidente una postura comunicativa para-religiosa que —no es ocioso recordarlo— marcó en forma indeleble un planteo que, como el de Rodó, sería tempranamente abrumado por identificaciones del tipo de las de "sermón laico", "evangelio laico" y "breviario laico".

¿Desde dónde y desde cuándo se generó esta ostensible similitud con una predicación eclesiástica ya secularmente codificada en su retórica y hasta en sus temas?

Debe comenzarse suponiendo a aquéllos que tales piezas emitían, plena, gravemente poseídos por la noción de la solemnidad de la circunstancia y por la índole del público al que el mensaje se dirigía. La "unción" a la que aspiraba esta oratoria se explica así urdiéndose con la nota de gravedad, con la del sentido de la trascendencia de la oportunidad, con la del fervor en lo afirmado, con la de la esperanza en los frutos de la palabra. Concebido un auditorio que recibía no pasiva pero, sí, ávida, respetuosamente la voz de la lucidez y de la sabiduría, gustaba de allí imaginarse una corriente mágica de suscitación y respuesta capaz de ir elevando el tono hasta alturas y dulzuras literalmente religiosas.

Importaba también mucho el emisor del llamado. Guyau, una de las autoridades máximas para el Rodó de esos años, había recordado en un libro de vasta nombradía la frase de Victor Hugo: "Le poète a charge des âmes", un aserto que cifra muy bien la convicción romántica en la responsabilidad del escritor en cuanto heredero de las autoridades espirituales tradicionales en su función de guía, orientador de la sociedad y oteador de caminos inéditos. Pese a los grandes altibajos que en el curso del siglo esta concepción había experimentado, zonas de muy alta revaloración de esta creencia se relevan hacia el fin del ochocientos. Legatario de la tarea revolucionaria de la promoción de los "filósofos", del "poeta-Moisés" de Vigny, baqueano en la tierra prometida, del "artista-faro" de Baudelaire, el escritor siente a menudo recaer sobre él la función de dar significado nuevo a una existencia individual y a un vivir social cuyos rumores parecían perderse entre la anarquía ideológica, el pesimismo y la delicuescencia decadentista.

Si de tal manera se concebía la misión del *clerc*, es explicable que cierta altivez magistral, docente, sea inseparable de estos empeños que no pueden imaginarse cumplidos en el nivel igualitario (y entonces inconce-

bible) del diálogo y que corrían así a menudo el riesgo de caer en la más literal pedantería. Rodó, recordémoslo, se hurtó con habilidad a este peligro, que agravaban entonces en su caso sus meros veintiocho años de edad y su promisoria, pero nada más, condición de crítico literario.[6]

Tales piezas implicaban igualmente —y ello en forma mucho más decisiva— la tremenda importancia de la audiencia, real o ficticia, a la que eran dirigidas. Esto lleva, inevitablemente, a la mención de ese tema tan rico y complejo que es el de la significación que la juventud y aun una "mística de la juventud" venía adquiriendo desde el romanticismo bajo la acción de meteoros históricos que aquí no pueden ni siquiera enumerarse.[7] De cualquier manera, como decía Próspero, siempre se entendía que hablar a la juventud era *un género de oratoria sagrada* y ningún sentido, en puridad, habrían tenido estos mensajes si no se creyera desmedidamente —o si no se conviniera en hacerlo— en su eficacia, si no se supusiera la infinita disponibilidad, labilidad y riqueza germinativa de la grey bisoña a la que habrían de llegar.

El optimismo —que en *Ariel* es cauteloso, "paradójico", como allí se declararía, o "agonístico", o "trágico", o "medicinal", como con distinta intención se le ha calificado—, el optimismo siempre, es una verdadera ley del género, además de una necesidad táctica para la eficacia de la comunicación. También lo son para ésta amabilidad y don persuasivo, dos trazos en verdad inseparables de un lenguaje proposicional que, al margen del supuesto prestigio de quien hable, no puede invocar ningún lazo institucional de obediencia y que, por lo tanto, debía imaginar modos muy suasorios, muy diestros para ganar esa masa de voluntades y querencias pasajeramente puesta al alcance pero a la que —era forzoso— había de suponerse tan promisoria y generosa como turbulenta, voltaria y eventualmente infiel.

Optimismo y juvenilismo confluyen así, casi necesariamente, hacia un tono de apelación que no es exagerado calificar de mesiánico cuando, más allá de cualquier manipulación, mantienen aquéllos un calor cierto de autenticidad. La expectativa de indefinidos, risueños avatares humanos dibuja siempre una lontananza a la que la gravedad, la afirmatividad del mensaje supone acercar al ámbito en el que las flamantes energías alumbradas han concretamente de ejercerse. El progresismo, que venía impostando el pensamiento del porvenir desde antes de Condorcet, se unirá para esta emergencia con el inenarrable universalismo del pensamiento liberal, al hallarse éste desatendido o resistir formalmente todo cargar sobre una entidad social definida —clase, nación, raza, etc.— cualquier dialéctica finalista y ascendente que en la historia pueda desplegarse. Excluidos tales sujetos de un acontecer con sentido, habría de ser entonces la "juventud", esto es, la

irrupción indiscriminada, genérica, de nuevas ondas de la vida humana en el escenario, la que tomara sobre sus hombros la palingenesia de todo lo existente, el advenimiento, inmemorialmente anhelado, de todo lo mejor. *El que vendrá,* que Rodó había anunciado en 1897, se transforma así en "los que vendrán". Suponiendo, como es obvio, lo que entonces realizarían.

Clara es también en el texto uruguayo de 1900 la acción del principio central de un género tan esencialmente "parenético" y admonitivo y, por ello, tan imborrablemente "retórico", esto en la más literal de las acepciones. Para seguir usando un término que en tiempos de Rodó aún no había sido revalidado, prima la retórica (o también la "oratoria", en el sentido de Croce) cuando es el impacto mismo de la comunicación, la visualización y previsión de los efectos lo que domina y cuando ella lo hace tanto sobre cualquier motivación de raíz expresiva como sobre todo cuidado por registrar los procesos ideatorios mismos, la andadura, el ejercicio estricto del pensamiento. Si ello ocurre así, y aunque la complexión de efectos previstos no sea tarea simple ni a forzar frontalmente, es indudable que tal clase de admoniciones deba mostrar una acentuada afirmatividad, puesto que además son concebidas para motivar, rectificar o dinamizar conductas. En un mundo cultural tan distante al de las indisputadas convicciones que reinaban en el de un Bossuet o un Masillon, este trazo —vale la pena marcarlo— no podía dejar de suscitar contradicciones con un clima intelectual reinante como aquel en que Rodó se movía, no podía dejar de chirriar con muchos temples intelectuales —como al que a Rodó caracterizaba— tan marcados por un relativismo, un colectivismo y hasta una querencia de "amplitud" que era dable de llegar —como en la "tolerancia" de Rodó se ha señalado— hasta un virtual desfibramiento valorativo.

*Ariel* también, podría argüirse, quiso ser una especie de derivado intimista de esa clase de alocuciones, pues resulta transparente que aunque Rodó se haya valido de la clase final del maestro Próspero, aspiró en puridad a mucho más que a ese pasajero contacto, pretendió la frecuentación habitual y solitaria de un lector de devoción siempre acrecentada. Revalidaba así la línea, ya muy borrosa, del "enquiridión" y el "libro de cabecera", concebido para que periódicamente alguien vuelva a él en busca de orientación para sus perplejidades o de fortaleza para sus desmayos. Pero al acceder por esta vía a un molde literario derivado, todas las anteriores exigencias: autoridad, efusión, logro de efectos, acrecentaban su peso.

Deriva seguramente también de aquí la índole mixta o anfibia literario-ideológica y literario-filosófica del discurso montevideano y aun de buena parte de la obra de Rodó. Aquí hay que dejar de lado la cuestión siempre replanteada de si era un "filósofo" y un "pensador original" o un "repen-

sador" y reformulador de cuestiones ya pensadas, más afecto que a otra cosa a preocuparse por la incidencia que éstas hubieran de tener en el comportamiento concreto de las gentes y, sobre todo, en la sociedad latinoamericana. Pero aun soslayando el punto,[8] no deja de ser señalable la ambigüedad de Rodó tanto en la "gran literatura iberoamericana" como al nivel más influyente y severo del pensamiento latinoamericano. Una de las razones de esta ambigüedad reside, probablemente, en la plena vigencia que para él tenía la "prosa-artista", una modalidad expresiva que hoy ha desaparecido lo suficiente de la crítica y del ensayo como para que no podamos verla desde una cómoda perspectiva histórica. El esteticismo modernista había puesto su sello en esta clase de escritura, que conoció con él logros de tanta calidad como los de algunos textos de Valle Inclán y Manuel Díaz Rodríguez. Pero también llevaba las marcas más lejanas del "poema en prosa" bajo-romántico, impresionista y simbolista y aun de otros orígenes. En el caso de obras como *Ariel* la "prosa-artista" pretendió sostener una especie de mayéutica intelectual que alentaba una fe suprema en la fuerza de alumbramiento de *la imagen que nos enamora,* en el poder de convivencia de toda *"fermosa cobertura"*. Para la índole de las cuestiones que el discurso de Rodó planteaba, es difícil concebir qué resultaría de la actual primacía de una prosa prosaica y de la preferencia por un registro lo más auténtico y denotativo posible de un curso de pensamiento desdeñoso a recurrir, una vez cumplido, a aditamento alguno. Faltaría, claro está, el aparato de persuación que en la "forma bella" se confiaba y que parecía tan inseparable del impacto que se pretendía lograr.

Pese a la creencia en la necesidad de tal despliegue de encantos, suponían habitualmente estos textos la existencia de una sólida relación de prestigio e influencia (aun de "magisterio") entre quienes a aquel despliegue recurrían y aquellos a los que amonestaban, advertían o estimulaban. Había, en suma, un sistema cultural relativamente homogéneo; existía, pese a todas las fisuras generacionales, una sustancial continuidad, una secuencia que, por amenazada que pareciera, se suponía restaurable mediante acciones de sinceramiento y clarificación entre la generación reinante y la generación emergente.[9]

La operación de un campo de referencia, la presencia de un contorno común en el área de lo debatible tiene consecuencias significativas. Como lo muestra, por ejemplo, la indagación de las fuentes, las ideas claves de *Ariel* flotaban dentro de ese contorno y fueron en su mayoría tomadas por Rodó en el estado de elaboración que, como tales ideas, se encontraban. Fue un hoy olvidado crítico chileno quien en 1900 lo indicó certeramente cuando decía que el autor *no sutiliza, no inventa y toma las cuestiones* en el estado en que las halla.[10] Esto no significa, naturalmente, que esas cuestiones estén

expuestas a un manejo torpe o primario; significa, sí, que se perciba que lo más exigente y primordial fue el esfuerzo de ordenación, taracea y soldadura, la labor anfiónica de composición aspirando a lograr la visibilidad armoniosa de una "theoria" y la fluidez sin costuras de un argumento.

Esta comunidad cultural de valores y vigencias se percibe incluso, puede agregarse, en el muy peculiar ejercicio de colación que en el texto se cumple con todo el material de citas, autoridades, referencias y alusiones. Ya se mencionen al pasar como datos conocidos, ya sean antecedidos por un subrayado de su importancia como ocurre —caso de Renan o de Guyau— con los más conspicuos y atendidos, todo ese lote de auténticos prestigios que integran los recién nombrados juntos con Amiel, Bagehot, Tocqueville, Emerson o Bourget, supone cierta familiaridad mínima del lector con su significado. Descuenta, incluso, el asentimiento a su valor y a la positividad de su doctrina.

## II

Levemente pleonástica podrá tal vez resultar cualquier advertencia sobre los supuestos ideológicos del tipo de literatura que aquí se repasa y en la que expedía sus puntos de vista un fuerte sector de la "intelligentsia" burguesa y liberal. Lo hacía en una etapa muy característica y compleja, en un trance histórico que políticamente puede fijarse entre la efectividad de los regímenes constitucionales elitistas de la primera mitad del siglo, con sus prácticas de participación limitada y condicionada por sólidas jerarquías sociales y culturales, y el advenimiento de las democracias de masa o de sus variantes bonapartistas, crecientemente basadas en grandes organizaciones burocrático-estatales o burocrático-partidarias. Era el momento cenital de una específica interacción entre las tendencias del capitalismo a la concentración monopólica y la competencia imperialista por los enclaves coloniales; era en cambio el momento incipiente, pero que ya parecía amenazador, de la revolución de las expectativas y las demandas de bienestar y de una difusa, reptante masificación y materialización de los comportamientos sociales. La sociedad industrial estaba en plena marcha hacia su posterior madurez, las clases medias insurgían hacia la dirección o, por lo menos, hacia la plena audiencia, el proletariado obrero se organizaba poderosamente y el poder del dinero procedía a unificar y reificar todas las valoraciones sociales, mordiendo cada vez más en aquellas zonas de amortiguación de que habló Schumpeter, lo que quiere decir también que confinando a una melancólica postura de protesta y retaguardia a todas las autoridades legítimas de la

sociedad tradicional. Las metas de la sociedad occidental, los símbolos de la Modernidad que son ciencia, progreso, razón, justicia, libertad se les escapan a esos núcleos, por así decirlo, de las manos y en un tipo de sociedad progresivamente uniformada, vulgarizada y ferozmente competitiva un número creciente de sus devotos no reconocen ya el rostro de los antiguos dioses. Recordando este trance diría hace ya un cuarto de siglo André Malraux que aquellas voces que anunciaban *un nouvel espoir du monde,* aquéllas en las que Victor Hugo, Whitman, Renan y Berthelot *avaient chargé progrès, science, raison, démocratie: celui de la conquête du monde, avaient perdu vite son accent victorieux. Non que la science fût réellement attaquée: son aptitude à resoudre les problèmes métaphysiques le fût, par contre, de façon mortelle. L'Europe avait vu surgir ces grands espoirs sans contrepartie; nous savons maintenant que nos paix sont aussi vulnérables que les précédentes, que la démocratie porte en elle le capitalisme et les polices totalitaires... La civilisation occidentale commençait à se mettre en question. De la guerre, démon majeur, aux complexes, démons mineurs, la part démoniaque rentrait en scène.*[11]

Mientras muchos de los desorientados abjurarían derechamente de los viejos ídolos —es entonces cuando se produce en la inteligencia francesa el proceso que Richard Griffiths ha seguido como *The Reactionary Revolution*— una multitud de otros devotos —sobre todo en sociedades en las que las ciudadelas de resistencia tradicional eran más endebles— buscarían más moderada, más trabajosamente, todas las armonizaciones factibles.

Precisa etapa en la historia de las motivaciones sociales es la que de este contexto podía resultar y tener aguda incidencia en el tipo literario que estamos recapitulando. Puede definirse como un interludio en el que las necesidades de "significado" del mundo y de la existencia, los requerimientos de "propósito" y "sentido" de la propia acción individual ya no eran —en un área cultural que se había secularizado drásticamente— atendidas por ninguna religión histórica, esto por lo menos para las multitudes juveniles inmersas en las corrientes de una cultura orgullosamente moderna.[12] Al mismo tiempo, las ideologías omnicomprensivas, formalmente tales, estaban todavía lejos de alcanzar las capacidades de movilización y socialización que más tarde exhibirían y los Partidos-Iglesia, los Estados-Iglesia y las "religiones políticas" eran aún meras virtualidades en las entrañas revueltas de Occidente. Tampoco —y era una tercera alternativa posible— los hombres mostraban aún la aptitud para subsistir e incluso crear —prodigiosa, empecinadamente— en el vacío axial y social al que habrían más tarde de habituarse. Es cierto que la poderosa masonería de las naciones céntricas trataba de colmar este vacío por múltiples medios, uno de los cuales fue justamente esta literatura de admonición y guía a la que se está haciendo referencia.

Se trata de una filiación inferible por muchas señas, una de las cuales puede ser la presencia en los conjuros oratorios ya mencionados de aquel lote de grandes universitarios, todos ligados muy probablemente a las jerarquías de la secta. De cualquier manera, con tal sello o no, es más genéricamente el poder cultural, por boca de sus gestores más famosos, el que se sentía abocado a formular las nuevas reglas de conducta y estimación que fueran capaces de precaver de aquella angustia y aquella decadente laxitud sobre las que *Ariel* advertía, aun de aquella "anomía" cuya emergencia ya había advertido Augusto Comte y acuñaría terminológicamente por esos años Emile Durkheim.

## III

Las piezas europeas con cuyas características el discipular texto uruguayo resulta esclarecido eran ostensiblemente "literatura de circunstancia", en el sentido goetheano, literatura estrictamente ceñida a los problemas y las urgencias concretas de un medio sociocultural céntrico y tal como sus élites intelectuales y docentes las veían. Sobre tan definida implantación grupal, social, cultural y nacional operaba, obviamente, el consabido proceso de generalización y justificación que está implícito en todo pensamiento ideológico, si bien, de cualquier manera, la posición privilegiada de las culturas y las economías europeas en el mundo del novecientos no hacía a tales posturas más "ideológicas" de lo que buena parte de todo pensamiento corrientemente es, no suponían una universalidad más mendaz de lo que ésta suele presentarse. Al realizarse, en cambio, la transferencia de postulados de ese ámbito de generación a otros medios culturales meramente receptores, la refracción de tales posiciones llevaba implícita la pretensión a una cierta especie de "universalidad delegada" con toda la cuota de autoengaño o de autoerror que esto significaba, trampa involuntaria y siempre exitosa respecto a la cual puede decirse que algunos puntos de la doctrina de *Ariel* no son más que uno de los múltiples ejemplos que pueden espigarse desde los orígenes de la cultura latinoamericana hasta nuestros días.[13]

En tres cuartos de siglo —con todo— las características de esa cultura latinoamericana han girado lo suficiente como para que no nos sea dable advertir la alta especificidad del tipo ideatorio que la obra representa y asume tan plenamente. Las pautas culturales —digámoslo en forma abreviada— parecían plenamente universales, ello por más que fuera habitual admitir que su ejercicio en un tiempo y en un espacio dados pudiera marcar índices diferentes de ajuste, congenialidad o felicidad. Normas y modelos

no se generaban, de cualquier manera, desde la interacción de metas y valores (éstos sí, imposiblemente "locales") y la propia realidad humana y social en que se harían efectivos y la incidencia de esa realidad quedaba así limitada al mayor o menor margen de permisibilidad que ofreciese. Tampoco, parece ocioso decirlo, se daba reflexión perceptible en torno a otro tipo de interacción y de determinación tan inexcusable como es la que puede marcarse entre los distintos niveles y subsistemas sociales: técnico-material, político, económico y cultural.[14]

Esta ancha pasividad receptora importaba —digamos que tácitamente, puesto que no se concebía en puridad otra alternativa— una compensación. Y ello estaba en que la situación latinoamericana, periférica como era a las plataformas de lanzamiento y de prestigio de ideales y doctrinas, parecía permitir el acogimiento y la selección más diestra, cuerda y ecuánime de aquéllas. Y aun había más, puesto que aun admitiéndose —más bien con pesar— la existencia de un punto de partida hispánico-tradicional único, todo el proceso latinoamericano posterior se veía como un deseable sincretismo de aportaciones ajenas. Importaban sobre todo las ideológicas y las demográficas, ambas muy entrelazadas a través de la firme creencia en los "caracteres nacionales"; ambas clases se creían susceptibles de compaginarse razonablemente según las conveniencias del medio aculturado por ellas. Determinadas dosis de "idealismo" y de "realismo", de "aristocracia" y de "igualitarismo", de "razón" y de "emoción"; determinadas proporciones de componente francés, o alemán, o italiano, o hispánico, o inglés, o norteamericano (el espectro se cerraba implacablemente en ellos) resultarían en el compuesto más adecuado, si bien variablemente dosificado según se le concibiera a plano demográfico, económico, científico-técnico, político o artístico. En realidad, era la sucesión de etapas o capas (que análisis como el de Northrop registraría en la estructura social mexicana) la que entonces parecía quererse manipular sincrónicamente, una pretensión que si bien la segunda guerra mundial vio recrudecer, el impulso de los nacionalismos posteriores a 1930 ha debilitado de modo muy sustancial. Tenían, en cambio, hacia el novecientos, plena vigencia estas adhesiones emocionales, intelectuales y hasta casi deportivas hacia las diversas sociedades y culturas céntricas, las que valían muy a menudo por un pleno, total y muy definitorio compromiso personal. El mismo recordado distingo de Rodó sobre los Estados Unidos (atiéndase bien a él), el *los admiro pero no los amo*, supone una alternativa según la cual esas notorias entificaciones que son las naciones —no las gentes concretas, la vida, los logros culturales, la realidad física y tantas otras cosas—, las naciones, los países, repetimos, sean, exceptuando el propio, literalmente "amables".

No era esto todo, y aún se concebían las emergentes culturas periféricas

como un discipulado muy atento de ciertos períodos cenitales del pasado, fijados para siempre, cuajados suprahistóricamente en una ejemplaridad sin mácula. Grecia —y más singularmente Atenas—, el Renacimiento, el Siglo de Oro español, a veces la Roma republicana o imperial en vísperas de sumarse todavía a la lista la ("vieja" o "nueva") Edad Media, eran esos dechados disponibles según la orientación de los promotores o la actividad social a sublimar. Innecesario es destacar la virtual "tiranía" —como la llamó Eliza Butler para el caso alemán[15]— que el modelo griego ejerció sobre un tipo de pensamiento en el que *Ariel* se inscribe tan plenamente.

Ante la riqueza que en este repertorio de excelencias se ofrecía, cabía, como es natural, realizar con la mayor amplitud y ambición que cupieran, la selección de lo valioso. Y como la compaginación no se daba hecha, se fijaba por ese camino, en una de sus varias configuraciones, esa línea reiterada de "armonismo" que había tenido concreciones tan conspicuas como el erasmismo y el krausismo hispánicos, esa vocación sintetizadora que años más tarde (1936) Alfonso Reyes subrayaría en "la constelación americana" y que nada quiere perder de lo que parece axiológicamente positivo, tendiendo a olvidar así, penosamente, que en la elección de las metas culturales se agazapa, como en la de las económicas, más de una dramática, incancelable opción. Mírense las postulaciones básicas de *Ariel:* activa, enérgica incidencia en lo real pero —también— contemplación morosa; apetencias dinamizadoras del hacer humano pero —también— "desinterés" e "idealidad"; forzosa socialidad de la existencia pero —también— defendida retracción en lo íntimo; eficacia necesaria de la tarea individual pero —también— multiplicidad y versatilidad de atenciones; normas morales heredocristianas pero —también— "estética de la conducta"; igualdad democrática pero —también— autoridad de las "élites del valor"; firme sostén físico-natural de la realidad pero —también— un ideal que emerge de él y lo corona. Atendiendo a ellas, y aun si se advierte con qué fuerza de preferencia iban mente y corazón hacia el segundo término de cada par, se ve hasta qué punto siguió Rodó puntualmente aquella dirección. El movimiento pendular de reconocimientos muy ecuánimes de lo que meramente aceptaba en su indiscutible facticidad de signo de los tiempos, de exigencias de la vida —un criterio de validación historicista, en el sentido de Popper, del que nunca se apearía—, se acompaña por la inevitable secuencia de los "pero", los "también" y los "no tanto", para alcanzar tras ellos la síntesis nominal de contrarios. Como le pasó a Don Quijote con su escudo recompuesto, difícil es saber si le importaba mucho en 1900 —después puede haber sido una fuente de ácidas experiencias— que esa síntesis nominal pasara de tal, verificar si en el ámbito de lo concreto pasiones y obsesiones, intereses e impulsos habrían de limitarse recíprocamente, apearse de su

irreductible unilateralidad, alcanzar, con tan sumaria dialéctica, dichoso y logrado equilibrio. Hay una expresión que caracteriza bien el procedimiento conciliatorio, al mismo tiempo ingenuo e intrépido, en el que Rodó confiaba. *Baste insistir,* propone en el pasaje de *Ariel* en el que postula la compaginación entre el igualitarismo social y la autoridad de aquellas "selecciones" que tanto invocaban los ensayistas del novecientos. *Baste insistir,* sostiene, en el arbitrio integrador (o yuxtapositivo) esbozado.

Toda esta actividad tenía hondas raíces, hay que reconocerlo, en su temperamento intelectual, tan arbitral y hasta irónico, muy receptivo, muy prudente, siempre tímido para las exclusiones y los desdenes, fácil a la imaginación de posiciones muy distantes de la suya. Pero también mantenía contactos con una tradición ideológica muy altamente apreciada por él, que tal era la del pensamiento integrador de Esteban Echeverría, del *Dogma Socialista* y la "Asociación de Mayo". Era, por fin, signo natural de un tiempo histórico muy proclive a suponer la recíproca tolerancia de inspiraciones histórico-culturales cargadas casi siempre de un dinamismo hostil y conclusivo.

## IV

La primera edición de *Ariel* salió de imprenta —la de Dornaleche y Reyes— en febrero de 1900; es historia sabida que en el correr de algunos años la obra hubo de constituirse en uno de los primeros, auténticos éxitos de una literatura latinoamericana que comenzaba a cobrar conciencia de su unidad. Pero ello, como se dijo, no ocurrió enseguida y el lapso que antecede a este momento muestra hasta qué punto Rodó rubricó el significado e intención de su texto con una actividad de difusión literalmente apostólica ("milicia literaria concurrente" la llamó con razón Roberto Ibáñez). En realidad, hasta que las grandes editoriales de alcance euroamericano, es decir, dotadas de una adecuada red de distribución en todo el continente, tomaron a su cargo la tarea —en el caso de *Ariel* fue primeramente y desde 1908 el sello valenciano de Sempere—, hasta ese momento Rodó debió asumir por sí mismo el ensanchar el íntimo radio de difusión con que podía contar una edición uruguaya. El modo como lo llevó a cabo constituye un fascinante capítulo de vida y de estrategia literarias. Los ejemplares enviados a librería fueron rápidamente vendidos, pese a lo angosto del mercado local lector de entonces. Pero mucha mayor significación difusiva tuvieron probablemente los que Rodó retiró para sí y remitió por su propia mano. El autor distribuyó generosamente lo que entonces era un

opúsculo abultado, ya que las proporciones de libro cabal las adquirió cuando se le adosó regularmente la polémica de 1906 sobre "Liberalismo y Jacobinismo". Se sirvió para los envíos del cuaderno de corresponsales y lectores de la ya fenecida *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales* (1895-1897) que había codirigido.

Las dedicatorias —muchas conservadas entre sus papeles— llevaban un acento modesto y cordial; aunque eran respetuosas y a menudo admirativas, desdeñaron la entonces habitual profusión de elogios; contenían casi siempre incitaciones a la acción latinoamericana conjunta. La bastante extensa que le llegó al venezolano César Zumeta constituye una buena clave de sus propósitos: *Teniendo yo la pasión, el culto de la confraternidad intelectual entre los hombres de América, le envío un ejemplar de un libro mío que acaba de salir de la imprenta. Es, como Ud. verá, algo parecido a una manifiesto dirigido a la juventud de nuestra América sobre ideas morales y sociológicas. Me refiero en la última parte a la influencia norteamericana. Yo quisiera que este trabajo mío fuera el punto inicial de una propaganda que cundiera entre los intelectuales de América. Defiendo ahí todo lo que debe sernos querido como latino-americanos y como intelectuales...*[16]

Un buen número de figuras destacadas de España y América Latina (aun de Filipinas) recibieron la obra con mensajes de parecido tenor. Pero estos ejemplares no fueron sólo enviados a escritores, universitarios, políticos o "propagandistas de confraternidad" de alguna relevancia. En su expansivo fervor, Rodó realizó a los cuatro vientos sus envíos (a veces en paquetes de varios ejemplares y acompañados por carta), incluso a cuanta persona, a menudo insignificante, le solicitara la obra. Poco pareció haberle importado que aquélla lo hiciera por no poder lograrla por otras vías o, simplemente, por ahorrarse el precio ínfimo de la copia, suponiendo en este caso —al parecer con el benévolo consentimiento del autor— que éste no tenía otra obligación que satisfacerlo. Con todos estos reclamos cumplía así Rodó de modo invariable, manteniendo a menudo puntual correspondencia con los peticionantes. En otras circunstancias confiaba paquetes bastante nutridos a algunos amigos o, incluso, a oficiosos distribuidores, una categoría que incluyó en España a Salvador Canals y en el Uruguay al más famoso editor y empresario Constancio Vigil. Pero *Ariel* tuvo también sus apóstoles laterales, los arrebatados lectores entregados a su difusión, conocimiento y encomio como a un servicio de verdad y vida. Entre otros, tiene verdadero interés el caso de Teresa González de Fanning, su modesta y entusiasta propagandista peruana y una de las pocas amistades intelectuales femeninas de Rodó. En ciertos casos, igualmente, algunos diplomáticos uruguayos colaboraron en la distribución como obra de orgullo nacional.[17] Y además

¿cómo podían faltar? la obra cargó igualmente con sus pescadores de juicios, de espaldarazos, de prólogos y hasta de sellos...[18]

Pocos casos comparables existen —es de creer— de una tan radical "descrematización" de la circulación literaria, un fenómeno que sólo puede concebirse en el contexto de una literatura todavía "gentil" —para usar el término de Ludwig Lewisohn— y de una tan marcada mediatización propagandística como la que *Ariel* comportó.

De cualquier manera, el cuidadoso trabajo distributivo de Rodó y las ediciones posteriores fueron estimulando una difusión cuyo proceso puede seguirse con bastante claridad a través de la correspondencia del escritor y de otros testimonios de esos años.[19]

Con todo, y pese a lo que contrariamente se haya sostenido y sea lugar común, el éxito amplio e incontestable de *Ariel* no fue inmediato ni mucho menos. No es por ello posible asentir a afirmaciones como las de su biógrafo Pérez Petit, de que *cundió rápidamente en América, levantando clamorosa resonancia*" o con ésta, aún más dramática, de otro compatriota, el pedagogo Hipólito Coirolo, de que *la América entera, presa de estupor en los primeros instantes, sobrecogida por el vago temblor con que se contemplan las obras sobrehumanas, rompió luego en el más clamoroso aplauso que estremeciera* (sic) *su suelo.*[21]

Erróneos parecen hoy estos retrospectos más devotos que cuerdos y que dan, por otra parte, el tan módico nivel cultural en que vivió buena parte de este fenómeno de congregación y entusiasmo masivos. Sin embargo, hay un instante en la vida de Rodó en que afluyeron caudalosamente los testimonios de una triunfal resonancia, en el que la copiosa correspondencia que el escritor recibía abundó en reafirmaciones de este prestigio.[22] Diversos críticos han señalado esta hegemonía incontestable que el manifiesto ariélico mantuvo por bastante dilatado período y uno de los más equilibrados, Alberto Zum Felde, sostuvo que *Durante más de veinte años,* Ariel *colmó las aspiraciones de la conciencia américo-latina, siendo su evangelio. El numen alado y gracioso, en actitud de levantar el vuelo, se alzó frente al mundo y frente a los Estados Unidos, como el símbolo exhaustivo de todo sentido de la cultura. Escritores de todo el continente, en libros y discursos, han glosado sus conceptos, invocado la autoridad de sus citas y usado de epígrafe sus frases.*[23] En España recordó Juan Ramón Jiménez que *Una misteriosa actividad nos cojía a algunos jóvenes españoles cuando hacia 1900 se nombraba en nuestras reuniones de Madrid a Rodó.* Ariel, *en su único ejemplar conocido por nosotros, andaba de mano en mano sorprendiéndonos.*[24]

Vistas las cosas a la distancia, parece tan fuera de duda esta profundidad de la incidencia como las razones de ella. *Ariel* condensaba con

suma destreza la imagen más benévola, más ennoblecida que el "ethos" prospectivo de la "intelligentsia" juvenil latinoamericana y española podían tener de sí mismas. Todas sus inclinaciones, gustos, devociones eran elevadas a virtudes; todas sus aprensiones se veían como peligros globales y enfrentables por la entidad hispano-latinoamericana; toda su latente ajenidad ante el curso de los procesos socio-culturales de modernización y economización de los comportamientos colectivos se trasmutaba en principios y valores a repristinar o restaurar.

Tal vez ese ajuste —déjese por lo menos esto aquí insinuado— explique el escaso valor esclarecedor del eco crítico primero que saludó en América la obra: tan cabal admiración podía bastarse —y en verdad se bastaba— con la glosa puntual, el inventivo ditirambo y el inconmovible-conmovido propósito de trabajar por la difusión de la nueva palabra de vida. Tal vez fue éste el patrón, bastante monótono, de los primeros textos nominalmente críticos, una regla a la que sólo escapan unos pocos, alguno de Pedro Henríquez Ureña entre ellos.

Más desglosable del coro aprobatorio y mucho más decisivo (en todo lo que la crítica puede serlo) al éxito de la obra fue el bastante nutrido juicio español. Leopoldo Alas ("Clarín"), Juan Valera y Miguel de Unamuno, los más importantes; también el comentarista "Andrenio" (Eduardo Gómez de Baquero) y Rafael Altamira, universitario e historiador destacado significaban en junto —y esto entre otros varios testimonios— opiniones más nutridas, equilibradas e influyentes que las del correspondiente lote de pareceres trasatlánticos.[25] Todos subrayaron la importancia de la obra sin caer en el incondicionalismo, a veces pueril, de la aprobación cercana y su dictamen tuvo peso. El "meridiano intelectual" del continente, a diferencia de lo muy discutible que sería ello un cuarto de siglo más adelante, pasaba todavía por Madrid y toda Latinoamérica estaba —ya lo sabían Darío y otros muchos— muy atenta a sus pareceres. Eco auténtico tuvo así la nueva obra de Rodó ante una crítica más dada a aprobaciones displicentes de lo americano que a verdaderas estimaciones y es imposible no ver en ese eco un momento muy especial de confluencia entre modernismo, americanismo y "generación del 98". De cualquier modo, y ello aunque ostenten cierta comunidad de orígenes más reactiva que de otra naturaleza, las tres orientaciones recién mencionadas estaban y seguirían estando lo suficientemente diferenciadas para que en España la resonancia del "manifiesto" haya sido un episodio pasajero. Era el sesgo noventayochista el que había de constituirse en el hilo central de la dialéctica ideológica y generacional.

## V

En América, por el contrario, el proceso fue muy diferente y puede pensarse, en verdad, que en obra de concepción tan retóricamente admonitiva y exhortativa, tan concebida a efectos y a traducción praxiológica, latía ya no la aceptación sino la invitación a que su significado se entrelazase irremisiblemente con el curso de vida de las élites universitarias e intelectuales que la acogieran, con la transformación de sus comportamientos y valores, con la refracción que sus temas mismos fueran sufriendo bajo la incidencia de distintas coyunturas y de nuevas influencias intelectuales. Texto, contexto y pretexto se unimismaron entonces legítimamente sobre la obra a un punto bastante desusado.

En 1908 y en Monterrey, ya al cierre del México porfirista, y seguramente a instancias de su hijo Alfonso, el gobernador del Estado, general Bernardo Reyes, hizo publicar la que fuera una de las primeras ediciones de *Ariel*. En su prólogo se hablaba ya de un lote de devociones militantes y se estampaba para designarlas el término de "arielistas" que rápidamente hizo fortuna. Las admiraciones más reiteradas y responsables y, en especial, algunos acontecimientos de la índole de los primeros congresos estudiantiles latinoamericanos que fueron congregándose a partir del de Montevideo de 1908, le dieron vuelo al rótulo. ¿Quiénes eran? Muchos intelectuales latinoamericanos jóvenes entre ese momento y hasta 1920 ostentaron o aceptaron la identificación arielista pero, más allá de una pequeña patrulla fiel fijada quizás como tal —y es el caso del cubano Jesús Castellanos y del colombiano Carlos Arturo Torres— por lo temprano de su muerte; más allá de los otros innegables del peruano Francisco García Calderón, del dominicano Federico García Godoy, de los venezolanos Zumeta, Coll y Dominici, muy poco segura es la identificación de un lote, seguramente mayor pero nada estable, de participantes. Buena seña de ello es, digamos, que quien lo haya intentado para su diatriba como una tarea casi profesional —nos referimos a Luis Alberto Sánchez[26]— haya oscilado tanto en la elaboración de un rol indiscutible de "arielistas". Porque ocurre que muchos otros, más allá de los recién nombrados —y aun estos mismos—, digamos: Rufino Blanco Fombona, Alfonso Reyes, Baldomero Sanín Cano, Pedro Henríquez Ureña, Joaquín García Monje y muchos otros siguieron tras un fugaz, intenso apasionamiento juvenil, un curso de crecimiento personal que los situó a varios de ellos muy lejos del inicial punto de partida.

De cualquier manera, hubo entre 1905 y 1915 —probables fechas extremas— un núcleo intelectual latinoamericano que profesó las propo-

siciones conceptuales de *Ariel* como definición ideológica y que puede, por eso, admitir el predicho calificativo.

Era la juventud con "ideales" y con "sueños" (dos términos conmutables a todos los efectos). Hoy sabemos con cierta precisión que era la promoción juvenil y cultivada de las capas altas y medias de aquel tiempo, todavía no, por tal causa, expuesta a las contradicciones y compromisos implícitos en la brega del diario vivir. Tenía la mayor parte de ella —o la estaba adquiriendo— esa formación universitaria que era habitual que tuvieran los hijos de la élite dirigente y los avocados a integrarse a ella. Dándole formulación al prospecto de esa subsociedad juvenil, Rodó se encontró profeta y evangelista de ese "arielismo" que después le valdría algunos remezones y, por ahí, abriendo la cuenta de los "Maestros de Juventud", una función en la que lo siguieron sucesiva y a veces simultáneamente José Ingenieros, Alfredo Palacios y José Vasconcelos (hubo también "Maestro de la Raza").

Se habla del "arielismo" como de una ideología. Pero ¿tuvo realmente los alcances de tal? ¿Fue una suerte de sub-ideología dentro de ideología mayor que representó el liberalismo —racionalista, europeísta, burgués— que profesaba la gran mayoría del alto nivel social del novecientos? ¿Representó la versión idealista y decorativa —como dirían tantos más tarde— de un prototipo infinitamente más crudo y concreto? ¿O acaso significó una especie de extremismo juvenil y romántico que cedió el paso a posturas muy distintas cuando los que lo profesaban se comprometieron con la vida y el "statu quo" que tanto —por "vulgar"— parecían desdeñar? El Uruguay ya había generado —tres décadas hacía— otro extremismo juvenil de ese tipo —que algo de eso fue el "principismo" político— y el proceso de su digestión resultó similar, también paró en múltiples casos en esos ejemplares *contentos y ubicados* que el severo Crispo Acosta señaló en los "arielistas" de 1917, bien avenidos con lo que en el Uruguay se llama "la situación". ¿O acaso la sustancia del "arielismo" es más compleja y se sumaban en él la función cohonestadora de todas las ideologías y una apertura a valores limpiamente universales que la vocación intelectual y su cuota inexorable de desarraigo social hace factible y que la etapa juvenil permite percibir sin las mediaciones (y las distorsiones) que después pesarán ilevantablemente?

## VI

Sería falso, con todo, suponer un asentimiento total, entusiasta, masivo,

a los significados del mensaje rodoniano. Esto, por lo menos, desde los niveles en que las opiniones cuentan con algún peso y articulación. En realidad, el vasto eco aprobatorio que *Ariel* suscitó suele dejar en la sombra una corriente, nada aquiescente, de críticas. El rechazo del especialismo, una postulación de valores últimos muy marcadamente intelectualista y esteticista, la concepción de las relaciones entre democracia y selección, el dictamen sobre los Estados Unidos, el ostensible desvío por lo fáctico y lo material que en el discurso campea despertaron objeciones y reservas que no es posible recapitular aquí y menos en toda su anchura. Diversas y hasta contradictorias como estas posturas negativas suelen ser, existe, empero, un lote de ellas que, desde nuestra perspectiva histórica presente, resulta, de modo inequívoco, el más importante. Es el que tuvo que ver con la idoneidad —pudiéramos decir, con término más actual, con la funcionalidad— de las proposiciones centrales del mensaje en el medio juvenil y culto latinoamericano para el que habían sido formuladas. O, para expresarlo de otro modo, con la socialización de su impacto en cuanto éste pudiera concretarse, ideológica y praxiológicamente, en las nuevas promociones de edad que estaban irrumpiendo.

El tema de lo eventualmente contraproducente que el modelo arielino podía resultar en Latinoamérica fue planteado en muy temprana instancia y lo ha ha seguido siendo hasta casi nuestros días.[27] Muy bien lo hicieron en la primera hora dos intelectuales jóvenes de la clase alta peruana que cumplirían después significativa carrera. El primero de ellos, José de la Riva-Agüero, decía que: *Francamente, si la sinceridad de Rodó no se transparentara en cada una de sus páginas, era de sospechar que* Ariel *esconde una intención secreta, una sangrienta burla, un sarcasmo acerbo y mortal. Proponer la Grecia antigua como modelo para una raza contaminada con el híbrido mestizaje con indios y negros; hablarle de recreo y juego libre de la fantasía a una raza que si sucumbe será por una espantosa frivolidad; celebrar el ocio clásico ante una raza que se muere de pereza...*[28]

Su compatriota Francisco García Calderón señalaba a su vez que la enseñanza del libro *parece (...) prematura en naciones donde rodea a la capital estrecho núcleo de civilización, una vasta zona semibárbara. ¿Cómo fundar la verdadera democracia, la libre selección de capacidades, cuando domina el caciquismo y se perpetúan, sobre la multitud analfabeta, las viejas tiranías feudales? Rodó aconseja el ocio clásico en repúblicas amenazadas por una abundante burocracia, el reposo consagrado a la alta cultura cuando la tierra solicita todos los esfuerzos, y de la conquista de la riqueza nace un brillante materialismo. Su misma campaña liberal, enemiga del estrecho*

*dogmatismo, parece extraña en naciones abrumadas por una sola herencia católica y jacobina.*[29]

Estos razonamientos de inadecuación a postulados cuyo valor ucrónico y utópico en realidad los peruanos no niegan, eran factibles también de vertirse en la proposición de un "calibanismo prologal", tras de cuyos logros recuperarían intemporal validez los ideales de la obra. Este es el sentido de la reflexión que *Ariel* suscitó a la entonces promisoria juventud de Juan Carlos Blanco Acevedo, cuyas *Narraciones* Rodó había prologado dos años antes. *Mientras la evolución de la sociedad oprima de un modo cada vez más terrible a los obreros (...) mientras la impiedad siga arrojando sobre ellos el inmenso peso del edificio social —cada vez habrá más cuerpos que obedezcan ciegamente— como piezas que cumplido su destino van y vienen en el organismo de una inmensa máquina. La libertad de reflexión huirá cada vez más hacia las zonas superiores (...) Cuando la existencia para estas últimas clases sea más desahogada, cuando el obrero pueda detener un instante su máquina o su herramienta (...) la luz volverá a difundirse y se podrá aspirar entonces a una democracia inteligente y pensadora.*[30]

Fácil es advertir —nos parece—, desde nuestro ángulo presente de visión, todas las implicaciones que estas reservas conllevan. En la de Blanco Acevedo, el condicionamiento de esta *paideia de estirpe genuina,* como dijera Emilio Oribe, a una ultimidad o lontananza sólo asequible tras la transformación total, revolucionaria de todas las estructuras sociales y de sus corolarios culturales. En las de Riva-Agüero y García Calderón, la eventualidad más específicamente latinoamericana de una solución "a la japonesa", esto es, de preservación de "espíritu" y "valores" tradicionales intrínsecos con una asimilación total de "técnica" y una adopción discriminada de "instituciones" y "comportamientos" ajenos. O, para usar los eficaces términos de Toynbee, una vía media entre "herodianismo" y "zelotismo".

Si se atiende a dónde estaban estas instituciones, técnicas y comportamientos adoptables, no es de sorprender que muchas de las reservas que la obra mereció se entrelacen con la reivindicación de los Estados Unidos y con la objeción a la posible injusticia del juicio que sobre ellos en *Ariel* se articula. Si así se pensaba, los Estados Unidos se proponían naturalmente como medio de un emprendimiento deseable, lo que hace que la crítica del libro, aun en firma minoritaria, haya insistido en un encomio que una o dos generaciones antes había sido casi total.[31]

Ir contra la corriente no fue fácil en ese momento porque parece más allá de toda duda que el largo pasaje —casi un cuarto de texto— sobre los Estados Unidos y la "nordomanía" ha contribuido —y esto hasta nuestros días— a su dilatado eco más que ningún otro núcleo temático de la

obra y, sobre todo, que otros más abstractos. Poco parece haber pesado que en aquel dictamen la labor de armado y taracea resulte más advertible que en otras partes del discurso, que buena parte de sus opiniones fueran tomadas demasiado puntualmente de otros testimonios —algunos, argentinos, como se ha demostrado[32]—; poco que aquéllas trasciendan de modo ostensible, aunque convenientemente atenuado, el sesgo muy conservador, aristocratizante y aun racista que, como el de Paul Bourget o el de Groussac, exhiben algunas de sus fuentes; poco también que otros enfoques latinoamericanos, si bien menos accesibles y menos ceñidos —caso de los de Martí, Varona, Ugarte, Vasconcelos—, ya hubieran ofrecido o lo hicieran a poco andar visiones harto más concretas, directas, ricas y matizadas que la que en *Ariel* se expide. Más allá de todas estas restas, es indisputable que con un pasaje de tan admirable composición y tan aparentemente ecuánime ejercicio del rechazo, Rodó se situaba muy conspicuamente en una tradición temática de firme continuidad y sostenida resonancia. También es cierto que con su tan peculiar andar de balance e inventario de excelencias y fallas, de huecos y relieves, al terminar diciendo lo que el lector latinoamericano durante generaciones ha querido oír, ofrecía a la ya ulcerada sensibilidad colectiva de nuestras naciones argumentos que sonaron más sólidos de lo que han solido hacerlo muchas diatribas más contundentes.[33]

## VII

Muy diferente era la actitud ante el celebrado mensaje en aquella línea de objeción que se ha podido seguir y que, sobre este punto, ya se expedía en la primera resonancia crítica en una nota de Francisco García Calderón.[34] Aquí paga la pena señalar que buena parte de ese caudal de disentimiento adelantaba muy sigularmente, y ello por más de medio siglo, a las andanadas que desde las baterías de los sociólogos norteamericanos de la modernización dedicados a Latinoamérica se han lanzado sobre un objetivo llamado "arielismo" y aun contra la obra en que éste se cifraba. En realidad los ataques que han llevado, entre otros, Russell H. Fitzgibbon, Kalman Silver, Seymour M. Lipset, Frank Bonilla y Joseph Hodara[35] identifican como "arielista" un tipo de intelectual con supuestos culturales y comportamientos irremisiblemente "tradicionales" que desde el lejano novecientos hasta nuestros días habría mantenido la hegemonía del prestigio y de la influencia intelectuales con nefastos resultados para las sociedades que se las otorgan. Aunque haga tanto tiempo que ningún intelectual de Latinoamérica se autodesigne como tal, empleando, con todo, el término extensiva, analó-

gicamente, el "arielista" o "pensador" —como también con sorna se le llama— mantendría con su distante prototipo los fuertes rasgos comunes de la postura elitista, el desprecio y la ajenidad al mundo de la ciencia, la técnica, la especialización y el desarrollo material, la vacua idealidad supuestamente compensatoria de todas las carencias clamorosas e inerradicadas de sociedades culpablemente raquíticas. Objeto de una incriminación múltiple y contradictoria, de una acusación que lo hace al mismo tiempo tradicionalista y utopista, elitista y subversivo, idealista y materialista, trascendentalista y ateo, el intelectual "generalista" de este jaez daría el triste espectáculo de su apego a valores estériles o secundarios en sociedades menesterosas de todas las técnicas y destrezas idóneas a la ampliación de una base material capaz de brindar a la inmensa mayoría "vulgar" las condiciones mínimas para una vida decorosa y humana.[36]

No es ésta la única seña posible, pero sí una de las más importantes, de cómo la refracción de *Ariel,* sobre todo después de la muerte de Rodó en 1917, se hizo inseparable de las variantes y tornasoles del pensamiento latinoamericano, de la progresiva toma de conciencia de su unidad, de sus deberes y del entorno histórico-espacial en el que debe desenvolverse (aun del juicio, como se vio, que desde fuera Latinoamérica sea objeto).

Muchas razones han existido para un destino crítico de tal índole y una (y tal vez la más) importante fue el mismo propósito del mensaje rodoniano. Rodó fijó en *Ariel* la responsabilidad de la promoción vital juvenil y amonestó, en particular, sobre los peligros y desviaciones que acechaban modalmente la incidencia social de su fuerza. Activismo desenfrenado, unilateralismo especialista, inmediatismo utilitario e "interesado", igualitarismo nivelador, eticismo inelegante, socialización invasora de la intimidad se inscribían estrictamente en la condición de desviaciones a esos modos de acción que enhebran tácitamente el hilo del discurso. Si a ello se atiende, es visible también que en *Ariel* no se fijan "metas" u "objetivos", estrictamente tales, a ese curso de acción, como no sean ellos —puede argumentarse— las sociedades que emergieron del predominio de los modos y estilos de comportamiento y valoración deseables. Que el orden de los fines esté inscrito en el movimiento mismo es un trazo del pensamiento dialéctico, una presencia, si bien borrosa, que pudo llegar hasta Rodó desde el influjo de Renan y el a su vez difuso hegelianismo del sabio francés. También es cierto que, salvo algunas referencias a la coyuntura latinoamericana —la "nordomanía", las ciudades amenazadas por el "espíritu cartaginés" pertenecen a esa categoría—, ese curso de acción se concibió en puridad abstraído del contexto continental en el que debía morder. Las dos carencias se marcaron sostenidamente en la ola crítica de un "antiarielismo" que cobró vuelo casi simultáneamente al coro de ditirambos que acompañaron

a la muerte de Rodó en Italia y al retorno de sus restos al país natal, tres años después. Una corriente de "revisiones", extremada algunas veces hasta la intención demoledora, se nutrió de la laxitud teleológica de la ética rodoniana (una reserva que involucraba también a *Motivos de Proteo*) y sobre la desatención a las realidades americanas que *Ariel* muestra pero que también —con todas las restas que su implantación montevideana e intelectual comporta— una buena parte de la obra de Rodó desmiente.

El ciclo de revisión de la obra, la pretensión de establecer su estricto valor, la urgida tarea de podar los tropicalismos que el trance necrológico hizo crecer sin medida, incidió muy a fondo sobre las tesis del discurso ariélico, considerándolo con justeza, si no lo más entrañable, sí lo más difundido y actuante de aquella obra. El "antiarielismo" nació así, en puridad, de una reacción contra la exaltación apologética que lo había antecedido y de una verificación de todo lo que la obra (y sobre todo *Ariel*) no brindaba. Esto, en especial, al no atender cuáles eran los límites y el designio estricto del famoso mensaje y al contrastar sus carencias con la pretensión anterior de hacer de éste un "evangelio", aun unas "sagradas escrituras" completas o una "summa" de todo lo pensable e importante. Teniendo su mera letra en vista, se hace obvio que no pudieran encontrar asidero en ella todas las nuevas modalidades que insurgieron en la cultura latinoamericana a partir de la primera guerra mundial, ya fueran éstas el ansia espiritual de creencias sólidas e inamovibles significados o la primacía de una acción común y organizada capaz de transformar drásticamente la entraña y la fisonomía de nuestras sociedades y su sistema de relaciones con el mundo. Ni el auge vitalista, ni la afirmación fanática de los "ismos", ni la "rebelión de las masas" encontraron ni eco ni respuesta en el somero cuerpo del discurso rodoniano.

Sería recién en el último cuarto del siglo cuando se realizó un deslinde más equitativo entre lo valedero de la obra y lo que ella, como todas, comportó de hojarasca, de obra muerta. En esa labor ha sido especialmente significativa la aportación de algunos estudiosos de sus textos, como es el caso del poeta Roberto Ibáñez, ordenador y original intérprete de su legado manuscrito, de Emir Rodríguez Monegal, crítico y editor de sus *Obras Completas*, del español José Gaos, que, desde su exilio mexicano, encuadró las características de la obra rodoniana dentro de la categoría más amplia —y tan esclarecedora— del "pensamiento de lengua española". Rodó merecía ser estudiado según lo está siendo, es decir, como el gran escritor latinoamericano (y no otra cosa) que fue, inscrito en un contexto histórico-espiritual muy diferente del nuestro. Podía ser seguido —y lo está siendo también— en tantas líneas de interés que de su obra arrancan y que en su

tiempo fueron escasamente advertidas. Podía ser valorado —y ello, en realidad, nunca dejó de serlo— como un arquetipo de devoción americana, de responsabilidad militante, de seriedad y generosidad intelectual, de ejemplar ecuanimidad estimativa.

CARLOS REAL DE AZUA

# NOTAS

1 V. nuestro artículo "Ariel, libro porteño", en *La Nación*, Buenos Aires, 18 y 25 de julio de 1971 (3º sección), y en *Historia visible e historia esotérica*, Montevideo, Arca-Calicanto, 1975, p. 167.

2 V. por ej. el volumen, con este título, de Jules Malapert, Paris, 1913.

3 Además de afirmar, harto demagógicamente, que no existe *rien de meilleur que la jeunesse*, sostenía que *il faut s'occuper de beaucoup de choses à la fois, il ne faut s'absorber en une seule* (p. 14).

4 *Discours aux étudiants*, Paris, Armand Colin, 1900.

5 *Propos littéraires*, t. IV, Paris, Societé d'Imprimerie et de Libraire, 1907.

6 No existiendo distancia suficiente de edad, se explica bien el que Rodó, siguiendo las leyes no escritas del género, haya elegido un personaje senecto e identificable con el Próspero shakespiriano. Pero hay que tener también en cuenta la temprana maduración intelectual y hasta física (en ésta, incluso, obsolescencia) del escritor y el tan diferente al actual ritmo de la vida humana en 1900.

7 Arnold Hauser: *The Social History of Art*, London, Routledge and Kegan Paul, 1951, p. 683.

8 Aun considerando que se trata de una cuestión de grado y objetivamente insoluble —¿desde dónde se es un filósofo original?—, nos inclinamos por la tesis del "repensador"; posición diferente ha sido sostenida por el profesor Arturo Ardao en su esclarecedor estudio *La conciencia filosófica de Rodó* y más recientemente por la profesora Helena Costábile de Amorín.

9 Tal vez esta continuidad fuera la dominante en la vida intelectual francesa hasta principios de siglo, pero no tras 1910 y el comienzo de la revuelta contra "el espíritu de la Sorbona" que representaron *Les Cahiers de la Quinzaine*, de Péguy, la campaña de "Agathon" (Henri Massis) y la fundación de la Action Française".

10 Eduardo Lamas, en *La Revista de Chile*, Santiago, 1901, t. VI, Nº 2, p. 41.

11 *Les voix du silence*, Paris, N.R.F., La Galèrie de la Pléiade, 1951, págs. 538-39.

12 Esta afirmación no olvida la tenaz presencia católica en el más alto nivel cultural que se dio en Francia durante el último cuarto del siglo XIX y el primero del XX, pero el fenómeno no se repetía en este orden ni en la América Latina ni en ninguna otra cultura nacional.

13 Esto no significa, al menos en nuestra opinión, que todo pensamiento sea "ideológico" ni que toda influencia o contacto de culturas resulte "alienante" y signo de "dependencia", como tan peligrosamente tiende a considerarse en la actualidad en muchos centros culturales del mundo periférico. Tampoco que la formulación de un pensamiento lo menos ideológico posible —o lo más funcionalmente tal— pueda concebirse como generándose casi secretivamente de una realidad humana y espacial específica, sin la mediación y la interacción con ingredientes axiológicos y estructuras conceptuales siempre formalmente universales y, por ahí, "foráneas" a las áreas en las que han de incidir.

14 Podría observarse con acierto que no faltaron en realidad algo más que barruntos de una mejor percepción crítica. En zonas de alta urgencia social así ocurrió, como es el caso de los argumentos cambiados en los diversos debates nacionales sobre proteccionismo y librecambismo que se trabaron en la segunda mitad del siglo XIX o como lo es también el de las reservas sobre la viabilidad de los modelos constitucionales euro-americanos que se registró en diversos centros del continente desde mucho más atrás. En el plano de lo mucho menos inmediato —el de la cultura, por ejemplo—, era general en cambio la inocencia respecto a la índole condicionada y justificativa de las ideologías y aun a sus contraefectos e inadecuación cuando se las exploraba desde el medio de su generación a otros distintos.

15 *The Tyranny of Greece over Germany,* Boston, Beacon Press, 1958.

16 En *América,* Paris, 1º de junio de 1900.

17 Así lo hicieron Adolfo Basáñez en Río de Janeiro y Evaristo Ciganda en París.

18 V. vgr. la correspondencia del chileno Tito Lizoni con Rodó; sobre los filatelistas, la carta de Montluçon, de 26-V-1901 (ambos en Archivo Rodó, Biblioteca Nacional, Montevideo). También un día Rodó recibió el siguiente mensaje, en tarjeta s.f. (ídem): *Casa Puigros y Cía.: Muy señor nuestro: Por intermedio del amigo Serrano nos permitimos mandarle una latita del aceite de oliva que distinguimos con la marca "Ariel". El hecho de adoptar como marca el símbolo de "Ariel", que nos fue sugerido por su celebrada obra, nos obliga a distinguir con ella solamente aquellos productos que por su bondad y pureza responden al alto significado de dicha marca.*

19 Sobre este punto, y espigando en el epistolario de Rodó y otro material de la época: nuestro trabajo de concurso "Significación y trascendencia literario-filosófica de *Ariel*: 1900-1950", Montevideo, 1950 (ined.), págs. 61-62. En 1903 no se leía aún en México (carta de J. Martínez Dolz de 7-VII-1903) y en 1907 no lo conocía allí todavía Enrique González (carta de 17-II-1907). En 1904 *nadie lo había leído en Cuba* (carta de Max Henríquez Ureña de 7-VIII-1904) y todavía en 1910 *lo conocían pocos* según el devoto Jesús Castellanos (en Hugo Barbagelata: *Epistolario* de Rodó, Paris, 1921, p. 69). En 1901 no circulaba en el Paraguay (artículo de Ignacio Pane en *Revista del Instituto Paraguayo,* agosto, 1901) y en 1909 no se hallaba difundido en Chile (carta de Ernesto Guzmán, de 13-XII-1909) aunque desde 1901 había recibido de allí pedidos de libreros (carta de Eduardo Lamas de 19-II-1901). En 1903 le preguntaba en Ecuador un crítico a otro *qué era Ariel* (Alejandro Andrade Coello: *José Enrique Rodó,* Quito, 1917, págs. 47 y ss.). Las respuestas al grado de su divulgación en España variaban en 1902 desde el

*poco* al *bastante* (cartas de Salvador Canals, de 4-V-1901 y 20-XII-1902 y de Rodríguez Serra, de 4-V-1902), aunque todavía en 1910 no lo conocieran militantes de un hispanoamericanismo y un antiyanquismo activos (Rafael María de Labra a Rodó, 13-VIII-1910). Seguramente fue, como se decía, a partir de la edición española de Sempere de 1908 cuando la obra comenzó a conocer una distribución metódica y a poder ser hallada regularmente en librerías (carta de Rodó a Norberto Estrada, de 19-VI-1909), con lo que, de un modo aproximado, puede fijarse la segunda década del siglo como el período de su conocimiento efectivo. Múltiples testimonios existen de su boga en ese tiempo y muchos de diferentes niveles. Vayan como muestra estos dos. En 1912 le escribía el argentino Tomás Jofré que *en Mercedes, Provincia de Buenos Aires, se lee más a "Ariel" (que) a France y a D'Annunzio,* y Don Juan Bautista López, nada menos que "importador-comisionista" en Manizales, Caldas, Colombia, le confesaba al autor en carta del 24 de marzo de 1913: *vendo en mi librería su libro "Ariel" y el público que lo lee ve con indecible simpatía su publicación.* Sin embargo, aún en ese 1913 no tenía una biblioteca mexicana una buena edición de la obra (carta de Ismael Magaña, de 16-XII-1913) ni un año más tarde le era posible a un lector hallarlo en Chile (carta de Carlos Nieto, de 29-XII-1914).

20 En *Rodó. Su vida. Su obra.*, Montevideo, La Bolsa de los Libros, 1931, 2ª edic. p. 227.

21 En *La Hormiga,* Nº 42, junio 1917, p. 8.

22 Ya en carta de 27 de febrero de 1900 le decía César Zumeta que *era una fuerza* en América; cinco años después podía llegarle a Rodó un mensaje de 1º de enero de 1905 sin otra constancia en el sobre que la de *Al sublime Ariel* (Arch. Rodó).

23 En *Proceso intelectual del Uruguay,* Montevideo, 1930, t. II, págs. 95-96.

24 En *Españoles de tres mundos,* Buenos Aires, Editorial Losada, 1942, p. 62.

25 Leopoldo Alas ("Clarín") comentó la obra en los *Lunes del Imparcial,* de 23 de abril de 1900. El artículo de Valera, reproducido en el vol. XLIV de sus *Obras completas,* fue publicado por *El Siglo,* de Montevideo, de 22 de octubre de 1900. El de Unamuno, que comentó la obra junto con *La Raza de Cain,* salió en la revista *La Lectura,* enero de 1901. El de Eduardo Gómez de Baquero lo hizo en *España Moderna,* junio de 1900 (págs. 126-130). Rafael Altamira se ocupó de la obra en *El Liberal,* de Madrid, de 4 de junio de 1900 y en *La Revista Crítica,* de Oviedo, de junio-julio del mismo año. También le dedicaron a *Ariel* textos de diverso valor Salvador Rueda, Gregorio Martínez Sierra, Antonio Rubió y Lluch, Andrés Ovejero, Luis Morote, etc.

26 Especialmente en *Balance y liquidación del 900,* Santiago de Chile, Ercilla, 1940.

27 En 1919, en *Opiniones literarias,* Alberto Lasplaces reiteró, muy serenamente, casi todas estas reservas. En 1927 replanteó la crítica Carlos Quijano, en *El País,* de Montevideo (26-IX-1927) y aún en 1953 éstas fueron retomadas por Roberto Fabrebat Cúneo (en *Mundo Uruguayo,* de 9-IX-1953) y por Arnaldo Gomensoro en *Marcha.*

28 En *Carácter de la literatura del Perú independiente,* Lima, 1905, p. 263.

29 En *La creación de un continente,* Paris, Librería Ollendorf, 1912, p. 98.

30 En *El Siglo,* de Montevideo, 31-III-1900.

31 V. José de Onís: *Los Estados Unidos vistos por escritores hispanoamericanos,* Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1956.

32 V. Not. 1.

33 Si ello es así, se hace explicable que los testimonios de la época registren pasajes de aprobación casi delirante a esta parte de la obra. Su conmilitón Víctor Pérez Petit, por ejemplo, decía, explicándola, que *también es anatema a la burguesía triunfante, atiborrada de carne de puerco, forrada en largos gabanes de piel, sin otra misión en la tierra que la conquista de libras esterlinas... Y es precisamente la lucha del estómago y la cabeza lo que preocupa a nuestro escritor. A los que nos presentan la nación americana como un verdadero modelo, se les contesta en el libro presentándole sus defectos y rastrerías. Aquellos quieren darle trabajo al páncreas; nosotros estamos empeñados en dárselo a las células cerebrales... A nosotros, los que llevamos la sangre azul de los últimos caballeros del mundo, se quiere imponer la raza brutal* (en *El Mercurio de América,* Buenos Aires, mayo-junio de 1900). Estas desmesuras tuvieron otras, bastante simétricas. Entre los papeles de Rodó se conserva una carta —supónese que inédita hasta hoy— firmada por el entusiasta jingoísta que se escondía bajo el paradójico nombre de Aurelio Cotta: *Como ciudadano de los Estados Unidos, no puedo callar ante las apreciaciones que sobre mi país ha formulado Ud. en las páginas de su folleto "Ariel". Cuando la guerra de España tuvimos ocasión de mostrar a todas las naciones de Europa y Sudamérica que éramos la primera potencia marítima, después de haber probado en torneos y exposiciones que éramos la primera potencia comercial e industrial de los tiempos modernos. Llegado el caso, también probaremos que somos, por el cultivo de las letras y las bellas artes, una nueva Atenas. Sus apreciaciones sobre los norteamericanos son más literarias y declamatorias que fundadas y verdaderas. Ellas están conformes con el espíritu levantisco y engreído de su raza. A Uds. no les queda más que la soberbia de los grandes venidos a menos. Constituyen una raza en decadencia y están llamados a desaparecer en plazo no muy lejano. En cambio, nosotros somos la raza del porvenir. Con nosotros concluirá el mundo...* (de 25 de junio de 1900, en Archivo Rodó, cit.).

34 V. su nota en *Puerto Rico Herald,* New York, mayo de 1901, reproducida en *Cuba Libre,* de 23 de junio de 1901.

35 Fizgibbon en *American Political Science Review;* Silvert, el más moderado en el dictamen, en *La sociedad problema,* Buenos Aires, Paidos, 1964; Lipset y Bonilla en S. M. Lipset y Aldo Solari (edit.) *Elites y desarrollo en América Latina,* Buenos Aires, Paidos, 1967, págs. 190-211 "et passim"; Hodara, el más sarcástico, en "El fin de los intelectuales", *Aportes,* Paris, Nº 25, julio de 1912.

36 V. nuestro análisis de esta postura en la obra conjunta *La sociología subdesarrollante,* Montevideo, Aportes, 1969, págs. 160-170.

# PROLOGO A
# *MOTIVOS DE PROTEO*

## I

ARIEL, en 1900, había postulado una concepción de la personalidad y, partiendo de ella, una visión del mundo, de la cultura, de la sociedad. Las dos estaban sostenidas por una constelación de valores: belleza, razón, desinterés, tolerancia, delicadeza, contemplación, vitalidad, excelencia heroica. Pero *Ariel,* sobre todo, ponía en guardia — alarmaba— ante los peligros que a esa concepción y a esos valores acechaban en la vida moderna, en las corrientes del pensamiento dominante, en la circunstancia americana y, aun, en las direcciones más consolidadas, más tradicionales, de la cultura. Eran el activismo desenfrenado, el utilitarismo, la intolerancia, la mediocridad, el especialismo, la vulgaridad, el mal gusto. El tono del llamado era la urgencia; la pedagogía implícita, social; las soluciones, las fuerzas movilizadas, los ejemplos aludían siempre, de algún modo, a lo colectivo, a lo americano.

Dos limitaciones resultaban, sin embargo, evidentes: la concepción de la personalidad tenía una fuerza casi apodíctica, quería ser —consiguió ser— una norma; los peligros que la acechaban, tan certeramente diagnosticados, circundaban una "terra incognita": el ser mismo del hombre, su riqueza, su plenitud, sus posibilidades ilimitadas. La límpida estrictez del mensaje de *Ariel* no hubiera admitido, en torno a ellas, ningún divagar.

Recorrer a lo largo y a lo ancho esta tierra del hombre, de cada uno de los hombres, dirigirse a ellos no con el imperio del que convoca a una tarea común sino con la sugestión, la morosidad y el tacto del que busca la entrega de una actitud confesional, transitar menudamente el reducto interior, cavar en *la mina,* fue el propósito del libro que, nueve años

después, siguió al *Ariel.* Del único libro de Rodó, estrictamente hablando. De *Motivos de Proteo.*

Esos nueve años, sin embargo, no están vacíos. *Ariel* había erigido doctrinariamente (por lo menos) las defensas; seis años después, Rodó las había reforzado con un alegato, inteligente como ninguno de los suyos, contra la intolerancia cultural y la gruesa incomprensión histórica. Porque eran también ellas —cultura, historia—, y no únicamente el cristianismo o cualquier sentimiento religioso, las que en "Liberalismo y Jacobinismo" se reivindicaban.

En puridad, Rodó pensó hacia cierta altura de su vida —1898— condensar en un solo libro los dos mensajes: el individual y el colectivo.* El exceso de materia, los acontecimientos que en el área hispanoamericana cierran dramáticamente el siglo XIX ordenaron, sin duda, el desdoblamiento. Los contrastes, de cualquier manera, las similitudes, los contactos temáticos entre ambos libros son tan importantes que el comentario más temprano no pudo dejar de advertirlos. Sintiose que ninguna etapa de la carrera intelectual del escritor podía estar tan movida por una dialéctica interior de desarrollo como aquella que cubrían los años 1900-1909. Se ha señalado así en *Motivos...,* la ambición de un auditorio mayor que el de *Ariel,* menos atenaceado por problemas colectivos, menos puramente americano; un público atraído, en realidad, por el simple interés en la condición humana y en las perplejidades de la conducta.[1] Un buen número de comentaristas, también, ha apuntado a la esencial continuidad temática de *Ariel* y del libro de 1909, prolongación del primero para unos,[2] para otros obra capital que habría tenido en *Ariel* algo así como su prólogo o anticipo.[3]

## II

Un amigo y coetáneo de Rodó, Víctor Pérez Petit, ha contado, en

* Conservado entre sus papeles con el título de "Cartas a ..": V. *Originales y documentos de José Enrique Rodó,* Montevideo, 1947, ficha 67. *Obras completas de Rodó,* prologadas y ordenadas por Emir Rodríguez Monegal, Madrid, Aguilar, 1957 (2ª, 1967) p. 295. Roberto Ibáñez: "El ciclo de Proteo" en *Rodó, Cuadernos de Marcha* Nº 1, mayo de 1967, p. 9. Es curioso anotar que un crítico brasileño, Vicente Licinio Cardoso, sin conocer ese texto, haya aventurado que *Motivos...,* por lo menos en su idea central, es anterior a *Ariel* (ya que laterían en el primero resabios de misticismo laico que faltan en el discurso de 1900): "Uma centralizacão de energias; um humanista americano: Rodo", s.f., pág. 9. La inferencia es interesante aunque harto discutible el argumento en que se basa.

páginas de su monografía,[1] lo que ha dado en llamarse *la gesta de Proteo.* Los continuos retiros suburbanos del escritor, sus escapadas desde la recorrida Ciudad Vieja a una quinta de la Avenida Buschental, *las zambullidas* de que habló Pedro Leandro Ipuche,[2] intrigaron durante un tiempo a los íntimos del ensayista hasta que se conoció entre ellos que Rodó estaba empeñado en obra de complejidad y ambición mayores que todas las que anteriormente había emprendido.

Pero el relativo silencio que en su trato coloquial el autor guardaba en cuanto a la naturaleza de esa obra y a esos alcances parece ceder, en cambio, en numerosas confidencias epistolares (que pueden espigarse en la escasa parte édita de la correspondencia rodoniana) y que constituyen un inmejorable testimonio de la afincada voluntad creadora que opera en *Motivos*... Son importantes, por ello, alguna página dirigida a Alberto Nin Frías,[3] una carta a Francisco García Calderón;[4] son invalorables las que integran la breve correspondencia con Miguel de Unamuno[5] y, sobre todo, las cruzadas con su íntimo amigo Juan Francisco Piquet, residente entonces en España.[6] En la mayor parte de ellas se explayan las grandes tónicas de *Motivos*... y pormenores sabrosos de su elaboración. Raúl Montero Bustamante sostiene que constituyen la mejor exégesis del libro,[7] y aunque quepa, seguramente, interpretación más completa, opinión de autor, y de autor tan vigilante, no puede ser nunca desdeñable.[8]

Fue un prolongado —y parcialmente errático— hurgar de libros en procura de datos, de anécdotas, de simples frases o de reflexiones más coherentes, buena parte de esta *gesta de Proteo.* Con todo ese material, Rodó fue llenando cuadernos que titulaba (a efectos de su referencia y utilización posteriores) por su contenido o por sus características externas. Así: "Azulejo", "Garibaldino", "Hartmaniano", "Disciplinario", "Cartelero", "Cómico-crítico". Dentro de ellos y sobre cada pasaje, un signo gráfico convencional: una oblicua, una recta, una elipse, encasillaba cada mención dentro de los grandes cuadrículos temáticos del libro: Vocación, Carácter, Destino...[9] Comunicando a Piquet las medidas de esta labor, decía Rodó que había consultado más de cien volúmenes de obras biográficas, tratando de reunir por sí mismo los datos que le sirvieran *de canevás y no saqueando tres o cuatro libros donde la tarea esté hecha.*[10] En Europa —agregaba Rodó— no hubiera emprendido semejante tarea: desbordado por los materiales a relevar, distraído por cien intereses, el libro se hubiera demorado *quién sabe hasta cuándo.* Reuniendo sus datos *uno por uno,* realizando labor de investigación *propia y prolija,*[11] Rodó elaboró así la casuística,

tan rica, de *Motivos*... Guióse a menudo también, como es natural, por su excelente memoria.*

La faena del colector no pudo limitarse, decíamos, a la busca del material ejemplar. También la estructura ideológica se nutrió con lecturas. *Como la tesis de la obra abarca fundamentalmente cuestiones psicológicas y éticas, y se roza con puntos de historia, etc., es mucho más lo que he tenido que ver; y todo lo he sustanciado, criticado y asimilado por mi cuenta.*[12]

Con toda esta rica impedimenta preparatoria, empeñóse Rodó en su obra, ejerciendo en ella ese modo operativo, mezcla de ímprobo esfuerzo y de ostensible regodeo, que parece el habitual de todas sus etapas creadoras. El admirado Flaubert ya lo había explicado en su correspondencia; en sus cartas afirma ahora el montevideano, recurriendo a dos significativas analogías: *bato el yunque, esculpo, compongo con delectación morosa.*[13]

Fue una creación discontinua, expuesta a otros quehaceres y a crisis de lasitud y desesperanza. *Cuando el tiempo y el humor no me faltan,* dice, *entre desalientos y desmayos,*[14] *Motivos*... fue creciendo de acuerdo a un proceso que es también visible en otras obras de Rodó y en el que partiéndose de una idea germinal, muy amplia y poco precisa, se van acumulando fragmentos aisladamente compuestos que más tarde se taracean e integran en una estructura. "Lauxar" ha señalado con acierto este aspecto de la poética rodoniana, que un estudio pormenorizado podría confirmar, elaborando una cronología aproximada de la gran cantidad de pasajes de los que el autor, en última instancia, prescindió y que sirvieron para los dos "Proteos" póstumos.** El plan, decía a Francisco García Calderón,[15] se iba haciendo lentamente en él; sólo escribiendo la obra tomaba perfil. *Son así simultáneas la concepción del plan y la ejecución.* Y suministraba a su corresponsal peruano valiosas inferencias sobre la importancia que el *ritmo*

* En *Anales del Ateneo,* Nº 2, Montevideo, junio de 1947, págs. 134-135, Roberto Ibáñez ha mostrado cómo esta memoria, en el caso de la paráfrasis de "Peer Gynt", le jugó alguna mala pasada.

** Es interesante, a este respecto, señalar en cuánto difieren de las del texto de *Motivos*... las parábolas que Rodó anunció a sus amigos y corresponsales. En confidencia a Pérez Petit, recogida en obra cit., pág. 251, y en carta de Juan F. Piquet, *El que vendrá,* págs. 195-196, se comunican sus temas. De las tres que recoge Pérez Petit, una, la que se refiere a *una figura relampagueante del Renacimiento,* es sin duda la titulada "Violante de Pertinacelli" que, desechada de *Motivos*... fue colacionada en *Los últimos Motivos de Proteo,* Montevideo, 1932, págs. 59-73. De las nueve que se mencionan en la carta a Piquet, sólo cinco fueron recogidas por el libro de 1909; una es inidentificable y tres: "Violante de Pertinacelli", "El Paladín menudo" y "Los dos abanicos", están incorporadas a los últimos... (las dos últimas: págs. 47-56 y 253-261 respectivamente).

*de la prosa* asumía en su creación y la significación prologal (el *estímulo literario* le llamaría Alfonso Reyes) que para él tenía el contacto con el papel impreso: *palparlo, estrujarlo, aspirar su aroma*[16] era su aliciente sensorial indefectible.

En un folio suelto e inédito,[17] afirmaba Rodó: *Mi objeto no es escribir un libro de psicología, porque esto ya está dilucidado. Mi objeto es escribir un libro de "geórgicas morales", de gimnástica del alma, de educación en el más amplio sentido.* En carta a Alberto Nin Frías, sostenía que su tema era *la cultura del propio yo, (...) la formación de la personalidad, honda y firmemente desenvuelta mediante una incensante y orgánica renovación,*[18] A su amigo Pérez Petit le subrayaba la importancia de la vocación[19] y a Miguel de Unamuno anunciábale que su tema era (aunque encontraba dificultoso definirlo en *breves palabras)* la *"conquista de uno mismo": la formación y el perfeccionamiento de la propia personalidad.*[20] Este sería, seguramente, *el pensamiento fundamental;* el que daría *unidad orgánica a la obra.*[21]

Pero en Rodó, escritor esencialmente magistral y —en el sentido más amplio de la palabra— somáticamente militante, no operaban idea ni tema alguno que no se colorearan de un tono comunicativo y de un fin edificante. *Predico la acción, la esperanza y el amor a la vida,* decía a Nin Frías y, como saliendo tempranamente al paso a los que insistirían en el "utopismo" del libro, agregaba: *porque creo que tal es el rumbo por donde haremos obra de espíritu realmente americana, obra de porvenir.*[22]

Que sería *Motivos...* un libro dilatado, *extenso,* lo anunciaba a Unamuno,[23] comunicándole a Piquet que tendría *no menos de quinientas páginas,* lo que le exigiría después "desentumirse" en algún tipo de producción más breve y variada.[24] Pero es sobre todo el carácter informe de la obra, su hospitalidad a toda digresión, su marcha divagatoria, su condición de libro abierto, "sin fin", susceptible de prorrogarse en todas sus líneas, el que se precisó desde un principio en Rodó, sin mengua de esa *unidad orgánica* de que hablaba a Piquet y a Pérez Petit y que vencería, agregaba a este último, *su aparente desorganización.*[25]

De cualquier manera —como ha probado Ibáñez—, a cierta altura del proceso creativo, Rodó optó por la "arquitectura discreta" y desechó la alternativa de una "concreta", oteando, sin duda, una casi indefinida yuxtaposición de libros "proteicos". El mismo vocablo "motivos", que en algún momento del trámite adosó al inicial "Proteo", lo explica con suficiente fuerza. Ello aclara en buena parte, también, que en estos cinco años de *la gesta* la obra debió de cobrar variadas fisonomías. Y aunque no podamos ni rozar, siquiera, el problema tan complejo de la composición y ordena-

ción de *Motivos*... y el del destino de los materiales que quedaron fuera del libro para ser recogidos "post mortem"* es singularmente interesante una confidencia dirigida a Unamuno. Buscando un acuerdo espiritual con el vasco (y que éste parece haber rechazado siempre), se expresaba Rodó sobre la coincidencia entre un fragmento de la parte final de *Motivos*... y el *penetrante "Salmo"* del rector de Salamanca.[26] Se refiere sin duda al

* Respecto a los que llamo "materiales recogidos 'post mortem'" es trabajoso condensar en una nota una cuestión relativamente complicada y aún hoy debatida. Como lo han establecido irrefragablemente las investigaciones de Roberto Ibáñez, el crítico y estudioso que de modo más moroso y cabal ha hurgado en el rico archivo del escritor, Rodó prescindió en 1908 de una tercera parte del material ya redactado de *Motivos*..., que fue aquella que se centraba en el tema de la "transformación personal" o la "transpersonalización". Pero también con posterioridad a 1909 siguió el autor anotando, bosquejando y redactando para nuevos desarrollos. A su muerte, los hermanos de Rodó supusieron que éste había llevado a Europa entre sus papeles algún texto de esa presumible segunda parte y que habría quedado extraviado en el despacho editorial de las casas de publicación (Ollendorff, o Fernando Fe, o Garnier o la Vda. de Bouret) que Rodó habría tentado para el lanzamiento en Europa, hipótesis que hoy puede darse por bien descartada. En 1927, y con propósito obviamente comercial, la Editorial Cervantes de Barcelona ayuntó algunas páginas, muy heterogéneas entre sí, y las publicó como *Nuevos Motivos de Proteo.* En 1932, la familia de Rodó encargó al Dr. Dardo Regules la publicación de los materiales que conservaba y que suponía pertenecientes al libro hipotéticamente extraviado, realizando el distinguido político y universitario que fuera amigo de Rodó un esfuerzo bastante meritorio pero que se concretó sin los debidos resguardos técnicos y se auxilió con una ordenación demasiado simplista, aunque muy superior en todo a la colección de 1927. En eso estaba el proceso de los inéditos hasta que, con la organización de la Comisión de Investigaciones Literarias (más tarde Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios, I.N.I.A.L.) y la tarea en ella de Ibáñez, se hizo posible alcanzar una ordenación más discriminativa, rigurosa y sensible de los textos publicados en 1927 y 1932 más una buena parte de otros, totalmente inéditos (*Originales y documentos de José Enrique Rodó,* Exposición en el *foyer* del Teatro Solís, Comisión de Investigaciones Literarias, diciembre de 1947). Esta labor fue aprovechada y recogida, al parecer parcialmente, sincretizándosela con la de 1932, en la primera edición (1957) de las *Obras completas de José Enrique Rodó* (Madrid, Editorial Aguilar) preparada por Emir Rodríguez Monegal y en la que esos materiales figuran bajo el lema conciso de "Proteo". Posteriormente —en 1967— cuestionó Ibáñez la publicación de 1957, sin dejar de reconocer ("Centenario de Rodó", *Cuadernos de Marcha,* Nº 50 p. 17) que la segunda edición de las *Obras Completas* presentaba una ordenación mucho más satisfactoria. Ibáñez propone y ha anunciado la publicación de todos los materiales no recogidos por Rodó en 1909 y de los posteriormente concluidos o esbozados bajo los sendos títulos de *Otros Motivos de Proteo* (con lo prescindido en 1909 y lo terminado más tarde en forma coherente) y *Bosquejos y aportes para los Nuevos Motivos* con los materiales en inferior grado de elaboración.

"Salmo II", recogido en *Poesías* y que comienza así: *No te ama, oh Verdad, quien nunca duda, / quien piensa poseerte, porque eres infinita,* y termina: *Mientras viva, Señor, la duda dame.*[27] El contacto con el capítulo CXVII de *Motivos...* es muy evidente y, si la frase de Rodó valía por algo más que por una aproximación cortés, resulta significativo que el libro haya variado en su estructura hasta contener cuarenta y un capítulos más (entre los que corre todo el tema de la Voluntad).

Este "proteísmo" de su obra, tan presente a su aguda conciencia de escritor, es, creemos, lo que le sugirió la indisputable filiación de sus *Motivos...* en *el ensayo al gusto inglés, no (...) la divagación a lo Montalvo*[28] o, como lo adelantó con más detalle a Unamuno, su definición como obra de *digresiones frecuentes, un libro, en cierto modo, "a la inglesa", en cuanto a los caracteres de la exposición, que puede tener parecido con la variedad y relativo "desorden" formal de algunos "ensayistas" británicos.*[29]

En estas confidencias primiciales, especialmente en las hechas a Juan F. Piquet y en las que Pérez Petit recoge, se extrae claramente el prospecto de un libro fundado sobre tres elementos básicos y que habrían de operar, claro está, arquitecturados por una mano a la vez rigurosa y liberal; que habrían de hallarse compuestos y no simplemente mezclados. Esos tres elementos, esos tres ingredientes serían —y fueron— el doctrinal, el ejemplar, el parabólico.

¿A qué apunta Rodó, sino al primero, cuando anuncia un libro de *moral práctica y filosofía de la vida;* de *análisis ideológico,* de *didáctica,* de *exposición moral y psicológica,* de *dialéctica,* de *filosofía moral,* de *apotegmas?*[30] ¿Y a qué materiales, sino al caudaloso acopio probatorio, cuando sumaba a todo lo anterior *los ejemplos biográficos, la anécdota significativa, la resurrección de tipos históricos,*[31] *las enseñanzas de las grandes vidas de los hombres?*[32] Distinto era, seguramente, en la intención del escritor el componente que remataría estéticamente su obra, fijando, en estremecidas imágenes, lo más secreto —o lo menos formulable— de su intención magistral. Se refería a él Rodó cuando anunciaba *cuentos, cuadros, descripciones, símbolos claros, prosa descriptiva, cuentos simbólicos.*[33] En este ingrediente, que en sus planes constituyó, sin duda, algo así como el superlativo *literario, artístico*[34] de un libro que lo es tal en todo su curso; en este ejercicio del *lirismo* y del *ameno divagar*[35] se cifró su más alta ambición creadora. Sus *cuentos, simbólicos* o *filosóficos* tendrían, aseguraba a Piquet, *colores, luz y armonía,*[36] confiado como estaba en su *aptitud para transformar toda idea en imagen,*[37] declaración que, señala algún crítico, *es una infrecuente concesión a su ego.*[38]

Más allá de las parábolas, sin embargo, todo le llevaba a buscar —acuciosamente— para sus *Motivos...* un estilo cuyas notas se expiden

en la correspondencia de esa época, constituyendo clave valiosa para conocer el ideal estético del escritor. A Unamuno le anunciaba que tendría *digresiones frecuentes,* que abriría *amplio espacio para el elemento artístico* y que las formas serían *muy variadas.*[39] A Pérez Petit, comparando su proyecto con el ensayo de tipo inglés, le afirmaba que sería *algo más vario, menos seco, más encendido.*[40] A Piquet le hablaba de una escritura que poseería *las expansiones de la imaginación y las galas del estilo, animado y encendido por un soplo "meridional", ático o italiano del Renacimiento (...); un estilo poético que a veces asume la gravedad y el entono de la clásica prosa castellana, otras la ligereza americana y elegante de la (...) francesa,*[41] integrando todo elementos heterogéneos, de cuya novedad e imparidad como género tenía aguda conciencia.[42]

Con esta larga rumia, con este casi un lustro de lenta maduración del libro, Rodó entendía jugar una carta decisiva de su destino intelectual. A Nin Frías afirmaba que en *Motivos...* pensaba *haber puesto lo más intenso y acabado de* (su) *labor hasta el presente,*[43] y aunque a Unamuno le declaraba, con dubitación, *veremos qué resulta,*[44] parece cierto que el alcanzar, de nuevo, el éxito que Ariel había logrado, y alcanzarlo con un libro de más entidad y mayor solidez, fue el estimulante norte de Rodó en este empeñoso quinquenio que corre de 1904 a 1909. Algo de ello se documenta en la declaración a Nin Frías: *con más amplio horizonte y más reposo que en* Ariel, *tiendo la vista por parecidos campos de meditación y de prédica*[45] y, sobre todo, en lo que anunciaba a Piquet, al que envió en esos años cartas en las que las *concesiones a su ego* son mucho menos *infrecuentes* de lo que algunos han señalado. Sólo vale por una medida de su aspiración, sin duda, la frase de que su nuevo libro estaría *todo por encima de* Ariel,[46] pero contiene trémolos de una satisfacción menos mesurada la declaración de que sobre su *plan vasto y complejo, se cierne como un águila sobre una montaña un pensamiento fundamental*[47] o su confianza en "bañar" la idea *con la luz de la imaginación* y "magnetizarla" *con el prestigio hipnótico del estilo.*[48]

Sin embargo, y como es tan común en el tipo de relación paterno-filial que ordena la actitud de un autor hacia sus libros, parece que cualquier elogio a *Motivos...* a costa de *Ariel,* despertaba en Rodó una como dolorida y azorada reacción. Cuenta Ipuche que sosteniendo ante Rodó, ya publicada la obra, que *Motivos...* era *más acabado de estilo que* Ariel, la réplica casi balbuceante fue ésta: *No, no, no (...) Tienen la misma calidad. No puede ser, ¡Ariel! ¡Mi Ariel! No, no.*[49]

## III

Tales fueron las intenciones esenciales, los móviles más confesables que, de acuerdo al propio Rodó, presidieron *la gesta de Proteo.*

Pero si se rastrea en esas confidencias, hay un contraluz doloroso que vela todas esas felicidades y esos bríos. Es el progresivo desajuste de Rodó con su medio, la creciente sensación de asfixia que en el Uruguay iba sintiendo. Tiene acentos de auténtica pena cierta manifestación a su amigo Piquet: *cuando el tiempo y el humor no me faltan, en este ambiente de tedio y de tristeza!*[1] Y los tiene lo que sigue: *Lo que me estimula es precisamente la esperanza de poder dejar esta atmósfera. Si supiera que habría de permanecer en el país, le aseguro* (. . .) *que no escribiría una línea.*[2] Y afirma después que el libro le *ha acompañado a sobrellevar el tedio y la saciedad de esta larga temporada de política.*[3] Llegan a honduras de asco y de horror las dos cartas de setiembre de 1904, tanto la que comenta los festejos por la paz que clausuró la última revolución como la que califica a nuestro ambiente montevideano de *círculo dantesco donde rugen las pasiones y el humo denso y envenenador del odio, del pesimismo, de la angustia. . . enturbia la atmósfera casi irrespirable.*[4]

Las causas que llevaron a Rodó a semejantes tonos no pueden ser aquí cabalmente rastreadas, pero tienen, de cualquier manera, una indisputable relevancia para la comprensión de *Motivos* . . . Aun en Rodó, de tan clásica voluntad, obra y vida no corrieron asépticamente aisladas. Hay hechos visibles cuyo impacto puede ser comprendido fácilmente: la creciente politización del medio uruguayo, dominado por una personalidad política de gran volumen pero esencialmente sectaria, confesadamente partidista, decidida a gobernar con los suyos. En el Uruguay doctoral de fin de siglo en el que Rodó crece y triunfa, el núcleo intelectual y doctoral más destacado de la clase media se hallaba habituado a que determinado registro de cortesías y de retribuciones no fuera afectado por la pertenencia o no a cualquier bando político. Ahora, con un programa de democracia radical en posición hegemónica —y con el "sectarismo" que tal postura comporta— Rodó, hostil a él y así privado de sus óleos, sentirá gravemente, en su persona y en su destino, cuánto las cosas han cambiado. El 8 de febrero de 1903 se alejaba el autor de la actividad parlamentaria, a la que no volvería a reingresar hasta 1908, completo ya casi *Motivos*. . . También influyeron situaciones menos evidentes pero igualmente detectables: su explotación (lo ha sostenido Pérez Petit y probado Roberto Ibáñez) a manos de los usureros; las insoportables cargas económicas que ella le impuso, las amenazas y las angustias a las que sus presiones le someterían.[5]

Ya debía operar en él, por otra parte, una clara conciencia de la índole puramente verbal y retórica que el dichoso "arielismo" tenía —o iba teniendo— para muchos de sus bullangueros y sedicentes discípulos. Silván Fernández, hacia 1909, alude transparentemente a *los que fueron sus discípulos, a flaquezas de ánimo, a ludibrio de sus altas predicaciones.*[6] Años después, "Lauxar" recordaría la frase sobre la juventud arielista *contenta y ubicada.*[7]

A todo ello debía agregarse una creciente sensación de soledad intelectual, de aislamiento de sus pares, de falta de un diálogo, de una correspondencia, en el sentido más estricto del término, con personas que, de algún modo, tuvieran su estatura. Rodó no estaba solo en su medio, ciertamente, y un Vaz Ferreira, un Reyles (para hablar sólo de intelectuales) no le fueron inferiores. Pero la soledad parece ser el destino de la creación espiritual en América, una soledad que hace sonar su amargo timbre desde la carta seiscentista de "Sor Filotea", en el México virreinal, sin que dos siglos hayan alterado mucho esta situación. Unase a esto la evidente introversión rodoniana, que acentuaron las continuas desazones,[8] y cobran sentido las observaciones de un crítico de la época que, destacando la soledad de Rodó y, en general, la de toda la acción intelectual americana, anotaba *la falta de vínculos frecuentes entre personas unidas por comunes intereses* y la capacidad de retracción de Rodó (¿por qué no, también, la necesidad?) a *un ambiente caldeado por la política.*[9]

El autor de *Ariel,* por otro lado, tenía pesadas exigencias para consigo mismo en todo lo que a volumen de influencia y de liderazgo intelectual se refería. Hoy, en la perspectiva de los años, vemos que es uno de los últimos escritores que, heredero de la tradición romántica del intelectual como orientador de hombres y de multitudes, intentó ejercer un magisterio (y lo ejerció efectivamente) al margen de toda adscripción de partido o de ideología. Compárese su caso con algunos actuales: con el de Rómulo Gallegos, por ejemplo, para no recurrir al clamoroso y poco habitual de Pablo Neruda. También, por sus lecturas, por su cultura, había crecido Rodó en la convicción francesa —y sólo francesa si se miran estrictamente las cosas— que concede al intelectual una situación social brillante y sólida. Pero para su desgracia, Rodó no vivía en Francia y en el filo de los dos siglos esta situación, en el resto del mundo, comenzaba a deteriorarse irremisiblemente.

El triunfo intergiversable de *Ariel* en esos años, su vastísima resonancia, no dejaba de imponer un compromiso, de insinuar un peligro, de fijar una responsabilidad. ¿Qué no se esperaba de Rodó? En 1906, la polémica de *Liberalismo y Jacobinismo* había terminado victoriosamente, pero tanto Rodó como sus allegados comprenden bien que su fama ya no se sostendría con

debates, ensayos ni folletos. Sus contradictores —que no le faltaron— no habían dejado de subrayar el tiro corto de su obra édita hasta entonces, y "Lauxar", aclarando pormenores de la controvertida pérdida de un segundo *Proteo,* anota que Rodó *había tomado la costumbre de exagerar en bulto lo que producía desde que alguien, despectivamente, indicó después de* Ariel *que su espíritu se agotaba en folletos.*[10] Aunque "Lauxar" no indica quién es ese *alguien,* puede referirse a un tonto e inadmisible ataque de Manuel Ugarte alguna vez recordado.*

Rodó, con todo, sintió el desafío y, desde 1904, recogió el guante.

Todos los extremos referidos no completan, sin duda, la situación existencial del escritor. Hay estratos más hondos de su desazón y de su pena en los que es trabajoso calar. Más importante es señalar cómo, compensatoriamente, contrapuntísticamente a todos ellos, la voluntad de fuga y la voluntad de obra se integran en una respuesta.

En todos los textos que hemos venido utilizando, el deseo de romper con el medio, la aspiración incoercible de evasión nunca faltan. *Motivos...* sería su última faena montevideana; tras él, *con ese libro debajo del brazo,* Rodó iniciaría *una marcha de Judío Errante por las sendas del mundo, personificación del movimiento continuo, alma volátil, que un día despertará al sol de los climas dulces y otro día amanecerá en las regiones del frío Septentrión.*[11] En toda la correspondencia de esta época los planes y hasta los calendarios de viaje se reiteran con insistencia;[12] Rodó no concibe otro porvenir que el desarraigo y a él se aferra con melancólica alegría. Hay como un eco del viejo Fausto en este hombre que admira conmovido la formación de su amigo Piquet en *la escuela del mundo, al "aire libre"*[13] y cree que, lejos de cuadernos y papeletas, no es tarde todavía para exprimir las uvas de la vida.

Mientras tanto, se aplicaba al único libro que escribió, al único, en el sentido cabal de la palabra libro. Porque periodismo o poco más que folletos era lo que había hecho Rodó antes de 1909; periodismo o ensayos lo que practicó después. (*El Mirador de Próspero,* su obra más extensa, es sólo una recopilación). No nos referimos, naturalmente, a calidades; nos referimos a dimensiones: basta comparar con *Motivos...* el *Ariel,* el ensayo sobre Montalvo, "Juan María Gutiérrez y su época" para colegir qué fundadas eran

* Antonio Gómez Restrepo, en *Nosotros,* t. 20, pág. 137, recoge frase de Manuel Ugarte: *el señor Rodó viene mariposeando desde hace muchos años en folletos minuciosos que coinciden con los cambios presidenciales.* Sábese que Ugarte sentía un acentuado encono contra Rodó desde que éste publicara en 1907 su excelente artículo: "Una nueva antología americana" (recogida en *El Mirador de Próspero).*

las esperanzas que lo estimulaban y cuánto mayor el esfuerzo que le había exigido.

Vistas las cosas desde estos ángulos, nada destruye la imagen de un libro cargado de estrictas esencias personales. Se ha solido afirmar, sin embargo —y parece un molde crítico— que *Motivos*... es obra eminentemente "impersonal", en la que falta por completo la experiencia vivida del escritor o, lo que es peor, éste parece no tenerla. Gustavo Gallinal, Raúl Montero Bustamante y "Lauxar", entre los más competentes, así lo han señalado, sosteniendo que los pasajes sobre el amor (capítulo L y ss.) resultan la elaboración libresca de un misógino o la lucubración de un hombre de vida erótica soterrada o insignificante, anotando también que los capítulos sobre los viajes (LXXXVI y ss.) son el desahogo imaginativo de un ser irremediablemente ciudadano, montevideano, sedentario.[14]

Pero las relaciones entre la obra y la personalidad no son tan sencillas, tan testimoniales, tan fotográficas. Las notas del carácter intelectual rodoniano, que han sido reiteradas: reflexión, serenidad, meditativo reposo, señorío de la inteligencia,[15] eran hostiles, naturalmente, a las formas confidenciales más clamorosas o a los despliegues menos púdicos. Puede concederse cierta cuota a esta "impersonalidad" en cuanto ella importa un mínimo de distancia entre el autor y su materia; un mínimo de superioridad —como quirúrgica— entre el manipulador y lo manejado; un mínimo de altura —magistral— entre el adoctrinador y el catecúmeno. Algo tiene que ver con esto la imagen del "Rodó apolíneo" o "estatuario" que tan bien ha enjuiciado Rodríguez Monegal[16] en su literal error, aunque es comprensible —y hoy nos lo parezca mejor— que Rodó pasara por "apolíneo", por "marmóreo", entre tantos de sus desmelenados contemporáneos.

Pero *Motivos*... no sólo arraiga en una dramática encrucijada de la trayectoria vital de Rodó (creemos haberlo señalado); no sólo es comprensible en función de este extraño "curso de vida" —con expresión de Charlotte Buhler— que se alza tempranamente hacia cielos de triunfo en "obras" y "tareas" y se quiebra y empobrece en dimensiones cuando otros recién iniciaban su existencia activa. *Motivos*... no sólo es función de ellos sino que está —por ello, sin duda— lleno de pasajes, alusiones y experiencias, dolorosas casi siempre, de opacidad ambiental, de hostilidad, de frustración. El crítico anónimo del *Times Literary Supplement* lo intuyó muy bien cuando señalaba la existencia de *a man who is recounting an experience and not merely recommending an ideal,* con variado uso de *overtones of meaning.*[17]

Expresados en ese velado estilo comunicativo que Ibáñez ha adjetivado con tanta eficacia: reprimido, angustiado, pudoroso,[13] ¿qué significan, sino la alusión a las reputaciones de colegio (XLVI) *mal descuento del porvenir?*

¿Qué, sino el pasaje, literalmente desgarrador, sobre la condición del intelectual en América (LXIV), y muy en especial la alusión a *la indolente lenidad de la crítica?* ¿Qué, sino, en una relación compensatoria —"nostalgia de una vida más bella" la llamaba Huizinga—, los ya incriminados pasajes sobre el viajar, tan radicalmente personalizados por la correspondencia de esos días? ¿Qué, sino las reflexiones, ya señaladas por Emir Rodríguez Monegal,[19] sobre los límites y los peligros de la soledad (LXXXVII)? ¿En cuántos blancos y en cuántos colorados no pensaría, y en la bicoloración violenta e inmodificable del Uruguay de 1905, en todas las alusiones a las *fe mentidas* y a sus móviles; el medio, el hábito, la vanidad (CXIX)? ¿Cuánto no hay de su relegamiento, del deterioro de sus convicciones partidarias, de su repudio al ambiente, en la comprobación de hasta dónde *el dogma, la escuela o el partido da a tu pensamiento nombre público* (CXXI)? ¿Qué eco de las polémicas de 1906 no hay en la etopeya de los dogmáticos librepensadores (CXXXVIII)? Todo el capítulo CXXXIII se ilumina con el trámite de su adolescencia y las singulares alusiones sadomasoquistas del CXXXIX tienen un evidente trasfondo personal.*

También se ha querido ver en *Motivos*... un libro, en cierto modo, ucrónico y utópico, no sólo dirigido a los hombres de cualquier tiempo y latitud sino también como inmune y como indiferente al aquí y al entonces en que fue forjado. Todos los que ensayaron distingos entre el libro y *Ariel* lo insinuaron o lo explicaron.

Sin embargo, *Motivos*... está empapado en todos los jugos de la circunstancia americana y mundial novecentista.

En dos memorables pasajes se refiere Rodó a las condiciones de la creación intelectual en América (capítulos LXIV y LXXVII). Toda Hispanoamérica está contemplada desde ellos y desde su situación de escritor, y toda la nostalgia europea del hispanoamericano en el capítulo LXXXIX. Pero también el tiempo circundante, el 1900 mundial, con sus características más jubilosas, con sus ingenuidades, con sus ilusiones —y sus indudables madureces—, se halla tenuemente presente en *Motivos*... Recorramos, sobre todo, el admirable capítulo LXXXIII, nominalmente dedicado al *dilettantismo* pero en realidad seguro diagnóstico de la situación cultural de la época, con sus desarrollos sobre la variedad de incitaciones que llegan al hombre moderno; con el nuevo sentido de simpatía histórica que es nuestro atributo en *ese inmenso organismo moral* que es el mundo, con

* Observación que debemos a Einar Barfod. También "Lauxar" ha visto un autorretrato rodoniano en el Idomeneo de "Los Seis Peregrinos", con eficaces razones: obra cit., págs. 225-227.

la conciencia de la amplitud sorprendente de nuestro legado cultural, intuido como hecho nuevo y en tonos que le acercan sorprendentemente a los planteos de Malraux en su *Musée Imaginaire*. (Y hasta hay en el libro la nota más intrascendente pero muy sabrosa que importa la admiración a los exitosos juguetes mecánicos: *al monstruo flamígero de la locomotora* por ejemplo, al bólido que *humillará al espacio* (XXXIX y XCII)

Resumiendo, postulemos: *Motivos de Proteo,* obra aparentemente impersonal, ucrónica, utópica, es obra estrictamente datada, localizada y, sobre todo, personal.

En el 900 americano y uruguayo, en tiempos de síntomas contradictorios, entre los que se aprietan el desarrollo económico, la mediocridad, una vida turbia y aldeana, la asimilación cultural emprendida con avidez, una clase media sin horizontes, una creciente especialización; en una circunstancia personal de postergación, estrechez y desánimo, Rodó construye polémica, antifonalmente, su sueño de grandeza, riqueza íntima, universalidad. En el anclaje cada vez más irrespirable de Montevideo, encomia la virtualidad de los viajes y exalta la diversidad del mundo. En la sordidez de las fugaces, mercenarias aventuras, los milagros del amor. En la estrechez de las etiquetas y los casilleros, los prodigios de la inconsecuencia. Lo hace en la peculiar actitud americana ante la cultura: la asimilación sin límites ni retaceos. Todo el patrimonio humano —todo el que tenía a su alcance— concurre misceláneamente a sus fines. La frustración triunfa de sí misma. El destino se desquita. Se ejerce *la misteriosa superioridad de lo soñado sobre lo cierto y lo tangible* (XVII). El sueño evasivo se objetiva.

## IV

A todo esto ¿por qué Proteo? ¿Por qué, justamente, él? *

El tema de Proteo, figura de la movilidad interna, símbolo de la multiplicidad de las potencias humanas, obsede la imaginación de Occidente desde el fortalecimiento de las humanidades y, sobre todo, desde que, a partir del Renacimiento, la meditación —de tipo inmanentista— sobre el hombre entra plenamente en ese orbe especial de "la literatura" (Montaigne es un hito decisivo).

En la antigüedad, Proteo aparece en Homero (*Odisea,* IV, v. 360 y ss.) y se enriquece en Virgilio (*Geórgicas,* IV, v. 387-414) y en Ovidio (*Meta-*

* Ibáñez ("El ciclo", cit. p. 7) ha precisado que fue en 1903 cuando la elección de Rodó se fijó en él para "numen" o símbolo de la obra.

*morfosis,* VIII, fab. 10, v. 731-737). Es uno de esos mitos, repletos de sentido, que han de nutrir la imaginación y el pensamiento de siglos venideros.

En épocas más cercanas, Proteo se hace figura que llevan y traen —no siempre con similares intenciones— poetas, críticos, ensayistas. Entre ellos forman algunos de los escritores que más directa y eficientemente influyeron en Rodó. Sainte Beuve, en sus *Pensées,* por ejemplo, hablando del amor propio, había apuntado a los *replis de Protée et ses metamorphoses.*[1] En Emerson, según contactos anotados por Clemente Pereda,[2] la significación de Proteo se hace mucho más corpulenta e inequívoca. El ensayista norteamericano, verdadero maestro del uruguayo, ve su *Proteus nature* esconderse bajo diversas máscaras;[3] sostiene que la fábula *has a cordial truth* y señala, a propósito de Jenófanes, el tedio de contemplar *the same entity in the tedious variety of forms.*[4] Pero, lo que es más importante, eslabona la verdad particular del mito con un principio cosmológico mayor: *efficient Nature, "natura naturans", the quick cause before which all forms flee as the driven snows; itself secret, its works driven before it in flocks and multitudes (as the ancient represented Nature by Proteus, a shepherd) and in undescribable variety.*[5] En Charles Baudelaire, más distante de Rodó que los anteriores (pero no tanto como pudiera, a primera vista, parecer), Proteo es la duda.[6] Y Henri Frédéric Amiel, finalmente, en ese *Diario* que es fuente de tantas ideas de nuestro escritor (y algo así como el invisible ámbito polémico en el que Rodó, desde un similar "sentir la vida", elaborará la disidencia de su doctrina de la vida, de la acción y la energía), en su *Diario,* decimos, Amiel maneja obsesivamente la figura de Proteo y el término "proteísmo" como imagen de multiplicidad, de potencialidad o de conflicto.[7]

Pero resulta más interesante rastrear qué impulsos, confesados o secretos, llevaron a Rodó, amante de los *símbolos claros,*[8] a aferrarse al símbolo de lo inaferrable. Qué latencias, qué necesidades. Está, naturalmente, su doctrina (psicológica y moral) de la diversidad y la riqueza del hombre, pero la intención deliberada y la lección explícita no agotan las razones. La creación brota de otros estratos y la posibilidad de que en ellos yazga una de las claves de la intimidad, tan mal conocida, de Rodó justifica, por lo menos, una hipótesis.

Sostenía Decharme que Proteo es el mar en la imaginación de los antiguos. Y en su "Poema del Cuarto Elemento", Jorge Luis Borges ha ratificado: *El dios a quien un hombre de la estirpe de Atreo / Apresó en una playa que el bochorno lacera. / Se convirtió en León, en dragón, en pantera, / En un árbol y en agua. Porque el agua es Proteo.*[9]

En la página dedicada a Vidal Belo, Rodó ya había invocado a su mito: *Forma del mar, numen del mar (...) ola multiforme, huraña, inca-*

*paz de concreción ni reposo.* Sujetos o predicados, géneros o especies —uno u otro—, el dios multiforme y el cuarto elemento parecen predestinados a una identidad indestructible.

José Pereira Rodríguez y Emir Rodríguez Monegal han destacado, por otra parte, la importancia que las imágenes marineras y el sentimiento del mar tienen en nuestro escritor.[10] Estas imágenes, a su vez, están mentando el concreto temple de ánimo que las ha convocado y por ello puede aventurarse que el mar (el agua, elementalmente) era para Rodó algo más que un repositorio de eficaces figuras. Hay incluso dos páginas suyas que así lo certifican y que, si no son demasiado originales ni brillantes, es por ello que —para esto— importan. Una es "Mirando al Mar", incluida en *El Mirador de Próspero* y datada en 1911. La otra es la correspondencia "Cielo y Agua" de *El Camino de Paros.*[11] En la última se compara explícitamente al mar con *la manera como en la conciencia verdaderamente viva y dinámica hierven, pasan y se sustituyen las ideas sin petrificarse nunca en inmutable convicción.*

Aventuremos: Proteo y el mar, Proteo-mar, orquestan en Rodó una voluntad muy profunda, casi siempre tácita, casi nunca confesada. Y estos dos símbolos están reclamando un tercero, un inevitable: el inconsciente. Presencia esencial en la obra, no lo es menos en las fuerzas que llevan a ella. Y aunque no sea éste el momento de su examen, planteada ya la identidad de Proteo y el mar, recuérdese simplemente que la del mar y el inconsciente es uno de los principios básicos del pensamiento psicoanalítico (y uno, al parecer, de los más firmes). El *sentimiento oceánico* del fundador vienés se ha enriquecido en nuestro tiempo con todas las implicaciones que abren la trascendencia religiosa y vital;[12] lo que importa aquí destacar es que la identidad de Proteo y el inconsciente es también doctrina esporádica, pero fundamental, del libro. Y los tres, mar, Proteo e inconsciente marcan así un entrañable movimiento de fuga, de renuncia, de entrega a fuerzas latentes y hasta entonces dominadas. No es fácil señalar con seguridad su dirección. Pero tampoco es fácil descartar una probable evasión del medio, cada vez más opaco, más hostil. O una evasión de fidelidades partidarias, ideológicas y personales —tan marchitas ya en él—, y aun una evasión de todo su contorno social. También, y esto resulta más grave, parecerían marcar una secreta aspiración dimitente, un claro cansancio de la personalidad cultural, de la función magisterial sobre discípulos tontos, distraídos, infieles. Un incontenible deseo de iniciar, bajo otros cielos, en otras condiciones, la figura completa de una personalidad distinta.

Pero Proteo, símbolo de dimisión y de ruptura, es también voluntad de obra, de una obra en la que Rodó siente jugarse. *Con ese libro debajo*

*del brazo saldré.* La fuga se hace empresa. La disponibilidad y el cansancio de sí mismo, temas.

Así la obra y su estructura, *la gesta,* en esos años que van desde su trigésimo tercero hasta casi su trigésimo octavo, segregan sus antitoxinas y cumplen una función dialéctica: organizar la fuga, dar sentido a la dispersión, contenerla en sus marcos vitales. En contraste con su declaración a Piquet, un si es no es presuntuosa, sobre su *personalidad definitivamente formada en lo intelectual,* resultaría que con posterioridad a 1904, fecha de esa frase, hubieran actuado en Rodó fuerzas escasamente estabilizadoras. Apoyándose en esa facilidad para las *asimilaciones sucesivas* que le permitía imitar el estilo de todos los escritores, en su facultad para *los continuos cambios* (y en una de sus indeliberadas agudezas), "Lauxar" fundaba la razón de que el libro atienda tan frondosamente al tema de la vocación, en el hecho de que Rodó, aunque no era *un simple diletante,* tenía *muchas de sus condiciones y caracteres.*[13] En los papeles preparatorios de *Motivos*..., al referirse el autor a su *personalidad* como *anfiteatro de experiencias psicológicas indefinidas que bastarían para dar* (le) *interés por la vida,* agregaba prudentemente que esas experiencias serían contenidas *por su personalidad leal.*[14] ¿Qué vías no le habrá franqueado, sin embargo, la bebida, en la que tanto cayó desde esos años? El resumen de *Les paradis artificiels* de Baudelaire, preparado de mano cuidadosa,[15] la justificación del vino (en los *Ultimos Motivos de Proteo*),[16] lo dejan inferir sin equívocos. Amenazadoras hacia esos años parecen las tendencias a la creciente dispersión de su ser. No ganarán el campo, empero; por lo menos todo el campo. La vocación, el *eje diamantino,* el *quid ideal* adquieren, contrapuntísticamente, una salvadora eficacia. El mar de Proteo, en última instancia, será visualizado desde tierras firmes.

## V

Entre estos dos extremos, una movilidad informe y una *dirección* hacia un centro, Rodó organizó su vasto caudal de casi medio millar de páginas. El libro sería de *un plan y una índole enteramente nuevos,* decía su autor,[1] pero el andar vario y onduloso de *Motivos*... ha dificultado un diagnóstico amplio de todas sus claves, una indagación que no sea superficial de todos sus sentidos, una comprensión de su estructura. Porque la obra la tiene.

*En perpetuo "devenir",* abierta *sobre una perspectiva indefinida,* sin *"arquitectura" concreta,* la concebía Rodó en las palabras liminares. Pero

si el plan original es mucho más ancho que el libro y si por su misma materia éste es prolongable en todos sus contornos, *Motivos*... no se ajusta, sino para el despistado, a la teorización del "libro informe" que Alfonso Reyes realizaba hacia los años de la muerte del escritor, del *libro entendido como trasunto fiel de los múltiples estados de ánimo; expresión sucesiva del movimiento de la conciencia; es decir: el libro sin más arquitectura que la arquitectura misma de nuestras almas.* Reyes consideraba esta teoría como *emanada de Rodó* y juzgaba ambiguos sus resultados *en la viña de América;* sólo insinúa que pudiera medirse con ella un libro como *Motivos*...[2]

Frente a un crítico como Montero, que le ha calificado de *diario de un humanista,* de *diario íntimo,** creemos que fue, tempranamente, Rafael Barret el que dio con la verdad. Señalando el *amor* rodoniano *al orden,* anota *las prometidas divagaciones* y se contesta: *Pues bien, no encontraréis una sola (...). La mayor parte de este libro, que pretende no tener "arquitectura", es un estudio sobre la vocación y la aptitud, construido con un método tan riguroso como el de una monografía de Ribot.*[3]

El rigor, agréguese, no gobierna sólo el sector mencionado por Barret pero, de cualquier manera, a éste cabe el mérito de señalamiento tan certero.

El largo desarrollo de ejemplos y situaciones es el que suscita, empero, ese indudable aire digresivo que *Motivos*... tiene. El prestigio de los ensayistas —Montaigne, sobre todo— cuyo andar se imitaba, tiene que haber robustecido este resultado hasta convertirlo en una especie de ideal artístico. Y, en fin, muy cerca estaba Maeterlinck, de tanta significación en esos años, que en *La sagesse et la destinée* (1898) anunciaba: *on chercherai en vain une méthode bien rigoureuse dans ce livre. Il n'est composé que de meditations interrompues, qui s'enroulent avec plus ou moins d'ordre autour de deux ou trois objets*...[4]

Fue el mismo Rodó, sin embargo, el que halló la fórmula justa de su compuesto, señalando en los materiales preparatorios que *el desorden aparente y digresional del conjunto son medios muy adecuados para quitar sabor de tratado al libro.*[5]

Ensayemos, pese a ello, mostrar el orden de la obra.

*Motivos*... parte de un principio fontanal: *la movilidad del hombre,* la infinita variabilidad de la persona (I). Sus ministerios son varios: las cosas (I, II), el inconsciente (I), el tiempo (I). Pero esa movilidad no es

* Art. cit.: págs. 199 y 206. En la misma posición: Julia García Cames, sosteniendo *no construye, eslabona,* en "Suplemento del Imparcial", Montevideo, 14 de febrero de 1931, pág. 2.

unívoca: existen los cambios bruscos, violentos (VI), y un ordenado ritmo vital que se expide en las edades (III, IV). Dos formas básicas y radicales, pues, de los cambios; dos modos de enfrentarnos con ellos: la pasividad ante tiempo, cosas y operación inconsciente, o la dirección consciente de esa movilidad, *la disciplina del corazón y la voluntad,* la energía, la educación, la conciencia, en suma (II, VII).

Despliega en seguida *Motivos*... un variado repertorio de técnicas, de principios de esta *renovación personal:*

a) una actitud ante el mal y ante el infortunio: la entereza, una filosofía del desengaño, una confianza en las potencias benéficas de la desgracia (IX, X);

b) una arraigada fe en *nuestra multiplicidad, en nuestra inabarcable variedad,* en la *complejidad* de cada uno, en *"las reservas del espíritu"* (I, XII, XV, XVII, XVIII, XXVI, XXVIII, XXXI, XXXII, XXXIII, CXXXIX). Una seña en este rubro: la inconsecuencia, la contradicción inevitable (XXIX, XXX), y una causa: la obra del inconsciente, la significación del "hecho nimio" (XXXV a XXXIX);

c) la acción (XIX);

d) el conocimiento de uno mismo; la epifanía del ser real contra el ser ficticio (XX a XXIV);

e) la esperanza en *el futuro revelador* (XLIII);

f) el alumbramiento de *la vocación* (XL a LXXIX). Este tema, tercer gran tema del libro tras los de la movilidad y la multiplicidad del hombre, está desplegado caudalosamente. Rodó destaca en ella una serie de notas generalísimas: su condición de sobreviniente (X), de ser reveladora de la multiplicidad del alma (XII, XIV), de ser voz de la verdadera personalidad (XL), de ser "conciencia de una aptitud" (no sin desvíos y desajustes) (XL, XLI y LXXIX).

Una *tipología de las vocaciones* es abordada después: vocaciones universales (XLI), vocaciones falsas, dictadas por la novelería o la sed de aplauso (LXX). Engrana por aquí esta tipología con un frondoso estudio de las relaciones entre las diferentes modalidades vocacionales: el paso de una vocación a otra: de la contemplación a la acción y viceversa, de la ciencia al arte o al revés, de la ciencia a la religión, de un arte a otro y de un género artístico a otro diverso (LXVI, LXVII). A esta primera forma: sucesión, se suman otras: colaboración, tensión o coexistencia y asociación (CIV, CVII a CX); otras: jerarquización entre dominantes y

subordinadas (CV, CVI, CVII); otras: conflicto de soterradas y sustituyentes (LXIX). No sólo operan entre sí las vocaciones dentro de cada ser; también se relacionan de complejo modo las vocaciones de los hombres y así las hay solidarias, duplicativas y complementarias (LXV).

La vocación tiene además en *Motivos*... reveladores, determinantes, ritmo y obstáculos.

Son reveladores de la vocación: a) "el hecho provocador" (LV); la imitación, la lectura, las admiraciones, la conversación. Pueden ejercer directamente su influjo y pueden ejercerlo por vía de contraste (LVI); b) el amor (XLIX a LIV); c) la providencia y el azar (LIX); d) la sinceridad con uno mismo (LXXVI).

No sólo se revela la vocación: también se determina; también, en una instancia más exterior que la de la íntima revelación, ha de afirmarse, resistir y ser eventualmente modificada. *Motivos*... señala algunas de estas determinaciones: lo social (XLII), la lucha contra el medio (XL, LXIV), la voluntad (XL), el enfrentamiento a los padres (XLVII), la educación (LXIX), la persistencia (XLVIII).

Distintos ritmos ordenan las vocaciones, formas diversas: la firme permanencia (XLV), la alternancia indefinida (XLVI), los tanteos y los errores parciales (LVII), las eliminaciones sucesivas (LVIII), las desviaciones pasajeras (LXXI), las "infancias predestinadas" (XLIV).

Pero también el ritmo puede quebrarse, las determinaciones obrar en dosis destructivas, la revelación no ser lo bastante fuerte. Los obstáculos a la vocación, los avatares de las vocaciones frustradas (LXXVII) irrumpen desde dentro y desde fuera: la timidez, la abulia, el amaneramiento, el desgano, el "sueño de belleza", impotente (LXI a LXIV), la indiferencia y el desamor por la propia vocación (LVIII), el ideal de falsa universalidad (LX), las razones religiosas y morales (LXVII). Desde fuera operarán, sobre todo, el medio (XL, LXIV), la sociedad (LXXIII), la tradición (LXXV) y la imitación (LXXVI).

La *reforma personal* —no la simple renovación involuntaria— comprenderá casi la otra mitad del ya dilatado libro. Concebida como un ensanchamiento de la vida (LXXX), la reforma personal importa también principios operativos, técnicas, estímulos, una actitud ante ella, radicales distinciones.

Sus principios son la existencia de una finalidad, la eficacia y el orden, una razón que defina y oriente, la acción de la energía voluntaria (LXXX), la definición de una personalidad provisoria (LXXXI), la influencia educativa (LXXXIII), la presencia de arquetipos, la *oculta fuerza ideal*, la direc-

ción, la sed de verdad (CI a CIII); la operación de *una potencia ideal,* de *un numen interior,* de un *polo magnético* (CXI).

*Motivos...* plantea de nuevo la existencia de estímulos posibilitadores —de "la reforma", en este caso—: los viajes (LXXXVI y LXXXVIII a XCVII); la soledad (LXXXVII); el amor (CXII, CXIII).

Deslinda cuidadosamente la reforma auténtica de las falsas: aquellas dictadas por el ansia perpetua del cambio (LXXX), por falta de autenticidad personal (LXXXI), por el diletantismo y la aptitud histriónica (LXXXIII a LXXXV).

Como realidad apenas exorable de nuestro ritmo personal, la reforma auténtica (en tanto paradigmática actitud humana) se da entre un cúmulo de otras posibilidades. Una eran las falsas reformas (LXXXI); otra, las falsas persistencias, la sobrevivencia de una fe muerta (CXVII, CXVIII, CXX). Caben (también) dos verdaderas vías: una, la de las almas "monocordes", obsesionadas (XCVIII, XCIX); la otra, la preferida, la de Idomeneo: dinamismo, "idea soberana", flexibilidad, amplitud (C).

Propuesta sin ambages esta pauta de acción, el libro desarrolla las condiciones de su realización. Importará ella la acción de la fe en *un supremo objeto,* de *singular preferencia* (CXV, CXVI). Necesitará de la tolerancia, de la hospitalidad espiritual (CXV), del movimiento progresivo (CXVI), de la sinceridad (CXVI, CXXII), de coherencia interna (CXXX), de una limpia aceptación de nuestra variabilidad personal (CXXIII), de una viva vigilancia de nuestros haberes íntimos (CXXIV); reclamará la acción de la voluntad (CXXXVI), la de la razón y, sobre todo, la del sentimiento (CXXXVII).

Extremado el discrimen de lo auténtico y lo inauténtico, la parte final de *Motivos...* es más que nada un configurar *la conversión* verdadera —la conciencia emancipada, la convicción nueva—, un precisar sus técnicas (no sustancialmente diferentes de las más generales de "la reforma personal", género de esta especie). Es, también, un diferenciarla de las "falsas conversiones" y de las "falsas persistencias".

Falsas persistencias hay (y aquí Rodó recurre a los ordinales) asentadas en el orgullo (CXXV); en el temor a la apostasía (CXXVI); en el espíritu de secta y de partido (CXXIX); en la ternura y la gratitud (CXXXIII); en el temor a la soledad y al desamparo (CXXXV).

Pero las falsas conversiones, las falsas convicciones son además realidad humana de todos los días. Las hay dictadas por la imaginación (CXXXVIII); apostasías movidas por la versatilidad de dones, por el ansia de dinero y de renombre (CXLIII y CXLIV), decididas por un ideal

de *falsa originalidad* y de *falsa fuerza* (CXLV). Remedio tenía la falsa persistencia en la acción del inconsciente (CXXXII, CXXXIII); inevitable lo tiene también la falsa conversión, debajo de cuya superficie permanecerá la original contextura (CXXXVII).

El encomio de la inconsecuencia (CXXXII) pone de relieve una inescapable fidelidad —previa, prologal— a la movilidad psicológica. No es honra del hombre la versatilidad que en ella misma queda. Y si es feliz armonía de muchos cambios la persistencia de la fe antigua (CXXXIV), la conversión es orientación voluntaria y dramática cuya técnica cierra el libro: transformación de la versatilidad en convicción (CXLVII), capacidad de hacerse y de educarse (CXLVIII), filosofía de la vida y de la energía (CXLIX), defensa de la propia originalidad (CXLV), acción del sentimiento (CXLIII), de la esperanza (CXLIX, CLVII) y, sobre todo, de la voluntad (VII y CL y siguientes).

En suma: sobre la ondulosa vida psicológica de la *movilidad*, la *multiplicidad*, la *vocación* y la *voluntad*, tres operaciones (cada vez más ceñidas, cada vez más exigentes), *renovación, reforma, conversión.*

## VI

Pero esto es, más que nada, el argumento del libro. Detrás de él hay una materia (*unstoff* diríamos, con la excelente analogía alemana), unas tónicas, un sentido.

Recorrer los diferentes diagnósticos que de ese sentido la crítica ha realizado, esas definiciones —que es lo que vienen concretamente a ser— es advertir que los comentaristas de este o aquel tiempo captaron siempre, y con precisión, alguna de las claves. Es advertir, asimismo, cómo casi nunca cuidaron de engranar esos sentidos que atisbaban en otro mejor matizado, superior, más completo.

Existe una filosofía en Rodó y, localmente, una filosofía en *Motivos*... También, una ética. Las dos, naturalmente, tácitas, informales, aunque puedan sistematizarse.

En varias instancias, Arturo Ardao ha abordado, con especial perspicacia, el análisis de las ideas filosóficas de Rodó.[1] Si las que Ardao releva han de mencionar las más activamente presentes en *Motivos*..., se hace inexcusable la enumeración de la doctrina de la compenetración de la razón y de la vida; "la visión temporalista y dinámica del ser"; la formulación de las relaciones entre el conocimiento y la acción; la religiosidad agnóstica

y los muy arraigados orígenes positivistas; el idealismo ético y axiológico; la "inserción del ideal en lo real".

También, aunque hace ya años, José Pedro Massera ensayó el esbozo de una moral rodoniana,[2] que bien puede ser identificada con la moral de Proteo. Masera anotaba sus rasgos: ser independiente de toda concepción metafísica o religiosa; tener fe en la energía humana y en la acción; predicar la tolerancia, la simpatía, la flexibilidad; profesar el culto del ideal; portar un indisimulable sesgo esteticista; defender el autonomismo y la "dirección interior"; el individualismo y la sinceridad contra la sociedad, las autoridades, las "falsas persistencias".

Es estudio ya realizado y a no repetir, aunque podríase matizar, señalando alguna de sus filiaciones. Parece fundamental, en cambio, apuntar las tónicas principales.

La tónica esencial es, de seguro, la del *humanismo,* el *individualismo* o el *personalismo.* Cubriendo generosamente los desfasamientos que los tres designantes comportan, convergen a ser entendidos en el sentido renacentista, antropocéntrico y moderno del término. Lo que quiere decir que se apoyan en una profunda convicción, en una fe casi religiosa en la grandeza, la profundidad, la diversidad, las potencialidades de la criatura humana que obra —y aún esplende demasiado invariablemente— desde la cruz hasta la fecha del libro.

La nota esencial de este humanismo rodoniano parece ser, sin duda, el *inmanentismo,* ese inmanentismo que, según la segura caracterización de Jacques Maritain, es un *croire que la liberté, l'interiorité, l'esprit, résident essentiellement dans une opposition au non-moi; dans une rupture du "dedans" avec le "dehors": verité et vie doivent donc être uniquement cherchées au dedans du sujet humain, tout ce qui provient en nous de ce qui n'est pas nous, disons de "l'autre", est un attentat contre l'esprit et contre la sincérité.*[3] Repásense en *Motivos*... el capítulo XV y todo el XVIII.

La del *optimismo* es una tónica casi pleonástica a esta altura, si el discurso del libro ha sido atendido. Pero el optimismo de *Motivos*... no está sólo en la intrépida afirmación con que inicia —y prosigue— su tarea de suscitar y edificar, ni está sólo en el auténtico énfasis con que parece creer que en todos y cada uno de sus lectores yace "el Dios desconocido". (A cada uno de ellos, con gesto de buhonero del espíritu, con frase de vendedor de recetas psiquiátricas, le promete: *Yo sacaré de ti fuerzas que te maravillen y agiganten*) (XVIII). La creencia de que no existe conflicto entre los valores humanos y de que todos ellos pueden conciliarse, no sólo en la fórmula conceptual —y verbal— sino también en la vivencia concreta, es principio que *Motivos*... hereda de *Ariel.* Los ejemplos no serían

escasos.* Clave del optimismo en el discurso de 1900, complementa en el libro de 1909 las otras raíces de esta actitud.

El *ucronismo* y el *utopismo* —como ambiciones— ya han sido examinados y suficientemente delimitados. *Motivos*... a diferencia de *Ariel*, pretende una validez no inflexionada por ningún tiempo ni circunstancia. Aunque, decíase, la específica situación rodoniana resuene veladamente en tantos pasajes, no quiere ello decir que el mensaje que desde ellas crece no quisiera ser indiscriminadamente válido para cualquier lugar y momento. Bien podía pensar el autor que no ultrapasaban su condición de ejemplos esos elementos de personalización y localización, ese lastre del "hic" y del "nunc". Rodó se empina, en suma, sobre todas sus determinaciones, si bien haya creído, también, hacer *obra americana*.**

El *"aquendismo"*, su residencia en el "aquí" del mundo, fue señalado temprana y agudamente: *No preguntéis, pues, por qué vivimos, adónde vamos. ¡De todo lo de la vida misma con su ansia irrefrenable de expansión es lo que le interesa profundamente! Y a engrandecerla, a intensificarla, a ennoblecerla, a hacerla severa y bella y sonriente al mismo tiempo es a lo que tiende.*[4] *Para él la vida tiene su fin en sí misma.*[5] Tal dijeron Almada y Zaldumbide. La inmanencia psicológica se complementa así, como en todo el típico pensamiento moderno, con otra inmanencia más vasta: la del propio contorno mundanal.

El sincretismo idealista-vitalista es demasiado básico en Rodó entero para ser simplemente una tónica de *Motivos*... Esta exigencia de darle *sazón de idealidad* (CXXXVI) a todas las cosas y especialmente al *orden de la vida, a la vida, goce natural de libertad, acción, amor, horizonte abierto, embriaguez de dicha y de sol* (CXLI), esa *idealidad* y esa *vida* en suma, su concertada presencia, su concertada operación, son las dos realidades que mejor responden a su modo mental, a su ser más pudoroso y profundo.

La poesía —y la importancia cósmica y vital— de lo abierto, de lo potencial, de lo latente, de lo desconocido cierra (operación paradójica para tal ingrediente) la estructura doctrinal y emocional de *Motivos*... Recórranse, para prueba, todo el capítulo XLIII (escrito ya en 1900), "La Des-

* Uno concreto: hablando de la eficacia de los viajes prevé la posibilidad del absoluto y negativo desarraigo, pero concluye —consoladoramente— con la supervivencia de *las inclinaciones perdurables y sagradas de la naturaleza* (LXXXVI). Pero piénsese en el problema fundamental que implica el "persistir" y el "cambiar".

** Gonzalo Zaldumbide: obra cit., anota con agudeza los dos móviles: *su designio de servir en todas las latitudes y enseñar a todos los hombres* (pág. 108); el de *guiar y socorrer a los obreros de ese gran destino* (América) (pág. 178).

pedida de Gorgias" (CXXVII), el cabo de la obra (CLVIII). Parecería que un gran viento misterioso bajara desde todas las cimas y que este mundo cerrado, inmanente, diluyera en el infinito todos sus contornos.

El tema central —ya fuera de la zona de las tónicas— es, lo sabemos, el de la personalidad y su formación. Pero esta personalidad no es sencilla. En una primera dimensión es posibilidad, riqueza, movilidad, multiplicidad. Hacia abajo y hacia adentro —ya se verá en el tema de las filiaciones—, la personalidad se apoya en los pilares inestables del instinto y la inconsciencia. Y es —hacia arriba— voluntad, vocación, cambio consciente, dirección.

Tal vez sea este gran deber de construir una figura deliberada de la propia persona, la lección menos atendida, la más desfigurada de *Motivos*... Porque si es evidente que las ondas erráticas de "la renovación" imponen su omnipresencia a todo lo largo del libro, no menos lo es que la norma rodoniana no es el *o rinnovarse o morire* dannunziano sino "la reforma", que corona el arte de la vida con la obra de arte de una personalidad abierta pero firme y bien dibujada. Recórrase el capítulo LXXX, el CXI, el CXV, el CXLII y aun —tempranamente— el II y el VII y se comprobará que el "proteísmo", si él existe, no es la eterna veletería de la emoción y el pensamiento ni la pura racionalización de inconsecuencias difíciles de confesar. Evolucionista, dinamista, positivista, poéticamente tendido hacia los arquetipos platónicos, tenuemente hegeliano y todo ello sin excesiva precisión ni desvelo por posibles contradicciones, Rodó no ofrece un pensamiento capaz de fundar rigurosamente una "filosofía de corrientes" y una "filosofía de figuras". Esto significa, naturalmente, que no tiene solución milagrosa para conciliar la firmeza de la personalidad con su dinamismo, ambos axiológicamente indescartables. Pero en esta tarea, que responde también a una de las fundamentales necesidades de la cultura actual, el autor de *Motivos*... no desatiende (por lo menos) ninguno de los dos extremos y aunque en su concepción de la personalidad y en su famosa "vocación" falte más de la cuenta la nota teleológica, el matiz referencial, el "ser - para", la presencia del destino (Zaldumbide lo señaló admirablemente),[6] no es posible seguir señalando —casi medio siglo después— que Rodó ha sido un doctrinario "del cambio por el cambio". Algún comentario reciente lo ha destacado con acierto[7] y (de nuevo) es el mismo Rodó el, que, en alguna acotación, halló una primera defensa: *modificarse, crecer y ampliarse, sin descaracterizarse: tal ha de ser la ley... Renovarse, pero no perder el hilo de la continuidad de la personalidad.*[8]

Vinculados con este gran tema, existe en *Motivos*... una gran diversidad de planteos estéticos, sociales, éticos, religiosos, históricos y filosóficos. Es más importante señalar, sin embargo, que estos puntos de investigación

menor, el hecho de que la personalidad y el hombre todo, en puridad, no sean concebidos en el libro, moviéndose sobre una circunstancia neutra y, en lo esencial, indefinida. Para Rodó, y en un área primera, el hombre está inmerso en lo social —penetrado, deformado, frustrado o enriquecido—; está (asimismo) actuando sobre la sociedad y modificándola. Sufre el impacto del ambiente físico y el contorno cósmico, soporta determinaciones biológicas no siempre infortunadas, lleva sobre sí una "raza" y una "herencia". Y, en un campo más amplio, la personalidad se mueve y se afirma sobre una idea fluyente de "la Vida", juega su destino en un vasto escenario en el que "Naturaleza", sin discontinuidad ni irreductibles dualismos, se acendra en "Cultura" y ambas se integran en formas cada vez más esclarecidas y más ricas.

## VII

Pero *Motivos*... no era —no es— libro de pura doctrina, sino libro de consejo, palabra de suscitación. Con esta característica, la obra de Rodó se inserta en una larga tradición cuyas determinantes históricas vienen de muy lejos y que ya habían operado sobre la comunicación, la forma y el tono de *Ariel*.

Destruidas, a través del siglo liberal, todas las estructuras colectivas; roto por el espíritu de rebeldía y la audacia de la "razón razonante" el orden tradicional que habían amasado la sabiduría de los tiempos y un profundo conocimiento del alma humana para habitación respirable del hombre; en quiebra las certidumbres religiosas y morales, se difunde en la conciencia occidental una verdadera obsesión histórica ante esta soledad en que el ser humano ha quedado y un auténtico horror —que tan claro se da en Comte— por el caos intelectual en que se mueve. Algunas décadas después de Comte, Durkheim acuñaría para tal estado de espíritu el término, vigente hasta hoy, de "anomía". Seccionados sus vínculos con Dios, sus prójimos y el ancho mundo nutricio, sustituida la conciencia de salvación por la idea del éxito, la infinita variabilidad de un universo fluyente sólo dejará a cada uno la posibilidad de guardar conciencia de "la identidad en el cambio" y ésta, como precario remedio a hondos complejos de desarraigo, ha de convertirse en posible vía de salud; una vía que nuevos métodos ayudarán a buscar.

Desde Maine de Biran, por otra parte (y para fijar un punto de partida), se hace acuciosa en el hombre occidental la inquietud por "el problema de la felicidad", englobando en él el de la propia realización.

*Los antiguos nos enseñaron qué es un hombre feliz sin enseñarnos cómo podíamos llegar a serlo; un conocimiento científico del hombre real debiera proporcionarle los medios prácticos de adquirir el dominio de sí que es la condición de la felicidad.*[1]

Todas estas causas van a suscitar en Europa y, por reflejo, en América, una "literatura de consejo", que desempeñará en sociedades laicizadas la vieja función que cumplían los manuales de meditación religiosa y, en plano más social, la oratoria sagrada. La relación autor-lector será sustituida por toda una parodia de la de confesor y penitente y desde una frase de Víctor Hugo: *le poète a charge d'âmes* florecerá una copiosa cursilería de escritores *con cura de almas*, de *sermones líricos o laicos*, de *confidentes laicos*, de *misticismos laicos*. Rodó, triste es decirlo, no siempre pareció inmune a estas inofensivas usurpaciones.*

Cierto crítico (bastantes veces injusto)[2] ha señalado algunos ejemplos de un género seguramente prestigioso para Rodó: los diálogos de Gourmont, los libros de Maeterlinck: *Le trésor des humbles* y *La sagesse et la destinée*, el *Parerga y Paralipomena* de Schopenhauer. La línea consejera tenía en realidad precedentes más antiguos (las cartas educativas, las éticas para "el Delfín", al modo —improbable como fuente— de las famosas de Lord Chesterfield a su hijo Phillip)[3] y los tenía también cercanos: tal el género de los discursos de colación de grado y otras variantes de elocuencia universitaria. En *Ariel*, oración de este tipo, es muy directa esta influencia pero aún en *Motivos*... se dilata la visible emulación que habían despertado en el escritor uruguayo el eco de algunas páginas de escritores tan de su preferencia como Renan (discursos del "Collège de France") y Emerson (*The American Scholar*, 1837).

En obras de esta clase, en las que la exposición no lo es todo y en las que tanto depende de la operación comunicativa, el afán de servir al hombre se expide no sólo en ideas que se consideren útiles y ciertas sino también en un tono que busque la fertilidad emocional del lector, su simpatía, su convicción profunda. *Motivos*..., se pensó desde los primeros años de su prestigio, se dirige a cierto linaje de hombres, imparte ciertas lecciones, fortalece ciertos sentimientos, despierta ciertas emociones.

Tres líneas intencionales (que describen fácilmente cualesquiera otras), y a las que podríamos llamar "piedad", "educación" y "autenticidad", fueron

* Ya que no sólo las aceptaba con evidente complacencia sino que él mismo las aplicaba: a Carlos Arturo Torres, por ejemplo, el autor de *Idola Fori* le dice que *merece tener "cura de almas"* ("Rumbos Nuevos", 1910), cosa que nos parece peculiarmente desenfocada, tratándose del autor de un libro de lo que hoy llamaríamos "sociología" o "psicología política".

subrayadas por los testimonios críticos más perceptivos. Esos designios no dejaron de tener, y es interesante notarlo, numerosos disidentes.

Gonzalo Zaldumbide pensó, por ejemplo, que era *prolija divagación, y un tanto extensiva: 450 páginas tupidas para probarnos en suma que cada cual debe seguir su vocación, son tal vez muchas en un solo libro. Tales estímulos (...) presuponen (...) un principio de voluntad allí donde el supuesto es, precisamente, que no queda sino su ruina (...). Faltan el método y la regla precisa de conducta (...) los verdaderamente enfermos y necesitados han menester de andaderas más humildes, más inmediatas y simples, más prácticas (...) allí donde un ánimo dolorido necesitara ver la emoción de una sensibilidad o sentir la caricia sedante de la ternura (...) halla, imperturbable y bella, la llama fija de la razón (...).* Porque Rodó *comprende todas las tristezas del desfallecimiento; pero nunca quizá participó de ellas hasta saber cómo son por dentro (...) no se lo siente como un hombre igual a nosotros; no es un redimido sino un exento.*[4] Debajo de este repetido error del "Rodó apolíneo", anotaríamos, hay en las razones de Zaldumbide la experiencia de uno de los más finos lectores que la obra de nuestro escritor ha tenido. Y estos argumentos fueron reiterados entre 1917 y 1920 por críticos tan atendibles como Julio Irazusta,[5] Alfredo Colmo[6] y "Lauxar".[7] La excesiva complejidad de los consejos; la ambigüedad de su múltiple despliegue de errores, desfallecimientos, falsas vías; la *solicitud excesiva* del mensaje parecieron a los opinantes peligrosos neutralizadores de la buena intención.

Rodó parece haber sido un escritor muy consciente de todas estas dificultades, y al tiempo que procuró prestarle calidez a ese tono que en su obra era tan fundamental (toda esa *unción laica,* esa *ternura,* esa *generosidad,* ese *tono magistral,* ese *misticismo,* esa *simpatía profunda,* ese *don infuso de persuasión* que sus críticos han destacado),[8] buscó los artificios comunicativos que disminuyeran la distancia —por él prevista— entre libro y lector.

Las *aparentes digresiones* eran uno. La forma epistolar, pensada desde 1898 para el núcleo común de *Ariel* y de *Motivos*... aún subsiste como pauta ideal en los materiales preparatorios de *Nuevos Motivos*...[9] Y, finalmente, el diálogo.

*Ariel* iba a ser dialogado; sólo después adoptó la forma del discurso. Hacia el fin de sus años, en "El Diálogo de bronce y mármol", escribiría Rodó una de sus páginas mejores y a todo lo largo de su obra se percibe la atracción —y la tentación— de esa técnica. En *Los últimos Motivos de Proteo* se preguntaba: *¿Por qué la crítica no podría escoger a veces, por medio de expresión, la forma dialogada, que tan admirablemente rehabilitó*

*en el pasado siglo Ernesto Renan para la exposición moral y filosófica?... ¡Cuánto valor de sinceridad, cuánto interés no ganarían muchas páginas!...* [10]

Como rasgos de una borrada fisonomía en los mismos *Motivos*... sobrevive algún pasaje dialogal, tal, por ejemplo, el que comienza *¿Y si estuviera probado que Bacon y Shakespeare fueron uno?* (XLI). Pero, mucho más importante que esta pura ocasión, el uso del *tú,* el constante tuteo devuelve de alguna manera al libro su carácter dual aunque no nos quede de él sino un monólogo potencialmente interrumpido —interrumpible— por reacciones y actitudes de un lector, por interpelaciones que no se escuchan, pero que se van previendo a todo lo largo de la obra. Esto implica, claro está, el empleo de algunos artificios retóricos que no pueden examinarse aquí.

## VIII

Entre la doctrina y las parábolas, los dos elementos que más regularmente han atraído la atención del comentario, *Motivos*... despliega el caudal, tal vez más cuantioso, de sus ejemplos. Rodó entendía prestarle a cada una de sus afirmaciones la prueba eficaz de experiencias humanas corroborativas. El procedimiento no es, sin embargo, demasiado sistemático y el libro se mueve entre sectores plenos de esta sustancia ejemplar y otros en los que la escueta enunciación pretende, sin andadores, valer por sí misma. Es así muy perceptible la abundancia de ejemplos en la parte clasificatoria de la vocación (CII a CX) y la parvedad de ellos en todo el trecho final (CX a CLVIII) y aun en los tramos iniciales (I a XXX).

El material de los ejemplos puede ser categorizado desde una gran variedad de puntos de vista y tal vez nada ilustrara mejor que esa tarea la variedad de ingredientes que componen el libro y la maestría de Rodó en utilizarlos e insertarlos dentro de un sólido compuesto. Delicado es, también, por ello, el deslinde entre estos *ejemplos biográficos,* estas *anécdotas significativas,* estas *enseñanzas de las grandes vidas de los hombres* (como las llamaba en los años de *la gesta*) y una gran cantidad de material de citas, de imágenes de origen culto y de referencias reafirmadoras de la doctrina que, por esa naturaleza, no pueden —ni deben— ser confundidos con el acervo ejemplar. Para señalar casos claros, no son ejemplos, sino corroboración de ideas, los pasajes tomados de Sully (LXXVI) y de Beaunis (XCI), pero tampoco lo son los más equívocos que aluden al *Fausto* de Goethe ("la región de las madres", "el eterno femenino") ni al *Génesis* (Abraham y Lot) (LI, LVI, CXLIV). Otras veces, estas referencias tam-

poco lo son todavía sino cuerpo de una imagen o de un símbolo, de origen literario. Tales la referencia al Colón de Washington Irving (XXXIV), o a las legendarias abejas (XLIV), o a la Egloga I de Virgilio, fuente de la figura que cierra "El meditador y el esclavo" (XXVII). Y, por fin, un tercer sector periférico, porque su función no es sólo ejemplar sino también plenamente simbólica, lo dibujarían ciertos retratos que encarnan un tipo humano, una vocación, una época. Pueden ir desde la forma breve de los que cierran el capítulo CXLVIII hasta las extensas etopeyas de los "hombres universales" (XLI). (Gustavo Gallinal los llamaba *síntesis vigorosas y seguras* y algunos de ellos son de claro valor antológico).[1]

Para cumplir estas funciones, los elementos que maneja Rodó son tan diversos que su combinación admite una variedad casi ilimitada.* Era un arte que ya había ejercido en *Ariel* y que en *Motivos* . culmina esplendorosamente.

Porque Rodó usa aquí la cita textual y la semi-textual y la atextual. Indica autores por medios directos o por perífrasis; con calificativos, con juicios, omitiendo otras veces toda indicación o todo complemento. Similares procedimientos sigue con los ejemplos de personajes que pueden ocupar desde una furtiva mención a todo un retrato al que se adosa significación de obra y de autor. Similares técnicas, similares omisiones, puede ejercer sobre esas obras, de las que dilucida a veces su pleno sentido, otras un pasaje breve, otras un argumento completo. Cada personalidad puede entrar en *Motivos*. . . como un simple nombre en una nómina extensa, como actor de un episodio, como protagonista de una anécdota, como portador de un rasgo, como sujeto de un desarrollo, o como cuidado y firme retrato (Salomón, Leonardo, Goethe o Alcibíades, pongamos por caso). Y toda esta variedad puede todavía duplicarse (casi) a través de un juego de alusiones, de insinuaciones, de levísimas referencias.

Pero, lo que es también importante, ¿de dónde venían? ¿para qué servían?

El uso irrestricto de ejemplos no sólo tenía para el uruguayo el prestigio enorme de Montaigne sino que estaba en los textos de los grandes maestros de la psicología de su época. Ribot, entre otros, que era la base de su cultura psicológica,[2] usaba un material ejemplar que, como Rodó, extraía casi siempre de la literatura o el arte.** Así se ha recordado recien-

* En un esbozo de clasificación (que por razones obvias omitimos aquí) hemos individualizado sesenta y nueve tipos más reiterados.

** Vale la pena señalar con qué cuidado evitaba Rodó repetir los ejemplos de esos libros: no sólo en el caso de Ribot, sino también de Paulhan, que en el

temente.[3] Pero también Frédéric Paulhan, cuyos libros estudiara Rodó; también Gabriel Séailles, empleaban este recurso.

Sostenido por estos antecedentes, Rodó no parece haber tenido dudas de lo que en los propios *Motivos*... llama *el valor de rasgos anecdóticos* (...) y su *fondo de verdad humana* (LIX). La crítica posterior, sin embargo, los ha enjuiciado en términos habitualmente más severos que los demás ingredientes del libro. Discutióse si su número era excesivo o no y, como es natural, hubo opiniones para todos los gustos.* Pero más importante es, sin duda, el debate sobre su función y utilidad. Gonzalo Zaldumbide, como era previsible, encabeza los que los han reprobado. Mejor hubiera sido el sacudimiento que las pruebas, afirma en su libro: *un poderoso sacudimiento lírico o trágico que los fríos modelos ilustres. Porque, al dar como ejemplos pasos de vidas insignes, parece olvidar lo personal e "irrepetible" de cada vida, pues que partió él mismo del postulado de que la vida, en cada uno, es invención perpetua e imprevisible (...) Así, el aprovechamiento de su saber vuélvese sistemático. Hasta se diría que para lograrlo ha recurrido a procedimientos de mnemotecnia (...) con el objeto de aducirlo todo en corroboración a su razonar y a su debido tiempo. Todo lo ha leído y visto, a la manera de Taine, en busca premeditada de "preuves à l'appui".*[4] Por la misma época se expresaron en tonos parecidos Alfredo Colmo[5] y "Lauxar", el que sostuvo que (no) *puede esperarse de una lectura (...) el impulso decisivo que fija y lleva a realizarse un destino* y que *es muy pobre personalidad la que se prepara y compone con normas ajenas.*[6]

Sólo entre los que conocemos (y con argumentos tomados de Scheler, y del sentido mismo de la educación), Samuel Ramos ha defendido la pertinencia del material ejemplar.[7] Por ser el único filósofo de los opinantes, su "testimonio uno" no resulta, pese a la regla, "testimonio nulo".

Porque algunas de estas objeciones nos parecen singularmente extrañas. Y es que hoy, al nivel presente de la antropología filosófica y de la filosofía entera, ¿cómo dudar de lo que "el conocimiento del otro" significa en el conocimiento del yo? ¿cómo dudar de lo que la radical alteridad de la vida de relación importa en la radical mismidad de nuestra vida íntima?** ¿Y

concepto de "acto revelador" citaba el ejemplo admirable —y tan rodoniano— de Schliemann niño, sintiendo despertar su vocación de arqueólogo ante un grabado de Troya en llamas. La excepción la constituiría algún texto de Séailles, pero esto ya en *Los últimos Motivos*..., no retocados por el autor.

* Entre otros: no le parecieron excesivos a César Viale: Conferencia Jockey Club, pág. 80; en el sentido contrario, Max Henríquez Ureña: *Rodó y sus críticos*, pág. 217: producen fatiga; debió abreviarlos.

** No hace mucho sostenía Henri Irénée Marrou, tratando de "la utilidad de la

qué son los ejemplos sino la luz multiforme e infinita "del otro" en la perspectiva más ajustada a cada caso e instante? Pero cierto es también que hoy nos parece que Rodó confiaba demasiado en el valor ejemplar de sus personajes. En cada una de ellos —y en todos— se siente que los ejemplos no son el material —inductivo y necesario— sino la prueba, laboriosamente buscada para avalar un razonamiento. Se siente la tensión que ha operado en la faena de aportar cualquier nombre y también hasta qué punto el azar ha decidido ese aporte. (Con lo que ese Olimpo de triunfales parece —a veces— elegido por mero sorteo). La necesidad de prueba y la necesidad arquitectónica (hay partes que necesitan doblemente) actúan como institutos de deglución impersonal que asimilan y envían a su debido sitio cualquier referencia que se acerque a sus zonas. Exigen ejemplos y los consiguen, autoritaria e indiscriminadamente.

Pero en esta tarea, Rodó no tomó en cuenta la fugacidad de los prestigios. ¿Qué nos pueden alentar las vidas de Erckmann y Chatrian, los olvidados novelistas de la epopeya napoleónica (LXV), o las relaciones de Gatayes y Alfonso Karr (LXI), o los puros nombres (por suerte) de los pintores académicos de fin de siglo, "grandes premios" del Salón? ¿Qué nos dicen *Choron, el gran teórico de la música* (LXXI) y Julio Clovio, *el gran miniaturista italiano* (LVII)? Además, en algunos sectores, como el de "los hombres universales" (tan caros a Rodó), los ejemplos sobran o son pleonásticos; sobran también en la asociación de vocaciones de pintor y crítico (tan previsible en sí). En otras zonas, en cambio, como ya se ha destacado para la parte final, faltan, y faltan gravemente. Este tener en cuenta, así, el número de los ejemplos y no el peso intrínseco de cada uno, hace que las menciones corroborativas de *Motivos* . . terminen, en ocasiones, en verdaderos anticlímax —involuntarios— de insignificancia, como cuando se cierra la lista de las vocaciones aplicadas a diversas artes con el descaecido Salvator Rosa que *compuso con la "Hechicera" un cuadro y una melodía* (CVII). Otras veces huelen demasiado a guía turística como, por ejemplo, cuando tras la mención a Fontana se aclara *por quien admiran los visitantes de la Pinacoteca de Bolonia,* etc. (XLVIII). Otras, sus menciones tienen un pronunciado sabor de época (nada desagradable en sí), caso de cuando, al buscar ejemplos *que todos reconozcan,* encuentra los de Meilhac y Halèvy (XLV) o maneja, como quien echa encima de la mesa el as de oros, el *ejemplo insigne* de Arrigo Boito (CVII).

Historia": *c'est en decouvrant les hommes, en rencontrant d'autres hommes que moi que j'apprends à mieux connaître ce qu'est l'homme, l'homme que je suis avec toutes ses virtualités; tour à tour splendides ou affreuses,* . . . etc. (*De la connaissance historique,* Paris, 1954).

Del tono adoctrinador e intimista unido a la abundancia de pruebas se originan, también, dos impostaciones esencialmente falsas. Una es la del énfasis, con que se inflan, a ejemplos de casos anteriores, reputaciones minúsculas; el movimiento uniformemente laudatorio de *los ilustres* y *los famosos* prodigados hasta fatigar *la inmortalidad de tanta gloria* (XCVII). La otra es la que llamaríamos "el sobrentendido pedante", que descansa (no pueden hacerse presentaciones) en la necesidad de dar por sabido —sabido por un hipotético lector enciclopédico— la identidad de todos los personajes colacionados. Lo que, con mínima intención peyorativa, es calificable de "pedantería" se configura en el hecho de que la realidad sea justamente la contraria y que lo que se da por descontado haya sido hallado frecuentemente en un diccionario o en un manual por el laborioso escritor. A tal tipo de fuente trasciende el paralelo de Schiller y Goethe (LXV); a tal algunos otros. También, por último, en todo lo que los ejemplos pueden ser, desde nuestra altura, valederos, edificantes, es visible en ellos, primero: la ausencia de nombres americanos,* y segundo: toda la gama estimulante de los rebeldes y los revolucionarios, de los nocturnos, de los fracasados, de los pesimistas, de los abismales. Ya observaba agudamente Barret la proscripción de *los genios patológicos*,[8] pero ¿quién no comprende que de su nómina excluyó Rodó a todos los hombres que más cabalmente asumen la aventura espiritual, la experiencia vital entera del hombre contemporáneo? ¿Cómo están fuera del libro un Nietzsche, un Rimbaud, tantos otros? ¿Por peligrosos o por estrictamente contemporáneos? Porque la exclusión de lo contemporáneo es casi general, aunque sea más notable en música y en pintura. Encerrado en un mundo de operistas y de pintores "pompiers", dejó fuera Rodó toda la tradición viva (entonces en espléndido crecimiento) de la música y de la plástica de su tiempo.**

* Sólo Colón, Balboa, Pizarro, Las Casas (europeos aunque vinculados por sus obras a América); estrictamente americanos: Bolívar, Miranda, Sarmiento (más una alusión, muy indirecta y decorativa, al *Facundo)* (CXLII).

** Un análisis de las referencias de *Motivos*... por países, actividades, géneros y frecuencias ilustra muy bien sobre los gustos, las lecturas, los repudios y —sobre todo— las limitaciones de Rodó. Las menciones a escritores son las más numerosas: 20 griegos, 17 latinos, 21 ingleses, 8 alemanes, 15 italianos, 19 españoles, 1 americano, 2 escandinavos, 1 ruso, 4 norteamericanos, 3 suizos, 4 portugueses y —por último— 71 franceses, de los cuales 34 clásicos y 37 escritores del siglo XIX: 169 en total. En ellos, entre citas, menciones y ejemplos, hay 15 referencias a Goethe, 12 a Shakespeare, 8 a Hugo y a Cervantes, 7 a Dante, 6 a Homero y a Virgilio, 5 a Platón, a Sófocles y a Lope de Vega, 4 a Aristóteles, a Alfonso el Sabio, a Byron, a Schiller, a Gautier, a Sainte-Beuve, a George Sand, 3 a César, a Marco Aurelio, a Séneca, a Chateaubriand, a Vigny, a Scott, a Manzoni, a Alfieri, a Stendhal, a Flaubert, a Taine y a los Goncourt.

## IX

Se ha visto ya[1] la ahincada labor a que se libró Rodó en los años de *la gesta* y su aspiración a que todo el caudal ejemplar fuera de su propia y personal colección. Pero, en conocimiento de la trayectoria anterior del escritor, de su cultura, y de la de su época, de sus lecturas, de sus gustos, de sus disponibilidades lingüísticas (francés, italiano, algo de latín, una pizca, o menos, de inglés, y cero del resto); en conocimiento de ellos, decimos, es fácil trazar un cuadro (a confirmar o descartar después) de las fuentes probables de todo ese material ejemplar. En la literatura inglesa, por caso, es evidente que Rodó conocía bien todo Macaulay y la *Historia de la literatura inglesa* de Taine; que tenía lecturas directas de Shakespeare, de Milton, de Byron y de Scott, de Dickens, de Carlyle. No creemos que en literatura alemana fuera más allá de una buena versación en Goethe, en Schiller y en Heine, a lo que debería agregarse nociones de manuales, entre los que no podría estar ausente el muy usado de Samuel Blixen.[2] Suponemos que en literatura italiana trataba íntimamente a Dante y a Bocaccio y, generalmente bien, a los escritores del XIX: Manzoni, Leopardi, Carducci y otros menores. En literatura española y francesa es sin duda donde su versación era más amplia, sirviéndole de andadores históricos e interpretativos Sainte-Beuve y Menéndez Pelayo, muy familiarmente manejados. En letras clásicas no es debatible una buena frecuentación de Homero, los trágicos, Platón, Luciano, Cicerón, Horacio, Virgilio, Marco Aurelio, Plutarco, Diógenes Laercio... También le eran habituales, de

Hay también 15 referencias a pasajes del Nuevo Testamento y 10 a pasajes del Antiguo y, comprendidos los 37 escritores de la antigüedad, 81 personajes de Grecia y de Roma: 20 filósofos y hombres de ciencia, 20 estadistas y políticos y 4 plásticos. Hay 32 filósofos, pedagogos, sociólogos, economistas y humanistas. Hay 48 estadistas, militares y exploradores, entre los cuales Colón es mencionado 5 veces y Napoleón 4. Hay 90 referencias de sabios e inventores, entre ellos Galileo, mencionado 7 veces, y Herschell, 4. Hay 39 personalidades de significación religiosa, 29 de ellas Santos Padres o santos de la Edad Media, nombrándose 4 veces a Kempis, y 4 a San Ambrosio de Milán. Las referencias a músicos son escasas: 33, perteneciendo la mayoría a teorizadores o autores operísticos que cubren casi toda la cifra: Bellini, Donizzetti, Rossini, Verdi, Auber, Meyerbeer, Boito, Charpentier. Se mencionan 84 plásticos, casi todos ellos pintores y 35 de ellos italianos. La mayoría pertenecen al Renacimiento o al academismo francés de fines del XIX. Hay 10 referencias a Leonardo, y 3 a Miguel Angel, los hermanos Carracci y el Verrocchio. Se mencionan, además, 7 actores. Es digno de notar que en casi todas estas categorías, salvo en los escritores, los personajes son mencionados por su simple nombre o, cuando más, por un breve ejemplo de dos o tres renglones. (Hay también 27 temas mitológicos o legendarios referidos y 4 tipos colectivos).

seguro, las recreaciones grecorromanas de Taine y de Gastón Boissier. Menos regulares resultaban, creemos, sus lecturas de historia, historia científica, historia de las artes plásticas, historia religiosa. Frecuente parece haber sido su trato con el Nuevo Testamento, y menos frecuente con el Antiguo; usados desde imprecisa data los manuales (entre otros el extenso de Ducoudray arreglado por Luis Destéffanis), las obras de Renan sobre el cristianismo, la *Leyenda dorada,* Kempis, el *Port Royal* de Sainte-Beuve, Erasmo, las *Vidas* de Vasari, los libros de Humboldt...

La observación —pleonástica en sí— de que Rodó tenía una cultura previa a *Motivos*... y su *gesta,* hace que débase distinguir entre los ejemplos que llegaron al libro desde su memoria histórica y literaria; los que hubo de espigar en autores que ya había frecuentado: Plutarco, o Taine, o Macaulay, o Menéndez Pelayo, pongamos por caso; los que recogió minuciosamente en Vasari o en Diógenes Laercio; y otros, en fin, que obtuvo en los textos menos dignificados de algunos diccionarios y repertorios (y es probable que ésa sea la provenencia de la mayor parte de los de música, artes plásticas, ciencia e historia religiosa).

Esta distinción, más apropiada sin duda para una edición anotada que para un prólogo, no es tarea fácil.* Si bien algunas veces el propio Rodó da la fuente de su ejemplo** y otras es rastreable en los materiales preparatorios,*** una gran cantidad de ellos, como es natural, puede provenir de diversas fuentes y aun éstas resultar imprecisas o bien erróneas.****

* Distingamos ahora que la localización no siempre puede realizarse con la misma precisión. Hay ejemplos o citas que tienen una posibilidad de ubicación absolutamente concreta: un pasaje de Santa Teresa, un verso de *Les contemplations.* Hay anécdotas, la de San Pedro de Alcántara, por ejemplo; hay frases, una de Coleridge, pongamos por caso, que, sin el material preparatorio, resultan de ardua localización. Hay elementos, corroborativos en su mayoría. plano de pasaje entre la doctrina y la prueba: el "ensanche de la vida" de Guyau, o el "hecho revelador" de Taine, que están reiterados en distintos pasajes de obras toda una obra o en la trayectoria vital de un personaje: la pasión de Don Quijote por Dulcinea; Julien Sorel en el ambiente de Grenoble.
perfectamente conocidas. Hay otros, por último, que sólo tienen su asidero en

** Ocurre, sobre todo, con los más dignificables o inocultables: Plutarco (CXLVI), Diógenes Laercio (CXXXII), Vasari (LXIV).

*** En algunos casos, los cuadros de materiales preparatorios señalan la fuente con absoluta certidumbre: tal el pasaje sobre Madame de Stäel (XCIII), recogido de la parte dedicada al Romanticismo francés; los Iniciadores, de la *Historia de las Ideas estéticas en España,* de Menéndez Pelayo (edición citada, t. V, págs. 263 y ss.).

**** "Lauxar" y Max Henríquez Ureña le señalan los errores de atribución de *La grande e general Estoria a* Alfonso el Sabio y el del *Lazarillo* a Hurtado

Pongamos, sólo, algunas brevísimas muestras.

De uno de sus autores preferidos, Macaulay, en sus *Vidas de políticos ingleses*,[3] es la referencia a Horacio Walpole (LXVIII). De la *Historia de la literatura inglesa* de Taine (catecismo de su generación) son los ejemplos de Milton (XCV), de Sterne (XXXV), de Burns (LXXV), de Walter Scott (XLV).[4]

A dos repertorios biográficos —mencionados en los materiales preparatorios—[5] pertenecen buena cantidad de ejemplos. Son el de Louis Figuier: *Vie des savants illustres de la Renaissance* y el *Diccionario enciclopédico de historia, biografía, mitología y geografía*,[6] de Luis Grégoire, muy conocido en su tiempo. El segundo es más breve, más servicial, pero del primero, más preciso, provienen las referencias a Ambrosio Paré (LV y LXXV), a Copérnico (LXVIII, CVIII y CIX), a Palissy (LXXV), a Vesalio (CVII) y, sobre todo, la hermosa etopeya de Paracelso (XCII).

Pero, más allá de estos orígenes en estado bruto, un tema apasionante de la génesis de *Motivos*... y del temperamento intelectual de Rodó es el de la actitud ante el material ajeno, el de la exactitud y el respeto con que cada referencia fue manejada.

Algunos casos son dudosos y no es posible extenderse en una dilucidación difícil.* Pero hay también algunos bastante claros.

Se ha aludido, en las raíces del tema de la movilidad humana, al precedente de Sainte-Beuve. Señalóse la fuente de Brunetière en las "cinco" etapas de su obra. Pero donde Brunetière hablaba de *cinq époques*, Rodó

de Mendoza (Max Henríquez, obra cit., pág. 220, y "Lauxar", obra cit., pág. 197). También "Lauxar" le reprocha presentar un Salomón anterior a las renovaciones de la crítica bíblica (pág. 196) —lo que parece una incomprensión actualista si se entiende la función de su retrato. Pereda (obra citada, página 178) afirma que el ejemplo del *Wilhelm Meister* fue el último que debió elegirse para abonar el contraste de Goethe y Schiller.

* La frase de San Justino, su *grito sublime: Todo el que ha vivido según la razón merece el nombre de cristiano* (CXLVII in fine) se halla en forma semejante en Grégoire, obra cit., t. II, pág. 94, salvo que, en vez de *merece* dice simplemente *son*. (Variación importante porque sustituye a una actitud de *anexión* una actitud de *concesión*). Si Rodó, por el contrario, la tomó de Renan, cuyas obras religiosas, según Pérez Petit, tan bien conocía, la frase pudo ser tratada en muy distinto tenor, porque Renan, en su *Histoire des origines du Christianisme*, t. VI: "L'Eglise Chrétienne", la transcribe así: *Tout ce qui a été pensé ou senti de bien avant nous chez les grecs et chez les chrétiens nous appartient*, lo que subraya, aun respecto a Grégoire, la actitud *anexionista* que Rodó trastroca tan copérnicamente. Para la transcripción literal de San Justino: vid. Hugo Rahner: *Mythes grecs et mystère chrétien*, Payot, Paris, 1954, pág. 9.

hipostata: *cinco almas.* Esta magnificación, esta última vuelta de tuerca, ligeramente enfática, es la que el autor imprime casi siempre.

En el capítulo LIX se trae a colación, en la elección de vocaciones, el gesto de Goethe arrojando su *puñal* al río, para observar de qué lado cae. Pero un texto autorizado de las *Memorias* de Goethe, de *Poesía y realidad,* donde el episodio se recoge, habla sencillamente de un cortaplumas menos solemne [7] y las ediciones que del libro pudo manejar Rodó no llegaban, por ser fragmentarias, hasta el episodio.*

Hablando de "las falsas perseverancias" (CXXXII), Rodó cuenta la historia de Pirrón, que refiere explícitamente a Diógenes Laercio. Compárese, empero, el texto uruguayo con el del biógrafo clásico; éste cuenta así: *su vida era consiguiente a esto* (la máxima "nada hay realmente cierto" y otras) *no rehusando nada ni abrazando nada, vgr. si ocurrían carros, precipicios, perros y cosas semejantes; no fiando cosa alguna a los sentidos; pero de todo esto lo libraban sus amigos que le seguían, como dice Antígono Caristio.*[8] Ni uno solo de estos ejemplos emplea Rodó, sino los de *pared, pozo y hoguera* (con una acentuada opción por lo inmobiliario), más toda la parte final que es de su propia cosecha. El rasgo pirroniano también ha sido contado por Montaigne,[9] que lo hace mucho mejor que su antecesor, aunque utilizando los ejemplos de obstáculos que imaginara Diógenes.

En este arte de dar relieve, también Diógenes Laercio brinda otro ejemplo conspicuo. En el capítulo IV de *Motivos...,* Rodó menciona la *ancianidad de Epiménides,* junto a las de Humboldt y de Ticiano. Pero Diógenes cuenta, simplemente, que Epiménides durmió cincuenta y siete años, y le contó, al despertarse, a un hermano menor (que ya era viejo) su sueño. *Conocido por esto de toda la Grecia, le tuvieron todos por muy amado de los dioses* y murió a los ciento cincuenta y siete años.[10] Es pura invención de Rodó compararlo, con tan involuntaria foja, con dos atardeceres tan maduros como los de Ticiano y Humboldt.**

Es interesante destacar, por último, que estas magnificadoras inflexio-

* La traducción de "La España Moderna" en un volumen (y en la Biblioteca de Rodó) sólo comprende hasta el libro VI, mas el episodio se halla en el libro XIII. La francesa de Jacques Porchat, París, 1862, tampoco lo contiene y la de Henri Richelot, completa, es posterior a la época.

** Es cierto que la leyenda antigua hacía de Epiménides un médico milagroso, una especie de "fármacos" de la clase del Edipo vencedor de la Esfinge (que sería la peste). De cualquier manera subsistiría la exageración si es tenida en cuenta la heterogeneidad de credenciales y la vaguedad de lo mítico se contrasta con la verdad histórica y biográfica inescamoteable de sus dos compañeros de mención.

nes de Rodó se ejercieron también sobre corroboraciones de la doctrina. Al final del capítulo LXXXVI y tratando de los cambios violentos que rompen la continuidad personal, cita Rodó a Sully y su estudio sobre *Les illusions des sens et de l'esprit*. Pero Sully, a diferencia del tono alto y generalizador de Rodó, sólo se refiere a los que, tras una enfermedad, se miran a un espejo y no se reconocen, a la pérdida de un miembro y otros casos semejantes.[11]

## X

Más que ningún otro elemento de *Motivos*... las parábolas han sido elogiadas, glosadas y fatigadas. Tienen su propia crítica* sus propias ediciones** y hasta han sido —algunas— tema (infortunado) de poesía.***

* Vgr.: Gonzalo Zaldumbide, prólogo de *Parábolas*, Bouret, Paris, 1949; José Pereira Rodríguez: "La técnica de lo poético en Rodó", *Nosotros*, II época, Buenos Aires, noviembre de 1943, Año VIII, págs. 134-146, y *Parábolas, Cuentos Simbólicos*, Montevideo 1953, Prólogo (Págs. IX-XVIII) y notas; Roberto Ibáñez: "Rodó: Arte y profetismo (Las Parábolas)" Resumen en *El País*, Montevideo, 14 y 15 de junio de 1944, página 5, y "Sobre Motivos de Proteo", en *Anales del Ateneo*, Nº 2, Montevideo, junio de 1947, págs. 133-139; José Enrique Etcheverry: "Parábolas de Rodó", en *Marcha*, Nº 710, Montevideo, 26 de febrero de 1954, pág. 13; Emir Rodríguez Monegal, en *Obras Completas*..., cit. págs. 131; 299-300 "et passim".

** a) *Tres parábolas de Rodó* (Los seis peregrinos, La despedida de Gorgias, La pampa de granito), Montevideo, 1909, Ed. Berro y Regules (Librería de la Universidad). Con carta-prólogo de Rodó e ilustraciones de José Luis Zorrilla de San Martín; b) Selección de *Motivos*... Ediciones "El Convivio", editadas por Joaquín García Monje; San José de Costa Rica, 1917. Prólogo de Alberto Gerchunoff (ver nota 19 de este capítulo); c) Ed. Claudio García, Montevideo, 1923, 57 págs., con ilustraciones de Adolfo Pastor; d) *Parábolas*, Colección "El Dorado", Departamento editorial Consejo Nacional de Enseñanza Primaria, Montevideo, 1947; e) *Parábolas*, Bouret, Paris, 1949, 156 págs. Con excelente prólogo de Gonzalo Zaldumbide; f) *Parábolas. Cuentos Simbólicos*, Montevideo, 1953, Colombino Hnos. Prólogo, selección y notas de José Pereira Rodríguez. (Se ha discutido lo muy explícito y liceal de sus notas pero las de algunas parábolas como "La respuesta de Leuconoe", tienen subido valor); g) las muy conocidas de Claudio García, que llevan a su frente páginas del estudio de Amadeo Almada.

*** De "El niño y la copa" existen tres glosas; la de Ismael Urdaneta (en Alejandro Andrade Coello: *Rodó, Quito*, 1917) es muy mala; Pereira Rodríguez, edición *Parábolas*, pág. 27, menciona otra de Pedro E. Pérez; la mejor, sin duda alguna, es la de Baldomero Fernández Moreno en *Nosotros*, Buenos

Puede ya no ser necesario el hacer explícitas las fuerzas que en Rodó llevaban a ellas.

Hay quien[1] ha sostenido la inspiración helénica de estas páginas; quien, la influencia de Guyau y su "filosofar con gracia".[2] Sin descartar estas suscitaciones, parece muy difícil también prescindir del prestigio de la tradición hebraica.

A todo lo largo de la trayectoria intelectual de Rodó, late, en verdad, una arraigada fe en el "pensamiento figurativo" (para usar la expresión de Eugenio D'Ors), una ilimitada confianza en el poder de persuasión de "los símbolos claros"[3] y en "la profundidad de las superficies" (para usar de nuevo otra admirable fórmula del escritor catalán). Este poder de corporizar, visualizar y humanizar toda idea, que declarara triunfalmente en las cartas a Piquet,[4] va más allá, naturalmente, de las parábolas, pero resplandece sobre todo en ellas; en ellas encuentra su fruición más dilatada, su operación más ambiciosa. Sus páginas críticas primeras, es interesante señalarlo, ya marcan esta preferencia, esta fe. En los artículos de *La Revista Nacional* (1897) se expedía con entusiasmo sobre el símbolo, que rechazaba cuando era *forma de arte (...) nacida sólo de una arbitraria convención (...) indeterminada y obscura,* pero encomiaba cuando era el fruto de *una idea o emoción definidas, (...) producto de una concepción simultánea de la imagen y la idea (...)* de una *fuerza plástica* que hace *clara y traslúcida la relación de semejanza con lo significado y breve, y fácil, y armonioso, el puente tendido por la mano del poeta, de la idea a la forma y de lo real a lo ideal.*[5] Más tarde diría también: *Acaso nunca hubo libro de abstracto y frío filósofo que, sin interposición de otros libros, hiciera modificarse un alma humana; pero la doctrina se convierte en fervor y redención, o en vértigo y locura cuando el artista se la apropia, soltándola luego a los vientos de la vida; y artista llamo aquí a todo el que, con sus escritos, su prédica o su ejemplo, viste de hermosura y claridad una idea.* Y condensaba expresivamente: *Una doctrina nueva es como el verbo de un Dios que, para revelarnos su ley, precisa tomar cuerpo en carne humana (...), hablarnos con parábolas y hacernos llorar con su pasión.*[6]

Y en *Motivos...* mismo sostendría que *Así como en lo material del acento, la voz apasionada tiende naturalmente a reforzar su intención musical, así en cuanto a la forma de expresión, el alma que un vivo sentimiento caldea, propende por naturaleza a lo poético, a lo plástico y figurativo* (LIV). Hablaría igualmente de la capacidad de ensanchar *el horizonte,* y liberar de *los lazos opresores del hábito* que tiene *la facultad de concebir imágenes* (LXXXIX).

Aires, mayo de 1917 (reproducida en edición Pereira Rodríguez, cit.).

Pero, en fin, aun prescindiendo de estos antecedentes, ¿qué actitud más rodoniana que ésta que mueve la parábola, que esta leve frenada del ritmo discursivo, y este poner grave la voz, y subido el estilo, cuando llega el momento de emitir verdades esenciales? Porque si de algún don careció Rodó, fue el de decir cosas importantes de ese modo natural, informal, casi distraído del que otros son capaces.

La portada de *Motivos* ., desde el proyecto de 1905,[7] lleva la aseveración de San Marcos (IV, 11): *Todo se trata por parábolas.* De lo excesivo de tal definición pudo Rodó haber tenido conciencia; no más del ocho por ciento de la obra, cuantitativamente, lo cubren esas narraciones y, cosa más importante, no todas las verdades básicas de la doctrina encuentran en ellas su cuerpo. Al autor, sin embargo, debieron estos relatos resultarle fundamentales, ya que con ellos asociaba su nombre a un género difícil y de ilustre linaje. Hegel, en su *Estética* (probablemente conocida por el uruguayo), había recordado este linaje: Herodoto, los Evangelios, Lessing, Goethe. Hegel asignaba a la parábola tres rasgos básicos, que extraía de la comparación con la fábula, (tratada por él anteriormente): en cuanto a la forma, *la subjetividad de la comparación intencional;* en cuanto al sentido, la existencia de una significación *más elevada y más general;* en cuanto a la materia, el manejar acciones estrictamente humanas y no ya animales.[8] Recetas, pues, no faltaban, fórmulas, cánones, pero...

No hace muchos años, decía Zaldumbide: *difícil es de rehacer en épocas de civilización intrincada, que carecen del don primordial, el candor imaginativo, la frescura de la sensibilidad asombradiza y crédula, la ingenuidad que se ignora. Rodó llega a suplirlo a fuerza de arte; y si bien la sencillez nazarena de la afabulación, la gracia inhábil y espontánea del relato han sido remplazadas por cualidades más conscientes, todavía el poder persuasivo, la eficacia ejemplarizadora de la ficción impresionan la fantasía con virtud parecida a la cándida simplicidad de la invención antigua.* Y: *Rodó, que sentía como pocos lo limitado y parcial de cada género de arte, y anhelaba por uno en que confluyesen todos sin perder nada esencial, halló en el encanto de la parábola —donde aúnan sus gracias la ficción, la moral, la poesía, la experiencia filosófica y la cordura— la imagen abreviada de su ideal y la satisfacción menos incompleta de su aspiración.*[9]

El agudo juicio del crítico ecuatoriano insinúa al final algo que resulta evidente: Rodó no quiso atarse a una fórmula estricta y acabada, tan transida de sagradas memorias, tan resonante de ecos inmortales. Por lo pronto en él, a diferencia de lo que pasa en los Evangelios, la parábola es siempre función de develación, cuanto más explícita, mejor; nunca de ese ocultamiento y de esa rigurosa distinción entre profanos e iniciados que las

palabras de Jesús en San Mateo (XIII, 11-12) inequívocamente proyectaban. También, ocioso es decirlo, son las parábolas de *Motivos*... actividad estética mucho más autónoma, mucho menos ancilar que en todos sus precedentes. Es así como en el libro montevideano el firme molde parabólico diluye sus contornos sobre otras fórmulas afines: de *"cuentos simbólicos"* hablaba el mismo Rodó, de *narraciones incidentales*, Pedro Henríquez Ureña,[10] de *forma nueva*, Ibáñez, que ve fundirse en ella *el artista y el profeta*,[11] y —nos parece el diagnóstico más acertado— de *poemas en prosa*, Alberto Zum Felde.[12] El "poema en prosa", de gran prestigio en la sensibilidad finisecular, ofrecía como firmes antecedentes el *Gaspard de la Nuit* de Aloysius Bertrand (1842) y los *Petits poèmes* de Baudelaire (1855-1862). Difícil es que, dado lo próximo que estaban a su tentativa, Rodó pueda haberlos desatendido.

Tal vez a causa de ello, en torno al núcleo irrecusable de las que pueden ser llamadas estrictamente parábolas, se despliega un tornasol de formas afines que algunas antologías recogen* pero que, si nos atenemos a los tres elementos esenciales de "lección", "narración" y "elemento humano" no son —no deben ser— confundidas con ellas. El problema, naturalmente, no tiene demasiada importancia, ya que sólo avecina ciertos artificios de clasificación (y es ilustrativo que hasta en los propios Evangelios se plantee). Pero aventuremos que por distintas razones algunos trozos —de los más bellos de *Motivos*...— sólo pueden quedar en ese destino fronterizo que, por otra parte, nada los descalifica.

Las razones de esta situación pueden ser diversas y, a veces, interferir sobre un mismo texto. Ejemplos amplificados, puramente ancilares, glosas de textos extraños son el Peer Gynt (XXV), la leyenda de la imprenta (LIII) y los amigos de Pirrón (CXXXII). Imágenes estáticas, de función alegórica, sin narración ni peripecia de personajes, son "un friso del Partenón" (V) o los admirables "mármoles sepultos" (LXXII).** Demasiado breves y, sobre todo, muy alienadas al texto y a la lección; con suficiente

* Pereira Rodríguez, en *Parábolas*, no transcribe, de las parábolas de *Motivos* , "Lucrecia y el Mago" (se trata de una edición para jóvenes estudiantes), agregando en cambio los capítulos V ("Un friso del Partenón"), XXV ("Peer Gynt"), XXXIV ("El barco que parte"), XXXVI ("Un vuelo de pájaros"), XXXIX ("El hecho nimio y la invención"), XLIV ("Pasan los niños sublimes"), L ("Fuerza del amor"), LI ("La emoción del bárbaro"), LIII ("La leyenda del dibujo y la de la imprenta"), CXXXII ("Los amigos de Pirrón"), CXXXV ("Los tres cuervos del descubrimiento de Islandia").

** Pérez Petit, obra cit., también la considera parábola (pág. 303), juzgándola *injustamente descuidada* porque Rodó *no la destacó con un titular como a las otras.*

dinamismo narrativo pero de materia humana y argumental casi nula son "el barco en el mar" (XXXIV), "el vuelo de pájaros" (XXXVI) y "los tres cuervos de Islandia" (CXXXV).

El núcleo de las indiscutibles presenta grandes diferencias internas. Algunas parábolas, como "La respuesta de Leuconoe" y "Los seis peregrinos", son extensas y muy elaboradas. "El Monje Teótimo", "La despedida de Gorgias", "Lucrecia y el mago" y "La pampa de granito" son más cortas y menos opulentas. Las cinco restantes: "El niño y la copa", "El faro de Alejandría", "El meditador y el esclavo", "Ayax" e "Hylas" son realmente breves. El ritmo de su inserción es también muy desigual. Hay cuatro: "El niño...", "...Leuconoe", "El faro..." y "El meditador..." en el primer quinto del libro y cuatro: "Hylas", "La despedida...", "Lucrecia..." y "La pampa..." en el último, lo que hace que sólo tres (y dos de ellas bastante irrelevantes), "Ayax", "El monje Teótimo" y "Los seis peregrinos", ocupen los tres quintos centrales de la obra.

(Rodó era demasiado artista para sembrar simétricamente sus parábolas a lo largo del texto, como postes indicadores de una carretera. El proceso de su creación no fue, seguramente, tan mecánico como para que, queriéndolo, hubiese podido hacerlo).

Menos interesante que este fenómeno (que no es de mera topografía literaria porque toca a los estratos más hondos de la poética rodoniana), pero sugestivo también, es el de la forma en que las parábolas entran en el texto del libro. Poco importa que unas comiencen capítulo con rótulo: "Leuconoe", "Ayax", "Hylas", "Lucrecia", "La pampa" y "La despedida de Gorgias"; que otras: "El monje Teótimo" o "Los seis peregrinos" lo corten con el suyo, o que las restantes: "El niño y la copa", "El faro..." y "El meditador y el esclavo" inicien capítulo sin llevar título alguno. Pero es más significativo que algunas —la mayoría— interrumpen el discurso sin transición de ninguna clase, mientras en tres se apela a distintos artificios: en "El niño y la copa", a una visión pasada; en "La respuesta de Leuconoe", al sueño, y en "Los seis peregrinos", a *leyendas que no están escritas*. (Igualmente en las estructuras afines de imágenes simbólicas se emplean estas convenciones rememorativas: así en el capítulo V, con su invitación al viaje en el tiempo, o el LXXII, "los mármoles sepultos", en el que recúrrese a la asociación de ideas).

Por modos variables gobernó Rodó asimismo la forma en que la lección se desprende de su parábola. Aunque casi siempre esta lección sea inmediata, existen divergencias entre la moraleja fulminante de "La Respuesta de Leuconoe" y la graciosa gradación que arranca de "El niño y la copa": genérica al principio y regresando a la imagen tras una serie de ondas

cada vez más cerradas. En "el barco que parte" (XXXIV) la lección parece seguir los derroteros del barco mismo, con su pendular destino de ida (XXXV) y de vuelta (XLV).

En el núcleo irreductible de las once parábolas tradicionales los desniveles de madurez, de felicidad y de eficacia son demasiado evidentes.

"El niño y la copa" (XIII), tan elogiada, tan glosada y poetizada, nos resulta de una inaceptable afectación de estilo, de una "lindeza" rayana en el melindre. Pero, lo que es menos subjetivo: la inconexión de su cuerpo de trabajada ligereza, con el grave problema de filosofía vital que pretende asumir es tan visible, que la convierte en mero pretexto de decoración. Esto ha sido observado por Ibáñez en términos moderados* y que dejan a salvo (para nosotros inexplicablemente) una calurosa simpatía por el texto, *breve friso de música* —según él— *en que se amparan delicadas imágenes.*[13] Pero, más concretamente, ¿quién encontrará un estímulo en esa figura de niño que borrajea pasos de baile sobre la arena de un jardín? Rodó, cuando no descansaba en precedentes históricos o literarios, tenía la "imaginación pobre" y el gesto central de esta página está extrañamente emparentado con alguno de los peores pasajes de *Ariel.***

"La respuesta de Leuconoe" (XVII) sufre del defecto contrario: es excesivamente amplia y gravosa para la lección que quiere portar; demasiadamente paramental y dilatado su catálogo de frutos y de regiones.***

* "No guardan correspondencia inobjetable, aunque el primero sea inobjetable en sí mismo", art. cit., pág. 138.

** La famosa comparación del final de *Ariel, el soplo tibio (...) como la copa trémula en la mano de una bacante,* que extasió a tantos, aunque resulte ejemplar de lo que no debe ser una comparación: borrosa, forzada, inimaginable, vacía de experiencia directa, de puro origen literario. Aquí también el niño mantiene la copa *no muy firme, en una mano.* (Ambas parecerían transposiciones dipsómanas).

*** Ibáñez también ha objetado *el cursillo de geografía histórica* y la carencia de gradaciones: *Trajano pasa con extrema facilidad de "la benévola ironía" al tono grave y conmovido* (art. cit., pág. 137-138). Ha sido elogiada por Abel J. Pérez, en *La Razón,* Montevideo, 7 de junio de 1909. En cuanto a sus fuentes, en Charly Clerc: *Le génie du paganisme,* París, 1926, págs. 101-102, señálase que Anatole France empleó el término Leuconoe, aunque aplicándolo a una cortesana (observación en papeles del Dr. José Pedro Segundo). También lo había usado Horacio en la dedicatoria de la Oda XI del libro I. En cualquiera de los dos casos debió atraer a Rodó por su evidente —y admirable— eufonía. Los versos aludidos de la *Medea* de Séneca son los que abarcan del 375 al 379 del texto y comienzan con el que dice: *Venient annis saecula seris* (Albarrán, obra cit., pág. 490, nota). Traducidos en edición Pereira Rodríguez, *Parábolas,* pág. 32, nota.

"El faro de Alejandría" (XXII) no tiene misterio y es puramente visual, esperable, evidente. Compáresela —y el paralelo no es arbitrario— con un relato moderno que, como *La humillación de los Northmore,* de Henry James, descansa en una situación humana semejante.*

Tiene gravedad, sentido, penumbra, sugestión, "El meditador y el esclavo" (XXVII). Ha sido justamente elogiada por Ibáñez —ésta sí— en su aguda evaluación y es sin duda una de las mejores parábolas breves, sino la mejor.[14] El supuesto en que se basa, de limpia estirpe clásica: cada condición humana tiene su propia ley, sus propios torcedores, su propia tragedia, parece una respuesta anticipada de Rodó a todos los demagogos tropicales de la literatura hispanoamericana de los veinte y los treinta —un Luis Alberto Sánchez en primera fila— que exigirían allí un "contenido social", algún "mensaje" —tremante y sensitivo— de "emancipación".

Muy artificiosa, muy próxima en defectos al "Niño y la copa" (desproporción entre ejemplo y lección) nos parece "Ayax" (LXXVIII).

"El monje Teótimo" (LXXXVII) es de las menos maduras y eficaces, basada como lo está en la reacción inconcebible de alguien que, en la vía de purificación interior, es imaginable que ya hubiera pasado por los tramos más titubeantes.

"Los seis peregrinos" (C) es, probablemente, la mejor parábola de *Motivos*... No sólo es la mejor escrita, la más rica de matices, sino que también plantea, con el debido cuerpo y los debidos tornasoles, el problema permanente —e insondable— de la acción humana; humana y eficaz al mismo tiempo.[15]

Breve también, admirablemente realizada, sugestiva, firme, es la histo-

También, a propósito de esta parábola es curioso anotar que Horacio Arredondo, en *La Civilización de Uruguay,* Montevideo, 1951, t. I, pág. 166, cuenta que en fiestas realizadas en 1752 en la fortaleza de Santa Teresa, con participación de españoles y portugueses, intervinieron en cuadros alegóricos *ocho oficiales militares que representaban las cuatro partes del mundo y las cuatro estaciones del año, vestidos de los correspondientes colores, adornados los que figuraban de mujer con diamantes y preparativos propios.*

* Ibáñez opina, art. cit., pág. 136, que Rodó *le confiere una briosa independencia artística.* Hay, por otra parte, un fondo de verdad histórica en esta parábola. Sostrates de Gnido, como en realidad se llamaba, fue constructor del faro, tarea por la que cobró ochocientos talentos. Erich Bethe, en *Un milenio de vida antigua,* Barcelona, Labor, 1937, resumiendo las investigaciones de Thiersch sobre el faro, sostiene la existencia de un muro de cimentación de piedras de cantería, de naturaleza calcárea (en apuntes inéditos del Dr. José Pedro Segundo). Es claro que la fuente de Rodó tiene que haber sido otra.

ria del mancebo Hylas (CXIV), sobre un tema de ilustre tradición.*

"La despedida de Gorgias" (CXXVII), sobre ser de lección entre pleonástica y ambigua, no consigue erguirse de la losa que sobre ella ponen dos tradiciones demasiado grandes: Atenas y Cristo, nada menos; los Evangelios y el Sócrates platónico.[16]

"Lucrecia y el Mago" (CXL) es de esos cuentos demasiado extensos para la moraleja que portan y confirma lo que otros —"El niño y la copa", "La respuesta de Leuconoe" y "El Monje Teótimo"— sugieren: el campo fértil de la parábola rodoniana es la antigüedad helénica y no el mundo oriental, ni el romano, ni el cristiano, ni (menos) el moderno.

"La pampa de granito" (CLI) es un violento "fortissimo" en la andadura en general apacible de *Motivos*... Julio Irazusta, "Lauxar" la han objetado severamente.** Rodó la concibió como una parábola de la voluntad; para el hombre de hoy sólo puede valer como un símbolo exacto, horroroso, fascinante, de las revoluciones y, en general, de todo el dolor, la violencia y la muerte que abonan los fundamentos de imperios, naciones y épocas históricas. Este símbolo de un "hoy" sacrificado a un "mañana" siempre postergable y embellecido, este modelo de "ingeniería social utópica", en el sentido de Popper, puede parecer incongruente en un liberal —no ingenuo ni menos optimista, pero sí convencido— como Rodó lo era.

Ha sido una postura crítica (vigente casi hasta nuestros días) sostener que estas once parábolas no sólo son lo mejor de *Motivos*...,*** no sólo lo único que sobrenada de él (*se salvarán las parábolas* decía en un desilusionado estudio Ventura García Calderón),[17] sino que, al paso que se lamenta

* Anota Helmut Hatzfeld, en *Bibliografía crítica de la Nueva estilística,* Madrid, Gredos, pág. 346, que el tema de Hylas se encuentra en Ronsard, en Parny y en Leconte de Lisle (fuente probable de Rodó), esto es, en el Renacimiento, en el Barroco y en el "Parnaso", según lo estudia Pierre Moreau: "Les trois Hylas", *Mélanges Vianney,* Paris, 1934, págs. 425-435.

** Julio Irazusta, "De literatura hispanoamericana", en *Nosotros,* t. 35, Buenos Aires, 1920, pág. 261, sostenía *que es el símbolo más desolador y desesperante de la dureza de nuestro destino.* "Lauxar" destaca *la bárbara exageración de sus cuadros* y concluye: *Más vale el reposo de la muerte que ese tormento dantesco del esfuerzo sin alegría,* obra cit., págs. 201-202. Elogiada, en cambio, por Pérez Petit, obra cit., pág. 311, Pereira Rodríguez, *Parábolas*..., pág. 129, nota; Jesús Castellanos y Max Henríquez Ureña: *Rodó y sus críticos,* págs. 84 y 217 respectivamente.

*** Aun admitiéndolo al fin, es digno de notar, como excepción (característica de su arriscada independencia de juicio), "Lauxar", obra cit., págs. 201-202: se les ha alabado *sin mesura; carecen de "ingenuidad";* son *trabajo de creación bizantina.*

que todo el libro no hubiera sido escrito totalmente en ellas[18] se sugiere, —y se reclama—, su emancipación, su aislamiento, su textualidad. Ya en enero de 1910, Alberto Gerchunoff —y creemos que fue el primero en hacerlo— aventuraba que esos *cuentos filosóficos de admirable estructura podrían formar un volumen aparte.*[19] Pero fue sobre todo Zaldumbide —desde 1917— quien, al paso que elogiaba *la diáfana carnación, el aéreo movimiento de las figuras de la alegoría,* reprobaba la política rodoniana de *rodearlas con cauta y prolija mano de comentarios y de tan explícitos desarrollos* y reclamaba *el tomito de parábolas, mondas de todo comentario, sin exordio, ni epílogo ni aditamento alguno, con todo su poder de sugestión encerrado en la breve alegoría.*[20]

Su deseo, apoyado por muchos, se ha visto cumplido repetidas veces.[21] Parece razonable, sin embargo, compartir las fundadas objeciones de Roberto Ibáñez:[22] las parábolas están bien donde están. Sólo con la doctrina entornante su sentido se enriquece y matiza, además de ser, no lo olvidemos, género esencialmente ilustrativo y ancilar.

## XI

Para el lector ordinario (imaginémoslo así, sin carga peyorativa), *Motivos...* es un libro de pausadísimo tranco, un libro henchido de explicaciones y corolarios, un texto que, para el gusto previsible de ese lector —gusto de los trazos gruesos, de la rapidez, de la fácil simplificación—, resultará siempre pleonástico y frecuentemente tedioso. Este tranco, esas explicaciones se ritman en una estructura sintáctica cuya complejidad, cuyas medidas, son para él inusuales. Complejidad, pleonasmo, lentitud serán, indiscutiblemente, tres características decisivas del cuerpo estilístico de *Motivos...* Para el lector de nuestro tiempo y para el de medio siglo atrás

Complejidad, abundancia, reposo, son valores estéticos y como tales no nos corresponde ponderarlos por otro canon que el de su propia coherencia y adherir a ellos o rechazarlos. Pero no será ocioso —en la necesidad de pormenorizar, así no sea más que ligeramente, estos rasgos— el intento de precisar cuáles son los motivos y cuáles las fuerzas que reiteran, complican y suspenden la andadura verbal de este libro de ideas.

En muchos críticos de la obra y, sobre todo, en García Calderón y en Zaldumbide, se ha señalado que la obra de 1909 importa en Rodó el propósito de volver a las formas majestuosas y esencialmente oratorias de

la prosa clásica castellana y se ha lamentado también, a la luz de las preferencias artísticas del modernismo, lo cabal de la tentativa. Toda la curva de la prosa de Rodó, desde los artículos de *La Revista Nacional* hasta los que se recogen en *El camino de Paros* tiene, según ellos, en *Motivos...*, su mayor altura de ambición, de opulencia, de monotonía.[1] Al ordenarse algunas periodizaciones de la obra rodoniana, Pedro Henríquez Ureña, Zaldumbide, "Lauxar" y Pérez Petit sitúan habitualmente la etapa de 1909, entre una de *sutilezas, gracias, musicalidad y párrafo breve* (la de *Ariel*, la del *Darío*), y otra, posterior y más aliviada que la de Proteo, sin dejar de marcar algunos una época previa a la de *Ariel*, de párrafo también *macizo, largo, enmarañado*, y otros —como Henríquez Ureña— identifican *Ariel* y *Motivos...* bajo un signo común de *período largo, adecuado* para *la prédica laica* si bien enriquecido *de color y de matiz*.[2]

Aunque las observaciones de Zaldumbide puedan resultar, en general, exactas; *frase rica en incidentes, ideas que se entrecruzan como los pámpanos en la escalera, pequeños descansos* (que) *apenas si dan aliento para leer en alta voz esa serie de períodos concatenados*,[3] esa exactitud no debe ser óbice a destacar que en *Motivos...* ensaya Rodó una gran variedad de estructuras sintácticas y que esa variedad de formas, alternadas en vivos contraluces, no es caracterizable con un diagnóstico más o menos intuitivo.

La sintaxis del libro está reclamando un estudio pormenorizado y que seguramente nos mostraría cómo un período, de extensión media pero mayor que el habitual, predomina en la obra.[4] Esa medida, común a la doctrina y a los ejemplos, suele presentar, aunque no siempre, estructuras paralelísticas y anafóricas que le prestan un énfasis casi inevitable y las hacen sumamente adecuadas a la función lógica del distinguir.[5]

Abundan, sin embargo, los períodos de extraordinario caudal, abundancia que, si se une a lo excepcional de las muestras, da al libro su sello estilístico más irreductible.[6] Esta extensión máxima no siempre consigue evitar, sobre todo cuando se da en los ejemplos[7] (aunque la doctrina sea su campo más habitual), una indeliberada oscuridad. Con su firme buen sentido, "Lauxar" ha observado, y la observación tiene aquí validez indiscutida, como *motivo de confusión y dificultad* el hecho de que *su frase, (...) se hace inaprehensible o distrae y pierde en los miembros incidentales de una construcción recargada la atención que se necesita para abarcarla en su conjunto*.[8] Como sucede con frecuencia en Marcel Proust, en algunos de los ejemplos anotados, el período debe ser reelaborado y visualizado en el espacio si es que ha de hacérsenos plenamente inteligible, como si la esencia misma temporal de lo literario quedara vulnerada y quebrada aquella invisible medida, que intuyera Aristóteles (y sobre la que teorizaron tantos siglos después Poe y Baudelaire).

Escasas son en cambio las estructuras realmente breves.[9] En la parte doctrinal suelen asumir naturaleza aforística, aunque lo aforístico —al modo martiano— no era cuerda especial de Rodó y estas condensaciones sean, como en los ejemplos anotados, el resultado de un largo desarrollo y no una brusca iluminación que luego se explore y enriquezca. Valen en cambio en nuestro autor por elaborados consejos, por exhortos, por mandatos. Pero también, debe señalarse, las estructuras breves dominan en las parábolas y son pieza característica de todo pasaje narrativo.

Para volver, con todo, al típico período, al extenso, es difícil aceptar la opinión, del ya reiterado "Lauxar", de que lo *redondea por el gusto de la altisonancia* y de la amplitud oratoria.[10] "Redondear" no es seguramente el verbo que represente aquí de modo más cabal la vía de su crecimiento, ya que ella corre en el observado desdoblamiento casi siempre paralelístico, anafórico muy a menudo (como especie del género anterior), que ya se marcó en las magnitudes intermedias. Unas veces, son oraciones subordinadas de variado tipo las que, multiplicadas, prolongan —o inician— la larga cauda periódica.[11] Otras, es un breve sujeto al que sigue un predicado que, al modo de ondas en el agua, va ensanchándose cada vez más hasta alcanzar la cadencia última.[12] A veces el desarrollo anafórico es absolutamente simétrico y el período podría plegarse sobre sí mismo como si tuviera dos exactas alas.[13] En ocasiones el despliegue de verbos, ya en infinitivo,[14] ya conjugados,[15] son los que ofician de armazón del período. En otras, el paralelismo ordena los sustantivos, con clara función sinonímica y así amplificadora.[16]

Procedimiento muy habitual de la sintaxis rodoniana, en esas frondosas oportunidades en las que un primer elemento se ha dilatado más de la cuenta (y sería peligroso de oscuridad adosarle en seguida la acción), es el de interrumpir la corriente con dos puntos y reiterar el sujeto, que queda así liberado de oraciones subordinadas y más apto para entrar en juego o ser objeto de un predicado nominal.[17] Muy frecuentes son los períodos organizados sobre negaciones con coordinación adversativa al final: "sino"[18] o distributiva o disyuntiva: "ora", "ya", etc.[19] Otras veces el período carece de estos sostenes y, rebasado algún paralelismo inicial, se echa a andar solo con su imponente masa. Véase, como ejemplo insuperable de la opulencia y la magnitud de *Motivos...*, la etopeya de Salomón, un período de dos páginas sin más apoyo que los iniciales agrafes adverbiales de *en él...*[20]

Se discrepaba aquí con la opinión de "Lauxar". Cabe confesar, sin embargo, que en muchos y aun en demasiados casos, la magnitud final del período obedece a esa imperiosa ley de nuestro idioma que manda buscar un nivel dado de rotundidad y una enérgica inflexión descendente. No se trata sólo de esos períodos que, en movimientos de más en más amplios,

revientan, por fin, como en mil irisaciones. Recórrase, más modestamente, cualquier párrafo del libro y se verá si no obedece a esa necesidad la duplicación inevitable de cada última expresión.[21]

Ahora bien: ¿fueron sólo admiraciones literarias, nostalgias clasicistas las que llevaron a Rodó a una prosa de ese andar? Dilucidar esta cuestión rebasa esencialmente la medida de tan rebasado prólogo como éste es. Pueden recordarse, sin embargo, algunas circunstancias. Toda la labor de Rodó en *Motivos*... se centra en la exigencia de espigar entre una numerosa, casi ilimitada, casuística vital; en distinguir sutilmente entre estados psicológicos aparentemente similares, en hallar matices, en descartar situaciones o modos emocionales. La tendencia rodoniana al relativismo, su pensamiento sincretizador, armónico, le están exigiendo estos períodos llenos de discrímenes, de aceptaciones, de concesiones. A veces, la necesidad de extraer una misma lección de una gran cantidad de circunstancias (o de impartirla para esa gran cantidad) le impone esa visible preeminencia que en el libro tienen las oraciones de carácter adverbial, y toda forma de poner en relieve "modo", "lugar" y "tiempo". Su pensamiento —arbitral por naturaleza—, obseso por tenerlo todo en cuenta, cultiva cualquier aparente sinonimia que parezca capaz de enriquecer en una fracción, por mínima que sea, el área de las fuerzas humanas a suscitar e iluminar, de las situaciones a dilucidar, de las crisis íntimas a resolver. La concesión, tan frecuente en su discurso, significa (aunque sea figura de pensamiento) una tentativa por ganar la confianza de su lector mediante una primera franquía a su abulia o su desorientación. El distinguir es empero, sobre todas las otras, la faena capital de Rodó y aquella que se traduce en casos más numerosos.[22]

Unas veces, el distingo y la reserva se funden estrictamente.[23] Otras, el distingo se extrema hasta una verdadera antítesis que contiene una conciliación e implica (incluso) una atenuación y una gradación. Estos complejos lógicos no abundan, pero son altamente representativos del más entrañable modo de pensar —y de decir— que se expide en el libro.[24] Distinciones, concesiones y reservas se mezclan copiosamente en otros párrafos.[25] El descarte, la exclusión, ofrécense a menudo.[26] Y finalmente, la síntesis, la conciliación tampoco faltan.[27] Porque no en balde la conciliación es la predilecta operación mental del mundo rodoniano. Todo su espíritu, todo su carácter se expresa y se ejerce en ella. El mensaje integrador de *Ariel* se reitera aquí.

Pero lo que importa señalar ahora es la presión incoercible que estos procedimientos discursivos imponen a la estructura formal de la obra. Pensados *in totum,* iluminados por una visión arborescente de la realidad, así se vierten al lenguaje. En ese sentido la sintaxis rodoniana es una expresión fidelísima de los más íntimos modos mentales del escritor.

Variados como son, es claro, no resultan empero el único factor de diversidad que altera la posible monotonía de un razonar rectilíneo.

Como Rodó, a diferencia de su gran contemporáneo Carlos Vaz Ferreira, nos da siempre el "ente pensado" pero no "el curso del pensar" (la diferencia entre noemática y noética, que explicara Alfonso Reyes), su obra pertenece, dentro de los casilleros clásicos, a la elocuencia "demostrativa" y es ejemplo, por ello, de esas oraciones en que "se aconseja o disuade". La "noción" se prolonga en "lección" y ambas, con su masa intermedia de ejemplos y figuras, marcan los dos extremos del fenómeno comunicativo. Todo el capítulo CVII, entre otros, es noción de lo vocacional, robustecida por un caudal grande de ejemplos; el capítulo XV, el XVI, el CXLVI, sobre todo en su principio, son, en cambio, eminentemente persuasivos, coloquiales. Esta vertiente de la obra que apela al lector y busca su intimidad no está montada, naturalmente, sobre la sobria afirmación ni sobre el modo indicativo. Es un movimiento muy variado el que para tal fin sigue Rodó, factible de imperativos y potenciales, de exclamaciones y de interrogaciones, de opciones, de decisiones, de desafíos. Este tono recorre un ancho espacio, que va desde la autoritaria persuasión magistral, que usa el imperativo, a la más amistosa cercanía dialogal.[28] El propósito de aminorar la distancia, ética (y estética), entre autor y lector, autoriza el empleo del tuteo, habitual en este tipo de literatura, aunque puede pensarse que el empaque frecuente del lenguaje y la amplitud oratoria de la construcción trabajan en dirección opuesta a tal recurso.[29] Otro medio, colateral del anterior, es la constante apelación del autor a su propia experiencia y, especialmente, a sus propios problemas; el empleo del "mi" que pariguala el de "tú" y pone a adoctrinador y adoctrinados sobre el común nivel de lo humano.[30] Los desafíos, por fin, aunque no encubren una ironía que es cuerda tan poco rodoniana, se vierten en una incredulidad —que podríase llamar funcional— e importan la única nota del libro que escapa a la sostenida "unción" y a la irreprimible "benevolencia".[31]

## XII

Mientras el estilo de *Ariel* ha merecido, casi indefectiblemente, elogios fervorosos, las adhesiones que el de *Motivos*... recibió estuvieron amonestadas siempre por ciertos disgustos visibles. Recuérdese el arcaico procedimiento que buscaba la definición de un estilo mediante un haz de previstos adjetivos: "límpido", "sereno", "armonioso", "transparente", por ejemplo, se usaron con frecuencia para configurar el de Rodó; en el caso de *Moti-*

*vos*... esa sarta finalizaba siempre con algún inevitable "pero". Un crítico de 1909 destacaba ya que *todo es medido, calculado y meditado laboriosamente.*[1] Esto, que era al principio un encomio, se convertiría, muy poco después, en sustancial reserva. Subrayábase con ella la tensión constante del estilo y la ausencia de cualquier momento de naturalidad, de cualquier rasgo de sencillez o torpe ingenuidad —incluso—, que nos acercara al "orfebre", que quebrara el curso irreprimible de la "perfección majestuosa". Así se expresarán, para nombrar a unos pocos, Roxlo, en 1916,[2] Gustavo Gallinal, algo después,[3] Crispo Acosta, Max Henríquez y, literalmente, la mayoría de los que siguen.[4]

Esta posición, que no puede llamarse hostil sino mejor, arbitral (*la oración*, decía ya Barret en 1909, *es larga, jugosa, transparente, no amedrentada por los relativos;*[5] el estilo de *las descripciones y parábolas* posee *levedad, pureza, transparencia,* sostendría "Lauxar" algo después),[6] esta posición —decíamos— no aspira, ni podría hacerlo, a definir el ideal rodoniano de la prosa.

Como Rodó sembró a lo largo de su obra suficientes testimonios de este ideal y esos textos han sido reiteradamente glosados, la tarea, sobre no ser simple, es evitable. "La voluntad de perfección", "la gesta de la forma" no se fijaron siempre los mismos derroteros y sus diferencias, por menores que sean, pueden resultar sumamente significativas. En el mismo *Motivos*... Rodó, en cambio, expide sin equívocos su adhesión a esa prosa, de contenido ideológico y "forma bella" que culminara en Francia y en años anteriores con sus admirados Renan y Guyau, los dos ejemplos que de nuevo cita, los dos *en quienes el entendimiento de verdad y el don de realizar belleza se compenetran y ensimisman* (CVII). Ese sincretismo importaba un estilo (*lírico-didáctico* le llamaban sus apuntes) cuyos vectores tal vez no se hayan dado con mayor precisión que en el juicio que al escritor le mereció la tentativa suntuosa y arcaísta de Juan Montalvo.[7] El texto, que ha sido comentado a menudo, encomia con entusiasmo *aquella prosa acrisolada y magnífica* en la que *la lengua de Castilla se mira* (...) *como la madre amorosa en el hijo de sus entrañas*, pero en la que (también) no opera *ningún esfuerzo dirigido a probar la eficacia de la lengua para triunfos ajenos de su tradición: nada por aligerarla o afinarla; nada por infundirle el sentido de lo vago, de lo soñado, de lo íntimo, por ensanchar la aureola o penumbra de sugestión que envuelve el núcleo luminoso de la palabra y la prolonga en efectos de música* .

Esas dos simétricas felicidades que Rodó buscara para sus *Motivos*...: clásica majestad y levedad moderna lo filian —dualísticamente— en dos líneas bien visibles: el academismo, el modernismo. Los dos serán sus alternativas impostaciones a lo largo de ese medio millar de páginas y de esa

*gesta* que, a un modo muy rodoniano, hace de *la mise en oeuvre* y la tarea lingüística una instancia en cierto modo posterior y autónoma a la concepción de la idea, voluntad antinaturalista de relieve que procede por pequeños toques y que una expresión tremendamente reveladora del libro: *redondear la verdad* (LXXV), condensa en eficaz imagen.

Academismo y modernismo. Hacia ninguna de las dos vertientes se inclina muy decisivamente el lenguaje del libro que, aunque se halle convocado con una fruición mayor a la que operaba en *Ariel,* es, fundamentalmente, genérico y neutro, y posee escasas palabras inusuales. En obra tan taraceada, esta contención es signo de gusto seguro.[8]

## XIII

*Motivos de Proteo* iba a aparecer en 1905 y en Barcelona. Lo hizo en Montevideo y en la última semana de abril de 1909.[1] El proyecto europeo de edición no pudo —por diversas razones— realizarse y bien debió lamentarlo Rodó, que conocía, desde *Ariel,* la diferencia que va entre el destino de un libro impreso en París, Madrid o Barcelona y distribuido eficazmente a todo el mundo hispanoparlante y la trabajosa y personal tarea que el editado en Montevideo le impondría —que ya le había impuesto—. El tiraje de dos mil ejemplares, impresos en "El Siglo Ilustrado" y con el sello de José María Serrano y su "Librería de la Universidad", se agotó empero rápidamente —en dos meses más o menos— lo que constituyó fenómeno excepcional en su tiempo y lo constituiría aun en el nuestro.[2]

Existía, en realidad, una sostenida expectación en torno a la obra; Rodó, con su correspondencia y con la publicación primicial de diversos fragmentos,[3] la había administrado con gran habilidad. Algún comentarista de la época ha dicho que el libro se esperó *con ansias casi mesiánicas,*[4] pero más valor testimonial tienen unas encantadoras páginas en que Pedro Leandro Ipuche ha contado su aventura de primer comprador de *Motivos*..., acechando la apertura de la Librería de Monteverde, *en 25 y 33.*[5]

Rodó debió pensar, por ello, en una segunda edición que, muy mejorada respecto a la primera —repleta de gazapos—, fue realizada por Berro y Regules en el correr de 1910.* (El libro seguirá conociendo después

* Rodó intentó nuevamente sacar la segunda edición en Europa. *Las condiciones leoninas* de los editores europeos, especialmente de Ollendorff, de París, impidieron su proyecto.

numerosas tiradas* —no siempre escrupulosas— e, incluso, algunas traducciones).**

Como había ocurrido ya con *Ariel,* fueron pobres si bien muy numerosos los ecos críticos que el libro suscitó. Esta afirmación admite, es claro, excepciones, pero hay que recorrer las columnas de los diarios de la época para medir en su cabal magnitud aquella "soledad de Rodó" que, sin pruebas, podría ser sólo un tópico. Existe un abismo entre el libro comentado y esos elogios fervorosos en los que, tentándose el "fortissimo" del ditirambo, llega a decir alguno que la lectura de la obra le ha provocado *éxtasis que lo han adormido.*[6] Si bien es cierto que la mayoría de estas exageraciones brotaban de jóvenes que hacían por entonces sus primeras armas literarias y buscaban —más que nada— el espaldarazo del propio Rodó, también lo es que esa crítica, junto a esas desmesuras, sólo atinaba a glosas (que pretendían duplicar, torpemente, los desarrollos del propio autor), largas citas de eficaz relleno e inoperantes encomios de la sabiduría, el optimismo, la erudición o la belleza que el libro portaba.

La crítica extranjera, inevitablemente posterior, acometió con mejor bagaje y perspectiva algo más segura la valoración del libro.***

* De las posteriores sólo tienen interés: la que realizó la Escuela Nacional Preparatoria de México en su "Boletín", durante los años 1910-1911; la publicada en Madrid en la "Biblioteca Andrés Bello", de la "Editorial América", de Rufino Blanco Fombona, 1917, dos tomos de 276 y 265 páginas respectivamente. Sobre otras ediciones de *Motivos*...: Ibáñez: *El ciclo*..., cit., página 8.

** La inglesa, de 1929, editada por Allen & Unwin, y con 378 páginas, lleva el título de *Motives of Proteus* y la versión pertenece a Angel Flores. A propósito de ella se ha destacado por parte del escritor y político laborista Michael Foot la influencia que su lectura ejerció en la formación de Aneurin Bevan, el magnético líder de la izquierda británica, tempranamente desaparecido. Las francesas son muy parciales: *Quelques extraits de Motivos de Proteo,* Paris, Jouve et Cie., 1917, 60 páginas, traducidas por Hugo del Priore. Algunas parábolas fueron vertidas al francés por Francis de Miomandre en *Pages choisies,* Alcan, 1918, y una, la de "El niño y la copa", con el título "La parabole de l'enfant", por Julio Supervielle en *La Poétique,* 1909.

*** En general —y más allá de los penosos tributos uruguayos— discrepo gravemente con Ibáñez en su subrayado de los "maravillados y maravillosos testimonios" que el libro habría suscitado (*El ciclo de Proteo,* cit., págs. 20-21). Y ello porque aun los que Ibáñez más destaca —el de Maragall, el de Gabriel Miró, el de Francisco Giner, el de Darío, el de Quiroga, el de Barret— son, con excepción de los artículos del último, breves ditirambos que tal vez sus autores no prodigaran pero que mal podrían medirse con el valor y la abundancia de reflexiones que un lector cuidadoso estaba en condiciones de hacer y un corres-

Pero fue la muerte de Rodó, en mayo de 1917, la que marcó la iniciación de un período en que el juicio de la obra mayor se afinó sensiblemente, incorporándose a estudios generales que intentan abarcar toda su producción.

La vida de un libro no se agota, con todo, en las críticas responsables y éditas. ¿Hasta dónde llegó el éxito de una obra de tan especiales características? ¿Hasta dónde la rápida difusión fue signo de un aprecio auténtico, de una auténtica fruición de su temática, de su estilo? La duda se planteó desde los años iniciales y tiene un valor, entre testimonial y crítico, entre humorístico y melancólico, que hace que no sobre en estas ya tan largas páginas.

La densidad de materia y la ambición formal de *Motivos*... encontraron, se decía, un público vasto y expectante, un auditorio que esperaba una obra grande. ¿Hasta dónde ese auditorio sufrió una desilusión? La crítica contemporánea, tan monocorde, lo deja difícilmente adivinar. Pero brinda, de cualquier manera, algunos atisbos.

Que existió una admiración inicial que no tuvo nada de lúcida, parece fuera de duda. Montero Bustamante decía con razón: *¡Qué no se ha dicho, por ejemplo, de su proposición: reformarse es vivir? La han vuelto y revuelto: unos han creído encontrar en ella honduras de abismo; otros, un dogma nuevo, aquéllos el programa de una religión ideal y casi todos han profanado el sagrado mármol de Paros colgando de él la pedantesca greca del comentario.*[7] Amadeo Almada, en su conferencia,[8] anotaba un rasgo risueño y conmovedor: *hasta se ha hecho de buen tono tenerlo abierto sobre la mesa de trabajo o de estudio.* Evidente resulta que, pasada la primera euforia del triunfo, Rodó no estaba nada seguro de la comprensión que a su libro se le prestaba y Julián Nogueira (en unas páginas que chocaron en aquel tiempo por la irreverencia de algún detalle) sostenía: *Pregúntese a los editores de Rodó cuántos ejemplares de sus* Motivos *vendieron antes de su muerte en el Uruguay. No me refiero a los regalados por el autor (¿he?)* (sic) *y cuántos en algunos países hispano-americanos y llegarán a conclusiones nada favorables para los lectores uruguayos.* Y cuenta: *Un día habla éste* (Rodó) *con el Doctor Buero en la Universidad sobre* Motivos de Proteo *y como Rodó dudara de que su interlocutor hubiera leído el libro de cabo a rabo, el doctor Buero se hizo preguntar sobre diferentes*

ponsal bien dispuesto en tren de comunicar. Ibáñez tampoco calcula lo parvo y sumario de los "testimonios" en relación a la gran cantidad de envíos que practicó Rodó e, incluso, a lo totalmente perfunctorio de algunos de aquellos —caso del de D. Ramón Menéndez Pidal, del de Enrique González Martínez (*Fuentes*, cit., págs. 114, 117)— que pudieron haber sido mucho más que eso.

*pasajes de la obra. Convencido Rodó de que su lectura había sido integral expresó su sorpresa con estas elocuentes palabras: "Estoy seguro de que no hay diez compatriotas que hayan hecho lo que Vd."** Sus críticos uruguayos doblaban largamente la suma.

## XIV

Causas que no deben ahora examinarse pondrán las dos décadas posteriores de crítica rodoniana bajo el signo de un creciente desapego a la obra y de una progresiva disidencia hacia su mensaje. Más que *Motivos...*, fue el frágil cuerpo de *Ariel* el que soportó el embate de tantas negaciones encarnizadas y habitualmente injustas. Se habían extremado antes los tonos ditirámbicos; se llegaría ahora a los de la burla, la displicencia o la grosería. Una época de militancia, de urgencia social, de frenesí emocional, de expresión coloquial y balbuceante; un pensamiento ya vitalista, ya angustiado, irracionalista, con sed de salvación, necesitado de ortodoxias (cualesquiera ellas fuesen), tenían que chocar —y chocaron estrepitosamente— con todo lo que Rodó significaba y con todos los valores que su obra portaba y que él, candorosamente, creyera asegurados.

La discordia, el desajuste eran legítimos y lejos estamos de opinar lo contrario. Pero lo que importa ahora señalar es que desde el libro de Zaldumbide (1918) —con el antecedente precursor de Carricarte— las objeciones a *Motivos...* se fueron acumulando y, sustancialmente, repitiendo. Era demasiado *razonable*, se apartaba de *los enigmas* y de la angustia del *abismo*. Empapado de sentido común, carecía, sin embargo, de *reglas de conducta* concreta, de recetas para la acción. Pleonástico y evidente en todo, era incapaz de producir esas *grandes conmociones*, esas "metanoias" que trastornan una vida. Su *vaguedad* y su *falta de imposición* eran el resultado de un pensamiento sin profundidad —aunque decoroso—, carente del *don de la ironía* y del *escorzo violento*. Atento a las menores minucias de la vocación, eludía —elude— ese misterioso destino que preside nuestras vidas con su signo misterioso y las endereza en un aquí hacia un "allende". Su "proteísmo" era la invitación a la renovación sin norte, a la eterna veletería de la actitud, una franquía de las renuncias más sórdidas, de las inconsecuencias más cobardes. Disociado de lo americano, apartado de la vida,

* "Los últimos días de Rodó", en *El Día*, Montevideo, 10 de mayo de 1920. El "doctor Buero" nombrado era —creemos— el Doctor Juan Antonio Buero, brillante figura de la generación ariélica.

libresco, diletante, vago, idealista, carente de *razones finales* y de originalidad (todo lo suyo ya estaba sabido), sin fuego y sin naturalidad, nada podía darles a los que reclaman *una norma vital y saben del error mortal* que en la acción representa *el mirar,* como en Idomeneo, *a los costados.*[1]

Zaldumbide con su libro, Zum Felde en *El Ideal* de 1919 y en sus obras posteriores, García Calderón, Luis Alberto Sánchez en su *Balance y Liquidación del Novecientos* y otros títulos, Dimas Antuña, y hasta los neutrales y los devotos: "Lauxar", Gustavo Gallinal en 1933, expondrán estas razones y señalarán esas caducidades.*

Su "reformarse es vivir" fue enjuiciado desde el punto de vista de una antropología de la firmeza o de una filosofía de la sustancia. Ya sostenía Colmo: no siempre se debe cambiar; hay un punto perfecto en los seres. Y Don Juan Zorrilla de San Martín, aludiendo al lema, se preguntaría: *¿Por dicha ese anhelo de renovaciones es morboso en sí mismo? No diré yo tanto, ni mucho menos; pero, en éste, como en todos los casos, uno se convence de que muy pocas verdades nuevas nos son reveladas (. . .) Renovarse es, pues, vivir, si se quiere, pero vivir no es tanto renovarse cuanto "permanecer a través de todas las renovaciones", sin excluir la total de hombre viejo que se llama Muerte. Surgir de la muerte es la sola renovación gloriosa, aún en el tiempo; hallar eso que "persiste" es dar con el secreto de la belleza de todos los tiempos.***

La reserva que importa la actitud de Zorrilla no debe desfigurar la comprobación de que lo más grueso de la vigencia de la postura antirrodoniana coincide con la de la llamada generación hispanoamericana de 1918. Pero esa generación tan importante maduró, dominó y aun pasó, y aunque muchas de las críticas —apenas tituladas más arriba— se repitan todavía, puede hablarse, desde la segunda guerra mundial, de una nueva actitud ante Rodó y ante su libro mayor.

Son las posiciones de un uruguayo y de un español las que representan

* La lista completa de los antiproteístas es mucho más amplia. Los artículos de Zum Felde en *El Ideal,* aparecieron en octubre de 1919. El de Gustavo Gallinal sobre "El último libro de Rodó", fue publicado en *La Nación* de Buenos Aires el 25 de junio de 1933 y es fundamental. Dimas Antuña es autor de *Israel contra el Angel,* Buenos Aires, 1924.

** En "Prólogo confidencial para la Antología de la Academia de Literatura de Santa Fe", en *Huerto Cerrado, Obras Completas,* páginas 134-137. También Roxlo: *Historia Crítica* . . T. VII (1916), págs. 254-255, había hecho, contra Rodó, el elogio de la fidelidad. El de la permanencia, también contra Rodó, en José María Delgado: *Historia sintética* . . T. I: "Juan Zorrilla de San Martín", págs. 44-46.

mejor —creemos— esa advenida etapa de valoración. En un planteo filosófico de singular riqueza y profundidad, Luis Gil Salguero ha intentado establecer la vigencia de sus ideas sobre la personalidad y, aunque no se disimulen en él de ninguna manera sus insuficiencias y sus vacíos, muestra también lo enriquecible y lo actual que en ellas late.[2] Por su parte, José Gaos, el filósofo español, ha destacado la significación de Rodó, y concreta y esencialmente de *Motivos*..., dentro del conjunto que, con sistemático empeño, llama "pensamiento en lengua española". Los rasgos que Gaos le confiere a ese pensamiento: asistematismo, sesgo literario y relieve de estilo, inclinación genérica por el ensayo y el artículo, esteticismo, finalidad pedagógica, intención política (en un lato sentido), inmanentismo de persona y de mundo, resultan tan confirmados sobre los textos de Rodó que parecen deducidos de ellos. Indagando, sin embargo, en la aparente excepción que *Motivos*... (y *El sentimiento trágico de la vida,* de Unamuno) contituirían dentro de un pensamiento tan unívocamente radicado, tan imantado de fines civiles, reflexionando sobre su apariencia de obras utópicas y ucrónicas, Gaos observa: *Sin embargo, los* Motivos *y el* Sentimiento trágico *¿no se compusieron en sendas circunstancias hispanoamericanas y ecuménicas muy precisas? ¿aquéllos, en un lugar y momento en que el proceso de constitución de Hispanoamérica había tocado, tangencialmente pero tocado, a una cierta perfección y estabilidad?* (...) *Los* Motivos —a los que llama en otra parte *una de las obras maestras del pensamiento en lengua española en todos los lugares y tiempos*—[3] *son el monumento en movimiento, más que arquitectónico musical, de la teoría del hispano-americano "espectador" contemporáneo de la vida humana universal, que propone un utópico y ucrónico paradigma salvador al compatriota de la circunstancia que ha dejado de sentir la urgente opresión del "hic et nunc".*[4]

Característicos son los trabajos de Gil y de Gaos (a cuyo interés en el libro deben vincularse los ya mencionados de su discípula Vera Yamuni Tabush) de una actitud que, sin dedicarse a refutar, porque sustancialmente no lo hace, las negaciones de las dos décadas precedentes, pasa por encima de ellas y encuentra en la obra nuevas razones de adhesión o interés. (Claro es que la objeción de la pobreza ideológica, la de "la renovación sin norte" y hasta la de la falta de originalidad quedan, después de esos trabajos, muy mal paradas). Y, al tiempo que subsiste la hostilidad inevitable de un enfoque fideísta, salvacionista o social, desde esa perspectiva misma señálanse tentativas para poner *Motivos*... al pie de los nuevos dioses.

Emilio Frugoni, por ejemplo, sostenía en Moscú una novedosa interpretación historicista y determinista de la obra, entendiendo su lección en el sentido de que *el que no se reforma, el que no cambia al compás de las mutaciones históricas de las cuales depende, queda al margen de la vida*

*porque no circula con ella.*[5] Un personaje de Antonio Arráiz lee *Motivos...* y lo encuentra *académico, frío, sin contenido vital. ¿Qué sabía Rodó,* se pregunta (...), *de los tremendos sufrimientos que padecía Venezuela bajo la tiranía, del ancho torrente de dolor que circula por el mundo y que nos oprime angustiosamente?* Pero si esta interrogación parece un eco de la atmósfera espiritual de "la década rosada" y de aquella exigencia de que Rodó —y sólo él— hubiese entendido y dado soluciones en todos los ámbitos de la vida humana: el de la vida interior y el de la vida social; el de la pasión combatiente y el de la racionalidad "eternista", en esa misma atmósfera ya, Eugenio Petit Muñoz había encontrado que "el reformarse es vivir" *ampara todos los avancismos* y que "El león y la lágrima", bellísima parábola de *Los últimos Motivos...*, es justificación de *la redención humana alcanzada por la violencia.*[7]

## XV

La vitalidad de un libro no se apoya sólo, sin embargo, en su intención fundacional, en su fidedigno propósito. Sobre ellos se acumulan —se acumularán si dura— los desenfoques, las aproximaciones, los repudios, los entusiasmos lúcidos o fanáticos. Y si todo eso no le falta a *Motivos...* ni, por tal razón, la subsistencia del libro parezca desde ese flanco amenazada, su real vigencia, su importancia actual depende de dos circunstancias que, en este fin, sólo pueden mencionarse.

Primero: *Motivos de Proteo* no tiene lugar, estrictamente, dentro de los géneros de la literatura contemporánea. Esa prosa que busca *el enseñar con gracia* y quiere aunar, a la manera de un Renan o un Guyau, *el entendimiento de verdad* con *el don de realizar belleza* expresa —testimonia— un muy localizado ideal decimonónico. *Panesteticismo* le ha llamado alguien y ese *panesteticismo* como voluntad imperial llegó hasta la exposición puramente ideológica, al discurso doctrinal. Podrán mencionarse —lo sabemos— los diálogos de Platón, los ensayos de Montaigne, pero ambos son anteriores a los deslindes decisivos entre lo literario y lo no literario —lo filosófico, sustancialmente—, y la excepción de Montaigne, tan comunicativo, tan desinteresado del "estilo alto", pudiera no serlo.

Ahora bien, el *panesteticismo* enfrenta una inclinación presente (casi sin fisuras) por la *poesía poética* y la *prosa prosaica.*[1] El gusto por la pureza de las formas tendrá que encontrarse —paradójicamente— con este libro de formas tan nobles, pero cuya función adornante es indisimulable. Con lo que *Motivos...* corre peligro, por este lado, de convertirse en una de esas

obras de cuya calidad clásica no las salva de ingresar en una especie de fauna admirada pero irremisiblemente arcaica.

Pero el destino extraño del libro no se agota en esta desdicha. Porque hoy, si a la altura de las urgencias del hombre y de su problemática (y los problemas no maduran en un empíreo sino a golpe de urgencias), la larga melodización de la grandeza del hombre, de su profundidad, de su riqueza no toca la preocupación central y más modesta de una defensa del hombre; ni menos toca la realidad nueva y tan horrenda de su labilidad, de la posibilidad de subyugarlo, moldearlo, uniformarlo, rehacerlo; si todo eso es irrecusable y cierto, no lo es menos el que, a una lectura atenta, informada, *Motivos de Proteo* se aparece (lateral, múltiplemente) como una nebulosa de direcciones, de temas y de preocupaciones que inciden en lo más vivo y en lo más fértil de la cultura contemporánea.

Porque, si bien se mira, ¿qué no despunta en él? La antropología cultural y la filosófica (tenuemente), la ontología de la vida humana, para empezar, en todo su desarrollo. Una psicología de las edades y de su situación (IV, XLIV). El tema del "curso de la vida humana como problema psicológico",[2] una estructura, una esencia y una tipología de esos cursos (III, VI, XLVI, XLVIII, LXII, LXXXIII y otros capítulos). Una tipología general y una caracterología (XXXII, LXII, LXX, C, CXXXVIII y siguientes). Un "arte de vivir" (CXXXIX y diversos pasajes). Una psicotecnia, en el sentido empleado por Hugo Munsterberg. Una psicología de la creación artística y científica (XXXIX, XLV, LIII, LXII, LXVIII y muchísimos más). Una tipología del intelectual y de la vida cultural (XLI, LV, LVI, LVII, LXIV, LXVI y otros). Una "literatura comparada" (LVI, LXXXVI, XCIII). Una "retórica", en el mejor sentido presente (XXX, CXLV).

Torsos —y no otra cosa— son estas presencias. Pero entre el rico pasado que orquestara esplendorosamente y el futuro imprevisible que ellas marcan, *Motivos de Proteo,* firme en el tiempo, cobra, en la dirección menos esperada, nueva vida y nuevo significado.

CARLOS REAL DE AZUA

# NOTAS

## AL CAPITULO I

1 Amadeo Almada: *Vidas y Obras,* Montevideo, 1912, pág. 176; *Monsieur Perrichon* (Leopoldo Thévenin): *Colección de artículos,* Montevideo, 1911, pág. 284; José Favio Garnier: *Perfume de belleza,* Barcelona, Sempere, s. f., pág. 106; Pedro Henríquez Ureña: "La obra de José Enrique Rodó", *Nosotros,* Buenos Aires, enero de 1913, Año VII, núm. 45, págs. 229, 237; Víctor Pérez Petit: *Rodó. Su vida. Su obra,* Montevideo, Claudio García, 1937, pág. 300; Gonzalo Zaldumbide: *José Enrique Rodó,* Madrid, Editorial "América", 1919, pág. 108; "Lauxar" (Osvaldo Crispo Acosta): *Rubén Darío y José Enrique Rodó,* Montevideo, 1924, pág. 189; Samuel Ramos: prólogo a *Rodó,* México, 1943, pág. XV; Robert Bazin: *Histoire de la litérature americaine de langue espagnole,* Paris, 1953, pág. 278.

2 Joaquín Silván Fernández, en *El Siglo,* Montevideo, 8 de mayo de 1909; Adolfo Posada: *Para América desde España,* París, 1910, pág. 319; Raúl Montero Bustamante: *Revista Nacional,* núm. 104, Montevideo, 1947, pág. 198; Federico García Godoy: *Americanismo literario,* Madrid, Editorial "América", s. f., pág. 111; Alberto Zum Felde: *Proceso Intelectual del Uruguay,* Montevideo, 1930, tomo II, págs. 104-106; Alberto Zum Felde: *Indice crítico de la literatura hispanoamericana. La ensayística,* México, 1954, pág. 302.

3 Alfredo Colmo: "La filosofía de Rodó", en *Nosotros,* Buenos Aires, 1917, t. 26, pág. 173; Enrique Anderson Imbert: *Historia de la literatura hispanoamericana,* México, 1954, pág. 235.

## AL CAPITULO II

1 Pérez Petit, obra cit., págs. 248-256. Un análisis posterior mucho más completo y profundo en R. Ibáñez: "El ciclo de Proteo", cit. págs. 9 y 33, distinguiendo tres períodos en ella (p. 19); E. Rodríguez Monegal: *Obras completas* . . ., cit. págs. 295-296.

2 *El yesquero del fantasma,* Montevideo, 1943, pág. 215.

3 En *Conferencias,* Jockey Club de Montevideo, Tomo I (1937-1941), pág. 78.
4 En *Epistolario,* Paris, 1921, págs. 26-30, y en *Fuentes,* órgano de I.N.I.A.L., año Nº 1, agosto de 1961, p. 83.
5 En Glicerio Albarrán: *El pensamiento de José Enrique Rodó,* Madrid, 1953, págs. 703-705, y *Número,* núms. 6, 7, 8, págs. 244-245.
6 En *Epistolario,* cit. págs. 30-39; en *El que vendrá,* Barcelona, 1920, págs. 195-207; en *Marcha,* Montevideo, 6 de junio de 1947, núm. 382, pág. 14; en *Fuentes,* cit., p. 80.
7 Raúl Montero Bustamante, art. cit., pág. 200.
8 La han intentado Raúl Montero Bustamante, art. cit., págs. 200-203, y Glicerio Albarrán, obra cit., págs. 152-157.
9 Roberto Ibáñez: en *El País,* Montevideo, 8 de enero de 1948: "Nueva imagen de José Enrique Rodó", y en *El ciclo de Proteo,* cit., p. 10. Emir Rodríguez Monegal en *Cuadernos Americanos,* set-oct. 1948; Carlos Real de Azúa: "Rodó en sus papeles", en *Escritura,* núm. 3, marzo de 1948, pág. 99.
10 Cartas a Piquet, citadas.
11 Idem.
12 Cartas a Piquet, citadas.
13 Idem.
14 Idem.
15 Carta citada
16 Idem.
17 Perteneciente (probablemente) a carta a Miguel de Unamunó, y de los años 1903-1904. Entre los papeles de Rodó en el Instituto de Investigaciones y Archivos Literarios. Proporcionado por Emir Rodríguez Monegal, así como todos los que siguen de ese repositorio.
18 Obra cit., pág. 78.
19 Obra cit., pág. 250.
20 Obra cit., pág. 704.
21 *El que vendrá,* pág. 196.
22 Obra cit., pág. 178.
23 Obra cit., pág. 704.
24 *El que vendrá,* pág. 199.
25 Obra cit., pág. 251. Sobre la índole "abierta", prolongable, fragmentaria del libro: E. Rodríguez Monegal en *Obras completas...,* cit. págs. 109 y 296, y R. Ibáñez: "El ciclo..." cit., págs. 16 y ss.
26 *Número,* Nos. 6, 7, 8, pág. 245.
27 *Poesías,* Bilbao, 1907, págs. 113-115.
28 Pérez Petit, obra cit., pág. 251.
29 Obra cit., pág. 704.
30 *El que vendrá,* págs. 196-197.
31 Idem.
32 Pérez Petit, obra cit., pág. 251.
33 *El que vendrá,* págs. 195-197, 203, 207.
34 Idem.
35 Idem.
36 Idem.
37 Idem.
38 José Enrique Etcheverry, en *Marcha,* Montevideo, 26 de febrero de 1954, Nº 710, pág. 13.

39 Obra cit., pág. 704.
40 Obra cit., pág. 251.
41 *El que vendrá,* págs. 196-197.
42 Idem.
43 Obra cit., pág. 78.
44 Obra cit., pág. 704.
45 Obra cit., pág. 78.
46 *El que vendrá,* pág. 197.
47 Idem, pág. 198.
48 Idem, pág. 207.
49 Ipuche, obra cit., pág. 216.

## AL CAPITULO III

1 *El que vendrá,* pág. 196.
2 Idem, pág. 197.
3 Idem, pág. 198.
4 Idem, págs. 200 y 202.
5 Pérez Petit, obra cit.; Roberto Ibáñez, conferencia citada; Emir Rodríguez Monegal, "Rodó Intimo", en *Sur,* Buenos Aires, Nº 235, págs. 73-78.
6 En *El Siglo,* Montevideo, 8 de mayo de 1909.
7 "Lauxar", obra cit., págs. 152-153.
8 E. Rodríguez Monegal, art. cit., págs. 77-78.
9 Abel J. Pérez, en *La Razón,* Montevideo, 7 de junio de 1909. Sobre la crisis existencial y "secreta" de Rodó, sus motivaciones y la réplica del designio de fuga han aportado valiosas precisiones E. Rodríguez Monegal en *Obras Completas...,* págs. 35-44, y R. Ibáñez, manejando más cabalmente materiales hasta él inéditos, en "El ciclo...", cit., págs. 15-16 "et passim".
10 "Lauxar": obra cit., pág. 157.
11 *El que vendrá,* págs. 199, 202, 206.
12 Emir Rodríguez Monegal: *José Enrique Rodó en el Novecientos,* Montevideo, 1950, págs. 94-95.
13 *El que vendrá,* pág. 199.
14 Gustavo Gallinal: *Rodó,* Montevideo, 1918, pág. 18. (También en *Crítica y Arte,* Montevideo, 1920, pág. 254); Raúl Montero Bustamante, art. citado, págs. 203-204; "Lauxar", obra cit., págs. 223-224.
15 Pérez Petit, obra cit., pág. 308.
16 Obra cit., págs. 78-79.
17 *Times Literary Supplement,* de 26 de setiembre de 1929. (Por cortesía de George Pendle). También subrayando en *Motivos...* su índole de "autobiografía espiritual": Rodríguez Monegal en *Obras completas...,* cit., págs. 300-301.
18 Conferencia cit.
19 Art. citado, págs. 73-78.

## AL CAPITULO IV

1 *Causeries du Lundi,* Paris, 1900, Selección Lanson Garnier, pág. 22. Referencia encontrada en apuntes del Dr. José Pedro Segundo.

2 Clemente Pereda: *Rodo's Main Sources.* Imprenta Venezuela, Puerto Rico, 1948, págs. 202-209.
3 Ensayo "History".
4 Ensayo "Nature, II".
5 Ensayo "Nature".
6 Salón de 1846, XIV.
7 Anotaciones, setiembre 9 de 1850, noviembre 11 de 1866, febrero 7 de 1872, agosto 29 de 1876.
8 *El que vendrá,* pág. 203.
9 *Poemas,* Buenos Aires, 1954, pág. 157.
10 *Parábolas-Cuentos Simbólicos,* Montevideo, 1953, pág. 61 (nota); Emir Rodríguez Monegal, art. citado, pág. 77.
11 Y en *Caras y Caretas,* Nº 938, Buenos Aires, 23 de setiembre de 1916.
12 Arthur Koestler, en *Darkness at noon* e *Insight and Outlook.*
13 Obra cit., págs. 229-230.
14 En la papelería de Rodó (I.N.I.A.L.).
15 Idem.
16 *Los últimos Motivos de Proteo,* Montevideo, 1932, págs. 86-88.

## AL CAPITULO V

1 *El que vendrá,* pág. 196.
2 "El Suicida", Madrid, 1917, págs. 161-162. También para la estructura temática: Rodríguez Monegal: *Obras completas . . .,* cit., pág. 299, y R. Ibáñez en "El ciclo. . ., cit., págs. 22-28, quien identifica "seis secuencias".
3 Rafael Barret, en *La Razón,* Montevideo, 25 de junio de 1909, y en *Obras Completas,* Buenos Aires, 1943 (Americalee), pág. 545. En posición similar Pérez Petit: obra cit., pág. 300, y E. Anderson Imbert, obra cit., pág. 236.
4 Obra cit., pág. 18.
5 Ver Archivo Rodó (I.N.I.A.L.).

## AL CAPITULO VI

1 "El idealismo filosófico de Rodó" en *Marcha,* Nº 411, Montevideo, 26 de diciembre de 1947, págs. 23 y 17; "La conciencia filosófica de Rodó" (ampliación y ordenación del anterior) en *Número,* Nos. 6, 7, 8, 1950, págs. 65-92; *La filosofía en el Uruguay en el siglo XX,* México, "Tierra firme", 1956, págs. 25-44.
2 José Pedro Massera: "Algunas reflexiones sobre la moral y la estética de Rodó", en Homenaje a José Enrique Rodó, *Revista Ariel,* del Centro de Estudiantes "Ariel", año I, Nos. 8-9, Montevideo, 1920, págs. 43-89. (Reproducido en *Estudios Filosóficos,* Montevideo, 1954, págs. 3-54).
3 Jacques Maritain: *Trois reformateurs,* Paris, Plon, pág. 66 (palabras destacadas por el autor).
4 Amadeo Almada, obra cit., pág. 168.
5 Zaldumbide, obra cit., pág. 110.
6 Idem.
7 Arturo Berenguer Carisomo y Jorge Bogliano: *Medio siglo de literatura americana,* Madrid, 1952, pág. 120. Antes: Rafael Barret, arts. cit.

8 En materiales preparatorios de *Motivos*... (I.N.I.A.L.). También la excelente y densa obra de Vera Tamuni Tabush: *Conceptos e Imágenes en pensadores de lengua española,* El Colegio de México, 1951, deduce de las imágenes, como sentido del libro, el contralor consciente, voluntario, rítmico, sobre las transformaciones de la vida (págs. 183 y ss.).

## AL CAPITULO VII

1 Henri Gouhier: "Maine de Biran" en *Entregas de la Licorne,* Montevideo, agosto de 1954, Nº 4, pág. 53.
2 Alfredo Colmo, art. cit., pág. 174.
3 Idem, y Zaldumbide, obra cit., pág. 106, lo niega explícitamente.
4 Obra cit., págs. 112, 114, 115, 116, 117.
5 Julio Irazusta, en *Nosotros,* Buenos Aires, 1920, t. 35, pág. 261.
6 *Nosotros,* art. cit., págs. 175-176.
7 Obra cit., págs. 199-201.
8 Barret, Montero Bustamante, Samuel Ramos, Almada, Federico García Godoy, Jesús Castellanos, Zaldumbide, Zubillaga, etc.
9 En Archivo Rodó (I.N.I.A.L.).
10 *Los últimos Motivos de Proteo,* Cap: XXXVII, pág. 188.

## AL CAPITULO VIII

1 Conferencia cit., 1918, pág. 13 (también en *Crítica y Arte*).
2 Roberto Ibáñez: "Nueva Imagen de José Enrique Rodó" en *El País,* Montevideo, 8 de enero de 1948; *Los últimos Motivos de Proteo,* pág. 170.
3 El médico inglés Dr. Crichley, en Montevideo, en una conferencia sobre "El dolor" (noviembre de 1955). Resumen en *El País.*
4 Obra cit., págs. 113 y 123.
5 *Nosotros,* art. cit., págs. 177-178.
6 Obra cit., págs. 197 y 198.
7 Prólogo cit., pág. XVIII.
8 O. C., pág. 545.

## AL CAPITULO IX

1 Ver capítulo II de este prólogo.
2 *Estudio compendiado de la literatura contemporánea,* Montevideo, Dornaleche y Reyes, 1894, dos tomos.
3 Madrid, Navarro, 1895, pág. 144.
4 *Historia*..., t. II, págs. 299-300, t. IV, págs. 109-110; 192 y 228 respectivamente. Ed. "La España Moderna", Madrid, 1902.
5 Archivo Rodó (I.N.I.A.L.).
6 Paris, Garnier Hnos., 1892, dos tomos.
7 Colección "Universal", Espasa Calpe, t. III, págs. 139-140.
8 Diógenes Laercio: *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres,* Madrid, 1887, t. I, págs. 206-207.

9 En el Ensayo XXIX del Libro II. La traducción de Román y Salamero, así como la de Diógenes Laercio, le llaman "Pirro".
10 Diógenes Laercio, obra cit., t. I, pág. 85.
11 *Les illusions des sens et de l'esprit,* Paris, 1883, Librairie Germer-Bailliére, cap. X: "Les illusions relatives à l'identité personnelle".

## AL CAPITULO X

1 Pereda, obra cit., pág. 77.
2 Pereira Rodríguez, art. cit., págs. 139-142.
3 Cartas a Piquet, ver capítulo II; Pereira Rodríguez, art. citado, pág. 135; Etcheverry, art. citado, pág. 13.
4 Idem a Piquet.
5 *Obras completas de José Enrique Rodó,* t. I, Montevideo, 1945, pág. 215.
6 En *El camino de Paros,* Barcelona, 1928, págs. 36-38, y en *Los últimos Motivos de Proteo,* págs. 156-157.
7 Emir Rodríguez Monegal, obra cit., pág. 94.
8 *Esthétique,* Aubier, Paris, t. II, págs. 104-105.
9 Zaldumbide, prólogo cit., págs. 10-11, y 9-10.
10 En *Nosotros,* Buenos Aires, enero de 1913, página 237.
11 Conferencia cit., en *El País.*
12 *Proceso*..., t. II, pág. 105.
13 Idem, pág. 139. Elogiada también por Barret, O. C., pág. 543.
14 Art. cit., págs. 133-134.
15 Elogiada por Pérez Petit, obra cit., pág. 311, y por "Lauxar", obra cit., págs. 224-225. Hay observaciones de Pereira Rodríguez en *Parábolas*..., pág. 95.
16 Alvaro Ferrari, en *La Mañana,* y siendo estudiante de cuarto año del Liceo Rodó, relacionó esta parábola con el lema "Reformarse es vivir" (rec. s.f.).
17 *Semblanzas de América,* Biblioteca "Ariel", Madrid s.a., págs. 16-17.
18 Zum Felde, *Proceso*..., t. II, pág. 105.
19 Alberto Gerchunoff, en *Nosotros,* Nº 25, Buenos Aires, enero de 1910, págs. 57-62.
20 Obra cit., págs. 119-121.
21 Ver pág. LXXIV, nota **.
22 Conferencia citada.

## AL CAPITULO XI

1 García Calderón: *Semblanzas*..., págs. 15-16; Zaldumbide, obra cit., págs. 139-147.
2 Pedro Henríquez Ureña: *Corrientes literarias en la América hispánica,* México, 1948, pág. 182; Pérez Petit: obra cit., pág. 307, e *Historia Sintética de la Literatura uruguaya,* Montevideo, 1931, t. I; "José Enrique Rodó", págs. 49-53; "Lauxar": obra cit., págs. 231-232; Zaldumbide, obra cit., págs. 143-146.
3 Zaldumbide, obra cit., pág. 145.
4 Como ejemplo: Capítulo IX, desde *Del fracaso*... hasta *nueva belleza.*
5 Principio del capítulo XXXIII, desde *para quien*... hasta *regeneración;* capítulo X, desde *A la vocación que fracasa*... hasta *manera de felicidad;* capítulo

XXIII in fine, desde *Ese no eres tú*... hasta *tu frente.*

6 Ejemplo: capítulo XCII, desde *Y cuando los redivivos*... hasta *cota del sayal.*

7 Ejemplo: capítulo XLI, desde *Hablo de Raimundo Lulio*... hasta *epopeya primitiva.*

8 Obra cit., pág. 234.

9 Ver nota 6 y capítulo XII, *Difícil es que conozcamos todo lo que calla y espera dentro de nosotros mismos;* LXXXIV, *Remedo es el dilettantismo y desorden; orden y realidad la vida activa y perfectible.*

10 Obra cit., pág. 231.

11 Fin del capítulo XXX desde *Te hablaba*... hasta final; fin del XCVI, desde *Ebrio del viento tibio*... hasta *del mundo;* XXIX desde *Volviendo de la Pascua*... hasta *la sombra.*

12 CXLVIII, desde *Que más es la educación*... hasta *encienden otra alma.* También el ejemplo de Paracelso (XCII) desde *La escuela de este observador*... hasta *el hacha del verdugo.*

13 Capítulo XCV, desde *Y, en cuanto a la virtud*... hasta *su gloria.*

14 Capítulo VII, desde *conocer* hasta *la planta.*

15 Capítulo LXXXIV, desde *mientras en el dilettante*... hasta *dilate infinitamente*...

16 Desde *Son los infinitamente*... hasta *le rodean.*

17 Fin del capítulo LXXXIII, desde *Tan poderosos motivos*... hasta *propuestas infinitas.* También capítulo XCVI, in fine, desde *Fue el viaje a España*... hasta *inmortal Naturaleza.*

18 Capítulo LXXXIV, desde *no envenena*... hasta *nuevos combates.*

19 Capítulo CLVII desde *Ora*... hasta *poseídas danzantes;* XXXI in fine, desde *Somos*... hasta *un río;* XCVIII, desde *ya es el ardor guerrero*... hasta *imponente unidad,* etc.

20 Capítulo XLI.

21 Para ejemplo, entre los breves, el capítulo LXXXI.

22 Ejemplo, el capítulo XIX comienza: *Cierto, más yo te hablo*... (sobre Amiel). El *no sólo* acumula a la distinción una "extensión" de la idea; LXXXV, principio: *Aun hay otro modo*... y lo que sigue.

23 Capítulo LXXXVI, desde *alejada de tus sentidos*... hasta *de hacer.*

24 Capítulo CIV, en principio, desde *a los casos*... hasta *fuerza y atención.*

25 Capítulo LXXVI, desde *Y, sí en lo más*... hasta *por la Naturaleza;* XCVIII, desde *Ya es el ardor guerrero*... hasta *imponente unidad,* con enlace extraperiódico.

26 Capítulo LXXIII, desde *Y en todas las generaciones*... hasta *admite y propicia.*

27 Capítulo LXXXIV, desde *realiza la concordia*... hasta *del espíritu* y lo que sigue.

28 Capítulo XXVIII; fin del capítulo XXIII; CXXIII, primero y segundo períodos.

29 Capítulo CXIX, desde *tomas partido*... También los ejemplos anteriores.

30 CXXIX y CXLVI, especialmente.

31 Ejemplo: capítulo XVI, en principio.

## AL CAPITULO XII

1 Hipólito Gallinal, *Arte,* Nº 2, Montevideo, 15 de julio de 1909.

2 Por ejemplo: Roxlo, *Historia crítica*..., t. VII, pág. 256.

3 Conferencia cit., págs. 11-12.
4 "Lauxar", obra cit., págs. 230 y ss.; Max Henríquez Ureña, en *Rodó y sus críticos*, págs. 216, 217; Zaldumbide, obra cit. págs. 144-156; Zum Felde, *Proceso intelectual*..., t. II, págs. 105-106; Samuel Ramos, prólogo cit., pág. XVI.
5 O. C., pág. 545.
6 Obra cit., pág. 232.
7 En *Hombres de América*, Barcelona, 1924, páginas 50-51.
8 Algunos comentaristas y gramáticos han señalado desfallecimientos: Pereira Rodríguez, edición *Parábolas* ..., págs. 93, 96, 123, etc.; Albarrán, obra cit., pág. 99, etc. En *La Razón*, Nº 9016, Montevideo, 6 de mayo de 1909, "Quién" enviaba una carta protestando de que se le hiciera representar cosas inanimadas. Costumbre hispanizante de la época, que debió evitarse, es la acentuación de los apellidos ingleses y franceses: Gibbón, Bacón, Obermán, Chorón, etc.

## AL CAPITULO XIII

1 Según avisos comerciales en los diarios montevideanos de la época: *La Razón, El Telégrafo Marítimo, El Día, El Siglo, El Tiempo* y *La Tribuna Popular*. Según Ibáñez ("El ciclo...", cit., p. 18, y "Centenario de Rodó": *Cuadernos de Marcha*, Nº 50, junio 1971, p. 6) el libro entró en prensa a fines de 1908 y apareció el 16 de abril de 1909. Idem. Rodríguez Monegal, *Obras completas*..., cit. p. 298. Sobre el desistido envío del manuscrito en 1905 a Fernando Fe (Madrid): Ibáñez: "El ciclo...", cit. p. 14.
2 El mismo Rodó anotaba el hecho con satisfacción en una carta a Berro (Luis C.) y Regules (Dardo), de 12 de diciembre de 1909. En "Tres parábolas de 1908 y apareció el 16 de abril de 1909. Idem: Rodríguez Monegal, *Obras Completas*..., cit. p. 298. Sobre envíos personales de Rodó: *Fuentes*, cit. p. 86.
3 "Hylas", "La paradoja sobre la originalidad". "La transformación personal en la obra artística", "El espíritu de Goethe" y "Los mármoles sepultos" (V. R. Ibáñez: "El ciclo...", cit. p. 50, n. 42).
4 Amadeo Almada, obra cit., pág. 194.
5 En *Aiape*, Nº 27, pág. 4 y en obra cit., págs. 212-213.
6 Don Blas S. Genovese, en *La Razón*, Montevideo, 21 de mayo de 1909.
7 Art. cit., pág. 209.
8 *Vidas y obras*, pág. 173. También publicada anteriormente en folleto.

## AL CAPITULO XIV

1 Art. cit., pág. 178.
2 Prólogo al *Ideario de Rodó*, Montevideo, 1943 y "Nota sobre la idea de personalidad en la obra de Rodó", en *Anales del Ateneo*, Nº 2, junio de 1947, págs. 106-132.
3 *Antología del Pensamiento Hispanoamericano*, Prólogo, pág. XXX.
4 En: *Cuadernos Americanos*, Nº 6 (1942), págs. 83-84. También el Nº 4 (1942) y el 2 (1943) de la misma revista, *Jornadas*, Nº 12, del Colegio de México sobre "El pensamiento Hispanoamericano", la *Antología*, cit. en nota 3 y *El pensamiento de la lengua española*, México, Stylo, 1945.

5 "Presentación de «Ariel» en Moscú", en *Revista Nacional,* Nº 97, de enero de 1946, pág. 26. (También en *El libro de los elogios,* Montevideo, 1953, pág. 219).
6 *Todos iban desorientados,* Buenos Aires, 1951, págs. 59-60.
7 *La Cruz del Sur,* Montevideo, Nos. 33-34, págs. 5-9. (También en *El Camino,* Montevideo, 1932, págs. 524-539).

## AL CAPITULO XV

1 Tomamos estos términos, así como el anterior, del conocido texto de Warren y Wellek: *Teoría literaria,* Madrid, Gredos, 1953.
2 Ya señalado por Gaos: *Pensamiento de lengua española,* pág. 260.

## CRITERIO DE ESTA EDICION

ARIEL tuvo primera y segunda edición en Montevideo, Imprenta de Dornaleche y Reyes, 1900, siendo reproducido de inmediato por la *Revista Literaria,* Santo Domingo, 1901, y *Cuba Literaria,* La Habana, 1905. En vida del autor se hicieron otras cinco ediciones que, como las anteriores, no registraron variaciones significativas: quinta edición, Monterrey, Talleres Modernos de Lozano, 1908; sexta edición, México, Escuela Nacional Preparatoria, 1908; séptima, Valencia, F. Sempere y Cía., 1908; octava y novena en Montevideo, José María Serrano, 1910 y 1911. Numerosas reediciones se hicieron después de la muerte del autor, en 1917.

La presente edición sigue la primera, cotejándola con la que prepararon los Dres. José Pedro Segundo y Juan Antonio Zubillaga, para la edición oficial de *Obras completas de José Enrique Rodó,* dispuesta por el gobierno del Uruguay, aparecida en Montevideo, Barreiro y Ramos S. A., 1956. El texto de *Ariel* está incluido en el tomo II de dicha colección. Para la presente publicación en la BIBLIOTECA AYACUCHO, se sigue preferentemente la lección de la primera edición, vigilada por el autor.

Rodó empleó en su obra posterior, *Motivos de Proteo,* un índice por materias, ajustado a una estricta división en capítulos. Esta división estaba indicada en el texto de *Ariel* por el uso de espacios blancos que estableció una distribución en ocho partes: una introductoria y otra final (con el alejamiento y reflexión de los discípulos), y seis restantes dedicadas a distintos temas del discurso de Próspero. Hemos conferido numeración romana a esas partes (como en el ejemplo de *Motivos de Proteo*) y hemos reconstruido el índice temático con ayuda del sumario que Rodó preparó para el ejemplar de su amigo Daniel Martínez Vigil.

En cuanto a *Motivos de Proteo,* tuvo primera edición en Montevideo, a cargo de José María Serrano, 1910, y segunda edición al año siguiente en Montevideo por Berro y Regules. La Editorial América, de Madrid, dirigida por Rufino Blanco Fombona, publicó en 1917 y 1920 la tercera y cuarta edición. Con posterioridad a la muerte del autor fue editada varias veces y traducida a otras lenguas.

Para la presente edición se ha seguido el texto de la segunda, que fue corregida por el propio Rodó, y a la cual se incorporó la página inicial sobre "Proteo" según la indicación expresa de los editores. El texto de esta segunda edición fue cotejado

con el de la primera, estableciéndose un breve conjunto de variantes. Algunas palabras eliminadas en la segunda edición han sido conservadas entre paréntesis rectos en nuestra edición, al no poderse determinar con exactitud si su desaparición se debió a voluntad del autor. Las variantes establecidas se indican en notas al calce. Se procedió asimismo a purificar el texto de algunas erratas flagrantes, repetidas en ediciones posteriores.

Tanto en *Ariel* como en *Motivos de Proteo* se aplicaron los criterios modernos en materia de ortografía, pero se conservaron algunas oscilaciones ortográficas que usaba Rodó *(complexidad, complejidad)* y el uso sistemático del acento diacrítico. Se respetó la puntuación, introduciendo correcciones sólo en las raras ocasiones en que podía considerarse afectada la inteligencia del texto, aunque adaptándola a las normas modernas. También se conservó el peculiar uso del guión característico de los textos de Rodó, pero se enmendó la grafía adoptada por el autor para los nombres extranjeros, aplicando los criterios actuales.

A. R.

# ARIEL

A la juventud de América

# I

AQUELLA TARDE, el viejo y venerado maestro, a quien solían llamar Próspero, por alusión al sabio mago de *La Tempestad* shakespeariana, se despedía de sus jóvenes discípulos, pasado un año de tareas, congregándolos una vez más a su alrededor.

Ya habían llegado a la amplia sala de estudio, en la que un gusto delicado y severo esmerábase por todas partes en honrar la noble presencia de los libros, fieles compañeros de Próspero. Dominaba en la sala —como numen de su ambiente sereno— un bronce primoroso, que figuraba al ARIEL de *La Tempestad.* Junto a este bronce, se sentaba habitualmente el maestro, y por ello le llamaban con el nombre del mago a quien sirve y favorece en el drama el fantástico personaje que había interpretado el escultor. Quizá en su enseñanza y su carácter había, para el nombre, una razón y un sentido más profundos.

Ariel, genio del aire, representa, en el simbolismo de la obra de Shakespeare, la parte noble y alada del espíritu. Ariel es el imperio de la razón y el sentimiento sobre los bajos estímulos de la irracionalidad; es el entusiasmo generoso, el móvil alto y desinteresado en la acción, la espiritualidad de la cultura, la vivacidad y la gracia de la inteligencia, —el término ideal a que asciende la selección humana, rectificando en el hombre superior los tenaces vestigios de Calibán, símbolo de sensualidad y de torpeza, con el cincel perseverante de la vida.

La estatua, de real arte, reproducía al genio aéreo en el instante en que, libertado por la magia de Próspero, va a lanzarse a los aires para desvanecerse en un lampo. Desplegadas las alas; suelta y flotante la leve ves-

tidura, que la caricia de la luz en el bronce damasquinaba de oro; erguida la amplia frente; entreabiertos los labios por serena sonrisa, todo en la actitud de Ariel acusaba admirablemente el gracioso arranque del vuelo; y con inspiración dichosa, el arte que había dado firmeza escultural a su imagen había acertado a conservar en ella, al mismo tiempo, la apariencia seráfica y la levedad ideal.

Próspero acarició, meditando, la frente de la estatua; dispuso luego al grupo juvenil en torno suyo; y con su firme voz —*voz magistral*, que tenía para fijar la idea e insinuarse en las profundidades del espíritu, bien la esclarecedora penetración del rayo de luz, bien el golpe incisivo del cincel en el mármol, bien el toque impregnante del pincel en el lienzo o de la onda en la arena,— comenzó a decir, frente a una atención afectuosa:

## II

Junto a la estatua que habéis visto presidir, cada tarde, nuestros coloquios de amigos, en los que he procurado despojar a la enseñanza de toda ingrata austeridad, voy a hablaros de nuevo, para que sea nuestra despedida como el sello estampado en un convenio de sentimientos y de ideas.

Invoco a ARIEL como mi numen. Quisiera para mi palabra la más suave y persuasiva unción que ella haya tenido jamás. Pienso que hablar a la juventud sobre nobles y elevados motivos, cualesquiera que sean, es un género de oratoria sagrada. Pienso también que el espíritu de la juventud es un terreno generoso donde la simiente de una palabra oportuna suele rendir, en corto tiempo, los frutos de una inmortal vegetación.

Anhelo colaborar en una página del programa que, al prepararos a respirar el aire libre de la acción, formularéis, sin duda, en la intimidad de vuestro espíritu, para ceñir a él vuestra personalidad moral y vuestro esfuerzo. Este programa propio, —que algunas veces se formula y escribe; que se reserva otras para ser revelado en el mismo transcurso de la acción,— no falta nunca en el espíritu de las agrupaciones y los pueblos que son algo más que muchedumbres. Si con relación a la escuela de la voluntad individual, pudo Goethe decir profundamente que sólo es digno de la libertad y la vida quien es capaz de conquistarlas día a día para sí, con tanta más razón podría decirse que el honor de cada generación humana exige que ella se conquiste, por la perseverante actividad de su pensamiento, por el esfuerzo propio, su fe en determinada manifestación del ideal y su puesto en la evolución de las ideas.

Al conquistar los vuestros, debéis empezar por reconocer un primer objeto de fe en vosotros mismos. La juventud que vivís es una fuerza de cuya aplicación sois los obreros y un tesoro de cuya inversión sois responsables. Amad ese tesoro y esa fuerza; haced que el altivo sentimiento de su posesión permanezca ardiente y eficaz en vosotros. Yo os digo con Renan: "La juventud es el descubrimiento de un horizonte inmenso, que es la Vida". El descubrimiento que revela las tierras ignoradas necesita completarse con el esfuerzo viril que las sojuzga. Y ningún otro espectáculo puede imaginarse más propio para cautivar a un tiempo el interés del pensador y el entusiasmo del artista, que el que presenta una generación humana que marcha al encuentro del futuro, vibrante con la impaciencia de la acción, alta la frente, en la sonrisa un altanero desdén del desengaño, colmada el alma por dulces y remotos mirajes que derraman en ella misteriosos estímulos, como las visiones de Cipango y El Dorado en las crónicas heroicas de los conquistadores.

Del renacer de las esperanzas humanas; de las promesas que fían eternamente al porvenir la realidad de lo mejor, adquiere su belleza el alma que se entreabre al soplo de la vida; dulce e inefable belleza, compuesta, como lo estaba la del amanecer para el poeta de *Las Contemplaciones,* de un "vestigio de sueño y un principio de pensamiento".

La humanidad, renovando de generación en generación su activa esperanza y su ansiosa fe en un ideal al través de la dura experiencia de los siglos, hacía pensar a Guyau en la obsesión de aquella pobre enajenada cuya extraña y conmovedora locura consistía en creer llegado, constantemente, el día de sus bodas. Juguete de su ensueño, ella ceñía cada mañana a su frente pálida corona de desposada y suspendía de su cabeza el velo nupcial. Con una dulce sonrisa, disponíase luego a recibir al prometido ilusorio, hasta que las sombras de la tarde, tras el vano esperar, traían la decepción a su alma. Entonces, tomaba un melancólico tinte su locura. Pero su ingenua confianza reaparecía con la aurora siguiente; y ya sin el recuerdo del desencanto pasado, murmurando: *Es hoy cuando vendrá,* volvía a ceñirse la corona y el velo y a sonreír en espera del prometido.

Es así como, no bien la eficacia de un ideal ha muerto, la humanidad viste otra vez sus galas nupciales para esperar la realidad del ideal soñado con nueva fe, con tenaz y conmovedora locura. Provocar esa renovación, inalterable como un ritmo de la Naturaleza, es en todos los tiempos la función y la obra de la juventud. De las almas de cada primavera humana está tejido aquel tocado de novia. Cuando se trata de sofocar esta sublime terquedad de la esperanza, que brota alada del seno de la decepción, todos los pesimismos son vanos. Lo mismo los que se fundan en la razón que los

que parten de la experiencia, han de reconocerse inútiles para contrastar el altanero *no importa* que surge del fondo de la Vida. Hay veces en que, por una aparente alteración del ritmo triunfal, cruzan la historia humana generaciones destinadas a personificar, desde la cuna, la vacilación y el desaliento. Pero ellas pasan, —no sin haber tenido quizá su ideal como las otras, en forma negativa y con amor inconsciente; — y de nuevo se ilumina en el espíritu de la humanidad la esperanza en el Esposo anhelado, cuya imagen, dulce y radiosa como en los versos de marfil de los místicos, basta para mantener la asimilación y el contento de la vida, aun cuando nunca haya de encarnarse en la realidad.

La juventud, que así significa en el alma de los individuos y de las generaciones, luz, amor, energía, existe y lo significa también en el proceso evolutivo de las sociedades. De los pueblos que sienten y consideran la vida como vosotros, serán siempre la fecundidad, la fuerza, el dominio del porvenir. — Hubo una vez en que los atributos de la juventud humana se hicieron, más que en ninguna otra, los atributos de un pueblo, los caracteres de una civilización, y en que un soplo de adolescencia encantadora pasó rozando la frente serena de una raza. Cuando Grecia nació, los dioses le regalaron el secreto de su juventud inextinguible. Grecia es el alma joven. "Aquel que en Delfos contemplaba la apiñada muchedumbre de los jonios —dice uno de los himnos homéricos— se imagina que ellos no han de envejecer jamás". Grecia hizo grandes cosas porque tuvo, de la juventud, la alegría, que es el ambiente de la acción, y el entusiasmo, que es la palanca omnipotente. El sacerdote egipcio con quien Solón habló en el templo de Sais, decía al legislador ateniense, compadeciendo a los griegos por su volubilidad bulliciosa: *¡No sois sino unos niños!* Y Michelet ha comparado la actividad del alma helena con un festivo juego a cuyo alrededor se agrupan y sonríen todas las naciones del mundo. Pero de aquel divino juego de niños sobre las playas del Archipiélago y a la sombra de los olivos de Jonia, nacieron el arte, la filosofía, el pensamiento libre, la curiosidad de la investigación, la conciencia de la dignidad humana, todos esos estímulos de Dios que son aún nuestra inspiración y nuestro orgullo. Absorto en su austeridad hierática, el país del sacerdote representaba, en tanto, la senectud, que se concentra para ensayar el reposo de la eternidad y aleja, con desdeñosa mano, todo frívolo sueño. La gracia, la inquietud, están proscriptas de las actitudes de su alma, como del gesto de sus imágenes la vida. Y cuando la posteridad vuelve las miradas a él, sólo encuentra una estéril noción del orden presidiendo al desenvolvimiento de una civilización que vivió para tejerse un sudario y para edificar sus sepulcros; la sombra de un compás tendiéndose sobre la esterilidad de la arena.

Las prendas del espíritu joven —el entusiasmo y la esperanza— corres-

ponden en las armonías de la historia y la naturaleza, al movimiento y a la luz. —Adondequiera que volváis los ojos, las encontraréis como el ambiente natural de todas las cosas fuertes y hermosas. Levantadlos al ejemplo más alto:— La idea cristiana, sobre la que aún se hace pesar la acusación de haber entristecido la tierra proscribiendo la alegría del paganismo, es una inspiración esencialmente juvenil mientras no se aleja de su cuna. El cristianismo naciente es, en la interpretación —que yo creo tanto más verdadera cuanto más poética— de Renan, un cuadro de juventud inmarcesible. De juventud del alma o, lo que es lo mismo, de un vivo sueño, de gracia, de candor, se compone el aroma divino que flota sobre las lentas jornadas del Maestro al través de los campos de Galilea; sobre sus prédicas, que se desenvuelven ajenas a toda penitente gravedad; junto a un lago celeste; en los valles abrumados de frutos; escuchadas por "las aves del cielo" y "los lirios de los campos", con que se adornan las parábolas; propagando la alegría del "reino de Dios" sobre una dulce sonrisa de la Naturaleza. — De este cuadro dichoso, están ausentes las sectas que acompañaban en la soledad las penitencias del Bautista. Cuando Jesús habla de los que a él le siguen, los compara a los paraninfos de un cortejo de bodas. — Y es la impresión de aquel divino contento la que incorporándose a la esencia de la nueva fe, se siente persistir al través de la Odisea de los evangelistas; la que derrama en el espíritu de las primeras comunidades cristianas su felicidad candorosa, su ingenua alegría de vivir; y la que, al llegar a Roma con los ignorados cristianos del Transtevere, les abre fácil paso en los corazones; porque ellos triunfaron oponiendo el encanto de su juventud interior —la de su alma embalsamada por la libación del vino nuevo— a la severidad de los estoicos y a la decrepitud de los mundanos.

Sed, pues, conscientes poseedores de la fuerza bendita que lleváis dentro de vosotros mismos. No creáis, sin embargo, que ella esté exenta de malograrse y desvanecerse, como un impulso sin objeto, en la realidad. De la Naturaleza es la dádiva del precioso tesoro; pero es de las ideas, que él sea fecundo, o se prodigue vanamente, o fraccionado y disperso en las conciencias personales, no se manifieste en la vida de las sociedades humanas como una fuerza bienechora. —Un escritor sagaz rastreaba, ha poco, en las páginas de la novela de nuestro siglo, —esa inmensa superficie especular donde se refleja toda entera la imagen de la vida en los últimos vertiginosos cien años— la psicología, los estados de alma de la juventud, tales como ellos han sido en las generaciones que van desde los días de René hasta los que han visto pasar a Des Esseintes.— Su análisis comprobaba una progresiva disminución de *juventud interior* y de energía en la serie de personajes representativos que se inicia con los héroes, enfermos, pero a menudo viriles y siempre intensos de pasión, de los románticos, y termina con los enervados

de voluntad y corazón en quienes se reflejan tan desconsoladoras manifestaciones del espíritu de nuestro tiempo como la del protagonista de *A rebours* o la del Robert Gresleu de *Le Disciple.* — Pero comprobaba el análisis también, un lisonjero renacimiento de animación y de esperanza en la psicología de la juventud de que suele hablarnos una literatura que es quizá nuncio de transformaciones más hondas; renacimiento que personifican los héroes nuevos de Lemaître, de Wyzewa, de Rod, y cuya más cumplida representación lo sería tal vez el *David Grieve* con que cierta novelista inglesa contemporánea ha resumido en un solo carácter todas las penas y todas las inquietudes ideales de varias generaciones, para solucionarlas en un supremo desenlace de serenidad y de amor.

¿Madurará en la realidad esa esperanza? — Vosotros, los que vais a pasar, como el obrero en marcha a los talleres que le esperan, bajo el pórtico del nuevo siglo, ¿reflejaréis quizá sobre el arte que os estudie, imágenes más luminosas y triunfales que las que han quedado de nosotros? Si los tiempos divinos en que las almas jóvenes daban modelos para los dialoguistas radiantes de Platón sólo fueron posibles en una breve primavera del mundo; si es fuerza "no pensar en los dioses", como aconseja la Forquias del segundo *Fausto* al coro de cautivas; ¿no nos será lícito, a lo menos, soñar con la aparición de generaciones humanas que devuelvan a la vida un sentimiento ideal, un grande entusiasmo; en las que sea un poder el sentimiento; en las que una vigorosa resurrección de las energías de la voluntad ahuyente, con heroico clamor, del fondo de las almas, todas las cobardías morales que se nutren a los pechos de la decepción y de la duda? ¿Será de nuevo la juventud una realidad de la vida colectiva, como lo es de la vida individual?

Tal es la pregunta que me inquieta mirándoos. — Vuestras primeras páginas, las confesiones que nos habéis hecho hasta ahora de vuestro mundo íntimo, hablan de indecisión y de estupor a menudo; nunca de enervación, ni de un definitivo quebranto de la voluntad. Yo sé bien que el entusiasmo es una surgente viva en vosotros. Yo sé bien que las notas de desaliento y de dolor que la absoluta sinceridad del pensamiento — virtud todavía más grande que la esperanza — ha podido hacer brotar de las torturas de vuestra meditación, en las tristes e inevitables citas de la Duda, no eran indicio de un estado de alma permanente ni significaron en ningún caso vuestra desconfianza respecto de la eterna virtualidad de la Vida. Cuando un grito de angustia ha ascendido del fondo de vuestro corazón, no lo habéis sofocado antes de pasar por vuestros labios, con la austera y muda altivez del estoico en el suplicio, pero lo habéis terminado con una invocación al ideal *que vendrá,* con una nota de esperanza mesiánica.

Por lo demás, al hablaros del entusiasmo y la esperanza, como de altas y fecundas virtudes, no es mi propósito enseñaros a trazar la línea infranqueable que separe el escepticismo de la fe, la decepción de la alegría. Nada más lejos de mi ánimo que la idea de confundir con los atributos naturales de la juventud, con la graciosa espontaneidad de su alma, esa indolente frivolidad del pensamiento, que, incapaz de ver más que el motivo de un juego en la actividad, compra el amor y el contento de la vida al precio de su incomunicación con todo lo que pueda hacer detener el paso ante la faz misteriosa y grave de las cosas. — No es ése el noble significado de la juventud individual, ni ése tampoco el de la juventud de los pueblos. — Yo he conceptuado siempre vano el propósito de los que constituyéndose en avizores vigías del destino de América, en custodios de su tranquilidad, quisieran sofocar, con temeroso recelo, antes de que llegase a nosotros, cualquiera resonancia del humano dolor, cualquier eco venido de literaturas extrañas, que, por triste o insano, ponga en peligro la fragilidad de su optimismo. — Ninguna firme educación de la inteligencia puede fundarse en el aislamiento candoroso o en la ignorancia voluntaria. Todo problema propuesto al pensamiento humano por la Duda; toda sincera reconvención que sobre Dios o la Naturaleza se fulmine, del seno del desaliento y el dolor, tienen derecho a que les dejemos llegar a nuestra conciencia y a que los afrontemos. Nuestra fuerza de corazón ha de probarse aceptando el reto de la Esfinge, y no esquivando su interrogación formidable. — No olvidéis, además, que en ciertas amarguras del pensamiento hay, como en sus alegrías, la posibilidad de encontrar un punto de partida para la acción, hay a menudo sugestiones fecundas. Cuando el dolor enerva; cuando el dolor es la irresistible pendiente que conduce al marasmo o el consejero pérfido que mueve a la abdicación de la voluntad, la filosofía que le lleva en sus entrañas es cosa indigna de almas jóvenes. Puede entonces el poeta calificarle de "indolente soldado que milita bajo las banderas de la muerte". Pero cuando lo que nace del seno del dolor es el anhelo varonil de la lucha para conquistar o recobrar el bien que él nos niega, entonces es un acerado acicate de la evolución, es el más poderoso impulso de la vida; no de otro modo que como el hastío, para Helvecio, llega a ser la mayor y más preciosa de todas las prerrogativas humanas desde el momento en que, impidiendo enervarse nuestra sensibilidad en los adormecimientos del ocio, se convierte en el vigilante estímulo de la acción.

En tal sentido, se ha dicho bien que hay pesimismos que tienen la significación de un *optimismo paradójico.* Muy lejos de suponer la renuncia y la condenación de la existencia, ellos propagan, con su descontento de lo actual, la necesidad de renovarla. Lo que a la humanidad importa salvar contra toda negación pesimista, es, no tanto la idea de la relativa bondad

de lo presente, sino la de la posibilidad de llegar a un término mejor por el desenvolvimiento de la vida, apresurado y orientado mediante el esfuerzo de los hombres. La fe en el porvenir, la confianza en la eficacia del esfuerzo humano, son el antecedente necesario de toda acción enérgica y de todo propósito fecundo. Tal es la razón por la que he querido comenzar encareciéndoos la inmortal excelencia de esa fe que, siendo en la juventud un instinto, no debe necesitar seros impuesta por ninguna enseñanza, puesto que la encontraréis indefectiblemente dejando actuar en el fondo de vuestro ser la sugestión divina de la Naturaleza.

Animados por ese sentimiento, entrad, pues, a la vida, que os abre sus hondos horizontes, con la noble ambición de hacer sentir vuestra presencia en ella desde el momento en que la afrontéis con la altiva mirada del conquistador. — Toca al espíritu juvenil la iniciativa audaz, la genialidad innovadora. — Quizá universalmente, hoy, la acción y la influencia de la juventud son en la marcha de las sociedades humanas menos efectivas e intensas que debieran ser. Gaston Deschamps lo hacía notar en Francia, hace poco, comentando la iniciación tardía de las jóvenes generaciones, en la vida pública y la cultura de aquel pueblo, y la escasa originalidad con que ellas contribuyen al trazado de las ideas dominantes. Mis impresiones del presente de América, en cuanto ellas pueden tener un carácter general a pesar del doloroso aislamiento en que viven los pueblos que la componen, justificarían acaso una observación parecida. — Y sin embargo, yo creo ver expresada en todas partes la necesidad de una activa revelación de fuerzas nuevas; yo creo que América necesita grandemente de su juventud. — He ahí por qué os hablo. He ahí por qué me interesa extraordinariamente la orientación moral de vuestro espíritu. La energía de vuestra palabra y vuestro ejemplo puede llegar hasta incorporar las fuerzas vivas del pasado a la obra del futuro. Pienso con Michelet que el verdadero concepto de la educación no abarca sólo la cultura del espíritu de los hijos por la experiencia de los padres, sino también, y con frecuencia mucho más, la del espíritu de los padres por la inspiración innovadora de los hijos.

Hablemos, pues, de cómo consideraréis la vida que os espera.

## III

La divergencia de las vocaciones personales imprimirá diversos sentidos a vuestra actividad, y hará predominar una disposición, una aptitud determinada, en el espíritu de cada uno de vosotros. — Los unos seréis hombres de ciencia; los otros seréis hombres de arte; los otros seréis hombres

de acción. — Pero por encima de los afectos que hayan de vincularos individualmente a distintas aplicaciones y distintos modos de la vida, debe velar, en lo íntimo de vuestra alma, la conciencia de la unidad fundamental de nuestra naturaleza, que exige que cada individuo humano sea, ante todo y sobre toda otra cosa, un ejemplar no mutilado de la humanidad, en el que ninguna noble facultad del espíritu quede obliterada y ningún alto interés de todos pierda su virtud comunicativa. Antes que las modificaciones de profesión y de cultura está el cumplimiento del destino común de los seres racionales. "Hay una profesión universal, que es la de *hombre*", ha dicho admirablemente Guyau. Y Renan, recordando, a propósito de las civilizaciones desequilibradas y parciales, que el fin de la criatura humana no puede ser exclusivamente saber, ni sentir, ni imaginar, sino ser real y enteramente *humana*, define el ideal de perfección a que ella debe encaminar sus energías como la posibilidad de ofrecer en un tipo individual un cuadro abreviado de la especie.

Aspirad, pues, a desarrollar, en lo posible, no un solo aspecto sino la plenitud de vuestro ser. No os encojáis de hombros delante de ninguna noble y fecunda manifestación de la naturaleza humana, a pretexto de que vuestra organización individual os liga con preferencia a manifestaciones diferentes. Sed espectadores atenciosos allí donde no podáis ser actores. — Cuando cierto falsísimo y vulgarizado concepto de la educación, que la imagina subordinada exclusivamente al fin utilitario, se empeña en mutilar, por medio de ese utilitarismo y de una especialización prematura, la integridad natural de los espíritus, y anhela proscribir de la enseñanza todo elemento desinteresado e ideal, no repara suficientemente en el peligro de preparar para el porvenir espíritus estrechos que, incapaces de considerar más que el único aspecto de la realidad con que estén inmediatamente en contacto, vivirán separados por helados desiertos de los espíritus que, dentro de la misma sociedad, se hayan adherido a otras manifestaciones de la vida.

Lo necesario de la consagración particular de cada uno de nosotros a una actividad determinada, a un solo modo de cultura, no excluye, ciertamente, la tendencia a realizar, por la íntima armonía del espíritu, el destino común de los seres racionales. Esa actividad, esa cultura, serán sólo la nota fundamental de la armonía. — El verso célebre en que el esclavo de la escena antigua afirmó que, pues era hombre, no le era ajeno nada de lo humano, forma parte de los gritos de la solidaridad. Augusto Comte ha señalado bien este peligro de las civilizaciones avanzadas. Un alto estado de perfeccionamiento social tiene para él un grave inconveniente en la facilidad con que suscita la aparición de espíritus deformados y estrechos; de espíritus "muy capaces bajo un aspecto único y monstruosamente ineptos bajo todos los otros". El empequeñecimiento de un cerebro humano por el

comercio continuo de un solo género de ideas, por el ejercicio indefinido de un solo modo de actividad, es para Comte un resultado comparable a la mísera suerte del obrero a quien la división del trabajo de taller obliga a consumir en la invariable operación de un detalle mecánico todas las energías de su vida. En uno y otro caso, el efecto moral es inspirar una desastrosa indiferencia por el aspecto general de los intereses de la humanidad. Y aunque esta especie de automatismo humano — agrega el pensador positivista — no constituye felizmente sino la extrema influencia dispersiva del principio de especialización, su realidad, ya muy frecuente, exige que se atribuya a su apreciación una verdadera importancia.[1]

No menos que a la solidez, daña esa influencia dispersiva a la *estética* de la estructura social. — La belleza incomparable de Atenas, lo imperecedero del modelo legado por sus manos de diosa a la admiración y el encanto de la humanidad, nacen de que aquella ciudad de prodigios fundó su concepción de la vida en el concierto de todas las facultades humanas, en la libre y acordada expansión de todas las energías capaces de contribuir a la gloria y al poder de los hombres. Atenas supo engrandecer a la vez el sentido de lo ideal y el de lo real, la razón y el instinto, las fuerzas del espíritu y las del cuerpo. Cinceló las cuatro faces del alma. Cada ateniense libre describe en derredor de sí, para contener su acción, un círculo perfecto, en el que ningún desordenado impulso quebrantará la graciosa proporción de la línea. Es atleta y escultura viviente en el gimnasio, ciudadano en el Pnix, polemista y pensador en los pórticos. Ejercita su voluntad en toda suerte de acción viril y su pensamiento en toda preocupación fecunda. Por eso afirma Macaulay que un día de la vida pública del Atica es más brillante programa de enseñanza que los que hoy calculamos para nuestros modernos centros de instrucción. — Y de aquel libre y único florecimiento de la plenitud de nuestra naturaleza, surgió el *milagro griego,* — una inimitable y encantadora mezcla de animación y de serenidad, una primavera del espíritu humano, una sonrisa de la historia.

En nuestros tiempos, la creciente complejidad de nuestra civilización privaría de toda seriedad al pensamiento de restaurar esa armonía, sólo posible entre los elementos de una graciosa sencillez. Pero dentro de la misma complejidad de nuestra cultura; dentro de la diferenciación progresiva de caracteres, de aptitudes, de méritos, que es la ineludible consecuencia del progreso en el desenvolvimiento social, cabe salvar una razonable participación de todos en ciertas ideas y sentimientos fundamentales que mantengan la unidad y el concierto de la vida, — en ciertos *intereses del alma,*

1 A. Comte: *Cours de philosophie positive,* t. IV. p. 430. 2ª ed. *(N. del A.).*

ante los cuales la dignidad del ser racional no consiente la indiferencia de ninguno de nosotros.

Cuando el sentido de la utilidad material y el bienestar domina en el carácter de las sociedades humanas con la energía que tiene en lo presente, los resultados del espíritu estrecho y la cultura unilateral son particularmente funestos a la difusión de aquellas preocupaciones puramente ideales que, siendo objeto de amor para quienes les consagran las energías más nobles y perseverantes de su vida, se convierten en una remota y quizá no sospechada región, para una inmensa parte de los otros. — Todo género de meditación desinteresada, de contemplación ideal, de tregua íntima, en la que los diarios afanes por la utilidad cedan transitoriamente su imperio a una mirada noble y serena tendida de lo alto de la razón sobre las cosas, permanece ignorado, en el estado actual de las sociedades humanas, para millones de almas civilizadas y cultas, a quienes la influencia de la educación o la costumbre reduce al automatismo de una actividad, en definitiva, material. — Y bien: este género de servidumbre debe considerarse la más triste y oprobiosa de todas las condenaciones morales. Yo os ruego que os defendáis, en la milicia de la vida, contra la mutilación de vuestro espíritu por la tiranía de un objetivo único e interesado. No entreguéis nunca a la utilidad o a la pasión sino una parte de vosotros. Aun dentro de la esclavitud material hay la posibilidad de salvar la libertad interior: la de la razón y el sentimiento. No tratéis, pues, de justificar, por la absorción del trabajo o el combate, la esclavitud de vuestro espíritu.

Encuentro el símbolo de lo que debe ser nuestra alma en un cuento que evoco de un empolvado rincón de mi memoria. — Era un rey patriarcal, en el Oriente indeterminado e ingenuo donde gusta hacer nido la alegre bandada de los cuentos. Vivía su reino la candorosa infancia de las tiendas de Ismael y los palacios de Pilos. La tradición le llamó después, en la memoria de los hombres, el rey hospitalario. Inmensa era la piedad del rey. A desvanecerse en ella tendía, como por su propio peso, toda desventura. A su hospitalidad acudían lo mismo por blanco pan el miserable que el alma desolada por el bálsamo de la palabra que acaricia. Su corazón reflejaba, como sensible placa sonora, el ritmo de los otros. Su palacio era la casa del pueblo. — Todo era libertad y animación dentro de este augusto recinto, cuya entrada nunca hubo guardas que vedasen. En los abiertos pórticos, formaban corros los pastores cuando consagraban a rústicos conciertos sus ocios; platicaban al caer la tarde los ancianos; y frescos grupos de mujeres disponían, sobre trenzados juncos, las flores y los racimos de que se componía únicamente el diezmo real. Mercaderes de Ofir, buhoneros de Damasco, cruzaban a toda hora las puertas anchurosas y ostentaban en competencia, ante las miradas del rey, las telas, las joyas, los perfumes. Junto a su trono

reposaban los abrumados peregrinos. Los pájaros se citaban al mediodía para recoger las migajas de su mesa; y con el alba, los niños llegaban en bandas bulliciosas al pie del lecho en que dormía el rey de barba de plata y le anunciaban la presencia del sol. — Lo mismo a los seres sin ventura que a las cosas sin alma alcanzaba su liberalidad infinita. La Naturaleza sentía también la atracción de su llamado generoso; vientos y aves y plantas parecían buscar, — como en el mito de Orfeo y en la leyenda de San Francisco de Asís, — la amistad humana en aquel oasis de hospitalidad. Del germen caído al acaso, brotaban y florecían, en las junturas de los pavimentos y los muros, los alhelíes de las ruinas, sin que una mano cruel los arrancase ni los hollara un pie maligno. Por las francas ventanas se tendían al interior de las cámaras del rey las enredaderas osadas y curiosas. Los fatigados vientos abandonaban largamente sobre el alcázar real su carga de aromas y armonías. Empinándose desde el vecino mar, como si quisieran ceñirse en un abrazo, le salpicaban las olas con su espuma. Y una libertad paradisial, una inmensa reciprocidad de confianza, mantenían por dondequiera la animación de una fiesta inextinguible...

Pero dentro, muy dentro; aislada del alcázar ruidoso por cubiertos canales; oculta a la mirada vulgar — como la "perdida iglesia" de Uhland en lo esquivo del bosque — al cabo de ignorados senderos, una misteriosa sala se extendía, en la que a nadie era lícito poner la planta sino al mismo rey, cuya hospitalidad se trocaba en sus umbrales en la apariencia de ascético egoísmo. Espesos muros la rodeaban. Ni un eco del bullicio exterior; ni una nota escapada al concierto de la Naturaleza, ni una palabra desprendida de labios de los hombres, lograban traspasar el espesor de los sillares de pórfido y conmover una onda del aire en la prohibida estancia. Religioso silencio velaba en ella la castidad del aire dormido. La luz, que tamizaban esmaltadas vidrieras, llegaba lánguida, medido el paso por una inalterable igualdad, y se diluía, como copo de nieve que invade un nido tibio, en la calma de un ambiente celeste. — Nunca reinó tan honda paz: ni en oceánica gruta, ni en soledad nemorosa. — Alguna vez, — cuando la noche era diáfana y tranquila, — abriéndose a modo de dos valvas de nácar la artesonada techumbre, dejaba cernerse en su lugar la magnificencia de las sombras serenas. En el ambiente flotaba como una onda indisipable la casta esencia del nenúfar, el perfume sugeridor del adormecimiento penseroso y de la contemplación del propio ser. Graves cariátides custodiaban las puertas de marfil en la actitud del silenciario. En los testeros, esculpidas imágenes hablaban de idealidad, de ensimismamiento, de reposo... — Y el viejo rey aseguraba que, aun cuando a nadie fuera dado acompañarle hasta allí, su hospitalidad seguía siendo en el misterioso seguro tan generosa y grande como siempre, sólo que los que él congregaba dentro de sus muros

discretos eran convidados impalpables y huéspedes sutiles. En él soñaba, en él se libertaba de la realidad, el rey legendario; en él sus miradas se volvían a lo interior y se bruñían en la meditación sus pensamientos como las guijas lavadas por la espuma; en él se desplegaban sobre su noble frente las blancas alas de Psiquis... Y luego, cuando la muerte vino a recordarle que él no había sido sino un huésped más en su palacio, la impenetrable estancia quedó clausurada y muda para siempre; para siempre abismada en su reposo infinito; nadie la profanó jamás, porque nadie hubiera osado poner la planta irreverente allí donde el viejo rey quiso estar solo con sus sueños y aislado en la última Tule de su alma.

Yo doy al cuento el escenario de vuestro reino interior. Abierto con una saludable liberalidad, como la casa del monarca confiado, a todas las corrientes del mundo, exista en él, al mismo tiempo, la celda escondida y misteriosa que desconozcan los huéspedes profanos y que a nadie más que a la razón serena pertenezca. Sólo cuando penetréis dentro del inviolable seguro podréis llamaros, en realidad, hombres libres. No lo son quienes, enajenando insensatamente el dominio de sí a favor de la desordenada pasión o el interés utilitario, olvidan que, según el sabio precepto de Montaigne, nuestro espíritu puede ser objeto de préstamo, pero no de cesión. — Pensar, soñar, admirar: he ahí los nombres de los sutiles visitantes de mi celda. Los antiguos los clasificaban dentro de su noble inteligencia del *ocio,* que ellos tenían por el más elevado empleo de una existencia verdaderamente racional, identificándolo con la libertad del pensamiento emancipado de todo innoble yugo. El ocio noble era la inversión del tiempo que oponían, como expresión de la vida superior, a la actividad económica. Vinculando exclusivamente a esa alta y aristocrática idea del reposo su concepción de la dignidad de la vida, el espíritu clásico encuentra su corrección y su complemento en nuestra moderna creencia en la dignidad del trabajo útil; y entrambas atenciones del alma pueden componer, en la existencia individual, un ritmo, sobre cuyo mantenimiento necesario nunca será inoportuno insistir. — La escuela estoica, que iluminó el ocaso de la antigüedad como por un anticipado resplandor del cristianismo, nos ha legado una sencilla y conmovedora imagen de la salvación de la libertad interior, aun en medio a los rigores de la servidumbre, en la hermosa figura de Cleanto; de aquel Cleanto que, obligado a emplear la fuerza de sus brazos de atleta en sumergir el cubo de una fuente y mover la piedra de un molino, concedía a la meditación las treguas del quehacer miserable y trazaba, con encallecida mano, sobre las piedras del camino, las máximas oídas de labios de Zenón. Toda educación racional, todo perfecto cultivo de nuestra naturaleza tomarán por punto de partida la posibilidad de estimular, en cada uno de nosotros, la doble actividad que simboliza Cleanto.

Una vez más: el principio fundamental de vuestro desenvolvimiento,

vuestro lema en la vida, deben ser mantener la integridad de vuestra condición humana. Ninguna función particular debe prevalecer jamás sobre esa finalidad suprema. Ninguna fuerza aislada puede satisfacer los fines racionales de la existencia individual, como no puede producir el ordenado concierto de la existencia colectiva. Así como la deformidad y el empequeñecimiento son, en el alma de los individuos, el resultado de un exclusivo objeto impuesto a la acción y un solo modo de cultura, la falsedad de lo artificial vuelve efímera la gloria de las sociedades que han sacrificado el libre desarrollo de su sensibilidad y su pensamiento, ya a la actividad mercantil, como en Fenicia; ya a la guerra, como en Esparta; ya al misticismo, como en el terror del milenario; ya a la vida de sociedad y de salón, como en la Francia del siglo XVIII. — Y preservándoos contra toda mutilación de vuestra naturaleza moral; aspirando a la armoniosa expansión de vuestro ser en todo noble sentido; pensad al mismo tiempo en que la más fácil y frecuente de las mutilaciones es, en el carácter actual de las sociedades humanas, la que obliga al alma a privarse de ese género de *vida interior,* donde tienen su ambiente propio todas las cosas delicadas y nobles que, a la intemperie de la realidad, quema el aliento de la pasión impura y el interés utilitario proscribe: ¡la vida de que son parte la meditación desinteresada, la contemplación ideal, el *ocio* antiguo, la impenetrable estancia de mi cuento!

## IV

Así como el primer impulso de la profanación será dirigirse a lo más sagrado del santuario, la regresión vulgarizadora contra la que os prevengo comenzará por sacrificar lo más delicado del espíritu. — De todos los elementos superiores de la existencia racional, es el sentimiento de lo bello, la visión clara de la hermosura de las cosas, el que más fácilmente marchita la aridez de la vida limitada a la invariable descripción del círculo vulgar, convirtiéndole en el atributo de una minoría que lo custodia, dentro de cada sociedad humana, como el depósito de un precioso abandono. La emoción de belleza es al sentimiento de las idealidades como el esmalte del anillo. El efecto del contacto brutal por ella empieza fatalmente, y es sobre ella como obra de modo más seguro. Una absoluta indiferencia llega a ser, así, el carácter normal, con relación a lo que debiera ser universal amor de las almas. No es más intensa la estupefacción del hombre salvaje en presencia de los instrumentos y las formas materiales de la civilización, que la que experimenta un número relativamente grande de hombres cultos frente a los actos en que se revele el propósito y el hábito de conceder una seria realidad a la relación hermosa de la vida.

El argumento del apóstol traidor ante el vaso de nardo derramado inútilmente sobre la cabeza del Maestro, es, todavía, una de las fórmulas del sentido común. La superfluidad del arte no vale para la masa anónima los trescientos denarios. Si acaso la respeta, es como a un culto esotérico. Y sin embargo, entre todos los elementos de educación humana que pueden contribuir a formar un amplio y noble concepto de la vida, ninguno justificaría más que el arte un interés universal, porque ninguno encierra, — según la tesis desenvuelta en elocuentes páginas de Schiller, — la virtualidad de una cultura más *extensa* y completa, en el sentido de prestarse a un acordado estímulo de todas las facultades del alma.

Aunque el amor y la admiración de la belleza no respondiesen a una noble espontaneidad del ser racional y no tuvieran, con ello, suficiente valor para ser cultivados por sí mismos, sería un motivo superior de moralidad el que autorizaría a proponer la cultura de los sentimientos estéticos como un alto interés de todos. — Si a nadie es dado renunciar a la educación del sentimiento moral, este deber trae implícito el de disponer el alma para la clara visión de la belleza. Considerad al educado sentido de lo bello el colaborador más eficaz en la formación de un delicado instinto de justicia. La dignificación, el ennoblecimiento interior, no tendrán nunca artífice más adecuado. Nunca la criatura humana se adherirá de más segura manera al cumplimiento del deber que cuando, además de sentirle como una imposición, le sienta estéticamente como una armonía. Nunca ella será más plenamente buena que cuando sepa, en las formas con que se manifieste activamente su virtud, respetar en los demás el sentimiento de lo hermoso.

Cierto es que la santidad del bien purifica y ensalza todas las groseras apariencias. Puede él indudablemente realizar su obra sin darle el prestigio exterior de la hermosura. Puede el amor caritativo llegar a la sublimidad con medios toscos, desapacibles y vulgares. Pero no es sólo más hermosa, sino mayor, la caridad que anhela transmitirse en las formas de lo delicado y lo selecto; porque ella añade a sus dones un beneficio más, una dulce e inefable caricia que no se sustituye con nada y que realza el bien que se concede, como un toque de luz.

Dar a sentir lo hermoso es obra de misericordia. Aquellos que exigirían que el bien y la verdad se manifestasen invariablemente en formas adustas y severas me han parecido siempre amigos traidores del bien y la verdad. La virtud es también un género de arte, un arte divino; ella sonríe maternalmente a las Gracias. — La enseñanza que se proponga fijar en los espíritus la idea del deber, como la de la más seria realidad, debe tender a hacerla concebir al mismo tiempo como la más alta poesía. — Guyau, que es rey en

las comparaciones hermosas, se vale de una insustituible para expresar este doble objeto de la cultura moral. Recuerda el pensador los esculpidos respaldos del coro de una gótica iglesia, en los que la madera labrada bajo la inspiración de la fe representa, en una faz, escenas de una vida de santo y, en la otra faz, ornamentales círculos de flores. Por tal manera, a cada gesto del santo, significativo de su piedad o su martirio; a cada rasgo de su fisonomía o su actitud, corresponde, del opuesto lado, una corola o un pétalo. Para acompañar la representación simbólica del bien, brotan, ya un lirio, ya una rosa. Piensa Guyau que no de otro modo debe estar esculpida nuestra alma; y él mismo, el dulce maestro, ¿no es, por la evangélica hermosura de su genio de apóstol, un ejemplo de esa viva armonía?

Yo creo indudable que el que ha aprendido a distinguir de lo delicado lo vulgar, lo feo de lo hermoso, lleva hecha media jornada para distinguir lo malo de lo bueno. No es, por cierto, el buen gusto, como querría cierto liviano *dilettantismo* moral, el único criterio para apreciar la legitimidad de las acciones humanas; pero menos debe considerársele, con el criterio de un estrecho ascetismo, una tentación del error y una sirte engañosa. No le señalaremos nosotros como la senda misma del bien; sí como un camino paralelo y cercano que mantiene muy aproximados a ella el paso y la mirada del viajero. A medida que la humanidad avance, se concebirá más claramente la ley moral como una estética de la conducta. Se huirá del mal y del error como de una disonancia; se buscará lo bueno como el placer de una armonía. Cuando la severidad estoica de Kant inspira, simbolizando el espíritu de su ética, las austeras palabras: "Dormía, y soñé que la vida era belleza; desperté, y advertí que ella es deber", desconoce que, si el deber es la realidad suprema, en ella puede hallar realidad el objeto de su sueño, porque la conciencia del deber le dará, con la visión clara de lo bueno, la complacencia de lo hermoso.

En el alma del redentor, del misionero, del filántropo, debe exigirse también *entendimiento de hermosura,* hay necesidad de que colaboren ciertos elementos del genio del artista. Es inmensa la parte que corresponde al don de descubrir y revelar la íntima belleza de las ideas, en la eficacia de las grandes revoluciones morales. Hablando de la más alta de todas, ha podido decir Renan profundamente que "la poesía del precepto, que le hace amar, significa más que el precepto mismo, tomado como verdad abstracta". La originalidad de la obra de Jesús no está, efectivamente, en la acepción literal de su doctrina, — puesto que ella puede reconstituirse toda entera sin salir de la moral de la Sinagoga, buscándola desde el *Deuteronomio* hasta el *Talmud,* — sino en haber hecho sensible, con su prédica, la poesía del precepto, es decir, su belleza íntima.

Pálida gloria será la de las épocas y las comuniones que menosprecien esa relación estética de su vida o de su propaganda. El ascetismo cristiano,

que no supo encarar más que una sola faz del ideal, excluyó de su concepto de la perfección todo lo que hace a la vida amable, delicada y hermosa; y su espíritu estrecho sirvió para que el instinto indomable de la libertad, volviendo en una de esas arrebatadas reacciones del espíritu humano, engendrase, en la Italia del Renacimiento, un tipo de civilización que consideró vanidad el bien moral y sólo creyó en la virtud de la apariencia fuerte y graciosa. El puritanismo, que persiguió toda belleza y toda selección intelectual; que veló indignado la casta desnudez de las estatuas; que profesó la afectación de la fealdad, en las maneras, en el traje, en los discursos; la secta triste que, imponiendo su espíritu desde el Parlamento inglés, mandó extinguir las fiestas que manifestasen alegría y segar los árboles que diesen flores, —tendió junto a la virtud, al divorciarla del sentimiento de lo bello, una sombra de muerte que aún no ha conjurado enteramente Inglaterra, y que dura en las menos amables manifestaciones de su religiosidad y sus costumbres. — Macaulay declara preferir la grosera "caja de plomo" en que los puritanos guardaron el tesoro de la libertad, al primoroso cofre esculpido en que la corte de Carlos II hizo acopio de sus refinamientos. Pero como ni la libertad ni la virtud necesitan guardarse en caja de plomo, mucho más que todas las severidades de ascetas y de puritanos, valdrán siempre, para la educación de la humanidad, la gracia del ideal antiguo, la moral armoniosa de Platón, el movimiento pulcro y elegante con que la mano de Atenas tomó, para llevarla a los labios, la copa de la vida.

La perfección de la moralidad humana consistiría en infiltrar el espíritu de la caridad en los moldes de la elegancia griega. Y esta suave armonía ha tenido en el mundo una pasajera realización. Cuando la palabra del cristianismo naciente llegaba con San Pablo al seno de las colonias griegas de Macedonia, a Tesalónica y Filipos, y el Evangelio, aún puro, se difundía en el alma de aquellas sociedades finas y espirituales en las que el sello de la cultura helénica mantenía una encantadora espontaneidad de distinción, pudo creerse que los dos ideales más altos de la historia iban a enlazarse para siempre. En el estilo epistolar de San Pablo queda la huella de aquel momento en que la caridad se heleniza. Este dulce consorcio duró poco. La armonía y la serenidad de la concepción pagana de la vida se apartaron cada vez más de la idea nueva que marchaba entonces a la conquista del mundo. Pero para concebir la manera como podría señalarse al perfeccionamiento moral de la humanidad un paso adelante, sería necesario soñar que el ideal cristiano se reconcilia de nuevo con la serena y luminosa alegría de la antigüedad; imaginarse que el Evangelio se propaga otra vez en Tesalónica y Filipos.

Cultivar el buen gusto no significa sólo perfeccionar una forma exterior de la cultura, desenvolver una aptitud artística, cuidar, con exquisitez su-

perflua, una elegancia de la civilización. El buen gusto es "una rienda firme del criterio". Martha ha podido atribuirle exactamente la significación de una segunda conciencia que nos orienta y nos devuelve a la luz cuando la primera se oscurece y vacila. El sentido delicado de la belleza es, para Bagehot, un aliado del tacto seguro de la vida y de la dignidad de las costumbres. "La educación del buen gusto — agrega el sabio pensador — se dirige a favorecer el ejercicio del buen sentido, que es nuestro principal punto de apoyo en la complejidad de la vida civilizada". Si algunas veces veis unida esa educación, en el espíritu de los individuos y las sociedades, al extravío del sentimiento o la moralidad, es porque en tales casos ha sido cultivada como fuerza aislada y exclusiva, imposibilitándose de ese modo el efecto de perfeccionamiento moral que ella puede ejercer dentro de un orden de cultura en el que ninguna facultad del espíritu sea desenvuelta prescindiendo de su relación con las otras. — En el alma que haya sido objeto de una estimulación armónica y perfecta, la gracia íntima y la delicadeza del sentimiento de lo bello serán una misma cosa con la fuerza y la rectitud de la razón. No de otra manera observa Taine que, en las grandes obras de la arquitectura antigua, la belleza es una manifestación sensible de la solidez, la elegancia se identifica con la apariencia de la fuerza: "las mismas líneas del Panteón que halagan a la mirada con proporciones armoniosas, contentan a la inteligencia con promesas de eternidad".

Hay una relación orgánica, una natural y estrecha simpatía, que vincula a las subversiones del sentimiento y de la voluntad con las falsedades y las violencias del mal gusto. Si nos fuera dado penetrar en el misterioso laboratorio de las almas y se construyera la historia íntima de las del pasado para encontrar la fórmula de sus definitivos caracteres morales, sería un interesante objeto de estudio determinar la parte que corresponde, entre los factores de la refinada perversidad de Nerón, al germen de histrionismo monstruoso depositado en el alma de aquel cómico sangriento por la retórica afectada de Séneca. Cuando se evoca la oratoria de la Convención y el hábito de una abominable perversión retórica se ve aparecer por todas partes, como la piel felina del jacobinismo, es imposible dejar de relacionar, como los radios que parten de un mismo centro, como los accidentes de una misma insanía, el extravío del gusto, el vértigo del sentido moral y la limitación fanática de la razón.

Indudablemente, ninguno más seguro entre los resultados de la estética que el que nos enseña a distinguir en la esfera de lo relativo, lo bueno y lo verdadero, de lo hermoso, y a aceptar la posibilidad de una belleza del mal y del error. Pero no se necesita desconocer esta verdad, *definitivamente* verdadera, para creer en el encadenamiento simpático de todos aquellos altos fines del alma, y considerar a cada uno de ellos como el punto de partida,

no único, pero sí más seguro, de donde sea posible dirigirse al encuentro de los otros.

La idea de un superior acuerdo entre el buen gusto y el sentimiento moral es, pues, exacta, lo mismo en el espíritu de los individuos que en el espíritu de las sociedades. Por lo que respecta a estas últimas, esa relación podría tener su símbolo en la que Rosenkranz afirmaba existir entre la libertad y el orden moral, por una parte, y por la otra la belleza de las formas humanas como un resultado del desarrollo de las razas en el tiempo. Esa belleza típica refleja, para el pensamiento hegeliano, el efecto ennoblecedor de la libertad; la esclavitud afea al mismo tiempo que envilece; la conciencia de su armonioso desenvolvimiento imprime a las razas libres el sello exterior de la hermosura.

En el carácter de los pueblos, los dones derivados de un gusto fino, el dominio de las formas graciosas, la delicada aptitud de interesar, la virtud de hacer amables las ideas, se identifican, además, con el "genio de la propaganda", — es decir: con el don poderoso de la universalidad. Bien sabido es que, en mucha parte, a la posesión de aquellos atributos escogidos, debe referirse la significación *humana* que el espíritu francés acierta a comunicar a cuanto elige y consagra. — Las ideas adquieren alas potentes y veloces, no en el helado seno de la abstracción, sino en el luminoso y cálido ambiente de la forma. Su superioridad de difusión, su prevalencia a veces, dependen de que las Gracias las hayan bañado con su luz. Tal así, en las evoluciones de la vida, esas encantadoras exterioridades de la naturaleza, que parecen representar, exclusivamente, la dádiva de una caprichosa superfluidad, — la música, el pintado plumaje, de las aves: y, como reclamo para el insecto propagador del polen fecundo, el matiz de las flores, su perfume, — han desempeñado, entre los elementos de la concurrencia vital, una función realísima; puesto que significando una superioridad de motivos, una razón de preferencia para las atracciones del amor, han hecho prevalecer, dentro de cada especie, a los seres mejor dotados de hermosura sobre los menos ventajosamente dotados.

Para un espíritu en que exista el amor instintivo de lo bello, hay, sin duda, cierto género de mortificación, en resignarse a defenderle por medio de una serie de argumentos que se funden en otra razón, en otro principio, que el mismo irresponsable y desinteresado amor de la belleza, en la que halla su satisfacción uno de los impulsos fundamentales de la existencia racional. Infortunadamente, este motivo superior pierde su imperio sobre un inmenso número de hombres, a quienes es necesario enseñar el respeto debido a ese amor del cual no participan, revelándoles cuáles son las relaciones que lo vinculan a otros géneros de intereses humanos. — Para ello, deberá lucharse muy a menudo con el concepto vulgar de estas relaciones. En

efecto: todo lo que tienda a suavizar los contornos del carácter social y las costumbres; a aguzar el sentido de la belleza; a hacer del gusto una delicada impresionabilidad del espíritu y de la gracia una forma universal de la actividad, equivale, para el criterio de muchos devotos de lo severo o de lo útil, a menoscabar el temple varonil y heroico de las sociedades, por una parte, su capacidad utilitaria y positiva, por la otra. — He leído en *Los trabajadores del mar* que, cuando un buque de vapor surcó por primera vez las ondas del canal de la Mancha, los campesinos de Jersey lo anatematizaban en nombre de una tradición popular que consideraba elementos irreconciliables y destinados fatídicamente a la discordia, el agua y el fuego. — El criterio común abunda en la creencia de enemistades parecidas. — Si os proponéis vulgarizar el respeto por lo hermoso, empezad por hacer comprender la posibilidad de un armónico concierto de todas las legítimas actividades humanas, y ésa será más fácil tarea que la de convertir directamente el amor de la hermosura, por ella misma, en atributo de la multitud. Para que la mayoría de los hombres no se sientan inclinados a *expulsar a las golondrinas de la casa,* siguiendo el consejo de Pitágoras, es necesario argumentarles, no con la gracia monástica del ave ni su leyenda de virtud, ¡sino con que la permanencia de sus nidos no es en manera alguna inconciliable con la seguridad de los tejados!

## V

A la concepción de la vida racional que se funda en el libre y armonioso desenvolvimiento de nuestra naturaleza e incluye, por lo tanto, entre sus fines esenciales, el que se satisface con la contemplación sentida de lo hermoso, se opone — como norma de conducta humana — la concepción *utilitaria,* por lo cual nuestra actividad, toda entera, se orienta en relación a la inmediata finalidad del interés.

La inculpación de utilitarismo estrecho que suele dirigirse al espíritu de nuestro siglo, en nombre del ideal, y con rigores de anatema, se funda, en parte, sobre el desconocimiento de que sus titánicos esfuerzos por la subordinación de las fuerzas de la naturaleza a la voluntad humana y por la extensión del bienestar material, son un trabajo necesario que preparará, como el laborioso enriquecimiento de una tierra agotada, la florescencia de idealismos futuros. La transitoria predominancia de esa función de utilidad que ha absorbido a la vida agitada y febril de estos cien años sus más potentes energías, explica, sin embargo, — ya que no las justifique, — muchas nostalgias dolorosas, muchos descontentos y agravios de la inteligencia, que

se traducen, bien por una melancólica y exaltada idealización de lo pasado, bien por una desesperanza cruel del porvenir. Hay, por ello, un fecundísimo, un bienaventurado pensamiento, en el propósito de cierto grupo de pensadores de las últimas generaciones, — entre los cuales sólo quiero citar una vez más la noble figura de Guyau, — que han intentado sellar la reconciliación definitiva de las conquistas del siglo con la renovación de muchas viejas devociones humanas, y que han invertido en esa obra bendita tantos tesoros de amor como de genio.

Con frecuencia habréis oído atribuir a dos causas fundamentales el desborde del espíritu de utilidad que da su nota a la fisonomía moral del siglo presente, con menoscabo de la consideración *estética* y desinteresada de la vida. Las revelaciones de la ciencia de la naturaleza — que, según intérpretes, ya adversos, ya favorables a ellas, convergen a destruir toda idealidad por su base. — son la una, la universal difusión y el triunfo de las ideas democráticas, la otra. Yo me propongo hablaros exclusivamente de esta última causa; porque confío en que vuestra primera iniciación en las revelaciones de la ciencia ha sido dirigida como para preservaros del peligro de una interpretación vulgar. — Sobre la democracia pesa la acusación de guiar a la humanidad, mediocrizándola, a un Sacro Imperio del utilitarismo. La acusación se refleja con vibrante intensidad en las páginas — para mí siempre llenas de un sugestivo encanto— del más amable entre los maestros del espíritu moderno: en las seductoras páginas de Renan, a cuya autoridad ya me habéis oído varias veces referirme y de quien pienso volver a hablaros a menudo. — Leed a Renan, aquellos de vosotros que lo ignoréis todavía, y habréis de amarle como yo. — Nadie como él me parece, entre los modernos, dueño de ese arte de "enseñar con gracia", que Anatole France considera divino. Nadie ha acertado como él a hermanar, con la ironía, la piedad. Aun en el rigor del análisis, sabe poner la unción del sacerdote. Aun cuando enseña a dudar, su suavidad exquisita tiende una onda balsámica sobre la duda. Sus pensamientos suelen dilatarse, dentro de nuestra alma, con ecos tan inefables y tan vagos, que hacen pensar en una religiosa música de ideas. Por su infinita comprensibilidad ideal, acostumbran las clasificaciones de la crítica personificar en él el alegre escepticismo de los *dilettanti* que convierten en traje de máscara la capa del filósofo; pero si alguna vez intimáis dentro de su espíritu, veréis que la tolerancia vulgar de los escépticos se distingue de su tolerancia como la hospitalidad galante de un salón, del verdadero sentimiento de la caridad.

Piensa, pues, el maestro, que una alta preocupación por los *intereses ideales* de la especie es opuesta del todo al espíritu de la democracia. Piensa que la concepción de la vida, en una sociedad donde ese espíritu domine, se ajustará progresivamente a la exclusiva persecución del bienestar material

como beneficio propagable al mayor número de personas. Según él, siendo la democracia la entronización de Calibán, Ariel no puede menos que ser el vencido de ese triunfo. — Abundan afirmaciones semejantes a éstas de Renan en la palabra de muchos de los más caracterizados representantes que los intereses de la cultura estética y la selección del espíritu tienen en el pensamiento contemporáneo. Así, Bourget se inclina a creer que el triunfo universal de las instituciones democráticas hará perder a la civilización en profundidad lo que la hace ganar en extensión. Ve su forzoso término en el imperio de un individualismo mediocre. "Quien dice democracia — agrega el sagaz autor de *André Cornelis* — dice desenvolvimiento progresivo de las tendencias individuales y disminución de la cultura". — Hay en la cuestión que plantean estos juicios severos, un interés vivísimo, para los que amamos — al mismo tiempo — por convencimiento, la obra de la Revolución, que en nuestra América se enlaza además con las glorias de su Génesis; y por instinto, la posibilidad de una noble y selecta vida espiritual que en ningún caso haya de ver sacrificada su serenidad augusta a los caprichos de la multitud. — Para afrontar el problema, es necesario empezar por reconocer que cuando la democracia no enaltece su espíritu por la influencia de una fuerte preocupación ideal que comparta su imperio con la preocupación de los intereses materiales, ella conduce fatalmente a la privanza de la mediocridad, y carece, más que ningún otro régimen, de eficaces barreras con las cuales asegurar dentro de un ambiente adecuado la inviolabilidad de la alta cultura. Abandonada a sí misma, — sin la constante rectificación de una activa autoridad moral que la depure y encauce sus tendencias en el sentido de la dignificación de la vida, — la democracia extinguirá gradualmente toda idea de superioridad que no se traduzca en una mayor y más osada aptitud para las luchas del interés, que son entonces la forma más innoble de las brutalidades de la fuerza. — La selección espiritual, el enaltecimiento de la vida por la presencia de estímulos desinteresados, el gusto, el arte, la suavidad de las costumbres, el sentimiento de admiración por todo perseverante propósito ideal y de acaramiento a toda noble supremacía, serán como debilidades indefensas allí donde la igualdad social que ha destruido las jerarquías imperativas e infundadas, no las sustituya con otras, que tengan en la influencia moral su único modo de dominio y su principio en una clasificación racional.

Toda igualdad de condiciones es en el orden de las sociedades, como toda homogeneidad en el de la Naturaleza, un equilibrio inestable. Desde el momento en que haya realizado la democracia su obra de negación con el allanamiento de las superioridades injustas, la igualdad conquistada no puede significar para ella sino un punto de partida. Resta la afirmación. Y lo afirmativo de la democracia y su gloria consistirán en suscitar, por eficaces es-

tímulos, en su seno, la revelación y el dominio de las *verdaderas* superioridades humanas.

Con relación a las condiciones de la vida de América, adquiere esta necesidad de precisar el verdadero concepto de nuestro régimen social, un doble imperio. El presuroso crecimiento de nuestras democracias por la incesante agregación de una enorme multitud cosmopolita; por la afluencia inmigratoria, que se incorpora a un núcleo aún débil para verificar un activo trabajo de asimilación y encauzar el torrente humano con los medios que ofrecen la solidez secular de la estructura social, el orden político seguro y los elementos de una cultura que haya arraigado íntimamente, — nos expone en el porvenir a los peligros de la degeneración democrática, que ahoga bajo la fuerza ciega del número toda noción de calidad; que desvanece en la conciencia de las sociedades todo justo sentimiento del orden; y que, librando su ordenación jerárquica a la torpeza del acaso, conduce forzosamente a hacer triunfar las más injustificadas e innobles de las supremacías.

Es indudable que nuestro interés egoísta debería llevarnos, — a falta de virtud, — a ser hospitalarios. Ha tiempo que la suprema necesidad de colmar el vacío moral del desierto, hizo decir a un publicista ilustre que, en América, *gobernar es poblar.* — Pero esa fórmula famosa encierra una verdad contra cuya estrecha interpretación es necesario prevenirse, porque conduciría a atribuir una incondicional eficacia civilizadora al valor cuantitativo de la muchedumbre. — Gobernar es poblar, asimilando, en primer término; educando y seleccionando, después. — Si la aparición y el florecimiento, en la sociedad, de las más elevadas actividades humanas, de las que determinan la alta cultura, requieren como condición indispensable la existencia de una población cuantiosa y densa, es precisamente porque esa importancia cuantitativa de la población, dando lugar a la más compleja división del trabajo, posibilita la formación de fuertes elementos dirigentes que hagan efectivo el dominio de la *calidad* sobre el *número.* — La multitud, la masa anónima, no es nada por sí misma. La multitud será un instrumento de barbarie o de civilización, según carezca o no del coeficiente de una alta dirección moral. Hay una verdad profunda en el fondo de la paradoja de Emerson que exige que cada país del globo sea juzgado según la minoría y no según la mayoría de los habitantes. La civilización de un pueblo adquiere su carácter, no de las manifestaciones de su prosperidad o de su grandeza material, sino de las superiores maneras de pensar y de sentir que dentro de ella son posibles; y ya observaba Comte, para mostrar cómo en cuestiones de intelectualidad, de moralidad, de sentimiento, sería insensato pretender que la calidad pueda ser sustituida en ningún caso por el número, que ni de la acumulación de muchos espíritus vulgares se obtendrá jamás el equivalente de un cerebro de genio, ni de la acumulación de muchas virtudes

mediocres, el equivalente de un rasgo de abnegación o de heroísmo. — Al instituir nuestra democracia la universalidad y la igualdad de derechos, sancionaría, pues, el predominio innoble del número, si no cuidase de mantener muy en alto la noción de las legítimas superioridades humanas, y de hacer, de la autoridad vinculada al voto popular, no la expresión del sofisma de la igualdad absoluta, sino, según las palabras que recuerdo de un joven publicista francés, "la consagración de la jerarquía, emanando de la libertad".

La oposición entre el régimen de la democracia y la alta vida del espíritu es una realidad fatal cuando aquel régimen significa el desconocimiento de las desigualdades legítimas y la sustitución de la fe en el *heroísmo* — en el sentido de Carlyle — por una concepción mecánica de gobierno. Todo lo que en la civilización es algo más que un elemento de superioridad material y de prosperidad económica, constituye un relieve que no tarda en ser allanado cuando la autoridad moral pertenece al espíritu de la medianía. — En ausencia de la barbarie irruptora que desata sus hordas sobre los faros luminosos de la civilización, con heroica, y a veces generadora grandeza, la alta cultura de las sociedades debe precaverse contra la obra mansa y disolvente de esas otras hordas pacíficas, acaso acicaladas, las hordas inevitables de la vulgaridad, — cuyo Atila podría personificarse en Mr. Homais; cuyo heroísmo es la astucia puesta al servicio de una repugnancia instintiva hacia lo grande; cuyo atributo es el rasero nivelador. — Siendo la indiferencia inconmovible y la superioridad cuantitativa, las manifestaciones normales de su fuerza no son por eso incapaces de llegar a la ira épica y de ceder a los impulsos de la acometividad. Charles Morice las llama entonces "falanges de Prudhommes feroces que tienen por lema la palabra *Mediocridad* y marchan animadas por el odio de lo extraordinario".

Encumbrados, esos Prudhommes harán de su voluntad triunfante una partida de caza organizada contra todo lo que manifieste la aptitud y el atrevimiento del vuelo. Su fórmula social será una democracia que conduzca a la consagración del pontífice "Cualquiera", a la coronación del monarca "Uno de tantos". Odiarán en el mérito una rebeldía. En sus dominios toda noble superioridad se hallará en las condiciones de la estatua de mármol colocada a la orilla de un camino fangoso, desde el cual le envía un latigazo de cieno el carro que pasa. Ellos llamarán al dogmatismo del sentido vulgar, sabiduría; gravedad a la mezquina aridez de corazón; criterio sano, a la adaptación perfecta a lo mediocre; y despreocupación viril, al mal gusto. — Su concepción de la justicia lo llevaría a sustituir, en la historia, la inmortalidad del grande hombre, bien con la identidad de todos en el olvido común, bien con la memoria igualitaria de Mitrídates, de quien se cuenta que conservaba en el recuerdo los nombres de todos sus soldados. Su manera de republicanismo se satisfaría dando autoridad decisiva al procedimiento probatorio

de Fox, que acostumbraba experimentar sus proyectos en el criterio del diputado que le parecía más perfecta personificación del *country-gentleman,* por la limitación de sus facultades y la rudeza de sus gustos. Con ellos se estará en las fronteras de la *zoocracia* de que habló una vez Baudelaire. La Titania de Shakespeare, poniendo un beso en la cabeza asinina, podría ser el emblema de la Libertad que otorga su amor a los mediocres. ¡Jamás, por medio de una conquista más fecunda, podrá llegarse a un resultado más fatal!

Embriagad al repetidor de las irreverencias de la medianía, que veis pasar por vuestro lado: tentadle a hacer de héroe; convertid su apacibilidad burocrática en vocación de redentor, — y tendréis entonces la hostilidad rencorosa e implacable contra todo lo hermoso, contra todo lo digno, contra todo lo delicado, del espíritu humano, que repugna, todavía más que el bárbaro derramamiento de la sangre, en la tiranía jacobina; que, ante su tribunal, convierte en culpas la sabiduría de Lavoisier, el genio de Chenier, la dignidad de Malesherbes; que, entre los gritos habituales en la Convención, hace oír las palabras: — *¡Desconfiad de ese hombre, que ha hecho un libro!;* y que refiriendo el ideal de la sencillez democrática al primitivo *estado de naturaleza* de Rousseau, podría elegir el símbolo de la discordia que establece entre la democracia y la cultura, en la viñeta con que aquel sofista genial hizo acompañar la primera edición de su famosa diatriba contra las artes y las ciencias en nombre de la moralidad de las costumbres: ¡un sátiro imprudente que pretendiendo abrazar, ávido de luz, la antorcha que lleva en su mano Prometeo, oye al titán-filántropo que su fuego es mortal a quien lo toca!

La ferocidad igualitaria no ha manifestado sus violencias en el desenvolvimiento democrático de nuestro siglo, ni se ha opuesto en formas brutales a la serenidad y la independencia de la cultura intelectual. Pero, a la manera de una bestia feroz en cuya posteridad domesticada hubiérase cambiado la acometividad en mansedumbre artera e innoble, el igualitarismo, en la forma mansa de la *tendencia a lo utilitario y lo vulgar,* puede ser un objeto real de acusación contra la democracia del siglo XIX. No se ha detenido ante ella ningún espíritu delicado y sagaz a quien no hayan hecho pensar angustiosamente algunos de sus resultados, en el aspecto social y en el político. Expulsando con indignada energía, del espíritu humano, aquella falsa concepción de la igualdad que sugirió los delirios de la Revolución, el alto pensamiento contemporáneo ha mantenido, al mismo tiempo, sobre la realidad y sobre la teoría de la democracia, una inspección severa, que os permite a vosotros, los que colaboraréis en la obra del futuro, fijar vuestro punto de partida, no ciertamente para destruir, sino para educar, el espíritu del régimen que encontráis en pie.

Desde que nuestro siglo asumió personalidad e independencia en la evolución de las ideas, mientras el idealismo alemán rectificaba la utopía igualitaria de la filosofía del siglo XVIII y sublimaba, si bien con viciosa tendencia cesarista, el papel reservado en la historia a la superioridad individual, el positivismo de Comte, desconociendo a la igualdad democrática otro carácter que el de "un disolvente transitorio de las desigualdades antiguas" y negando con igual convicción la eficacia definitiva de la soberanía popular, buscaba en los principios de las clasificaciones naturales el fundamento de la clasificación social que habría de sustituir a las jerarquías recientemente destruidas. — La crítica de la realidad democrática toma formas severas en la generación de Taine y de Renan. Sabéis que a este delicado y bondadoso ateniense sólo complacía la igualdad de aquel régimen social, siendo, como en Atenas, "una igualdad de semidioses". En cuanto a Taine, es quien ha escrito los *Orígenes de la Francia contemporánea;* y si, por una parte, su concepción de la sociedad como un organismo, le conduce lógicamente a rechazar toda idea de uniformidad que se oponga al principio de las dependencias y las subordinaciones orgánicas, por otra parte su finísimo instinto de selección intelectual le lleva a abominar de la invasión de las cumbres por la multitud. La gran voz de Carlyle había predicado ya contra toda niveladora irreverencia, la veneración del *heroísmo,* entendiendo por tal el culto de cualquier noble superioridad. Emerson refleja esa voz en el seno de la más positivista de las democracias. La ciencia nueva habla de selección como de una necesidad de todo progreso. Dentro del arte, que es donde el sentido de lo selecto tiene su más natural adaptación, vibran con honda resonancia las notas que acusan el sentimiento, que podríamos llamar de *extrañeza,* del espíritu, en medio de las modernas condiciones de la vida. Para escucharlas, no es necesario aproximarse al parnasianismo de estirpe delicada y enferma, a quien un aristocrático desdén de lo presente llevó a la reclusión en lo pasado. Entre las inspiraciones constantes de Flaubert — de quien se acostumbra a derivar directamente la más democratizada de las escuelas literarias, — ninguna más intensa que el odio de la mediocridad envalentonada por la nivelación y de la tiranía irresponsable del número. — Dentro de esa contemporánea literatura del norte, en la cual la preocupación por las altas cuestiones sociales es tan viva, surge a menudo la expresión de la misma idea, del mismo sentimiento; Ibsen desarrolla la altiva arenga de su Stockmann alrededor de la afirmación de que "las mayorías compactas son el enemigo más peligroso de la libertad y la verdad"; y el formidable Nietzsche opone al ideal de una humanidad mediatizada la apoteosis de las almas que se yerguen sobre el nivel de la humanidad como una viva marea. — El anhelo vivísimo por una rectificación del espíritu social que asegure a la vida de la *heroicidad* y el pensamiento un ambiente más puro de dignidad y de justicia, vibra hoy por todas partes, y se diría que constituye uno de los funda-

mentales acordes que este ocaso de siglo propone para las armonías que ha de componer el siglo venidero.

Y sin embargo, el espíritu de la democracia es, esencialmente, para nuestra civilización, un principio de vida contra el cual sería inútil rebelarse. Los descontentos sugeridos por las imperfecciones de su forma *histórica* actual, han llevado a menudo a la injusticia con lo que aquel régimen tiene de definitivo y de fecundo. Así, el aristocratismo sabio de Renan formulaba la más explícita condenación del principio fundamental de la democracia: la igualdad de derechos; cree a este principio irremisiblemente divorciado de todo posible dominio de la superioridad intelectual; y llega hasta señalar en él, con una enérgica imagen, *"las antípodas de las vías de Dios,* — puesto que Dios no ha querido que todos viviesen en el mismo grado la vida del espíritu". — Estas paradojas injustas del maestro, complementadas por su famoso ideal de una oligarquía omnipotente de hombres sabios, son comparables a la reproducción exagerada y deformada, en el sueño, de un pensamiento ideal y fecundo que nos ha preocupado en la vigilia. — Desconocer la obra de la democracia, en lo esencial, porque aún no terminada, no ha llegado a conciliar definitivamente su empresa de igualdad con una fuerte garantía social de selección, equivale a desconocer la obra, paralela y concorde, de la ciencia, porque interpretada con el criterio estrecho de una escuela, ha podido dañar alguna vez al espíritu de religiosidad o al espíritu de poesía. — La democracia y la ciencia son, en efecto, los dos insustituibles soportes sobre los que nuestra civilización descansa; o, expresándolo con una frase de Bourget, las dos "obreras" de nuestros destinos futuros. *"En ellas somos, vivimos, nos movemos".* Siendo, pues, insensato pensar, como Renan, en obtener una consagración más positiva de todas las superioridades morales, la realidad de una razonada jerarquía, el dominio eficiente de las altas dotes de la inteligencia y de la voluntad, por la *destrucción* de la igualdad democrática, sólo cabe pensar en la *educación* de la democracia y su reforma. Cabe pensar en que progresivamente se encarnen, en los sentimientos del pueblo y sus costumbres, la idea de las subordinaciones necesarias, la noción de las superioridades verdaderas, el culto consciente y espontáneo de todo lo que multiplica, a los ojos de la razón, la cifra del valor humano.

La educación popular adquiere, considerada en relación a tal obra, como siempre que se la mira con el pensamiento del porvenir, un interés supremo.[2] Es en la escuela, por cuyas manos procuramos que pase la dura arcilla de

2 "Plus l'instruction se répand, plus elle doit faire de part aux idées générales et généreuses. On croit que l'instruction populaire doit être terre à terre. C'est le contraire qui est la vérité". — Fouillée: *L'idée moderne du droit,* lib. 5º, IV. *(N. del A.).*

las muchedumbres, donde está la primera y más generosa manifestación de la equidad social, que consagra para todos la accesibilidad del saber y de los medios más eficaces de superioridad. Ella debe complementar tan noble cometido, haciendo objetos de una educación preferente y cuidadosa el sentido del orden, la idea y la voluntad de la justicia, el sentimiento de las legítimas autoridades morales.

Ninguna distinción más fácil de confundirse y anularse en el espíritu del pueblo que la que enseña que la igualdad democrática puede significar una igual *posibilidad,* pero nunca una igual *realidad,* de influencia y de prestigio, entre los miembros de una sociedad organizada. En todos ellos hay un derecho idéntico para aspirar a las superioridades morales que deben dar razón y fundamento a las superioridades efectivas; pero sólo a los que han alcanzado realmente la posesión de las primeras, debe ser concedido el premio de las últimas. El verdadero, el digno concepto de la igualdad reposa sobre el pensamiento de que todos los seres racionales están dotados por naturaleza de facultades capaces de un desenvolvimiento noble. El deber del Estado consiste en colocar a todos los miembros de la sociedad en indistintas condiciones de tender a su perfeccionamiento. El deber del Estado consiste en predisponer los medios propios para provocar, uniformemente, la revelación de las superioridades humanas, dondequiera que existan. De tal manera, más allá de esta igualdad inicial, toda desigualdad estará justificada, porque será la sanción de las misteriosas elecciones de la Naturaleza o del esfuerzo meritorio de la voluntad. — Cuando se la concibe de este modo, la igualdad democrática, lejos de oponerse a la selección de las costumbres y de las ideas, es el más eficaz instrumento de selección espiritual, es el ambiente *providencial* de la cultura. La favorecerá todo lo que favorezca al predominio de la energía inteligente. No en distinto sentido pudo afirmar Tocqueville que la poesía, la elocuencia, las gracias del espíritu, los fulgores de la imaginación, la profundidad del pensamiento, "todos esos dones del alma, repartidos por el cielo al acaso", fueron colaboradores en la obra de la democracia, y la sirvieron, aun cuando se encontraron de parte de sus adversarios, porque convergieron todos a poner de relieve la natural, la no heredada grandeza de que nuestro espíritu es capaz. — La emulación, que es el más poderoso estímulo de cuantos pueden sobreexcitar, lo mismo la vivacidad del pensamiento que la de las demás actividades humanas, necesita, a la vez, de la igualdad en el punto de partida, para producirse, y de la desigualdad que aventajará a los más aptos y mejores, como objeto final. Sólo un régimen democrático puede conciliar en su seno esas dos condiciones de la emulación, cuando no degenera en nivelador igualitarismo y se limita a considerar como un hermoso ideal de perfectibilidad una futura equivalencia de los hombres por su ascensión al mismo grado de cultura.

Racionalmente concebida, la democracia admite siempre un imprescriptible elemento aristocrático, que consiste en establecer la superioridad de los mejores, asegurándola sobre el consentimiento libre de los asociados. Ella consagra, como las aristocracias, la distinción de calidad; pero la resuelve a favor de las calidades realmente superiores, — las de la virtud, el carácter, el espíritu, — y sin pretender inmovilizarlas en clases constituidas aparte de las otras, que mantengan a su favor el privilegio execrable de la casta, renueva sin cesar su aristocracia dirigente en las fuentes vivas del pueblo y la hace aceptar por la justicia y el amor. Reconociendo, de tal manera, en la selección y la predominancia de los mejor dotados una necesidad de todo progreso, excluye de esa ley universal de la vida, al sancionarla en el orden de la sociedad, el efecto de humillación y de dolor que es, en las concurrencias de la naturaleza y en las de las otras organizaciones sociales, el duro lote del vencido. "La gran ley de la selección natural", ha dicho luminosamente Fouillée, "continuará realizándose en el seno de las sociedades humanas, sólo que ella se realizará de más en más por vía de libertad". — El carácter odioso de las aristocracias tradicionales se originaba de que ellas eran injustas, por su fundamento, y opresoras, por cuanto su autoridad era una imposición. Hoy sabemos que no existe otro límite legítimo para la igualdad humana que el que consiste en el dominio de la inteligencia y la virtud, consentido por la libertad de todos. Pero sabemos también que es necesario que este límite exista en realidad. — Por otra parte, nuestra concepción cristiana de la vida nos enseña que las superioridades morales, que son un motivo de derechos, son principalmente un motivo de deberes, y que todo espíritu superior se debe a los demás en igual proporción que los excede en capacidad de realizar el bien. El anti-igualitarismo de Nietzsche, — que tan profundo surco señala en la que podríamos llamar nuestra moderna *literatura de ideas,* — ha llevado a su poderosa reivindicación de los derechos que él considera implícitos en las superioridades humanas, un abominable, un reaccionario espíritu; puesto que, negando toda fraternidad, toda piedad, pone en el corazón del *superhombre* a quien endiosa, un menosprecio satánico para los desheredados y los débiles; legitima en los privilegios de la voluntad y de la fuerza el ministerio del verdugo; y con lógica resolución llega, en último término, a afirmar que "la sociedad no existe para sí sino para sus elegidos". — No es, ciertamente, esta concepción monstruosa la que puede oponerse, como lábaro, al falso igualitarismo que aspira a la nivelación de todos por la común vulgaridad. ¡Por fortuna, mientras exista en el mundo la posibilidad de disponer dos trozos de madera en forma de cruz, — es decir: siempre, — la humanidad seguirá creyendo que es el amor el fundamento de todo orden estable y que la superioridad jerárquica en el orden no debe ser sino una superior capacidad de amar!

Fuente de inagotables inspiraciones morales, la ciencia nueva nos sugiere, al esclarecer las leyes de la vida, cómo el principio democrático puede conciliarse, en la organización de las colectividades humanas, con una *aristarquia* de la moralidad y la cultura. — Por otra parte, — como lo ha hecho notar, una vez más, en un simpático libro, Henri Bérenger, — las afirmaciones de la ciencia contribuyen a sancionar y fortalecer en la sociedad el espíritu de la democracia, revelando cuánto es el valor natural del esfuerzo colectivo; cuál la grandeza de la obra de los pequeños; cuán inmensa la parte de acción reservada al colaborador anónimo y oscuro en cualquiera manifestación del desenvolvimiento universal. Realza, no menos que la revelación cristiana, la dignidad de los humildes, esta nueva revelación, que atribuye, en la naturaleza, a la obra de los infinitamente pequeños, a la labor del nummulite y el briozoo en el fondo oscuro del abismo, la construcción de los cimientos geológicos; que hace surgir de la vibración de la célula informe y primitiva, todo el impulso ascendente de las formas orgánicas; que manifiesta el poderoso papel que en nuestra vida psíquica es necesario atribuir a los fenómenos más inaparentes y más vagos, aun a las fugaces percepciones de que no tenemos conciencia; y que, llegando a la sociología y a la historia, restituye al heroísmo, a menudo abnegado, de las muchedumbres, la parte que le negaba el silencio en la gloria del héroe individual, y hace patente la lenta acumulación de las investigaciones que, al través de los siglos, en la sombra, en el taller o el laboratorio de obreros olvidados, preparan los hallazgos del genio.

Pero a la vez que manifiesta así la inmortal eficacia del esfuerzo colectivo, y dignifica la participación de los colaboradores ignorados en la obra universal, la ciencia muestra cómo en la inmensa sociedad de las cosas y los seres, es una necesaria condición de todo progreso el orden jerárquico; son un principio de la vida las relaciones de dependencia y de subordinación entre los componentes individuales de aquella sociedad y entre los elementos de la organización del individuo; y es, por último, una necesidad inherente a la ley universal de *imitación,* si se la relaciona con el perfeccionamiento de las sociedades humanas, la presencia, en ellas, de modelos vivos e influentes que las realcen por la progresiva generalización de su superioridad.

Para mostrar ahora cómo ambas enseñanzas universales de la ciencia pueden traducirse en hechos, conciliándose, en la organización y en el espíritu de la sociedad, basta insistir en la concepción de una democracia noble, justa; de una democracia dirigida por la noción y el sentimiento de las verdaderas superioridades humanas; de una democracia en la cual la supremacía de la inteligencia y la virtud, — únicos límites para la equivalencia meritoria de los hombres, — reciba su autoridad y su prestigio de la libertad y descienda sobre las multitudes en la efusión bienhechora del amor.

Al mismo tiempo que conciliará aquellos dos grandes resultados de la observación del orden natural, se realizará, dentro de una sociedad semejante — según la observa, en el mismo libro de que os hablaba, Berénger, — la armonía de los dos impulsos históricos que han comunicado a nuestra civilización sus caracteres esenciales, los principios reguladores de su vida. — Del espíritu del cristianismo nace, efectivamente, el sentimiento de igualdad, viciado por cierto ascético menosprecio de la selección espiritual y la cultura. De la herencia de las civilizaciones clásicas, nacen el sentido del orden, de la jerarquía y el respeto religioso del genio, viciados por cierto aristocrático desdén de los humildes y los débiles. El porvenir sintetizará ambas sugestiones del pasado, en una fórmula inmortal. La democracia, entonces, habrá triunfado definitivamente. ¡Y ella, que, cuando amenaza con lo innoble del rasero nivelador, justifica las protestas airadas y las amargas melancolías de los que creyeron sacrificados por su triunfo toda distinción intelectual, todo ensueño de arte, toda delicadeza de la vida, tendrá, aun más que las viejas aristocracias, inviolables seguros para el cultivo de las flores del alma que se marchitan y perecen en el ambiente de la vulgaridad y entre las impiedades del tumulto!

## VI

La concepción utilitaria, como idea del destino humano, y la igualdad en lo mediocre, como norma de la proporción social, componen, íntimamente relacionadas, la fórmula de lo que ha solido llamarse, en Europa, el espíritu de *americanismo.* — Es imposible meditar sobre ambas inspiraciones de la conducta y la sociabilidad, y compararlas con las que le son opuestas, sin que la asociación traiga, con insistencia, a la mente, la imagen de esa democracia formidable y fecunda, que, allá en el norte, ostenta las manifestaciones de su prosperidad y su poder como una deslumbradora prueba que abona en favor de la eficacia de sus instituciones y de la dirección de sus ideas. — Si ha podido decirse del utilitarismo que es el verbo del espíritu inglés, los Estados Unidos pueden ser considerados la encarnación del verbo utilitario. Y el Evangelio de este verbo se difunde por todas partes a favor de los milagros materiales del triunfo. Hispano-América ya no es enteramente calificable, con relación a él, de tierra de gentiles. La poderosa federación va realizando entre nosotros una suerte de conquista moral. La admiración por su grandeza y por su fuerza es un sentimiento que avanza a grandes pasos en el espíritu de nuestros hombres dirigentes y, aún más quizá, en el de las muchedumbres, fascinables por la impresión de la victoria. — Y, de admirarla, se pasa, por una transición facilísima, a imitarla. La admira-

ción y la creencia son ya modos pasivos de imitación para el psicólogo. "La tendencia imitativa de nuestra naturaleza moral — decía Bagehot — tiene su asiento en aquella parte del alma en que reside la credibilidad". — El sentido y la experiencia vulgares serían suficientes para establecer por sí solos esa sencilla relación. Se imita a aquel en cuya superioridad o cuyo prestigio se cree. — Es así como la visión de una América *deslatinizada* por propia voluntad, sin la extorsión de la conquista, y regenerada luego a imagen y semejanza del arquetipo del Norte, flota ya sobre los sueños de muchos sinceros interesados por nuestro porvenir, inspira la fruición con que ellos formulan a cada paso los más sugestivos paralelos, y se manifiesta por constantes propósitos de innovación y de reforma. Tenemos nuestra *nordomanía.* Es necesario oponerle los límites que la razón y el sentimiento señalan de consuno.

No doy yo a tales límites el sentido de una absoluta negación. — Comprendo bien que se adquieran inspiraciones, luces, enseñanzas, en el ejemplo de los fuertes; y no desconozco que una inteligente atención fijada en lo exterior para reflejar de todas partes la imagen de lo beneficioso y de lo útil es singularmente fecunda cuando se trata de pueblos que aún forman y modelan su entidad nacional. — Comprendo bien que se aspire a rectificar, por la educación perseverante, aquellos trazos del carácter de una sociedad humana que necesiten concordar con nuevas exigencias de la civilización y nuevas oportunidades de la vida, equilibrando así, por medio de una influencia innovadora, las fuerzas de la herencia y la costumbre. — Pero no veo la gloria, ni en el propósito de desnaturalizar el carácter de los pueblos, — su genio *personal,* — para imponerles la identificación con un modelo extraño al que ellos sacrifiquen la originalidad irreemplazable de su espíritu; ni en la creencia ingenua de que eso pueda obtenerse alguna vez por procedimientos artificiales e improvisados de imitación. — Ese irreflexivo traslado de lo que es natural y espontáneo en una sociedad al seno de otra, donde no tenga raíces ni en la naturaleza ni en la historia, equivalía para Michelet a la tentativa de incorporar, por simple agregación, una cosa muerta a un organismo vivo. En sociabilidad, como en literatura, como en arte, la imitación inconsulta no hará nunca sino deformar las líneas del modelo. El engaño de los que piensan haber reproducido en lo esencial el carácter de una colectividad humana, las fuerzas vivas de su espíritu, y, con ellos, el secreto de sus triunfos y su prosperidad, reproduciendo exactamente el mecanismo de sus instituciones y las formas exteriores de sus costumbres, hace pensar en la ilusión de los principiantes candorosos que se imaginan haberse apoderado del genio del maestro cuando han copiado las formas de su estilo o sus procedimientos de composición.

En ese esfuerzo vano hay, además, no sé qué cosa de innoble. Género

de *snobismo* político podría llamarse al famoso remedo de cuanto hacen los preponderantes y los fuertes, los vencedores y los afortunados; género de abdicación servil, como en la que en algunos de los *snobs* encadenados para siempre a la tortura de la sátira por el libro de Thackeray, hace consumirse tristemente las energías de los ánimos no ayudados por la naturaleza o la fortuna, en la imitación impotente de los caprichos y las volubilidades de los encumbrados de la sociedad. — El cuidado de la independencia *interior* — la de la personalidad, la del criterio — es una principalísima forma del respeto propio. Suele, en los tratados de ética, comentarse un precepto moral de Cicerón, según el cual forma parte de los deberes humanos el que cada uno de nosotros cuide y mantenga celosamente la originalidad de su carácter personal, lo que haya en él que lo diferencie y determine, respetando, en todo cuanto no sea inadecuado para el bien, el impulso primario de la Naturaleza, que ha fundado en la varia distribución de sus dones el orden y el concierto del mundo. — Y aun me parecería mayor el imperio del precepto si se le aplicase, colectivamente, al carácter de las sociedades humanas. — Acaso oiréis decir que no hay un sello propio y definido, por cuya permanencia, por cuya integridad deba pugnarse, en la organización actual de nuestros pueblos. Falta tal vez, en nuestro carácter colectivo, el contorno seguro de la "personalidad". Pero en ausencia de esa índole perfectamente diferenciada y autonómica, tenemos — los americanos latinos — una herencia de raza, una gran tradición étnica que mantener, un vínculo sagrado que nos une a inmortales páginas de la historia, confiando a nuestro honor su continuación en lo futuro. El cosmopolitismo, que hemos de acatar como una irresistible necesidad de nuestra formación, no excluye, ni ese sentimiento de fidelidad a lo pasado, ni la fuerza directriz y plasmante con que debe el genio de la raza imponerse en la refundición de los elementos que constituirán al americano definitivo del futuro.

Se ha observado más de una vez que las grandes evoluciones de la historia, las grandes épocas, los períodos más luminosos y fecundos en el desenvolvimiento de la humanidad, son casi siempre la resultante de dos fuerzas distintas y co-actuales, que mantienen, por los concertados impulsos de su oposición, el interés y el estímulo de la vida, los cuales desaparecerían, agotados, en la quietud de una unidad absoluta. — Así, sobre los dos polos de Atenas y Lacedemonia se apoya el eje alrededor del cual gira el carácter de la más genial y civilizadora de las razas. — América necesita mantener en el presente la dualidad original de su constitución, que convierte en realidad de su historia el mito clásico de las dos águilas soltadas simultáneamente de uno y otro polo del mundo, para que llegasen a un tiempo al límite de sus dominios. Esta diferencia genial y emuladora no excluye, sino que tolera y aun favorece en muchísimos aspectos, la concordia de la soli-

daridad. Y si una concordia superior pudiera vislumbrarse desde nuestros días, como la fórmula de un porvenir lejano, ella no sería debida a la *imitación unilateral* — que diría Tarde — de una raza por otra, sino a la reciprocidad de sus influencias y al atinado concierto de los atributos en que se funda la gloria de las dos.

Por otra parte, en el estudio desapasionado de esa civilización que algunos nos ofrecen como único y absoluto modelo, hay razones no menos poderosas que las que se fundan en la indignidad y la inconveniencia de una renuncia a todo propósito de originalidad, para templar los entusiasmos de los que nos exigen su consagración idolátrica. — Y llego, ahora, a la relación que directamente tiene, con el sentido general de esta plática mía, el comentario de semejante espíritu de imitación.

Todo juicio severo que se formule de los americanos del norte debe empezar por rendirles, como se haría con altos adversarios, la formalidad caballeresca de un saludo. — Siento fácil mi espíritu para cumplirla. — Desconocer sus defectos no me parecería tan insensato como negar sus cualidades. Nacidos — para emplear la paradoja osada por Baudelaire a otro respecto — con la *experiencia innata* de la libertad, ellos se han mantenido fieles a la ley de su origen, y han desenvuelto, con la precisión y la seguridad de una progresión matemática, los principios fundamentales de su organización, dando a su historia una consecuente unidad que, si bien ha excluido las adquisiciones de aptitudes y méritos distintos, tiene la belleza intelectual de la lógica. — La huella de sus pasos no se borrará jamás en los anales del derecho humano; porque ellos han sido los primeros en hacer surgir nuestro moderno concepto de la libertad, de las inseguridades del ensayo y de las imaginaciones de la utopía, para convertirla en bronce imperecedero y realidad viviente; porque han demostrado con su ejemplo la posibilidad de extender a un inmenso organismo nacional la inconmovible autoridad de una república; porque, con su organización federativa, han revelado — según la feliz expresión de Tocqueville — la manera como se pueden conciliar con el brillo y el poder de los estados grandes la felicidad y la paz de los pequeños. — Suyos son algunos de los rasgos más audaces con que ha de destacarse en la perspectiva del tiempo la obra de este siglo. Suya es la gloria de haber revelado plenamente — acentuando la más firme nota de belleza moral de nuestra civilización — la grandeza y el poder del trabajo; esa fuerza bendita que la antigüedad abandonaba a la abyección de la esclavitud, y que hoy identificamos con la más alta expresión de la dignidad humana, fundada en la conciencia y la actividad del propio mérito. Fuertes, tenaces, teniendo la inacción por oprobio, ellos han puesto en manos del *mechanic* de sus talleres y el *farmer* de sus campos, la clava hercúlea del mito, y han dado al genio humano una nueva e inesperada belleza ciñén-

dole el mandil de cuero del forjador. Cada uno de ellos avanza a conquistar la vida como el desierto los primitivos puritanos. Perseverantes devotos de ese culto de la energía individual que hace de cada hombre el artífice de su destino, ellos han modelado su sociabilidad en un conjunto imaginario de ejemplares de Robinson, que después de haber fortificado rudamente su personalidad en la práctica de la ayuda propia, entraran a componer los filamentos de una urdimbre firmísima. — Sin sacrificarle esa soberana concepción del individuo, han sabido hacer al mismo tiempo, del espíritu de asociación, el más admirable instrumento de su grandeza y de su imperio; y han obtenido de la suma de las fuerzas humanas, subordinada a los propósitos de la investigación, de la filantropía, de la industria, resultados tanto más maravillosos, por lo mismo que se consiguen con la más absoluta integridad de la autonomía personal. — Hay en ellos un instinto de curiosidad despierta e insaciable, una impaciente avidez de toda luz; y profesando el amor por la instrucción del pueblo con la obsesión de una monomanía gloriosa y fecunda, han hecho de la escuela el quicio más seguro de su prosperidad y del alma del niño la más cuidada entre las cosas leves y preciosas. — Su cultura, que está lejos de ser refinada ni espiritual, tiene una eficacia admirable siempre que se dirige prácticamente a realizar una finalidad inmediata. No han incorporado a las adquisiciones de la ciencia una sola ley general, un solo principio; pero la han hecho maga por las maravillas de sus aplicaciones, la han agitado en los dominios de la utilidad, y han dado al mundo, en la caldera de vapor y en el dínamo eléctrico, billones de esclavos invisibles que centuplican, para servir al Aladino humano, el poder de la lámpara maravillosa. — El crecimiento de su grandeza y de su fuerza será objeto de perdurables asombros para el porvenir. Han inventado, con su prodigiosa aptitud de improvisación, un acicate para el tiempo; y al conjuro de su voluntad poderosa, surge en un día, del seno de la absoluta soledad, la suma de cultura acumulable por la obra de los siglos. — La libertad puritana, que les envía su luz desde el pasado, unió a esta luz el calor de una piedad que aún dura. Junto a la fábrica y la escuela, sus fuertes manos han alzado también los templos donde evaporan sus plegarias muchos millones de conciencias libres. Ellos han sabido salvar, en el naufragio de todas las idealidades, la idealidad más alta, guardando viva la tradición de un sentimiento religioso que, si no levanta sus vuelos en alas de un espiritualismo delicado y profundo, sostiene, en parte, entre las asperezas del tumulto utilitario, la rienda firme del sentido moral. — Han sabido, también, guardar, en medio a los refinamientos de la vida civilizada, el sello de cierta primitividad robusta. Tienen el culto pagano de la salud, de la destreza, de la fuerza; templan y afinan en el músculo el instrumento precioso de la voluntad; y, obligados por su aspiración insaciable de dominio

a cultivar la energía de todas las actividades humanas, modelan el torso del atleta para el corazón del hombre libre. — Y del concierto de su civilización, del acordado movimiento de su cultura, surge una dominante nota de optimismo, de confianza, de fe, que dilata los corazones impulsándolos al porvenir bajo la sugestión de una esperanza terca y arrogante; la nota del *Excelsior* y el *Salmo de la vida* con que sus poetas han señalado el infalible bálsamo contra toda amargura en la filosofía del esfuerzo y de la acción.

Su grandeza titánica se impone así, aun a los más prevenidos por las enormes desproporciones de su carácter o por las violencias recientes de su historia. Y por mi parte, ya veis que, aunque no les amo, les admiro. Les admiro, en primer término, por su formidable capacidad de *querer,* y me inclino ante la "escuela de voluntad y de trabajo" que — como de sus progenitores nacionales dijo Philarète-Chasles — ellos han instituido.

*En el principio la acción era.* Con estas célebres palabras del *Fausto* podría empezar un futuro historiador de la poderosa república, el Génesis, aún no concluido, de su existencia nacional. Su genio podría definirse, como el universo de los dinamistas, *la fuerza en movimiento.* Tiene, ante todo y sobre todo, la capacidad, el entusiasmo, la vocación dichosa de la acción. La voluntad es el cincel que ha esculpido a ese pueblo en dura piedra. Sus relieves característicos son dos manifestaciones del poder de la voluntad: la originalidad y la audacia. Su historia es, toda ella, el arrebato de una actividad viril. Su personaje representativo se llama *Yo quiero,* como el "superhombre" de Nietzsche. — Si algo le salva colectivamente de la vulgaridad, es ese extraordinario alarde de energía que lleva a todas partes y con el que imprime cierto carácter de épica grandeza aun a las luchas del interés y de la vida material. Así de los especuladores de Chicago y de Minneapolis, ha dicho Paul Bourget que son a la manera de combatientes heroicos en los cuales la aptitud para el ataque y la defensa es comparable a la de un *grognard* del gran Emperador. Y esta energía suprema con la que el genio norteamericano parece obtener — hipnotizador audaz — el adormecimiento y la sugestión de los hados, suele encontrarse aun en las particularidades que se nos presentan como excepcionales y divergentes, de aquella civilización. Nadie negará que Edgar Poe es una individualidad anómala y rebelde dentro de su pueblo. Su alma escogida representa una partícula inasimilable del alma nacional, que no en vano se agitó entre las otras con la sensación de una soledad infinita. Y sin embargo, la nota fundamental — que Baudelaire ha señalado profundamente — en el carácter de los héroes de Poe, es, todavía, el temple sobrehumano, la indómita resistencia de la voluntad. Cuando ideó a Ligeia, la más misteriosa y adorable de sus criaturas, Poe simbolizó en la luz inextinguible de sus ojos, el himno de triunfo de la Voluntad sobre la Muerte.

Adquirido, con el sincero reconocimiento de cuanto hay de luminoso y grande en el genio de la poderosa nación, el derecho de completar respecto a él la fórmula de la justicia, una cuestión llena de interés pide expresarse. — ¿Realiza aquella sociedad, o tiende a realizar, por lo menos, la idea de la conducta racional que cumple a las legítimas exigencias del espíritu, a la dignidad intelectual y moral de nuestra civilización? — ¿Es en ella donde hemos de señalar la más aproximada imagen de nuestra "ciudad perfecta"? — Esa febricitante inquietud que parece centuplicar en su seno el movimiento y la intensidad de la vida, ¿tiene un objeto capaz de merecerla y un estímulo bastante para justificarla?

Herbert Spencer, formulando con noble sinceridad su saludo a la democracia de América en un banquete de Nueva York, señalaba el rasgo fundamental de la vida de los norteamericanos, en esa misma desbordada inquietud que se manifiesta por la pasión infinita del trabajo y la porfía de la expansión material en todas sus formas. Y observaba después que, en tan exclusivo predominio de la actividad subordinada a los propósitos inmediatos de la utilidad, se revelaba una concepción de la existencia, tolerable sin duda como carácter provisional de una civilización, como tarea preliminar de una cultura, pero que urgía ya rectificar, puesto que tendía a convertir el trabajo utilitario en fin y objeto supremo de la vida, cuando él en ningún caso puede significar racionalmente sino la acumulación de los elementos propios para hacer posible el total y armonioso desenvolvimiento de nuestro ser. — Spencer agregaba que era necesario predicar a los norteamericanos el Evangelio del descanso o el recreo; e identificando nosotros la más noble significación de estas palabras con la del *ocio* tal cual lo dignificaban los antiguos moralistas, clasificaremos dentro del Evangelio en que debe iniciarse a aquellos trabajadores sin reposo, toda preocupación ideal, todo desinteresado empleo de las horas, todo objeto de meditación levantado sobre la finalidad inmediata de la utilidad.

La vida norteamericana describe efectivamente ese círculo vicioso que Pascal señalaba en la anhelante persecución del bienestar, cuando él no tiene su fin fuera de sí mismo. Su prosperidad es tan grande como su imposibilidad de satisfacer a una mediana concepción del destino humano. Obra titánica, por la enorme tensión de voluntad que representa y por sus triunfos inauditos en todas las esferas del engrandecimiento material, es indudable que aquella civilización produce en su conjunto una singular impresión de insuficiencia y de vacío. Y es que si, con el derecho que da la historia de treinta siglos de evolución presididos por la dignidad del espíritu clásico y del espíritu cristiano, se pregunta cuál es en ella el principio dirigente, cuál su *substratum* ideal, cuál el propósito ulterior a la inmediata preocupación de los intereses positivos que estremecen aquella masa formidable,

sólo se encontrará, como fórmula del ideal definitivo, la misma absoluta preocupación del triunfo material. — Huérfano de tradiciones muy hondas que le orienten, ese pueblo no ha sabido sustituir la idealidad inspiradora del pasado con una alta y desinteresada concepción del porvenir. Vive para la realidad inmediata, del presente, y por ello subordina toda su actividad al egoísmo del bienestar personal y colectivo. — De la suma de los elementos de su riqueza y su poder, podría decirse lo que el autor de *Mensonges* de la inteligencia del marqués de Norbert que figura en uno de sus libros: es un monte de leña al cual no se ha hallado modo de dar fuego. Falta la chispa eficaz que haga levantarse la llama de un ideal vivificante e inquieto sobre el copioso combustible. — Ni siquiera el egoísmo nacional, a falta de más altos impulsos; ni siquiera el exclusivismo y el orgullo de raza, que son los que transfiguran y engrandecen, en la antigüedad, la prosaica dureza de la vida de Roma, pueden tener vislumbres de idealidad y de hermosura en un pueblo donde la confusión cosmopolita y el *atomismo* de una mal entendida democracia impiden la formación de una verdadera conciencia nacional.

Diríase que el positivismo genial de la Metrópoli ha sufrido, al trasmitirse a sus emancipados hijos de América, una destilación que le priva de todos los elementos de idealidad que le templaban, reduciéndole, en realidad, a la crudeza que, en las exageraciones de la pasión o de la sátira, ha podido atribuirse al positivismo de Inglaterra. — El espíritu inglés, bajo la áspera corteza de utilitarismo, bajo la indiferencia mercantil, bajo la severidad puritana, esconde, a no dudarlo, una virtualidad poética escogida, y un profundo venero de sensibilidad, el cual revela, en sentir de Taine, que el fondo primitivo, el fondo germánico de aquella raza, modificada luego por la presión de la conquista y por el hábito de la actividad comercial, fue una extraordinaria exaltación del sentimiento. El espíritu americano no ha recibido en herencia ese instinto poético ancestral, que brota, como surgente límpida, del seno de la roca británica, cuando es el Moisés de un arte delicado quien la toca. El pueblo inglés tiene, en la institución de su aristocracia, — por anacrónica e injusta que ella sea bajo el aspecto del derecho político, — un alto e inexpugnable baluarte que oponer al mercantilismo ambiente y a la prosa invasora; tan alto e inexpugnable baluarte que es el mismo Taine quien asegura que desde los tiempos de las ciudades griegas, no presentaba la historia ejemplo de una condición de vida más propia para formar y enaltecer el sentimiento de la nobleza humana. En el ambiente de la democracia de América, el espíritu de vulgaridad no halla ante sí relieves inaccesibles para su fuerza de ascensión, y se extiende y propaga como sobre la llaneza de una pampa infinita.

Sensibilidad, inteligencia, costumbres, — todo está caracterizado, en el

enorme pueblo, por una radical ineptitud de selección, que mantiene, junto al orden mecánico de su actividad material y de su vida política, un profundo desorden en todo lo que pertenece al dominio de las facultades ideales. Fáciles son de seguir las manifestaciones de esa ineptitud, partiendo de las más exteriores y aparentes, para llegar después a otras más esenciales y más íntimas. — Pródigo de sus riquezas — porque en su codicia no entra, según acertadamente se ha dicho, ninguna parte de Harpagon, — el norteamericano ha logrado adquirir con ellas, plenamente, la satisfacción y la vanidad de la magnificencia suntuaria; pero no ha logrado adquirir la nota escogida del buen gusto. El arte verdadero sólo ha podido existir, en tal ambiente, a título de rebelión individual. Emerson, Poe, son allí como los ejemplares de una fauna expulsada de su verdadero medio por el rigor de una catástrofe geológica. Habla Bourget, en *Outre-Mer,* del acento concentrado y solemne con que la palabra *arte* vibra en los labios de los norteamericanos que ha halagado el favor de la fortuna; de esos recios y acrisolados héroes del *self-help* que aspiran a coronar, con la asimilación de todos los refinamientos humanos, la obra de su encumbramiento reñido. Pero nunca les ha sido dado concebir esa divina actividad que nombran con énfasis, sino como un nuevo motivo de satisfacerse su inquietud invasora y como un trofeo de su vanidad. La ignoran, en lo que ella tiene de desinteresado y de escogido; la ignoran, a despecho de la munificencia con que la fortuna individual suele emplearse en estimular la formación de un delicado sentido de belleza; a despecho de la esplendidez de los museos y las exposiciones con que se ufanan sus ciudades; a despecho de las montañas de mármol y de bronce que han esculpido para las estatuas de sus plazas públicas. Y si con su nombre hubiera de caracterizarse alguna vez un gusto de arte, él no podía ser otro que el que envuelve la negación del arte mismo: la brutalidad del efecto rebuscado, el desconocimiento de todo tono suave y de toda manera exquisita, el culto de una falsa grandeza, el *sensacionismo* que excluye la noble serenidad inconciliable con el apresuramiento de una vida febril.

La idealidad de lo hermoso no apasiona al descendiente de los austeros puritanos. Tampoco le apasiona la idealidad de lo verdadero. Menosprecia todo ejercicio del pensamiento que prescinda de una inmediata finalidad, por vano e infecundo. No le lleva a la ciencia un desinteresado anhelo de verdad, ni se ha manifestado ningún caso capaz de amarla por sí misma. La investigación no es para él sino el antecedente de la aplicación utilitaria. — Sus gloriosos empeños por difundir los beneficios de la educación popular, están inspirados por el noble propósito de comunicar los elementos fundamentales del saber al mayor número; pero no nos revelan que, al mismo tiempo que de ese acrecentamiento extensivo de la educación, se preocupe

de seleccionarla y elevarla, para auxiliar el esfuerzo de las superioridades que ambicionen erguirse sobre la general mediocridad. Así, el resultado de su porfiada guerra a la ignorancia ha sido la semi-cultura universal y una profunda languidez de la alta cultura. — En igual proporción que la ignorancia radical, disminuyen en el ambiente de esa gigantesca democracia, la superior sabiduría y el genio. He ahí por qué la historia de su actividad pensadora es una progresión decreciente de brillo y de originalidad. Mientras en el período de la independencia y organización surgen para representar, lo mismo el pensamiento que la voluntad de aquel pueblo, muchos hombres ilustres, medio siglo más tarde Tocqueville puede observar, respecto a ellos, que los *dioses se van.* Cuando escribió Tocqueville su obra maestra, aún irradiaba, sin embargo, desde Boston, la *ciudadela puritana,* la ciudad de las doctas tradiciones, una gloriosa pléyade que tiene en la historia intelectual de este siglo la magnitud de la universalidad. — ¿Quiénes han recogido después la herencia de Channing, de Emerson, de Poe? — La nivelación mesocrática, apresurando su obra desoladora, tiende a desvanecer el poco carácter que quedaba a aquella precaria intelectualidad. Las alas de sus libros ha tiempo que no llegan a la altura en que sería universalmente posible divisarlos. Y hoy, la más genuina representación del gusto norteamericano, en punto a letras, está en los lienzos grises de un diarismo que no hace pensar en el que un día suministró los materiales de *El Federalista!*

Con relación a los sentimientos morales, el impulso mecánico del utilitarismo ha encontrado el resorte moderador de una fuerte tradición religiosa. Pero no por eso debe creerse que ha cedido la dirección de la conducta a un verdadero principio de desinterés. — La religiosidad de los americanos, como derivación extremada de la inglesa, no es más que una fuerza auxiliatoria de la legislación penal, que evacuaría su puesto el día que fuera posible dar a la moral utilitaria la autoridad religiosa que ambicionaba darle Stuart Mill. — La más elevada cúspide de su moral es la moral de Franklin: — Una filosofía de la conducta, que halla su término en lo mediocre de la honestidad, en la utilidad de la prudencia; de cuyo seno no surgirán jamás ni la santidad, ni el heroísmo; y que, sólo apta para prestar a la conciencia, en los caminos normales de la vida, el apoyo del bastón de manzano con que marchaba habitualmente su propagador, no es más que un leño frágil cuando se trata de subir las alturas pendientes. — Tal es la suprema cumbre; pero es en los valles donde hay que buscar la realidad. Aun cuando el criterio moral no hubiera de descender más abajo del utilitarismo probo y mesurado de Franklin, el término forzoso — que ya señaló la sagaz observación de Tocqueville — de una sociedad educada en semejante limitación del deber, sería, no por cierto una de esas decadencias soberbias y magníficas que dan la medida de la satánica hermosura del mal en la disolución de los imperios;

pero sí una suerte de materialismo pálido y mediocre y, en último resultado, el sueño de una enervación sin brillo, por la silenciosa descomposición de todos los resortes de la vida moral. — Allí donde el precepto tiende a poner las altas manifestaciones de la abnegación y la virtud fuera del dominio de lo obligatorio, la realidad hará retroceder indefinidamente el límite de la obligación. — Pero la escuela de la prosperidad material, que será siempre ruda prueba para la austeridad de las repúblicas, ha llevado más lejos la llaneza de la concepción de la conducta racional que hoy gana los espíritus. Al código de Franklin han sucedido otros de más francas tendencias como expresión de la sabiduría nacional. Y no hace aún cinco años el voto público consagraba en todas las ciudades norteamericanas, con las más inequívocas manifestaciones de la popularidad y de la crítica, la nueva ley moral en que, desde la puritana Boston, anunciaba solemnemente el autor de cierto docto libro que se intitulaba *Pushing to the front*,[3] que el éxito debía ser considerado la finalidad suprema de la vida. La revelación tuvo eco aun en el seno de las comuniones cristianas, y se citó una vez, a propósito del libro afortunado, ¡la *Imitación* de Kempis, como término de comparación!

La vida pública no se sustrae, por cierto, a las consecuencias del crecimiento del mismo germen de desorganización que lleva aquella sociedad en sus entrañas. Cualquier mediano observador de sus costumbres políticas os hablará de cómo la obsesión del interés utilitario tiende progresivamente a enervar y empequeñecer en los corazones el sentimiento del derecho. El valor cívico, la virtud vieja de los Hamilton, es una hoja de acero que se oxida, cada día más, olvidada, entre las telarañas de las tradiciones. La venalidad, que empieza desde el voto público, se propaga a todos los resortes institucionales. El gobierno de la mediocridad vuelve vana la emulación que realza los caracteres y las inteligencias y que los entona con la perspectiva de la efectividad de su dominio. La democracia, a la que no han sabido dar el regulador de una alta y educadora noción de las superioridades humanas, tendió siempre entre ellos a esa brutalidad abominable del número que menoscaba los mejores beneficios morales de la libertad y anula en la opinión el respeto de la dignidad ajena. Hoy, además, una formidable fuerza se levanta a contrastar de la peor manera posible el absolutismo del número. La influencia política de una plutocracia representada por los todopoderosos aliados de los *trusts*, monopolizadores de la producción y dueños de la vida económica, es, sin duda, uno de los rasgos más merecedores de interés en la actual fisonomía del gran pueblo. La formación de esta plutocracia ha hecho que se recuerde, con muy probable oportunidad, el advenimiento de la clase enriquecida y soberbia que, en los últimos tiempos de la república

3 Por M. Orisson Swett Marden, Boston, 1895. (*N. del A.*).

romana, es uno de los antecedentes visibles de la ruina de la libertad y de la tiranía de los Césares. Y el exclusivo cuidado del engrandecimiento material — numen de aquella civilización — impone así la lógica de sus resultados en la vida política, como en todos los órdenes de la actividad, dando el rango primero al *struggle-for-lifer* osado y astuto, convertido en la brutal eficacia de su esfuerzo en la suprema personificación de la energía nacional, — en el postulante a su *representación* emersoniana, — en el *personaje reinante* de Taine!

Al impulso que precipita aceleradamente la vida del espíritu en el sentido de la desorientación ideal y el egoísmo utilitario, corresponde, físicamente, ese otro impulso, que en la expansión del asombroso crecimiento de aquel pueblo, lleva sus similitudes y sus iniciativas en dirección a la inmensa zona occidental que, en tiempos de la independencia, era el misterio, velado por las selvas del Mississipi. En efecto: es en ese improvisado oeste, que crece formidable frente a los viejos estados del Atlántico, y reclama para un cercano porvenir la hegemonía, donde está la más fiel representación de la vida norteamericana en el actual instante de su evolución. Es allí donde los definitivos resultados, los lógicos y naturales frutos, del espíritu que ha guiado a la poderosa democracia desde sus orígenes, se muestran de relieve a la mirada del observador y le proporcionan un punto de partida para imaginarse la faz del inmediato futuro del gran pueblo. Al virginiano y al yankee ha sucedido, como tipo representativo, ese dominador de las ayer desiertas Praderas, refiriéndose al cual decía Michel Chevalier, hace medio siglo, que "los últimos serían un día los primeros". El utilitarismo, vacío de todo contenido ideal, la vaguedad cosmopolita y la nivelación de la democracia bastarda alcanzarán, con él, su último triunfo. Todo elemento noble de aquella civilización, todo lo que la vincula a generosos recuerdos y fundamenta su dignidad histórica, — el legado de los tripulantes del *Flor de Mayo,* la memoria de los patricios de Virginia y de los caballeros de la Nueva Inglaterra, el espíritu de los ciudadanos y los legisladores de la emancipación, — quedarán dentro de los viejos Estados donde Boston y Filadelfia mantienen aún, según expresivamente se ha dicho, "el palladium de la tradición washingtoniana". Chicago se alza a reinar. Y su confianza en la superioridad que lleva sobre el litoral iniciador del Atlántico, se funda en que le considera demasiado reaccionario, demasiado europeo, demasiado tradicionalista. La historia no da títulos cuando el procedimiento de elección es la subasta de la púrpura.

A medida que el utilitarismo genial de aquella civilización asume así caracteres más definidos, más francos, más estrechos, aumentan, con la embriaguez de la prosperidad material, las impaciencias de sus hijos por propagarla y atribuirle la predestinación de un magisterio romano. — Hoy,

ellos aspiran manifiestamente al primado de la cultura universal, a la dirección de las ideas, y se consideran a sí mismos los forjadores de un tipo de civilización que prevalecerá. Aquel discurso semi-irónico que Laboulaye pone en boca de un escolar de su París americanizado para significar la preponderancia que concedieron siempre en el propósito educativo a cuanto favorezca el orgullo del sentimiento nacional, tendría toda la seriedad de la creencia más sincera en labios de cualquier americano viril de nuestros días. En el fondo de su declarado espíritu de rivalidad hacia Europa, hay un menosprecio que es ingenuo, y hay la profunda convicción de que ellos están destinados a oscurecer, en breve plazo, su superioridad espiritual y su gloria, cumpliéndose, una vez más, en las evoluciones de la civilización humana, la dura ley de los misterios antiguos en que el iniciado daba muerte al iniciador. Inútil sería tender a convencerles de que, aunque la contribución que han llevado a los progresos de la libertad y de la utilidad haya sido, indudablemente, cuantiosa, y aunque debiera atribuírsele en justicia la significación de una obra universal, de una obra *humana,* ella es insuficiente para hacer transmudarse, en dirección al nuevo Capitolio, el eje del mundo. Inútil sería tender a convencerles de que la obra realizada por la perseverante genialidad del ario europeo, desde que, hace tres mil años, las orillas del Mediterráneo, civilizador y glorioso, se ciñeron jubilosamente la guirnalda de las ciudades helénicas; la obra que aún continúa realizándose y de cuyas tradiciones y enseñanzas vivimos, es una suma con la cual no puede formar ecuación la fórmula *Washington más Edison.* ¡Ellos aspirarían a revisar el Génesis para ocupar esa primera página! — Pero además de la relativa insuficiencia de la parte que les es dado reivindicar en la educación de la humanidad, su carácter mismo les niega la posibilidad de la hegemonía. — Naturaleza no les ha concedido el genio de la propaganda ni la vocación apostólica. Carecen de ese don superior de *amabilidad* — en alto sentido, — de ese extraordinario poder de simpatía, con que las razas que han sido dotadas de un cometido providencial de educación, saben hacer de su cultura algo parecido a la belleza de la Helena clásica, en la que todos creían reconocer un rasgo propio. — Aquella civilización puede abundar, o abunda indudablemente, en sugestiones y en ejemplos fecundos; ella puede inspirar admiración, asombro, respeto; pero es difícil que cuando el extranjero divisa de alta mar su gigantesco símbolo: la Libertad de Bartholdi, que yergue triunfalmente su antorcha sobre el puerto de Nueva York, se despierte en su ánimo la emoción profunda y religiosa con que el viajero antiguo debía ver surgir, en las noches diáfanas del Atica, el toque luminoso que la lanza de oro de la Atenea del Acrópolis dejaba notar a la distancia en la pureza del ambiente sereno.

Y advertid que cuando, en nombre de los derechos del espíritu, niego al utilitarismo norteamericano ese carácter típico con que quiere imponér-

senos como suma y modelo de civilización, no es mi propósito afirmar que la obra realizada por él haya de ser enteramente perdida con relación a los que podríamos llamar *los intereses del alma.* — Sin el brazo que nivela y construye, no tendría paz el que sirve de apoyo a la noble frente que piensa. Sin la conquista de cierto bienestar material, es imposible en las sociedades humanas el reino del espíritu. Así lo reconoce el mismo aristocrático idealismo de Renan, cuando realza, del punto de vista de los intereses morales de la especie y de su selección espiritual en lo futuro, la significación de la obra utilitaria de este siglo. "Elevarse sobre la necesidad — agrega el maestro — es redimirse". — En lo remoto del pasado, los efectos de la prosaica e interesada actividad del mercader que por primera vez pone en relación a un pueblo con otros, tienen un incalculable alcance idealizador; puesto que contribuyen eficazmente a multiplicar los instrumentos de la inteligencia, a pulir y suavizar las costumbres, y a hacer posibles, quizá, los preceptos de una moral más avanzada. — La misma fuerza positiva aparece propiciando las mayores idealidades de la civilización. El oro acumulado por el mercantilismo de las repúblicas italianas "pagó — según Saint-Victor — los gastos del Renacimiento". Las naves que volvían de los países de *las mil y una noches,* colmadas de especias y marfil, hicieron posible que Lorenzo de Médicis renovara, en las lonjas de los mercaderes florentinos, los convites platónicos. La historia muestra en definitiva una inducción recíproca entre los progresos de la actividad utilitaria y la ideal. Y así como la utilidad suele convertirse en fuerte escudo para las idealidades, ellas provocan con frecuencia (a condición de uno proponérselo directamente) los resultados de lo útil. Observa Bagehot, por ejemplo, cómo los inmensos beneficios positivos de la navegación no existirían acaso para la humanidad, si en las edades primitivas no hubiera habido soñadores y ociosos — ¡seguramente, mal comprendidos de sus contemporáneos! — a quienes interesase la contemplación de lo que pasaba en las esferas del cielo. — Esta ley de armonía nos enseña a respetar el brazo que labra el duro terruño de la prosa. La obra del positivismo norteamericano servirá a la causa de Ariel, en último término. Lo que aquel pueblo de cíclopes ha conquistado directamente para el bienestar material, con su sentido de lo útil y su admirable aptitud de la invención mecánica, lo convertirán otros pueblos, o él mismo en lo futuro, en eficaces elementos de selección. Así, la más preciosa y fundamental de las adquisiciones del espíritu, — el alfabeto, que da alas de inmortalidad a la palabra, — nace en el seno de las factorías cananeas y es el hallazgo de una civilización mercantil, que, al utilizarlo con fines exclusivamente mercenarios, ignoraba que el genio de razas superiores lo transfiguraría convirtiéndole en el medio de propagar su más pura y luminosa esencia. La relación entre los bienes positivos y los bienes intelectuales y morales es, pues, según

la adecuada comparación de Fouillée, un nuevo aspecto de la cuestión de la equivalencia de las fuerzas que, así como permite transformar el movimiento en calórico, permite también obtener, de las ventajas materiales, elementos de superioridad espiritual.

Pero la vida norteamericana no nos ofrece aún un nuevo ejemplo de esa relación indudable, ni nos lo anuncia como gloria de una posteridad que se vislumbre. — Nuestra confianza y nuestros votos deben inclinarse a que, en un porvenir más inaccesible a la inferencia, esté reservado a aquella civilización un destino superior. Por más que, bajo el acicate de su actividad vivísima, el breve tiempo que la separa de su aurora haya sido bastante para satisfacer el gasto de vida requerido por una evolución inmensa, su pasado y su actualidad no pueden ser sino un introito con relación a lo futuro. — Todo demuestra que ella está aún muy lejana de su fórmula definitiva. La energía asimiladora que le ha permitido conservar cierta uniformidad y cierto temple genial, a despecho de las enormes invasiones de elementos étnicos opuestos a los que hasta hoy han dado el tono a su carácter, tendrá que reñir batallas cada día más difíciles y, en el utilitarismo proscriptor de toda idealidad, no encontrará una inspiración suficientemente poderosa para mantener la atracción del sentimiento solidario. Un pensador ilustre, que comparaba al esclavo de las sociedades antiguas con una partícula no digerida por el organismo social, podría quizá tener una comparación semejante para caracterizar la situación de ese fuerte colono de procedencia germánica que, establecido en los Estados del centro y del Far-West, conserva intacta, en su naturaleza, en su sociabilidad, en sus costumbres, la impresión del genio alemán, que, en muchas de sus condiciones características más profundas y enérgicas, debe ser considerado una verdadera antítesis del genio americano. — Por otra parte, una civilización que esté destinada a vivir y a dilatarse en el mundo; una civilización que no haya perdido, momificándose, a la manera de los imperios asiáticos, la aptitud de la variabilidad, no puede prolongar indefinidamente la dirección de sus energías y de sus ideas en un único y exclusivo sentido. Esperemos que el espíritu de aquel titánico organismo social, que ha sido hasta hoy *voluntad* y *utilidad* solamente, sea también algún día inteligencia, sentimiento, idealidad. Esperemos que, de la enorme fragua, surgirá, en último resultado, el ejemplar humano, armónico, selecto que Spencer, en un ya citado discurso, creía poder augurar como término del costoso proceso de refundición. Pero no le busquemos ni en la realidad presente de aquel pueblo, ni en la perspectiva de sus evoluciones inmediatas; y renunciemos a ver el tipo de civilización ejemplar donde sólo existe un boceto tosco y enorme, que aún pasará necesariamente por muchas rectificaciones sucesivas, antes de adquirir la serena y firme actitud con que los pueblos que han alcanzado un perfecto desenvolvimiento

de su genio, presiden al glorioso coronamiento de su obra, como en *El sueño del cóndor* que Leconte de Lisle ha descrito con su soberbia majestad, terminando, en olímpico sosiego, la ascensión poderosa, más arriba de las cumbres de la Cordillera!

## VII

Ante la posteridad, ante la historia, todo gran pueblo debe aparecer como una vegetación cuyo desenvolvimiento ha tendido armoniosamente a producir un fruto en el que su savia acrisolada ofrece al porvenir la idealidad de su fragancia y la fecundidad de su simiente. — Sin este resultado duradero, *humano,* levantado sobre la finalidad transitoria de lo *útil,* el poder y la grandeza de los imperios no son más que una noche de sueño en la existencia de la humanidad; porque, como las visiones personales del sueño, no merecen contarse en el encadenamiento de los hechos que forman la trama activa de la vida.

Gran civilización, gran pueblo, — en la acepción que tiene valor para la historia, — son aquellos que, al desaparecer materialmente en el tiempo, dejan vibrante para siempre la melodía surgida de su espíritu y hacen persistir en la posteridad su legado imperecedero — según dijo Carlyle del alma de sus "héroes": — *como una nueva y divina porción de la suma de las cosas.* Tal, en el poema de Goethe, cuando la Elena evocada del reino de la noche vuelve a descender al Orco sombrío, deja a Fausto su túnica y su velo. Estas vestiduras no son la misma deidad; pero participan, habiéndolas llevado consigo, de su alteza divina, y tienen la virtud de elevar a quien las posee, por encima de las cosas vulgares.

Una sociedad definitivamente organizada que limite su idea de la civilización a acumular abundantes elementos de prosperidad y su idea de la justicia a distribuirlos equitativamente entre los asociados, no hará de las ciudades donde habite nada que sea distinto, por esencia, del hormiguero o la colmena. No son bastantes, ciudades populosas, opulentas, magníficas, para probar la constancia y la intensidad de una civilización. La gran ciudad es, sin duda, un organismo necesario de la alta cultura. Es el ambiente natural de las más altas manifestaciones del espíritu. No sin razón ha dicho Quinet que "el alma que acude a beber fuerzas y energías en la íntima comunicación con el linaje humano, esa alma que constituye al grande hombre, no puede formarse y dilatarse en medio de los pequeños partidos de una ciudad pequeña". — Pero así la grandeza cuantitativa de la población como la grandeza material de sus instrumentos, de sus armas, de sus

habitaciones, son sólo *medios* del genio civilizador y en ningún caso resultados en los que él pueda detenerse. — De las piedras que compusieron a Cartago, no dura una partícula transfigurada en espíritu y en luz. La inmensidad de Babilonia y de Nínive no representa en la memoria de la humanidad el hueco de una mano, si se la compara con el espacio que va desde la Acrópolis al Pireo. — Hay una perspectiva ideal en la que la ciudad no aparece grande sólo porque prometa ocupar el área inmensa que había edificada en torno a la torre de Nemrod; ni aparece fuerte sólo porque sea capaz de levantar de nuevo ante sí los muros babilónicos sobre los que era posible hacer pasar seis carros de frente; ni aparece hermosa sólo porque, como Babilonia, luzca en los paramentos de sus palacios losas de alabastro y se enguirnalde con los jardines de Semíramis.

Grande es en esa perspectiva la ciudad, cuando los arrabales de su espíritu alcanzan más allá de las cumbres y los mares, y cuando, pronunciando su nombre, ha de iluminarse para la posteridad toda una jornada de la historia humana, todo un horizonte del tiempo. La ciudad es fuerte y hermosa cuando sus días son algo más que la invariable repetición de un mismo eco, reflejándose indefinidamente de uno en otro círculo de una eterna espiral; cuando hay algo en ella que flota por encima de la muchedumbre; cuando entre las luces que se encienden durante sus noches está la lámpara que acompaña la soledad de la vigilia inquietada por el pensamiento y en la que se incuba la idea que ha de surgir al sol del otro día convertida en el grito que congrega y la fuerza que conduce las almas.

Entonces sólo, la extensión y la grandeza material de la ciudad pueden dar la medida para calcular la intensidad de su civilización. — Ciudades regias, soberbias aglomeraciones de casas, son para el pensamiento un cauce más inadecuado que la absoluta soledad del desierto, cuando el pensamiento no es el señor que las domina. — Leyendo el *Maud* de Tennyson, hallé una página que podría ser el símbolo de este tormento del espíritu allí donde la sociedad humana es para él un género de soledad. — Presa de angustioso delirio, el héroe del poema se sueña muerto y sepultado, a pocos pies dentro de tierra, bajo el pavimento de una calle de Londres. A pesar de la muerte, su conciencia permanece adherida a los fríos despojos de su cuerpo. El clamor confuso de la calle, propagándose en sorda vibración hasta la estrecha cavidad de la tumba, impide en ella todo sueño de paz. El peso de la multitud indiferente gravita a toda hora sobre la triste prisión de aquel espíritu y los cascos de los caballos que pasan, parecen empeñarse en estampar sobre él un sello de oprobio. Los días se suceden con lentitud inexorable. La aspiración de Maud consistiría en hundirse más dentro, mucho más dentro, de la tierra. El ruido ininteligente del tumulto sólo sirve para mantener en su conciencia desvelada el pensamiento de su cautividad.

Existen ya, en nuestra América latina, ciudades cuya grandeza material y cuya suma de civilización aparente, las acercan con acelerado paso a participar del primer rango en el mundo. Es necesario temer que el pensamiento sereno que se aproxime a golpear sobre las exterioridades fastuosas, como sobre un cerrado vaso de bronce, sienta el ruido desconsolador del vacío. Necesario es temer, por ejemplo, que ciudades cuyo nombre fue un glorioso símbolo en América; que tuvieron a Moreno, a Rivadavia, a Sarmiento; que llevaron la iniciativa de una inmortal Revolución; ciudades que hicieron dilatarse por toda la extensión de un continente, como en el armonioso desenvolvimiento de las ondas concéntricas que levanta el golpe de la piedra sobre el agua dormida, la gloria de sus héroes y la palabra de sus tribunos, — puedan terminar en Sidón, en Tiro, en Cartago.

A vuestra generación toca impedirlo; a la juventud que se levanta, sangre y músculo y nervio del porvenir. Quiero considerarla personificada en vosotros. Os hablo ahora figurándome que sois destinados a guiar a los demás en los combates por la causa del espíritu. La perseverancia de vuestro esfuerzo debe identificarse en vuestra intimidad con la certeza del triunfo. No desmayéis en predicar el Evangelio de la delicadeza a los escitas, el Evangelio de la inteligencia a los beocios, el Evangelio del desinterés a los fenicios.

Basta que el pensamiento insista en *ser*, — en demostrar que existe, con la demostración que daba Diógenes del movimiento, — para que su dilatación sea ineluctable y para que su triunfo sea seguro.

El pensamiento se conquistará, palmo a palmo, por su propia espontaneidad, todo el espacio de que necesite para afirmar y consolidar su reino, entre las demás manifestaciones de la vida. — El, en la organización individual, levanta y engrandece, con su actividad continuada, la bóveda del cráneo que le contiene. Las razas pensadoras revelan, en la capacidad creciente de sus cráneos, ese empuje del obrero interior. El, en la organización social, sabrá también engrandecer la capacidad de su escenario, sin necesidad de que para ello intervenga ninguna fuerza ajena a él mismo. — Pero tal persuasión que debe defenderos de un desaliento cuya única utilidad consistiría en eliminar a los mediocres y los pequeños, de la lucha, debe preservaros también de las impaciencias que exigen vanamente del tiempo la alteración de su ritmo imperioso.

Todo el que se consagre a propagar y defender, en la América contemporánea, un ideal desinteresado del espíritu, — arte, ciencia, moral, sinceridad religiosa, política de ideas, — debe educar su voluntad en el culto perseverante del porvenir. El pasado perteneció todo entero al brazo que combate; el presente pertenece, casi por completo también, al tosco brazo

que nivela y construye; el porvenir — un porvenir tanto más cercano cuanto más enérgicos sean la voluntad y el pensamiento de los que ansían — ofrecerá, para el desenvolvimiento de superiores facultades del alma, la estabilidad, el escenario y el ambiente.

¿No la veréis vosotros, la América que nosotros soñamos; hospitalaria para las cosas del espíritu, y no tan sólo para las muchedumbres que se amparen a ella; pensadora, sin menoscabo de su aptitud para la acción; serena y firme a pesar de sus entusiasmos generosos; resplandeciente con el encanto de una seriedad temprana y suave, como la que realza la expresión de un rostro infantil cuando en él se revela, al través de la gracia intacta que fulgura, el pensamiento inquieto que despierta?... — Pensad en ella a lo menos; el honor de vuestra historia futura depende de que tengáis constantemente ante los ojos del alma la visión de esa América regenerada, cerniéndose de lo alto sobre las realidades del presente, como en la nave gótica el vasto rosetón que arde en la luz sobre lo austero de los muros sombríos. — No seréis sus fundadores, quizá; seréis los precursores que inmediatamente la precedan. En las sanciones glorificadoras del futuro, hay también palmas para el recuerdo de los precursores. Edgar Quinet, que tan profundamente ha penetrado en las armonías de la historia y la naturaleza, observa que para preparar el advenimiento de un nuevo tipo humano, de una nueva unidad social, de una personificación nueva de la civilización, suele precederles de lejos un grupo disperso y prematuro, cuyo papel es análogo en la vida de las sociedades al de las *especies proféticas* de que a propósito de la evolución biológica habla Héer. El tipo nuevo empieza por significar, apenas, diferencias individuales y aisladas; los individualismos se organizan más tarde en "variedad"; y por último, la variedad encuentra para propagarse un medio que la favorece, y entonces ella asciende quizá al rango específico: entonces — digámoslo con las palabras de Quinet — *el grupo se hace muchedumbre, y reina.*

He ahí por qué vuestra filosofía moral en el trabajo y el combate debe ser el reverso del *carpe diem* horaciano; una filosofía que no se adhiera a lo presente sino como al peldaño donde afirmar el pie o como a la brecha por donde entrar en muros enemigos. No aspiréis, en lo inmediato, a la consagración de la victoria definitiva, sino a procuraros mejores condiciones de lucha. Vuestra energía viril tendrá con ello un estímulo más poderoso; puesto que hay la virtualidad de un interés dramático mayor en el desempeño de ese papel, activo esencialmente, de renovación y de conquista, propio para acrisolar las fuerzas de una generación heroicamente dotada, que en la serena y olímpica actitud que suelen las edades de oro del espíritu imponer a los oficiantes solemnes de su gloria. — "No es la posesión de los bienes", — ha dicho profundamente Taine, hablando de las alegrías del Re-

nacimiento; — "no es la posesión de bienes, sino su adquisición, lo que da a los hombres el placer y el sentimiento de su fuerza".

Acaso sea atrevida y candorosa esperanza creer en un aceleramiento tan continuo y dichoso de la evolución, en una eficacia tal de vuestro esfuerzo, que baste el tiempo concedido a la duración de una generación humana para llevar en América las condiciones de la vida intelectual, desde la incipiencia en que las tenemos ahora, a la categoría de un verdadero interés social y a una cumbre que de veras domine. — Pero, donde no cabe la transformación total, cabe el progreso; y aun cuando supiérais que las primicias del suelo penosamente trabajado, no habrían de servirse en vuestra mesa jamás, ello sería, si sois generosos, si sois fuertes, un nuevo estímulo en la intimidad de vuestra conciencia. La obra mejor es la que se realiza sin las impaciencias del éxito inmediato; y el más glorioso esfuerzo es el que pone la esperanza más allá del horizonte visible; y la abnegación más pura es la que se niega en lo presente no ya la compensación del lauro y el honor ruidoso, sino aun la voluptuosidad moral que se solaza en la contemplación de la obra consumada y el término seguro.

Hubo en la antigüedad altares para los "dioses ignorados". Consagrad una parte de vuestra alma al porvenir desconocido. A medida que las sociedades avanzan, el pensamiento del porvenir entra por mayor parte como uno de los factores de su evolución y una de las inspiraciones de sus obras. Desde la imprevisión oscura del salvaje, que sólo divisa del futuro lo que falta para terminar de cada período de sol y no concibe cómo los días que vendrán pueden ser gobernados en parte desde el presente, hasta nuestra preocupación solícita y previsora de la posteridad, media un espacio inmenso, que acaso parezca breve y miserable algún día. Sólo somos capaces de progreso en cuanto lo somos de adaptar nuestros actos a condiciones cada vez más distantes de nosotros, en el espacio y en el tiempo. La seguridad de nuestra intervención en una obra que haya de sobrevivirnos, fructificando en los beneficios del futuro, realza nuestra dignidad humana, haciéndonos triunfar de las limitaciones de nuestra naturaleza. Si, por desdicha, la humanidad hubiera de desesperar definitivamente de la inmortalidad de la conciencia individual, el sentimiento más religioso con que podría sustituirla sería el que nace de pensar que, aun después de disuelta nuestra alma en el seno de las cosas, persistiría en la herencia que se transmiten las generaciones humanas lo mejor de lo que ella ha sentido y ha soñado, su esencia más íntima y más pura, al modo como el rayo lumínico de la estrella extinguida persiste en lo infinito y desciende a acariciarnos con su melancólica luz.

El porvenir es en la vida de las sociedades humanas el pensamiento idealizador por excelencia. De la veneración piadosa del pasado, del culto

de la tradición, por una parte, y por la otra del atrevido impulso hacia lo venidero, se compone la noble fuerza que levantando el espíritu colectivo sobre las limitaciones del presente comunica a las agitaciones y los sentimientos sociales un sentido ideal. Los hombres y los pueblos trabajan, en sentir de Fouillée, bajo la inspiración de las ideas, como los irracionales bajo la inspiración de los instintos; y la sociedad que lucha y se esfuerza, a veces sin saberlo, por imponer una idea a la realidad, imita, según el mismo pensador, la obra instintiva del pájaro que, al construir el nido bajo el imperio de una imagen interna que le obsede, obedece a la vez a un recuerdo inconsciente del pasado y a un presentimiento misterioso del porvenir.

Eliminando la sugestión del interés egoísta, de las almas, el pensamiento inspirado en la preocupación por destinos ulteriores a nuestra vida, todo lo purifica y serena, todo lo ennoblece; y es un alto honor de nuestro siglo el que la fuerza obligatoria de esa preocupación por lo futuro, el sentimiento de esa elevada imposición de la dignidad del ser racional, se hayan manifestado tan claramente en él, que aun en el seno del más absoluto pesimismo, aun en el seno de la amarga filosofía que ha traído a la civilización occidental, dentro del loto de Oriente, el amor de la disolución y la nada, la voz de Hartmann ha predicado, con la apariencia de la lógica, el austero deber de continuar la obra del perfeccionamiento, de trabajar en beneficio del porvenir, para que, acelerada la evolución por el esfuerzo de los hombres, llegue ella con más rápido impulso a su término final, que será el término de todo dolor y toda vida.

Pero no, como Hartmann, en nombre de la muerte, sino en el de la vida misma y la esperanza, yo os pido una parte de vuestra alma para la obra del futuro. — Para pedíroslo, he querido inspirarme en la imagen dulce y serena de mi Ariel. — El bondadoso genio en quien Shakespeare acertó a infundir, quizá con la divina inconsciencia frecuente en las adivinaciones geniales, tan alto simbolismo, manifiesta claramente en la estatua su significación ideal, admirablemente traducida por el arte en líneas y contornos. Ariel es la razón y el sentimiento superior. Ariel es este sublime instinto de perfectibilidad, por cuya virtud se magnifica y convierte en centro de las cosas, la arcilla humana a la que vive vinculada su luz, — la *miserable arcilla* de que los genios de Arimanes hablan a Manfredo. Ariel es, para la Naturaleza, el excelso coronamiento de su obra, que hace terminarse el proceso de ascensión de las formas organizadas, con la llamarada del espíritu. Ariel triunfante, significa idealidad y orden en la vida, noble inspiración en el pensamiento, desinterés en moral, buen gusto en arte, heroísmo en la acción, delicadeza en las costumbres. — El es el héroe epónimo en la epopeya de la especie; él es el inmortal protagonista; desde que con su presencia inspiró los débiles esfuerzos de racionalidad del hombre prehis-

tórico, cuando por primera vez dobló la frente oscura para labrar el pedernal o dibujar una grosera imagen en los huesos de reno; desde que con sus alas avivó la hoguera sagrada que el ario primitivo, progenitor de los pueblos civilizadores, amigo de la luz, encendía en el misterio de las selvas del Ganges, para forjar con su fuego divino el centro de la majestad humana, — hasta que, dentro ya de las razas superiores, se cierne deslumbrante sobre las almas que han extralimitado las cimas naturales de la humanidad; lo mismo sobre los héroes del pensamiento y el ensueño que sobre los de la acción y el sacrificio; lo mismo sobre Platón en el promontorio de Súnium que sobre San Francisco de Asís en la soledad de Monte Albernia. — Su fuerza incontrastable tiene por impulso todo el movimiento ascendente de la vida. Vencido una y mil veces por la indomable rebelión de Calibán, proscripto por la barbarie vencedora, asfixiado en el humo de las batallas, manchadas las alas transparentes al rozar el "eterno estercolero de Job", Ariel resurge inmortalmente. Ariel recobra su juventud y su hermosura, y acude ágil, como al mandato de Próspero, al llamado de cuantos le aman e invocan en la realidad. Su benéfico imperio alcanza a veces, aun a los que le niegan y le desconocen. El dirige a menudo las fuerzas ciegas del mal y la barbarie para que concurran, como las otras, a la obra del bien. El cruzará la historia humana, entonando, como en el drama de Shakespeare, su canción melodiosa, para animar a los que trabajan y a los que luchan, hasta que el cumplimiento del plan ignorado a que obedece le permita — cual se liberta, en el drama, del servicio de Próspero, — romper su lazos materiales y volver para siempre al centro de su lumbre divina.

Aún más que para mi palabra, yo exijo de vosotros un dulce e indeleble recuerdo para mi estatua de Ariel. Yo quiero que la imagen leve y graciosa de este bronce se imprima desde ahora en la más segura intimidad de vuestro espíritu. — Recuerdo que una vez que observaba el monetario de un museo, provocó mi atención en la leyenda de una vieja moneda la palabra *Esperanza,* medio borrada sobre la palidez decrépita del oro. Considerando la apagada inscripción, yo meditaba en la posible realidad de su influencia. ¿Quién sabe qué activa y noble parte sería justo atribuir, en la formulación del carácter y en la vida de algunas generaciones humanas, a ese lema sencillo actuando sobre los ánimos como una insistente sugestión? ¿Quién sabe cuántas vacilantes alegrías persistieron, cuántas generosas empresas maduraron, cuántos fatales propósitos se desvanecieron, al chocar las miradas con la palabra alentadora, impresa, como un gráfico grito, sobre el disco metálico que circuló de mano en mano?... Pueda la imagen de este bronce — troquelados vuestros corazones con ella — desempeñar en vuestra vida el mismo inaparente pero decisivo papel. Pueda ella, en las horas sin luz del desaliento, reanimar en vuestra conciencia el entusiasmo por el ideal

vacilante, devolver a vuestro corazón el calor de la esperanza perdida. Afirmado primero en el baluarte de vuestra vida interior, Ariel se lanzará desde allí a la conquista de las almas. Yo le veo, en el porvenir, sonriéndoos con gratitud, desde lo alto, al sumergirse en la sombra vuestro espíritu. Yo creo en vuestra voluntad, en vuestro esfuerzo; y más aún, en los de aquellos a quienes daréis la vida y transmitiréis vuestra obra. Yo suelo embriagarme con el sueño del día en que las cosas reales harán pensar que ¡la Cordillera que se yergue sobre el suelo de América ha sido tallada para ser el pedestal definitivo de esta estatua, para ser el ara inmutable de su veneración!

## VIII

Así habló Próspero. — Los jóvenes discípulos se separaron del maestro después de haber estrechado su mano con afecto filial. De su suave palabra, iba con ellos la persistente vibración en que se prolonga el lamento del cristal herido, en un ambiente sereno. Era la última hora de la tarde. Un rayo del moribundo sol atravesaba la estancia, en medio de discreta penumbra, y, tocando la frente de bronce de la estatua, parecía animar en los altivos ojos de Ariel la chispa inquieta de la vida. Prolongándose luego, el rayo hacía pensar en una larga mirada que el genio, prisionero en el bronce, enviase sobre el grupo juvenil que se alejaba. — Por mucho espacio marchó el grupo en silencio. Al amparo de un recogimiento unánime, se verificaba en el espíritu de todos ese fino destilar de la meditación, absorta en cosas graves, que un alma santa ha comparado exquisitamente a la caída lenta y tranquila del rocío sobre el vellón de un cordero. — Cuando el áspero contacto de la muchedumbre les devolvió a la realidad que les rodeaba, era la noche ya. Una cálida y serena noche de estío. La gracia y la quietud que ella derramaba de su urna de ébano sobre la tierra, triunfaban de la prosa flotante sobre las cosas dispuestas por manos de los hombres. Sólo estorbaba para el éxtasis la presencia de la multitud. Un soplo tibio hacía estremecerse el ambiente con lánguido y delicioso abandono, como la copa trémula en la mano de una bacante. Las sombras, sin ennegrecer el cielo purísimo, se limitaban a dar a su azul el tono oscuro en que parece expresarse una serenidad pensadora. Esmaltándolas, los grandes astros centelleaban en medio de un cortejo infinito; Aldebarán, que ciñe una púrpura de luz; Sirio, como la cavidad de un nielado cáliz de plata volcado sobre el mundo; el Crucero, cuyos brazos abiertos se tienden sobre el suelo de América como para defender una última esperanza...

Y fue entonces, tras el prolongado silencio, cuando el más joven del

grupo, a quien llamaban "Enjolrás" por su ensimismamiento reflexivo, dijo señalando sucesivamente la perezosa ondulación del rebaño humano y la radiante hermosura de la noche:

— Mientras la muchedumbre pasa, yo observo que, aunque ella no mira el cielo, el cielo la mira. Sobre su masa indiferente y oscura, como tierra del surco, algo desciende de lo alto. La vibración de las estrellas se parece al movimiento de unas manos de sembrador.

# MOTIVOS DE PROTEO

*...Todo se trata por parábolas.*

MARCOS, IV, 11.

*No publico una "primera parte" de* Proteo: *el material que he apartado para estos "Motivos" da, en compendio, idea general de la obra, harto extensa (aun si la limitase a lo que tengo escrito) para ser editada de una vez. Los claros de ese volumen serán el contenido del siguiente; y así en los sucesivos. Y nunca* Proteo *se publicará de otro modo que de éste; es decir: nunca le daré "arquitectura" concreta, ni término forzoso; siempre podrá seguir desenvolviéndose, "viviendo". La índole del libro (si tal puede llamársele) consiente, en torno de un pensamiento capital, tan vasta ramificación de ideas y motivos, que nada se opone a que haga de él lo que quiero que sea: un libro en perpetuo "devenir", un libro abierto sobre una perspectiva indefinida.*

*J. E. R.*

*Consideramos de interés aumentar esta segunda edición con la siguiente página escrita por el autor en un ejemplar de la primera, de propiedad del señor don J. M. Vidal Belo, quien nos ha facilitado la transcripción.*

LOS EDITORES

# PROTEO

FORMA DEL MAR, numen del mar, de cuyo seno inquieto sacó la antigüedad fecunda generación de mitos, Proteo era quien guardaba los rebaños de focas de Poseidón. En la *Odisea* y en las *Geórgicas* se canta de su ancianidad venerable, de su paso sobre la onda en raudo coche marino. Como todas las divinidades de las aguas, tenía el dón profético y el conocimiento cabal de lo presente y lo pasado. Pero era avaro de su saber, esquivo a las consultas, y para eludir la curiosidad de los hombres apelaba a su maravillosa facultad de transfigurarse en mil formas diversas. Por esta facultad se caracterizó en la fábula, y ella determina, en la clave de lo legendario, su significado ideal.

Cuando el Menelao homérico quiere saber por él el rumbo que deberá imprimir a sus naves; cuando el Aristeo de Virgilio va a pedirle el secreto del mal que consume sus abejas, Proteo recurre a la misteriosa virtud con que desorientaba a aquellos que le sorprendían. Ya se trocaba en fiero león, ya en ondulante y escamosa serpiente; ya, convertido en fuego, se alzaba como trémula llama; ahora era el árbol que levanta hasta la vecindad del cielo su cerviz, ahora el arroyo que suelta en rápida corriente sus ondas. Siempre inasible, siempre nuevo, recorría la infinitud de las apariencias sin fijar su

esencia sutilísima en ninguna. Y por esta plasticidad infinita, siendo divinidad del mar, personificaba uno de los aspectos del mar: era la ola multiforme, huraña, incapaz de concreción ni reposo; la ola, que ya se rebela, ya acaricia; que unas veces arrulla, otras atruena; que tiene todas las volubilidades del huraña, incapaz de concreción ni reposo; la ola, que ya se rebela, ya acaricia; que nunca sube ni cae de un modo igual, y que tomando y devolviendo al piélago el líquido que acopia, impone a la igualdad inerte la figura, el movimiento y el cambio.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

## I

REFORMARSE ES VIVIR... Y desde luego, nuestra transformación personal en cierto grado ¿no es ley constante e infalible en el tiempo? ¿Qué importa que el deseo y la voluntad queden en un punto si el tiempo pasa y nos lleva? El tiempo es el sumo innovador. Su potestad, bajo la cual cabe todo lo creado, se ejerce de manera tan segura y continua sobre las almas como sobre las cosas. Cada pensamiento de tu mente, cada movimiento de tu sensibilidad, cada determinación de tu albedrío, y aun más: cada instante de la aparente tregua de indiferencia o de sueño, con que se interrumpe el proceso de tu actividad consciente, pero no el de aquella otra que se desenvuelve en ti sin participación de tu voluntad y sin conocimiento de ti mismo, son un impulso más en el sentido de una modificación, cuyos pasos acumulados producen esas transformaciones visibles de edad a edad, de decenio a decenio: mudas de alma, que sorprenden acaso a quien no ha tenido ante los ojos el gradual desenvolvimiento de una vida, como sorprende al viajero que torna, tras larga ausencia, a la patria, ver las cabezas blancas de aquellos a quienes dejó en la mocedad.

Cada uno de nosotros es, sucesivamente, no *uno,* sino *muchos.* Y estas personalidades sucesivas, que emergen las unas de las otras, suelen ofrecer entre sí los más raros y asombrosos contrastes. Sainte-Beuve significaba la impresión que tales metamorfosis psíquicas del tiempo producen en quien no ha sido espectador de sus fases relativas, recordando el sentimiento que experimentamos ante el retrato del Dante adolescente, pintado en Florencia: el Dante cuya dulzura casi jovial es viva antítesis del gesto amargo y tremendo con que el Gibelino dura en el monetario de la gloria; o bien, ante

el retrato del Voltaire de los cuarenta años, con su mirada de bondad y ternura, que nos revela un mundo íntimo helado luego por la malicia senil del demoledor.

¿Qué es, si bien se considera, la *Atalia* de Racine, sino la tragedia de esta misma transformación fatal y lenta? Cuando la hiere el fatídico sueño, la adoradora de Baal advierte que ya no están en su corazón, que el tiempo ha domado, la fuerza, la soberbia, la resolución espantable, la confianza impávida, que la negaban al remordimiento y la piedad. Y para transformaciones como éstas, sin exceptuar las más profundas y esenciales, no son menester bruscas rupturas, que cause la pasión o el hado violento. Aun en la vida más monótona y remansada son posibles, porque basta para ellas una blanda pendiente. La eficiencia de las *causas actuales,* por las que el sabio explicó, mostrando el poder de la acumulación de acciones insensibles, los mayores cambios del orbe, alcanza también a la historia del corazón humano. Las *causas actuales* son la clave en muchos enigmas de nuestro destino. —¿Desde qué día preciso dejaste de creer? ¿En qué preciso día nació el amor que te inflama?— Pocas veces hay respuesta para tales preguntas. Y es que cosa ninguna pasa en vano dentro de ti; no hay impresión que no deje en tu sensibilidad la huella de su paso; no hay imagen que no estampe una leve copia de sí en el fondo inconsciente de tus recuerdos; no hay idea ni acto que no contribuyan a determinar, aun cuando sea en proporción infinitesimal, el rumbo de tu vida, el sentido sintético de tus movimientos, la forma fisonómica de tu personalidad. El dientecillo oculto que roe en lo hondo de tu alma; la gota de agua que cae a compás en sus antros oscuros; el gusano de seda que teje allí hebras sutilísimas, no se dan tregua ni reposo; y sus operaciones concordes, a cada instante te matan, te rehacen, te destruyen, te crean... Muertes cuya suma es la muerte; resurrecciones cuya persistencia es la vida. ¿Quién ha expresado esta inestabilidad mejor que Séneca, cuando dijo, considerando lo fugaz y precario de las cosas: "Yo mismo, en el momento de decir que todo cambia, ya he cambiado"? Perseveramos sólo en la continuidad de nuestras modificaciones; en el orden, más o menos regular, que las rige; en la fuerza que nos lleva adelante hasta arribar a la transformación más misteriosa y trascendente de todas... Somos la estela de la nave, cuya entidad material no permanece la misma en dos momentos sucesivos, porque sin cesar muere y renace de entre las ondas: la estela, que es, no una persistente realidad, sino una forma andante, una sucesión de impulsos rítmicos, que obran sobre un objeto constantemente renovado.

## II

Hija de la necesidad es esta transformación continua; pero servirá de marco en que se destaque la energía racional y libre desde que se verifique bajo la mirada vigilante de la inteligencia y con el concurso activo de la voluntad. Si en lo que se refiere a la lenta realización de su proceso, ella se ampara en la obscuridad de lo inconsciente, sus direcciones resultantes no se substraen de igual modo a la atención, ni se adelantan al vuelo previsor de la sabiduría. Y si inevitable es el poder transformador del tiempo, entra en la jurisdicción de la iniciativa propia el limitar ese poder y compartirlo, ya estimulando o retardando su impulso, ya orientándolo a determinado fin consciente, dentro del ancho espacio que queda entre sus extremos necesarios.

Quien, con ignorancia del carácter dinámico de nuestra naturaleza, se considera alguna vez definitiva y absolutamente constituido, y procede como si lo estuviera, deja, en realidad, que el tiempo lo modifique a su antojo, abdicando de la participación que cabe a la libre reacción sobre uno mismo, en el desenvolvimiento de la propia personalidad. El que vive racionalmente es, pues, aquel que, advertido de la actividad sin tregua del cambio, procura cada día tener clara noción de su estado interior y de las transformaciones operadas en las cosas que le rodean, y con arreglo a este conocimiento siempre en obra, rige sus pensamientos y sus actos.

La persistencia indefinida de la educación es ley que fluye de lo incompleto y transitorio de todo equilibrio *actual* de nuestro espíritu. Uno de los más funestos errores, entre cuantos puedan viciar nuestra concepción de la existencia, es el que nos la hace figurar dividida en dos partes sucesivas y naturalmente separadas: la una, propia para aprender; aquella en que se acumulan las provisiones del camino y se modelan para siempre las energías que luego han de desplegarse en acción; la otra, en que ya no se aprende ni acumula, sino que está destinada a que invirtamos en provecho nuestro y de los otros, lo aprendido y acumulado. ¡Cuánto más cierto no es pensar que, así como del campo de batalla se sale a otra más recia y difícil, que es la vida, así también las puertas de la escuela se abren a otra mayor y más ardua que es el mundo! Mientras vivimos está sobre el yunque nuestra personalidad. Mientras vivimos, nada hay en nosotros que no sufra retoque y complemento. Todo es revelación, todo es enseñanza, todo es tesoro oculto, en las cosas; y el sol de cada día arranca de ellas nuevo destello de originalidad. Y todo es, dentro de nosotros, según transcurre el tiempo, necesidad de renovarse, de adquirir fuerza y luz nuevas, de apercibirse contra males aún no sentidos, de tender a bienes aún no gozados; de preparar, en fin, nuestra adaptación a condiciones de que no sabe la expe-

riencia. Para satisfacer esta necesidad y utilizar aquel tesoro, conviene mantener viva en nuestra alma la idea de que ella está en perpetuo aprendizaje e iniciación continua. Conviene, en lo intelectual, cuidar de que jamás se marchite y desvanezca por completo en nosotros, el interés, la curiosidad del niño, esa agilidad de la atención nueva y candorosa, y el estímulo que nace de saberse ignorante (ya que lo somos siempre), y un poco de aquella fe en la potestad que ungía los labios del maestro y consagraba las páginas del libro, no radicada ya en un solo libro, ni en un solo maestro, sino dispersa y difundida donde hay que buscarla. Y en la disciplina del corazón y la voluntad, de donde el alma de cada cual toma su temple, conviene, aun en mayor grado, afinar nuestra potencia de reacción, vigilar las adquisiciones de la costumbre, alentar cuanto propenda a que extendamos a más ancho espacio nuestro amor, a nueva aptitud nuestra energía, y concitar las imágenes que anima la esperanza contra las imágenes que mueve el recuerdo, legiones enemigas que luchan, la una por nuestra libertad, la otra por nuestra esclavitud.

## III

Mientras nos sea posible mantener en la sucesiva realización de nuestra personalidad el ritmo sosegado y constante de las transformaciones del tiempo, rigiéndolas y orientándolas, pero sin quitarles la condición esencial de su medida, impórtanos quedar fieles a ese ritmo sagrado. La antigüedad imaginó hijas de la Justicia a las Horas: mito de sentido profundo. Una vida idealmente armoniosa sería tal que cada día de los que la compusieran significase, mediante los concertados impulsos del tiempo y de la voluntad, a él adaptada, un paso hacia adelante; un cierto desasimiento más respecto de las cosas que atrás quedan, y una cierta vinculación correlativa, con otras que a su vez preparasen aquellas que están por venir; una leve y atinada inflexión que concurriera a determinar el sesgo total de la existencia. Si los embates del mundo, y los mil gérmenes de desigualdad de todo carácter personal, no dificultasen el sostenimiento de ese orden, bastaría tomar nuestra vida en dos instantes cualesquiera de su desenvolvimiento, para de la relación de entrambos levantarse a la armónica arquitectura del conjunto: como por la subordinación de proporciones que faculta a reconstituir, con sólo el hallazgo de un diente, el organismo extinguido; o como por el módulo, que, dado el espesor de una columna, permite averiguar, en las construcciones de los artífices antiguos, la euritmia completa de la fábrica.

El tonificante placer que trae el adecuado cumplimiento de nuestra

actividad espiritual, se origina de la rítmica circulación de nuestros sentimientos e ideas; no de otro modo que como el placer de la bien trabada danza, en la que puede señalarse la más exacta imagen de una vida armoniosa, tiene su principio en el ritmo de las sensaciones musculares. Danza, en la alteza griega del concepto, es la vida, o si se quiere: la *idea* de la vida; danza a cuya hermosura contribuyen, con su *música* el pensamiento, con su *gimnástica* la acción. Cantando el poeta del *Wallenstein* el hechizo de la activa escultura humana, pregunta a quien con ágil cuerpo sigue las sonoras cadencias: —"¿Por qué lo que así respetas en el juego lo desconoces en la acción: por qué desconoces la medida?"

Gracia y facilidad de hacer, son una misma cosa; los caracteres del movimiento bello son, al propio tiempo, elementos de economía dinámica. En lo físico como en lo moral, economizamos nuestras fuerzas por la elegancia, por el orden, por la proporción. Pasar de una a otra idea, de uno a otro sentimiento, como a favor de un blando declive, en gradación morosa y deleitable; relacionar entre sí las sucesivas tendencias de nuestra voluntad, de manera que no determinen direcciones independientes e inconexas, en que la acción acabe bruscamente al final de cada una, para renacer, por nuevo arranque y esfuerzo, con la otra; sino que todas ellas se eslabonen en un único y persistente movimiento, modificado sólo en cuanto a su dirección, como por un impulso lateral que le comunicara de continuo la inflexión necesaria: tal podrían definirse las condiciones de que dependen la facilidad y gracia de nuestra actividad. Así, quien sin cálculo ni ensayo se lanza de súbito a una empresa ignorada, padece desconcierto y fatiga; mientras que el esfuerzo es fácil y grato en el que con sabia previsión lo espera y por ejercicios preparatorios se apercibe a él. Para quien ha de abandonar de improviso una situación de alma en que gozó dicha y amor, la ruptura es causa de acerbo desconsuelo; en tanto que aquel otro que se aleja de ideas o afecciones que tuvo, por pasos lentos y graduados, como quien asiste, desde el barco que parte, al espectáculo de la orilla, los ve desvanecerse en el horizonte del tiempo sólo con tranquila tristeza, y aun quizá con delectación melancólica.

El esquema de una vida que se manifiesta en actividad bien ordenada sería una curva de suave y graciosa ondulación. Varia es la curva en su movimiento; la severa recta, siempre igual a sí misma, tiende del modo más rápido a su fin; pero sólo por la transición, más o menos violenta, de los ángulos, podrá la recta enlazarse a su término con otra, que nazca de un impulso en nuevo y divergente sentido; mientras que, en la curva, unidad y diversidad se reúnen; porque, cambiando constantemente de dirección, cada dirección que toma está indicada de antemano por la que la precede.

## IV

Del desenvolvimiento regular y fácil de la vida en esa curva que enlaza sus modificaciones, se engendra la armonía de sus diferentes edades, la belleza inherente al ser propio y genial de cada una: el orden típico que hace de ellas como los cantos de un bien proporcionado poema, en el que cada paso de la acción concurre a la unidad que consagrará majestuosamente el desenlace, o que acaso quedará suspensa, con poético misterio, por la interrupción de la obra, trunca mas no desentonada, cuando Naturaleza desista, a modo del poeta negligente, de terminar el poema que empezó: cuando la vida escolle en prematura muerte.

La verdadera juventud eterna depende de esta rítmica y tenaz renovación, que ni anticipa vanamente lo aún no maduro, ni consiente adherirse a los modos de vida propios de circunstancias ya pasadas, provocando el despecho, la decepción y la amargura que trae consigo el fracaso del esfuerzo estéril; sino que acierta a encontrar, dentro de las nuevas posibilidades y condiciones de existencia, nuevos motivos de interés y nuevas formas de acción; lo que procura en realidad al alma cierto sentimiento de juventud inextinguible, que nace de la conciencia de la vida perpetuamente renovada, y de la constante adaptación de los medios al fin en que se emplean.

Cuando de tal modo se la guíe, la obra ineluctable del tiempo no será sólo regresión que robe al alma fuerzas y capacidades; ni será como una profanación, por manos bárbaras, de las cosas delicadas y bellas que juntó en sus primeros vuelos el coro de las Horas divinas. Será un descubrimiento de horizontes; será la vida sol que, palideciendo, se engrandece. Así, sobre el conjunto de las historias gloriosas de los hombres, domina, como la paz de las alturas, la excelsitud de las ancianidades triunfales: la ancianidad de Epiménides, la ancianidad del Ticiano, la ancianidad de Humboldt; y más alto que todas, la ancianidad de Sófocles, cúspide de la más bella y armoniosa existencia en que encarnó la serenidad del alma antigua, y que, culminando a un tiempo en años y en genio, pone en labios de la vejez, de cuya poesía sabe, sus más líricos metros, que son la apoteosis de su tierra y su estirpe en el himno inmortal de los ancianos de Colona.

Arrobadora idealidad, austero encanto, los de la vida que acaba completando un orden dialéctico de humana perfección... ¿Vamos, por verlo, allí adonde nos conduce ese mismo nombre de Sófocles, si remontamos la corriente del tiempo?

## V

Henos aquí en Atenas. El Cerámico abre espacioso cauce a ingente muchedumbre, que, en ordenada procesión, avanza hacia la ciudad, que no trabaja; se interna en ella, la recorre por donde es más hermosa y pulcra, y trepa la falda del Acrópolis. En lo alto, en el Partenón, Palas Atenea aguarda el homenaje de su pueblo: es la fiesta que le está consagrada.

Ves desfilar los magistrados, los sacerdotes, los músicos; ves aparecer doncellas que llevan ánforas y canastas rituales, graciosamente asentadas sobre la cabeza con apoyo del brazo. Pero allí, tras el montón de bueyes lucios, escogidos, que marchan a ser sacrificados a la diosa; allí, precediendo a esa gallarda legión de adolescentes, ya a pie, ya en carros, ya a caballo, que entonan belicoso himno ¿no percibes un concierto venerable de formas y movimientos semejantes a las notas de una música sagrada que se escuchase con los ojos; no ves pintarse un cuadro majestuoso y severo: cuadro viviente, del que se desprende una onda de gravedad sublime, en que se embebe el alma como en la mirada serenante de un dios?... Grandes y firmes estaturas; acompasada marcha, en que la lentitud del movimiento no acusa punto de debilidad ni de fatiga; frentes que dicen majestad, reposo, nobleza, y en las que el espacio natural se ha dilatado a costa de una parte del cabello blanquísimo, que cae en ondas en dirección a las espaldas levemente encorvadas; ojos lejanos, por lo abismados en las órbitas; olímpicos, por el modo de mirar; barbas de nieve que velan en difusa esclavina la rotundidad del pecho anchuroso...: ¿qué selección divina ha constituido ese coro de hermosura senil, donde la mirada se alivia del fulgor de juventud radiante que recoge si atiende a la multitud que viene luego? Cada tribu del Atica ha contribuido a él con sus ancianos más hermosos; Atenas las ha invitado a este concurso; Atenas premiará a la que más hermosos los envíe; y coronando el espectáculo en que parece reunir cuanto hay de bello y noble en la existencia, para ostentarlo ante su diosa, señala así en la ancianidad el dón de una belleza genérica, que es, en lo plástico, correspondencia de una belleza ideal, propia también y diferenciada de la que conviene a la idea de la juventud, en la sensibilidad, en la voluntad y en el entendimiento.

## VI

La sucesión rítmica y gradual de la vida, sin remansos ni rápidos, de modo que la voluntad, rigiendo el paso del tiempo, sea como timonel que no tuviera más que secundar la espontaneidad amiga de la onda, es, pues,

idea en que debemos tratar de modelarnos; pero no ha de entenderse que sea realizable por completo, mucho menos desde que falta del mundo aquella correlación o conformidad, casi perfecta, entre lo del ambiente y lo del alma, entre el escenario y la acción, que fue excelencia de la edad antigua. Las mudanzas sin orden, los bruscos cambios de dirección, por más que alteren la proporcionada belleza de la vida y perjudiquen a la economía de sus fuerzas, son, a menudo, fatalidad de que no hay modo de eximirse, ya que los acontecimientos e influencias del exterior, a que hemos de adaptarnos, suelen venir a nosotros, no en igual y apacible corriente, sino en oleadas tumultuosas, que apuran y desequilibran nuestra capacidad de reacción.

No es sólo en la vida de las colectividades donde hay lugar para los sacudimientos revolucionarios. Como en la historia colectiva, prodúcense en la individual momentos en que inopinados motivos y condiciones, nuevos estímulos y necesidades aparecen, de modo súbito, anulando quizá la obra de luengos años y suscitando lo que otros tantos requeriría, si hubiera de esperárselo de la simple continuidad de los fenómenos; momentos iniciales o *palingenésicos,* en que diríase que el alma entera se refunde y las cosas de nuestro inmediato pasado vuélvense como remotas o ajenas para nosotros. El propio desenvolvimiento natural, tal como es por esencia, ofrece un caso típico de estas transiciones repentinas, de estas revoluciones vitales: lo ofrece, así en lo moral como en lo fisiológico, [cuando la impetuosa transformación de la pubertad:][1] cuando la vida salta, de un arranque, la valla que separa el candor de la primera edad de los ardores de la que la sigue, y sensaciones nuevas invaden en irrupción y tumulto la conciencia, mientras el cuerpo, transfigurándose, acelera el ritmo de su crecimiento.

Suele el curso de la vida moral, según lo determinan los declives y los vientos del mundo, traer en sí mismo, sin intervención, y aun sin aviso de la conciencia, esos rápidos de su corriente; pero es también de la iniciativa voluntaria provocar, a veces, la sazón o coyuntura de ellos; y siempre, concluir de ordenarlos sabiamente al fin que convenga. Así como hay el arte de la persistente evolución, que consiste en guiar con hábil mano el movimiento espontáneo y natural del tiempo, arte que es de todos los días, hay también el arte de las heroicas ocasiones, aquellas en que es menester forzar la acompasada sucesión de los hechos; el arte de los grandes impulsos, y de los enérgicos desasimientos, y de las vocaciones improvisas. La voluntad, que es juiciosa en respetar la jurisdicción del tiempo, fuera inactiva y flaca en abandonársele del todo. Por otra parte, no hay desventaja o condición de inferioridad que no goce de compensación relativa; y el cambiar por

1 Frase de la primera edición, suprimida en la segunda.

tránsitos bruscos y contrastes violentos, si bien interrumpe el orden en que se manifiesta una vida armoniosa, suele templar el alma y comunicarle la fortaleza en que acaso no fuera capaz de iniciarla más suave movimiento: bien así como el hierro se templa y hace fuerte pasando del fuego abrasador al frío del agua.

## VII

Rítmica y lenta evolución de ordinario; reacción esforzada si es preciso; cambio consciente y orientado, siempre. O es perpetua renovación o es una lánguida muerte, nuestra vida. Conocer lo que dentro de nosotros ha muerto y lo que es justo que muera, para desembarazar el alma de este peso inútil; sentir que el bien y la paz de que se goce después de la jornada han de ser, con cada sol, nueva conquista, nuevo premio, y no usufructo de triunfos que pasaron; no ver término infranqueable en tanto haya acción posible, ni imposibilidad de acción mientras la vida dura; entender que toda circunstancia fatal para la subsistencia de una forma de actividad, de dicha, de amor, trae en sí, como contrahaz y resarcimiento, la ocasión propicia a otras formas; saber de lo que dijo el sabio cuando afirmó que todo fue hecho hermoso *en su tiempo*: cada oportunidad, única para su obra: cada día, interesante en su originalidad; anticiparse al agotamiento y el hastío, para desviar al alma del camino en que habría de encontrarse con ellos, y si se adelantan a nuestra previsión, levantarse sobre ellos por un *invento* de la voluntad (la voluntad es, tanto como el pensamiento, una potencia inventora) que se proponga y fije nuevo objetivo; renovarse, transformarse, rehacerse... ¿no es ésta toda la filosofía de la acción y la vida; no es ésta la vida misma, si por tal hemos de significar, en lo humano, cosa diferente en esencia del sonambulismo del animal y del vegetar de la planta?... Y ahora he de referirte cómo vi jugar, no ha muchas tardes, a un niño, y cómo de su juego vi que fluía una enseñanza parabólica.

## VIII

> ...A menudo se oculta un sentido sublime
> en un juego de niño.
>
> (SCHILLER. *Thecla. Voz de un espíritu*).

Jugaba el niño, en el jardín de la casa, con una copa de cristal que,

en el límpido ambiente de la tarde, un rayo de sol tornasolaba como un prisma. Manteniéndola, no muy firme, en una mano, traía en la otra un junco con el que golpeaba acompasadadamente en la copa. Después de cada toque, inclinando la graciosa cabeza, quedaba atento, mientras las ondas sonoras, como nacidas de vibrante trino de pájaro, se desprendían del herido cristal y agonizaban suavemente en los aires. Prolongó así su improvisada música hasta que, en un arranque de volubilidad, cambió el motivo de su juego: se inclinó a tierra, recogió en el hueco de ambas manos la arena limpia del sendero, y la fue vertiendo en la copa hasta llenarla. Terminada esta obra, alisó, por primor, la arena desigual de los bordes. No pasó mucho tiempo sin que quisiera volver a arrancar al cristal, su fresca resonancia; pero el cristal, enmudecido, como si hubiera emigrado un alma de su diáfano seno, no respondía más que con un ruido de seca percusión al golpe del junco. El artista tuvo un gesto de enojo para el fracaso de su lira. Hubo de verter una lágrima, mas la dejó en suspenso. Miró, como indeciso, a su alrededor; sus ojos húmedos se detuvieron en una flor muy blanca y pomposa, que a la orilla de un cantero cercano, meciéndose en la rama que más se adelantaba, parecía rehuir la compañía de las hojas, en espera de una mano atrevida. El niño se dirigió, sonriendo, a la flor; pugnó por alcanzar hasta ella; y aprisionándola, con la complicidad del viento que hizo abatirse por un instante la rama, cuando la hubo hecho suya la colocó graciosamente en la copa de cristal, vuelta en ufano búcaro, asegurando el tallo endeble merced a la misma arena que había sofocado el alma musical de la copa. Orgulloso de su desquite, levantó, cuan alto pudo, la flor entronizada, y la paseó, como en triunfo, por entre la muchedumbre de las flores.

## IX

¡Sabia, candorosa filosofía! pensé. Del fracaso cruel no recibe desaliento que dure, ni se obstina en volver al goce que perdió; sino que de las mismas condiciones que determinaron el fracaso, toma la ocasión de nuevo juego, de nueva idealidad, de nueva belleza... ¿No hay aquí un polo de sabiduría para la acción? ¡Ah, si en el transcurso de la vida todos imitáramos al niño! ¡Si ante los límites que pone sucesivamente la fatalidad a nuestros propósitos, nuestras esperanzas y nuestros sueños, hiciéramos todos como él!... El ejemplo del niño dice que no debemos empeñarnos en arrancar sonidos de la copa con que nos embelesamos un día, si la naturaleza de las cosas quiere que enmudezca. Y dice luego que es necesario buscar, en derredor de donde entonces estemos, una reparadora flor; una flor que poner sobre

la arena por quien el cristal se tornó mudo... No rompamos torpemente la copa contra las piedras del camino, sólo porque haya dejado de sonar. Tal vez la flor reparadora existe. Tal vez está allí cerca... Esto declara la parábola del niño; y toda filosofía viril, *viril* por el espíritu que la anime, confirmará su enseñanza fecunda.

## X

En el fracaso, en la desilusión, que no provengan del fácil desánimo de la inconstancia; viendo el sueño que descubre su vanidad o su altura inaccesible; viendo la fe que, seca de raíz, te abandona; viendo el ideal que, ya agotado, muere, la filosofía viril no será la que te induzca a aquella terquedad insensata que no se rinde ante los muros de la necesidad; ni la que te incline al escepticismo alegre y ocioso, casa de Horacio, donde hay guirnaldas para orlar la frente del vencido; ni la que, como en Harold, suscite en ti la desesperación rebelde y trágica; ni la que te ensoberbezca, como a Alfredo de Vigny, en la impasibilidad de un estoicismo desdeñoso; ni tampoco será la de la aceptación inerme y vil, que tienda a que halles buena la condición en que la pérdida de tu fe o de tu amor te haya puesto, como aquel Agripino de que se habla en los clásicos, singular adulador del mal propio, que hizo el elogio de la fiebre cuando ella le privó de salud, de la infamia cuando fue tildado de infame, del destierro cuando fue lanzado al destierro.

La filosofía digna de almas fuertes es la que enseña que del mal irremediable ha de sacarse la aspiración a un bien distinto de aquel que cedió al golpe de la fatalidad: estímulo y objeto para un nuevo sentido de la acción, nunca segada en sus raíces. Si apuras la memoria de los males de tu pasado, fácilmente verás cómo de la mayor parte de ellos tomó origen un retoñar de bienes relativos, que si tal vez no prosperaron ni llegaron a equilibrar la magnitud del mal que les sirvió de sombra propicia, fue acaso porque la voluntad no se aplicó a cultivar el germen que ellos le ofrecían para su desquite y para el recobro del interés y contento de vivir.

Así como a aquel que ha menester aplacar en su espíritu el horror a la muerte, y no la ilumina con la esperanza de la inmortalidad, conviene imaginarla como una natural transformación, en la que el ser persiste, aunque desaparezca una de sus formas transitorias, de igual manera, si se quiere templar la acerbidad del dolor, nada más eficaz que considerarlo como ocasión o arranque de un cambio que puede llevarnos en derechura a nuevo bien: a un bien acaso suficiente para compensar lo perdido. A la vocación

que fracasa puede suceder otra vocación; al amor que perece, puede sustituirse un amor nuevo; a la felicidad desvanecida puede hallarse el reparo de otra manera de felicidad... En lo exterior, en la perspectiva del mundo, la mirada del sabio percibirá casi siempre la flor de consolación con que adornar la copa que el hado ha vuelto silenciosa; y mirando adentro de nosotros, a la parte de alma que llega tal vez a revelarse si lo conocido de ésta se marchita o agota, ¡cuánto podría decirse de las aptitudes ignoradas por quien las posee; de los ocultos tesoros que, en momento oportuno, surgen a la claridad de la conciencia y se traducen en acción resuelta y animosa!

Hay veces, ¿quién lo duda?, en que la reparación del bien perdido puede cifrarse en el rescate de este mismo bien; en que cabe volcar la arena de la copa, para que el cristal resuene tan primorosamente como antes; pero si es la fuerza inexorable del tiempo, u otra forma de la necesidad, la causa de la pérdida, entonces la obstinación imperturbable resultaría actitud tan irracional como la conformidad cobarde e inactiva y como el desaliento trágico o escéptico. El bien que muere nos deja en la mano una semilla de renovación; ya sean los obstáculos de afuera quienes nos lo roben, ya lo desgaste y consuma, dentro de nosotros mismos, el hastío: ese instintivo clamor del alma que aspira a nuevo bien, como la tierra harta de sol clama por el agua del cielo.

## XI

Don Quijote, maestro en la locura razonable y la sublime cordura, tiene en su historia una página que aquí es oportuno recordar. ¿Y habrá de él acción o concepto que no entrañe un significado inmortal, una enseñanza? ¿habrá paso de los que dio por el mundo que no equivalga a mil pasos hacia arriba, hacia allí donde nuestro juicio marra y nuestra prudencia estorba?... Vencido Don Quijote en singular contienda por el caballero de la Blanca Luna, queda obligado, según la condición del desafío, a desistir por cierto tiempo de sus andanzas y dar tregua a su pasión de aventuras. Don Quijote, que hubiera deseado perder, con el combate, la vida, acata el compromiso de honor. Resuelto, aunque no resignado, toma el camino de su aldea. "Cuando era —dice— caballero andante, atrevido y valiente, con mis obras y con mis manos acreditaba mis hechos; y ahora, cuando soy escudero pedestre, acreditaré mis palabras cumpliendo la que di de mi promesa". Llega con Sancho al prado donde en otra ocasión habían visto a unos pastores dedicados a imitar la vida de la Arcadia y allí una idea levanta

el ánimo del vencido caballero, como fermento de sus melancolías. Dirigiéndose a su acompañante, le hace proposición de que, mientras cumplen el plazo de su forzoso retraimiento, se consagren ambos a la vida pastoril, y arrullados por música de rabeles, gaitas y albogues, concierten una viva y deleitosa Arcadia en el corazón de aquella soledad amena. Allí les darán "sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los extendidos prados, aliento el aire claro y puro, luz la luna y las estrellas a pesar de la oscuridad de la noche, gusto el canto, alegría el lloro, Apolo versos, el amor conceptos, con que podrán hacerse eternos y famosos, no sólo en los presentes, sino en los venideros siglos"... ¿Entiendes la trascendental belleza de este acuerdo? La condena de abandonar por cierto espacio de tiempo su ideal de vida, no mueve a Don Quijote ni a la rebelión contra la obediencia que le impone el honor, ni a la tristeza quejumbrosa y baldía, ni a conformarse en quietud trivial y prosaica. Busca la manera de dar a su existencia nueva sazón ideal. Convierte el castigo de su vencimiento en proporción de gustar una poesía y una hermosura nuevas. Propende desde aquel punto a la idealidad de la quietud, como hasta entonces había propendido a la idealidad de la acción y la aventura. Dentro de las condiciones en que el mal hado le ha puesto, quiere mostrar que el hado podrá negarle un género de gloria, el preferido y ya en vía de lograrse; mas no podrá restañar la vena ardiente que brota de su alma, anegándola en superiores anhelos; vena capaz siempre de encontrar o labrar el cauce por donde tienda a su fin, entre las bajas realidades del mundo.

## XII

El desengaño (sirva esto de ejemplo), respecto de una vocación a la que convergieron, durante largo tiempo, nuestras energías y esperanzas, es, sin duda, una de las más crueles formas del dolor humano. La vida pierde su objeto; el alma, el polo de idealidad que la imantaba; y en el electuario amarguísimo de esta pena hay, a un tiempo, algo de la de aquel a quien la muerte roba su amor, y de la de aquel otro que queda sin los bienes que ganó con el afán de muchos años, y también de la de aquel que se ve expulsado y proscripto de la comunión de los suyos. El suicidio de Gros, el de Leopoldo Robert, y el que en su *Chatterton* idealizó Alfredo de Vigny, son imágenes trágicas de esta desesperación; la que, otras veces, concluye por diluir y desvanecer su amargura en el desabrimiento de la vida vulgar.

Y sin embargo, una vocación que fracasa para siempre, sea por lo insuperable de la dificultad en que tropieza el desenvolvimiento de la aptitud,

sea por vicio radical de la aptitud misma, suele ser, en el plan de la Naturaleza, sólo una ocasión de variar el rumbo de la vida sin menguar su intensidad ni su honor. Con frecuencia el hado que forzó a la voluntad a abandonar el rumbo que, prometiendo gloria, seguía, ha puesto con ello el antecedente y la condición necesaria de más alta gloria. Pero aunque no entren en cuenta casos semejantes, yo me inclino a pensar que pocas veces puede tenerse por irreparable en absoluto el fracaso de una vocación, si por irreparable ha de entenderse que no sufre ser compensado con la manifestación de una capacidad, más que mediana, en otro género de actividad; ni siquiera cuando el alma ve extenderse ante sí vasto horizonte de tiempo y dispone aún de poderosas fuerzas de reacción. Difícil es que conozcamos todo lo que calla y espera, en lo interior de nosotros mismos. Hay siempre en nuestra personalidad una parte virtual de que no tenemos conciencia. Una vocación poderosa que ha ejercido durante mucho tiempo el gobierno del alma, reconcentrando en sí toda la solicitud de la atención y todas las energías de la voluntad, es como luz muy viva que ofusca otras más pálidas, o como estruendo que no deja oír muchos leves rumores. Si la luz o el estruendo se apagan, los hasta entonces reprimidos dan razón de su existencia. Aptitudes latentes, disposiciones ignoradas, tienen así la ocasión propicia de manifestarse, y a menudo se manifiestan, en el momento en que pierde su ascendiente la vocación que prevalecía; tanto más cuanto que las mismas condiciones que constituyen una inferioridad sin levante para determinado género de actividad, suelen ser estímulos y superioridades con relación a otro. Rara será el alma donde no exista, en germen o potencia, capacidad alguna fuera de las que ella sabe y cultiva; como raro es el cielo tan nebuloso que jamás la puesta del sol haga vislumbrar en él una estrella, y rara la playa tan callada que nunca un rumor suceda en ella al silencio del mar.

Yo llamaría a estas disposiciones latentes que inhibe aquella que está en acto y goza de predilección: *las reservas* de cada espíritu. Quiero mostrarte cómo la necesidad de buscar nuevo motivo de acción, que hace recobrarse nuestro ánimo después de la muerte de una vocación querida, manteniéndole en vela y atento a los llamados que pueden venir del seno de las cosas, excita, con redentora eficacia, tales capacidades ocultas, hasta sustituir (y en más de un caso sustituir ventajosamente), la aptitud cuya pérdida se deplora como irreparable infortunio.

## XIII

Nada hay más intensamente sugestivo para la inteligencia que un in-

opinado e involuntario apartamiento de la vida de acción. El alma que, cifrando en ésta sus aspiraciones primeras, encuentra ante su paso insalvables obstáculos que la obligan a reprimir aquella inclinación de su naturaleza, experimenta tal vez el melancólico anhelo de tender, por el camino de la especulación y la teoría, y por el de la imitación y simulacro que constituyen la obra de arte, al mismo objeto que no le fue dado alcanzar en realidad; o bien a un objeto diferente, determinado por la espontaneidad de la inteligencia, que sólo entonces declara su propio y personal contenido. Y no es otro el origen de muchas vocaciones de escritor, de pensador y de artista.

Vauvenargues ofrece ejemplo de ello. El amable psicólogo nació con la vocación heroica de la acción. Lanzóse en pos de este género de gloria; pero males del cuerpo se interpusieron, no bien suelta la rienda a la voluntad, entre la vida y la vocación de Vauvenargues, y en el recogimiento de la inacción forzosa, nació, fecundando las melancolías del soldado, la inspiración del moralista.

Acaso nunca hubiera amanecido en Ronsard su arrogante numen de poeta, si, invalidado por temprana afección para los oficios de la diplomacia, no pasara de mensajero del rey a corifeo de la "Pléyade". Y Escalígero, como Niepce, como Hartmann, como cien más, que alguna vez soñaron con los lauros del héroe, debieron también a imposibilidad física de perseverar en la vida de acción, la conciencia del género de aptitud por que llegaron a ser grandes. No de otra manera la enfermedad que apartó a William Prescott de las disputas del foro, le puso en su glorioso camino de historiador; y la herida que entorpeció la mano de Rugendas para el esfuerzo del buril fue la ocasión de que, probándose en mayores empresas, cobrase más fama por sus cuadros que por sus grabados.

Una singular semejanza hay en la historia de dos artistas líricos que, habiendo perdido prematuramente el dón natural que los capacitaba para el canto, lucen en la memoria de la posteridad con el resplandor de otros altos dones, manifestados luego. Tales son el pintor Ciceri, y Andersen, el cuentista danés. Pedro Carlos Ciceri era en su juventud, allá en tiempos en que Crescentini conmovía con la magia de su garganta a la corte de Napoleón I, una hermosa promesa de la escena lírica, por el privilegio de su voz y su delicado sentimiento del arte. El primor y la enamorada constancia de la vocación convergían de tal manera en él con la elección de la naturaleza, que dedicó largos años de su vida a ejercitar y educar esas disposiciones, antes de que se resolviese a mostrarlas. Cuando estaba a punto de hacerlo, he aquí que una caída violenta le deja lisiado para siempre, y Ciceri pierde sin remedio lo hermoso de su voz. Todo el afán de su existencia era ido en humo, y ella dejaba de tener objeto que la mereciese...

Para olvidar su pena, Ciceri diose a frecuentar el estudio de un amigo pintor, y allí un interés en que parecía convalecer su alma, le vinculó, poco a poco, al hechizo de los colores y las líneas. Cuanto más se acogía a este interés, más le sentía trocarse en propensión al ejercicio de aquel arte, y una aptitud maravillosa respondía, con la solicitud de quien acude a un llamamiento largo tiempo esperado, a sus primeras tentativas. Este tesoro oculto, que Ciceri llevaba en lo ignorado de su alma, y que quizá no sospechara jamás a no haber perdido aquel otro que más superficialmente tenía, no tardó en definir su peculiar calidad: era el instinto de la pintura escenográfica, de los grandes efectos, de perspectiva y color, de la decoración. Ciceri fue consagrado maestro único de la escenografía en aquella misma sala de la Opera que, siendo joven, ambicionara para sus triunfos de cantante. La generación que por primera vez aplaudió a Auber, a Meyerbeer, a Rossini, asoció siempre a la memoria de las emociones de arte que conoció por ellos, la del pincel que dio una portentosa vida plástica a sus obras.

Idéntico es el caso de Andersen, si sustituyes al dón de la pintura el de las letras.

## XIV

La imposibilidad de proseguir la comenzada vía por obstáculos de orden moral no ha sido, ciertamente, menos fecunda en sugestiones dichosas. La Rochefoucauld fue uno de los caudillos de la protesta aristocrática bajo la dominación de Richelieu. En el hervor de ambiciones de la Fronda vio naufragar su ascendiente y sus sueños de acción política; y entonces, anhelando el bien del olvido, lo buscó en la vida de sociedad, tan llena, en aquel país y aquel tiempo, de estímulos intelectuales; y allí el acicate de la conversación espiritual despertó en él el talento de observación y de estilo: La Rochefoucauld fue gran escritor por no haber logrado ser grande hombre de estado. Semejante a éste es el origen que se atribuyó en la antigüedad a la vocación de escritor de Salustio.

La condición de católico de Moore, que le cerraba, como a los demás irlandeses de su credo, las puertas de la vida pública, la cual hubiera él preferido, da lugar a su dedicación a las letras. Catinat, el futuro vencedor de Filipsburgo, abogado novel, fracasado cuando su iniciación en la tribuna jurídica, toma de esta mala ventura el impulso que le lleva a aspirar eficazmente a la gloria de las armas.

. . . . . .

## XV

¿Qué vienes de buscar donde suena ese vago clamor y pueblan el aire esas cien torres? ¿Por qué traes los ojos humillados y la laxitud del cansancio estéril ahoga en ti la efervescencia de la vida en su mejor sazón?... Muchos vi pasar como tú. Sé tu historia aunque no me la cuentes, peregrino, Saliste por primera vez al campo del mundo; iban contigo sueños de ambición: se disiparon todos; perdiste el caudalito de tu alma; la negra duda se te entró en el pecho, y ahora vuelves a tu terrón sin la esperanza en ti mismo, sin el amor de ti mismo, que son la más triste desesperanza y el más aciago desamor de cuantos puede haber. Donde te atrajo la huella de los otros; donde te detuvo el vocear de los chalanes y te deslumbraron los colores de la feria; donde cien veces te sentiste mover antes de que tu voluntad se moviese, no hallaste el bien que apetecías; y herido en las alas del corazón: "el bien que soñé era vano sueño", vas pensando. Mas yo te digo que, desde el instante en que renunciaste a buscarle del modo como no podías dar con él, es cuando más cerca estás del bien que soñaste. Tu desaliento y melancolía hacen que el mirar de tus ojos, desasido de lo exterior, se reconcentre ahora en lo íntimo de ti. ¡Gran principio! ¡grande ocasión! ¡gran soplo de viento favorable!

Hay, peregrino, una senda, donde aquel que entra y avanza pierde temor al desengaño. Es ancha, lisa, recta y despejada, después de comienzos muy duros y tortuosos. Pasa por medio de todos los campos de cultivo que granjean honra y provecho. Quien por ella llega a la escena del mundo puede considerar que ha cosechado todas las plantas de mirífica virtud, de que hablan las leyendas: la bácara que preserva de la fascinación, el nepente que devuelve la alegría y el hongo que infunde el ardor de las batallas. Tener experiencia de esta senda vale tanto como llevar la piedra de parangón con que aquilatar la calidad de las cosas cuyas apariencias nos incitan. Por ella se sale a desquijarar los leones, tanto como a ceñir la oliva de paz. Cuando por otros caminos se las busca, todas las tierras son al cabo páramos y yermos; pero si ella fue el camino, aun la más árida se trueca en fértil emporio: su sequedad se abre en veneros de aguas vivas; cúbrense las desnudas peñas de bosque, y el aire se anima con muchas y pintadas aves. Toma, peregrino, esa senda, y el bien que soñaste será tuyo. —¿Alzas los ojos? ¿consultas, en derredor, el horizonte?... No allí, no afuera, sino en lo hondo de ti mismo, en el seguro de tu alma, en el secreto de tu pensamiento, en lo recóndito de tu corazón: ¡en ti, en ti solo, has de buscar arranque a la senda redentora!

## XVI

¿Nada crees ya en lo que dentro de tu alma se contiene? ¿Piensas que has apurado las disposiciones y posibilidades de ella; dices que has probado en la acción todas las energías y aptitudes que, con harta confianza, reconocías en ti mismo, y que, vencido en todas, eres ya como barco sin gobernalle, como lira sin cuerdas, como cuadrante sin sol?... Pero para juzgar si de veras agotaste el fondo de tu personalidad es menester que la conozcas cabalmente. ¿Y te atreverás a afirmar que cabalmente la conoces? El reflejo de ti que comparece en tu conciencia ¿piensas tú que no sufre rectificación y complemento? ¿que no admite mayor amplitud, mayor claridad, mayor verdad? Nadie logró llegar a término en el conocimiento de sí, cosa ardua sobre todas las cosas, sin contar con que, para quien mira con mirada profunda, aun la más simple y diáfana es como el agua de la mar, que cuanto más se bebe da más sed, y como cadena de abismos. ¡Y tú presumirás de conocerte hasta el punto de que te juzgues perpetuamente limitado a tu sér consciente y actual!... ¿Con qué razón pretendes sondar, de una mirada, esa complejidad no igual a la de ninguna otra alma nacida, esa *única* originalidad, (por única, necesaria al orden del mundo), que en ti, como en cada uno de los hombres, puso la incógnita fuerza que ordena las cosas? ¿Por qué en vez de negarte con vana negación, no pruebas avanzar y tomar rumbo a lo no conocido de tu alma?... ¡Hombre de poca fe! ¿qué sabes tú lo que hay acaso dentro de ti mismo?...

## XVII

### LA RESPUESTA DE LEUCONOE

Soñé una vez que volviendo el gran Trajano de una de sus gloriosas conquistas, pasó por no sé cuál de las ciudades de la Etruria, donde fue agasajado con tanta espontaneidad como magnificencia. Cierto patricio preparó en honor suyo el más pomposo y delicado homenaje que hubiera podido imaginar. Escogió en las familias ciudadanas las más lindas doncellas, y las instruyó de modo que, con adecuados trajes y atributos, formasen una alegórica representación del mundo conocido, donde cada una personificara a determinada tierra, ya romana, ya bárbara, y en su nombre reverenciase al César y le hiciera ofrecimiento de sus dones. Púsose en ensayo este propósito; todo marchaba a maravilla; pero sea que,

distribuidos los papeles, quedase sin ninguno una aspirante a quien no fuera posible desdeñar; sea que lo exigiese el arreglo y proporción en la manera como debían tejerse las danzas y figuras, ello es que hubo necesidad de aumentar en uno el número de las personas. Se había contado ya con todos los países del mundo, y se dudaba cómo salvar esta dificultad, cuando el patricio, que era dado a los libros, se dirigió a un estante, de donde tomó un ejemplar de las tragedias de Séneca, y buscando en la *Medea* el pasaje donde están unos versos que hoy son famosos, por el soplo profético que los inspira, habló de la presunción que hacía el poeta de la existencia de una tierra ignorada, que futuras gentes hallarían, yendo sobre el misterioso Océano; más allá (añadió el patricio) de donde situó a la sumergida Atlántida, Platón. Este soñado país propuso que fuera el que completase el cuadro, ya que faltaba otro. Poco apetecible destino parecía ser el de representar a una tierra de que nada podía afirmarse, ni aun su propia existencia, mientras que todas las demás daban ocasión para lucir pintorescos y significativos atributos, y para que se las loase, o se las diferenciase cuando menos, en elocuentes recitados. Pero hubo quien, renunciando al papel que ya tenía atribuido, reclamó el humilde oficio para sí. Era la más joven de todas y la llamaban Leuconoe. No se halló el modo de caracterizar, con apropiadas galas, su parte, y se acordó que no llevara más que un traje blanco y aéreo como una página donde no se ha sabido qué poner... Llegado el día, realizóse la fiesta; y noblemente personificadas, las tierras desfilaron ante el señor del mundo, después de concertarse en variadas danzas de artificio, y cada una de ellas le dedicó sus ofrendas.

Presentóse, primero que ninguna, Roma, en forma casi varonil: éste era el modo de hermosura de la que llevaba sus colores; el andar, de diosa; el imperio en el modo de mirar; la majestad en cada actitud y cada movimiento. Ofreció el orbe por tributo; y la siguió, como madre que viene después de la hija por ser ésta soberana, Grecia, coronada de mirto. Lo que dijo de sí sólo podría abreviarse en lápida de mármol. Italia vino luego. Habló de la gracia esculpida, en suaves declives, sobre un suelo que dora el sol, al són armónico del aire. Celebró su feracidad; aludió al trigo de Campania, al óleo de Venafro, al vino de Falerno. La rubia Galia, depuesto el primitivo furor, mostró colmadas de pacíficos frutos las corrientes del Saona y el Ródano. Iberia presentó sus rebaños, sus trotones, sus minas. Ceñida de bárbaros arreos, se adelantó Germania, e hizo el elogio de las pieles espesas, el ámbar transparente, y los gigantes de ojos azules cazados para el circo en la espesura de la Carbonaria y de la Hircinia. Bretaña dijo que, en sus Casitérides, había el metal de que toman su firmeza los bronces. La Iliria, famosa por sus abundantes cosechas; la Tracia, que cría caballos

raudos como el viento; la Macedonia, cuyos montes son arcas de ricos minerales, rindieron sus tesoros; y se acercó tras ellas la postrera Thule, que ofreció juntos fuego y nieve, con la fianza de Pytheas. Llegó el turno de las tierras asiáticas; y en cuerpo de faunesca hermosura, la Siria habló de los laureles de Dafne y los placeres de Antioquía. El Asia Menor reunió, en doble tributo, los esplendores del Oriente con las gracias de Jonia, tendiendo, entre ambas ofrendas, la flauta frigia, como cruz de balanza. Se ufanó Babilonia con el resplandor de sus recuerdos. La Persia, madre de los frutos de Europa, brindó semillas de generosa condición. Grande estuvo la India cuando pintó montañas y ríos colosales, cuando invocó las piedras fúlgidas, el algodón, el marfil, la pluma de los papagayos, las perlas; cuando nombró cien plantas preciosas: el ébano, que ensalzó Virgilio; el amono y el malabatro, braseros de raros perfumes; el árbol milagroso cuyo fruto hace vivir doscientos años... La Palestina ofreció olivos y viñedos. Fenicia se glorió de su púrpura. La región sabea, de su oro. Mesopotamia hizo mención de los bosques espesísimos donde Alejandro cortó las tablas de sus naves. El país de Sérica cifró su orgullo en una tela primorosa; y Taprobana, que remece el doble monzón, en la fragante canela. Vinieron luego los pueblos de la Libia. Presidiéndolos llegó el Egipto multisecular: habló de sus Pirámides, de sus esfinges y colosos; del despertar mejor de su grandeza, en una ciudad donde una torre iluminada señala el puerto a los marinos. La Cirenaica dijo el encanto de su serenidad, que hizo que fuese el lecho a donde iban a morir los epicúreos. Cartago, a quien realzara Augusto de las ruinas, se anunció llamada a esplendor nuevo. La Numidia expuso que daba mármoles para los palacios; fieras para las theriomaquias y las pompas. La Etiopía afirmó que en ella estaban el país del cinamomo, el de la mirra, los enanos de un pigmo y los macrobios de mil años. Las Fortunadas, fijando el término de lo conocido, recordaron que en su seno esperaba a las almas de los justos la mansión de la eterna felicidad.

Por último, con suma gracia y divino candor, llegó Leuconoe. En nada aparentaba formar parte de la viviente y simbólica armonía. No llevaba sino un traje blanco y aéreo, como una página donde no se ha sabido qué poner... En aquel instante, nadie la envidiaba, por más que luciese su hermosura. El César preguntó la razón de su presencia, y se extrañó, cuando lo supo, viéndola tan mal destinada y tan hermosa.

—Leuconoe —dijo con una benévola ironía—: no te ha tocado un gran papel. Tu poca suerte quiso que la realidad concluyera en manos de las otras, y he aquí que has debido contentarte con la ficción del poeta... Admiro tu dulce conformidad, y me complace tu homenaje, puesto que eres hermosa. Pero ¿qué bien me dirás de la región que representas, si has de evitar el

engañarme?... ¿Qué me ofreces de allí? ¿Qué puedes afirmar que haya en tu tierra de quimera?...

—¡Espacio! —dijo con encantadora sencillez Leuconoe.

Todos sonreían.

—Espacio... —repitió el César—. ¡Es verdad! Sea desapacible o risueña, estéril o fecunda, espacio habrá en la tierra incógnita, si existe; y aun cuando ella no exista, y allí donde la finge el poeta sólo esté el mar, o acaso el vacío pavoroso, ¿quién duda que en el mar o en el vacío habrá espacio?... Leuconoe —prosiguió con mayor animación—: tu respuesta tiene un alto sentido. Tiene, si se la considera, más de uno. Ella dice la misteriosa superioridad de lo soñado sobre lo cierto y tangible, porque está en la humana condición que no haya bien mejor que la esperanza, ni cosa real que se aventaje a la dulce incertidumbre del sueño. Pero, además, encierra tu respuesta una hermosa consigna para nuestra voluntad, un brioso estímulo a nuestro denuedo. No hay límite en donde acabe para el fuerte el incentivo de la acción. Donde hay espacio, hay cabida para nuestra gloria. Donde hay espacio, hay posibilidad de que Roma triunfe y se dilate.

Dijo el César; arrancó de su pecho una gruesa esmeralda que allí estaba de broche, y era de las que el Egipto produce mayores y más puras; y prendiéndola al seno de la niña, la dejó, como un fulgor de esperanza, sobre la estola, toda blanca, mientras terminaba diciendo:

—¡Sea el premio para la región desconocida; sea el premio para Leuconoe!

## XVIII

Espacio, espacio, es lo que te queda, después que la esperanza con color y figura, y el ideal concreto, y la fuerza o aptitud de calidad conocida, te abandonaron en mitad del camino. Espacio: mas no ése donde el viento y el pájaro se mueven más arriba que tú y con alas mejores; sino dentro de ti, en la inmensidad de tu alma, que es el espacio propio para las alas que tú tienes. Allí queda infinita extensión por conquistar, mientras dura la vida: extensión siempre capaz de ser conquistada, siempre merecedora de ser conquistada... Imaginar que no hay en ti más que lo que ahora percibes con la trémula luz de tu conciencia, equivale a pensar que el océano acaba allí donde la redondez de la esfera lo sustrae al alcance de tus ojos. Incomparablemente más vasto es el océano que la visión de los ojos; incomparablemente más

hondo nuestro sér que la intuición de la conciencia. Lo que de él está en la superficie y a la luz, es comúnmente, no ya una escasa parte, sino la parte más vulgar y más mísera. Dame acertar con la ocasión y yo sacaré de ti fuerzas que te maravillen y agiganten. Tu languidez de ánimo, tu desesperanza y sentimiento como de vacío interior, no son distintos de los de miles de almas electas, en las vísperas de la transfiguración que las sublimó a la excelsa virtud, o a la invención genial o al heroísmo. Si veinte horas antes de consagrarse héroe el héroe, apóstol el apóstol, inventor el inventor, o de tender resuelta y eficazmente a hacerlo, hubiérales anunciado un zahorí de corazones su destino inminente ¡cuántas veces no se hubieran encogido de hombros o sonreído con amarga incredulidad! Dame la ocasión y yo te haré grande; no porque infunda en ti lo que no hay en ti, sino porque haré brotar y manifestarse lo que tu alma tiene oculto. De afuera pueden auxiliarte cateadores y picos; pero en ti sólo está la mina. La ocasión es como el artista pintor de quien dijo originalmente uno que lo era: no crea el pintor su cuadro, sino que se limita a descorrer los velos que impedían verlo mientras la tela estaba en blanco. Hallar y traer al haz del alma esa ignorada riqueza: tal es tu obra y la de cada uno. Derramar luz dentro de sí por la observación interior y la experiencia: tal es el medio de abrir camino a la ocasión dichosa, que vendrá traída por el movimiento de la realidad. Empeño difícil éste de conocerse —¿quién lo duda?— y expuesto a mil engaños. Pero ¿no vale todos los tesoros de la voluntad el término que quien lo acomete se propone? ¿Hay cosa que te interese más que descubrir lo que está en ti y en ninguna parte sino en ti: tierra que para ti sólo fue creada; América cuyo único descubridor posible eres tú mismo, sin que puedas temer, en tu designio gigante, ni émulos que te disputen la gloria, ni conquistadores que te usurpen el provecho?

## XIX

Ahondar en la conciencia de sí mismo, procurar saber del alma propia; mas no en inmóvil contemplación, ni por prurito de alambicamiento y sutileza; no como quien, desdeñoso de la realidad, dando la espalda a las cien vías que el mundo ofrece para el conocimiento y la acción, vuelve los ojos a lo íntimo del alma, y allí se contiene y es a un tiempo el espectador y el espectáculo. Este continuo análisis de lo que pasa dentro de nosotros, cuando el análisis no va encaminado a un fin trascendente; esa morosidad ante el espejo de la propia conciencia, no tal cual se detendría a consultar, en clara linfa, el porte y el arnés, el guerrero que marchaba a la lucha, sino por simple y obsesionador afán de mirarse, son, más que vana, funesta ocupación de la

vida. Son el sutil veneno que paraliza el espíritu de Amiel y le reduce a una crítica ineficaz de sus más mínimos hechos de conciencia; crítica disolvente de toda espontaneidad del sentimiento, enervadora de toda energía de la voluntad. ¿Y quién como ese mismo moderno umbilicario; quién como ese confidente oficioso de sí propio, ha expresado cuán fatal sea esa malversación del tiempo y de las fuerzas de la mente? El alma que, en estéril quietud, se emplea en desmenuzar, con cruel encarnizamiento, cuanto, para ella sola, piensa, siente y *no* quiere, es "el grano de trigo que, molido en harina, no puede ya germinar y ser la planta fecunda". Cierto; mas yo te hablo del conocerse que es un antecedente de la acción; del conocerse en que la acción es, no sólo el objeto y la norma, sino también el órgano de tal conocimiento, porque ¿cómo podrá saber de sí cuánto se debe quien no ha probado los filos de su voluntad en las lides del mundo?...; modo de saber de sí que no es prurito exasperador, ni deleite moroso, sino obra viva en favor de nuestro perfeccionamiento; que no nos incapacita, como el otro, para el ejercicio de la voluntad, sino que, por lo contrario, nos capacita y corrobora; porque consiste en observarse para reformarse: en sacar todo partido posible de nuestras dotes de naturaleza: en mantener la concordia entre nuestras fuerzas y nuestros propósitos, y descender al fondo del alma, donde las virtualidades y disposiciones que aún no han pasado al acto se ocultan, volviendo de esa profundidad con materiales que luego la acción aplica a su adecuado fin y emplea en hacernos más fuertes y mejores; como quien alza su casa con piedras de la propia cantera, o como quien forja, con hierro de la propia mina, su espada.

Amiel nos dio un ejemplo de contemplación interior sin otro fin que el del melancólico y contradictorio placer que de ella nace. Recordemos ahora la augusta personalidad de Marco Aurelio, y aquel su constante examen de sí mismo, no disipado en vano mirar, sino resuelto en actos de una voluntad afirmativa y fecunda, que van tejiendo una de las más hermosas vidas humanas; y tomemos como puntos de comparación, para discernir entre ambos modos de íntima experiencia, los *Pensamientos* del inmortal emperador y el *Diario* del triste Hamlet ginebrino.

## XX

Cuando te agregas en la calle a una muchedumbre a quien un impulso de pasión arrebata, sientes que, como la hoja suspendida en el viento, tu personalidad queda a merced de aquella fuerza avasalladora. La muchedumbre, que con su movimiento material te lleva adelante y fija el ritmo de tus pasos, gobierna, de igual suerte, los movimientos de tu sensibilidad y de tu

voluntad. Si alguna condición de tu natural carácter estorba para que cooperes a lo que en cierto momento el monstruo pide o ejecuta, esa condición desaparece inhibida. Es como una enajenación o un encantamiento de tu alma. Sales, después, del seno de la muchedumbre; vuelves a tu sér anterior; y quizá te asombras de lo que clamaste o hiciste.

Pues no llames sólo muchedumbre a esa que la pasión de una hora reúne y encrespa en los tumultos de la calle. Toda sociedad humana es, en tal sentido, muchedumbre. Toda sociedad a que permaneces vinculado te roba una porción de tu ser y la sustituye con un destello de la gigantesca *personalidad* que de ella colectivamente nace. De esta manera ¡cuántas cosas que crees propias y esenciales de ti no son más que la imposición, no sospechada, del alma de la sociedad que te rodea! ¿Y quién se exime, del todo, de este poder? Aun aquellos que aparecen como educadores y dominadores de un conjunto humano, suelen no ser sino los instrumentos dóciles de que él se vale para reaccionar sobre sí mismo. En el alarde de libertad, en el arranque de originalidad con que pretenden afirmar, frente al *coro,* su personalidad emancipada, obra quizá la sugestión del mismo oculto numen. *Genio* llamamos a esa libertad, a esa originalidad, cuando alcanzan tal grado que puede tenérselas por absolutamente verdaderas. Pero ¡cuán rara vez lo son en tal extremo, y cuántas la contribución con que el pensamiento individual parece aportar nuevos elementos al acervo común, no es sino una restitución de ideas lenta y calladamente absorbidas! Así, quien juzgara por apariencias materiales habría de creer que es la corriente de los ríos la que surte de agua a la mar, puesto que en ella se vierten, mientras que es de la mar de donde viene el agua que toman en sus fuentes los ríos.

## XXI

Este sortilegio de los demás sobre cada uno de nosotros explica muchas vanas apariencias de nuestra personalidad, que no engañan sólo a ojos ajenos, sino que ilusionan también a aquellos íntimos ojos con que nos vemos a nosotros mismos.

Porque a menudo la virtud penetrativa del ambiente no cala y llega hasta el centro del alma, donde, combinándose con nuestra originalidad individual, que tomaría de ella lo capaz de asociársele sin descaracterizarnos, en un proceso de orgánica asimilación, antes enriquecería que menoscabaría nuestra personalidad; sino que se detiene en lo exterior del alma, como una niebla, como un antifaz, como una túnica; nada más que apariencia, pero lo bastante

engañadora para que aquel mismo en cuya conciencia se interpone, la tenga por realidad y substancia de su sér. Debajo de ella queda la roca viva, la roca de originalidad, la roca de verdad; ¡acaso siempre, hasta la muerte ignorada!... En toda humana agrupación componen muy mayor número las almas que no tienen otro *yo* consciente y en acto que el ficticio, de molde, con que cada una de ellas coopera al orden maquinal del conjunto. Pero no por esto deja de existir potencialmente en ellas el real, el verdadero *yo,* capaz de revelarse y prevalecer en definitiva sobre el otro, —aunque no se singularice por la superior originalidad que es atributo del genio—, si cambia el medio en que transcurre la vida, y se sale de aquel a cuyo influjo prospera la falsa personalidad a modo de una planta parásita; o bien si el alma logra apartar de sí, por cierto tiempo, la tiranía del ambiente, con los reparos y baluartes de la soledad.

## XXII

El primero y más grande de los Tolomeos se propuso levantar, en la isla que tiene a su frente Alejandría, alta y soberbia torre, sobre la que una hoguera siempre viva fuese señal que orientara al navegante y simbolizase la luz que irradiaba de la ilustre ciudad. Sóstrato, artista capaz de un golpe olímpico, fue el llamado para trocar en piedra aquella idea. Escogió blanco mármol; trazó en su mente el modelo simple, severo y majestuoso. Sobre la roca más alta de la isla echó las bases de la fábrica, y el mármol fue lanzado al cielo mientras el corazón de Sóstrato subía de entusiasmo tras él. Columbraba allá arriba, en el vértice que idealmente anticipaba: la gloria. Cada piedra, un anhelo; cada forma rematada, un deliquio. Cuando el vértice estuvo, el artista, contemplando en éxtasis su obra, pensó que había nacido para hacerla. Lo que con genial atrevimiento había creado, era el Faro de Alejandría, que la antigüedad contó entre las siete maravillas del mundo. Tolomeo, después de admirar la obra del artista, observó que faltaba al monumento un último toque, y consistía en que su nombre de rey fuera esculpido, como sello que apropiase el honor de la idea, en encumbrada y bien visible lápida. Entonces Sóstrato, forzado a obedecer, pero celoso en su amor por el prodigio de su genio, ideó el modo de que en la posteridad, que concede la gloria, fuera su nombre y no el del rey el que leyesen las generaciones sobre el mármol eterno. De cal y arena compuso para la lápida de mármol una falsa superficie, y sobre ella extendió la inscripción que recordaba a Tolomeo; pero debajo, en la entraña dura y luciente de la piedra, grabó su propio nombre. La inscripción, que durante la vida del Mecenas fue engaño de su orgullo, marcó

luego las huellas del tiempo destructor; hasta que un día, con los despojos del mortero, voló, hecho polvo vano, el nombre del príncipe. Rota y aventada la máscara de cal, se descubrió, en lugar del nombre del príncipe, el de Sóstrato, en gruesos caracteres, abiertos con aquel encarnizamiento que el deseo pone en la realización de lo prohibido. Y la inscripción vindicadora duró cuanto el mismo monumento; firme como la justicia y la verdad; bruñida por la luz de los cielos en su campo eminente; no más sensible que a la mirada de los hombres, al viento y a la lluvia.

## XXIII

Un arranque de sinceridad y libertad que te lleve al fondo de tu alma, fuera del yugo de la imitación y la costumbre, fuera de la sugestión persistente que te impone modos de pensar, de sentir, de querer, que son como el ritmo isócrono del paso del rebaño, puede hacer en ti lo que la obra justiciera del tiempo verificó en la inscripción de la torre de Alejandría. Deshecho en polvo leve, caerá de la superficie de tu alma cuanto es allí vanidad, adherencia, remedo; y entonces, acaso por primera vez, conocerás la verdad de ti mismo. Despertarás como de un largo sueño de sonámbulo. Tu hastío y agotamiento son quizá, cual los de muchos otros, cosa de la personalidad ficticia con que te vistes para salir al teatro del mundo: es ella la que se ha vuelto en ti incapaz de estímulo y reacción. Pero por bajo de ella reposan, frescas y límpidas, las fuentes de tu personalidad verdadera, la que es toda de ti; apta para brotar en vida, en alegría, en amor, si apartas la endurecida broza que detiene y paraliza su ímpetu. Allí está lo *tuyo,* allí y no en el esquilmado campo que ahora alumbra el resplandor de tu conciencia. ¿Por qué llamas *tuyo* lo que siente y hace el espectro que hasta este instante usó de tu mente para pensar, de tu lengua para articular palabras, de tus miembros para agitarse en el mundo, cuyo autómata, es, cuyo dócil instrumento es, sin movimiento que no sea reflejo, sin palabra que no sea eco sumiso? ¡Ese no eres *tú!* ¡Ese que roba tu nombre no eres *tú!* ¡Ese no es sino una vana sombra que te esclaviza y te engaña, como aquella otra que, mientras duermes, usurpa el sitio de tu personalidad e interviene en desatinadas ficciones, bajo la bóveda de tu frente!

## XXIV

Hombres hay, muchísimos hombres, inmensas multitudes de ellos, que

mueren sin haber nunca conocido su sér verdadero y radical; sin saber más que de la superficie de su alma, sobre la cual su conciencia pasó moviendo apenas lo que del alma está en contacto con el aire ambiente del mundo, como el barco pasa por la superficie de las aguas, sin penetrar más de algunos palmos bajo el haz de la onda. Ni aun cabe, en la mayor parte de los hombres, la idea de que fuera posible saber de sí mismos algo que no saben. ¡Y esto que ignoran es acaso, la verdad que los purificaría, la fuerza que los libertaría, la riqueza que haría resplandecer su alma como el metal separado de la escoria y puesto en manos del platero!... Por ley general, un alma humana podría dar de sí más de lo que su conciencia cree y percibe, y mucho más de lo que su voluntad convierte en obra. Piensa, pues, cuántas energías sin empleo, cuántos nobles gérmenes y nunca aprovechados dones, suele llevar consigo al secreto cuyos sellos nadie profanó jamás, una vida que acaba. Dolerse de esto fuera tan justo, por lo menos, cual lo es dolerse de las fuerzas en acto, o en conciencia precursora del acto, que la muerte interrumpe y malogra. ¡Cuántos espíritus disipados en estéril vivir, o reducidos a la teatralidad de un papel que ellos ilusoriamente piensan ser cosa de su naturaleza; todo por ignorar la vía segura de la observación interior; por tener de sí una idea incompleta, cuando no absolutamente falsa, y ajustar a esos límites ficticios su pensamiento, su acción y el vuelo de sus sueños! ¡Cuán fácil es que la conciencia de nuestro sér real quede ensordecida por el ruido del mundo, y que con ella naufrague lo más noble de nuestro destino, lo mejor que había en nosotros virtualmente! ¡Y cuánta debiera ser le desazón de aquel que toca al borde de la tumba sin saber si dentro de su alma hubo un tesoro que, por no sospecharlo o no buscarlo, ha ignorado y perdido!

## XXV

Este sentimiento de la vida que se acerca a su término, sin haber llegado a convertir, una vez, en cosa que dure, fuerzas que ya no es tiempo de emplear ¿quién lo ha expresado como Ibsen, ni dónde está como en el desenlace de *Peer Gynt,* que es para mí el zarpazo maestro de aquel formidable oso blanco? Peer Gynt ha recorrido el mundo, llena la mente de sueños de ambición, pero falto de voluntad para dedicar a alguno de ellos las veras de su alma, y conquistar así la fuerza de personalidad que no perece. Cuando ve su cabeza blanca después de haber aventado el oro de ella en vana agitación, tras de quimeras que se han deshecho como el humo, este pródigo de sí mismo quiere volver al país donde nació. Camino de la montaña de su aldea, se arremolinan a su paso las hojas caídas de los árboles. "Somos, le dicen,

las palabras que debiste pronunciar. Tu silencio tímido nos condena a morir disueltas en el surco". Camino de la montaña de su aldea, se desata la tempestad sobre él; la voz del viento le dice: —"Soy la canción que debiste entonar en la vida y no entonaste, por más que, empinada en el fondo de tu corazón, yo esperaba una seña tuya". Camino de la montaña, el recío que, ya pasada la tempestad, humedece la frente del viajero, le dice: —"Soy las lágrimas que debiste llorar y que nunca asomaron a tus ojos: ¡necio si creíste que por eso la felicidad sería contigo!". Camino de la montaña, dícele la yerba que va hollando su pie: —"Soy los pensamientos que debieron morar en tu cabeza; las óbras que debieron tomar impulso de tu brazo; los bríos que debió alentar tu corazón". Y cuando piensa el triste llegar al fin de la jornada, el "Fundidor Supremo", —nombre de la justicia que preside en el mundo a la integridad del orden moral, al modo de la Némesis antigua—, le detiene para preguntarle dónde están los frutos de su alma, porque aquellas que no rinden fruto deben ser refundidas en la inmensa hornaza de todas, y sobre su pasada encarnación debe asentarse el olvido, que es la eternidad de la nada.

¿No es ésta una alegoría propia para hacer paladear por vez primera lo amargo del remordimiento a muchas almas que nunca militaron bajo las banderas del Mal? — ¡Peer Gynt!, ¡Peer Gynt!, tú eres legión de legiones.

## XXVI

. . . . . .

...Pero admito que sea algo que nazca de real desenvolvimiento de tu sér, y no un carácter adventicio, lo que se refleja presentemente en tu conciencia y se manifiesta por tus sentimientos y tus actos. Aun así, nada definitivo y absoluto te será lícito afirmar de aquella realidad, que no es, en ninguno de nosotros, campo cerrado, inmóvil permanencia, sino perpetuo llegar a ser, cambio continuo, mar por donde van y vienen las olas. El saber de sí mismo no arriba a término que permita jurar: "Tal soy, tal seré siempre". Ese saber es recompensa de una obra que se renueva cada día, como la fe que se prueba en la contradicción, como el pan que santifica el trabajo. Las tendencias que tenemos por más fundamentales y características de la personalidad de cada uno, no se presentan nunca sin alguna interrupción, languidez o divergencia; y aun su estabilidad como resumen o promedio de las manifestaciones morales ¡cuán distante está de poder confiar siempre en lo futuro; cuán distante de la seguridad de que la pasión que hoy soberanamente nos domina no ceda alguna vez su puesto a otra diversa o antagónica, que tras-

torne, por natural desenvolvimiento de su influjo, todo el orden de la vida moral! Quien se propusiera obtener para su alma una unidad absolutamente previsible, sin vacilaciones, sin luchas, padecería la ilusión del cazador demente que, entrando, armado de toda suerte de armas, por tupida selva del trópico, se empeñara, con frenético delirio, en abatir cuanta viviente criatura hubiese en ella, y cien y cien veces repitiera la feral persecución, hasta que un ruido de pasos, o de alas, o un rugido, o un gorjeo, o un zumbar cenzalino, le mostrasen otras tantas veces la imposibilidad de lograr completa paz y silencio. *Bosques de espesura* llamó a los hombres el rey don Alfonso el Sabio.

Hay siempre en nuestro espíritu una parte irreductible a disciplina, sea que en él prevalezca la disciplina del bien o la del mal, y la de la acción o la de la inercia. Gérmenes y propensiones rebeldes se agitan siempre dentro de nosotros, y su ocasión natural de despertar coincide acaso con el instante en que más firmes nos hallábamos en la pasión que daba seguro impulso a nuestra vida; en la convicción o la fe que la concentraban y encauzaban; en el sosiego que nos parecía haber sellado para siempre la paz de nuestras potencias interiores.

Filosofía del espíritu humano; investigación en la historia de los hombres y los pueblos; juicio sobre un carácter, una aptitud o una moralidad; propósito de educación o de reforma, que no tomen en cuenta, para cada uno de sus fines, esta complexidad de la persona moral, no se lisonjeen con la esperanza de la verdad ni del acierto.

## XXVII

...Pasó que, huésped en una casa de campo de Megara, un prófugo de Atenas, acusado de haber pretendido llevarse bajo el manto, para reliquia de Sócrates, la copa en que bebían los reos la cicuta, se retiraba a meditar, al caer las tardes, a lo esquivo de extendidos jardines, donde sombra y silencio consagraban un ambiente propicio a la abstracción. Su gesto extático algo parecía asir en su alma: dócil a la enseñanza del maestro, ejercitaba en sí el desterrado la atención del conocimiento propio.

Cerca de donde él meditaba, sobre un fondo de sauces melancólicos, un esclavo, un vencido de Atenas misma o de Corinto, en cuyo semblante el envilecimiento de la servidumbre no había alcanzado a desvanecer del todo un noble sello de naturaleza, se ocupaba en sacar agua de un pozo para verterla en una acequia vecina. Llegó la ocasión en que se encontraron las miradas

del huésped y del esclavo. Soplaba el viento de la Libia, producidor de fiebres y congojas. Abrasado por su aliento, el esclavo, después de mirar cautelosamente en derredor, interrumpió su tarea, dejó caer los brazos extenuados, y abandonando sobre el brocal de piedra, como sobre su cruz, el cuerpo flaco y desnudo: —"Compadéceme, dijo al pensador, compadéceme si eres capaz de lágrimas, y sabe, para compadecerme bien, que ya apenas queda en mi memoria rastro de haber vivido despierto, sino es en este mortal y lento castigo. ¡Ve cómo el surco de la cadena que suspendo, abre las carnes de mis manos; ve cómo mis espaldas se encorvan! Pero lo que más exacerba mi martirio es que, cediendo a una fascinación que nace del tedio y el cansancio, no soy dueño de apartar la mirada de esta imagen de mí que me pone delante el reflejo del agua cada vez que encaramo sobre el brocal el cubo del pozo. Vivo mirándola, mirándola, más petrificado, en realidad, que aquella estatua cabizbaja de Hipnos, porque ella sólo a ciertas horas de sol tiene los ojos fijos en su propia sombra. De tal manera conocí mi semblante casi infantil, y veo hoy esta máscara de angustia, y veré cómo el tiempo ahonda en la máscara las huellas de su paso, y cómo se acercan y la tocan las sombras de la muerte... Sólo tú, hombre extraño, has logrado desviar algunas veces la atención de mis ojos con tu actitud y tu ensimismamiento de esfinge. ¿Sueñas despierto? ¿Maduras algo heroico? ¿Hablas a la callada con algún dios que te posee?... ¡Oh, cómo envidio tu concentración y tu quietud! ¡Dulce cosa debe de ser la ociosidad que tiene espacio para el vagar del pensamiento!" — "No son éstos los tiempos de los coloquios con los dioses, ni de las heroicas empresas, (dijo el meditador); y en cuanto a los sueños deleitosos, son pájaros que no hacen nido en cumbres calvas... Mi objeto es ver dentro de mí. Quiero formar cabal idea y juicio de éste que soy yo, de éste por quien merezco castigo o recompensa...; y en tal obra me esfuerzo y peno más que tú. Por cada imagen tuya que levantas de lo hondo del pozo, yo levanto también de las profundidades de mi alma una imagen nueva de mí mismo; una imagen contradictoria con la que la precedió, y que tiene por rasgo dominante un acto, una intención, un sentimiento, que cada día de mi vida presenta, como cifra de su historia, al traerle al espejo de la conciencia bruñida por la soledad; sin que aparezca nunca el fondo estable y seguro bajo la ondulación de estas imágenes que se suceden. He aquí que parece concretarse una de ellas en firmes y precisos contornos; he aquí que un recuerdo súbito la hiere, y como las formas de las nubes, tiembla y se disipa. Alcanzaré al extremo de la ancianidad; no alcanzaré al principio de la ciencia que busco. Desagotarás tu pozo; no desagotaré mi alma. ¡Esta es la ociosidad del pensamiento!"... Llegó un rumor de pasos que se aproximaban; volvió el esclavo a su faena, el desterrado a lo suyo; y no se oyó más que la áspera quejumbre de la garrucha del pozo, mientras el sol de

la tarde tendía las sombras alargadas del meditador y el esclavo, juntándolas en un ángulo cuyo vértice tocaba al pie de la estatua cabizbaja de Hipnos.

## XXVIII

En verdad ¡cuán varios y complejos somos! ¿Nunca te ha pasado sentirte distinto de ti mismo? ¿No has tenido nunca para tu propia conciencia algo del desconocido y el extranjero? ¿Nunca un acto tuyo te ha sorprendido, después de realizado, con la contradicción de una experiencia que fiaban cien anteriores hechos de tu vida? ¿Nunca has hallado en ti cosas que no esperabas ni dejado de hallar aquellas que tenías por más firmes y seguras? Y ahondando, ahondando, con la mirada que tiene su objeto del lado de adentro de los ojos, ¿nunca has entrevisto, allí donde casi toda luz interior se pierde, alguna vaga y confusa sombra, como de *otro que tú*, flotando sin sujeción al poder de tu voluntad consciente; furtiva sombra, comparable a esa que corre por el seno de las aguas tranquilas cuando la nube o el pájaro pasan sobre ellas?

¿Nunca, apurando tus recuerdos, te has dicho: si aquella extraña intención que cruzó un día por mi alma, llegó hasta el borde de mi voluntad y se detuvo, como en la liza el carro triunfador rasaba la columna del límite sin tocarla; si aquel rasgo inconsecuente y excéntrico que una vez rompió el equilibrio de mi conducta, en el sentido del bien o en el del mal, hubieran sido, dentro del conjunto de mis actos, no pasajeras desviaciones, sino nuevos puntos de partida ¡cuán otro fuera ahora yo; cuán otras mi personalidad, mi historia, y la idea que de mí quedara!?

## XXIX

Ni la más alta perfección moral asequible, que importa la concordia de las tendencias inferiores subordinadas a la potestad de la razón; ni la más primitiva sencillez, que muestra, persistiendo en la conciencia humana, el vestigio de la línea recta y segura del instinto; ni la más ciega y pertinaz pasión, que absorbe toda el alma y la mueve, mientras dura la vida, en un solo arrebatado impulso, tienen fuerza con que prevalecer sobre lo complejo de nuestra naturaleza hasta el punto de anular la diversidad, la inconsecuencia y la contradicción, que se entrelazan con las mismas raíces de nuestro sér.

¿Hay límpida y serena conciencia por la que no haya pasado la sombra

de algún instante infiel al orden que componen los otros?... Levantémonos a la cumbre sublime donde se tocan lo divino y lo humano. Subamos hasta Jesús e interroguémosle. En la vía de su amor infinito hubo también cabida para la desesperanza, el desánimo y el tedio. Volviendo de la Pascua, y ya en el umbral de su pasión, el Redentor llegó al monte de los Olivos... Y allí una mitad de su alma peleó contra la otra; allí fue la angustia de la duda, y el sudor de muerte, y la rebelión que amaga, desde lo hondo de las entrañas mortales, a la parte que es puro amor y vida; allí fue el hesitar de que estuvo pendiente, en el momento más solemne y trágico del mundo, si el mundo iba a levantarse a la luz o a desplomarse en la sombra. ¿Quién, si recuerda esto, creerá accesible a sus fuerzas una eterna lucidez y constancia en la voluntad del bien? La palabra de Kempis enseña a los confiados cómo el desprecio de la tentación es vanidad en los más justos. "Jamás, dice ese penetrante asesor de los que creen, conocí hombre tan piadoso que no tuviera intermisión en el consuelo divino".

Y así como en el orden celeste de la vida del santo, la disonancia se da también en el alma del héroe primitivo y candoroso, que corre desatada, como la piedra por la pendiente, en derechura a su objeto; y en el alma simple del rústico, cuya mente gira dentro de una mínima complejidad de tendencias y necesidades. La fiereza de Aquiles se deshace en lágrimas de misericordiosa ternura cuando Príamo se postra a sus plantas. Sancho no parece él mismo, pero lo *es*: —lo es con esa identidad que nace de imitación de la naturaleza, y no de regularidad artificiosa—, en pasos como el del inmortal abandono de su ínsula.

Frente al *hecho revelador,* según el cual el entendimiento lógico de Taine, pretendió inferir de un acto aislado la noción entera de un carácter: por un solo hilo, la trama completa de una personalidad; frente al *hecho revelador* y limitando la eficacia de aquel procedimiento, se reproduce, harto a menudo, en la existencia humana, el hecho que podemos llamar *contradictorio*: el hecho en que la personalidad de cada uno se manifiesta bajo una faz divergente o antitética de aquella que predomina en su carácter y mira al norte de su vida.

## XXX

La visión intuitiva y completa de un alma personal, de modo que, junto con la facultad que constituye su centro, junto con la tendencia dominante que le imprime sello y expresión, aparezca, en la imagen que se trace de ella, el

coro de los sentimientos e impulsos secundarios: la parte de vida moral que se desenvuelve más o menos separadamente de aquella autoridad, nunca absoluta, es la condición maestra en el novelador y el poeta dramático que imaginan nuevas almas, y en el historiador que reproduce o interpreta las que fueron. Pero sólo hasta cierto punto puede el arte reflejar lo que en la complexidad personal hay de contradictorio y disonante, porque está en la propia naturaleza de la creación artística perseguir la armonía y la unidad, y reducir la muchedumbre de lo desordenado y disperso a síntesis donde resplandezca en su esencia la substancia que la realidad presenta enturbiada por accidentes sin valor ni fuerza representativa.

La diversidad de elementos que el artista cuida de reunir en torno a la nota fundamental de un carácter, para apartarle del artificio y la abstracción, componen, por necesidad intrínseca del arte, una armonía más perfecta que la que se realiza en el complexo del carácter real. Y sin embargo: cuando un gran creador de caracteres, dotado del soberano instinto de la verdad humana, presta su aliento a un personaje de invención y hace que hierva en él, abundante y poderosa, la vida, lo disonante y lo contradictorio tienen bríos para manifestarse, como por la propia fuerza de la verdad de la concepción; y se manifiestan sin ser causa de disconveniencia en el efecto artístico, sin menguar su intensidad: antes bien realzándola por la palpitante semejanza de la ficción del arte con la obra de la naturaleza. Tal pasa en el inmenso mundo de Shakespeare, el más pujante alfarero del barro humano; cuyas criaturas, movidas por el magnetismo de una enérgica y bien caracterizada pasión, que las hace inmortalmente significativas, muestran al propio tiempo toda la contradición e inconstancia de nuestro ser, alternando el fulgor del ideal con la turpitud del apetito, nobleza olímpica con rastrera vulgaridad, impulsos heroicos con viles desfallecimientos.

Te hablaba, hace un instante, del Redentor del mundo. Pues bien: la impresión de realidad *humana,* aunque única y sublime; el interés hondísimo que para nosotros nace de ver cómo de mortales entrañas irradia y se sustenta tan inefable luz, no serían tales, en la figura que esculpe con poética eficacia la palabra candorosa de los evangelistas, sin inconsecuencias que no se concilian con la igualdad inalterable que es de la esencia del dios: igualdad capaz de abismar nuestra mente, de exaltarnos a la adoración, de fascinarnos y humillarnos, mas no de suscitar el conmovido sentimiento de humana simpatía con que reconocemos la palpitación de nuestra naturaleza, en aquel que la inventó más alto que todos, cuando su esperanza se eclipsa en el huerto de los olivos; cuando su constancia padece tentación en la cumbre de la montaña; cuando su mansedumbre se agota, y el látigo movido por su mano, en un arranque que parece de Isaías, restalla sobre la frente de los mercade-

res; cuando la desesperación del hambre burlada le muerde en la carne mortal, y lanza un anatema sin razón ni sentido sobre la higuera sin fruto; cuando la esperanza vuelve a huirle, en la cruz, y reconviene al Padre que le ha abandonado... Por inconsecuencias como éstas, por discordancias como éstas, hay naturalidad, hay verdad, siéntese el calor y aroma de la vida, en el más grande y puro de los hombres.

## XXXI

La infinita y desacordada variedad de las cosas y los acontecimientos multiplica la ocasión de que nuestra desigualdad radical dé muestra de sí. Y a la influencia de lo que ocurre en torno de nosotros, únense acaso, para ello, otras más lejanas y escondidas... Nuestra alma no está puesta en el tiempo como cavidad de fondo cerrado e incapaz de dar paso a la respiración de lo que queda bajo de ella. Hemos de figurárnosla mejor como abismal e insondable pozo, cuyas entrañas se hunden en la oscura profundidad del tiempo muerto. Porque el alma de cada uno de nosotros es el término en que remata una inmensa muchedumbre de almas: las de nuestros padres, las de nuestros abuelos; los de la segunda, los de la décima, los de la centésima generación...; almas abiertas, en lo hondo del tiempo, unas sobre otras, hasta el confín de los orígenes humanos, como abismos que uno de otro salen y se engendran; y a medida que se desciende, truécase en dos abismos cada abismo, porque cada alma que nace viene inmediatamente de dos almas. Debajo de la raíz de tu conciencia, y en comunicación siempre posible contigo, flota así la vida de cien generaciones. Todas las que pasaron de la realidad del mundo, persisten en ti de tal manera; y por el tránsito que tú les das al porvenir mediante el alma de tus hijos, gozan vida inmortal, en cuanto perpetúan la esencia y compendio de sus actos, a que se acumulará la esencia y compendio de los tuyos. ¿Qué es el misterioso mandato del instinto, que obra en ti sin intervención de tu voluntad y tu conciencia, sino una voz que, propagándose a favor de aquellos pozos comunicantes, sube hasta tu alma, desde el fondo de un pasado inmemorial, y te obliga a un acto prefijado por la costumbre de tus progenitores?

Pero otros ecos, no constantes ni organizados, como los del instinto, y que se anuncian por manifestaciones más personales de la actividad interior, ¿no llegan tal vez a nuestra alma, de abismos remotos o cercanos: los ecos del pensar y el sentir de mil abuelos, esparcidos por diversas partes del mundo, vinculados a distintos tiempos, modelados por los hábitos de cien

diferentes vocaciones y ejercicios; pastores y guerreros, labradores y navegantes, amos y siervos, devotos de unos y otros dioses; y estos ecos, que acaso nunca llegan a fundirse en unidad perfecta y armónica, por enérgica que sea la fuerza concertante de la propia personalidad y por convergentes que acierten a ser alguna vez las virtualidades que se acumulan en herencia; estos ecos, digo, ¿no darán razón de muchas de las disonancias y contradicciones de nuestra vida moral?... Yo los imagino de modo que, ya alimentan un perpetuo conflicto, que la conciencia refleja sin saber su causa e impulso; ya sólo se manifiestan en lucha sorda y subterránea, que apenas percibe la conciencia, hasta que tal vez un eco, destacado de entre los otros, brota de súbito en idea y mueve el corazón y la voluntad, produciendo una de esas divergencias de nuestro ser usual, a que, adecuada y expresivamente, solemos dar nombre de *ráfagas*, en las que nos desconocemos a nosotros mismos.

Ráfagas: sugestión melancólica, estremecimiento de religiosidad, arranque de heroísmo, tentación perversa, relámpago de inspiración, asomo de locura: mil cosas vagas e incongruentes, sueño que surgen, de este modo, del secreto del alma, apartándonos por un instante de la pauta de la vida común, para perderse luego en la igualdad y consecuencia de las horas que no conocen ímpetu rebelde. Somos, en esas ocasiones extrañas, como quien, sentado al borde de un abismo, sintiera llegar de sus profundidades misteriosas, rompiendo el silencio en que se escudan, ya un temeroso trueno, ya un vago són de campanas, ya un lastimero ¡ay!, ya un murmullo de alas, ya el rumor de la avenida de un río.

## XXXII

¡Nuestra complejidad, nuestra instabilidad moral, nuestra multitud de formas virtuales que una leve moción exterior basta a veces para levantar a lo activo y aparente del alma! ¡De cuán diversas maneras puede considerarse este pensamiento, y cuán fecundo y sugestivo es! Para el *dilettante* sólo ofrece alicientes de curiosa delectación y vagabundez agradable; para el asceta y el estoico, es pensamiento de pavor, que trae la imagen de las movedizas arenas sobre que se asienta nuestra unidad personal, que ellos aspiran a afirmar en base de bronce. Pero quien concibe la vida, a diferencia del *dilettante*, como acción real; a diferencia del estoico y el asceta, como rectificación y tránsito constantes, valora cuánto hay de propicio y ventajoso en la multiplicidad de nuestro fondo íntimo.

La concurrencia, en una organización individual, de aspectos opuestos, de modos de sensibilidad contradictorios; la manifestación simultánea o la alternada sucesión, dentro de la unidad de una conciencia, de elementos ordinariamente separados, es poderoso fermento de originalidad, del que a menudo vienen visiones nuevas de las cosas; percepción de relaciones imprevistas; estímulos de investigación y libertad; maneras de ver y de sentir que acaso entrañan una innovación consistente y fecunda, capaz de comunicarse a los otros: *variación espontánea* que, en el desenvolvimiento de la sociedad como se ha supuesto en el de las especies naturales, propone y hace prevalecer un tipo nuevo. La concordia, o la perenne reacción, de los contrarios, suele ser el secreto de las originalidades superiores. Cien espíritus habrá en quien los divergentes impulsos de la creencia y el deseo, mantendrán indefinidamente la estéril anarquía de la indecisión y de la duda; y otros ciento que resolverán esta anarquía por la vuelta a la sugestión más poderosa entre las que obren con la sociedad y la herencia: por el triunfo de una idea o inclinación de esas que rivalizan dentro de ellos sin modificarla ni ensancharla en nada; reduciendo en adelante los atrevimientos de las demás a desviaciones efímeras y vanas; pero habrá un espíritu que, de la lucha y competencia interior, se levantará a un plano más alto, a una posición ignorada y descubridora de horizontes; ya sea esto en la esfera de la inteligencia, por el hallazgo de una síntesis, de una teoría o de un estilo; ya sea en la esfera de la vida moral, por el ejemplo de un sesgo desusado en la acción y la conducta.

## XXXIII

Para quien siente en sí la necesidad de una reforma íntima; para quien ha menester quebrantar el hábito o inclinación que tiene bajo yugo a su personalidad moral; para quien ve agotadas las energías que de sí mismo conoce, lo complejo y variable de nuestra naturaleza es prenda de esperanza, es promesa dichosa de levante y regeneración. Porque, supuesto cierto poder avizorador y directivo de la voluntad para contener o alentar los movimientos de esa espontaneidad infinita, es a ellos a quien se debe que seamos capaces de libertarnos y de renovarnos. Cada una de las desviaciones o disonancias de un momento: ráfaga de entusiasmo que calienta el ambiente de una vida apática; acierto o intuición que rasga las sombras de una mente oscura y torpe; vena de alegría que brota en un vasto erial de horas tristes; inspiración benéfica que interrumpe la unidad de una existencia consagrada al mal: cada una de estas desviaciones de un momento, es como un claro

que se abre de improviso sobre un horizonte de bonanza, y ofrece, para la reacción redentora de la voluntad, un punto de partida posible. Observar y utilizar tales disonancias, es resorte maestro en la obra del cultivo propio. Y aun cuando la atención y la voluntad no detengan ante ellas el paso... La veleidad dichosa, el momento rebelde, se pierden entonces en el olvido y la sombra, y se reanuda el tenor usual de existencia. —¿Es que han pasado para no volver?—. ¡Quién sabe! ¡Cuántas veces han vuelto...; han vuelto de esa profundidad ignorada de uno mismo, donde vagaron por misteriosos rumbos; y su reaparición no ha sido sólo el eco que vanamente suena en la memoria, ni nueva veleidad que anima el soplo de un instante, sino ya impulso eficaz, voluntad firme y duradera, nuncio de redención, aurora de nueva vida!

Las más hondas transformaciones morales suelen anunciarse, muy antes de llegar, por uno de estos momentos que no dejan más huella que un relámpago, y que confundimos con la muchedumbre de nuestras efímeras inconsecuencias: oscuro y desconocido precursor, profeta sin signo visible, que pasa, allá adentro, envuelto en la corriente del vulgo.

## XXXIV

Mira la soledad del mar. Una línea impenetrable la cierra, tocando al cielo por todas partes menos aquella en que el límite es la playa. Un barco, ufano el porte, se aleja, con palpitación ruidosa, de la orilla. Sol declinante; brisa que dice "¡vamos!"; mansas nubes. El barco se adelanta, dejando una huella negra en el aire, una huella blanca en el mar. Avanza, avanza, sobre las ondas sosegadas. Llegó a la línea donde el mar y el cielo se tocan. Bajó por ella. Ya sólo el alto mástil aparece; ya se disipa esta última apariencia del barco. ¡Cuán misteriosa vuelve a quedar ahora la línea impenetrable! ¿Quién no la creyera, allí donde está, término real, borde de abismo? Pero tras ella se dilata el mar, el mar inmenso; y más hondo, más hondo, el mar inmenso aún; y luego hay tierras que limitan, por el opuesto extremo, otros mares; y nuevas tierras, y otras más, que pinta el sol de los distintos climas y donde alientan variadas castas de hombres: la estupenda extensión de las tierras pobladas y desiertas, la redondez sublime del mundo. Dentro de esta inmensidad, hállase el puerto para donde el barco ha partido. Quizás, llegado a él, tome después caminos diferentes entre otros puntos de ese campo infinito, y ya no vuelva nunca, cual si la misteriosa línea que pasó fuese de veras el vacío en donde todo acaba... Pero he aquí que, un día, con-

sultando la misma línea misteriosa, ves levantarse un jirón flotante de humo, una bandera, un mástil, un casco de aspecto conocido... ¡Es el barco que vuelve! Vuelve, como el caballo fiel a la dehesa. Acaso más pobre y leve que al partir; acaso herido por la perfidia de la onda; pero acaso también, sano y colmado de preciosas cosechas. Tal vez, como en alforjas de su potente lomo, trae el tributo de los climas ardientes: aromas deleitables, dulces naranjas, piedras que lucen como el sol, o pieles suaves y vistosas. Tal vez, a trueque de las que llevaba, trae gentes de más sencillo corazón, de voluntad más recia y brazos más robustos. ¡Gloria y ventura al barco! Tal vez, si de más industriosa parte procede, trae los forjados hierros que arman para el trabajo la mano de los hombres; la tejida lana; el metal rico, en las redondas piezas que son el acicate del mundo; tal vez trozos de mármol y de bronce, a que el arte humano infundió el soplo de la vida, o mazos de papel donde, en huellas de diminutos moldes, vienen pueblos de ideas. ¡Gloria, gloria y ventura, al barco!

## XXXV

Fija tu atención, por breve espacio, un pensamiento; lo apartas de ti, o él se desvanece por sí mismo; no lo divisas más; y un día remoto reaparece a pleno sol de tu conciencia, transfigurado en concepción orgánica y madura, en convencimiento capaz de desplegarse con toda fuerza de dialéctica y todo ardimiento de pasión.

Nubla tu fe una leve duda; la ahuyentas, la disipas; y cuando menos la recuerdas, torna de tal manera embravecida y reforzada, que todo el edificio de tu fe se viene, en un instante y para siempre, al suelo.

Lees un libro que te hace quedar meditabundo; vuelves a confundirte en el bullicio de las gentes y las cosas; olvidas la impresión que el libro te causó; y andando el tiempo, llegas a averiguar que aquella lectura, sin tú removerla voluntaria y reflexivamente, ha labrado de tal modo dentro de ti, que toda tu vida espiritual se ha impregnado de ella y se ha modificado según ella.

Experimentas una sensación; pasa de ti; otras comparecen que borran su dejo y su memoria, como una ola quita de la playa las huellas de la que la precedió; y un día que sientes que una pasión, inmensa y avasalladora, rebosa de tu alma, induces que de aquella olvidada sensación partió una oculta cadena de acciones interiores, que hicieron de ella el centro obedecido y amparado por todas las fuerzas de tu sér: como ese tenue rodrigón de un

hilo, a cuyo alrededor se ordenan dócilmente las lujuriosas pompas de la enredadera.

Todas estas cosas son el barco que parte, y desaparece, y vuelve cargado de tributos.

Y es que nuestro espacio interior, ese de que decíamos que parece acabar donde acaba la claridad de la conciencia, como semeja la espaciosidad del mar tener por límite la línea en que confina con el cielo, es infinitamente más vasto, y abarca inmensidades donde, sin nuestro conocimiento y sin nuestra participación, se verifican mil reacciones y transformaciones laboriosas, que, cuando están consumadas y en su punto, suben a la luz, y nos sorprenden con una modificación de nuestra personalidad, cuyo origen y proceso ignoramos; como se sorprendería, si tuviese conciencia, la larva, en el momento de salir de su clausura y desplegar al sol alas que ha criado mientras dormía.

Allí, en ese obscuro abismo del alma, habitan cosas que acaso creemos desterradas de ella sin levante, y que esperan en sigilo y acecho: el instinto brutal que, domado, al parecer, en la naturaleza del malvado o el bárbaro, se desatará, llegando la ocasión, en arrebato irrefrenable; y el sentimiento de rectitud de aquel que, ofuscado por la pasión, cayó en la culpa, y ha de volver al arrepentimiento; y el impulso de libertad del esclavo que se habitúa a la cadena y yace en soporosa mansedumbre, hasta que, un día, todos sus agravios desbordan en uno de su pecho, y se iergue delante del tirano.

Allí duermen, para despertar a su hora, cosas que vienen de aún más lejos: la predisposición heredada, que, a la misma edad en que ocupó el alma del abuelo o el padre, a la misma edad se manifiesta y reproduce: la fatídica aparición de los *Espectros;* y esas impresiones de la infancia que, desvanecidas con ella, reaparecen en la madurez como centro o estímulo de una conversión que persevera hasta la muerte: así la emoción de Tolstoy niño ante la piedad de Gricha el vagabundo.

De allí, de esa obscuridad, soplan las intuiciones súbitas del genio, las inspiraciones del artista, las profecías del iluminado, que adivinan belleza o verdad sin saber cómo, por una elaboración interior de que no tienen más conciencia que de los cambios que se desenvuelven en las entrañas de la tierra De allí también vienen esas tristezas sin objeto y esas alegrías sin causa, que el tiempo suele descifrar después, certificando los anuncios del oráculo íntimo, como el presentimiento de una calamidad o la anticipada fruición de una ventura.

"*El Mercader de Venecia.* —No acierto a entender por qué estoy triste. "Mi tristeza me enfada a mí como a vosotros; pero no sé lo que es, ni dónde

"tropecé con ella, ni de qué origen mana. Hasta tal punto me ha enajenado "la tristeza, que no me reconozco a mí mismo.

"*Salarino.* —Tu pensamiento se inquieta sobre el Océano, donde tus "naves, con sus pomposas velas, como señoras o ricas ciudadanas de las ondas, "dominan a las barcas de los pequeños traficantes, que reverentemente las "saludan al pasar.

"*El Mercader.* —No creas que sea ésa la causa. No he puesto mi for- "tuna en una sola nave, ni en un solo puerto; ni pende todo mi caudal de "las ganancias de este año. No nace de negocios mi melancolía.

"*Salarino.* —¿Nace entonces de amor?

"*El Mercader.* —Calla, calla...

"*Salarino.* —¿Tampoco nace de amor? Digamos, pues, que estás triste "porque no estás alegre, del mismo modo que si dieras en reír y saltar, y "dijeses luego que estabas alegre porque no estabas triste".

Cualquiera idea, sentimiento o acto tuyo, aun el más mínimo, puede ser un punto de partida en ese abismo a que tu vista íntima no alcanza. Lo que, olvidado, se sumerge en él, es quizá como el barco que se desorienta y pierde, y destrozado por las iras del piélago, ya no vuelve más; pero, a menudo también, es como el barco que vuelve, colmado de tesoros. La fuerza de transformación y de fomento que mora en aquella profundidad, es infinita. Por eso, en el principio de las más grandes pasiones, y de los empeños más heroicos, no se suele encontrar sino esas indefinibles vaguedades, esos tímidos amagos, esos pálidos vislumbres, esos perezosos movimientos, que aun cuando no los ponga bajo su amparo la atención, ni vengan a excitarlos nuevas provocaciones de las cosas, toman por sí mismos portentoso vuelo con sólo el calor y la humedad de la tierra pródiga y salvaje que se dilata bajo la raíz de nuestra vida consciente.

. . . . . .

Son los infinitamente pequeños del pensamiento y la sensibilidad; las pulvículas que flotan, innumerables y dispersas, en nuestro ambiente íntimo; los vagos ecos que la conciencia escucha algunas veces, como venidos de un hervor subterráneo; gérmenes o despojos que representan, con relación al sentimiento neto, actual y definido, lo que para el chorro de agua del surtidor el polvo húmedo que de él se desprende y le rodea.

El sutil y ejercitado atalayador de sí mismo, los trae al campo de la observación; y cuando el psicólogo por los procedimientos del arte, se aventura en las reconditeces de la conciencia y saca a luz lo del más obscuro

fondo, ellos aparecen, como los corpúsculos del aire si un rayo de sol cruza por entre sus inarmónicas danzas. Así cuando Sterne, el imaginador de *Tristam Shandy,* descubre con su lente humorística la imperceptible operación del hecho nimio y desdeñado, dentro del alma y en la vida de cada uno, y su repercusión en las de los otros, y sus asociaciones, y su engrandecimiento; como quien siguiera a la burbuja levísima desde que se disuelve en el aire y entra a hacer parte de invisible vaporación, hasta que nace y campa, preñada de tormentas, la nube; o bien, cuando Marivaux, docto en mil menudencias arduas y preciosas, observa, como tras un vidrio de aumento, los inciertos albores de una pasión, el relampagueo de las intenciones, la gradación de los afectos, el vaivén de la voluntad vacilante, las gracias del amor que a sí propio se ignora; el tránsito, apenas discernible, de la indiferencia al amor, o del amor al desvío; todo el *quizá,* todo el *casi,* todo el *apenas,* del alma.

. . . . . .

Lo que nos parece instantáneo, improviso, y como comunicado por una potestad superior, en las bruscas transformaciones de nuestra vida moral, no es, la mayor parte de las veces, sino el resultado visible, la tardía madurez, de una acción larga y lentamente desenvuelta en el abismo interior, teniendo por principio y arranque una moción levísima. De aquí que baste, a menudo, otra moción no menos leve, una vaga y sutil excitación, un delicado toque, para provocar el estallido con que se desemboza nuevo modo de ser, nueva existencia: la obra estaba a punto de cuajar y no aguardaba más que un rasguño que la estimulara.

"Nada hay vil en la casa de Júpiter", decían los antiguos. Parodiándolo, digamos: "Nada hay nimio o insignificante en la casa de Psiquis".

## XXXVI

Pero aun en lo exterior del mundo, aun en los desenvolvimientos y transformaciones que se verifican dentro de esa capacidad, real o ilusoria, que queda fuera de nosotros, ¿es que existe, en rigor, hecho que pueda ser desdeñado por pequeño? ¿Qué clasificación es esta que nos autoriza a dividir las cosas que pasan, en pequeñas y grandes, en trascendentales y vanas, según nuestra limitadísima inferencia? Para graduar un hecho de pequeño, con certidumbre de lo que juzgamos, habríamos de abarcar, y tener presente en su unidad, la infinita máquina del universo, donde tal hecho está incluido

y obra de concierto con todo. ¡Pequeño para quien lo mira pasar es, acaso, un hecho que, en el blanco adonde vuela disparado por la oculta potestad que rige las cosas, ha de embestir y dislocar a un mundo! ¡Pequeño es un movimiento que aparta, en grado infinitesimal, del punto en que tropezarían, dos fuerzas cuyo encuentro sería el caos! ¡Pequeña es una arista que, esforzando la atención, descubres en el viento, y que va tal vez enderezada a volcar el trono de un dios!... Y cuenta que no hablo ahora del hecho cuya pequeñez, acumulada a la de otros que lo reproducen, como los granos de arena en la clepsidra, se suma, al cabo del tiempo, en cosas grandes; sino de aquel que comparece, solitario y único, y que, por la ocasión en que llega, por el punto del tiempo que ocupa, decide de inmediato, con su impulso levísimo, la dirección de una columna inmensa de destinos humanos: al modo como un suave soplo de viento, o la mano de un niño, cambian de posición a esas rocas movedizas que, sin la instabilidad de su equilibrio, resistirían al brazo de un titán.

. . . . . .

Allá, en el norte de América, hay una estupenda fuerza organizada; cuerpo en que participan dos naturalezas: manos de castor, testuz de búfalo; imperio por el poderío, república por la libertad. Este organismo es el resultado en que culminan sentimientos y hábitos que una raza histórica elaboró, del otro lado del Océano, en el transcurso de su desenvolvimiento secular. Pero a la raza le eran precisos nuevo ambiente, tierra nueva, y los tuvo. ¿Cómo fue que esta tierra quedó reservada para aquella simiente? ¿Qué hay en la base de esa montaña de la voluntad, pueblo de nuevas magias y prodigios, que, donde no amor, inspira admiración, y donde no admiración, inspira asombro? Hay un vuelo de pájaros.

Sesenta días después de la partida, las naves de Colón cortaban el desierto mar con rumbo al occidente. Quietas las aguas. Nada en el horizonte, igual y mudo, como juntura de unos labios de esfinge. Tedio y enojo en el corazón de la plebe. La fe del visionario hubiera prolongado aquel rumbo a lo infinito, sin sombra de cansancio; y bastaba que lo prolongase sólo algunos días para que las corrientes le llevaran a tierra más al norte del Golfo. Sujetaba apenas las iras de su gente, cuando he aquí que, una tarde, Alonso Pinzón, escrutando la soledad porfiada, ve levantarse, sobre el fondo de oro del crepúsculo, una nube de pájaros que inclina la curva de su vuelo al sudoeste y se abisma de nuevo en la profundidad del horizonte. Tierra había, sin duda, allí donde, al venir la noche, se asilaban los pájaros: las naves, corrigiendo su ruta, tomaron al instante la dirección que les marcaba aquel vuelo. Sin él, es fundada presunción de Washington Irving, que a la

Carolina o la Virginia futuras, y no a la humilde Lucaya, hubiera tocado recibir el saludo de la flota gloriosa. Entonces, señoreado el pendón de Castilla del macizo inmenso de tierra que quita espacio a dos océanos antes de estrecharse en la combada columna del suelo mejicano, fuera allí donde se desarrollara preferentemente la epopeya de los conquistadores, que llevó su impulso hacia el sur. Pero Walter Raleigh, los puritanos, la república, tuvieron por amparo profético, el paso de unas aves. ¡Leve escudo de gigantes destinos! Si en el desenvolvimiento de esas ondas enormes de hechos e ideas, que marcan los rumbos de la historia, vuelos de pájaros deciden así del reparto y el porvenir de los imperios, ¡qué mucho que, con igual arbitrio sobre los hados de la existencia individual, vuelos de pájaros sean, a menudo, origen de cuanto la encumbra o abate; vuelos de pájaros el encendimiento del amor, la vocación del heroísmo, el paso de la dicha; vuelos de pájaros la gloria que se gana y la fe que se pierde!

## XXXVII

Imaginemos en el árbol a punto de dar fruto, una personalidad, una conciencia. La conciencia del árbol escoge entre las semillas que promete la madurez de la flor; y predestina, las unas, a perderse; las otras, a mantenerse y dilatar en torno suyo su casta. Al lugar de estas últimas hace afluir, con exquisito esmero, lo mejor de la savia, la más delicada industria de la fuerza vital, para tejer al germen escogido cubierta que le abrigue y proteja. Elabora fuerte y acabada semilla; la rodea primorosamente de la carne del fruto. De esta manera piensa haber asegurado el logro de aquel germen, en que fía su esperanza de inmortalidad; mientras los otros, que olvida y desampara, sólo adquieren, por inercia o costumbre de las fuerzas del árbol, débiles y mal provistas envolturas. Pero no es sólo el adecuado acondicionamiento del germen lo que determina sus probabilidades de lograrse: acaso el fruto donde se esconde el germen preferido, es arrancado del árbol por una mano codiciosa, o acaso se deposita la semilla de ese fruto en tierra ingrata; mientras el aire, con su soplo, recoge del suelo la semilla desprendida del fruto abandonado y mal hecho, y la lleva adonde ella encuentre tierra propicia, y abrigo y humedad, que acojan amorosamente al germen desheredado por el árbol y erijan, en aquel sitio, el árbol nuevo; quizá la selva, con el transcurso de los años. Estas semillas, obra de la fuerza inconsciente de mi árbol, y objeto para él de menosprecio y abandono, significan los actos que, cada día de nuestra existencia, realizamos automática o negligentemente y sin ninguna idea de sus vuelos posibles. Apuramos los recursos

de nuestra intención para asegurar la eficacia de actos en que ciframos nuestros anhelos y esperanzas; desdeñamos los otros. Pero todo acto tiene entrañado un germen invisible; en todos ellos se encierra el punto vital, minúsculo diseño de la planta futura. El viento, el polvo, el agua, el séquito oficioso de la fatal Naturaleza, deciden de la suerte de las semillas descuidadas, que pueden ser vanos despojos; que pueden ser la selva ingente... ¿A cuál de las semillas estará vinculado, en su nacer, el nuevo árbol? ¿Con qué acto mío arrojo, quizá, al viento que pasa, el germen de mi porvenir?

## XXXVIII

Y así como no hay acto cuya vanidad sea segura con relación a la vida del que, voluntaria o indeliberadamente, lo realiza, tampoco le hay que no pueda dejar huella en la conciencia o el destino de los otros hombres. Con cada uno de nuestros actos, aun los más ligeros, triviales y ajenos de intención, no sólo proponemos un punto de partida para un encadenamiento capaz de prolongarse y conducir a no esperado término dentro de nuestra existencia, sino que le proponemos también para encadenamientos semejantes fuera de nosotros. Porque todo acto nuestro, por nimio que parezca, tiene una potencia incalculable de difusión y propaganda. No hay entre ellos ninguno que esté absolutamente destituido de ese toque magnético que tiende a provocar la imitación, y luego, a persistir en quien lo imita, por esa otra imitación de uno mismo que llamamos costumbre. Hacer tal o cual cosa es siempre propender, con más o menos fuerza, a que la hagan igual todos aquellos que la ven y todos aquellos que la oyen referir. Y esto no es sólo cierto de los actos mínimos de una voluntad grande y poderosa: es una radical virtud del acto, que, sin saberlo ni los que la ejercen ni los que la sufren, puede estar adscrita a un movimiento del ánimo del niño, del mendigo, del débil, del necio, del vilipendiado.

Además, el valor de aquello que se hace o se dice, como influencia que entra a desenvolverse en lo interior del alma de otro, ¿quién lo calculará con fijeza si no es conociendo hasta en sus ápices la situación peculiar de esta alma, dentro de la cual una moción levísima, y en un sentido indiferente para los demás, puede ser la causa que rompa el orden en que ella reposaba, o que, por el contrario, lo restablezca y confirme, por misteriosamente fatal o misteriosamente oportuna?

Hablaban los viejos moralistas del farisaísmo en el escándalo, y lo encontraban allí donde el hecho inocente es acusado de ejemplo tentador. Pero

¿quién sabe qué fondo de verdad personal no habría a menudo en estas acusaciones sospechadas de fingidas y pérfidas, si se piensa en la inextricable repercusión de una palabra o una imagen que entran a provocar los ecos extraños y los falaces reflejos de Psiquis?... Otro tanto pasa con el génesis arcano del amor, de la fe, del odio, de la duda... Porque nada de lo que obra de afuera sobre el alma la mueve como al cuerpo inanimado, cuyo movimiento puede preverse con exactitud, sabidas su resistencia invariable y la energía del móvil. Carácter de las reacciones de la vida es la espontaneidad, que establece una desproporción constante entre el impulso exterior y los efectos del impulso; y esta desproporción puede llegar a ser inmensa...

Una palabra... un gesto... una mirada... El rayo que fulmina no es más certero y súbito que suelen serlo esas cosas sobre el alma nuestra. Y para las mortales lentitudes del remordimiento y el dolor ¿cuántas veces no son el germen terquísimo que retoña y dura hasta la muerte? ¿Quién agotará su sentido a la imagen que sella el recuerdo de Sully Prudhomme como la empresa de su pensamiento intenso y melancólico: aquel vaso de flores que, herido al paso y sin querer, con un golpe ligero, sobrelleva, como quien siente el pudor del sufrimiento, su apenas visible rasgadura, mientras por ella se escapa, lenta, lentamente, el agua que humedece los cabos de las flores, y éstas se marchitan y mueren?...

## XXXIX

En el descubrimiento, en la invención, en el zarpazo con que aferra su presa la atención hipertrófica que, perenne en el fondo de un espíritu, espía el movimiento de la realidad, a modo de pupila felina, dilatada en la sombra, aguardando el paso de la víctima, el hecho nimio ¡cómo se agiganta y vuelve glorioso!... La manzana de Newton, la lámpara de Galileo, no son sino moldes de una inicial con que comienzan muchas páginas en la historia del espíritu humano. Una marmita cuya tapa se mueve a impulsos del vapor pone a Worcester sobre las huellas de la fuerza con que más tarde humillará al espacio la locomotora. Un papel que, por encima de una llama, se sostiene y sube en el aire, inspira a los Montgolfier el principio de la navegación aérea. Haüy deja caer involuntariamente unos prismas de espato al suelo de su laboratorio, observa cómo se parten en pedazos simétricos, y descubre las leyes de la cristalografía. Un burgomaestre de Brujas, Luis de Barken, frota, por pueril distracción, un diamante con otro, y acierta así con el pulimento y la talla de la más noble de las piedras. El caballero de Meré con-

sulta sobre el juego de dados a Pascal; y con su respuesta, Pascal funda el cálculo de probabilidades. En la invención artística, igual grandeza de la pequeñez apresada por las garras de la observación. Leonardo no halla modo de figurar como quiere al Judas de *La Cena;* repara un día, yendo por la calle, en la postura de un gañán, y la forma con que en vano soñaba se le imprime en los ojos. Milton asiste, de viaje por Italia, al retablo de un titiritero, y allí germina en su mente sublime la concepción de *El Paraíso perdido.*

. . . . . .

## XL

Hay una misteriosa voz que, viniendo de lo hondo del alma, le anuncia, cuando no se confunde y desvanece entre el clamor de las voces exteriores, el sitio y la tarea que le están señalados en el orden del mundo. Esta voz, este instinto personal, que obra con no menos tino y eficacia que los que responden a fines comunes a la especie, es el instinto de la VOCACION. Verdadero acicate, verdadera *punzada,* como la que, en su raíz original, significa este nombre de instinto, él se anticipa a la elección consciente y reflexiva y pone al alma en la vía de su aptitud. La aptitud se vale de él como los pájaros del supuesto *sentido de orientación,* por el cual hallarían el camino cierto en la espaciosidad del aire. ¿Adónde va el pájaro sin guía sobre la llanura inmensa; en medio del laberinto de los bosques; entre las torres de las ciudades? A la casuca, al nido, a término seguro. Así, sin conocimiento de la realidad, sin experiencia de sus fuerzas, sin comparación entre los partidos posibles, el alma que ve abrirse ante sí el horizonte de la vida, va por naturaleza al campo donde su aplicación será adecuada y fecunda. A veces se revela tan temprano, y tan anterior a toda moción externa, este instinto, que se asemeja a la intuición de una reminiscencia. Otras veces se manifiesta tan de súbito y de tan resuelta manera, cuando ya el alma ha entrado en el comercio del mundo, que sugiere la idea de una real *vocación,* esto es, de una verdadera voz que llama. "Sígueme ¡oh Mateo!". Otras veces, en fin, después de indecisiones en que parece revelarse la ausencia del saber inequívoco y palmario del instinto, surge la vocación tan clara y enérgica como si las dudas hubieran sido resueltas por el fallo de una potestad superior: tal se contaba, en la antigüedad, que surgió de la respuesta de la Pythia, para Aristóteles y para Licurgo.

La repentina conciencia que un alma, hasta entonces ignorante de sí misma, adquiere de su vocación, suele acompañarse de un estremecimiento

tan hondo y recio en las raíces de la vida moral, en los obscuros limbos donde lo espiritual y lo orgánico se funden, que la emoción semeja un vértigo o un síncope; y a veces dura, como un mal del cuerpo, la huella que deja en la carne esa sacudida o arranque misterioso. Cuando Malebranche sintió anunciársele su genialidad metafísica leyendo el *Tratado del hombre* de Descartes, que puso ante sus ojos la imagen de una aptitud semejante a la que él llevaba, sin conocerlo, dentro de sí mismo, las palpitaciones de su corazón le sofocaban a punto de forzarle a interrumpir la lectura. Wagner nada sabía de su vocación musical, antes de oír, por primera vez, en un concierto de Dresde, una sinfonía de Beethoven. Trastornado por la intensidad de la emoción, llega enfermo, enfermo de verdad, a su casa; y cuando pasados los días, vuelve a su sér normal, tiene ya plena conciencia de su vocación y se apresta para acudir a ella.

Energía que arraiga en el fondo inconsciente y genial de la personalidad, la vocación prevalece sobre los más altos y categóricos motivos de determinación voluntaria. Un padre moribundo, médico decepcionado de su ciencia, llama junto al lecho a su hijo, y le persuade a jurar que abandonará el propósito de estudiarla. El juramento sagrado hace fuerza, durante cierto tiempo, en el ánimo del hijo; pero, al cabo, la soberana voz interior recobra su ascendiente, y ese inculpable perjuro será Walter, el gran anatomista de Koenigsberg. Puede la razón del mismo que se siente fatalmente llevado a cierto género de actividad, condenar y aborrecer el objeto de ésta, sin que por ello la vocación pierda un ápice de su fuerza e imperio. El gran capitán de los reinados de Marco Aurelio y de Cómodo: Albino, es fama que reprobando las armas con toda la sinceridad de su pensamiento, perseveraba en ellas por ímpetu irresistible de su naturaleza, lo que le movía a decir que para él fue ideado el verso de Virgilio: *Arma amens capio, nec sat rationis in armis.*

En medio de los obstáculos del mundo; del abandono y la adversidad; del desdén y la injusticia de los hombres, la vocación hondamente infundida se desenvuelve con esas porfías indomables que recuerdan las significativas figuraciones en que la fantasía pagana expresó la tenacidad de un dón o carácter que se identifica con la esencia de un sér: tal la repetidora Eco que, muerta y despedazada, no pierde su facultad; la lengua de Filomela que, cortada por su forzador, sigue murmurando sus quejas; Niobe, que, convertida en piedra, llora todavía; o el ensimismado Narciso, que después de descender al averno, aún busca, en las negras aguas de la Estigia, la hermosura de su imagen.

Pero si, una vez desembozada y en acto, la vocación profunda manifiesta esta nota de fuerza fatal, no siempre toma franca posesión del alma sin

que la voluntad la busque y anime. Suele ser, la vocación, tardía y melindrosa en declarar su amor, aun cuando luego pruebe, con su constancia, cuán verdadero era; por donde se parece en ocasiones al enamorado tímido y al pobre vergonzante, en quienes la vehemencia del deseo lucha con lo flaco de la decisión. Para consuelo del enamorado y del pobre que sufren por este íntimo conflicto, la naturaleza ha distribuido, entre sus gracias delicadas, un arte fino y sutil, de que suele hacer beneficio tanto a las voluntades sabias en ardides de amor, como a las almas piadosas. Es éste el arte de provocar el atrevimiento, de modo que no se percate de la provocación el provocado, que le tiene por propio y natural impulso suyo. ¡Cuánta perspicacia y habilidad; qué intuitivo hallazgo de la actitud, el gesto y la palabra; qué justo punto medio entre contrarios extremos de insinuación y de desvío, para determinar al labio trémulo a la audacia de la confesión; o a la mano contenida, al recibimiento de la dádiva!... Pues algo de este arte ha menester la voluntad puesta en la obra de vencer la hesitación de ciertas vocaciones: ya para despejar y definir el rumbo de una vocación conocida; ya para que se nos acerque y anuncie una que aún no sabemos cuál sea, pero que acaso nos tiene puestos los ojos en el alma y espera así el momento en que la voluntad, cambiando, por la observación y la prueba, las actitudes del espíritu, acierte con aquella que provocará su atrevimiento.

## XLI

La vocación es la conciencia de una aptitud determinada. Quien tuviera consciente aptitud para toda actividad, no tendría, en rigor, más vocación que el que no se conoce aptitud para ninguna: no oiría voz singular que le llamase, porque podría seguir la dirección que a la ventura eligiera o que le indicase el destino, con la confianza de que allí donde ella le llevara, allí encontraría modo de dar superior razón de sí; y esto, si bien caso estupendo y peregrino, no sale fuera de lo humano; hay espíritus en que se realiza. Cuando Carlyle escribe: "No sé de hombre verdaderamente grande que no pudiera ser toda manera de hombre", yerra en lo absoluto de la proposición, ya que el grande hombre, el *héroe*, el genio, presenta, a veces, por carácter, una determinación tan precisa y estrecha que raya en el monoideísmo del obsesionado; pero acertaría si sólo se refiriese a ciertas almas, en quienes la altura excelsa e igual se une a la extensión indefinida, y de quienes diríase que alcanzaron la omnipotencia y la omnisciencia, en los relativos límites de nuestra condición.

Puesto que hemos de hablar de vocaciones, demos paso, primero, a estas figuras múltiples de aspectos, tanto más raras cuanto más cerca de lo actual se

las busque, y en ningún caso adecuadas para ser propuestas por ejemplo a quien ha de trazarse el rumbo de su actividad; pero que determinan y componen un positivo orden de espíritus, y son magnífica demostración de la suma de fuerzas y virtualidades que pueden agruparse en derredor del centro único de una personalidad humana.

Place verlas en las eminencias del trono, donde se las suele encontrar alguna vez, reconquistando, por su calidad de vivos símbolos perfectos de cuanto cabe de eficaz y escogido en su raza o su época, la púrpura que invisten. Así prevalece, sobre los hijos de Israel, esa majestuosa figura de Salomón, a quien yo quiero representarme en la tradicional entereza de sus líneas, sin quitarle ni aun el rasgo de final y trascendente decepción, que con tan hondo interés completa su personalidad, y que manifiesta el libro que la moderna exégesis le disputa. En aquel varón sabio, que escudriña los senos de la Naturaleza, y sabe de los pájaros, las fieras y los peces, y de las plantas, desde el cedro del Líbano hasta el hisopo que crece en la pared; que así contesta a los enigmas de la reina de Sabá como instruye, en los *Proverbios,* a los ignorantes y los cándidos; en aquel filósofo, que comunica valor universal a su desengaño y hastío, anticipando el acento penetrante de Kempis y la implacable dialéctica de Schopenhauer; en aquel juez, a quien fue dada sabiduría de Dios para discernir lo bueno de lo malo, y resolver intrincadas querellas; en aquel monarca que, mientras el sabio que lleva dentro esquilma el campo del conocimiento teórico, labra, con la soberana energía de la acción, la prosperidad y grandeza de su reino, dilatándolo desde el Eufrates hasta el Egipto, sojuzgando naciones, reedificando ciudades, equipando ejércitos y flotas, habilitando puertos, y manteniendo una dulce paz con que cada cual goce de abundancia y quietud "a la sombra de su parra o a la sombra de su higuera"; en aquel hijo de David, que hereda el dón poético, para desatarlo en el más ferviente, pomposo y admirable canto de amor que haya resonado en el mundo, y hereda el pensamiento del Templo, para plasmarlo en la madera de los bosques del Líbano, y en la piedra, el bronce y el oro; en aquel sibarita, que amontona riquezas, y vive en casa revestida de cedro, entre cantores y cantoras y músicos, y tiene jardines donde crece toda especie de plantas, y dice de sí: "No negué a mis ojos nada que deseasen ni aparté a mi corazón de ninguna alegría", hay un típico ejemplar de redondeada y cabal capacidad humana, al que nuestro sentido moderno de las cosas del espíritu logra añadir todavía una nota más, un complemento, que la Escritura sólo puede apuntar como flaqueza; y es el *dilettantismo* religioso, la inquietud politeísta, que le mueve, en sus últimos años, a levantar, junto al Templo que él mismo ha erigido al dios de Israel, los altares de divinidades extrañas, desde Astharot, ídolo de los sidonios, hasta Chamós, abominación de Moab, y Moloch, abominación de los

ammonitas; confundiendo en su reverencia, o en su angustia, del misterio, las imágenes de enemigos dioses, como antes había abarcado, en los anhelos de su amor humano, a la princesa del Egipto y a las mujeres de Ammón y de Moab; a las de Idumea, a las de Sidón, y a las hetheas. Salomón es el *hombre,* en la plenitud de las facultades, de alma y cuerpo, con que cabe arrancar a la vida su virtualidad y su interés; el hombre que, a un mismo tiempo, investiga, ora, canta, gobierna, filosofa, ama y goza del vivir; y que, por suma de esta experiencia omnímoda, deja, al cabo, deslizarse de su pensamiento, la gota de amargura que ha de caer, resbalando sobre la frente de los siglos, en el corazón de Rancé, como en la cerviz de Carlos V, como en la copa de Fausto.

No ya semivelado por el vapor de la leyenda, como el rey bíblico, sino a pleno sol de la historia, otro monarca de genio orbicular, aparece conduciendo a los pueblos, en los últimos días del paganismo. Es Juliano, más vulgarmente famoso por el estigma que agregó a su nombre la vindicta del vencedor, que por la estupenda complexidad de su genio, donde alternan rasgos de santo y de poeta, de sabio y de héroe. En esa alma gigantesca hay comprendidos no menos de cuatro hombres superiores, a la manera como el cráter del Pichincha tiene dentro de sí varias montañas. Renovador de una filosofía, la enciende en espíritu de religión, y su frente pensadora luce las ínfulas sacerdotales; poseedor de un cetro, lo ilustra, como Trajano, por la grandeza; como Antonino, por la bondad; vibrador de una espada, la impone al respeto de los bárbaros cuanto a la admiración de sus legiones: la lleva de las Galias de César a la Persia de Alejandro, y más feliz que Alejandro y que César, esgrimiéndola muere; dueño de un estilo, lo transfigura en la austeridad de Marco Aurelio, en la gracia de Platón, en el arrebato de Plotino, en las sales de Luciano. Una civilización se infunde entera en él para morir, y mueren juntos. Herido por un golpe sublime, el mundo antiguo se desploma a los abismos de la nada: ese titán rebelde lo recibe en sus brazos extendidos, lo mantiene en alto un instante; y cuando vencido del peso lo suelta, se precipita tras él, y su sombra inmensa sirve de cauda, en la memoria de los tiempos, a aquel mundo desorbitado.

Pasando este crepúsculo, y su noche, y aproximándose el albor de un nuevo día del espíritu humano, otra real corona ciñe, en Castilla, una frente capaz de infinita suerte de ideas: la del sabio rey de las *Partidas.* Si no tan grande, o si no tan ventuoroso, en las artes de la acción como en las del pensamiento, no menos emprendedor y altamente inspirado en las unas que en las otras, y en las de la sabiduría tan vasto y comprensivo que la extensión de la ciencia de su tiempo se mide por el círculo de sus aplicaciones, don Alfonso es formidable cabeza, de donde brota, armada de todas armas, la Mi-

nerva de una civilización que se define y constituye. Toma una lengua balbuciente, y como sentándola sobre sus rodillas, la enseña a vincular los vocablos, a modularlos, a discernirlos; y sin quitarle gracia ni candor, le añade orden y fuerza. Entra por la confusión de fueros y pragmáticas donde se entrelazan, disputando, los vestigios de sucesivas dominaciones y costumbres, y de este informe caos trae a luz el más portentoso organismo de leyes que conociera el mundo desde los días de Justiniano. Quiere escribir de lo que fue, y viniéndole estrechos los aledaños de la crónica, sube a la cúspide de la memoria de los hombres, y hace la *grande e general Estoria* que no había. El sentimiento poético presta curvas y claros a tan dilatada gravedad; y como la imponente basílica de piedra se animaba a sus horas con la voz del órgano que en las desiertas bóvedas volcaba las quejas y los ruegos de su melodía, así el alma de don Alfonso lleva dentro de su arquitectónica grandeza los registros de donde fluye en inexhausto raudal la piadosa inspiración de las *Cantigas,* preludios de un sentimiento lírico y mina inagotable de casos legendarios. Pero si la gravedad del entendimiento reflexivo vuelve a él, no le contentan las sendas donde ya ha estampado su garra; porque, como a los Reyes Magos, le atraen también los secretos de las estrellas, y alza, para atalayarlas, aquel ilustre observatorio donde ejecutores de su pensamiento componen las *Tablas Alfonsinas.* A sus instancias comparecen en las escuelas de Toledo las ciencias del Oriente; y el romance ennoblecido por él se abre a las ideas de los libros hebraicos, de los maestros moros de Bagdad y de Córdoba, y aun de los narradores de la India. Y toda esta maravillosa actividad, que se desenvuelve, ya por su personal y única obra, ya teniendo él en sus manos la dirección y el impulso, cúmplela aquel gigante espíritu, no en apartada quietud, sino en medio a la perpetua agitación del gobierno y de la guerra, mietras negocia colgar de sus hombros la púrpura del imperio alemán, contiene los amagos de una nobleza levantisca, o acude en las fronteras a la algarada de los moros.

Estos son reyes que de veras fueron, no en el simple sentido político, sino en el pleno sentido de la civilización, caudillos de su gente. Pero tan soberana amplitud representativa, o una complexidad de facultades que se le asemeje, no han menester, por cierto, de cetro y corona, cuando, respondiendo a singular elección de la naturaleza, se manifiestan en una criatura humana. La gran florescencia espiritual del Renacimiento es, más quizá que cualquiera otra época no inculta ni primitiva, fecunda en estos casos de omnímoda aptitud, porque, debido a un conjunto de circunstancias transitorias, tendió a generalizar, por tipo de los caracteres, una como multiplicación de la personalidad. Al desatarse las energías reprimidas y concentradas durante sueño de siglos, no parece sino que todas las actividades de la inteligencia y de la voluntad fuesen pocas para dar empleo a tal desborde de fuerza, y que cada hombre

hubiera necesidad de gustar su parte de vida de muchos y distintos modos, para saciar su anhelo de gozarla. Quien en aquella alta ocasión de la historia busca sólo héroes del pensamiento o sólo héroes de la acción, encuentra casi siempre héroes de dos naturalezas: testa de águila, cuerpo de león, como el Grifo; a quienes el filosofar, o el producir de arte, y el compartir la más ferviente pasión por las puras ideas que haya prendido en humanos pechos después de Atenas y de Alejandría, no estorbaron para confundirse en la inquietud guerrera de su tiempo, y ganar gloria con la espada; ni para probar los filos de su entendimiento en esa otra esfera de las trazas e industrias de la sabiduría política, que arraigaba entonces su imperio, suavizando el zarpazo de la fuerza brutal mediante las artes refinadas que redujo a cínica y elegante expresión el libro *Del Príncipe.*

Así resaltan sobre el fondo triunfal del maravilloso siglo XVI, espíritus como el de aquel Cornelio Agripa, que el emperador Maximiliano lució en su séquito de guerrero y de Mecenas; extraordinaria unión de escéptico e iluminado, de ocultista quimérico y crítico demoledor; teólogo, médico, jurisconsulto, ingeniero de minas; maestro de todas ciencias, en Dôle y en Colonia, en Turín y en Pavía; auxiliar a quien los reyes se disputaban los unos a los otros, como un preciado talismán o una interesante rareza; y en la vida de acción, tan apto para el alarde heroico, que le vale título de caballero sobre el mismo campo de batalla, como para asistir a los consejos del Emperador, administrar ciudades, y participar en conciliábulos cismáticos. Así se ostenta también la genialidad de tan ilustre siglo, si la representamos por figura más estatuaria y clásica, en don Diego Hurtado de Mendoza, el hombre por excelencia significativo y armónico del Renacimiento español: cabeza para primores de estilo y para planes de gobierno, brazo para mandobles, ojo para cazas de altanería; el incomparable, el magnífico don Diego: soldado, embajador, gobernador de Siena, árbitro de Italia; verbo de Carlos V, cuya palabra hace retumbar en el concilio de Trento por encima del pontífice romano, y cuya voluntad tiende en redes sutiles alrededor de príncipes y repúblicas; y en el aspecto literario: humanista de los de la hora prima, inflamado hasta la médula de los huesos en los entusiasmos de la resurrección de la belleza y del hallazgo de manuscritos preciosos: a quien el Sultán de Turquía manda una vez, para retribuir cumplidos de Estado, seis arcas llenas de códices antiguos; poeta que lo mismo compone al uso popular que cultiva el endecasílabo de Garcilaso; escritor que reproduce en la historia pintoresca las tintas de Salustio, y enriquece la prosa castellana con la joya exquisita de *El Lazarillo de Tormes.*

Pero si destaramos las facultades de la política y la guerra, y agrandamos, en cambio, considerablemente, las del pensamiento puro, llevándolo, en

sus dos manifestaciones de arte y ciencia, a los más amplios límites de que el genio es capaz, la novadora energía del Renacimiento se infude en una personificación suprema: la personificación de Leonardo de Vinci. Jamás figura más bella tuvo, por pedestal, tiempo más merecedor de sustentarla. Naturaleza y arte son los términos en que se cifra la obra de aquella grande época humana: naturaleza restituida plenamente al amor del hombre, y a su atención e interés; y arte regenerado por la belleza y la verdad. Y ambos aspectos de tal obra, deben a aquel soberano espíritu inmensa parte de sí. Con los manuscritos de Leonardo, la moderna ciencia amanece. Frente a los secretos del mundo material, él es quien reivindica y pone en valiente actividad el órgano de la *experiencia,* tentáculo gigante que ha de tremolar en la cabeza de la sabiduría, sustituyendo a las insignias de la autoridad y de la tradición. Galileo, Newton, Descartes, están en germen y potencia en el pensamiento de Leonardo. Para él el conocer no tiene límites artificiosos, porque su intuición abarca, con mirar de águila, el espectáculo del mundo, cuan ancho y cuan hondo es. Su genio de experimentador no es óbice para que levante a grado eminente la especulación matemática, sellando la alianza entre ambos métodos, que en sucesivos siglos llevarán adelante la conquista de la Naturaleza. Como del casco de la Atenea del Partenón arrancaban en doble cuadriga ocho caballos de frente, simbolizando la celeridad con que se ejecuta el pensamiento divino, así de la mente de Leonardo parten a la carrera todas las disciplinas del saber, disputándose la primacía en el descubrimiento y en la gloria. No hubo, después de Arquímedes, quien, en las ciencias del cálculo, desplegara más facultad de abstraer, y en su aplicación, más potencia inventiva; ni hubo, antes de Galileo, quien con más resuelta audacia aplicase al silencio de las cosas "el hierro y el fuego" de la imagen baconiana. Inteligencia de las leyes del movimiento; observación de los cuerpos celestes; secretos del agua y de la luz; comprensión de la estructura humana; vislumbres de la geología; intimidad con las plantas: todo le fue dado. El es el Adán de un mundo nuevo, donde la serpiente tentadora ha movido el anhelo del saber infinito; y comunicando a las revelaciones de la ciencia el sentido esencialmente moderno de la práctica y la utilidad, no se contiene en la pura investigación, sino que inquiere el modo de consagrar cada verdad descubierta a aumentar el poder o la ventura de los hombres. A manera de un joven cíclope, ebrio, con la mocedad, de los laboriosos instintos de su raza, recorre la Italia de aquel tiempo como su antro, meciendo en su cabeza cien distintos proyectos; ejecutados unos, indicados o esbozados otros, realizables y preciosos los más: canales que parten luengas tierras; forma de abrir y traspasar montañas; muros inexpugnables; inauditas máquinas de guerra; grúas y cabrestantes con que remover cuerpos de enorme pesadumbre. En medio de estos planes ciclópeos, aún tiene espacio y fuerza libre para dar suelta a la jovialidad de la invención en mil

ingeniosos alardes; y así como Apolo Esminteo no desdeñaba cazar a los ratones del campo con el arco insigne que causó la muerte de Pythón, así Leonardo emplea los ocios de su mente en idear juguetes de mecánica, trampas para burlas, pájaros con vuelo de artificio, o aquel simbólico león que destinó a saludar la entrada a Milán del Rey de Francia, y que, deteniéndose después de avanzar alguos pasos, abría el pecho y lo mostraba henchido de lirios... Nunca un grito de orgullo ha partido de humanos labios más legitimado por las obras, que estas palabras con que el maravilloso florentino ofrecía al duque de Milán los tesoros de su genio: *"Yo soy capaz de cuanto quepa esperar de criatura mortal"*. Pero si la ciencia, en Leonardo, es portentosa, y si su maestría en el complemento de la ciencia, en las artes de utilidad, fue, para su época, como dón de magia, su excelsitud en el arte puro, en el arte de belleza, ¿qué término habrá que la califique?... Quien se inclinara a otorgar el cetro de la pintura a Leonardo, hallaría quien le equiparara rivales; no quien le sobrepusiera vencedores. Poseído de un sentimiento profético de la expresión, en tiempos en que lo plástico era el triunfo a que, casi exclusivamente, aspiraba un arte arrebatado de amor por las fuerzas y armonías del cuerpo, no pinta formas sólo: pinta el sonreír y el mirar de Mona Lisa, la gradación de afectos de *La Cena:* pinta fisonomías, pinta almas. Y con ser tan grande en la hermosura que se fija en la tela, aún disputa otros lauros su genio de artista: el cincel de Miguel Angel cabe también en su mano, y cuando le da impulso para perpetuar una figura heroica, no se detiene hasta alcanzar el tamaño gigantesco; el numen de la euritmia arquitectónica le inspira: difunde planos mil, Cesar Borgia le confía sus castillos y sus palacios; sabe tejer los aéreos velos de la música, y para que el genio inventor no le abandone ni aun en esto, imagina nuevo instrumento de tañir, lo esculpe lindamente en plata, dándole, por primor, la figura de un cráneo equino, y acompañado de él, canta canciones suyas en la corte de Luis Sforza. Cuando a todo ello agregues una belleza de Absalón, una fuerza de toro, una agilidad de Perseo, un alma generosa como la de un primitivo, refinada como la de un cortesano, habrás redondeado el más soberbio ejemplar de nobleza humana que pueda salir de manos de la Naturaleza; y al pie de él pondrás, sin miedo de que la más rigurosa semejanza te obligue a rebajarlo en un punto: —*Este fue Leonardo de Vinci.*

. . . . . .

—¿Y si estuviera probado que Bacon y Shakespeare fueron uno?

—Si estuviera probado que Bacon y Shakespeare fueron uno, nunca las espaldas de Atlas habrían soportado tal orbe; pero ¿dónde te quedas, pecho de lirios de Leonardo, limpio y fragante como el de su león?... De aquella

cima de dar vértigos, se divisaría ¡qué tristeza! el quinto foso de Malebolge, que encierra por la eternidad a los que mercaron con la justicia, y donde hirviente pez abrasa las entrañas de Giampolo, ministro prevaricador del rey Teobaldo.

. . . . . .

Cuando la universalidad de la aptitud se entiende sólo en relación al conocimiento, al saber, abarcado en la medida que cabe dentro de los límites completos de una civilización o de un siglo, engendra el tipo de omnisciencia que en otros tiempos dio lugar al nombre de *sabio,* y que, con semejante significación, ya no se reproducirá: a lo menos en cuanto alcanza a prever la conjetura. El modelo insuperable y eterno de esta casta de espíritus es aquella sombra inmensa que se levanta en el horizonte de la antigüedad, llegando la ciencia helénica a la madurez de la razón, y recoge de una brazada cuanto se piensa y sabe en torno suyo, para fijarle centro y unidad, e imprimirle su sello, después de dilatarlo con nuevas ideas y noticias, que comprenden desde la organización de los Estados hasta la respiración de los hombres; desde las formas del razonamiento hasta los fenómenos del aire. Ni aun se contenta Aristóteles con enseñar para la más noble raza del mundo: la férula de su enseñanza sobrevive a dioses que caducan e imperios que se desmoronan. Su obra austera y desnuda es como esqueleto de ideas en que apoyarán los músculos de su pensamiento tres civilizaciones distintas: la que dijo sus postreras razones con Hipatia; la que se propagó con el Islam, y la que se desenvuelve, entre luces y tinieblas, desde los primeros claustros monacales hasta las primeras cátedras de los humanistas. Entendimientos de esta trascendencia: moldes del pensar de las edades; no patrimonio de ninguna. Dicen que si el abismo de la mar se secara y hubiesen de volverlo a llenar, con el tributo que derraman en él, los ríos de la tierra, cuarenta siglos pasarían antes de que lo lograran: tal me represento yo la proporción entre la capacidad creadora de uno de estos intelectos omnímodos y la labor perseverante y menuda de las generaciones que vienen después de ellos.

Antes de que el eclipse de toda luz intelectual cierre sus sombras, la universalidad aristotélica se reproduce parcialmente, animada de nueva y sublime inspiración, en otro inmenso espíritu, y Agustín, razonador de una fe, difunde la actividad de su sabiduría y de su genio por los doce mil estadios de *la ciudad de Dios.* Luego, en el lento despertar de la razón humana, la universalidad, aunque desmedrada por la ausencia de vuelo y de acento personal, y por la infantil reducción de todo objeto de estudio, es carácter que fluye de lo simple e inorgánico de la cultura que alborea; y universales son, por la naturaleza de la obra que les está cometida, los mantenedores o restauradores del saber: los

Casiodoros e Isidoros, los Alcuinos y Bedas, oficiosos Plinios y Varrones de una edad que ha de empezar por recoger las ideas sepultas y dispersas entre los escombros de las ruinas. Pero es en el claro de luz del siglo XIII, al incorporarse pujante el genio de una civilización que quiere dar gallarda muestra de sí antes de pasar su cetro a otra más alta que se acerca, cuando vienen al mundo algunas magníficas personificaciones de saber encíclico, que evocan, en cierto modo, la memoria augusta del humano educador de Estagira. Llegan entonces los ordenadores del tesoro penosamente reintegrado, los artífices de *sumas*: ya, como Tomás de Aquino, concertando en derredor de la idea teológica el pensamiento de la antigüedad, sin dejar punto intacto en aquella esfera a que ciñe los anillos de esta serpiente; ya, como Rogerio Bacon, tomando del conocimiento de la naturaleza el plan regenerador y profético de un nuevo modo de sabiduría: ya, como Alberto Magno, abarcando dentro de la capacidad de su ciencia, lo sublime y lo prolijo, la especulación ontológica y el saber experimental.

En la legión de espíritus omniscios que aquel siglo trae, dos columbro cuya complejidad excede de los términos de la pura sabiduría, y se dilata por círculo aún más vasto de actividades y aptitudes, reuniendo, a múltiples maneras de ciencia, el uno inspiración gloriosa en la acción; el otro grandeza excelsa en el arte, sin que tampoco el arte fuera dón negado al primero, ni al segundo faltara el de la acción. Hablo de Raimundo Lulio y Dante Alighieri: Raimundo Lulio, el "doctor iluminado", que, después de desatar sobre su siglo, desde la soledad del monte Randa, inaudito torrente de ideas, que arrastran y consumen todo objeto de conocimiento, baja de allí y aparece como apóstol y héroe de una empresa sublime, corriendo desalado, delirante de amor, los ámbitos del mundo, para predicar la gigantesca cruzada, la redención del Oriente, y alcanzar al fin las palmas del martirio; y Dante Alighieri, el que ganó la cúspide en aquella bandada de enormes águilas; el poeta sabedor de cuanto su tiempo supo, y présago de lo demás; un Leonardo de Vinci (por la dualidad del genio inventor) en quien cuadros y estatuas se transportasen a la verbal imaginería del verso, y descubrimientos y vislumbres se expresaran entre convulsiones pythónicas; o bien, un realizado fantasma Bacon-Shakespeare, apto, por lo concorde y enterizo de la edad en que nació, para manifestar su doble virtud, no en formas separadas, sino en el único y estupendo organismo de un poema donde revive aquel dón de síntesis total que fue atributo de las epopeyas primitivas.

Después que el saber se constituye de manera orgánica y metódica y sus diferentes especies se emancipan y reparten, aún suele resplandecer, como aureola de algunas cabezas peregrinas, la universalidad en el conocimiento hondo y eficaz. Los dos primeros siglos de la edad moderna habían llevado

ya la indagación científica a un grado de complexidad muy alto, cuando surgió Leibnitz, y tendió la mirada de sus cien ojos de Argos sobre la naturaleza y el espíritu, y donde quiera que eligió su blanco: ciencias físicas, ciencias matemáticas, filología, jurisprudencia, metafísica, reveló oculta riqueza y mantuvo el rango genial de la invención. Aún más adelante en el tiempo que Leibnitz, menos creador e inventivo que él en los dominios de la ciencia; pero, en cambio, abarcando, dentro de su abrazo úrdico, inteligencia de verdad e inteligencia de belleza: ciencia y arte, y trascendiendo, además, de la especulación a la acción, por aquella finalidad de la palabra, convertida en máquina de guerra, que toca, en algún modo, al heroísmo de la voluntad, resalta Diderot, el caudillo de una centuria crítica y demoledora; el profeta de la Revolución; el Aristóteles ceñido de casco y coraza, de la "Enciclopedia".

Por bajo de los espíritus en que concurren sabiduría, arte y acción; de aquellos en que se concilian dos de esas tres maneras de *heroísmo,* y de los que agotan las diferencias y aplicaciones de alguna de las tres, cuéntanse aún otros espíritus de amplitud superior a la ordinaria, y son aquellos que comprenden, dentro del arte o de la ciencia, un grupo armónico de disciplinas, enlazadas por la semejanza de su objeto y la afinidad de las disposiciones que requieren; así, los que cultivan con fortuna todos los géneros literarios: como Manzoni, Voltaire, Lope de Vega; todas las artes plásticas: como Puget, Bernini, Alberto Durero, Alonso Cano; todas las ciencias naturales: como Linneo, Humboldt, Lamarck.

## XLII

La ausencia de vocación una y precisa, por universal difusión de la aptitud, es caso cuya frecuencia disminuye, dentro de la sociedad humana, con los pasos del tiempo. A medida que las sociedades avanzan y que su actividad se extiende y multiplica, como el árbol que crece, dando de sí ramas y ramúsculos, es ley que la vocación individual tome una forma más restringida y concreta. Nacen las vocaciones personales en el momento en que el hombre primitivo deja de bastarse a sí propio y empieza, correlativamente, a ser útil y necesario a sus semejantes. Disgréganse los músculos del brazo del Adán condenado, elemental e indeterminadamente, al *trabajo,* y se llaman Jabel, el pastor; Tubalcain, el que forja los metales; Nemrod, el que va a caza de las fieras... Y se fija el instinto de cada vocación cuando lo que fue, en su principio, aptitud adquirida por necesidad y asentada por la costumbre, truécase, primero, en afición instintiva del que la adquirió, y

se transmite luego a otros seres humanos, sea por obra de la enseñanza y de la simpatía, sea, más tarde, por la acumulación, en dón innato y gracioso, de la virtud de actos ejecutados por los ascendientes.

Las diversísimas disposiciones y aptitudes por que se diferencian los hijos de cada generación en la sociedad civilizada, son como los ecos mil en que se multiplican, repercutiendo en concavidades del tiempo, los cuatro o cinco *llamados* cardinales a que los hombres de la primitiva edad obedecieron, cuando fue menester repartirse y separarse, durante las horas del día, para acudir a diferentes labores: unos a aprender el uso de las armas; otros a tributar las honras del dios; otros a extraer de las yerbas bálsamos y venenos; otros a soplar la caña musical; otros, en fin, a partir la piedra y desbrozar la selva virgen. Y al compás que las necesidades de las generaciones aumentan, aumentan con ellas los modos de aptitud; y con los modos de aptitud, que plasman y adiestran en el tiempo el genio de una raza, la tendencia a trocarse en predisposición innata e instintiva, en *vocación* verdadera, cada nueva y más prolija variedad que el natural progreso determina en el desenvolvimiento de las aptitudes humanas.

Una economía infalible provee a toda sociedad y generación, de los obreros que para cada uno de sus talleres necesitan, y tales como los necesitan. Con los obreros, llegan en número adecuado sus *capataces* naturales. Mientras una actividad de cierto género no se agosta o suspende en la vida de una agrupación social, los espíritus aptos para dirigir esa actividad a sus fines, surgen con admirable puntualidad y eficacia. Diríase que el deseo y la prefiguración de las almas superiores que le son menester para orientarse, obra en las entrañas de la multitud al modo que la representación anticipada del hijo suele plasmarse en las entrañas de la madre, produciendo el parecido real con la imagen del sueño. Una sociedad de alma heroica no permanece largo tiempo sin Héroe grande. Vino al mundo el Mesías cuando todo el mundo pensaba en él y precisaba de él. En punto a hombres superiores, cada sociedad humana dispone, sobre la Naturaleza, de un crédito, cuando mínimo, justamente proporcionado a sus aspiraciones y a sus merecimientos. En la proporción en que ella tiene gestas que realizar y agravios que satisfacer, así suscita altos caudillos que la guíen; en la proporción en que goza de "entendimiento de hermosura", así promueve artistas que lo halaguen; en la proporción en que es capaz de creencia y de fervor, así convoca, de sus siempre vigilantes reservas, profetas, mártires, apóstoles.

## XLIII

El porvenir que veremos alborear de nuestro ocaso tendrá, como el presente, su resplandor de almas pensadoras; su fragancia de almas capaces de engendrar belleza; su magnetismo de almas destinadas a la autoridad, al apostolado y a la acción. De entre las nuevas, obscuras muchedumbres, surgirán los infaltables electos; y con ellos vendrán al mundo nueva verdad y hermosura, nuevo heroísmo, nueva fe. ¡Qué irresistible y melancólico anhelo se apodera de nuestro corazón, anticipando con el pensamiento ese brote ideal que no será para nosotros!... Pero la esperanza tiene, en la realidad que nos rodea, formas más vivas, determinaciones más seguras, que los espectros de nuestra imaginación; y volviendo a esa viva realidad de la esperanza los ojos, la melancolía del anhelo pierde toda acritud y se vuelve aún más suave que el halago del soñar egoístico... Al lado de la humanidad que lucha y se esfuerza, y sabe del dolor, y ha doblegado su pensamiento y su voluntad a la culpa, y mira acaso el día de mañana con la melancólica idea de la sombra final y la decepción definitiva, hay otra humanidad graciosa y dulce, que ignora todo eso, cuya alma está toda tejida de esperanza, de contento, de amor; hay una humanidad que vive aún en la paz del Paraíso, sin el presentimiento de la tentación y del destierro; sagrada para el Odio, inaccesible para el Desengaño... A nuestro lado, y al propio tiempo *lejos* de nosotros, juegan y ríen los niños, sólo a medias sumergidos en la realidad; almas leves, suspendidas por una hebra de luz a un mundo de ilusión y de sueño. Y en esas frentes serenas, en esos inmaculados corazones, en esos débiles brazos, duerme y espera el porvenir; el desconocido porvenir, que ha de trocarse, año tras año, en realidad, ensombreciendo esas frentes, afanando esos brazos, exprimiendo esos corazones. La vida necesitará hacer el sacrificio de tanta dicha y candor tanto, para propiciarse los hados del porvenir. Y el porvenir significará la transformación, en utilidad y fuerza, de la belleza de aquellos seres frágiles, cuya sola y noble utilidad actual consiste en mantener vivas en nosotros las más benéficas fuentes del sentimiento, obligándonos, por la contemplación de su debilidad, a una continua efusión de benevolencia.

Todas las energías del futuro saldrán de tan preciada debilidad. En esas encarnaciones transitorias están los que han de levantar y agitar desconocidas banderas a la luz de auroras que no hemos de ver; los que han de resolver las dudas sobre las cuales en vano hemos torturado nuestro pensamiento; los que han de presenciar la ruina de muchas cosas que consideramos seguras e inmutables; los que han de rectificar los errores en que creemos y deshacer las injusticias que dejemos en pie; los que han de con-

denarnos o absolvernos, los que han de pronunciar el fallo definitivo sobre nuestra obra y decidir del olvido o la consagración de nuestros nombres; los que han de ver, acaso, lo que nosotros tenemos por un sueño, y compadecernos por lo que nosotros imaginamos una superioridad...

Iluminado de esta suerte, un pensamiento, de otra manera, exánime por su indeterminación y vaguedad: el de un porvenir que no veremos, adquiere forma y calor de cosa viva; toma contornos y colores capaces de provocar nuestra emoción y vincularnos con el grito de las entrañas. Es el reinado del Delfín de la humanidad presente: es el reinado que el viejo rey, a quien abruma ya el peso del manto, se complace en imaginar como el resultado glorioso de sus batallas fructificando en la apoteosis de su estirpe alrededor de una altiva figura juvenil...

Pero si el futuro misterioso vive y avanza en esa humanidad toda contento y amor ¿adónde están, dentro de ello, los que en su día han de señalar a los demás el rumbo y personificarlos en la gloria? ¿Cuáles son los que llevan en su brazo la fibra del esfuerzo viril, y en el fondo de sus ojos la chispa de la llama sagrada? ¿Adónde están los cachorros del león Héroe, los polluelos del águila genial: adónde están para levantarlos sobre nuestras cabezas, y honrar, unánimes, la elección de los dioses, antes de que se le crucen al paso contradicción, recelo y envidia?

## XLIV

Vulgo y elegidos del porvenir se confunden indiscerniblemente en esas leves multitudes, donde reina la más sagrada igualdad: la igualdad de la común esperanza. Sobre todas esas frentes que el tiempo levanta cada año una pulgada más del suelo; sobre todas esas frentes, aun las más desamparadas, aun las más míseras, se posa una esperanza inmensa, que sustenta la fe del amor. Las leyendas que adornan de significativos augurios la cuna de los que fueron grandes, se reproducen, en la visionaria fe del amor más puro de todos, para cada alma que viene al mundo; y no hay tiernos labios donde una mirada que ve con la doble vista de los sueños, no haya notado una vez las abejas que libaron en la boca infantil de Hesíodo y de Platón, de San Ambrosio y de Lucano, o bien las hormigas oficiosas que amontonaron en los labios de Midas los granos de trigo, anunciadores de que sería dueño de la próvida Frigia.

Pero aun fuera de lo que pinta esta mirada de amor que, sin más razón que el amor mismo, imprime su bendición profética, para la mirada común

hay también, entre esos graciosos semblantes, los que parecen llevar estampado el sello de una predestinación gloriosa. ¿Quién, en presencia de alguna fisonomía infantil, no ha propendido, por instantáneo sentimiento, a augurar el genio futuro? Cuéntase que cuando Erasmo era niño, Agrícola de Holanda, que le vio, considerando el despejo de su frente y la elocuencia de sus ojos, le dijo: *Tu eris magnus!* Y en presencia de ciertos poemas de curiosidad, de ciertas originalidades de lógica, de ciertas sorprendentes intuiciones, de ciertas pertinaces inquietudes, de ciertos misteriosos recogimientos, ¿quién no se siente movido a preguntar, como en el *Tentanda via est* de Víctor Hugo: —¿Qué germina para la humanidad detrás de esa frente límpida? ¿Acaso el mundo intacto de Colón, el astro nuevo de Herschell, la mole armoniosa de Miguel Angel, el mapa transfigurado de Napoleón?...

Para quien sutil y cuidadosamente la observe, la agitación de esos bulliciosos enjambres está llena de revelaciones que permiten columbrar algo del secreto de los futuros amores de la Gloria. Aquel niño *de ojos alegres* que, en las calles de una ciudad de estudiantes, se inclina a recoger del suelo los papeles donde ve letras impresas, y los guarda con esmero solícito, es Miguel de Cervantes Saavedra. Aquel otro que, en el patio de una escuela de párvulos, improvisa, dentro de un corro infantil, coplas que aún no es capaz de poner por escrito, y las dicta a los que tienen más edad, dándoles, por este auxilio, estampas y rosquillas, es Lope Félix de la Vega Carpio. Allá, en el valle del Chiana, ante las canteras de mármol que dan la carne de los dioses, un niño de seis años pasa horas enteras absorto en la contemplación de la piedra de entrañas blancas y duras. Aquel niño domará a este mármol: se llama Buonarroti. Otro vaga por la Sevilla de la grande época, y armado de un pedazo de carbón dibuja toscas figuras en las paredes de las casas. Ese pedazo de carbón es el heraldo que abre camino a un pincel glorioso: el pincel de Murillo. Más allá veo, en la falda de un monte de la Auvernia, una cabaña de pastores, y un pastorcillo que, echado sobre el césped, se ocupa en amasar con el barro figuras de bulto: es Foyatier, y vendrá día en que hará revivir en el mármol el alma de Espartaco rompiendo los hierros de la servidumbre. ¿Y aquel pequeño africano que remeda la ceremonia del bautismo a la vista del patriarca Alejandro, el cual sonríe con lágrimas proféticas? Es Atanasio, a quien está reservada la gloria de confundir a los arrianos: aquél es su juego predilecto, como el de Carlos Borromeo será el de edificar altares. Ahora se ilumina en mi imaginación una casa de Halle, allá junto a un río de Sajonia: es de noche; un niño sube sigilosamente a una buharda, donde tiene escondido un clavicordio; y en imitar los movimientos del ejecutante, emplea las horas que hurta al sueño. Este furtivo artista es Haendel. Aun cuenta menos años, porque no pasa de los

tres, aquel precoz calculista que, en una pobre casa de Brunswick, está con un lápiz en la mano, y marca líneas y superficies sobre el suelo: se llama Gauss, y dentro de su cabeza aguardan el porvenir cálculos tales que Laplace los ha de poner sobre la suya. Luego vuelvo la mirada adonde los muchachos de la escuela, en un lugar de Normandía, construyen cañones de juguete con cortezas de sauce; uno de ellos enseña a los demás el modo de graduar la longitud y el diámetro del arma, para asegurar la eficacia del tiro. Este infantil maestro es Fresnel, que más tarde lo será de los hombres en la teoría y aplicación de las fuerzas del mundo físico. Coronemos estos ejemplos con la *verdad* de la tradición leyendaria, donde se destila y concentra el jugo de los hechos. Esta es la choza de un vaquero de Persia. A su puerta los niños del contorno juegan al juego de la *basilinda,* el cual consiste en elegir de entre ellos un rey, que designa a su turno príncipes y dignatarios. Hay uno de esos niños que nunca consintió aquella elección si estuvo presente, porque siempre tomó la autoridad real para sí y la hizo acatar sin disputa por los otros. Ciro es el nombre de este monarca de afición; y un día el Oriente caerá rendido a sus plantas, desde el mar Indio hasta el Egeo.

## XLV

Aunque el misterioso aviso sea tantas veces simultáneo con el amanecer de la razón, y aun con los primeros e inconscientes movimientos del ánimo, no siempre es, en estos casos, suficiente fianza de que la vocación ha de persistir y consolidarse en lo futuro. Al paso que se incorporan en la personalidad nuevos elementos, capaces de torcer el primitivo curso de la naturaleza, tanto más fácil es que la reveladora voz quede ensordecida. Para el desorientado que no tiene conciencia de su vocación; que no halla en sí impulso que le dé camino, aptitud que se destaque sobre otras, la apelación al recuerdo de sus primeras vistas del mundo, de sus precoces tendencias a cierto modo de pensamiento o de acción; de sus primeras figuraciones del propio porvenir, puede, más de una vez, ser un procedimiento que conduzca a recobrar el rumbo cierto, que se perdió desde temprano.

Una afición vehemente y una aptitud precoz que la justifica, suelen pasar y desaparecer con la infancia, no ya cediendo a obstáculos exteriores, sino por espontánea desviación del sentimiento y de la voluntad. Hay existencias, que prologa una *infancia sublime,* comparables a esas raras confervas que se agitan y danzan sobre el haz de las aguas, como dotadas de vida y movimiento animal, hasta que se adhieren a una roca de la orilla, y quedan

para siempre inmóviles en su sopor vegetativo... Quizá fue ilusoria la vocación precoz; quizá aquel asomo de aptitud no fue sino imitación sagaz pero vana, forma escogida al azar en el revuelo de una vivacidad que no tendía de suyo a objeto distinto; quizá, otras veces, el manantial que comenzó de veras a fluir se extenúa misteriosamente en manos de la Naturaleza; no está desviado ni oculto el manantial, sino cortado de raíz. Pero, quizá también, es sólo la conciencia de la aptitud la que se adormece, extraviando el sentido de la vocación; y por lo demás, la aptitud persiste en lo hondo del alma, capaz de ser evocada, mientras dure la vida, por virtud de una circunstancia dichosa. Esta es la razón de las infancias que yo llamo *proféticas*. Califico de tales, no a las que ilumina el albor de una superioridad que continúa después de ellas, sin eclipse, y adelanta simultáneamente con la formación y el desenvolvimiento de la personalidad; sino a las que revelan, por indicios acusados luego de falaces, la presencia de una aptitud superior que, soterrándose al cabo de la infancia, reaparece inopinadamente mucho después de constituida la personalidad y probada en las lides del mundo: a veces en la madurez, y aun cuando la existencia se acerca ya a su noche. (...Es el barco que vuelve: ¡gloria y ventura al barco!).

Para suscitar resurgimientos de éstos es para lo que la evocación de los sueños y esperanzas de la primera edad puede valer al ánimo vacilante, operando una sugestión que brote, fecunda, de entre las melancolías del recuerdo: así el náufrago que, desde la desierta playa, contempla, en triste ociosidad, las doradas nubes del crepúsculo, acaso descubre, sin pensarlo, la nave salvadora... Una afición infantil: la de inventar y contar cuentos, manifestada con rara intensidad, ha reaparecido, en dos gloriosos casos, después de una juventud sin brillo, en forma de la facultad creadora del novelador. Richardson, cuya niñez se caracterizó de aquella suerte, produce, ya después de los cincuenta años, su obra primigenia. Walter Scott, también gran cuentista infantil, pasa de su infancia profética a una adolescencia descolorida y nebulosa; y no es sino luego de concluir su primera juventud, cuando corta la pluma peregrina a cuyos conjuros se animará tanta pintoresca tradición y tanta historia deleitable. No ha mucho, Tattegrain refería, consultado al par de otros artistas, sus comienzos de tal: cuando niño, mostró vivo amor por el dibujo; desapareció con su infancia esta inclinación; y luego, ya en el tránsito de la mocedad a la edad madura, recoge el lápiz de sus ensayos infantiles y desemboza, con magistral atrevimiento, su personalidad de artista.

Y no es sólo en el sentido de anticipar la vocación como la infancia suele ser profética: el fondo real y estable de un carácter; la orientación fundamental de sentimientos e ideas, que se ha esbozado en la niñez, reapa-

recen en ciertas ocasiones, después de reprimidos, durante largo trecho de vida, por una falsa superficie personal, producto del ambiente o de sugestió artificiosa (¿recuerdas la fingida lápida de Sóstrato?...); y por esta razó no es caso extraordinario que el estilo, el sesgo peculiar, que ha de prevalec definitivamente en la obra de un escritor o un artista, se relacione, no tan con los rumbos de su producción de adolescente, guiada a menudo por i fluencias exteriores, a las que allana el paso la fascinación de su prime salida al aire libre del mundo, sino más bien con las impresiones que modelaron en sus primeros años. ¿No hay quien ha considerado al ger como la expresión de la personalidad infantil del elegido, dotada ya medios poderosos con que traducirse y campear hacia afuera?... Brenta prometía, por las aficiones de su infancia, un alma mística. Luego, conv tido a la razón, es escritor escéptico, sin merecer gran nota. Su personalid literaria se afirma y engrandece, como río suelto de trabas, cuando Brenta inflamado en la religiosidad que puso sello al romanticismo alemán, recol aquel tenor de alma de su niñez.

## XLVI

Así, aun cuando la infancia no ponga de manifiesto la promesa aptitud futura, reúne e incorpora en la personalidad las impresiones que so constituirán luego el combustible, o la substancia laborable, de la apti ¡Cuántas veces no se ha observado que los grandes intérpretes del alm la naturaleza, en palabras o colores, salieron de entre aquellos en qui la niñez se deslizó al arrullo del aire del campo! Tal pasó a La Font cuya revelación tardía vino a dar lengua locuaz a las impresiones de su ir cia, embalsamada por el hálito de la soledad campestre, en un siglo y sociedad en que casi nadie le amaba.

La misma promesa precoz de la aptitud ¿no sería hecho casi cons para el observador sagaz que acertara a interpretar y dar su valor prop indicio sutil, al rasgo esfumado, a la veleidad aparentemente nimia sentido, al relámpago revelador de un momento? Quizá; pero el mi en que se envuelve una aptitud latente, sin que ni aun la transparenc la niñez la haya hecho columbrar a la mirada de los otros, ni la conci del poseedor, cuando tardíamente la descubre, pueda relacionarla con r dos y anhelos de su primera edad, suele no hallar término hasta muy lantado el curso de la vida; no ya cuando el medio en que ésta pasa por sí inhábil para suscitar la manifestación de la aptitud, porque sería

ficiente para contenerla; sino aun en medio propicio y cuando la aptitud tuvo a su favor, desde mucho antes de la ocasión en que toma conocimiento de sí misma, las facilidades de la educación y los estímulos del ejemplo. Es cosa semejante a lo que en el sér vegetativo llaman *el sueño de los granos*: la permanencia estática del grano apto para germinar, y que, por tiempo indefinido, queda siendo sólo un cuerpecillo leve y enjuto fuera del regazo de la tierra, sin que por eso deje de llevar vinculada la pertinaz virtud germinadora, la facultad de dar de sí la planta cabal y fecunda, cuando la tierra le acoja amorosamente en su seno. La excitación, el movimiento, de la vida, no es capaz de crear una aptitud que no tenga su principio en la espontaneidad de la naturaleza; pero es infinitamente capaz de descubrir y revelar las que están ocultas.

Sea realmente por este *sueño* de la aptitud virtual; sea por la superficialidad de observación de quienes la presenciaron, la infancia y la adolescencia de los grandes pueden no dejar recuerdo de límites que las separen de las del vulgo. "Tu infancia no era bella" —dice en una de sus obras menores el poeta del *Fausto;*— "la forma y el color faltan a la flor de la vid; pero cuando el racimo madura, es regocijo de los dioses y los hombres".

Esto pudo aplicarse, en la antigüedad, a Temístocles y a Cimón, de quienes se dijo cuán opuestas fueron sus niñeces al temple de alma que había de valerles la gloria. Las reputaciones de la escuela suelen ser mal descuento del porvenir, lo mismo en lo que niegan que en lo que conceden. ¿No es fama que Santo Tomás y el Dominiquino eran apodados en su primera edad con el nombre del soñoliento y flemático animal que abre, a tardos pasos, el surco? *Il Bue muto di Sicilia; il Bue. . .;* y andando el tiempo: ¡qué mugidos ésos de la *Summa!,* ¡qué embestidas certeras ésas del pincel de *La Coronación de San Jerónimo!. .* También *rumiaba* en silencio Jorge Sand. "No creáis que sea imbécil — decía, presurosa, la madre, a las visitas de la casa: —es que *rumia. . .*" Y cuando el maestro del niño Pestalozzi, afirmaba, en lo tocante a este discípulo, la ineficacia de sus medios de instrucción, no sospechaba ciertamente que al mal alumno estaba reservado inventarlos nuevos y mejores.

Hay veces en que no sólo esta engañosa torpeza precede a la aptitud, sino que la precede también una aversión manifiesta por el género de actividad en que luego la vocación ha de reconocer el campo que le está prevenido. ¿Quién imaginaría que Beethoven abominó la música en su infancia? ¿Quién llegaría a sospechar que Federico el Grande detestaba el ruido de las armas cuando su padre preparaba para él los ejércitos de Friedberg y de Lissa?

Pero, aun fuera de esos presagios negativos y falaces de la niñez; aun cuando ella es prometedora, o vela en vaguedad e incertidumbre su secreto,

la aptitud suele quedar largo tiempo latente después de ella, antes de adquirir la conciencia clara y la resuelta voluntad, de que nace la primera obra. Entendido de esta suerte, el *sueño* del germen precioso no terminó para Virgilio sino con los años de la adolescencia; para Rousseau y Flaubert, con los de la juventud, para el humorista Sterne y Andrés Doria, el marino insigne, con la primera mitad de la edad madura. Casos como éstos, de tardía iniciación, se reproducen en toda manera activa o contemplativa de existencia, aunque separemos de entre ellos los de sólo aparente morosidad en el despertar de la aptitud, la que desde temprano existe, capaz del fruto y sabedora de sí misma, determinando real y definida vocación; pero no trasciende hasta muy tarde al conocimiento de los otros, por ausencia de medios con que aplicarse a cultivarla, o de aliciente que engendre el deseo de valerse de ella.

## XLVII

Por otra parte, el verdadero impulso de la vocación cede más de una vez, desde sus tempranos indicios, a fuerzas y ardides que se le oponen. A pesar de lo profética y reveladora que suele ser la espontaneidad de la niñez para quien la observa de cerca, y a pesar también de la maravillosa intuición que el amor presta para ver en lo hondo de las almas, es caso común que la enamorada voluntad de los padres milite entre las causas que producen las desviaciones, los malogros y los vanos remedos de la vocación.

No se funda, la mayor parte de las veces, esta contraria influencia, en el desconocimiento de la predilección natural, que, cuando ya se anuncia en la infancia, lo hace en forma sobrado diáfana, viva y candorosa, para quedar inadvertida; sino en la falsa persuasión de que aquella voz de la naturaleza pueda sustituirse o anticiparse, con ventaja, por otra, elegida a voluntad, que se procura obtener laboriosamente, sin saber si hallará eco que la responda en el abismo interior. La oficiosidad del cariño, que previene peligros y padecimientos en la vía adonde tiende un precoz deseo; el halago de las promesas y los beneficios de otra; quizá el orgullo de la vocación propia y querida, que engendra la ambición de perpetuarla con el nombre; quizá, alguna vez, el amor melancólico por una antigua vocación que defraudó la suerte, y que se anhela ver resurgir y triunfar en un alma exhalada de la propia, ya que no pudo ser en ésta: todas son causas de que la voluntad de los padres se manifieste, a menudo, no para favorecer la espontánea orientación del alma del niño, sino para orientarla sin provocar su libre elección, o para apartarla del rumbo en que ella atinadamente acude a la voz misteriosa que la solicita.

La piedad de otros tiempos rendía a la Iglesia el tributo vivo del *oblato,* consagrado, sin intervención de su voluntad, al sacerdocio, desde antes del uso de razón. En todas las profesiones hay *oblatos;* y aun más habría si la "predestinación" paternal tuviera en ellas la irrevocabilidad de la consagración eclesiástica.

Fácil es de hallar en la infancia de los hombres superiores esta como prematura prueba de la incomprensión y los obstáculos del mundo. Si Haendel y Berlioz hubieron de optar entre la obediencia filial y su amor por la música, en cambio Benvenuto Cellini y Guido Reni, a la música eran destinados por sus padres, y sólo la rebelión del instinto los encaminó a su género de gloria. La autoridad doméstica que prometía a Hernán Cortés a las letras, dedicaba a Filangieri a la armas. Menos frecuente, pero no imposible, es el opuesto caso, en que la voluntad del padre, guiada por una segura observación, pone a un espíritu, contra el anhelo y preferencia de éste, en la vía de su verdadera aptitud, ahogando en germen una vocación falsa o dudosa. Ejemplo de ello es Donizetti, que soñaba ilusoriamente, de niño, no con el arte más espiritual, sino con el más material: la arquitectura. Cuando la educación que gobierna los primeros años, obra con este acierto, su eficacia es poderosa, casi tanto como el mismo dón de la naturaleza: ¿quién tasará la influencia que, para formar y guiar, desde sus tiernos y plásticos comienzos, la natural disposición de un espíritu, puede tener una disciplina tal como la que el padre de Mengs fijó a la infancia del futuro pintor, ordenando menudamente, así sus estudios como sus juegos, a la superior finalidad de aquella vocación, cultivada como se haría con una simiente única y preciosa?

. . . . . .

Sabemos de los yerros de la oposición paterna por la historia de los que, superándola, lograron salir adelante con su intento. Pero en la "medianía" de todas las actividades y aplicaciones; en los rebaños de almas que cumplen, sin amor y sin gloria, su trabajo en el mundo ¡cuántos espíritus habrá cuya aptitud original y cierta, sacrificada desde sus indicios más tempranos para forzarla a dar paso a una aptitud facticia, no tuvo empuje o no halló medios con que resistir, y quedó ahogada bajo esta vocación parasitaria, que los condena a una irredimible mediocridad?

## XLVIII

Suele suceder que una vocación tempranamente sentida, y a la que el

alma, ya en edad de realizar sus promesas, permanece fiel sin un instante de duda o desconfianza, no corresponda, sin embargo, a indicio alguno de aptitud y parezca, por mucho tiempo, vana y engañosa. Pero un incontrastable ahínco de la voluntad la sostiene; y un día, cuando el augurio adverso es unánime, la aptitud da razón de sí; y aquella perseverancia se vindica, y manifiesta cuán noble era.

No es esa vocación testimonio de una facultad real y efectiva, sino presentimiento de una facultad que ha de comparecer tardíamente a ocupar el sitial que la constante voluntad le cuida y guarda. Es como anticipado aroma de remota floresta; como vislumbre que atisba el alma con mirada zahorí, y por el cual asegura la realidad de una luz que aún nadie percibe, pero que luego brotará en palmarios resplandores. *Sabe* el alma, por misterioso aviso, que está llamada a tal especie de actividad, a tal linaje de fama; no encuentra en sí fuerzas que muestren, ni aun que prometan, la realidad de su visión; persiste en ello, porfía, espera sin razón sensible de esperanza; y después, el tiempo trueca en verdad la figuración del espejismo. Es éste, género de obstinación que se confunde, en la apariencia, con la terquedad, no pocas veces heroica y temeraria, de que suelen acompañarse las falsas vocaciones. Sólo al tiempo toca decidir si la terquedad respondía a ilusión vana o a inspirada anticipación del sentimiento. De tal manera se confunden, mientras el tiempo no decide, que diríase, parodiando lo que el poeta dijo de Colón y el mundo de su sueño, que nunca hubo en ciertas almas la predisposición de las dotes que luego mostraron en el triunfo, sino que el hado se las concedió, por acto de creación, en premio de su fe. Para la posteridad, que ve completa la vida de los que aspiran a durar en su memoria, la perseverancia del que se engañó al tomar camino y avanzó, hasta caer, por uno que no le estaba destinado, sólo será objeto fugaz de compasión (o de dolorido respeto, cuando heroica); pero serán sublime prólogo de una vida en que la gloria fue difícil y morosa cosecha, los comienzos de desvalida fe, cuya confianza inquebrantable no se apoyaba en la promesa real, en la objetiva demostración, de la aptitud. Porque no hablo ahora de la perseverancia mantenida al través de injustos desdenes, con que el juicio del mundo desconoce merecimientos que existen ya en el desdeñado; sino de la de aquel que nada, aparentemente, promete, para quien con justicia haya de juzgarle; pero que, con un íntimo sentimiento de su tesoro oculto, contra la propia justicia persevera, y vence luego a favor de la justicia. Este yerra tal vez en cuanto a la ilusoria estimación de méritos que aún no tiene, y acierta en cuanto a la profética vista de méritos que adquirirá. El nombre que primero acude a mi memoria, para ejemplo de ello, es el de Luis Carracci: aquel noble, sincero y concienzudo pintor, que con Agustín y Aníbal, vinculados a él por los lazos de la vocación y de

la sangre, animaron, en el ocaso del Renacimiento, la escuela de Bolonia. Cuéntase que Luis comenzó a pintar dando de su disposición tan pobres indicios que Fontana, que le había iniciado en el arte, y el Tintoretto, que vio sus cuadros en Venecia, le aconsejaron que abandonase para siempre el pincel. Obstinóse contra el doble parecer magistral la fe del mal discípulo, y éste llegó a ser el maestro a cuyo alrededor se puso en obra aquel ensayo de síntesis de las escuelas italianas, y por quien hoy admiran los visitantes de la Pinacoteca de Bolonia, el cuadro de *La Transfiguración* y el del *Nacimiento del Bautista.*

Semejante es el caso de Pigalle, el escultor que había de reconciliar al mármol enervado por la cortesanía, con la verdad y la fuerza; y cuyo aprendizaje infructuoso y lánguido no mostraba otro indicio de vocación que la perseverancia igual y tranquila, que le acompañaba, como la sonrisa de un hada invisible para los demás, cuando despidiéndose, avergonzado, del taller de su maestro, tomaba el camino de Italia, con el pensamiento de encomendarse a la intercesión de dioses mayores.

En el actor dramático, cuyo género de superioridad espiritual requiere el auxilio de disposiciones materiales y externas, que no siempre componen graciosamente su séquito: la voz, la fisonomía, la figura, estas exterioridades, si las da insuficientes la naturaleza, forman delante de la íntima aptitud un velo o una sombra que la hurtan a los ojos ajenos, y que ha de quitar de allí el esfuerzo de la voluntad, enrojecida en el fuego de la vocación. Así se despejan triunfalmente esos nebulosos y pálidos albores de cómicos insignes, como Lekain, como Máiquez, cómo Cubas; obligados a rehacer, en dura lid consigo mismos, las condiciones de su envoltura corpórea, y aun de su propio carácter, para abrir paso fuera de su espíritu a la luz escondida bajo el celemín.

No tienen los heroísmos de la santidad, inspirada en el anhelo de aquella otra *gloria,* que culmina en el vértice de los sueños humanos, más rudas energías con que vencer la rebelión de la naturaleza, ni más sutiles astucias para burlar al Enemigo, que éstas de que se vale la constancia de una aptitud que se siente mal comprendida y grande, y busca, desde la sombra, su camino en el mundo.

. . . . . .

## XLIX

Trae la corriente de la vida una ocasión tan preñada de destinos; un movimiento tan unánime y conforme de los resortes y energías de nuestro sér, que cuanto encierra el alma en germen o potencia suele pasar entonces al acto,

de modo que, desde ese instante, la personalidad queda firmemente contorneada y en la vía de su desenvolvimiento seguro.

Todo el hervor tumultuoso de nuestras pasiones adquiere ritmo y ley si se las refiere a un principio; toda su diversidad cabe en un centro; toda su fuerza se supedita a un móvil único, cuya comprensión sutil implica la de los corazones y las voluntades, aun los más diferentes, y aun en lo más prolijo y lo más hondo; a la manera como, sabido el secreto del abecedario, toda cosa escrita declara incontinente su sentido: historia o conseja, libelo u oración... ¿Y cuál ha de ser este principio, y centro, y soberano móvil de nuestra sensibilidad, sino aquel poder primigenio que, en el albor de cuanto es, aparece meciendo en las tinieblas del caos los elementos de los orbes, y en la raíz de cuanto pasa asiste como impulso inexhausto de apetencia y acción, y en el fondo de cuanto se imagina prevalece como foco perenne de interés y belleza; y más que obra ni instrumento de Dios, es uno con Dios; y siendo fuente de la vida, aun con la muerte mantiene aquellas simpatías misteriosas que hicieron que una idea inmortal los hermanase?... ¿Quién ha de ser sino aquel *fuerte, diestro, antiguo y famosísimo señor,* de que habló, con la fervorosidad de los comensales del *Convite,* León Hebreo? ¿Quién ha de ser sino el amor?...

## L

...Es el monarca, es el tirano; y su fuerza despótica viene revestida de la *gracia* visible, el signo de elección y derecho, que la hace aceptar a quienes la sufren. La diversidad de su acción es infinita, no menos por voluntarioso que por omnipotente. Ni en la ocasión y el sentido en que se manifiesta, muestra ley que le obligue, ni en sus modificaciones guarda algún género de lógica. Llega y se desata; se retrae y desaparece, con la espontaneidad genial o demoníaca que excede de la previsión del juicio humano. El misterio, que la hermosa fábula de Psiquis puso de condición a su fidelidad y permanencia, constituye el ambiente en que se desenvuelve su esencia eterna y proteiforme. Si, abstractamente considerado el amor, es fuerza elemental que representa en el orden del alma la idea más prístina y más simple, nada iguala en complejidad al amor real y concreto, cuya trama riquísima todo lo resume y todo lo reasume, hasta identificarse con la viva y orgánica unidad de nuestro espíritu. Como el río caudal se engrandece con el tributo de los medianos y pequeños; como lo hoguera trueca en fuego, que la agiganta, todo lo que cae dentro de ella, de igual manera el amor, apropiándose de cuantas pasiones halla al par de él en el alma, las refunde consigo, las compele a su objeto, y no les

deja ser más que para honrarle y servirle. Pero no sólo como señor las avasalla, sino que como padre las engendra; porque no cabe cosa en corazón humano que con el amor no trabe de inmediato su origen: cuando no a modo de derivación y complemento, a modo de límite y reacción. Así, donde él alienta nacen deseo y esperanza, admiración y entusiasmo; donde él reposa, nacen tedio y melancolía, indecisión y abatimiento; donde él halla obstáculos y guerra, nacen odio y furor, ira y envidia. Y la fuerza plasmante y modeladora de la personalidad, que cada uno de estos movimientos del alma lleva en sí, se reúne, volviendo al seno del amor, que los recoge a su centro, con la más grande y poderosa de todas, que es la que al mismo amor, como una de tantas pasiones, pertenece; y esta suprema fuerza de acumulación y doble impulso, lo es a la vez de ordenación y disciplina: reguladora fuerza que señala a cada una de aquellas potencias subordinadas, su lugar; a la proporción en que concurren, su grado; a la ocasión en que se manifiestan, su tiempo; por donde inferirás la parte inmensa que a la soberanía del amor está atribuida en la obra de instituir, fortalecer y reformar nuestra personalidad.

## LI

Infinito en objetos y diferencias el amor, todas éstas participan de su fundamental poder y eficacia; pero aquel género de amor que propaga, en lo animado, la vida; aquel que, aun antes de organizada la vida en forma individual, ya está, como en bosquejo, en las disposiciones y armonías primeras de las cosas, con el *eterno femenino* que columbró en la creación la mirada del poeta, y la viril energía inmanente que hace de complemento y realce a aquella eterna gracia y dulzura, es el que manifiesta la potestad de la pasión de amor en su avasalladora plenitud; por lo cual, como cifra y modelo de todo amor, para él solemos reservar de preferencia este divino nombre. Y en las consagraciones heroicas de la vocación; en el íntimo augurio con que la aptitud se declara y traza el rumbo por donde han de desenvolverse las fuerzas de una vida, tiene frecuente imperio tan poderosa magia.

Así, el blando numen que encarna en forma de niño sonríe y maneja en la sombra mil hilos de la historia humana. Si del amor, por su naturaleza y finalidad primera, deriva el hecho elemental de la civilización, en cuanto a él fue cometido anudar el lazo social, y asentar de arraigo, en el seno de la madre tierra, la primitiva sociedad errante e insólida, que los encendidos hogares ordenan un día en círculos donde se aquieta: la civiliza-

ción, en su sentido más alto, como progresivo triunfo del espíritu sobre los resabios de la animalidad; como energía que desbasta, pulimenta y aguza; como lumbre que transfigura y hermosea, es al estímulo del amor deudora de sus toques más bellos. Junto a la cuna de las civilizaciones, la tradición colocó siempre, a modo de sombras tutelares, las mujeres proféticas, nacidas para algún género de comunicación con lo divino; las reveladoras pitonisas y magas; las Déboras, Femonoes y Medeas; no tanto, quizá, como recuerdo o símbolo de grandes potencias de creación e iniciativa que hayan realmente asistido en alma de mujer, cuanto por la sugestión inspiradora que, envuelta inconscientemente en el poder magnético del amor cuando más lo sublima la naturaleza, inflama y alienta aquellas potencias en el alma del hombre. Transformándose para elevarse, a una con el espíritu de las sociedades humanas, el amor es en ellas móvil y aliciente que coopera a la perspicuidad de todas las facultades, a la habilidad de todos los ejercicios, a la pulcritud de todas las apariencias.

Cuando me represento la aurora de la emoción de amor en el fiero pecho donde sólo habitaba el apetito, yo veo un tosco y candoroso bárbaro, que, como poseído de un espíritu que no es el suyo, vuelve, imaginativo, del coloquio en que empezó a haber contemplación, moderadora del ciego impulso, y ternura, con que se ennoblece y espiritualiza el deseo; y que ha llegado a la margen de un arroyo, donde la linfa está en calma, se detiene a considerar su imagen. Véole apartar de la torva frente las guedejas, como de león; y aborrecer su desnudez; y por la vez primera anhelar la hermosura, y proponerse de ella un incipiente ejemplar, una tímida y apenas vislumbrada forma, en que germina aquella de donde tomarán los bronces y los mármoles la inspiración de los celestes arquetipos. Veo que luego, tendiendo la mirada en derredor, todas las cosas se le ofrecen con más ricas virtudes y más hondo sentido; ya porque le brindan o sugieren, para las solicitudes de amor, nuevas maneras de gala y atraimiento; ya porque hablan, con misteriosas simpatías, a aquel espíritu que le tiene robado, por modo divino, el corazón. Veo que, bajo el influjo de esta misma novedad dulcísima, fluye en lo hondo de su alma una vaga, inefable música, que anhela y no sabe concretarse en són material y llegar al alma de los otros; hasta que, despertándose en su mente, al conjuro de su deseo, no sé qué reminiscencias de las aguas fluviales y de los ecos de las selvas, nace la flauta de Antigénides, de la madera del loto, o de simples cañas, labrada; para reanimarse después, con más varia cadencia, la música interior, en la lira tricorde, segunda encarnación de la armonía. Veo que, tentado de la dulzura del són, brota el impulso de la danza, con que cobran número y tiempo los juegos de amor; y se levanta el verso, para dar al idioma del

alma apasionada el arco que acrecienta su ímpetu. Veo el brazo del bárbaro derribar los adobes que, cubiertos de entretejidas ramas, encuadraban su habitación primera; y obedeciendo al estímulo de consagrar al amor santuario que le honre, alzar la columna, el arco, la bóveda, la mansión firme y pulidamente edificada, bajo cuyo techo se transformarán los aderezos de la rústica choza en el fausto y el primor que requieren la habilidad del artífice: la escudilla de barro, en la taza de oro y la copa de plata; el mal tajado tronco, en el asiento que convida a la postura señoril; la piel tendida, en el ancho y velado tálamo, que guarda, con el dedo en la boca, el Amor, tierno y pulcro, tal como visitó las noches de Psiquis; y el fuego humoso, en la lámpara de donde irradia la luz, clara y serena, como la razón, que amanece entre las sombras del instinto, y el sentimiento, que cría alas en las larvas de la sensación.

## LII

Humanidad reducida a breve escala, es la persona; barbarie, no menos que la de la horda y el aduar, la condición de cada uno como sale de manos de la naturaleza, antes de que la sujeten a otras leyes la comunicación con los demás y la costumbre. Y en esta obra de civilización personal, que tiene su punto de partida en la indómita fiereza del niño y llega a su coronamiento en la perfección del patricio, del hidalgo, del supremo ejemplar de una raza que florece en una ilustre, altiva y opulenta ciudad, la iniciación de amor es, como en los preámbulos de la cultura humana, fuerza que excita y complementa todas las artes que a tal obra concurren; así las más someras, que terminan en la suavidad de la palabra y la gracia de las formas, como las que toman por blanco más hondas virtualidades del sentimiento y el juicio. En la deleitosa galería del *Decamerón* descuella la bien trazada figura de Cimone de Chipre, el rústico torpe y lánguido, indócil, para cuanto importe urbanizar su condición cerril, a toda emulación, halago y ejemplo, y a quien el amor de la hermosa Efigenia levanta, con sólo el orfeico poder de su beldad, a una súbita y maravillosa cultura de todas las potencias del alma y el cuerpo, hasta dejarle trocado en el caballero de más gentil disposición y mejor gracia, de más varia destreza y más delicado entendimiento, que pudiera encontrarse en mucho espacio a la redonda. Igual concepto de la civilizadora teurgia del amor, inspiró a Jorge Sand el carácter de su Mauprat, en quien una naturaleza selvática, aguijada por el estímulo de la pasión, se remonta, con la sublime inconsciencia del iluminado, a las cumbres de la superioridad de espíritu.

## LIII

Por eso la leyenda, significativa y pintora, mezcla esta divina fuerza a los orígenes de la invención, al risueño albor de las artes.

¿Recuerdas la tradición antigua de cómo fue el adquirir los hombres la habilidad del dibujo? Despedíase de su enamorada un mozo de Corinto. Sobre la pared la luz de una lámpara hacía resaltar la sombra del novio. Movida del deseo de conservar la imagen de él consigo, ideó ella tomar un pedernal, o un punzón, o acaso fue un alfiler de sus cabellos; y de este modo, siguiendo en la pared el perfil que delineaba la sombra, lo fijó, mitigando, merced a su arte sencillo, el dolor que le preparaba la ausencia; de donde aprendieron los hombres a imitar sobre una superficie plana la forma de las cosas.

Esta tradición parece que renace en la que, pasados los siglos, viene a adornar la cuna del arte de imprimir. Un flamenco de Harlem distraía, vagando por soledad campestre, la pena que le causaba la ausencia de su amada. Acertó a pasar junto a unos sauces henchidos de la savia nueva, y ocurriósele arrancar de ellos unas frescas cortezas, donde talló rústicamente frases que le dictaba el amor o en que desahogaba su melancolía. Renovó la distracción en nuevos paseos; hasta que, grabando en una lámina de sauce toda una carta, que destinaba a la dulce ausente, envolvió la lámina en un pergamino, y se retiró con ella; y desenvolviéndola luego, halló reproducida en el pergamino la escritura, merced a la humedad de la savia; y esto fue, según la leyenda, lo que, sabido de Gutenberg, depositó en su espíritu el germen de la invención sublime. ¡Mentira con alma de verdad! El interés de una pasión acicateando la mente para escogitar un ignorado arbitrio; la observación de lo pequeño como punto de partida para el hallazgo de lo grande: ¿no está ahí toda la filosofía de la invención humana? ¿no es ésa la síntesis, anticipada por candorosa intuición, de cuanto, en los milagros del genio, encuentra el análisis de los psicólogos?...

En el Gilliat de *Los Trabajadores del mar* personificó la gigantesca imaginación de Víctor Hugo la virtud demiúrgica del amor, que inspira al alma del marinero rudo e ignorante las fuerzas heroicas y las sutiles astucias con que se doma a la naturaleza y se le arrancan sus velados tesoros.

Siendo padre y maestro de cuantas pasiones puedan hallar cabida en el alma, el amor, por instrumento de ellas, sugiere todas las artes que pide la necesidad o el deseo a que da margen cada pasión que nos subyuga: las invenciones de que se vale la ambición de gloria o riqueza; los artificios e industrias con que se auxilia el propósito de parecer mejor; los ardides que

calculan los celos; los expedientes a que recurre la simulación; las redes que urde la venganza; y de esta diligencia que imprime el sentimiento apasionado a la facultad inventiva, surge más de una vez el invento que dura, agregado para siempre a los recursos de la habilidad y la destreza humanas, aunque en su origen haya servido a un fin puramente individual.

Por el estímulo a ennoblecerse y mejorarse que el amor inspira, suyo preferentemente es el poder iniciador en las mayores vocaciones de la energía y de la inteligencia. Movida del empeño de levantarse sobre su condición para merecer el alto objeto (siempre es alto en idea) a que mira su encendido anhelo, el alma hasta entonces indolente, o resignada a su humildad, busca dentro de sí el germen que pueda hacerla grande, y lo encuentra y cultiva con voluntad esforzada. Esta es la historia del pastor judío que, enamorado de la hija de su señor, quiere encumbrarse para alcanzar hasta ella, y llega a ser, entre los doctores del Talmud, Akiba el rabino. No de otro modo, de aquel pobre calderero de Nápoles que se llamó Antonio Solario hizo el amor el artista de vocación improvisa, que, ambicionando igualarse en calidad con la familia del pintor en cuya casa tenía cautivo el pensamiento, pone el dardo doble más allá de su blanco, después de traspasarle, porque logra juntos el amor y la gloria. Este caso enternecedor se reproduce esencialmente en la vida de otros dos maestros del pincel: Quintín Metzys, el herrero de Amberes, transfigurado, por la ambición de amor, en el grande artista de quien data el sentimiento de la naturaleza y la alegría en los cuadros flamencos; y el español Ribalta, que, a exacta imagen de Solario, busca en la casa de un pintor la vecindad de unos ojos al propio tiempo que la norma de una vocación.

De todo cuanto sobre el Profeta musulmán refieren la historia y la leyenda, nada hay acaso que interese y conmueva con tal calor de realidad humana, como la acción que en los vislumbres de su apostolado se atribuye al amor de su Cadija. Cadija es, por pura ciencia de amor, más que la Egeria del profeta: ella le entona el alma; ella le presta fe cuando aún él no la tiene entera en sí mismo; ella da alas a la inspiración que ha de sublimarle... Pero ¡qué mucho que la pasión correspondida, o iluminada de esperanza, preste divinas energías, si aun del desengaño de amor suele nacer un culto desinteresado y altísimo, que vuelve mejor a quien lo rinde! ¿No es fama que para alentar el pensamiento y la voluntad de Spinoza tuvo su parte de incentivo una infortunada pasión por la hija de Van der Ende, su maestro; la cual, aun negándole correspondencia, le instó a buscar nuevo objeto a sus anhelos en la conquista de la sabiduría; mandato que, por ser de quien era, perseveró quizá, en el espíritu de aquel hombre sin mácula, con autoridad religiosa?

El valor heroico, todavía más que otras vías de la voluntad, se ampara de este dulce arrimo del amor. En uno con la vocación del caballero nace la invocación de la dama; y no hay armas asuntivas donde, ya sea porque excitó la ambición de fortuna, ya porque alentó la de gloria, no estampe el dios que campeaba en el escudo de Alcibíades, la rúbrica de su saeta. Sin que sean menester Cenobias, Pentesileas ni Semíramis, hay un género de heroísmo amazónico contra el que jamás prevalecerán Herakles ni Teseos; y es el que se vale del brazo del varón como de instrumento de la hazaña, y de la voluntad de la amazona como de inspiración y premio a la vez, mientras ella se está, quieta y sublime, en la actitud de la esperanza y la contemplación. Esta es la eterna heroicidad de Dulcinea, más lidiadora de batallas desde su Olimpo de la imaginación del caballero, que al frente de sus huestes la soberana de Nínive. Quien ha leído en Baltasar Castiglione la más fina y donosa de las teorías del amor humano, no olvidará aquella página donde con tal gracia y calor se representa la sugestión de amor en el ánimo del guerrero, y tan pintorescamente se sostiene que contra un ejército de enamorados que combatiesen asistidos de la presencia de sus damas, no habría fuerzas que valieran, a menos que sobre él viniese otro igualmente aguijoneado y encendido por el estímulo de amor; lo cual abona el deleitoso prosista con el recuerdo de lo que se vio en el cerco de Granada, cuando, a la hora de salir a las escaramuzas con los moros los capitanes de aquella heroica nobleza, las damas de la Reina Católica, formando ilustre y serenísima judicatura, se congregaban a presenciar, desde lo avanzado de los reales cristianos, los lances del combate, y de allí la tácita sanción de sus ojos y las cifras mágicas que pinta un movimiento, un gesto, una sonrisa, exaltaban el entusiasmo de sus caballeros a los más famosos alardes de la gallardía y el valor.

## LIV

Pero si toda aptitud y vocación obedece, como a eficacia de conjuro, al estímulo que el amor despierta, ningún dón del alma responde con tal solicitud a sus reclamos y se hace tan íntimo con él, como el dón del poeta y el artista: el que tiene por norte sentir y realizar lo hermoso. Bajo la materna idea de belleza, amor y poesía se hermanan. Anhelo instintivo de lo bello, e impulso a propagar la vida, mediante el señuelo de lo bello: esto es amor; y de este mismo sentimiento de belleza, cuando le imprime finalidad el deseo de engendrar imaginarias criaturas que gocen tan propia y palpitante vida como las que el amor engendra en el mundo, fluyen las

fuentes de la poesía y el arte. Amor es polo y quintaesencia de la sensibilidad, y el artista es la sensibilidad hecha persona. Amor es exaltación que traspasa los límites usuales del imaginar y el sentir, y a esto llamamos inspiración en el poeta. Allí donde haya arte y poesía; allí donde haya libros, cuadros, estatuas, o imágenes de estas cosas en memoria escogida, no será menester afanar por mucho tiempo los ojos o el recuerdo para acertar con la expresión del amor, porque lo mismo en cuanto a las genialidades y reconditeces del sentimiento, que el arte transparenta, que en cuanto a los casos y escenas de la vida que toma para sí y hace plásticos en sus ficciones, ningún manantial tan copioso como el que del seno del amor se difunde.

Quien ama es, en lo íntimo de su imaginación, poeta y artista, aunque carezca del dón de plasmar en obra real y sensible ese divino espíritu que lo posee. La operación interior por cuya virtud la mente del artista recoge un objeto de la realidad, y lo acicala, pule y perfecciona, redimiéndole de sus impurezas, para conformarlo a la noción ideal que columbra en el encendimiento de la inspiración, no es fundamentalmente distinta de la que ocupa y abstrae a toda hora el pensamiento del amante, habitador, como el artista, del mundo de los sueños. Por espontánea e inconsciente actividad, que no se da punto de reposo, el alma enamorada transfigura la imagen que reina en el santuario de sus recuerdos; la hace mejor y más hermosa que en la realidad; añádele, por propia cuenta, excelencias y bendiciones, gracias y virtudes; aparta de entre sus rasgos los que en lo real no armonizan con el conjunto bello; y verifica de este modo una obra de selección, que compite con la que genera las criaturas nobles del arte; por lo cual fue doctrina de la antigua sabiduría que el amor que se tiene a un objeto por hermoso, no es sino el reconocimiento de la hermosura que en uno mismo se lleva, de la beldad que está en el alma, de donde trasciende al objeto, que sólo por participación de esta beldad de quien le contempla, llega a ser hermoso, en la medida en que lo es el contemplador. ¿Cabe que gane más el objeto real al pasar por la imaginación del poeta que lo amado al filtrarse en el pensamiento del amante? ¿Hay pincel que con más pertinacia y primor acaricie y retoque una figura; verso o melodía que más delicadamente destilen la esencia espiritual de un objeto, que el pensamiento del amante cuando retoca e idealiza la imagen que lleva esculpida en lo más hondo y preferido de sí?...

A menudo este exquisito arte interior promueve y estimula al otro: aquel que se realiza exteriormente por obras que conocerán y admirarán los hombres; a menudo la vocación del poeta y el artista espera, para revelarse, el momento en que el amor hace su aparición virgínea en el alma, ya de manera potencial, incierto aún en cuanto a la elección que ha de fijarle,

pero excitado, en inquietud difusa y soñadora, por la sazón de las fuerzas de la naturaleza; ya traído a luz por objeto determinado y consciente, por la afinidad irresistible y misteriosa que enlaza, en un instante y para siempre, dos almas. Como al descender el Espíritu sobre su frente, se infundió en los humildes pescadores el dón de lenguas no aprendidas, de igual manera el espíritu de amor, cuando embarga e inspira al alma adolescente, suele comunicarla el dón del idioma divino con que rendir a su dueño las oblaciones del corazón y suscitar, como eco de ellas, los votos y simpatías de otras almas, entre las que propaga la imagen de su culto. Con las visiones y exaltaciones de amor que refieren las páginas de la *Vita nuova* mézclanse las nacientes de la inspiración del Dante, desde que, tras aquel simbólico sueño que en el tercer parágrafo del libro se cuenta, nace el soneto primogénito:

*A ciascun alma presa e gentil core...*

Del sortilegio que la belleza de doña Catalina de Ataide produce en el alma de Camoens, data el amanecer de su vocación poética; como el de la de Byron, de la pasión precoz que la apariencia angélica de Margarita Parker enciende en su corazón de niño. Si la indignación, por quien Juvenal llegó a hacer versos, despierta antes el estro vengador de Arquíloco, esta indignación es el rechazo con que un amor negado a la esperanza vuelve su fuerza en el sentido del odio. Aun en el espíritu vulgar, raro será que, presupuesto cierto elemental instinto artístico, la primera vibración de amor que hace gemir las fibras del pecho no busque traducirse en algún efímero impulso a poetizar, que luego quedará desvanecido y ahogado por la prosa de la propia alma y por la que el alma recoge en el tránsito del mundo; pero no sin dejar de sí el testimonio de aquellos pobres versos, inocentes y tímidos, que acaso duran todavía, en un armario de la casa, entre papeles que amortigua el tiempo, como esas flores prensadas entre las hojas de los libros; o si de alma simple y rústica se trata, el testimonio de la canción ingenua, no exenta a veces de misterioso hechizo, que, al compás de una vihuela tañida por no menos cándida afición, lleva el viento de la noche, mezclada con el aroma de los campos... Así como, en lo material del acento, la voz apasionada tiende naturalmente a reforzar su inflexión musical, así en cuanto a la forma de expresión, el alma que un vivo sentimiento caldea, propende por naturaleza a lo poético, a lo plástico y figurativo. ¡Cuántas cartas marchitas e ignoradas merecerían exhumarse del arca de las reliquias de amor, para mostrar cómo del propio espíritu inmune de toda vanidad literaria y nada experto en artes de estilo, arranca la inspiración del amor tesoros de sencilla hermosura y de expresión vibrante y pintoresca, que emulan los aciertos de la aptitud genial!

Amor es revelación de poesía; magisterio que consagra al poeta; visitación por cuyo medio logra instantes de poeta quien no lo es; y en la misma labor de la mente austera y grave, en la empresa del sabio y el filósofo, de él suele proceder la fuerza que completa la unidad armoniosa de la obra del genio, añadiendo a las síntesis hercúleas del saber y a las construcciones del entendimiento reflexivo, el elemento inefable que radica en las intuiciones de la sensibilidad: la parte de misterio, de religión, de poesía, de gracia, de belleza, que en la grande obra faltaba, y que después de un amor, real o soñado, se infunde en ella, para darle nueva vida y espíritu, nuevo sentido y trascendencia: como cuando la memoria de Clotilde de Vaux, obrando, a modo de talismánico prestigio, sobre el alma de Comte, hace transfigurarse el tono de su pensamiento y dilatarse los horizontes de su filosofía con la perspectiva ideal y religiosa, que hasta entonces había estado ausente de ella, y que por comunicación del amor, el antes árido filósofo descubre y domina, llegando casi a la unción del hierofante.

. . . . . .

## LV

La natural espontaneidad de la infancia y la inquietud de la adolescencia aguijoneada por el estímulo de amor, son ocasiones culminantes de que las virtualidades y energías de un alma se transparenten y descubran. Pero, además, frecuentemente el anuncio definido y categórico de la vocación puede referirse a un momento preciso, a una ocasión determinada: hay un *hecho provocador,* que da lugar a que la aptitud latente en lo ignorado de la persona, se reconozca a sí misma y tome las riendas de la voluntad. Este hecho ha de clasificarse casi siempre dentro de los términos de esa gran fuerza de relación, que complementa la obra de la herencia y mantiene la unidad y semejanza entre los hombres: llámesela imitación o simpatía, ejemplo o sugestión.

Corre en proverbio la frase en que prorrumpió, delante de un cuadro de Rafael, sintiéndose exaltado por una aspiración desconocida, el muchacho obscuro que luego fue el Correggio: *Anch'io sono pittore*: ¡también yo soy pintor!... Tales palabras son cifra de infinita serie de hechos, en que la percepción directa, o el conocimiento por referencia y fama, de una obra semejante a aquellas de que es capaz la propia aptitud, ha suscitado el primer impulso enérgico y consciente de la vocación. Con el *anch'io sono pittore* da principio, no sólo la historia del Correggio, sino la de otros muchos artistas del color y la piedra: tal Fra Filipo Lippi, que, viendo pintar, en su

convento, al Masaccio, declara eterno amor a la pintura; el escultor Pisano, que adquiere conciencia de su habilidad frente a un antiguo bajorrelieve de *Hipólito;* y el Verocchio, que, en presencia de los bronces y mármoles de Roma, adonde le ha llamado, como maestro orfebre, Sixto V, cede a la tentación de dejar el cincel del platero por el del estatuario. Ejemplos de lo mismo se reproducen en cualquier otro género de vocación: ya sea éste la música, como cuando el compositor Charpentier, que se proponía estudiar para pintor, oye cantar en una iglesia un motete, y se convierte al arte de Palestrina; o cuando el cantante Garat siente la voz que le llama a la escena, asistiendo a la representación de la *Armida* de Gluck; ya sea la oratoria, donde cabe citar el clásico ejemplo de Demóstenes, arrebatado en la pasión de la elocuencia desde la arenga oída en el tribunal a Calistrato; ya la creación dramática, que manifiesta, en el viejo Dumas, su virtualidad, por sugestión de un drama de Shakespeare; ya la interpretación teatral, cuya aptitud se revela en Ernesto Rossi después de oír al actor Módena, y en Adriana Lecouvreur por las impresiones de que la rodea, siendo niña, la vecindad en que vive, del teatro; ya la investigación de los cielos, que estimula a Herschell, por primera vez, cuando cae en sus manos un planisferio celeste; ya, en fin, el arte médica, como cuando Ambrosio Paré viendo, en su infancia, realizar una operación de cirugía, reconoce el objeto perdurable de su atención e interés. En la esfera de la vida moral, no es menos eficaz el *anch'io.* La vocación ascética de Hilarión cuando llega delante del eremita Antonio, manifiesta uno de los más comunes modos como obró en los tiempos de fe, el repentino impulso de la *gracia.*

No es menester la presencia material del objeto o el acto, para transmitir la excitación del *anch'io*: basta el conocimiento de ellos. Tal vez es la resonancia del triunfo obtenido por otro en cierta especie de actividad, lo que determina al ánimo indolente o indeciso, a probar en ella sus fuerzas: así cuando Montesquieu subyuga, con el *Espíritu de las leyes,* la atención de sus contemporáneos, y Helvecio se siente movido a emularle, y busca retiro y soledad para abismarse, también él, en la obra. Tal vez es el milagroso prestigio de una invención o un descubrimiento: como cuando la novedad del pararrayos suscita en el ánimo del futuro físico Charles, el primer estímulo de su aplicación. Pero si la conciencia de la aptitud procede de la percepción de un objeto material, puede este hecho no ser clasificable dentro del *anch'io*: no es, en ciertos casos, la obra de otro, sino Naturaleza misma, la que pone ante los ojos del sujeto aquello que le causa indisipable y fecunda sugestión. No hay en la naturaleza cosa que no sea capaz de ejercer esa virtud súbitamente evocadora, respecto a alguna facultad de la acción o del conocimiento. La misma sensación que en el común de las

gentes pasa sin dejar huella, encuentra acaso un espíritu donde pega en oculto blanco, y queda clavada para siempre, como saeta que produce escozor de acicate. El espectáculo del mar visto por primera vez; un árbol que cautiva la atención, por hermoso o por extraño, son sensaciones que han experimentado muchos sin que nada de nota se siguiese a ellas; pero la primera visión del mar fue, para Cook, y luego para aquella mujer extraordinaria, amazona de empresas pacíficas, que se llamó Ida Pfeiffer, la revelación de su genial instinto de viajeros; y Humboldt nos refiere en el *Cosmos* cómo de una palma de abanico y un dragonero colosal, que vio, de niño, en el jardín botánico de Berlín, partió el precoz anuncio del anhelo inextinguible que le llevó a conocer tierras remotas.

La *conversación,* ese común y sencillísimo instrumento de sociabilidad humana, con que los necios ponen en certamen su necedad; con que los frívolos hacen competencia a los ruidos del viento; con que los malvados tientan los ecos del escándalo; la conversación, ocio sin dignidad casi siempre, es influencia fecunda en sugestiones, que acaso llegan a fijar el superior sentido de una vida, cuando vale para que entren en contacto dos *espíritus.* Departían, en la corte de Toledo, Boscán y el embajador Navagero, de Venecia; y como cuadrara hablar de versos, Navagero depositó en el pensamiento de Boscán una idea en que éste halló el objeto para el cual sabemos hoy que vino al mundo: transportar a la lengua de Castilla los metros italianos. Viajaba Buffon, aún sin preferencia definida por algún género de estudio, en compañía del joven duque de Kingston; y de sus conversaciones con el ayo del duque, que profesaba las ciencias naturales, Buffon tomó su orientación definitiva. Dirigíase Cartwright, siendo nada más que muy mediano poeta, a una comarca vecina de la suya; trabó conversación en el camino con unos mercaderes de Manchester; y despertando, a consecuencia de lo que le refirieron, su interés por los adelantos de la mecánica, contrajo a ésta su atención y fue inventor famoso. Estudiaba teología Winslow; era su amigo un estudiante de medicina, con quien a menudo conversaba; resultó, de recíproca sugestión, en sus coloquios, que cada uno de ellos quisiera cambiar por los del otro sus estudios; y llegó día en que Winslow fue el más grande anatomista del siglo XVIII.

Pero ninguna manera de sugestión tiene tal fuerza con que comunicar vocaciones y traer a luz aptitudes ignoradas, como la *lectura.* Obstáculo a la acción del ejemplo es la distancia que, en el espacio o el tiempo, aleja a unos hombres de los otros; y el libro aparta ese obstáculo, dando a la palabra medio infinitamente más dilatable y duradero que las ondas del aire. Para los espíritus cuya aptitud es la acción, el libro, sumo instrumento de autoridad y simpatía, es, aun con más frecuencia que el ejemplo real y que

el modelo viviente, la fuerza que despierta y dirige la voluntad. No siempre es concedido al héroe en potencia, hallar en la realidad y al alcance de sus ojos, el héroe en acción, que le magnetice y levante tras sus vuelos. Pero el libro le ofrece, en legión imperecedera y siempre capaz de ser convocada, mentores que le guíen al descubrimiento de sí mismo. Así, la lectura de la *Ilíada* dio a Alejandro, para modelarse, el arquetipo de Aquiles; como Juliano se inspiró en la historia de Alejandro, y la novela de Jenofonte inició a Escipión Emiliano en la devoción de Ciro el grande. Merced al libro, Carlos XII pudo tener constantemente ante sí la imagen del hijo de Filipo; y Federico de Prusia, la de Carlos XII. De los *Comentarios* de César, vino el arranque de la vocación de Folard, y a ellos se debió también que, permaneciendo en el mundo el espíritu del sojuzgador de las Galias, fuese, para Bonaparte y para Condé, consejero y amigo.

En otras de las vocaciones de la voluntad: la del entusiasmo apostólico, encendido en las llamas de una fe o de un grande amor humano; la de la práctica ferviente de una concepción del bien moral, también el libro es de las formas preferidas del llamado interior. *Tolle, lege!*... ¿No fue un mandato de leer lo que trajo la voz inefable que oyó Agustín en el momento de la gracia? Hilario de Poitiers; Fabio Claudio, que en su nueva vida fue Fulgencio, por inspiración de sus lecturas dejaron a los dioses. Este libro que ahora se pinta en mi imaginación, semiabierto, en forma de arca, sobre el globo del mundo; este libro, vasto como la mar, alto como el firmamento; luminoso a veces, más que el sol; otras sombrío, más que la noche; que tiene del león y del cordero, de la onda amarga y del panal dulcísimo; este libro que empieza antes de que nazca la luz y acaba cuando vuelve el mundo a las sombras eternas, ha sido, durante veinte siglos, fuerza promotora, reveladora, educadora de vocaciones sublimes; honda inmensa de que mil veces se ha valido el brazo que maneja los orbes, para lanzar un alma humana a la cumbre desde donde se ilumina a las demás. Por este libro se infundió en Colón el presentimiento del hallazgo inaudito. En él tomó el viril arranque de la libertad y la razón, Lutero. En él aprendió Lincoln el amor de los esclavos. — ¿Recuerdas una página de las *Contemplaciones,* donde el poeta nos cuenta, cómo en su infancia, jugando, halla en un estante de la casa una Biblia, y la abre, y comienza a leerla, y pasa toda una mañana en la lectura, que le llena de sorpresa y deleite; al modo, dice, que una mano infantil aprisiona un pajarito del campo y se embelesa palpando la suavidad de sus plumas? De una manera semejante a ésta fue como Bossuet niño sintió en los hombros el temblor de sus alas nacientes.

Para la revelación de la aptitud del sabio, del escritor o del poeta, la lectura es el medio por que se manifiesta comúnmente la estimuladora fuerza

del *anch'io*. Si la antigüedad dejó memoria de cómo Tucídides descubrió su genialidad de historiador por la lectura (o la audición, que vale lo mismo), de un pasaje de Herodoto; y Sófocles su alma de poeta, por las epopeyas de Homero; y Epicuro su dón de filosofar, por las obras de Demócrito, frecuentísimos son, en lo moderno, los casos como el de La Fontaine, que reconoció su vocación leyendo, a edad ya madura, una oda de Malherbe; como el de Silvio Pellico, que nació para las letras después que gustó el amargo sabor de *Los Sepulcros* de Fóscolo; como el de Lalande, que quiso saber de los secretos del cielo cuando conoció uno de los escritos de Fontenelle; como el de Reid, que se levantó a la especulación filosófica estimulado por la lectura de las obras de Hume... Y aun entre los que tuvieron casi innata la conciencia de vocación ¿habrá quien no pueda referir, de modo más o menos preciso, a una ocasión de sus lecturas, el instante en que aquélla se aclaró, orientó y tomó definitiva forma?

Por el poder de sugestión con que una imagen enérgicamente reflejada, imita o aventaja al que ejercería la presencia real del objeto, ha solido suceder que una vocación científica o artística deba su impulso a la lectura de una obra literaria. *Nuestra Señora de París,* no el edificio, sino la novela, consagró arqueólogo a Didron. Agustín Thierry sintió anunciársele su genio de vidente del pasado por su lectura de *Los Mártires.* Caso es éste del gran historiador colorista, que puede citarse como ejemplo significativo de la intensidad con que una lectura alcanza a obrar en las profundidades del alma, donde duermen aptitudes y disposiciones inconscientes, y a despertarlas, con súbita y maravillosa eficacia. Cuando Thierry, siendo aún un niño, lee en el libro de Chateaubriand el canto de guerra de los francos, un estremecimiento, comparable al de quien fuera objeto de una anunciación angélica, pasa por él. Levantándose de su asiento, recorre a largos pasos la habitación, mientras sus labios repiten con fervor heroico el estribillo del canto. Desde este punto, la reanimación pintoresca y dramática de la muerta realidad constituye el sueño de su vida, y los conquistadores normandos se inquietan en el fondo de la tumba, apercibiéndose a una irrupción con que alcanzarán sér inmortal.

## LVI

El *anch'io* es, pues, gran provocador de vocaciones; pero no ha de entendérsele de modo que implique siempre imitación estricta de la obra o el autor de quienes viene el ejemplo. El carácter constante en el *anch'io* es la emulación que excita al ejercicio de una cierta aptitud. Por lo demás, den-

tro de esa amplia semejanza, frecuentemente ocurre (y tanto más cuando se trate, no ya de descubrir la aptitud, sino de encauzarla y darla dirección definida), que un deseo de *contraste* respecto de las obras ajenas; un estímulo en el sentido de hacer cosa de algún modo divergente u opuesta a la que ha valido en el triunfo de otros, sean la energía que interviene para fecundar la vocación.

Esta diferencia que se apetece y busca puede referirse, ya al género que se ha de usufructuar, dentro de un mismo arte o general manifestación de la actividad; ya a las ideas que han de tomarse por bandera; ya a las condiciones de estilo cuya perfección se anhela llevar a su más alto grado. Frecuente es el hecho de que la excelsa superioridad alcanzada por un grande espíritu en cierto género de arte o literatura, mueva a otro que lo cultivaba a desistir de él y a igualar esa gloria mediante el cultivo de un distinto género, en el cual se define dichosamente su vocación, la que, a no ser por este benéfico prurito de diferenciarse, no hubiera tal vez pasado de la relativa inferioridad en que quedó dentro de su aplicación primera. Cuando el estrépito triunfal de las comedias de Lope llenó los ámbitos de la escena, Cervantes deja la pluma de *Los tratos de Argel* y la *Numancia,* con que soñó fijar rumbos al teatro; y la pluma que en adelante maneja es la de Cide Hamete Benengeli. Este caso no es único. Walter Scott comenzó por las leyendas en verso, a la manera del *Marmión* y *La Dama del lago;* pero cuando Byron surgió, y de un vuelo fulgurante tomó la cumbre poética, Walter Scott abandonó el camino por donde marchaba a ocuparla, y buscó conquistar una superioridad semejante en la prosa: resolución que significó, para él, el hallazgo de su vocación definitiva y esencial, y para la literatura, el florecimiento de la novela histórica. Ni es otro el caso de Herculano, el gran historiador y novelista portugués, que abandonó la forma versificada por la prosa, donde debía encontrar su verdadero e indisputado dominio, cuando los ruidosos triunfos de Garret le decepcionaron de obscurecerle en cuanto poeta.

La fisonomía y el carácter de la obra; sus condiciones de ejecución, de estilo, de gusto, se determinan, con igual frecuencia, por un espíritu de contradicción. El recién llegado dice al que vino antes que él, como Abraham a Lot: "Si tú a la izquierda, yo a la derecha". La reacción contra la molicie y languidez de los versos de Metastasio, extrema la severidad y estoicismo del estilo de Alfieri. El deliberado pensamiento de quitar la palma al Caravaggio valiéndose de una manera de pintar que sea la viva oposición de la ruda y fogosa que caracterizó al maestro de Bérgamo, da a Guido Reni la norma definitiva de su arte. Y cuando llega el turno, Leonello Spada, herido en su vanidad de principiante por desdeñosas burlas de Guido, se estimula a sí propio con la idea de humillar un día al burlador, arrebatándole,

no sólo la preeminencia de la fama, sino también la boga de los procedimientos. Si Guido triunfa por delicado, correcto y primoroso, —se dijo Leonello—, yo triunfaré por violento y atrevido.

Para el arranque innovador de los grandes reformadores, de los grandes iconoclastas, de cuantos abren vías nuevas al sentimiento o la razón, este acicate que consiste en la tentación de negar al dominador para emularlo, obra más de lo que parece; y concurre a explicarse por él la persistencia del *ritmo* en las fases sucesivas del pensamiento humano.

Hubo, sin duda, convicción sincera, sentido hondo de las oportunidades de su tiempo, sugestión poderosísima del temperamento propio, en la iniciativa revolucionaria de Zola; pero ¿cuánto no auxilió, seguramente, a esos motivos, para extremar el carácter de su reforma y los procedimientos de su arte, la ambición de emular la gloria de los grandes románticos por la eficacia de una originalidad opuesta; de una originalidad con relación a la cual la novela de Jorge Sand y Víctor Hugo fuera como un *modelo negativo?*

En la vía que el genio escoge para llegar a la gloria que ve lucir, lograda por ya sabidos rumbos, en derredor del nombre de otros, suele reaparecer triunfalmente la paradoja del Descubridor, que se propuso hallar camino para las tierras de donde el sol se levanta, yendo hacia donde el sol se pone.

## LVII

Acertar en el género de la vocación y no en la especie; acertar en cuanto a la categoría general dentro de la que debe desenvolverse la aptitud, pero no en cuanto a la determinación particular de ella y la aplicación concreta que conviene a su índole, es caso frecuente en los comienzos de aquel que tienta su vía personal. El instinto le anuncia una vocación, de modo vago e indeterminado, y la elección reflexiva le induce a error al precisar la sugestión del instinto. Pasa con él como con el ciego que lograra entrar sin guía a su verdadera casa, y se equivocara después pasando la puerta de una habitación que no fuese la suya.

En los espíritus de aptitud literaria es de experiencia común que se empieza casi universalmente por el uso del verso, ensayando de esta manera facultades que luego la mayor parte de los que las llevan a madurez, ha de orientar de otro modo. El ejemplo de Fontenelle, poeta nada más que mediano en el primer período de su desenvolvimiento, después escritor y crítico ilustre, es caso que la observación más limitada corroborará con otros numerosos.

El gran Corneille, antes de fundir en el bronce de su alma de romano la tragedia francesa, pensó fijar su vocación teatral, no en la máscara trágica, sino en la cómica. Seis comedias precedieron a la *Medea;* y si aquí no cabe hablar, con entera exactitud, de una falsa elección en el primer rumbo, pues volviendo accidentalmente a él, Corneille debía cincelar más tarde la rica joya de *El Mentiroso,* por lo menos la elección no interpretaba el radical y superior sentido de la aptitud, que prevaleció con plena gloria en las tragedias. Otro caso que encuadra dentro de este orden de hechos, es el de Bellini. El futuro autor de la *Norma* sintió, desde sus primeros pasos, la voz que le llamaba al arte de la música; pero el camino por donde acudió a esta voz no manifestaba, en un principio, conciencia de su verdadera superioridad. Sólo después de ensayar, con desgraciado éxito, ser intérprete de las obras de los otros, ya como cantante, ya como ejecutante, volvió Bellini su interés a la composición dramática. Por lo que toca al arte del color, fácil sería multiplicar ejemplos como el de Julio Clovio, el gran miniaturista italiano, a quien su dón de la exquisita pequeñez no se reveló sino luego de probar fortuna, sin lograrla, en los cuadros de tamaño común; o el del menor de los Van Ostade, pobre pintor de género en la adolescencia; después, original y admirable paisajista.

Ocurre que, para precisar ciertos espíritus la verdadera especie de su vocación, hayan necesidad de restringir extraordinariamente el objeto de ella; y sólo mediante esa determinación estrechísima, encuentran el carácter peculiar de su aptitud. Son éstos los espíritus antípodas de aquellos otros, universales y capaces de todo hacer, que antes saludamos. Así, en pintura, los artistas que han sabido pintar flores y nada más que flores: Van Huysum, Monnoyer, Van Spaendonck; o bien Redouté que, pintando retratos e imágenes sagradas, nunca pasó de una discreta medianía, hasta que la contemplación de unos ramilletes de Van Huysum le excitó a consagrar a las flores su paleta, y ellas son las que embalsaman con perenne aroma su nombre. En el espíritu de Alfredo de Dreux, la vocación de la pintura nació unida a la impresión con que cautivó su fantasía de niño la belleza de los caballos que veía en las paseatas elegantes; y de tal manera se identificaron aptitud e impresión, que el pincel apenas fue en sus manos más que un medio de fijar, de cien modos distintos, aquella imagen obsesora.

En la composición literaria, es nombre de significado semejante el de Heredia, el supersticioso devoto de un idolillo inaplacable: el versificador absolutamente contraído, con los recursos de una acrisolada cultura y una perseverante labor, a señorear la técnica sutil y preciosa del soneto. Análogo carácter puede atribuirse, en la ciencia, a los naturalistas que han limitado el campo de su observación a una única especie, dedicándole todo el fervor y

afán de su vida; ya las abejas, como Huber; ya las hormigas, como Meyer; y a los astrónomos que se han circunscrito a un solo cuerpo celeste: como Fresner a la luna.

De igual manera que el curso de la civilización presenta épocas de amplitud armoniosa, en que, equilibrándose las ventajas de las primitivas con las de las refinadas, la estructura natural de los espíritus propende, sin mengua de la eficacia de sus fuerzas, a una universal capacidad: como la Grecia de Pericles, el siglo XIII o el Renacimiento, así hay también, en las sociedades que han llegado a una extrema madurez de cultura, tiempos de menudísima clasificación, de fraccionamiento atomístico, en las funciones de la inteligencia y de la voluntad: tiempos y sociedades en que aun los espíritus mejores parecen reducirse a aquella naturaleza fragmentaria con que encarnan los entes sobrenaturales, según el demonio socrático se los describía a Cyrano de Bergerac: cuerpos condenados a no manifestarse a los hombres sino por intermedio de un sentido único: ya sea éste el oído, como cuando se trata de la voz de los oráculos; ya la vista, como en los espectros; ya el tacto, como en los súcubos; sin poder presentarse nunca en percepción armónica y cabal.

## LVIII

Cuando algún propósito de la voluntad no trae aparejada a su imagen, por instinto o costumbre, la inspiración del movimiento con que ha de ejecutarse, calcula y prueba el ánimo movimientos distintos, para dar lugar a que se manifieste el que corresponde a aquel fin. De este modo, quien no tiene el conocimiento intuitivo e inmediato de su vocación, la busca, en ciertos casos, por experiencias y eliminaciones sucesivas, hasta acertar con ella. Un sentimiento vago de la propia superioridad; un estímulo de ambición enérgica y emprendedora: esto es todo lo que algunas almas destinadas a ser grandes conocen de sí mismas antes de probarse en la práctica del mundo; y por eso hay muy gloriosas existencias que se abren con un período de veleidades y de ensayos, durante el cual experimenta el espíritu los más diversos géneros de actividad, y los abandona uno tras otro; hasta que reconoce el que le es adecuado, y allí se queda de raíz.

El abandono de aquellas vocaciones primeramente tentadas nace, a veces, de repulsión o desengaño respecto de cada una de ellas; porque, una vez conocidos sus secretos y tratadas en intimidad, no satisficieron al espíritu ni colmaron la idea que de ellas se tenía. Otras veces, menos voluntario el abandono, refiérese el desengaño a la propia aptitud: no halló dentro de sí el

inconstante fuerzas que correspondiesen a tal género de actividad, o no las conoció y estimuló el juicio de los otros. Ejemplo de lo primero: de decepción relativa a cada actividad considerada en sí misma, y no a la propia disposición para ejercerla, lo da, en la antigüedad, Luciano. El impávido burlador de los dioses recorrió, antes de hallar su verdadero camino, las más varias aplicaciones; y ninguna logró aquietarle. Empezó por soltar de la mano, considerándole instrumento servil, el cincel del escultor. Se acogió a la jurisprudencia, pero pronto le repugnó aquel connaturalizarse con la disputa y con la mala fe. Profesó luego la filosofía, de la manera ambulante que era uso en su tiempo; y ganó este linaje de fama en Grecia, en las Galias y en Macedonia; pero debajo del filosofar de aquella decadencia palpó la vanidad de la sofística. Entonces, de las heces de esta desilusión pertinaz brotó, espontáneo y en su punto, el genio del satírico demoledor, bien preparado para fulminar la realidad que por tantos diferentes aspectos se le presentara abominable y risible: y tal fue la vocación de Luciano. Caso semejante ofrece, con anterioridad, Eurípides, que antes de tener conciencia de estar llamado a ser el continuador de Esquilo y Sófocles, abandonó sucesivamente, durante largo período de pruebas, las coronas del atleta, el pincel del artista, la tribuna del orador y la toga del filósofo. Parecido proceso de eslabonados desengaños precede, al cabo de los siglos, a la orientación definitiva del espíritu de Van Helmont, el grande innovador de los estudios químicos en las postrimerías del Renacimiento; decepcionado del poco fondo de las letras, decepcionado de las quimeras de la magia, decepcionado de las incertidumbres del derecho, decepcionado de las conclusiones de la filosofía, hasta que una inspiración, en que él vio sobrenatural mandato, le lleva a buscar nueva manera de curar los males del cuerpo, y le pone en relación con los elementos de las cosas. La pasión anhelante del bien común, que inflamó, desde sus primeros años, el alma abnegada de Pestalozzi, no tendió desde luego al grande objetivo de la educación, sino después de ensayar distintas formas de actividad, ya en los estudios eclesiásticos, ya en los del foro, ya en el cultivo de la tierra.

Pero estos veleidosos comienzos nacen otras veces, como decíamos, de que la natural disposición no se manifiesta con suficiente eficacia allí donde la vocación provisional la somete a experiencia. Así, no fue desencanto del arte, ni desencanto de la acción, sino imposibilidad de llegar, en el uno y en la otra, adonde fingían sus sueños, lo que redujo a Stendhal a aquella actitud de contemplación displicente, que se expresó por su tardía vocación literaria, después de haber buscado la notoriedad del pintor, la del militar y la del político. Análoga sucesión de tentativas defraudadas y errátiles, manifiesta la procelosa juventud de Rousseau: el vagabundo Ahasverus de todas las artes y todos los oficios: tan pronto grabador como músico; pedagogo como secre-

tario diplomático; y en nada de ello llegado a equilibrio y sazón; hasta que un día, más el acaso que la voluntad, pone una pluma en su mano, la cual la reconoce, al asirla, como el corcel de generosa raza a su jinete; y pluma y mano ya no se separan más, porque las ideas que flotan, anhelando expresión, en el espíritu de un siglo, tienen necesidad de que ese vínculo perdure.

## LIX

Curioso es ver cómo, puesta el alma en el crucero de dos caminos que la reclaman con igual fuerza o la convidan con igual halago, libra a veces a una respuesta de la fatalidad la solución de la incertidumbre que no ha sido capaz de disipar por determinación voluntaria. Cuando el *motivo* imperioso no surge de deliberación, se le crea artificialmente mediante un compromiso con el azar. Vocaciones famosas han prevalecido de esta suerte, si no se exagera el valor de rasgos anecdóticos, cuyo fondo de verdad humana tiene a su favor, por otra parte, la incalculable trascendencia de lo que parece más pequeño y más nimio, en la secreta generación de lo grande.

Jacobo Sforza, el fundador de aquella heroica estirpe del Renacimiento, fue, en sus principios, humilde labrador de Romaña. Cuando llegó hasta él el soplo guerrero de su tiempo y hubo de resolver si acudiría a este llamado o continuaría labrando su terrón, fió al azar el desenlace de sus dudas. Sacó un hacha del cinto. Frente a donde estaba, en su heredad, levantábase un grueso árbol. Lanzaría la acerada hoja contra el tronco, y si después de herirle, se desplomaba el hacha al pie del árbol, Jacobo no modificaría el tenor de su existencia; pero si acaso el arma quedaba presa y aferrada en el tronco, la espada del soldado sería en adelante su hoz. Partió el hacha como un relámpago, y el tronco la recibió en su seno sin soltarla de sí: Jacobo Sforza quedó consagrado para siempre a la guerra. De semejante modo cuenta Goethe que resolvió vacilaciones de su adolescencia entre la poesía y la pintura: tomó un puñal, y arrojándolo al río orillado de sauces, por donde navegaba, no lo vio sumergirse, porque lo velaron las ramas flotantes: lo cual significaba, según de antemano tenía convenido, que no insistiría en el género de vocación que rivalizaba con aquella que le llevó a ser el poeta del *Fausto*.

Esta apelación a la fatalidad suele encontrarse en la existencia de las almas religiosas, con carácter de providencialismo. San Bernardo fue árbitro de los destinos de la Iglesia, bajo la ruda estameña de sus hábitos, pero desechó, por espíritu de abnegación, dignidades y honores. En Milán, la muchedumbre le ruega con instancia para que entre a ocupar la silla epis-

copal que le ofrecen. El se remite a la indicación divina, provocándola en esta forma: si su caballo, abandonado a sí mismo, le conduce a lo interior de la ciudad, aceptará la preeminencia; la rehusará si le lleva rumbo al campo. Pasó esto último. La vida del predicador de las Cruzadas siguió en sus términos de gloriosa humildad.

## LX

La vaguedad e incertidumbre de la vocación, cuando no se despeja por virtud de una circunstancia dichosa, que provoque, como a la luz de un relámpago, la intuición de la aptitud verdadera; ni por ensayos sucesivos, que eliminen, una a una, las falsas vocaciones, hasta llegar al fondo real del espíritu; ni por arranque voluntario, que tome, sin elección inspirada, ni paciente observación de uno mismo, un sentido cualquiera, aunque éste no coincida con superior aptitud; la vocación vaga e incierta, prolongándose, suele traducirse, no en abstención e indolencia, sino en una actividad de objeto indistinto: en una falsa universalidad. Es el vano remedo de aquel caso peregrino de ausencia de vocación determinada, por equivalente grandeza en muchas vocaciones. Es la mediocridad a causa de aplicación somera y difusa; el *Panurgo* mediano: no el sublime y rarísimo.

Cuando el ánimo novel que busca su camino en el mundo, no halla alrededor de sí una sociedad cumplidamente organizada, en cuanto a la división de las funciones del espíritu, que indique rumbo cierto para cada diferencia de capacidad y estimule a una dedicación concreta y ahincada, ese género de incertidumbre es caso frecuente. Y aun cuando, por la energía del instinto, la voz interior supla a lo indefinido y vago de las voces exteriores que podrían cooperar con ella; aun cuando el espíritu sea consciente de su peculiar aptitud, aquella vaga difusión de las propias fuerzas, suele ser, en tal ausencia de bien diferenciado organismo social, necesidad o tentación a que el individuo concluye por rendirse.

Este es de los obstáculos que estorban, en sociedades nuevas, la formación de una cultura sólida y fecunda. Porque cuando hablo de falsa universalidad, me refiero a la que se manifiesta en la producción, en la acción, en el *anch'io;* no a la amplitud contemplativa; no a ese fácil y abundoso interés, a esa simpática y solícita atención tendida sobre el conjunto de las cosas, únicos capaces de salvar al fondo *humano* del alma de las limitaciones de cada oficio y cada hábito; género de amplitud que se predicó junto a la estatua de Ariel, y que es tanto más necesaria para aquel fin de mantener

la integridad fundamental de la persona, cuanto más el objeto de la vocación se restrinja y precise. Firme y concreta determinación en la actividad; amplio y vario objetivo en la contemplación: tal podría compendiarse la disciplina de una fuerza de espíritu sabiamente empleada.

## LXI

Toda aptitud superior incluye en sí, además del natural privilegio de la facultad en que según su especie radique, un elemento de naturaleza volitiva, que la estimula a la acción y la sostiene en ella. Si la endeblez de la facultad específica, o la conjuración adversa de las cosas, dan la razón de muchas vocaciones defraudadas, con no menor frecuencia la pérdida de la aptitud, siendo ésta muy real y verdadera en principio, viene de insuficiente o enferma voluntad.

En ese grupo torvo y pálido, que, a la puerta de la ciudad del pensamiento, como el que puso el Dante, entre sombras aún más tristes que el fuego devorador, en el pórtico de la ciudad de Dite, mira con ansia al umbral que no ha de pasar y con rencor a quien lo pasa: en ese torvo y pálido grupo, se cuentan el perseverante inepto, y el que carece de aptitud y de constancia a la vez; pero está también aquel otro en cuya alma pena, como en crucifixión, la aptitud, clavada de pies y manos por una dolorosísima incapacidad para la obra: enervamiento de la voluntad, cuya conciencia, unida a la de la realidad del dón inhibido, produce esa mezcla acre en que rebosan del pecho la humillación y la soberbia. Es la sombría posteridad de Oberman, el abortado de genio.

Otras veces, la inactividad de la aptitud no sucede a una inútil porfía sobre sí mismo, que deje el amargo sabor de la derrota. Se debe a una natural insensibilidad para los halagos de la emulación y la fama, y para el soberano placer de realizar la belleza que se sueña y de precisar la verdad que se columbra; o bien se debe a una graciosa pereza sofística, que, lejos de tener la amargura hostil del fracasado trágico, ni el frío desdén del incurioso displicente, se acoge a la condición de espectadora con una benévola ironía, y extiende un fácil interés sobre las obras de los otros, desde su almohada epicúrea. Se ha dicho que el escéptico no es capaz de reconocer a un héroe, aunque lo vea y lo toque: agréguese, para complemento de observación tan verdadera, que ni aun es capaz de reconocerle cuando lleva al héroe dentro de sí mismo...

Las dotes que por estas causas se pierden, quedan, como las que malo-

gra la inconsciencia de la aptitud, en la ignorancia y la sombra; pero aun en aquellos de cuya aptitud se sabe, porque alguna vez dio razón o indicio de sí, no es infrecuente caso el de la idea aherrojada dentro de la mente por falta de fuerza ejecutiva. El pintor Fromentin, midiendo la desproporción entre sus sueños de arte y la realidad de su obra, prorrumpía a menudo en esta exclamación, poseída de tremenda verdad para quien esté interiorizado en los misterios de la invención artística: *"¡Si yo me atreviera! ¡Si yo me atreviera!..."*. Otras palabras significativas, aunque en diverso sentido, para caracterizar las enervaciones de la voluntad en la jurisdicción del arte, son las que se atribuyen a Fogelberg, escultor. Ante el tema que se le proponía, si lo consideraba bueno, argumentaba, a fin de cohonestar su abstención: *"Los griegos ya lo han hecho..."*; si lo consideraba arriesgado: *"Los griegos no lo habrían hecho..."*. ¿Cuánta no fue la influencia que el *dilettantismo* indolente de Alfonso Karr ejerció en el espíritu de Gatayes, para convertirle de grande artista probable en mediano crítico real?... Cumplida personificación del estudioso insensible a los estímulos del renombre y a la necesidad de producir, es aquel singularísimo Magliabecci, que, en la Florencia del Renacimiento, acumuló, recluido en su taller de platero, una de las más oceánicas erudiciones de que haya noticia, sin que lo sospechara nadie, hasta que el secretario de Cosme de Medicis descubrió por casualidad aquel mar ignorado. Amiel, que, viviendo en un ensimismamiento de bonzo, nada de vuelo produjo para la publicidad, define en una página de sus *Memorias* la radical ineptitud en que se consideraba para la producción, su incapacidad para elegir entre la muchedumbre de las formas posibles con que se representaba la expresión de cada pensamiento; pero, por fortuna, en esas mismas póstumas *Memorias* dejó, sin proponérselo, la más alta demostración de la existencia de la aptitud superior que, por vicios de la voluntad, no llegó a manifestar activamente en el transcurso de su vida.

## LXII

A la falta de voluntad que ahoga la aptitud en germen y potencia, ha de unirse la que, después de manifiesta la aptitud y ya en la vía de su desenvolvimiento, la deja abandonada y trunca; sea por no hallar nuevas fuerzas con que apartar obstáculos, cuando se acaban las que suscitó el fervor de la iniciación; sea por contentarse el deseo con un triunfo mediano y dar por terminado en él su camino, habiendo modo de aspirar a un triunfo eminente.

Y estas formas de la flaqueza de voluntad no se traducen sólo por la abstención, por la renuncia a la obra, en plena fuerza de espíritu; ni sólo por la decadencia visible de la obra, como cuando la producción negligente y desmañada de autor ya glorioso, se satisface con vivir del reflejo del nombre adquirido. A menudo, una producción que en cuanto a la calidad no adelanta, es ya signo, no de que el autor haya llegado a la completa realización de su personalidad, sino de que ha pasado, en él, la excitación del arranque voluntario, la fuerza viva y eficaz del estímulo. Opta quizá, en este caso, por una abundancia que acrecienta la producción, sin añadirle más intensidad, más carácter, más nervio; y es entonces como el Ahasverus de la leyenda, a quien estaba vedado gastar más de cinco monedas de una vez, pero que inagotablemente encontraba en su bolsillo la misma escasa suma.

El amaneramiento, que hace resumirse el espíritu del artista dentro de sí propio, es, frecuentemente también, una limitación de la voluntad, más que un vicio de la inteligencia. Viene cuando se enerva o entorpece en el alma la facultad de movimiento con que salir a renovar sus vistas del mundo y a explorar en campo enemigo. Artista que se amanera es Narciso encantado en la contemplación de su imagen. La onda que lo lisonjea y paraliza, al cabo lo devora. La plena energía de la voluntad envuelve siempre cierta tendencia natural de evolución, con que la obra se modifica al par que crece. Excelso y soberano ejemplo de esta perpetua modificación de la obra, manifestándose de la manera fácil, graduada y continua, que antes hemos comparado con el desenvolvimiento de una graciosa curva, es el arte de Rafael. Desde sus primeros cuadros hasta el último; desde las obras modeladas en el estilo paterno hasta las inmortales creaciones del período romano, cada lienzo es una cualidad de su genio que se desemboza: es una nueva enseñanza adquirida; una nueva y distinta contemplación, provechosamente libada; un nuevo tesoro descubierto, ya sea por sugestión del Perugino, de Masaccio, o de Leonardo; pero todo esto se sucede tan a boga lenta, y se eslabona de tan discreto y delicado modo, subordinándose a la unidad y la constancia de una firme y poderosa personalidad, que apenas hay, de uno a otro cuadro, transición aparente, para quien recorra paso a paso la estupenda galería, que cruza en diagonal la más grande época del arte; aunque sí la hay, y se mide por distancia inmensa, para quien, sin interposición de tiempo, pase de ver el *Depositorio de la Virgen* a admirar la *Escuela de Atenas*, o de admirar la *Escuela de Atenas* a extasiarse con la culminante y portentosa *Transfiguración.*

Este linaje de progreso, igual y sostenido, que, cuando se trata de grandeza tal, produce la impresión de serenidad y de indefectible exactitud, de

un movimiento celeste, es más frecuente acompañamiento o atributo de condiciones menos altas que el genio. A semejante pauta obedeció el entendimiento crítico de Villemain, llevado, como por declive suave y moroso, a seguir el impulso de las ideas que llegaban con el nuevo tiempo, sin conceder sensiblemente en nada, pero quedando, al fin, a considerable espacio del punto de partida; a manera de esas aldeas asentadas sobre tierras movedizas y pendientes: que, fundadas cerca de la altura, un día amanecen en el valle.

Pero esta disposición a cambiar y dilatarse, en pensamiento o estilo, se desenvuelve, por lo general, menos continua e insensiblemente: por tránsitos que permiten fijar con precisión el punto en que cada tendencia da principio y se separa de la que la precedió, como líneas que forman ángulo. Así en Murillo, cuya obra inmensa se reparte en las tres maneras, tan desemejantes, tan netamente caracterizada, que dominan, la primera, en los cuadros hechos, durante la juventud, para las ferias de Cádiz; la segunda, en los que pintó viniendo de estudiar las colecciones del Escorial; y la tercera, en las maravillas del tiempo de *La Concepción* y el *San Antonio.* Análoga diversidad ofrece la obra de compositores como Gluck, persuadido, por la plena posesión de sus fuerzas, a pasar de la molicie y vaguedad de sus primeras óperas al nervio dramático con que expresó la abnegación de Alcestes y las melancolías de Ifigenia; y aún la ofrece mayor ese proteico e inaplacable espíritu de Verdi, transportándose, con facilidad de taumaturgo, del estilo de *Hernani* al del *Trovador* o *Rigoletto;* del de *Rigoletto* al de *Don Carlos;* y que, no contento con imprimir, en *Aída,* sesgo original e inesperado al último vuelo de su madurez, singulariza los destellos de su robusta ancianidad con la nueva y sorprendente transformación de *Otelo* y *Falstaff.*

De naturaleza literaria progresiva y flexible podría ser imagen Jorge Sand, la Tisbe dotada del dón de rejuvenecer cuanto tocaba con su aliento, y tan rejuvenecedora de sí misma, en cuanto a estilo y formas de arte, como para mover su espíritu de la febricitantes pasiones y la insólita complejidad del alma de Lelia, y el grito de rebelión de *Indiana* y *Valentina,* al candor idílico de *La Mare au diable* y *La petite Fadette.* Sainte-Beuve figuraría, con justo título, a su lado. El imponente rimero de sus cien volúmenes contiene en sus abismos no menos de cinco almas de escritor, sucediéndose y destronándose en el tiempo, al modo como, en el campo donde Troya fue, halló la excavación de los arqueólogos los rastros de cinco ciudades sobrepuestas, levantadas la una sobre las ruinas de la otra.

Constituyen superioridad estos cambios cuando radican, y se reducen a unidad, en un fondo personal consistente y dueño de sí mismo: nó si sólo

manifiestan una fácil e indefinida adaptación, por ausencia de sello propio y de elección característica. Ha de modificarse la obra de modo que en nada menoscabe la entereza de la personalidad, sino que muestre a la personalidad como reencarnándose, merced a esa aptitud de atender y de adquirir, jamás colmada ni desfallecida, que, lo mismo en el artista que en el sabio, es el dón más precioso: el dón que se exhala en esencia de aquellas últimas palabras de Gay Lussac, las más altas y nobles con que se haya expresado un motivo para la tristeza de morir. — "*¡Qué lástima de irse! Esto empezaba a ser interesante...*" dijo el sabio, aludiendo a lo que se adelantaba en el mundo, y a poco de decirlo, expiró.[2]

Cuando el autor que ha acaudillado y personificado cierta tendencia de pensamiento o de arte, ganando, bajo sus banderas, la gloria, asiste desde su ocaso al amanecer de las ideas por que se anuncia el porvenir, ocurre ordinariamente que las mira con recelo y desvío, y se encastilla, con más decisión que nunca, en los términos de su manera o de su doctrina, llevándolas a sus extremos, como si, mediante esta falsa fuerza, pudiera resguardarlas. Pero suele suceder también que, sea por consciente y generosa capacidad de simpatía; sea, con más frecuencia, por el temor de perder los halagos de la fama; sea, más comúnmente aún, por absorción, involuntaria e insensible, de lo que flota en los aires, el maestro cuyo astro declina, ponga la frente de modo que alcance a iluminarla el resplandor de la nueva aurora. Interesante sería detenerse a puntualizar una influencia de esta especie en las obras de la vejez de Víctor Hugo (cuya producción oceánica es, por otra parte, desde sus comienzos, estupendo despliegue de cien fuerzas que irradian en otros tantos diferentes sentidos de inspiración y de arte); mostrando, por ejemplo, cómo la sensación ruda y violenta de la realidad, a que convergían, al declinar el pasado siglo, las nuevas corrientes literarias, domina en la entonación de las *Canciones de las calles y los bosques,* y como cierto dejo de acritud pesimista atenúa el férvido idealismo del poeta de las visiones humanitarias, en los finales poemas de *El Papa* y *El Asno.*

La voluntad constante del artista no implica necesidad de producción ininterrumpida e insaciable. Para la renovación, y el progresivo desenvolvimiento de la obra, son a menudo, más eficaces que una actividad sin tregua, esos intervalos de silencio y contemplación, en que el artista recoge las fuerzas interiores, preparando, para cuando rasgue la crisálida en que se retrae, una transfiguración de su espíritu, que se manifestará por la obra nueva. No es éste el melancólico reposo del crepúsculo, precursor de la sombra

2. En la primera edición: "*Esto comenzaba a ser grande...* murmuró el sabio, aludiendo a lo que se adelantaba en el mundo y expiró".

y tristeza de la noche; es el olímpico reposo del mediodía: el enmudecimiento y quietud de los campos subyugados por la fuerza del sol, en que la antigüedad vio el sueño plácido y la respiración profunda de Pan, a cuya imitación el aire mismo sosegaba su aliento y se interrumpía el afán del trabajador rendido a la fatiga por la labor de la mañana.

## LXIII

El amor religioso por un arte o una ciencia puede originar en los que le llevan infundido en las entrañas, extremos de veneración supersticiosa, que reprimen el impulso de la voluntad, mediante el cual aquel amor se haría activo y fecundo; y de este modo, militan, paradójicamente, entre las causas que concurren al malogro de la vocación.

Paralizada el alma entre la sublimidad de la idea que ha formado del objeto de su culto, y su desconfianza de sí misma, reprime con temblroso miedo la tentación de tocar el material con que se realiza la obra. Yo tengo para mí que los más fieles devotos, los más finos y desinteresados amantes con que cuenta la Belleza en el mundo, habían de encontrarse buscándoles dentro de esta legión ignorada y tímida: la de aquellos que llevan en lo hondo del alma, desde el albor de su razón hasta el ocaso de su vida, la predilección ternísima por un arte, que adoran en las obras de otros, sin que acaso hayan osado nunca, ni aun en la intimidad y el secreto, descorrer el velo que oculta los misterios de la iniciación, por más que las voces interiores fiaran, más de una vez, a su alma, que allí estaba su complemento y su vía.

¿Quién sabe qué escogida voluptuosidad, qué voluptuosidad de misticismo, se guarece a la sombra de este como pudor inmaculado y lleno de amor? ¿Quién sabe qué inefables dulzuras y delicadezas de su aroma, guarda, sólo para esas almas, la flor de idealidad y belleza, nunca empañada en ellas por la codicia de la fama ni el recelo de la gloria ajena?...

Otras veces, el supersticioso respeto que nace de exceso de amor, conduce, no a la abstención de la obra, pero sí al anhelo de alcanzar en ella una perfección sublime, anhelo que detiene en el alma el franco arranque de la energía creadora, y quizá trunca, por la imposibilidad de satisfacer su desesperado objeto, el camino de la vocación.

Todos aquellos artistas que, como Calímaco, en la antigüedad; como el Tasso, como Flaubert, han perseguido, con delirante angustia, la perfección

que concebían, se han hallado sin duda, alguna vez, al borde del mortal y definitivo desaliento. ¡Cuántas heroicas reacciones de la voluntad; qué taumaturgia evocadora del Lázaro cien veces muerto de desesperanza y de cansancio, no han de ser precisas para volver, otras tantas, del desmayo a que habrá innumerables que sucumban! ¿No es en la fiebre de la perfección inasequible donde está la clave de la insensatez de aquel viejo escultor Apolodoro, de quien la fama cuenta que, acabado cada uno de sus mármoles, no demoraba un punto en destrozarlo a golpes de martillo; y no es ella también la que explica cómo en la divina "obra" de Leonardo quedaron para siempre inconclusas y abandonadas de la mano paterna, cosas que él soñó más bellas que como hubiese podido realizarlas con el espacio y las fuerzas de una vida?...

## LXIV

...Y sin embargo ¡ay de aquel que no lleva inoculado en las venas un poco de este veneno estupefaciente!... En porción parca, él no inhibe ni hechiza, sino que presta divino ritmo y perseverancia a las energías indómitas. Imaginar lo perfecto, y esforzarse hasta la heroicidad por alcanzar un rayo de su lumbre, pero no lisonjear este amor contemplativo con la esperanza de la posesión, porque es amor de estrella que está en el cielo; alimentar el sueño de perfección, limitándolo por la experiencia y el sentido de las propias fuerzas, para saber el punto en que la tensión a que las sometemos ha agotado su virtualidad y después del cual toda porfía será vana; y llegado este momento, acallar a los demonios burladores y malignos que, en gárrula bandada, nos bullen dentro de la imaginación, mofándose de lo que hemos hecho y excitándonos a romperlo o abandonarlo; quemar en tal instante las naves de la voluntad ejecutiva, y obligarse a terminar la obra y a confesarla por propia ante nuestra conciencia y ante los demás, como se confiesa y reconoce al hijo, sin mirar lo que él valga: éste es el modo como el sueño de perfección puede conciliarse con la actividad resuelta y fecunda.

Pero sin ese místico sueño no se llegará jamás a la obra perenne. Si él impidió salir de la crisálida muchos pensamientos de Leonardo, en los que encarnaron en la forma ¡cómo la perfección soñada deja su sello y corona la formidable lid del genio trenzado con el material indómito! ¿Y qué perfección era la que él concebía que, haciendo Vasari la historia del retrato de *Gioconda,* escribe estas palabras, capaces de helar la sangre en las venas de quien las recuerde frente al cuadro, abismándose en aquel hondor,

que no acaba, de ejecución porfiadísima: *"E quattro anni penatovi lo lasció imperfetto"?...*

Toda la perseverancia y fervor de la más devota existencia de artista, puede consumirse en dos o tres obras, tanto como en muchas; y aun cabe que no sobre el tiempo. El *Nulla dies sine linea* puede referirse a la línea que se retoca o sustituye, no menos que a la enteramente nueva. Junto al noble linaje de artistas, nunca muy grande en número, para quien la perfección es la *dulce enemiga,* aparecen aquellos otros fáciles, inexhaustos y torrentosos; los que, indistintamente y a manos llenas, derraman, con la derecha, belleza; con la izquierda, trivialidad; acumulando, entre ambos materiales, tan desigual y vasta obra como la del Tintoretto en pintura; en música la de Donizetti, o la de Lope de Vega en poesía; pero no siempre la mayor realización de fuerza está del lado de quienes más producen, y más considerable suma de energía consagrada al arte representa, sin duda, la vida de un Flaubert, recluido en su encierro y soledad de monje artífice, para dejar por fruto de su esfuerzo titánico unas pocas novelas, que la vida de un Lope, franqueada a todos los vientos de la acción y el placer, y arrojando al mundo, por los resquicios que acertaba a abrir entre unos amores y unas cuchilladas, tal cantidad de invención que, entre veinte autores que se la repartiese, aún pasarían por pródigos.

En medios inhospitalarios y prematuros para el arte, todo género de perseverancia de la voluntad artística es costosa: lo es la que se manifiesta por una producción sin eclipses ni desfallecimientos; lo es más aún, y toma visos de heroísmo, la que persigue un sueño de perfección. Pero sólo lo heroico tiene virtud de rehacer la realidad que lo rodea y adaptarla a sí mismo; lo heroico es cosa necesaria; lo heroico es augusto deber en quien aspira a lauros que son para héroes. Si el arte ha de venir algún día aquí donde suspiramos por él, no será únicamente mediante el general desenvolvimiento de la civilización y la madurez del alma colectiva: no será sin la obra anticipada, y exenta de vulgar recompensa, de algunas almas heroicas.

Hubo un pintor famoso que se llamó, de verdadero nombre, Giordano, pero a quien suele conocerse más por *Luca fa presto.* Encerrado, de muchacho, en el taller, por su padre, que necesitaba trocar el arte del hijo en pan de la casa, el pobre Giordano había de pintar de prisa; y apenas, cediendo él a su divino instinto, una figura o un rasgo le enamoraban, moviéndole a esmero y primor, la voz del padre acudía para espolear la mano melindrosa. *Luca, fa presto!* le decía; y los que, pasando cerca del taller, oían a toda hora la consigna implacable, pusieron de nombre al apremiado pintor ese *Luca fa presto* que aún lo señala en la posteridad. Tierras hay donde el padre de Giordano es un ente representativo, una personificación, un héroe epóni-

mo; es esa concertada voluntad de las cosas que llamamos *ambiente*. Necesidad de volver pronto a la realidad del combate o del trabajo, puesto que, en tales tierras, el producir de arte aún no es oficio, sino ocio y ensueño; subordinación, otras veces, de la pluma que persigue accidentalmente belleza, a las febriles instancias de la pasión; falta de escuela, de método y disciplina; incomprensión de una cultura apenas desbastada, para lo exquisito y perfecto; indolente lenidad de la crítica; alternativas de inacción y arrebato, que, en la labor del pensamiento como en cualquier otro género de actividad, manifiestan la manera y el ritmo de un carácter de raza; absurdo crédito del repentismo: todas son influencias que fluyen de las condiciones de un estado social, y se suman en una gran voz, que clama en el espíritu de aquel que tiene en la mano un instrumento con que realizar arte o poesía: *Luca, fa presto!*

. . . . . .

## LXV

La cooperación, el estudio en común, la disciplina de una liberal autoridad, los estímulos y simpatías de un cenáculo, las confidencias que reparten entre todos la cosecha de observación de cada cual, concurren a guiar la vocación que busca su rumbo. Pero rara vez una asociación de esfuerzos que vaya más allá de lo que es de la competencia del método y la escuela, y que intente participar en la generación misma de la obra, será un medio adecuado de dirigir y orientar la aptitud insegura.

Hay, sin embargo, organizaciones personales vinculadas por tan hondas correspondencias, puestas como al unísono por afinidades tan íntimas, que no sólo pueden compartir entre sí la misteriosa acción creadora, sin sacrificio de ese *quid ineffabile* de la personalidad, de donde vienen el empuje y el soplo con que se engendra una obra viva, sino que esta acción conjunta es acaso para ellas condición necesaria de todo esfuerzo eficaz. La vocación es entonces como un solo *llamado* que oyen simultáneamente dos almas y cuyo fin y propósito sólo puede ser desempeñado entre las dos.

Explícanse así los casos de indisoluble sociedad literaria o artística, que reúnen dos nombres, dos personas, en una sola fama, en una única *personalidad,* para la historia del arte y la literatura; verdadera *harmonia preestabilita;* fraternidad comparable a la de los nombres inmortalmente enlazados por la tradición en las leyendas del compañerismo heroico: Hércules y Yolaos, Patroclo y Aquiles, Teseo y Piritoo, Pílades y Orestes, Diomedes y Estenelos.

Con frecuencia la hermandad espiritual de los colaboradores se funda en real y positiva hermandad: los hermanos para la labor lo son también por la sangre; y el vínculo de la naturaleza, que da la razón del afecto sin sombras necesario para compartir un bien tan picado de egoísmo y recelo como la gloria del artista, se manifiesta a la vez en la correspondencia de espíritu que vuelve fácil y espontánea la comunidad de la obra. Los hermanos Both, en la pintura flamenca del siglo XVII; los hermanos Estrada, en la pintura española del mismo siglo; los hermanos Bach: Juan Ambrosio y Juan Cristóbal (éstos, si no en el hecho estricto de la colaboración, por el amor entrañable y la extraordinaria semejanza, que comprendía desde el casi absoluto parecido físico hasta la identidad del estilo musical); Pablo y Víctor Margueritte, en las letras francesas contemporáneas: participan de la notoriedad como de una herencia indivisa. Pero ¿quién no sentirá ya aletear en su memoria los nombres más gloriosos y característicos en que pueda cifrarse este interesante hecho psicológico: Edmundo y Julio de Goncourt, los Menechmos de la pluma, enlazados por una cándida, ternísima fraternidad, de niños que jugasen juntos, bajo el techo paterno, al divino juego del arte?... Otras veces, los hermanos artistas lo son solamente de elección: así Polidoro de Caravaggio y Maturino de Florencia, que, en tiempo de Rafael, partieron la honra y el provecho de comunes cuadros; o para citar ejemplos que todo el mundo reconozca: Erckmann y Chatrian; Meilhac y Halevy.

Puede acontecer que las facultades de ambos colaboradores sean idénticas en calidad, sin que ninguno de ellos tenga condición que al otro falte: la eficacia de la colaboración se explica entonces por la mayor concurrencia de fuerzas homogéneas, en el acto de producir; por la mayor suma e intensidad de energía aplicada a la obra. Tal fue el caso de los Goncourt, que, escribiendo separadamente una página sobre el mismo asunto, apenas advertían más que accidentales diferencias cuando comparaban ambas versiones, de modo que, rectificándolas la una por la otra, obtenían la expresión más exacta, enérgica y bruñida, de una única idea. Muerto Julio, Edmundo persistió en la producción, y sus escritos unipersonales no se distinguen, por ninguna excelencia ni defecto esencial, de los que compuso en compañía del primero. Son los libros de los Goncourt como la realización literaria de aquella estatua de Apolo, de que dejaron memoria los antiguos, obra de dos amigos escultores: Telecles y Teodoro, que, después de convenir las proporciones de la estatua, se separaron: uno para Samos, otro para Efeso, a hacer el uno la mitad superior, y la inferior el otro; y terminadas, ajustaron y armonizaron a tal punto que un sólo artífice no las haría más semejantes y concordes.

Pero puede consistir también la virtud de la colaboración en que, dentro de la fundamental unidad sin la cual sería imposible la participación en el trabajo, haya entre los dos espíritus que se asocian cierta oportuna y dichosa variedad de aptitudes, poniendo cada uno de los colaboradores aquello de que el otro no es capaz, y concertándose así, para la armonía y perfección de la obra común, fuerzas que, separadas, darían sólo una criatura irregular o incompleta. De esta manera fueron pintados los cuadros de los Both. Juan poesía la inteligencia del paisaje; Andrés, la de la forma humana: y mientras el uno contribuía con el fondo del cuadro, el otro trazaba las figuras.

Interesante es ver cómo la fuerza instintiva y fatal que aproxima para la labor a dos espíritus que se reconocen complementarios, puede alternar, en ocasiones, con la enemistad, y aun con la envidia, que los aparta y encona mientras dan tregua al trabajo, y los deja que se unan otra vez, para la ejecución de la obra que ha de moverlos a nuevos celos y disputas. Así me represento yo a Agustín y Aníbal Carracci, sobre el fondo, mitad primitivo, mitad refinado, de aquella vida pintoresca y dramática que hacían los artistas en la Italia del siglo XVI; así los pinto en la imaginación: peleados siempre; peleados desde las faldas de la madre, como Jacob y Esaú desde el vientre de Rebecca; ardiendo en sordos rencores y en bajas envidias; y sin embargo de esto, buscándose después de cada enojo, por necesidad irresistible, ya para pedirse inspiración o juicio, ya para aplicar sus pinceles a una obra común, como las famosas pinturas de la galería de Farnesio.

Si la colaboración constante es hecho relativamente extraordinario, la amistad radicada en el campo del arte o de la ciencia, y manifestándose en esa comensalía intelectual de dos espíritus que, sin llegar a la colaboración, por lo menos como procedimiento habitual y persistente, cambian entre sí influencias, estímulos y sugestiones, de manera fecunda para ellos y para la disciplina que cultivan, se reproduce en todo tiempo y lugar. Esta amistad predestinada suscita en uno de ambos amigos, por la estimuladora virtud del ejemplo, el primer impulso de la vocación; o bien, reforma y equilibra, ya por recíproco, ya por solo unilateral influjo, la índole de la producción de ambos o de uno de ellos; o bien, finalmente, los enlaza en una misma acción y un único propósito, a que cada uno contribuye con obras personales, y quizá disímiles de las del otro por sus caracteres, pero que convergen y se aúnan con ellas en el blanco de su puntería. Así, reveladora de su vocación fue para Wordsworth la amistad de Coleridge; y centro de inspiración y fuente de doctrina, fue para el mismo Coleridge la amistad de Southey, como para Fóscolo la de Alfieri. Una amistad gloriosa, en el fin con que confederó las fuerzas autónomas de ambos amigos, es la que unió

a Boscán y Garcilaso, y dio por fruto la forma típica y capaz del Renacimiento literario español.

La investigación científica ofrece terreno tan propicio como el arte a esta sugestión de la amistad. Geoffroy de Saint-Hilaire descubre el genio de Cuvier, y desde ese punto sus esfuerzos marchan por cierto tiempo unidos, y aun llegan a confundirse en la colaboración de algunas *memorias,* para apartarse luego, cediendo a la originalidad de cada uno, y rematar en la polémica célebre que constituye uno de los más memorables episodios de la historia de las ideas durante el pasado siglo.

Tanto más eficaces y fructuosos suelen ser estos vínculos espirituales cuanto más desemejanza hay entre las aptitudes y afecciones de los unidos por ellos, siempre que tales diferencias puedan reducirse a una concordia y unidad superior en el definitivo objeto a que trascienda la actividad de uno y otro. Goethe lo expresó, refiriéndose a su amistad con Schiller, cuando dijo que la eficacia de su unión consistía en que *siendo ambos de muy contraria naturaleza, tendían a un fin único.* Y esta famosa amistad de Schiller y Goethe, es, en verdad, como ninguna, patente ejemplo de ello. Dotados, por su natural organización, de las facultades e inclinaciones más distintas, dentro de la identidad de un mismo arte y de una misma excelsa aspiración de cultura y de raza; apasionado el uno, olímpico el otro; idealista el imaginador del *Don Carlos,* realista el del *Wilhelm Meister;* demócrata el glorificador de la Revolución, aristocrático el consejero de Carlos Augusto; kantiano el autor de las *Cartas Estéticas,* panteísta el lector de Spinoza, empiezan por mirarse con recelo y desvío; y cuando, venciendo estas resistencias, se aproximan a fin de conocerse mejor, la amistad que llega a vincularlos es para cada uno de ellos la más adecuada y fecunda iniciación en que hubiera podido retemplar su pensamiento y su carácter; y cada uno es a la vez maestro y discípulo; y entre ambos edifican para la posteridad el arca de esta alianza, en sus campañas de *Las Horas* y en la colaboración de *Los Xenios;* hasta que, muerto Schiller, su memoria sigue velando, como un numen, sobre Goethe, que la consagra en sublime canto de alabanza y la relaciona con todo cuanto luego piensa y produce.

Otro alto ejemplo de espíritus antagónicos y complementarios, dichosamente unidos para una grande obra ideal, es el de Lutero y Melanchton. La fuerza vehemente y arrebatada de Lutero necesitaba tener junto a sí la virtud simpática, la gracia persuasiva, la reflexión moderadora, que a él no le fueron concedidas. Halló a Melanchthon; y esos dos espíritus se unieron por un lazo tan indestructible como los que anuda la atracción de los orbes. Fueron como las dos alas de un arcángel. Fueron, mejor, como las dos ruedas de un molino: la *voladora* en perpetua exhalación, y la *solera* quieta y segura,

que era menester juntar para moler el grano con que se amasaría el nuevo pan de las almas.

## LXVI

El tránsito de *Marta* a *María,* de la vida de acción a la de contemplahecho para el que no son obstáculo forzoso, ni la aptitud probada en la primera, ni la honra y el provecho en ella alcanzados, ni el imperio con que un cierto género de actividad tiende a fijar asociaciones y costumbres, cuando se le ha ejercido largo tiempo. Y no falta ocasión en que este trueque de actividades viene como por desenvolvimiento natural, y en que la nueva vocación parece que nace de las entrañas de la otra, o que maneja y beneficia riquezas que ésta ha acumulado.

El tránsito de *Marta* a *María,* de la vida de acción a la de contemplación, es cambio frecuente en el declinar de la existencia que empezó consagrada a las artes de la voluntad; aun dejando de lado los casos de interrupción frustránea o prematura de la aptitud primera, a que ya me referí cuando hablé del niño que jugaba con la copa de cristal.[3] En mucha parte de los espíritus dotados a la vez del ánimo heroico, o el dón de gobierno, y de la virtud de la expresión literaria, esta virtud se manifiesta y pone en obra, no simultáneamente con aquellos dones, sino después que ellos han completado la órbita de su actividad. Tal sucesión de aptitudes vese, particularmente, en la vida de los grandes historiadores. El historiador insigne suele ser un hombre de acción que, doblando la cúspide de la existencia, se consagra a acuñar su ciencia del mundo en el troquel de una superioridad literaria que sólo entonces descubre, o sólo entonces cultiva como ella merece. Fácil sería indicar ejemplos de ello en los historiadores clásicos: ya Tucídides, que no da vado a su vocación de narrador sino cuando la pérdida de Anfípolis señala el término de su vida pública; ya Tácito, que toma el punzón y las tablillas de Clío después de quitarse de los hombros la toga consular, bajo el despotismo de Domiciano; ya Polibio, que emplea en escribir su *Historia* la proscripción a que le reduce Paulo Emilio. Tras la ruina de la cultura intelectual, la narración histórica renace, en Occidente, en brazos de la experiencia política. Cuando los godos de Vitiges caen vencidos por las armas de Belisario, Casiodoro, que, como hombre de gobierno, no ha logrado evitar la ruina de aquel imperio efímero, se retira al convento de Viviers,

3 En la primera edición: "a que nos hemos referido ya, cuando hablamos del niño".

y entre otras labores de su pensamiento, acomete la de narrar los hechos de los reyes de quienes ha sido, durante medio siglo, inspirador. Veteranos de la acción política y guerrera, fueron muchos de los cronistas que preceden a la reencarnación de la grande historia clásica. Joinville había acrecentado con la recompensa de sus hazañas, como conmilitón de San Luis, las tierras patrimoniales donde, en el reposo de sus últimos días, se contrajo a referir sus recuerdos, con el épico y delicioso candor de su crónica... Cuando don Juan II de Castilla aparta de su confianza a aquel hidalgo de la sangre, del carácter y del estilo, que se llamó Fernán Pérez de Guzmán, el antiguo privado compone, recluido en su señorío de Batres, la más rica y penetrante prosa histórica del siglo XV. Esta observación resultaría confirmada si se la probase en los historiadores del Renacimiento. Guicciardini vuelve los ojos al tiempo pasado mientras reposa, en su *Tusculum* de Aratri, de los afanes del gobierno y de la guerra; Hurtado de Mendoza, cuando la ingratitud y suspicacia de Felipe II le retraen a su solar de Granada, después de gloriosísima vida de diplomático y político; Brantôme, hallándose de vuelta en sus dominios de Dordoña, tras largas aventuras de soldado y prolija experiencia de la corte; don Francisco de Melo, el Tácito portugués, cuando su desvalimiento y prisión le obligan a trocar por los libros su espada de las campañas de Flandes y Cataluña. Más adelante, el desengaño y sosiego de Saint-Simon, al cabo del porfiado maquinar con que consagró su vida a un pensamiento de vindicta aristocrática, valdría para la posteridad las pinceladas soberbias de las *Memorias*. El historiador que sólo sabe del mundo por los papeles que quita del polvo de los archivos, es especie que abunda más desde tiempos más cercanos; pero aún son numerosos, entre los del último siglo, los que proceden del campo de la acción: llámense Grote, que trueca, al término de su juventud, las borrascas del Parlamento por la serena contemplación de las cosas pasadas; llámense Guizot, cuya labor histórica, interrumpida durante veinte años de ilustre acción política, entra en definitiva y fecunda actividad después que el destronamiento de Luis Felipe aparta a su mentor de participar en la historia actual y viva; llámense Niebuhr, que deja su embajada de Roma y se recluye, por el resto de sus días, en el universitario ambiente de Bonn, para dar cima a una idea de su juventud con la obra magna a que dura vinculado su nombre.

La inspiración poética es también, alguna vez, flor que se abre en el ocaso de una vida de acción, por los voluptuosos o melancólicos estímulos del ocio y el recuerdo: tal se reveló en Silio Itálico entre los mármoles de su retiro de Parténope. Y el interés de la especulación filosófica, despertando en la mente, como incitativo dejo del mundo, luego de una juventud, y parte de una madurez, consagradas a la carrera de las armas y a la pasión de los negocios públicos, realízase en la vida de Destutt de Tracy.

Fue teoría de Saint-Simon, no el insigne autor de las *Memorias,* sino el utopista, que las doctrinas del pensador que aspirara a innovar en punto a ideas morales y sociales, no habían de concretarse y propagarse nunca sino en la vejez, viniendo precedidas de un dilatado período de acción, varia y enérgica, que diese lugar al conocimiento directo de las realidades más distintas y veladas; período *experimental,* en que proveyera el espíritu sus trojes para el retiro del invierno. El mismo ajustó su existencia, de tan extrañas aventuras, a esta idea del perfecto reformador; o acaso ajustó la idea, a *posteriori,* al carácter que su existencia tuvo por necesidad; pero hay en ello, de todos modos, un fondo exacto y discreto, que corrobora cuán lógica y oportuna transformación puede ser la de un modo de vida en que desempeña principal papel la voluntad, en otro que dé preferencia al pensamiento.

El tránsito contrario, de la ciencia o el arte a la vida de acción, es hecho que se reproduce, a menudo, cuando a largos períodos de paz suceden grandes sacudimientos revolucionarios o guerreros. Naturalezas esencialmente activas, a quienes la quietud del ambiente mantiene ignorantes de su radical vocación o sin modo de satisfacerla, permanecen vinculadas hasta entonces a otra, quizá abonada por muy positiva aptitud, pero menos profunda y congenial que la que aguarda silenciosa su tiempo. La voluntad heroica se destaca[4] tal vez, en esas horas supremas, por brazo sólo habituado a manejar una pluma, un compás, un pincel o un escalpelo. La tradición de las guerras de la Edad Media, en la Italia de güelfos y gibelinos, guardó el nombre del médico Juan de Prócida, que, ya famoso como tal, siente un día rebosar de su pecho los agravios de sus paisanos de Sicilia contra la conquista francesa, y va de corte en corte buscando príncipe vengador, y alienta el odio y la esperanza en el corazón de los suyos, hasta que aparece como personificación arrogante del desquite, iluminado por la siniestra luz de las trágicas *Vísperas.* Cuando el huracán revolucionario hace desbordarse a Francia sobre Europa, sus ráfagas arrancan a Kleber de pacíficas tareas de arquitecto para levantarle, en el término de pocos años, a vencedor de Heliópolis y reconquistador del Egipto; y penetrando en el estudio donde Gouvion de Saint-Cyr adiestra su mano de pintor, le mueven a tomar en ella la espada que ha de valer, en un cercano futuro, el bastón de mariscal del Imperio.

4 En la primera edición: "se desata".

## LXVII

Pasar de los dominios de un arte a los de una ciencia, es otra variedad de vocaciones que se sustituyen. Hay veces en que esta transición se verifica de modo que es posible seguir los pasos graduados con que a una actividad ha sustituido otra. Músico era Herschell, y en la vía de esta vocación heredada (porque era, además, hijo y hermano de músicos), quiso tener puntual conocimiento de su arte, y diose a profundizar la teórica de la armonía. El estudio de la armonía atrajo su atención a las matemáticas puras, y éstas le pusieron en el camino de aquella aplicación de los números y las líneas que constituye la ciencia de los cuerpos celestes. Aquí sintió el pie firme de quien toca en su más honda y radical aptitud; y desde ese instante, dejó la música que se traduce en sonidos, por aquella otra, inefable y altísima, que percibía en la contemplación de los cielos el filósofo de Samos.

Del mismo campo de la música había llegado a la ciencia médica el gran Razí, lumbrera del saber arábigo. La fama conquistada por Morse en cuanto pintor era merecida y grande, cuando vislumbró una senda aún más en relación con sus facultades propias, y tomando por ella, llegó a la invención del telégrafo, gloria que ofusca el recuerdo de sus obras de artista en la memoria de la posteridad. De la pintura procedieron también, para la ciencia, Pirrón, el pensador escéptico; Delalande, el naturalista; Lahire, el matemático; Fulton, el inventor. El tránsito de la aplicación literaria a la científica presenta nombres tan ilustres como el de Cabanis y el de Claudio Bernard, que aspiraron, con vehemente vocación, el uno a la fama de poeta y humanista, el otro a la de autor dramático, antes de echar raíces en las ciencias biológicas; el de Mascheroni, poeta llegado a una discreta madurez, primero que insigne matemático; el de Raynouard, dramaturgo mientras no convirtió su atención a la filología; y desde luego, sería este caso abundantísimo si hubieran de tomarse en el concepto de una vocación provisional, las someras e impacientes manifestaciones de la actividad de un espíritu en los albores de la adolescencia. Grande es el hechizo que vinculas ¡oh belleza que te representas por palabras!, y apenas hay privilegiado entendimiento que no te haya ofrecido su primer amor.

Menos frecuente la transición recíproca, de la ciencia al arte, no deja de evocar en el recuerdo algunos nombres famosos. Del laboratorio donde Reber estudiaba la aplicación de las ciencias experimentales a la utilidad industrial, le apartó la voz que le llevó para siempre al arte de la música. Perrault era médico eminente, cuando un Vitrubio que cayó en sus manos le tentó a nueva vocación, y Perrault fue el gran arquitecto del siglo de Luis XIV,

sin que diese al olvido la aptitud primera, pero relegándola a segundo término en su atención y en su gloria.

Una sobreviviente vocación literaria ha apartado del arte espíritus como el de Thackeray, el de Gautier, el de Meilhac: todos ellos habituados al lápiz o el pincel antes que a la pluma. El pasaje de una a otra de las artes plásticas, presenta ejemplos numerosos. Así, Brunelleschi, escultor en sus comienzos, más tarde arquitecto ilustre: caso que reproduce luego Palladio; Bramante, que de pintor pasó a arquitecto; el Ghirlandajo, en quien el hábil orífice precedió al eximio pintor, como, en Verocchio, al estatuario el orífice; Blanchet, consagrado a desbastar el mármol antes que a colorear la tela: tránsito opuesto al de nuestro contemporáneo Bartholdi, cuyo numen renunció al amor de la pintura para desposarse con la estatua. Otra especie de evolución se verifica en el espíritu que, dentro de los términos de una misma arte, de productivo pasa a crítico. Quizá no hay, en literatura, ejemplo de intelecto crítico superior que no haya llegado a su definitiva vocación de tal por la vía de esta transición; aunque, en infinitos casos, la facultad productora persista después de ella, si bien cediendo el primer lugar a las de análisis y juicio. Menos común en las artes plásticas que en la de la palabra, porque el crítico es genéricamente un escritor, tal derivación de la aptitud artística se da, sin embargo, en casos como el de Ceán Bermúdez, que, después de ceder, en su juventud, al *anch'io* del Correggio, consagró definitivamente su atención a la teoría y la historia de la belleza que había soñado realizar; y el de Deléclize, a quien ya había sonreído el renombre del pintor cuando prefirió buscarlo de otro género en el juicio de las obras ajenas. En cambio, Delacroix dio sus primeros pasos, en el arte que había de ilustrar con sus pinceles, escribiendo de crítica pictórica.

Causa no infrecuente de transformación espiritual es la que influye en el hombre de ciencia que, ya porque se desespere o decepcione ante los límites fatales y la morosa adquisición de la verdad accesible a los recursos del conocimiento positivo; ya porque una ocasión sentimental de su vida le lleve delante de la Esfinge que nos interroga sobre el misterio de donde venimos y el misterio adonde vamos, suelta un día los instrumentos de su labor y se lanza tras la idea de la verdad absoluta, bajo la inspiración de un misticismo o de una fe: conversión casi siempre temeraria, delirante y baldía; pero alguna vez, sublime. Sublime es, desde luego, en Pascal, el portentoso geómetra, que, antes de salir de la infancia, sin libros ni maestros, obtiene, por propia y personal abstracción, toda la ciencia de Euclides, y la desenvuelve y aplica en su juventud, dando plena manifestación de uno de los más altos entendimientos científicos que hayan morado en cabeza de hombre; hasta que la palabra de Jansenio, y el accidente que puso en peligro su vida pasando el puente de

Neuilly, le hieren en el centro del alma con la obsesión del misterio infinito, y ya no aparta el pensamiento de este género de meditación, revolviéndose en ella con tal angustia de nostalgia, con tales estremecimientos de pavor, con tal melancolía de desesperanza, con tal unción de ruego, que nunca más la elocuencia humana ha hallado términos con que expresar cosa parecida.

A menor precio, sin duda, vendió su vocación de hombre de ciencia Swedenborg. Su aptitud, en la observación de la naturaleza, era de orden soberano, y alcanzaba, en más de una disciplina, a la originalidad y la invención, cuando el fantasma de una verdad revelada que se le pone ante los ojos de la mente, la extravía de su camino, para envolverle, por todo el resto de su vida, en las nieblas teosóficas de aquella *Nueva Jerusalén* que aún tiene adeptos en el mundo. De semejante modo, Stenon, el gran anatomista danés, cuyo nombre vive vinculado al del canal de las glándulas parótidas, deja interrumpidas, en plena madurez de su espíritu, sus fecundas investigaciones, no para predicar nueva fe, como Swedenborg, pero para abrazarse y consagrarse absolutamente a la antigua.

Aún más a menudo quizá, alcanza esta influencia engañadora a las almas que han perseguido un sueño de belleza. El Botticcelli, a quien aleja del arte la palabra de fuego de Savonarola; Teodoro Kamphuizen, arrebatado fuera de su taller de pintor por los entusiasmos teológicos de su siglo, son ejemplos de ello. Pero la cautividad a que condena las facultades del artista esa seducción de lo sobrenatural, no llega, afortunadamente, en muchos casos, a anular del todo la aptitud, sino que la deja subsistir como vocación subordinada, concretándola y ciñéndola al objeto en que pueda servir a la nueva vocación que le ha quitado preeminencia. Tal es el caso de Fray Bartolomeo de San Marco, de quien cuenta Vasari que, al tomar los hábitos de religioso, quiso dejar la pintura, pero luego volvió a ella como a un instrumento de piedad, limitándose a fijar en el lienzo imágenes sagradas. Ni es otro el moderno caso de Tolstoy, que, cuando realiza su conversión a un misticismo evangélico, abandona y desconoce su grande obra de novelador artista, pero mantiene la pluma, como medio de propaganda y edificación: permitiendo de esta manera que el espontáneo arranque de su genio dé razón de sí en rasgos de tanto más eficaz cuanto más impremeditada belleza.

## LXVIII

El abandono de cierto modo de actividad, que corresponda a verdadera y natural disposición nace, frecuentemente, de que la aptitud no estuvo nunca

acompañada y servida de una vocación tan enérgica y leal como la mereciera. No es peregrino caso el de que aquel que posee una habilidad superior y tiene conciencia de ello, lejos de estimarla y honrarla, grato a la dádiva de la Naturaleza, pague esta dádiva con indiferencia y desamor.

Aun en los que desenvuelven y ejercitan consecuentemente su aptitud real, suele el aprecio que hacen de sus dones ser poco más que nulo, y estar muy por bajo del que consagran a otra aptitud inferior de que son dueños, o a una que, ilusoriamente, piensan poseer. Es fama que en Stendhal la mediana estima que tuvo por su tardía y negligente vocación literaria, contrastaba con la vehemencia de sus sueños y nostalgias de hombre de acción, fascinado por la deslumbradora personalidad de Bonaparte. Igual displicente *non curanza* del propio nombre literario profesaba, o pretendía profesar, Horacio Walpole, que reservaba las complacencias de su vanidad para sus superficiales condiciones de político y de hombre de mundo. La posteridad, que reconoce y honra, en la memoria de Priestley, al ilustre experimentador, no sospecharía que esta aptitud apenas fue en él sino afición para las horas de ocio, y que la mayor vehemencia de su vocación, y su perseverante actividad, se consumieron en disputas teológicas, que no han dejado más huella que el humo. Levantándonos más alto: ¿no es el *Discurso de las armas y las letras* un indicio de que en la predilección y el respeto de Cervantes ocupaba el primer lugar, no la vocación de la fantasía novelesca, (aunque también la consagrara amor y orgullo), sino aquella otra, nunca llegada a completo desenvolvimiento, que le movió en la juvenud a perseguir la gloria militar, hasta caer cautivo después de dejar la mano compañera de la que había de escribir el *Quijote*, peleando *en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros?*

La desestima inocente y candorosa por un dón superior que se tiene, como de parvulillo que juega con un diamante que se ha encontrado en el suelo, vese en Fray Luis de León, que jamás abrigó el pensamiento de dar a conocer los versos que compuso, y que, cuando en la vejez y a instancias de un amigo, los copia en un cuaderno, pone delante las famosas palabras: *"Se me cayeron, como de entre las manos, estas obrillas . ."*. Pero no cabe ejemplo tal de desproporción entre la magnitud soberana de la facultad y la desdeñosa indiferencia de la vocación, como el ejemplo de Shakespeare. Ese muchacho turbulento, hijo pródigo de familia burguesa; inaplacable corredor de aventuras; casado antes de tiempo por reparar la honra de una mujer de más años que él; gran bebedor; cazador furtivo; que llega a escribir para el teatro por sugestión de su oficio fortuito de cómico de baja estofa, produciendo, con absoluto desgaire y despreocupación del arte y la fama, maravillas de cuyos quilates, ciertamente, nunca tuvo sospecha; y que luego, apenas logra

redondear algunos bienes de fortuna, se retira, en plena fuerza de edad, a la aldea, como cualquier hombre vulgar que asienta el seso después de pasado el hervor de la juventud; y en la aldea lleva vida de juicioso propietario, ejerciendo cargos comunales, administrando su peculio y prestando dinero a logro; sin que nunca más muestre la menor veleidad de invención poética; ni el más mínimo interés por la suerte de sus obras, dispersas y a pique de perderse en abandonados manuscritos; ni la más insignificante afección por el mundo de criaturas ideales a que ha dado vida y gloria perennes: es rareza que sugiere la idea de un cambio de personalidad, como el del magnetizado que, vuelto a su sér autonómico, no guarda impresión ni recuerdo de lo que dijo o hizo mientras lo embargaba una voluntad ajena, que en este caso referiríamos a influjo sobrenatural: a la obsesión de un *numen.* En presencia de tal desamor, no es presunción absurda la de que, si el bienestar que conquistó duramente, hubiera venido a Shakespeare más temprano y por herencia o azar que excusasen su esfuerzo, la facultad monstruosa que había en él hubiera quedado estática y en la sombra. El desdén de la fama es cosa fácil de concebir, y aun puede tenérsele por flor de sabiduría y de exquisita y noble superioridad; pero lo que parece salir fuera de las leyes de la naturaleza es la ausencia, o el estancamiento prematuro, en facultad de tal energía y dotada de los medios de manifestarse, del estímulo de la producción por la producción misma: por la necesidad de desenvolver y realizar la propia fuerza: connatural impulso de la vocación, que ha bastado para sostener en el solitario embeleso de la *obra* a espíritus que nunca conocieron en el mundo el halago del renombre ni de la ajena comprensión: sabios como Copérnico; poetas como Andrés Chénier y como Bécquer; pensadores como el delicado y hondo Joubert.

El general menosprecio en que la concepción ascética de la vida confundió todos los bienes y superioridades de la tierra, ha sacrificado, sin duda, durante muchas generaciones humanas, tesoros cuantiosísimos de genio, de habilidad, de energía, reprimidos en lo interior del alma por los mismos que los poseyeron, juzgándolos vanidad, pérfido señuelo del mundo, tentación de frialdad y apartamiento respecto de la única idea que consideraban digna de amor. A veces, lo que el asceta de genio sacrifica no es, por fortuna, la aptitud, sino sólo la gloria que nace de ella, condenando a eterno olvido el propio nombre, pero salvando para la humanidad el rédito de su genio, siquiera lo manifieste únicamente como medio subordinado a la idea que le tiene en sonambulismo. Los artistas de maravillosa inspiración, que, salidos de los claustros de la Edad Media, guiaron a las muchedumbres a levantar, en formas sublimes, las piedras arrancadas para encarnación de la fe, y los maestros organeros que animaron con aladas voces la cavidad de las imponentes cate-

drales, opusieron a la inmortalidad de sus obras la eterna obscuridad de sus personas. El autor de la admirable *Imitación* escribe en una de sus páginas: *Haz, Señor, que mi nombre quede ignorado para siempre;* y cumpliéndose la aspiración de su humildad, ésta es la hora en que el mundo no sabe con certeza su nombre. Pero el mismo sentimiento que movía en él ese ruego, ha conducido, sin duda, veces infinitas, no a la abnegación de la fama únicamente, sino a la represión y el sacrificio de la propia aptitud. Un día, el santo de Asís se ensaya, por distracción, en esculpir una copa, y descubre una habilidad, no sospechada, de su espíritu. La copa se modela gallardamente; el cincel realiza primores; pero la voluntad del santo, celosa de todo género de ocupación que pueda ser incentivo de vanidad, se apresura a hacerle soltar de la mano el instrumento que le ha dado conciencia de su genio de artífice. Estas inhibiciones del fervor religioso pueden producirse también como obra, ya de una filosofía, de una organización social, de una preocupación flotante en el ambiente, que pugnen con ciertas formas de actividad; ya de una pasión o un interés muy vivos, a cuyo paso se interponga, o para cuyo logro quite tiempo, el ejercicio de una aptitud que se tiene y que, por tal manera, llega a ser objeto de desestima y olvido.

¿Podrá esta falta de amor exaltarse alguna vez hasta el odio? ¿Será posible que el desvío para con el dón superior que recibimos de la Naturaleza, llegue hasta el aborrecimiento del dón y el arrebato iracundo contra él?... ¿Por qué no, cuando el instinto de la aptitud se alza y rebela contra la condena injusta: cuando la necesidad, el prurito irrefrenable, de expansión, que suele estar en la esencia de las aptitudes grandes, lucha contra el desesperado esfuerzo que hace la voluntad por domeñarlo y reprimirlo?...

## LXIX

Una primera vocación que desaparece, ya porque se extenúa en el alma el impulso espontáneo de que nacía, ya porque la fatalidad exterior opone a su desenvolvimiento obstáculos que la fuerzan a ceder su plaza a otra, suele manifestarse veladamente en el carácter de esta que la sigue y prevalece sobre ella.

No ha muerto, en realidad, la primera vocación, en la que Naturaleza puso acaso su voz más íntima y pura: sólo está soterrada y contenida en lo hondo del alma; y desde allí, logra vengarse del desconocimiento y olvido a que se la condenó, o de la suerte cruel que torció, malogrando la aptitud, el cauce de la vida: se venga de ellos penetrando de su esencia y tiñendo con sus reflejos las obras de la nueva vocación que la sustituye.

Así, en Ignacio de Loyola, la institución del fundador que se desviste la armadura para ceñirse los hábitos, muestra, en su índole y carácter, temple de milicia.

Así, en aquellos escritores cuya inclinación literaria no se ha pronunciado sino después de una tendencia, más o menos duradera y activa, a la profesión de otra arte, suele ésta poner de relieve la persistencia de su espíritu, en los procedimientos y costumbres de la pluma. Tal es el caso de Gautier, pintor de vocación vehementísima en su adolescencia, pintor no resignado nunca al abandono que hizo de su arte por el de escritor, en que luego fijó para siempre su personalidad; y cuya literatura es una perpetua reproducción del mundo sensible: pinacoteca enorme y varia, en que resplandecen toda la luz, todo el color, todas las formas armoniosas, que hubiera podido realizar con el pincel más peregrino. Idéntica transformación se manifiesta en Edmundo y Julio de Goncourt, pintores también antes de plantar su tienda en la novela; y luego, como escritores, maestros en la descripción intensa y animada hasta producir la ilusión de cosa vista; y en el idílico Töpffer, cuyas incomparables descripciones de la naturaleza son un glorioso esfuerzo para obtener por la virtualidad de la palabra lo que la prohibición paterna le apartó, desde su infancia, de obtener por medio del color.

Fácil sería citar muchos ejemplos semejantes; casos todos de una facultad superior que, no pudiendo manifestarse en su forma natural y espontánea, resurte bajo la apariencia de una aplicación extraña a su objeto. En general, si se conociera menudamente la historia psicológica de todos aquellos artistas cuyo estilo y manera se caracterizan por alguna singularidad que se relacione con la trasposición de los procedimientos de un arte al campo de otra arte, yo creo que se había de encontrar casi constantemente, para ello, la clave de una primera vocación truncada y sustituida.

## LXX

Mientras la vocación que se ha adoptado en un principio abone con sus obras la existencia real de la aptitud y no encuentre ante sí obstáculo de los que obligan al ánimo varonil y juicioso, el progresivo desenvolvimiento del espíritu debe continuarse siempre en torno de ella; diversificándola, mejorándola, extendiéndola; y complementándola, si cabe, con nuevas, diferentes aptitudes; pero sin quitarle la predilección y preeminencia, legitimadas por su prioridad, que hace de ella como el eje, en justo equilibrio, a

cuyo alrededor se han ordenado las disposiciones y costumbres íntimas del alma.

El cambio voluntario en la preferente aplicación de la vida; el cambio para el que no obra fuerza de la necesidad, ni transformación natural y evolutiva de una vocación en otra, ni consciencia segura del superior valer de la nueva aptitud descubierta, o de su oportunidad mayor, suele ser forma de engaño y vanidad contra la que importa prevenirse. Todos los motivos de error que conspiran a alentar mentidas vocaciones antes de dejar espacio para que salga a luz la verdadera, tienen también poder con que desviar a ésta de su curso y sustituirla sin razón ni ventaja. Pero, además, el bien de la gloria no se diferencia de los otros bienes humanos en que esté exento de esa herrumbre de la saciedad y del hastío. La posesión de un género de gloria engendra acaso saciedad, y despierta el anhelo de trocarlo por otro de prestigio ignorado y tentador. Agréguese que es sentimiento frecuente en los que descuellan en la cumbre la nostalgia del esfuerzo y la lucha, apetecidos quizá por el triunfador con tan vehemente deseo como el que cifró en la posesión del bien, cuando aún no lo gozaba. El principiante que envidia la paz, duramente conquistada, del maestro, ignora que el maestro envidia tal vez, con intensidad igual, la emoción de sus dulces ansias y las alternativas de su ambición inquieta. Unanse estas causas de error a las mismas que obran para mover, desde un principio, falsas vocaciones: el halago de la prosperidad material, la codicia del vulgar aplauso, la imitación fascinada e inconsulta; y se verá cuán fácil es que, aun en los casos en que el alma ha hallado ya su verdadero camino, se aparte de él cediendo a la tentación de un llamamiento falaz.

El abandono de la vocación *personal* por otra ficticia, en espíritus de pensamiento y de arte que, hastiados de los ramos sin sabroso fruto con que sólo los recompensa la contemplación, aspiran a aquel género de triunfos que granjean autoridad o fortuna, es caso asaz frecuente; como lo fue, en tiempos pasados, la apostasía de esa misma casta de espíritus, y de los que lucían en la acción heroica, cuando, llegados a cierta edad de la vida, o a ciertos desengaños del mundo, olvidaban el dón recibido de la Naturaleza por la estéril sombra del claustro.

Quien sienta en sí el estímulo de un cambio de frente en cuanto al objeto de su actividad, después de una aplicación cuyo acierto haya sido confirmado por obras y para cuya prosecución vea aún despejado el camino, ha de empezar por someter a crítica severa, no sólo la realidad de la nueva aptitud que piensa haber hallado en su alma, sino también las ventajas que pueda aportar, para los demás y para sí propio, esa como expatriación de su mente.

## LXXI

Pero el abandono de la vocación verdadera y eficaz puede no ser sino una desviación transitoria, y a veces conducente y benéfica, después de la cual el espíritu vuelve con nuevo ímpetu al cauce que le fue trazado por Naturaleza. Tal, por ejemplo, cuando Choron, el gran teórico de la música, puesto ya en el camino de su vocación artística, convierte un día su atención a las matemáticas; y durante algún tiempo se inclina a cultivarlas por sí mismas, independientemente de sus conexiones con el arte del sonido, y parece arraigar en ellas; hasta que la primera voz, que era la íntima, recobra su eclipsado imperio, y Choron, dueño de nuevas luces que le valen, restituye para siempre su interés a la teoría de la música: o bien cuando Weber, el compositor, impresionado en la adolescencia, y estando ya en posesión de su genio musical, por la invención del arte litográfica, siente reanimarse veleidades que tuvo en su niñez por las disciplinas del dibujo, y se consagra con entusiasmo a perfeccionar los ensayos de Senefelder, manifestando en ello hábil y original disposición; para volver después, definitivamente, a aquella otra aptitud más alta y más connaturalizada con su espíritu, que le exaltó a la gloria.

La utilidad de estas desviaciones pasajeras consiste a menudo en dilatar, con provecho de la misma vocación de que aparentemente se apostata, el campo de la observación y la experiencia, y proporcionar a la aptitud fundamental elementos que la corroboran y amplían: como por un viaje de la mente, de cuyo término tornara ésta al solar propio con mayor riqueza y ciencia del mundo. Este es el caso de Choron; y es el que manifiesta, además, la vida de Schiller, cuando, después del período juvenil de su producción dramática, el poeta de *Don Carlos* abandona por cierto tiempo el teatro, y se aplica al cultivo de la historia. Los libros que como historiador produjo Schiller, aunque de alto valer, no hubieran justificado el abandono de su primera y esencial vocación, si hubiese sido olvidada para siempre; pero cuando volvió a esta casa de su espíritu, su nuevo teatro, el que comienza con la trilogía de *Wallenstein,* mostró los beneficios de aquel temporario apartamiento, porque la historia había dado al nobilísimo poeta el sentido de la objetividad y de la verdad humana, ahogadas, en las obras de su juventud, por el desborde de un subjetivismo tumultuoso.

. . . . . .

## LXXII

Y ahora quiero dar voz a un sentimiento que, en el transcurso de este

divagar sobre las vocaciones humanas, cien veces me ha subido del corazón, repitiendo por lo bajo una pregunta que viene, en coro, de mil puntos dispersos, y suena en són de amargura y agravio. Dice la pregunta: *"¿Y nosotros?"*...; y me deja una desazón semejante a la que experimento cuando me figuro los mármoles antiguos que permanecen sepultados e ignorados para siempre...

Cada vez que, por revelación de la casualidad, como cuando se iluminó de hermosura el campo venturoso de Milo; o de la investigación sagaz, que impone a la avaricia de las ruinas sus conjuros, la civilización recupera una obra de arte perdida o ignorada: una estatua, un bajorrelieve, un vaso precioso, un frontón, una columna, el mismo pensamiento me obsede. De la idea de ese objeto ganado, para la gloria y la admiración humanas, al reino de las sombras, pasa mi mente a aquellos otros que aún permanecen ocultos, entre el polvo de grandezas concluidas, en soledad agreste o profunda prisión: allá en el Atica, en sus llanos gloriosos y sus colinas purpúreas; en Olimpia y Corinto, ricas de tesoros arcanos; bajo las ondas del mar de Jonia y del Egeo, o bien bajo el gran manto de Roma y las lavas seculares de Nápoles. Transparentando la corteza de la tierra y las aguas del mar, ilumina mi espíritu ese seno oriental del Mediterráneo, donde hunden sus áncoras eternas las rocas sobre que alzó sus ciudades la raza por quien empezó a ser obra de hombres la belleza; y en una rara, hiperbólica figuración, tierra y mar se me representan como una inmensa tumba de estatuas, museo disperso donde la piedra que fue olímpica, los despojos de los dioses que, en seis siglos de arte, esculpieron los cinceles de Atenas, de Sicione y de Pérgamo, reposan bajo la agitación indiferente de la Naturaleza, que un día personificaron, y de la humanidad, que fue suya...

Dioses caídos, dioses de mármol y de bronce volcados por el ala del tiempo o el arrebato de los bárbaros; hechos para la luz y condenados a la sombra de un misterio sin majestad y sin decoro, su imagen me suspende en una suerte de angustia de la imaginación. De su actual sepulcro, algunos resurgirán, quizás, en la deslumbradora plenitud de su belleza; intactos, salvados, por misteriosa elección, de los azares que se conjuran para su abandono: como esos pocos que la humanidad ha podido reponer enteros sobre el pedestal, con entereza no debida a restauraciones profanas, y que perpetúan, en la promiscuidad de los museos, la actitud con que ejercieron su soberanía desdeñosa sobre frentes no menos serenas que ellos mismos... Otros, despedazados, truncos; devueltos, como tras el golpe vengador de los Titanes, a las caricias de la luz; vejados por la superstición, tumbados en los derrumbes, mordidos por el fuego, hollados por los potros que pasaron en la vorágine de las irrupciones, entregarán a la posteridad un adora-

ble cuerpo decapitado, como la Nice de Samotracia; un torso maravilloso, como el Hércules de Belvedere; y su invalidez divina hará sentir a los que sean capaces de reconocer su hermosura, la especie sublime de piedad que experimentaba, en presencia de los infortunios de estirpes sobrehumanas, el espectador de Esquilo o de Sófocles...

Pero los que más me conmueven son aquellos que no resucitarán jamás; los que no han de incorporarse ni al llamado de la investigación ni al del acaso; los que duermen un sueño eterno en las entrañas del terrón que nunca partirá el golpe del hierro, o en los antros del mar, donde el secreto no será nunca violado: detentadores de una belleza perdida, perdida para siempre, negada por cien velos espesos a los arrobos de la contemplación, y que, persistiendo en la integridad de la forma, a un mismo tiempo vive y ha muerto...

## LXXIII

La idea de los dones superiores que sacrifica el ciego hado social se presentaba a la mente del poeta inglés en *el cementerio de la aldea,* frente a las humildes tumbas anónimas. A mí la triste idea me hiere, más que en ninguna otra ocasión, viendo pasar ante mis ojos el monstruo de la enorme muchedumbre. ¡Las fuerzas capaces de un alto dinamismo que quedan ignoradas, y para siempre se pierden, en el fondo obscuro de las sociedades humanas! ¿Hay pensamiento más merecedor de atención profunda y grave que éste?... Cuando nos brota del pecho, al paso del héroe, el vítor glorificador; cuando vertemos lágrimas de admiración y de entusiasmo ante el prodigio del artista, o nos embebe en recogimiento cuasi religioso la especulación de un sublime entendimiento, ¡cuán pocas veces consagramos un recuerdo piadoso y melancólico a las energías semejantes que, no por propia culpa, y sin tener, en su muy mayor parte, conciencia de su injusto destino, pasan de la vida a la muerte tan en principio y obscuridad como vinieron al mundo!

Pero ellas no están sólo en las muchedumbres que carecen de luces y suelen carecer de pan. Aún por arriba de este fondo de sombra, mil fatalidades sepultan para siempre bajo un género trivial de actividad (donde acaso lo escogido del alma estorbe para la competencia y el medro), nobles aptitudes, que serían capaces de reproducir y reemplazar, sin inferioridad ni sitio vacante, el armonioso conjunto de las que se desenvuelven en acción. Y en la masa informe y opaca del espíritu de la vulgaridad hay así, en potencia, una primorosa literatura, y un arte excelso, y una ciencia preñada de

claridad, y mil batallas heroicas, a la manera que, según la soberana imagen de Tyndall, también los dramas de Shakespeare estaban, como los demás, potencialmente, en el claustro materno de la primitiva nebulosa.

Cada sociedad humana, decíamos, levanta a su superficie almas de *héroes* en la proporción en que las sueña y necesita para los propósitos que lleva adelante; pero no ha de entenderse que exista la misma equidad entre el número de ellas que pasan de tal manera al acto, y las que el cuerpo social guarda en germen o potencia. Pensarlo así valdría tanto como reducir la cantidad de las semillas que difunde el viento, a la de las que caen en disposición de arraigar y convertirse en plantas. Muchas más son las semillas que la tierra deja perder que las que acoge. La espontaneidad individual lucha por quebrantar el límite que la capacidad del medio le señala; y en alguna medida, logra crear en la multitud que la resiste un aumento de necesidades y deseos *heroicos;* pero nunca este esfuerzo ensancha el campo en la extensión que se requeriría para una cabal y justa distribución de todas las energías personales dignas de noble y superior empleo. En el perenne certamen que determina cuáles serán los *escogidos* en el número de los *llamados,* ya que no hay espacio para todos, prevalece la mayor adecuación o mayor fuerza: triunfa y se impone la superioridad; pero esto solo no da satisfacción a la justicia, pues aún falta contar aquellos que no son ni de los *escogidos* ni de los *llamados*: los que no pueden llegar a la arena del certamen, porque viven en tales condiciones que se ignoran a sí mismos o no les es lícito aplicarse a sacar el oro de su mina; y entre éstos ¡ay! ¿quién sabe si alguna vez no están los primeros y mejores?...

Generaciones enteras pasaron al no ser, cuando la actividad de la inteligencia humana padeció eclipse de siglos, sin que de la luz virtual de su fantasía brotara un relámpago, sin que de la energía estática en su pensamiento partiera un impulso. Y en todas las generaciones, y en todos los pueblos, el sacrificio se reproduce para algún linaje de alma, grandes en su peculiar calidad: la calidad de aptitud que no halla acomodo dentro de las condiciones y necesidades propias del ambiente; aun sin considerar esa otra multitud de almas que, por injusta preterición individual, quedan fuera de cada una de aquellas mismas actividades que el ambiente admite y propicia.

La ráfaga de pasión aventurera y sueños de ambición que desató, sobre la España reveladora de un mundo, este horizonte inmenso abierto de improviso, arrancó de la sombra de humildes y pacíficas labores, para levantarlos a las más épicas eminencias de la acción, espíritus cuya garra se hubiera embotado, de otra suerte, en forzosa quietud: agricultores como Balboa, estudiantes como Cortés, pastores como Pizarro. El magnetismo de la Revolución del 89 despertó en el alma de abogados obscuros y de retóricos sin

unción, el numen del heroísmo militar, el genio de la elocuencia política; y destacó de entre la modesta oficialidad al *condottiere* de Taine, capaz de trocarse, sobre la pendiente de los destinos humanos, en rayo de la guerra y árbitro del mundo. — ¿No has pensado alguna vez qué sería del genio de un Rembrandt o un Velásquez nacidos en la comunión del Islam, que no consiente la imitación figurada de las cosas vivas?...

Tan doloroso como este absoluto misterio y pasividad de la aptitud por el ambiente ingrato en que yace sumergida, es el rebajamiento de su actividad, orientada a su objeto propio, pero empequeñecida y deformada por los estrechos límites donde ha de contenerse. Cuéntase que, pasando el ejército de César por una aldea de los Alpes, se asombraron los romanos de ver cómo, en aquella pequeñez y aquella humildad, eran apetecidas las dignidades del mezquino gobierno y suscitaban disputas y emulaciones enconadas, tanto como las mismas magistraturas de la ciudad cuyo dominio era el del mundo. Las ambiciones de poder, de proselitismo, de fama, en los escenarios pequeños, no ponen en movimiento menos energías de pasión y voluntad que las que se manifiestan ante el solemne concurso de la atención humana; y en ellas pueden gastarse, sin que se conozca, ni valga para las sanciones de la gloria, tan altas dotes como las que consume el logro de la preeminencia o el lauro que traen consigo el respeto del mundo y el augurio de la inmortalidad. No es otro el interés característico que Stendhal infundió en el Julián Sorel de *Rojo y Negro,* dando por marco la sociedad de un pueblo miserable a un espíritu en que asiste el instinto superior de la acción.

El ambiente, por las múltiples formas de su influencia negativa: la incapacidad para alentar y dar campo a determinada manera de aptitud; el desamparo de la ignorancia y la pobreza; la adaptación forzosa a cierto género de actividad, que tiende a convertirse en vocación ficticia, hunde en la sombra, lícito es conjeturarlo, mayor suma de disposiciones superiores que las que levanta y estimula.

## LXXIV

Pocos casos de tan hondo interés en la historia del espíritu como el de la aptitud genial tomada a brazo partido con la sociedad que la rodea, para forzarla a que conozca y honre su superioridad. Cuando esta lucha se prolonga, y a la mente de elección viene aparejado un ánimo cabal y heroico, surge la inspiración del satírico provocador, que se adelanta a despertar a latigazos la bestia amodorrada que no lo atiende. Cuando la voluntad del

incomprendido es débil o está enferma, su soledad y abandono se traducen en un abatimiento de desesperanza y hastío, que acaso asume también la forma de la sátira: de una sátira tanto más acerba cuanto que no la acompaña el optimismo final y paradójico de quien esgrime la burla y el sarcasmo como medios de acción en cuya eficacia cree.

Es éste el género de pesimismo que representa, mejor que nadie, Larra: entendimiento no lejano del genio, voluntad viciada y doliente, a quien deparó su mala estrella un medio social donde el proponer ideas era como vano soliloquio, que él comparaba a las angustias de "quien busca voz sin encontrarla, en una pesadilla abrumadora y violenta". ¡Qué inenarrable fondo de amargura bajo la sátira nerviosa de aquellas páginas donde considera Fígaro, en una u otra relación, la decadencia de la España de su tiempo; la limitación de los horizontes; el estupor intelectual; el ritmo invariable, tedioso, de la vida! Su personalidad de escritor reclamaba el grande escenario: la electrizada atmósfera de la sociedad que inspira y estimula al pensamiento de Schlegel en los grandes días de Weimar; la tribuna, de todas partes escuchada, que difunde la oratoria crítica de Villemain, desde el centro donde escribe Balzac y canta Hugo; la hoja vibrante de la revista que esparce la palabra de Macaulay a los cuatro vientos del mundo literario... Y aquellas críticas incomparables, que reflejaban la irradiación de un espíritu no menos digno de las cumbres, no menos legítimamente ansioso de la luz, nacían destinadas a perderse, como el bólido errante, en el vacío de una sociedad sin atención enérgica, sin *coro,* a ciegas en la orientación del ideal, desalentada y enferma... Este sentimiento de amargura se manifiesta, por la sonrisa melancólica o por la displicencia del hastío, en las más ligeras páginas que arrojaba a aquel abismo de indiferencia el gran escritor, y estalla, con la potente vibración del sollozo, en la crítica de las *Horas de invierno* y en la *Necrología del Conde de Campo-Alange.*

. . . . . .

## LXXV

. . . . . .

Aptitudes sin cuento, y entre ellas más de una superior, y acaso que el genio mismo magnifica, se pierden ignoradas en la muchedumbre que sustrae a los estímulos de la cultura la aciaga ley de la desigualdad humana. Pero, para redondear la verdad, falta añadir que, si la disciplina y el régimen en que consiste la cultura, son aquellos, estrechos y tiránicos, que

hacen de ella un encierro claustral, o un sonambulismo metódicamente provocado en beneficio de una idea, cabe en la cultura también la responsabilidad, cuando no de la anulación, del empequeñecimiento de aptitudes, grandes tal vez por su fuerza virtual, pero que vinieron unidas por naturaleza a esa débil resistencia del carácter, a esa ineptitud para la negación y la protesta, propia de las almas en quienes las facultades de credibilidad e imitación son más poderosas que la fe y confianza en sí mismas.

Las escuelas de espíritu concreto, y si cabe decirlo así, *inmanente,* en ciencia o arte; los métodos de enseñanza calculados para sofocar la libre respiración del alma dentro de un compás mecánico, han rebajado, seguramente, en todos los tiempos, al nivel medio de la aptitud, dotes que, desplegándose en otras condiciones, hubieran excedido los límites que apartan lo mediano de lo alto, y aun lo alto de lo sublime. ¡Qué enorme suma de energía, de rebelde audacia, ha menester, si se piensa, una conciencia individual, librada a sus fuerzas, para romper el círculo de hierro de una autoridad secular organizada con todos los prestigios de la tradición, del *magister dixit,* del consenso unánime, como la filosofía escolástica, el sistema geocéntrico, o el clasicismo del siglo XVIII!... Suele el genio acompañarse, como característica moral, de la voluntad atrevida y la arrogancia heroica en cuanto a la confesión y profesión de la verdad nueva que ha hallado; pero no es seguro que lo que en el dominio de la inteligencia denominamos *genio,* como aptitud de descubrir lo nuevo, tenga *siempre,* en la esfera de la voluntad, el concomitante de la audacia irrefrenable con que revelarlo y defenderlo. Y en los casos en que falta esta audacia, que complementaría la originalidad de la visión genial, lo que puede salvar la independencia del espíritu incapaz de resistir, conscientemente, a la autoridad que prevalece, es *ignorarla.*

La renovación del pensamiento humano, inseparable ley de su vida, debe buenos servicios a los grandes *incultos* y a los grandes *autodidactos.* La observación real y directa, sustituida al testimonio de los libros, donde el iniciado en ellos acude tal vez a buscar la observación, que supone definitiva, de otros; la propia ausencia de un método que contenga los movimientos del espíritu dentro de vías usadas; el forzoso ejercicio de espontaneidad, originalidad y atrevimiento, son causas que concurren a explicar la frecuente eficacia de la cultura personal y libre, para los grandes impulsos de invención y de reforma.

El extranjero, el vagabundo, el incauto, se arriesgan, con facilidad candorosa, en hondos desiertos, en ásperas sierras, en comarcas llenas de espesos matorrales, que los avisados no frecuentan porque es punto convenido que allí sólo crecen vanos sueños, error y confusión, pero donde alguna vez una esquiva senda lleva a averiguar cierta cosa que no estaba en los libros; y

por esto Leibnitz opinó que la persecución de las tres grandes quimeras, —*tria magna inania*—: la cuadratura del círculo, la piedra filosofal y el movimiento perpetuo, ha sido ocasión de esfuerzos y experiencias en que el espíritu humano ha aprovechado más que en gran número de investigaciones donde se marcha derechamente a la verdad con adecuado instrumento y método seguro.

La más grande de las revoluciones morales nació en el seno de un villorio de Galilea, adonde no pudo alcanzar, sino en muy débil reflejo, el resplandor de las letras rabínicas. —"*Y llegado el sábado, comenzó a enseñar en la sinagoga; y muchos oyéndole estaban atónitos, diciendo*: —*¿De dónde tiene éste estas cosas? ¿Y qué sabiduría es ésta que le es dada?... ¿No es éste el carpintero hijo de María, hermano de Santiago, y de Joseph, y de Judas, y de Simón?*"... La escena del desconcierto de los doctores de la Ley frente a[5] la ciencia infusa del sublime niño que no ha pasado bajo la férula de su enseñanza, tiene un profundo e imperecedero sentido. Obras y nombres menos altos, pero gloriosos, lo confirman en todo tiempo. La fuerza de originalidad con que Ambrosio Paré sentó los fundamentos de la cirugía moderna, acudiendo a los medios experimentales, algo debe, sin duda, a la relativa independencia, en que permaneció su juventud, de la autoridad de los antiguos, por su desconocimiento de las lenguas sabias, en cuyos caracteres volvía a luz la doctrina de los Hipócrates, Galenos y Albucasis. Bernardo de Palissy fue un desamparado de la escuela, a quien la libertad de su ignorancia permitió pasar los falsos límites de la ciencia de su siglo. Si Burns hubiera estudiado los preceptos de Blair, ¿habría desatado sobre una literatura artificiosa su olada de fertilizante y oportuna *barbarie?*... Tipo del innovador sin disciplinadas letras es Rousseau. Su intrepidez rebelde; su despreocupación de la verdad inconcusa; su valor para esgrimir la irreverente paradoja; aquel ingenuo sofismar, tan lleno de alumbramientos y gérmenes felices, ofrecen juntos todos los excesos y todas las ventajas de la originalidad semi-inculta. Otro tanto podría decirse de Sarmiento en nuestro escenario americano. Con este mismo orden de hechos se relaciona el caso de que los espíritus de más fuerza inventiva en una ciencia o un arte, suelen ser extraños a ellos por su consagración profesional, y haber tocado en tal arte o ciencia sólo como pasajera desviación de su camino, ya apurando una particularidad de sus estudios propios, ya por simple curiosidad y esparcimiento.

La cultura de la inteligencia ha de procurar unir a sus inmensos beneficios los que son peculiares y característicos de una relativa ignorancia, apropiándose de éstos por la libertad que, en medio de su disciplina, consienta

5 En la primera edición: "delante de".

al espíritu; por los hábitos de investigación personal que en él estimule; y por el dón de sugerir y abrir vistas sobre lo que queda más allá de las soluciones y *verdades* concretas.

## LXXVI

La imitación es poderosa fuerza movedora de energías y aptitudes latentes, mientras deja íntegra y en punto la personalidad, limitándose a excitar el natural desenvolvimiento de ella. Pero cuando la personalidad, por naturaleza, no existe, o cuando un supersticioso culto del modelo la inhibe y anula, la imitación no es resplandor que guía, sino bruma que engaña. Frecuente es que ella obre, desde luego, como origen de falsas vocaciones, extraviando el concepto que de su propio contenido y virtualidad forma el espíritu, y estimulando una ilusión de aptitud, que es a la vocación verdadera lo que, a la libre actividad del hombre despierto, el movimiento maquinal con que el hipnotizado realiza los mandatos de la voluntad que lo subyuga.

En el camino de todo género de superioridad, de las que mantienen sobre la conciencia de las sociedades humanas una enérgica y persistente sugestión, corre siempre una muchedumbre de engañados, en quienes el sonambulismo que aquella fuerza superior produce, no se detiene en sus pasivas formas de admiración y de creencia, sino que asume la forma activa de la emulación, del remedo, del *anch'io* . . . Y si, en los más, esto importa apenas una manifestación de la ausencia de personalidad y sello propio, a que de todas suertes estaría sujeto su espíritu, en algunos de esos engañados hay tal vez la virtualidad de una aptitud superior y distinta, que perdió la conciencia de sí ofuscada por el sentimiento ilusorio de la otra, y que acaso no se revelará jamás, ya *perdida* el alma en una dirección que no es la que le fue señalada por la naturaleza.

Entre los antiguos era fama que, cuando Platón llegó a Siracusa, y Dionisio el tirano mostró deseos de iniciarse, con las lecciones del filósofo, en el estudio de la geometría, una legión inesperada de geómetras apareció de pronto en la corte de Dionisio, y su palacio se llenaba a toda hora de las nubes de polvo que levantaba la gente cortesana trazando figuras. Luego, hastiado el tirano de la ciencia, los geómetras pasaron con la facilidad de aquellas nubes de polvo. Inclinaciones de no más firme origen son muchas de las que parecen venir, por su fervor, de hondo e instintivo impulso: el alma enajenada por el magnetismo de la imitación piensa obedecer a una

divina voz que le habla de adentro, y no obedece sino a la voz exterior y grosera de un pastor que reúne su hato...

Pero aun cuando la vocación sea verdadera y nacida de la íntima posesión de la aptitud, para su disciplina y desenvolvimiento suele obrar también la imitación como fuerza excéntrica y perturbadora. Así, en arte, toda gran personalidad que triunfa e impera, arrastra en su séquito, junto con los secuaces que tienen real afinidad con su espíritu, multitud de otros secuaces apartados de su tendencia natural y espontánea y de los procedimientos que les serían congeniales, por la fascinación de aquel ejemplo glorioso. ¡Cuándo nos persuadiremos de que los caracteres por que se distinguen las escuelas de arte: la propensión a lo real o a lo ideal, a la libertad o al orden severo, al subjetivismo o a la impersonalidad, son diferencias que atañen a la historia y clasificación de los espíritus, mucho más que a la potestad disciplinaria de las ideas; y de tal modo ha de considerárselas, no ya respetando, sino suscitando y favoreciendo en cada cual la espontaneidad del impulso venido de lo hondo de sí mismo! Cuando así se entendiera, la más anárquica, fecunda y deliciosa paz pondría en simultánea eflorescencia la infinita extensión de la fantasía; pero es grande el poder de las fórmulas, y por mucho que se alardee de amplitud, la tiranía del gusto de una época produce al fin, fuera de algunos espíritus solitarios, una falsa uniformidad, que se logra siempre a costa de buena parte de naturalezas violentadas y sacadas de quicio.

Tener conciencia clara del carácter de las facultades propias, cuando una avasalladora norma exterior impone modelos y procedimientos, por todos acatados, es punto de observación difícil; y orientarse según los datos de esa misma conciencia, cuando ellos pugnan con los caracteres que halagan a la afición común y a la fama, suele ser acto de resolución heroica. Pero de esta resolución nace la gloria de bronce que prevalece cuando se han fundido las glorias de cera; tanto más si lo que se ha levantado sobre la corriente no es sólo la natural propensión de las facultades propias, sino también más altos fueros e ideas. La virtud intelectual de más subidos quilates, es, sin duda, la que consiste en la sinceridad y estoicidad necesarias para salvar, en épocas de obscurecimiento de la razón o de extravío del gusto, la independencia de juicio y la entereza del temperamento personal, renunciando a transitorias predilecciones de la fama, con tal de llevar la aptitud por su rumbo cierto y seguro: el que dejará constituida la personalidad y en su punto la obra, aunque esto importe alejarse, al paso que se avanza, del lado donde resuenan los aplausos del circo.

. . . . . .

## LXXVII

Sabemos ya cómo el medio ingrato deja sin nacer superiores aptitudes, y cómo en ciertos casos empequeñece y deforma, por la adaptación a límites mezquinos, la función de aquellas mismas a que consiente vivir. Otro maleficio de las cosas que clasificamos bajo el nombre de *medio* es el que se traduce por las vocaciones nobles, que, ya después de definidas y entradas en acto, la indiferencia común interrumpe y hiela, de modo que no reducen sólo su virtualidad y energía manteniéndose dentro de su peculiar actividad, sino que renuncian para siempre a ésta; y habiendo comenzado el espíritu su paso por el mundo con un soberano arranque de vuelo, lo continúa y termina ¡lastimoso tránsito! sin una aspiración que exceda de la vida vulgar.

Una de las raíces de la inferioridad de la cultura de nuestra América para la producción de belleza o verdad, consiste en que los espíritus capaces de producir abandonan, en su mayor parte, la obra antes de alcanzar la madurez. El cultivo de la ciencia, la literatura o el arte, suele ser, en tierra de América, flor de la mocedad, muerta apenas la Naturaleza comenzaba a preparar la transición del fruto. Esta temprana pérdida, cuando la superior perseverancia de la voluntad no se encrespa para impedirla, es la imposición del hado social, que prevalece sobre la espontánea energía de las almas no bien se ha agotado en ellas el dinamismo de la juventud: ese impulso de inercia de la fuerza adquirida cuando somos lanzados de lo alto a la escena del mundo. Muere el obrero noble que había en el alma, y la muerte viene para él, como en la antigua copla, *escondida*:

*Ven, muerte, tan escondida...*

Se extenúa o se paraliza la aptitud, a imitación de esas corrientes perezosas que, faltas de empuje y de pendiente, quedan poco a poco embebidas en las arenas del desierto, o se duermen, sin llegar a la mar, en mansos estanques. El bosquejo como forma definitiva, la promesa como término de gloria: tales han sido hasta hoy, en pensamiento y arte, las originalidades autóctonas de América.

. . . . . .

Aún hay, más tristes que las que hiela lo ingrato del ambiente en connivencia con lo flaco de la voluntad, otras esperanzas perdidas. Pero sobre éstas no cabe sino piedad y silencio. Son aquellas ¡ay! que excitan en

el alma los sentimientos más graves y angustiosos que puedan conmoverla, en cuanto a la realidad del orden del mundo y de la justicia que cabe en las leyes que lo rigen. Los destinos segados por temprana muerte, esa en que el poeta antiguo vio una prenda de amor de los dioses, son el agravio que nunca olvida la esperanza. Para estos destinos, existe una personificación (ya aletea acaso en tu recuerdo) quizás más típica que cualquier otra: por la inmensidad de los secretos de belleza que se llevó a las sombras de lo desconocido, y por el modo como inmortalizó, expresándola, la conciencia de su propio infortunio: la personificación de Andrés Chénier, arrastrado a la muerte cuando el albor de su genio; arrastrado a la muerte en el carro de la ignominia, donde, golpeando su frente, afirmó que *algo había* tras ella, mientras quedaban, de su cosecha en la viña antigua, unas pocas ánforas llenas, que la posteridad desenterró cuando la calma volvió al mundo: así un resto de vino añejado en cántaros de Formio, que los nietos del viñador encontraran, removiendo la tierra, después del paso de los bárbaros.

## LXXVIII

### Ayax

...Florecía el jacinto en los prados de Laconia y a márgenes del Tíber, y había una especie de él cuya flor tenía estampados, sobre cada uno de los pétalos, dos signos de color obscuro. El uno imitaba el dibujo de una *alpha;* el otro el de una *i* griega. La imaginación antigua se apropió de esto como de toda singularidad y capricho de las cosas. En la égloga tercera de Virgilio, Menalcas propone, por enigma, a Palemón, cuál es la flor que lleva escrito un nombre augusto. Alude a que con las dos letras del jacinto da comienzo el nombre de Ayax, el héroe homérico que, envuelto por la niebla en densas sombras, pide a los dioses luz, sólo luz, para luchar, aun cuando sea contra ellos.

En tiempos en que Roma congregaba todas las filosofías, vivió en ella Lupercio, geómetra y filósofo. De un amor juvenil tuvo Lupercio una hija a quien dio el nombre de Urania y educó en la afición de la sabiduría. Imaginemos a Hipatia en un albor de adolescencia: candorosa alma de invernáculo sobre la cual los ojos habían reflejado tan intensamente la luz que parte de las Ideas increadas y baña la tersa faz de los papiros, como poco y en reducido espacio la luz real que el sol derrama sobre la palpitación de la Naturaleza. Nada sabía del campo. Cierto día, una ráfaga que vino de lo espontáneo y misterioso de los sentimientos, llamóla a conocer la

agreste extensión. Dejó su encierro. Desentumida el alma por el contento de la fuga, vio extenderse ante sí, bajo, la frescura matinal, el Agro romano. La tierra sonreía, toda llena de flores. Junto a una pared en ruina el manso viento mecía unas de color azul, que fueron gratas a Urania. Eran seis, dispuestas en espiga a la extremidad de esbelto bohordo, cuya graciosa cimbra arrancaba de entre hojas comparables a unos glaucos puñales. Urania se inclinó sobre las flores de jacinto; y más que con la suavidad de su fragancia, se embelesó con aquellas dos letras, que provocaron en su espíritu la ilusión de una Naturaleza sellada por los signos de la inteligencia. Aún fue mayor su hechizo al columbrar que, como impresión de la Idea soberana, era el nombre de Ayax el que estaba así desparramado sobre lo más limpio y primoroso de la corteza del mundo; segura prenda —pensó— de que, por encima de los dioses, resplandece la luz que Ayax pidió para vencerlos... Pero las flores no tenían sino dos letras de aquel nombre, y en Urania dominaba un concepto sobrado ideal del orden infinito para creer que, una vez el nombre comenzado por mano de la Naturaleza, hubiera podido quedar, como en aquellas flores, inconcluso. Ocurrió en vano a nuevos bohordos de jacinto. Quizá las letras que faltaban se hallarían sobre las hojas de otras flores. Grande era lo visible del campo, y en toda su extensión variadas flores lo esmaltaban. Buscando las letras terminales aventuróse Urania campo adentro. Miró en las margaritas, mártires diezmadas por la rueda y el casco; en las rojinegras amapolas; en los narcisos, que guardan oro entre la nieve; en los pálidos lirios; en las violetas, amigas de la esquividad; llegó a la orilla de una charca donde frescos nenúfares mentían imágenes del sueño de la onda dormida. Todo en vano... Tanto se había obstinado en la búsqueda que ya se aproximaba la noche. Contó su cuita a un boyero que recogía su hato, y él se rió de su candor. Cansada, y triste con la decepción que desvanecía su sueño de una Naturaleza sellada por las cifras de las ideas, volvió el paso a la ciudad, que extendía, frente adonde se había abismado el sol, su sombra enorme.

Este fue el día de campo de Urania. En presencia de los destinos incompletos; de la risueña vida cortada en sus albores; del bien que promete y no madura, ¡quién no ha experimentado alguna vez el sentimiento con que se preguntaba Urania cómo la Naturaleza pudo no completar en ninguna parte el nombre de Ayax habiendo impreso las dos primeras letras en la corola del jacinto!...

. . . . . .

## LXXIX

La aptitud, en lo que tiene de virtual y primitivo, es secreto de la Naturaleza. El arte de la educación que obre sin conocimiento de este límite, llegará fatalmente a la conclusión de Bernardo el Trevisano, cuando, después de consumir su existencia en los misterios de la crisopeya, afirmó, con desengaño, ante la vanidad de sus ennegrecidas retortas: *Para hacer oro, es necesario oro*... Pero el precioso metal no está siempre en el haz de la tierra, ni en las arenas que dejan en sus márgenes las corrientes auríferas, sino, a menudo, retraído de la vista humana, en hondos veneros, en cuevas recónditas y obscuras, donde es menester ir a buscarlo. Ni menos está siempre, en su natural condición, limpio y luciente, sino las más veces impuro, mezclado con la escoria, que lo confunde dentro de su grosera apariencia, antes de que el fuego le hinque la garra y quede apto para que lo consagre el cincel del artífice.

La vocación es el sentimiento íntimo de una aptitud; la vocación es el aviso por que la aptitud se reconoce a sí propia y busca instintivamente sus medios de desenvolvimiento. Pero no siempre vocación y aptitud van de la mano. En aquellas mismas ocasiones en que las enlaza un solo objeto, no siempre guardan justa correspondencia y proporción. Y si no cabe producir artificiosamente la aptitud superior allí donde por naturaleza no existe, cabe despertarla cuando ella no es consciente de sí; cabe formarla donde permanece incierta y desorganizada; cabe robustecerla, mediante la doctrina, la educación y la costumbre; cabe dotarla de la energía de voluntad con que venza los obstáculos del mundo; cabe sustituirla, si acaso pierde su virtud, removiendo el fondo obscuro del alma, donde duermen tal vez disposiciones y gérmenes latentes; cabe dilatarla, por este mismo hallazgo de nuevas aptitudes, aun cuando la primera persista y prevalezca entre las otras; cabe, en fin, suscitar amor por ella, cuando en el alma donde habita la esterilicen indiferencia o desvío, y disuadir el amor vano, y desarraigar la falsa vocación, allí donde la aptitud no sea más que sombra ilusoria.

. . . . . .

## LXXX

Reformarse es vivir. Aun fuera de los casos en que es menester levantar del fondo de uno mismo la personalidad verdadera, falseada por sortilegios del mundo; y aun fuera de aquellos otros en que un hado incon-

jurable se opone al paso de la vocación que se seguía, del propósito en que se hallaba norma, la tendencia a modificarse y renovarse es natural virtualidad del alma que realmente *vive;* y esta virtualidad se manifiesta así en el pensamiento como en la acción.

Cuanto más emancipado y fuerte un espíritu, cuanto más señor y dueño de sí, tanto más capaz de adaptar, por su libre iniciativa o por participación consciente en la obra de la necesidad, la dirección de sus ideas y sus actos, según los cambios de tiempo, de lugar, de condiciones circunstantes; según su propio desenvolvimiento interior y el resultado de su deliberación y su experiencia. Y cuanto más pujante y fervorosa la vida, tanto más intenso el anhelo de renovarla y ensancharla. Sólo con la regresión y el empobrecimiento vital empiezan la desconfianza de lo nuevo y el temor a romper la autoridad de la costumbre. Quien en su existencia no se siente estimulado a avanzar, quien no avanza, retrocede. No hay estación posible en la corriente cuyo curso debemos remontar, dominando las rápidas ondas: o el impulso propio nos saca adelante, o la corriente nos lleva hacia atrás. El batelero de Virgilio es cada uno de nosotros; las aguas sobre que boga son las fuerzas que gobiernan el mundo.

Pero esta renovación continua precisa armonizarse, como todo movimiento que haya de tener finalidad y eficacia, con el principio soberano del orden; nuestro deseo de cambio y novedad ha de someterse, como todo deseo que no concluya en fuego fatuo, a la razón, que lo defina y oriente, y a la energía voluntaria, que lo guíe a su adecuada realización. No siempre una inaplacable inquietud, como signo revelador de un carácter, es manifestación de exuberancia y de fuerza. La disconformidad respecto de las condiciones de lo actual, la aspiración a cosa nueva o mejor, cuando no estén determinados racionalmente y no se traduzcan en acción resuelta y constante, serán fiebre que devora y no calor que infunde vida: el desasosiego estéril es, tanto como la quietud soporosa, una dolencia de la voluntad.

Repara, pues, en que hay dos modos contrarios de ceder a la indefinida sustitución de los deseos. Es el uno propio de espíritus hastiados antes del goce, fatigados antes de la acción; incapaces de hallar su ambiente en ninguna forma de la actividad y ningún empleo de la vida, porque a ninguno han de aplicarse con sinceridad y aliento; espíritus que son como vanas y volanderas semillas, que, a la merced del aire, caen cien veces en la tierra y otras tantas veces se levantan, hasta trocarse, disueltas, en polvo del camino. En ellos, la ansiedad perpetua del cambio no es más que la señal de un mal interior. Se trata entonces de la desazón del calenturiento, de la incapacidad del enervado, de la imperseverancia del que se agita y consume entre las representaciones contradictorias de la duda. Pero hay también

el anhelo de renovación que es signo de vida, de salud; impulso de adelanto, sostenido por la constancia de la acción enérgica, rítmica y fecunda, que, por lo mismo que triunfa y se realza al fin de cada aplicación parcial, no se satisface ni apacigua con ella; antes la mira sólo como un peldaño que ha de dejar atrás en su ascensión, y mide la grandeza del triunfo, no tanto por la magnitud del bien que él le franquea, cuanto por la proporción que le ofrece de aspirar a mayor bien.

Si comparas la angustiada inquietud de los primeros con la agitación del enfermo que busca ansiosamente una postura que alivie su dolor, y no la encuentra a pesar de sus esfuerzos desesperados y tenaces, reconocerás la imagen del alma a quien la virtud de su firme voluntad renueva, en el viajero que sube una pendiente, un fresco día de Otoño; por acicate, la brisa tónica y fragante; y que cada vez que pone el pie en el suelo, con el sentimiento de placer que nace del libre despliegue de nuestras energías, de la elasticidad de los músculos vigorosos y del ímpetu de la sangre encendida en las puras ondas del aire, experimenta el redoblado deseo de subir, de subir más, hasta enseñorearse de la cumbre que levanta, allá lejos, su frente luminosa.

Detestan enfermo y viajero la quietud; sienten ambos la necesidad de modificar, a cada instante, la posición de su cuerpo; de sustituir cada uno de sus movimientos por otro; pero mientras los del enfermo se suceden desordenados, inconexos, y disipan su fuerza en fatiga dolorosa e inútil, ordenados y fáciles los del viajero, son la expresión de una energía que sostiene su actividad sin atormentarse y contenta al deseo sin extinguirlo.

## LXXXI

Frecuente es en el vulgo de los caracteres esa misma condición del cambio desconcertado y baldío, que diferenciamos de la plasticidad del carácter superior; pero no manifestándose ya con angustia y pena y por enfermedad del ánimo, como en el caso del febricitante, sino de modo fácil y espontáneo y por natural deficiencia de personalidad. Si distinta del movimiento que lleva adelante a quien lo ejecuta es la agitación que engendra en el alma enferma la fiebre, no lo son menos la inconstancia e instabilidad de aquel que, no teniendo constituido un carácter propio, se refunde, dócil y variabilísimamente, en deseos, propósitos y gustos, al tenor de las sugestiones de cada tiempo y lugar, sin saber oponerles fuerza alguna de resistencia ni reacción. El carácter así indeterminado y flotante recorre con cele-

ridad pasmosa todo el círculo de la vida moral; pasa por sobre términos de transición que a los demás exigirían laborioso esfuerzo; responde indistintamente a los más varios motivos; pero esta disposición para el cambio instantáneo, sin afán y sin lucha, lejos de ser favorable, es esencialmente opuesta a la aptitud de las modificaciones medidas y orientadas, en que consiste la superioridad del carácter capaz de orgánico desenvolvimiento. Ni la iniciativa propia, ni la moción y ejemplo de otros, tendrán poder de suscitar en el alma privada de cierta energía retentiva de su sér personal, una dirección de conducta que no esté expuesta a fracasar y ser sustituida, sin razón ni ventaja, con el más mínimo trueque de influencias. El cambio consciente y ordenado implica, pues, fuerza y constancia de personalidad, con que ésta se habilite para esculpirse y retocarse a sí misma. Las construcciones de la educación han menester de un firme cimiento personal, sin cuyo apoyo equivaldrán a edificar sobre las olas. Echar las bases de una personalidad, si ella no está aún firmemente instituida, es paso previo a la obra de removerla y reformarla.

## LXXXII

El más alto, perfecto y típico ejemplar de vida progresiva, gobernada por un principio de constante renovación y de aprendizaje infatigable, que nos ofrezca, en lo moderno, la historia natural de los espíritus, es, sin duda, el de Goethe. Ninguna alma más cambiante que aquélla, vasta como el mar y como él libérrima e incoercible; ninguna más rica en formas múltiples; pero esta perpetua inquietud y diversidad, lejos de ser movimiento vano, dispersión estéril, son el hercúleo trabajo de engrandecimiento y perfección, de una naturaleza dotada, en mayor grado que otra alguna, de la aptitud del cultivo propio; son obra viva en la empresa de erigir lo que él llamaba, con majestuosa imagen, *la pirámide de su existencia.*

Retocar los lineamientos de su personalidad, a la manera del descontentadizo pintor que nunca logra estar en paz con su tela; ganar, a cada paso del tiempo, en extensión, en intensidad, en fuerza, en armonía; y para esto, vencer cotidianamente un límite más: verificar una nueva aleccionadora experiencia; participar, ya por directa impresión, ya por simpatía humana, de un sentimiento ignorado; penetrar una idea desconocida o enigmática, comprender un carácter divergente del propio: tal es la norma de esta vida, que sube, en espiral gigantesca, hasta circunscribir el más amplio y espléndido horizonte que hayan dominado jamás ojos humanos. Por eso, tanto como la inacción que paraliza y enerva, odia la monotonía, la

uniformidad, la repetición de sí mismo, que son el modo como la inercia se disfraza de acción. Para su grande espíritu es alto dón del hombre la inconsecuencia, porque habla de la inconsecuencia del que se mejora; y no importan las contradicciones flaqueza, si son las contradicciones del que se depura y rectifica.

Todo en él contribuye a un proceso de renovación incesante: inteligencia, sentimiento, voluntad. Su afán infinito de saber, difundido por cuanto abarcan la naturaleza y el espíritu, aporta sin descanso nuevos combustibles a la hoguera devoradora de su pensamiento; y cada forma de arte, cada manera de ciencia, en que pone la mano, le brindan, como en arras de sus amores, una original hermosura, una insospechada verdad. Incapaz de contenerse en los límites de un sistema o una escuela; reacio a toda disciplina que trabe el arranque espontáneo y sincero de su reflexión, su filosofía es, con la luz de cada aurora, cosa nueva, porque nace, no de un formalismo lógico, sino del vivo y fundente seno de un alma. Cuanto trae hasta él al través del espacio y el tiempo, el eco de una grande aspiración humana, un credo de fe, un sueño de heroísmo o de belleza, es imán de su interés y simpatía. Y a este carácter dinámico de su pensamiento, corresponde idéntico atributo en su sensibilidad. Se lanza, ávido de combates y deleites, a la realidad del mundo; quiere apurar la experiencia de su corazón hasta agotar la copa de la vida; perennemente ama, perennemente anhela; pero cuida de remover sus deseos y pasiones de modo que no le posean sino hasta el instante en que pueden cooperar a la obra de su perfeccionamiento. No fue más siervo de un afecto inmutable que de una idea exclusiva. Agotada en su alma la fuerza vivificadora, o la balsámica virtud, de una pasión; reducida ésta a impulso de inercia o a dejo ingrato y malsano, se apresura a reivindicar su libertad; y perpetuando en forma de arte el recuerdo de lo que sintió, acude, por espontáneo arranque de la vida, al reclamo del amor nuevo. Sobre toda esta efervescencia de su mundo interior, se cierne, siempre emancipada y potente, la fuerza indomable de su voluntad. Se dilata y renueva y reproduce en la acción, no menos que en las ideas y en los afectos. Su esperanza es como el natural resplandor de su energía. Nunca el amargo sabor de la derrota es para él sino el estímulo de nuevas luchas; ni la salud perdida, la dicha malograda, la gloria que palidece y flaquea, se resisten largamente a las reacciones de su voluntad heroica. Tomado a brazo partido con el tiempo para forzarle a dar capacidad a cuantos propósitos acumula y concierta, multiplica los años con el coeficiente de su actividad sobrehumana. No hay en su vida sol que ilumine la imitación maquinal, el desfallecido reflejo, de lo que alumbraron los otros. Cada día es un renuevo de originalidad para él. Cada

día, distinto; cada día, más amplio; cada día, mejor; cada uno de ellos, consagrado, como un Sísifo de su propia persona, a levantar *otro Goethe* de las profundidades de su alma, nunca cesa de atormentarle el pensamiento de que dejará la concepción de su destino incompleta: ambicionaría mirar por los ojos de todos, reproducir en su interior la infinita complexidad del drama humano, identificarse con cuanto tiene sér, sumergirse en las mismas fuentes de la vida... Llega así al pináculo de su ancianidad gloriosa, aún más capaz y abierta que sus verdes años, y expira pidiendo *más luz,* y este anhelo sublime es como el sello estampado en su existencia y su genio, porque traduce a la vez, el ansia de saber en que perseveró su espíritu insaciable, y la necesidad de expansión que acicateó su vitalidad inmensa...

## LXXXIII

Tal es el anhelo de renovarse cuando lo mueve y orienta un propósito de educación humana y cuando se sanciona y realiza por la eficacia de la acción. Si la finalidad, y el orden que la finalidad impone, faltan; si la realización activa falta también, quédase aquel deseo en el prurito de transformación intelectual característico del *dilettante.* El *dilettantismo* no es sino el anhelo indefinido de renovación, privado de una idea que lo encauce y gobierne, y defraudado por la parálisis de la voluntad, que lo retiene en los límites de la actitud contemplativa.

De lo que el impulso de renovación encierra virtualmente de fecundo y hermoso, nacen todas las superioridades y prestigios que en el espíritu del *dilettante* concurren y que le redimen, para la contemplación y la crítica, de aquello que su filosofía entraña de funesto si se la toma como concepción de la vida y escuela de entendimiento práctico. El dón de universal simpatía; el interés por toda cosa que vive, en la realidad o en pensamiento de hombre; la *curiosidad* solícita; la comprensión penetrante y vivaz; la nostalgia de cuanto aún permanece ignorado; la aversión por las eliminaciones y proscripciones absolutas: tales son los puntos de contacto entre el *dilettante* y el temperamento de veras amplio y perfectible. Y por esta su parte de virtudes, el *dilettantismo* nos representa hoy en lo mejor que de característico nos queda, y es, en algún modo, la forma natural de los espíritus contemporáneos, como fueron la intolerancia y la pasión la forma natural de los espíritus en las épocas enterizas y heroicas.

El fondo múltiple, que es propio de la humana naturaleza, lo es en nuestro tiempo con más intensidad que nunca. De las vertientes del pasado

vienen, más que en ninguna ocasión vinieron, distintas corrientes sobre nosotros, posteridad de abuelos enemigos que no han cesado de darse guerra en nuestra sangre; almas de esparcidísimos orígenes, en las que se congrega el genio de muchos pueblos, el jugo de muchas tierras, la pertinaz esencia de diferentes civilizaciones. Y aun más compleja y contradictoria que la personalidad que recibimos en esbozo de la naturaleza, es, en nosotros, la parte de personalidad adquirida: aquella que se agrega a la otra, y la complementa e integra, por la acción del medio en que la vida pasa. Cada una de esas grandes fuerzas de sugestión, de esas grandes asociaciones de ejemplos, de sentimientos, de ideas, en que se reparte la total influencia del ambiente donde están sumergidas nuestras almas: la sociedad con que vivimos inmediatamente en relación, los libros que remueven el curso de nuestro pensamiento, la profesión en que se encauza nuestra actividad, la comunión de ideas bajo cuyas banderas militamos; cada una de estas sugestiones, es una energía que a menudo obra divergentemente de las otras. Este inmenso organismo moral que del mundo, para nuestros abuelos dividido en almas nacionales, como en islas el archipiélago, han hecho la comunicación constante y fácil, el intercambio de ideas, la tolerancia religiosa, la curiosidad cosmopolita, el hilo del telégrafo, la nave de vapor, nos envuelve en una red de solicitaciones continuas y cambiantes. Del tiempo muerto, de la humanidad que ya no es, no sólo vienen a nosotros muchas y muy diversas influencias por la complexidad de nuestro origen étnico, sino que el número e intensidad de estas influencias se multiplican a favor de ese maravilloso sentido de simpatía histórica, de esa segunda vista del pasado, que ha sido, en los últimos cien años, uno de los más interesantes caracteres, y una iluminación cuasi profética, de la actividad espiritual. Ninguna edad como la nuestra ha comprendido el alma de las civilizaciones que pasaron y la ha evocado a nueva vida, valiéndose de la taumaturgia de la imaginación y el sentimiento; y por este medio también, el pasado es para nosotros un magnetizador capaz de imponernos sugestiones hondas y tenaces, no limitadas ya, como cuando el entusiasmo histórico del Renacimiento, al legado y el genio de una sola civilización, sino procedentes de donde quiera que la humanidad ha perseguido un objetivo ideal y volcado en troquel nuevo y enérgico su espíritu. La anulación de las diferencias sociales suscita, para las aspiraciones de cada uno, vías divergentes y contrapuestos *llamados* que se lo disputan, en vez del camino raso e invariable prescripto antes por la fatalidad de la condición social y del ejemplo paterno. Tan poderosos motivos de diversidad y competencia interior, entrecruzándose, multiplicándose en virtud de la imitación recíproca, que adquiere eficacísimo instrumento con la prodigiosa difusión del pensamiento escrito, o si decimos mejor: del *alma escrita* (porque lo que se transmite en las letras es también, y con

superior dominio, sensibilidad y voluntad): tan poderosos motivos, hacen de nuestro desenvolvimiento personal una perenne elección entre propuestas infinitas. Alma musical es la nuestra; alma forjada como de la substancia de la música; vaga, cambiante e incoercible; y a ello se debe que esa arte sin vestidura carnal sea la que, mejor que otra alguna, nos resume y expresa; al modo como la firme precisión y la olímpica serenidad de la estatua son la imagen fiel de la actitud de permanencia y sosiego con que nos figuramos, por su menor o menos inarmónica complejidad, el alma de las razas antiguas.

## LXXXIV

Hay, pues, en el *dilettantismo* un fondo que concuerda con la virtualidad más espontánea y noble del espíritu de nuestra civilización. Pero el *diliettante,* que tiene infinitamente activas la inteligencia, la sensibilidad artística y la fantasía, tiene inactiva y yerta la voluntad; y éste es el abismo que lo separa de aquel superior linaje de temperamentos, que hemos personificado en la grande alma de Goethe. La incapacidad de querer del *dilettante,* su radical ineptitud para la obra de formar y dirigir la personalidad propia, reducen el movimiento interior de su conciencia a un espectáculo en que ella se ofrece a sí misma como inagotable panorama. Bástale con la renovación y la movilidad que tienen su término en las representaciones de la fantasía, bástale con la sombra y la apariencia. Así, todo es digno de contemplación para él; nada lo es de anhelo real, de voluntad afirmativa; todo merece el esfuerzo de la mente puesta a comprender o imaginar; nada el esfuerzo de la voluntad aplicada a obra viva y concreta. No cuida el *dilettante* del desenvolvimiento de su personalidad, porque ha renunciado a ella de antemano: desmenuza y dispersa su *yo* en el ámbito del mundo; se impersonaliza; y gusta la voluptuosidad que procede de esta liberación respecto de su sér individual; liberación por cuya virtud llega a hacer del propio espíritu una potencia ilimitada, capaz de modelarse transitoriamente según toda personalidad y toda forma. No aspira su razón a una certidumbre, porque aun cuando reconociera medio de hallarla, se atendría al desfile pintoresco de las conjeturas posibles. No acata un imperativo su conciencia, porque es el instinto del buen gusto la sola brújula de su nave indolente.

En el espíritu activo al par que amplio y educable, el movimiento de renovación es, por lo contrario, obra real y fecunda, limitada y regida mediante las reacciones de una voluntad que lleva por norma la integración de un carácter personal. Mientras, en el *dilettante,* las impresiones, los sen-

timientos, las doctrinas, a que, con indistinto amor, franquea su conciencia, se suceden en vagabundo capricho, y pasan como las ondas sobre el agua, aquel que se renueva de verdad *escoge y recoge,* en la extensión por donde activamente se difunde: *cosecha,* para el fondo real de su carácter, para el acervo de sus ideas; relaciona lo que disperso halló, triunfa de disonancias y contradicciones transitorias, y ordena, dentro de la unidad de su alma, como por círculos concéntricos, sus adquisiciones sucesivas, engrandeciendo de esta suerte el campo de su personalidad, cuyo centro: la voluntad que mantiene viva la acción y la dirige, persiste y queda siempre en su punto, como uno permanece el común centro de los círculos, aun cuando se les reproduzca y dilate infinitamante. En tanto que, en la contemplación inmóvil de sus sueños, se anula Hamlet para la realidad de la vida, el alma de Fausto, como el espíritu que su magia evoca, *en la tempestad de la acción se renueva; es un torbellino; sube y baja.* No envenena y marchita el alma de este temple las raíces de la voluntad con los sofismas del renunciamiento perezoso: no teme conocer la realidad de lo soñado, ni probar la pena del esfuerzo, ni adelanta y da por cierta la saciedad; sino que, mientras permanece en el mundo, aspira y lucha; y de las sugestiones del desencanto y el hastío, adquiere luz con que emprender nuevos combates. Realiza la concordia y armonía entre el pensamiento y la acción, sin que la amplitud generosa del uno dañe a la seguridad y eficacia de la otra, ni el fervor de la energía voluntaria se oponga a la expansión anhelante del espíritu. Y realiza también la conciliación de las mudanzas y sustituciones propias del que se mejora, con la persistencia de la integridad individual. Lejos de descaracterizarse en el continuo cambio de las influencias, no amengua, sino que acrece, su originalidad cada día, porque cada día es en mayor proporción artífice y maestro de sí mismo. No degenera su poder de simpatía en negación de su persona; no se desvanece y absorbe en cada objeto, para despertar de este como sueño, en que el *dilettante* se complace, reducido a una pura virtualidad, devuelto a una fluidez indiferente e informe, apto sólo para otras personificaciones ficticias y otros sueños; sino que se sumerge en el nuevo objeto de amor para resurgir de él transfigurado, dilatado, dueño de nuevos aspectos y potencias, y con todo, más personal y más constante que nunca, como quien saliera de un mirífico baño de energía, inteligencia y juventud.

Remedo es el *dilettantismo,* y desorden; orden y realidad, la vida activa y perfectible. Así como antes discernimos la positiva renovación de la personalidad, del equilibrio instable en que vive aquel que de personalidad carece, y de la inquietud angustiada y estéril del calenturiento, sepamos discernirla también de la vana y tentadora ilusión del *dilettante.*

## LXXXV

Aún hay otro falso modo de flexibilidad de espíritu, que importa separar de aquella que de veras renueva y enriquece los elementos de la vida moral; y es el que consiste en la aptitud del cambio activo, pero puramente exterior y habilidoso; ordenado a cierto designio y finalidad, pero no a los de una superior cultura de uno mismo; suficiente para recorrer, en movimiento serpeante, las condiciones y los círculos más opuestos, ganando en destreza y ciencia práctica, pero no en la ciencia austera del perfeccionamiento interior, ni con moción honda de la personalidad; aptitud histriónica, que ninguna relación íntima tiene con la noble y rara facultad en que se funda el carácter altamente educable; aunque no pocas veces logre la una ennoblecer su calidad, ante los ojos del mundo, con el simulacro y prestigio de la otra.

El talento de acción, rico en diversidad de formas y matices; la inteligencia rápida y aguda; la intuición infalible de las conveniencias de cada papel; el hechizo de una superficial virtud de simpatía; la plasticidad, como de cera, de los distintos medios de expresión, en semblante, modos y palabra: tales son los elementos con que se compone este tipo acomodaticio y flexible, leve y sinuoso, capaz de amoldarse a toda situación, de identificarse con toda sociedad, de improvisar o suplir toda costumbre; apto para las transiciones más variadas y súbitas, no con la obediente pasividad del sugestionado y el *amorfo,* sino por su libre y sagaz iniciativa; tipo que es al trabajador sincero de la propia personalidad lo que al Hermes helénico, dueño de mil mañas y recaudos, pero en sentido religioso y sublime, su avatar, el Mercurio latinizado, astuto y utilitarista... El legendario abuelo de esta casta de almas es Panurgo; su personificación plebeya y andariega se llama Gil Blas; y Fígaro, si se la enfervoriza con cierta nota de poesía y entusiasmo.

Pero en la realidad de la historia, y levantándose a mucha más alta esfera de selección y de elegancia, tiene un nombre inmortal: el nombre de Alcibíades.

La gracia del *proteísmo* simulado y hábil fue, en este griego, como una alegre invención de la Naturaleza. Nadie más olímpicamente inmutable en su realidad de vivo mármol jovial. Nadie de alma más ajena a esos impulsos de rectificación y reforma de uno mismo, que nacen de la sinceridad del pensamiento y de la comunicación de simpatía con los sentimientos de los otros. Nadie, en lo esencial, más impenetrable a toda influencia desvinculada de aquel ambiente que era como una dilatación de su espíritu: el ambiente de Atenas. Pero Alcibíades, uno en el fondo de su natural ligero

y elegante, es legión en la apariencia artificiosa y el remedo feliz. Se despoja a voluntad de todo aquello que lo transparenta y acusa; y allí donde está toma al punto la máscara típica de la raza, o de la escuela, o del gremio; de suerte que logra ser hombre representativo entre todos; y si, en Esparta, no hay quien le aventaje en el vivir austero y el temple militar, nadie le supera, en la Tracia, como bebedor y jinete; ni, en las satrapías asiáticas, por el esplendor y pompa de la vida. Si se le observa en el estrado de Aspasia, es el libertino de Atenas; si cuando asiste a las lecciones de Sócrates: es el dialoguista de *El Convite;* si en Potidea y en Delium: es el hoplita heroico; si en el estadio de Olimpia: es el atleta vencedor. Toma cien formas, usa cien antifaces, arregla de cien modos distintos su aspecto y sus acciones; pero nada de esto alcanza a lo íntimo, al corazón, a la conciencia; en nada se ha modificado al través de tantos cambios lo que hay de real y vivo en su personalidad. El es siempre Alcibíades, cómico en la escena del mundo, Proteo de parodia, cifra de esa condición sinuosa y falaz del genio griego, que personifica, en la epopeya, Ulises, y por la cual Taine reconoce a este divino tramposo de la edad heroica en el argumentar de los sofistas y en las artes del *greculus* refinado y artero, parásito de las casas romanas.

. . . . . .

## LXXXVI

La práctica de la idea de nuestra renovación tiene un precepto máximo: el viajar. Reformarse es vivir. Viajar es reformarse.

Contra las tendencias primitivas e inferiores de la imitación, que consisten en la obediencia maquinal al ejemplo de lo aproximado y semejante a la naturaleza del imitador, de donde toma su primer impulso esa otra imitación de uno mismo que llamamos *hábito,* no hay energía tan eficaz como la imitación que obra en sentido nuevo y divergente de la herencia, de la costumbre y de la autoridad del temor o el afecto. Fuerza servil si se la compara con la invención y con la soberana espontaneidad de la conciencia, que son superioridades a las que no se llega de inmediato desde la imitación rutinaria, y que no cabe extender nunca a todos los pensamientos y actos de la vida, la sugestión de lo ajeno y apartado es fuerza liberadora en cuanto nos realza sobre la estrecha sociabilidad que circunscriben la familia y la patria; y además, comienza a hacer flexible y ágil el espíritu y ejercita los bríos de la voluntad, para acercarnos a esa completa emancipación

del sér propio, que constituye el término ideal de una existencia progresivamente llevada.

Hay en la personalidad de cada uno de nosotros una parte difusa, que radica en las cosas que ordinariamente nos rodean: en las cosas que forman como el molde a que, desde el nacer, nos adaptamos. Trocar por otro este complemento, mudando el lugar en que se vive, es propender a modificar, en mayor o menor grado, por una relación necesaria, lo esencial y característico de la personalidad. Toda la muchedumbre de imágenes que se ordenan y sintetizan en la grande imagen de la patria: el cielo, el aire, la luz; los tintes y formas de la tierra; las líneas de los edificios; los ruidos del campo o de la calle; la fisonomía de las personas; el són de las voces conocidas: todo ese armónico conjunto, no está fuera de ti, sino que hace parte de ti mismo, y te imprime su sello, y se refleja en cada uno de tus actos y palabras: es, cuando más objetivamente se lo considere, una aureola o penumbra de tu *yo*. Y de esas cosas familiares que el sentir material te pone delante a toda hora, válense el hábito, la tradición, el alma anónima que brota del concierto de una sociedad humana, para uncirte a ciertas maneras de pensar, a ciertas automáticas uniformidades, a ciertas idolatrías, a ciertas obsesiones. Alejadas de tus sentidos aquellas cosas materiales, las fuerzas cautivadoras que se valen de ellas pierden gran parte de su influjo; y aunque persistan los lazos que responden a inclinaciones perdurables y sagradas de la naturaleza, aquellos otros, más endebles, que sólo nacen de hosquedad, preocupación o prejuicio, se rompen y desvanecen, a modo de los hilos de una vasta telaraña, dentro de la cual permanecía impedida, como la mosca prisionera, tu libertad de juzgar y de hacer. La expatriación de los viajes es, por eso, antídoto supremo del pensamiento rutinario, de la pasión fanática, y de toda suerte de rigidez y obcecación. Y aún puede más; y a menudo ejerce, para vencer mayores extravíos morales, si ellos arraigan en la ocasión constante y la costumbre, una inmediata virtud regeneradora; como, en el orden físico, alcanza a contener en su desenvolvimiento males inveterados, que se afirmarían para siempre sin un cambio en el método de vida y en las influencias circunstantes. El prófugo que deja atrás el teatro de su tentación y de su oprobio, presencia el espectáculo del trabajo remunerador, toma la esteva del arado, y es el colono que exprime en paz el suelo fecundo. Un ambiente impregnado de sensualidad prepara, ya desde las entrañas de la madre, el alma de la cortesana; la permanencia en él la lleva a su fatal florecimiento; la novedad del desierto la redime: tal es la historia de Manon.

En lo que siente quien de luengas tierras vuelve a la propia, suele mezclarse a la impresión de desconocimiento de las cosas con que fue íntimo y que ve de otra manera que antes, cierto desconocimiento de su misma

personalidad del pasado, que allí, en el mundo donde la formó, resurge en su memoria y se proyecta ante sus ojos, como si fuese la figura de un extraño. Aquel cuento de los tratados de San Ambrosio, del amante que, para dar al olvido su pasión, busca la ausencia, y peregrina largo tiempo, hasta que, al volver, es requerido por su antigua enamorada, que le dice: *"Reconóceme; soy yo, soy yo misma"*; a lo que arguye él: *"Pero yo ya no soy yo"*, presta vivos colores a una verdad psicológica que aparece más patente hoy que sabemos cuánto hay de relativo y de precario en la unidad de la persona humana; verdad, la de la respuesta, que confirma, entre tantos otros, Sully, en su admirable estudio de las "Ilusiones de la sensación y del espíritu", mostrando cómo un cambio considerable y violento de las circunstancias exteriores, no solamente tiende a determinar modificaciones profundas en nuestros sentimientos e ideas, sino que llega a conmover y escindir, aunque sea sólo parcialmente, la noción de nuestra continuidad personal.

## LXXXVII

Para burlar la sugestión del ambiente en que se vive y reivindicar la libertad interior, apartándose de él, hay dos modos de apartamiento: los viajes y la soledad. En rigor, los dos son necesarios; y una vida bien ordenada a los fines de su renovación perseverante y eficaz, sabrá conceder lugar dentro de sí a períodos de incomunicación respecto de la sociedad que sea habitualmente la suya, distribuyéndolos con sabiduría entre el recurso de la soledad y el de los viajes.

La soledad es escudo diamantino, sueño reparador, bálsamo inefable, en ciertas situaciones de alma y por determinado espacio de tiempo. Pero como medio único y constante de asegurar la plenitud de la personalidad contra las opresiones y falacias del mundo, marra la soledad, porque le faltan: un instrumento eficacísimo con que desenvolver el contenido de nuestra conciencia: la acción, y una preciosa alianza a quien fiar lo que no logre consumar de su obra: la simpatía. Sólo el sacudimiento de la acción es apto para traer a la superficie del alma todo lo que en el fondo de ésta hay posado e inerte; y sólo el estímulo de la simpatía alcanza a corroborar y sostener nuestra reacción espontánea hasta el punto que se requiere para emanciparse firmemente de los vínculos de la preocupación y la costumbre. La soledad continua ampara y fomenta conceptos engañosos, no sólo en cuanto a la realidad exterior, de cuya percepción nos aparta, sino también en cuanto a nosotros mismos, sugiriéndonos quizá, sobre nuestro propio sér

y nuestras fuerzas, figuraciones que, luego, al más leve tropiezo con la realidad, han de trocarse en polvo, porque no se las valoró en las tablas de la comparación con los demás, ni se las puso a prueba en las piedras de toque de la tentación y de la lucha.

## EL MONJE TEOTIMO

Acaso nunca ha habido anacoreta que viviese en tan desapacible retiro como Teótimo, monje penitente, en alturas más propias que de penitentes, de águilas. Tras de placer y gloria, gustó lo amargo del mundo; debió su conversión al dolor; buscó un refugio, bien alto, sobre la vana agitación de los hombres; y le eligió donde la montaña era más dura, donde la roca era más árida, donde la soledad era más triste. Cumbres escuetas, de un ferruginoso color, cerraban en reducido espacio el horizonte. El suelo era como gigantesca espalda desnuda: ni árboles, ni aun rastreras matas, en él. A largos trechos, se abría en un resalte de la roca una concavidad que semejaba negra herida, y en una de ellas halló Teótimo su amparo. Todo era inmóvil y muerto en la extensión visible, a no ser un torrente que precipitaba su escaso raudal por cauce estrecho, fingiendo llantos de la roca, y las águilas que solían cruzarse entre las cimas. En esta espantosa soledad clavó Teótimo su alma, como el jirón de una bandera destrozada en lides del mundo, para que el viento de Dios la limpiase de la sangre y el cieno. Bien pronto, casi sin luchas de tentación y sin nostálgicas memorias, la gracia vino a él, como el sueño al cuerpo vencido del cansancio. Logró la entera sumersión del pecho en el amor de Dios; y al paso que este amor crecía, un sentimiento intenso, lúcido, de la pequeñez humana, se concretaba dentro de él, en este diamante de la gracia: la más rendida y congojosa humildad. De las cien máscaras del pecado tomó en mayor aborrecimiento a la soberbia, que, por ser primera en el tiempo que las otras, antes que máscara del pecado le pareció su semblante natural. Y sobre la roca yerma y desolada, frente al adusto silencio de las cumbres, Teótimo vivió, sin otros pensamientos que el de la única grandeza velada allá[6] tras la celeste bóveda que sólo en reducida parte veía, y el de su propia pequeñez e indignidad.

Pasaron años de esta suerte; largos años durante los cuales la conciencia de Teótimo sólo reflejó de su alma imágenes de abatimiento y penitencia. Si acaso alguna duda de la constancia de su piedad humilde le amar-

6 En la primera edición: "allí".

gaba, ella nacía del extremo de su misma humildad. Fue condición que Teótimo había puesto en su voto, ir, una vez que pasase determinado tiempo de retiro, a visitar la tumba de sus padres, y volver luego, para siempre, al desierto. Cumplido el plazo, tomó el camino del más cercano valle. La montaña perdía, en lo tendido de su falda, parte de su aridez, y algunas matas, rezagadas de vegetación más copiosa, interrumpían lo desnudo del suelo. Teótimo se sentó a descansar junto a una de ellas. ¿Cuántos años hacía que no posaba los ojos en una flor, en una rama, en nada de lo que compone el manto alegre y undoso colgado de los hombros del mundo?... Miró a sus pies, y vio una blanca florecilla que nacía de un tallo acamado sobre el césped; trémula, y como medrosa, con el soplo del aura. Era de una gracia suave, tímida; sin hermosura, sin aroma... Teótimo, que reparó en ella sin quererlo, se puso a contemplarla con tranquilo deleite. Mientras notaba la sencilla armonía de sus hojuelas blancas, el ritmo de sus movimientos, la gracia de su debilidad, una idea súbita nació de la contemplación de Teótimo. ¡También cuidaba el cielo de aquella tierna florecilla; también a ella destinaba un rayo de su amor, de su complacencia en la obra que vio buena!... Y esta idea no era en él grata, afectuosa, dulcemente conmovida, como acaso la tuvimos nosotros. Era amarga, y promovía, dentro de su pecho, como una hesitante rebelión. Sobre la roca yerma y desolada nunca había nublado su humildad el pensamiento que ahora le inquietaba. ¿Todo el amor de Dios no era entonces para el alma del hombre? ¿El mundo no era el yermo sobre el cual, única flor, flor de espinoso cardo, el alma humana se entreabría, sabedora de no merecer la luz del cielo, pero sola en gozar del beneficio de esta luz? Vano fue que luchara por quitar los ojos del alma, de este obstinado pensamiento, porque él volvía a presentársele, cual si lo empujase a la claridad de la conciencia de Teótimo una tenaz persecución. Y tras él, sentía el eremita venir de lo hondo de su sér, un rugido cada vez más cercano..., un rugido cada vez más siniestro..., un rugido cuyo són conocía, y que brotaba de unas fauces que creyó mortalmente secas en su alma. Bastó una débil florecilla para que el monstruo oculto, la soberbia apostada tras la ilusión de la humildad, dejase, con avasallador empuje, su guarida... Bajo la alegre bondad de la mañana, mientras tocaba en su pecho un rayo de sol, Teótimo, torvo y airado, puso el pie sobre la flor indefensa...

## LXXXVIII

La reclusión en el pedazo de tierra donde se ha nacido, es soledad

amplificada, o penumbra de soledad. Todos los engaños que la soledad constante e ininterrumpida cría en la imaginación del solitario, en cuanto al juicio que forma de sí mismo, suelen arraigar también en el espíritu del que no salió nunca de su patria; y cuando ha respirado el aire del extranjero, se disipan: ya se traduzca esto en desmerecimiento o en reintegración; ya sea para palpar la vanidad de la fama que le lisonjeaba entre los suyos; ya, por lo contrario, para saber que ha de estimarse en más y que puede dar de sí más que pensaba: ya como el ermitaño cuya ilusión de santidad se deshizo en presencia de la silvestre florecilla; ya como aquel que, viviendo en retraimiento e inacción, se creyera a sí propio débil y cobarde, hasta que, envuelto inopinadamente en la ocasión del peligro, desplegase un valor que él no sospechaba, y una vez adquirida la conciencia de esta superioridad, obrase en adelante estimulado por ella, subiendo el tono de su altivez y extendiendo el vuelo de sus ambiciones.

## LXXXIX

El viajar dilata nuestra facultad de simpatía, fuerza que obra en la imitación transformante, redimiéndonos de la reclusión y la modorra en los límites de la propia personalidad. Mientras nuestra figuración de los hombres y cosas distintos de los que nos rodean, no se apoya en el conocimiento de una parte de la realidad infinita que hay más allá de nuestro inmediato contorno, nunca tal vez las imágenes que de ellos concibamos tendrán sobre nuestra sensibilidad la fuerza de que son capaces cuando, nutrida y amaestrada la fantasía con las preseas de una varia y extensa visión real, queda luego en aptitud de representarse, con cálida semblanza de vida, otras cosas que no han llegado a ella por intermedio de los ojos.

El primer viaje que haces es una iniciación liberadora de tu fantasía, que rompe la falsa uniformidad de las imágenes que has forjado sólo con elementos de tu realidad circunstante. Tu capacidad para prevenir y figurar desemejanzas en el inagotable contenido de la naturaleza se hace mayor desde el momento en que quebrantas, del modo como sólo es posible mediante el testimonio directo del sentido, la tendencia inconsciente a generalizar todo lo de esa estrecha realidad que te circunda. Por eso, no enseña el viajar únicamente a representarse luego con exactitud las cosas que pasen, en ausencia nuestra, en los países que hemos visto: también aumenta la perspicacia y el brío de la imaginación para suplir al conocimiento real de lo demás que hay en el mundo. Y aun más que en el mundo de nuestro

mismo tiempo: la propia intuición de lo pasado, la concepción viviente y colorida de otras épocas, de otras civilizaciones, ganan en ti desde que viajas una vez, aun cuando sea por pueblos donde no haya huellas ni reliquias de aquel pasado. Lo que importa es que te emancipes, por la eficacia de tu viaje primero, de la torpeza imaginativa a que, más o menos, nos condena siempre la visión de una sola cara de la realidad: la que hallamos, al nacer, delante de los ojos. De esa manera, desentumida y estimulada tu fantasía, será ágil después para transportarse, ya en el espacio, ya en el tiempo, a la visión de cualquiera realidad distinta de la que el sentir material te pone delante.

En la andantesca escuela del mundo, la facultad de concebir imágenes se extiende, se realza, se multiplica; y como la sensibilidad es potencia sometida al influjo de la imaginación, y siente más quien mejor imagina aquello de que siente, cuanto mejor y con más brío imagines la vida de remotos hombres, tanto más apto serás para participar, por simpatía, de sus dolores, de sus regocijos y entusiasmos; y de este modo se ensanchará el horizonte de tu vida moral, como el de tus ojos cuando subes a una montaña; y conocerás, compartiéndolas, emociones diferentes de aquellas que te han herido en carne propia o de los tuyos; de donde nace que para el hombre de imaginación difundida y adiestrada por el mucho ver, haya siempre mayor posibilidad de aflojar los lazos opresores del hábito y de redimir o reformar su personalidad.

## XC

Sagrada es la melancólica voz que, en tu ausencia de la tierra nativa, viene de lo hondo de tu alma a pedirte que tornes a su seno y a despertar el leve enjambre de las dulces memorias. Bella y compasible es la nostalgia. Pero a su idealidad de pena que nace de amor, mézclanse, en realidad, elementos menos nobles y puros; y no siempre es una delicada forma de sentir lo que obra en ella.

¡Cuántas veces lo que tienes por impulso fiel del corazón en tu desvío de las cosas nuevas que ves y de las nuevas gentes que tratas, no es sino la protesta que tu personalidad, subyugada por el hábito, entumecida en la quietud, opone a cuanto importe de algún modo dilatarla y moverla!... Todo lo que nace en ti de limitación, de inactividad, de servidumbre, se disfraza entonces, para tu propia conciencia, con la máscara de aquel amor. Te enoja, inconscientemente, aquello que te pone a la vista tus inferiorida-

des o las de los tuyos; eludes el esfuerzo íntimo que reclama de ti la comprensión de cuanto, en lo humano, te es ajeno; tocas el límite de tu capacidad simpática; resguardas, por instintivo movimiento, los prejuicios con que estás encariñado y las ignorancias lisonjeadoras de tu egoísmo o de tu orgullo; y todo esto se decora y poetiza con la melancolía del recuerdo amante, que es lo más puro y mejor de la nostalgia; aunque en el complexo de ella predominan elementos menos nobles, como son: las resistencias de una personalidad esquiva y huraña; el desequilibrio de su economía a favor de los elementos de conservación y de costumbre; su defecto de aptitud *proteica,* llamando así a la virtud de renovarse y transformarse merced a esa facultad de adaptación que hace del hombre ciudadano del mundo, y que, en su expresión más intensa, engendra otra especie de nostalgia, conocida de las organizaciones bien dotadas de simpatía y amplitud: la nostalgia de las tierras que no se han visto, de los pueblos a que aún no se ha cobrado amor, de las emociones humanas de que nunca se ha participado.

## XCI

Porque los viajes son incentivo de renovación; inquietud y laboriosidad enemigas de toda suerte de herrumbre, orín y moho; fuego y martillo con que se rehacen las ideas y los sentimientos, suelen mirarlos con desvío quienes propenden a asegurar la constancia de la personalidad por las cadenas de una idea votiva, huraña e inmutable. La variedad en el escenario de la vida no se compadece con la mortal permanencia de las cosas de adentro. El viajero de instinto es, en la historia natural de las almas, una especie antagónica de las del asceta y el estoico. Recuerda cómo el estoicismo de Séneca truena en las *Cartas a Lucilio* contra los que piensan, viajando, variar de "alma, como si no viajasen en compañía de ellos mismos"; y recuerda a Kempis cuando enseña que "la imaginación y mundanza de lugar a muchos han dado engaño".

Tal vez el solo espíritu comprensivo y curioso que haya mirado con desvío el placer de viajar es Montaigne; pero en este amable escéptico la vocación sedentaria fue, sin duda, más que rasgo de su naturaleza, persuación de la enfermedad, que le movía a horror por la agitación y afán de los viajes. Entre los inventores, los revolucionarios, los rebeldes, y los aguijoneados por la perspicacia de la duda y la crítica, compusieron siempre mayor número las almas que guardan algo de los nómadas; las almas para quienes el no ver lo lejano es tedio y melancolía de ceguera; para quienes

el cambiar alguna vez de aire y de luz es necesidad vital, cuya insuficiente satisfacción origina una angustia y un padecimiento tan duros de sobrellevar como ese que ha llamado Beaunis, en sus *Sensaciones internas,* "dolor de inacción", si entendemos por tal el que nace de inmovilidad prolongada en una misma actitud, siquiera sea la del mejor dispuesto reposo: género de dolor que vence acaso en extremos de crueldad a las más descompasadas tensiones del movimiento y el esfuerzo.

En esta inclinación ambulativa, a veces tiránica y como proveniente de obsesión, radica esa nota del *vagabondaggio,* que incluyen entre los estigmas congeniales al entendimiento superior los que ven en éste una degeneración de cierta forma; *estigma* casi siempre bienaventurado y fecundo, como cuantos dan lugar a esa asimilación, en que las máculas del empobrecimiento vital participan de nombre con los caracteres de una centuplicada y todopoderosa salud de espíritu; *vagabondaggio* que, en Jordano Bruno, es aquel ir y venir de su batalladora madurez, de ciudad en ciudad, de una a otra escuela famosa, anhelando por la autoridad con quien pelear, por el sofisma y la preocupación que destruir, a modo del lebrel que husmea inquieto el rastro de la pieza; y que, en Byron, es el desasosiego inaplacable, la aspiración nostálgica e inmensa, que, como el Satán de Milton cuando desde las sombras busca la senda de los cielos, le arrebata al través de tierras y de mares, en pos de un sueño de libertad indómita y sublime, de belleza, de verdad, de amor; más allá, más allá siempre, dejando atrás los jardines de la Bética... atrás los mármoles de Italia... atrás el Partenón; más allá siempre, mientras no interpone los brazos la pálida cerradora del camino; traslado fiel de la agitación de las olas, que más de una vez mostraron a sus ojos imágenes que hablaban de su destino y de su alma, saltando a los costados del bajel errabundo de Harold y el Corsario:

*Once more upon the waters! yet once more!...*

## XCII

¡Al norte! ¡al sur! ¡al oriente! ¡al occidente! Son las naves que parten; son las naves de la antigua hechura: los galeones y las carabelas, tras cuyo suelto velamen sigue un dios de inflados carrillos; son las gloriosas naves del Renacimiento, que parten a redondear la forma del mundo... Y cuando los redivivos argonautas que van en ellas vuelven de sus Cólquidas, no traen sólo magnificada idea de la tierra y milagrosa riqueza material: traen consigo, también, un alma nueva, una nueva concepción de la vida, una

nueva especie de hombres, que se propaga por emulación y simpatía, y que consiste, en cuanto a la inteligencia, en el sentido de la observación y la malicia de la duda; en cuanto al sentimiento, en la alegría de vivir y el amor de la libertad, que han de volver estrecho el recinto del claustro; y en cuanto a la voluntad, en el ánimo de las heroicas empresas y la ambición de gloria y fortuna, que alza del polvo la frente en penitencia y empuja hacia adelante la cavidad del pecho hundido entre los hombros bajo la humilde cota del sayal.

Pero no es en estos épicos viajeros en quienes me propongo figurar la influencia de los viajes sobre el desenvolvimiento del espíritu. Yo quiero figurarla más bien en otra suerte, menos extraordinaria y gigantesca, de almas nómadas, que, por el mismo tiempo, y ya desde otros siglos, aparece encarnada, para la posteridad, en nombres famosos. Aludo al *caminante,* al que viajaba por sus pies: obrero que, para completar su aprendizaje, o curioso que, para dar vado a su pasión, medía a lentos pasos comarcas y naciones enteras; de burgo en burgo, de castillo en castillo; viviendo del trabajo de sus manos o de la misericordia del cielo, y acariciando con miradas morosas la belleza desnuda de la realidad.

La personificación de este viajero libador de saber y "ciencia de mundo"; vago de noble especie; estudioso cuya biblioteca está a lo largo del camino; sabio cuya mano conoce menos la pluma que el bordón, podría ser aquel grande y singular Paracelso. Rebelde alzado, sin otros fueros que su propio juicio, contra la enseñanza de la tradición; alquimista por quien la alquimia pasó a ser conocimiento real y destinado en lo moderno a insigne gloria; renovador de la ciencia médica y el arte de curar, y, por lo exterior y aparente de su espíritu, pintoresco ejemplo de hombres raros, Paracelso trajo como innata en la mente la idea de leer a la Naturaleza en sí misma, más que en las páginas de los libros ilustres. La escuela de este observador y experimentalista instintivo, fue su infatigable viajar, de que la tradición ha hecho leyenda; viajar voluntarioso y errabundo, de pordiosero o de juglar, en que corrió todas las tierras sabidas de su tiempo; el saco al hombro; nunca seguro del rumbo que habría de seguir el día de mañana; atentos los ojos y el oído no sólo al más leve movimiento y al más vago rumor que partiesen del vulgo de las cosas, sino también a todo testimonio y juicio venidos del vulgo de las almas: la prédica del fraile, la observación del menestral, el cuento del barbero, la profecía del gitano, la receta del ensalmador, la experiencia del verdugo.

A esta casta de espíritus pertenece siempre, en lo íntimo y esencial, el viajero que lo es por naturaleza; aunque viva siglos después de Paracelso, y viaje en alas de la locomotora, de la cual, por otra parte, sabrá prescindir

alguna vez. Porque el monstruo flamígero con que hemos vencido a las distancias, es símbolo glorioso si lo juzgamos en cuanto a la utilidad de cambiar rápidamente ideas y productos, y a los lazos que estrecha y los prejuicios que aparta; pero si se le refiere a la disciplina del viajar, sería símbolo del ver mal y somero y del ser llevado en rebaño, por el invariable camino que fijan en la inmensidad del campo dos cintas de hierro, a las ciudades donde luego gobernará los pasos del huésped una oficiosa *guía,* que reúne, en octavo menor, las instrucciones del Sentido Común, personificado en un librero de Leipzig o un impresor de la Street Albemarle. El genuino viajero es aquel que acierta a rescatar, por la espontánea tendencia de su espíritu, todo lo que esos medios de facilidad y bienestar quitan a los viajes, tratándose de la generalidad de las gentes, de su interés original y sabroso, y de la virtud de educar que siempre tuvieron. Por el modo intuitivo de dirigir su observación, como a favor de una aguja magnética que llevase dentro del alma; por la manera de guardar su libertad, y de palpar para creer lo que está escrito, y de tomar por la senda desusada, y de detenerse allí donde se ha convenido que no hay cosa que ver, el viajero de instinto es siempre el *caminante,* el andariego, el vagabundo.

## XCIII

Para los superiores elementos de la sociedad, a quienes está cometido modelarla por lo que proponen a la imitación y la costumbre, debieran ser en todas partes los viajes una institución, un ejercicio de calidad, como el que, en pasados tiempos, cifraba en la pericia de las armas el brillo y honor de la nobleza. Allí donde el hábito educador de los viajes falte a los que prevalecen y dominan, y dan la ley de la opinión y del gusto, todas las aplicaciones de la actividad social se resentirán, en algún modo, de esa sedentaria condición de los mejores o preponderantes.

En el desenvolvimiento del espíritu, en el progreso de las leyes, en la transformación de las costumbres, un viaje de un hombre superior es, a menudo, el *Término* que separa dos épocas, el reloj que suena una grande hora. Vuelve el viajero trayendo fija en el alma una sugestión que irradia de él y se propaga hasta abarcar, en su red magnética, toda una sociedad. El viaje de Voltaire a Inglaterra es hecho en que se cifra la comunicación de las doctrinas de libertad al espíritu francés, donde ellas debían engrandecerse y transfigurarse para asumir la forma humanitaria y generosa de la inmortal Revolución; como, más tarde, el viaje de Madame de Staël a Alemania indica el punto en que comienza el cambio de ideas que llegó

a su plenitud con la renovación literaria, filosófica y política de 1830. Del soplo de los vientos de Italia al oído de Garcilaso, vino, o adquirió definitiva forma, el nuevo estilo de rimar, que dio su instrumento adecuado y magnífico a la gran literatura española; como, pasados los siglos, el duque de Rivas había de traer, de sus viajes de proscripto, el primer rayo de la aurora literatria que devolvió a la fantasía de su pueblo alguna parte de su fuerza y originalidad: viajes, éstos del autor de *Don Alvaro,* como paralelos y concordes con los que Almeida Garret realizaba al propio tiempo, y también aventado por la discordia civil, para infundir, a su vuelta, en el espíritu patrio, el mismo oportuno fermento del romanticismo. Los legendarios viajes de Miranda, héroe al lado de Washington y héroe al lado de Dumouriez; y el viaje de Bolívar por la Europa inflamada en la gloria de las campañas napoleónicas, son los resquicios que dan paso, en la clausura colonial de América, a las auras presagiosas de la libertad.

Estos viajes históricos obran generalmente por la virtud de la admiración y el entusiasmo de que el ánimo del viajero viene poseído; pero no falta la ocasión en que la eficacia de un viaje glorioso consiste, por el contrario, en la influencia negativa de la decepción y el desengaño. Si el caso es el primero, la nueva realidad conocida queda en la mente como un original, como una norma, a la que luego se procura adaptar la vieja realidad a cuyo seno se vuelve. En el segundo caso, las cosas con que se traba conocimiento defraudan y desvanecen el anticipado concepto que de ellas se tenía, o ponen a la vista del viajero males que él no sospechaba; y entonces el modelo que el viajero trae de retorno obtiénelo por negación y oposición. Ejemplos típicos de estas opuestas formas de la influencia de los viajes, son, respectivamente, el de Pedro el Grande a los países de Occidente, y el de Lutero a la corte de Roma. Sugestionado Pedro por los prestigios de la civilización occidental, vuelve a su imperio concentrando toda el alma en el pensamiento de rehacer esta bárbara arcilla según el modelo que lo obsede; y pone mano a la obra, con su feliz brutalidad de Hércules civilizador. Espantado Lutero de las abominaciones de la Roma Pontificia, adonde ha ido sin ánimo aún de rebelión, compara esa baja realidad con la idea sublime que ella invoca y usurpa; siente despertarse dentro de sí la indignación del burlado, la consternación del cómplice sacrílego, y arde desde ese instante en el anhelo de oponer a aquella impura Babilonia la divina Jerusalén de sus sueños.

## XCIV

Todo viajero en quien la observación perspicaz se anima con una cen-

tella de la fantasía, tiene, al volver, algo del antiguo aventurero de viajes legendarios; del tripulante de los buques que, allá cuando el mundo guardaba aún el hechizo del misterio, fueron a grandes cosas; del camarada de Marco Polo o Vasco de Gama, que torna de extrañas tierras con mil preseas de los climas remotos y fecundos: oro, y esencias, y marfil, y el tesoro de los cuentos pintorescos, flamantes de gloria y de color, que se escuchan en corro por el auditorio suspenso y extasiado.

Para el espíritu inventor del artista el viajar es como, para melificadora abeja, el libre vuelo por prados florentísimos. Uno y otra volverán a su laboriosa celda cargados de botín. No solamente porque la imaginación, provisionada con nuevos despojos de la realidad, podrá descubrir o componer ignotas armonías, dentro de la variedad infinita de las cosas. Los que han sondado los misterios de la invención artística nos hablan de cómo, sin que a menudo lo sepamos, todos los elementos que han de entrar en una obra de nuestra imaginación están presentes y semiordenados en ella. Faltan sólo una impresión, una idea, un objeto visto, que den el toque por cuya virtud se completará y animará aquella síntesis inacabada, apareciendo viva a la conciencia del artífice y a la mirada de los hombres. Es la operación inefable y decisiva de un momento. Mientras él no llega, la obra es como el cuadro en cuarto obscuro; es como Galatea antes del beso de amor. Tal vez no llega nunca, y la obra que pudo ser gloriosa queda abismada y perdida para siempre. Pero cuanto mayor sea el cambio y movimiento de tu sensibilidad; cuantos más objetos diferentes veas; cuanto más percibas de las confidencias sutiles de las cosas, tanto más fácil será que la ocasión del dichoso toque se produzca. Así, una forma que te hiere al pasar, un matiz, un acento, un temblor de realidad humana sorprendido en la varia superficie del mundo, pueden ser la piadosa mano que salve a una inmortal criatura de tu mente.

Los cuadros de la Naturaleza, el espectáculo de la hermosura difundida sobre lo inanimado y lo vivo, sobre la tierra y las aguas, por virtud de la forma o del color, en la inmensa tela ondulante que el viajar extiende ante tus ojos, no educan sólo tu sentido plástico y tu fantasía; sino que obran en lo más espiritual e inefable de tu sentimiento, y te revelan cosas hondas de ti y del alma humana, en cuya profundidad está sumergida tu alma individual; porque, merced a nuestra facultad de proyectar la sombra del espíritu sobre todo cuanto vemos, un paisaje nos descubre acaso un nuevo estado íntimo, y como que se descifra en la conciencia por una clave misteriosa, y abre nuevas ventajas sobre el alcázar encantado de Psiquis.

Viaje quien sienta en sí una chispa capaz de alzarse en llama de arte. Para el que no ha de saber penetrar en la viva realidad con ojo zahorí,

el misterio del mundo se acaba con la estampa y el libro; pero, para el artista, todo viaje es un descubrimiento, y para artistas grandes, más que un descubrimiento, una creación. Cada vez que uno de estos magos vencedores de la Naturaleza mueve los sentidos y el alma por entre la extendida multitud de las cosas, un orbe nuevo nace, rico de color y de vida. Un grande artista que viaja es el Dios que crea el mundo y ve que es bueno. No ve el artista lo que había, creado por la mano de Dios, sino que lo vuelve a crear y se complace en la hermosura de su obra.

## XCV

Naturaleza y arte, el eterno original y el simulacro excelso, la madre joven y amantísima y el hijo lleno de gracia que brinca en su regazo, compiten en provocar, con las señas que nos hacen, la sugestión que despierta las vocaciones latentes y define y encauza las que permanecen en incertidumbre. ¡Qué potestad, como de iluminación extática, puede ejercer la visión de las cosas sublimes del mundo material, en aquel que por primera vez las ve, con el candoroso júbilo, o con el candoroso pasmo, de quien las descubriera!... El mar... la montaña... el desierto... En la soledad de la selva americana, Chateaubriand encuentra la espaciosidad infinita necesaria para volcar el alma opresa por las convenciones del mundo; y entonces nace *René,* y en un abrazo inmenso se juntan la grandeza de la tierra salvaje con la grandeza del humano dolor. Y en cuanto a la virtud de las maravillas del arte sobre los espíritus en quienes una facultad superior espera sólo ser llamada y sacudida, hable Italia, que sabe de esto; hablen sus ruinas, sus cuadros, sus estatuas; hablen las salas de sus teatros y los coros de sus iglesias, y si el tiempo tiene capacidad para contener tantos nombres, digan los de aquellos que, en un momento de sus viajes, sintieron anunciarse a su espíritu una vocación que ignoraban, o bien corroboraron y dieron rumbo cierto a una ya sabida; los que, como Poussin, desbastaron allí su genio inculto; los que, como Rubens, fueron a redondear su maestría en la contemplación de los modelos; los que, como Meyerbeer y Mendelssohn, en el divino arte de la música, debieron a la que allí escucharon un elemento indispensable para la integración de su personalidad y de su gloria.

Quien una vez ha hecho esta romería, queda edificado para siempre por ella. Si Milton logró preservar, dentro de sí, del humo de tristeza y de tedio con que el puritanismo enturbiaba su ambiente y su propia alma, la flor de la alta poesía, ¡en cuánta parte no lo debió a la unición luminosa

que el sol de Italia dejó en las reconditeces de su espíritu, desde el viaje aquel en que trabó conocimiento con la alegría de la Naturaleza y con el orden soberano de la imaginación! La austeridad teológica, la moral desapacible y árida, la limitación fanática del juicio, subyugaron, en él, la parte de personalidad que manifestó en la acción y la polémica; pero su fantasía y su sensibilidad guardaron, para regocijo de los hombres, el premio que recibió su alma de aquella visitación de peregrino.

Aún más hermoso ejemplo es el de Goethe, transfigurado por el mismo espectáculo del arte y la naturaleza de Italia. En el constante y triunfal desenvolvimiento de su genio, esta ocasión de su viaje al país por quien luego hizo suspirar a Mignon, es como tránsito glorioso, desde el cual, magnificado su sentimiento de la vida, aquietada su mente, retemplada y como bruñida su sensibilidad, llega a la entera posesión de sí mismo y rige con firme mano las cuadrigas de su fuerza creadora. Cuando, frente a las reliquias de la sagrada antigüedad y abierta el alma a la luz del Mediodía, reconoce, por contemplación real y directa, lo que, por intuitiva y amorosa prefiguración, había vislumbrado ya de aquel mundo que concordaba con lo que en él había de más íntimo, es la honda realidad de su propio sér la que descubre y la que, desde entonces, prevalece en su vida, gobernada de lejos por la serenidad y perfección de los mármoles, limpia de vanas nieblas y de flaquezas de pasión.

## XCVI

En el escritor y el artista que han pasado con amor y aprovechamiento por esta iniciación de los viajes, hay un soplo inconfundible de realidad, de animación, de frescura, que trasciende de lejos, como el fragante aliento del mar, o como el aroma de la tierra mojada por la lluvia.

Este soplo más se siente que se define. Los libros que lo contienen son ambrosía de la imaginación. Contiénelo el *Quijote,* donde a cada página está transparentándose, bajo lo que se narra o describe, el hombre que ha andado por el mundo; y si nos remontamos al ejemplo original y *arquetípico,* contiénelo, con argumento aún más adecuado, la *Odisea,* en cuyos deleitosos cantos el genuino sentimiento de curiosidad y de aventura, y aquella exactitud y precisión que no fallan, en la descripción de rutas y lugares, revelan claramente la experiencia del viajador: del isleño de Chíos o el costeño de Smirna, que, antes de referir los trabajos de su héroe, ha surcado, en la balsa movida con remos, las ondas "de color vinoso", y ha gozado, entre gentes distintas, las mercedes de Júpiter Hospitalario.

En un mismo escritor es fácil discernir, a menudo, por las condiciones, ya de pensamiento, ya de estilo, la obra que precede, de la obra que sigue, a esta ocasión trascendente de sus viajes. Teófilo Gautier nació para ver y expresar lo hermoso de las cosas; pero mientras no hubo espectáculo real que cautivase sus sentidos, dominados por el instinto de lo extraordinario, su mirada anhelante, vuelta a lo interior de la propia fantasía, se satisfizo en una naturaleza de convención y de quimera. Fue el viaje a España; el viaje que dura en aquel maravilloso libro por quien la prosa entra, como bronce fundente, a tomar las formas de la realidad material, y transparenta, mejor que el aire mismo, sus colores; fue el viaje a España el que reveló a Gautier la grande, inmortal Naturaleza. Ebrio del viento tibio y la esplendente luz; hechizado por la magia oriental de Andalucía; presa de tentaciones pánicas ante los torrentes y abismos de las sierras, Gautier descubrió entonces los tesoros de la realidad, y su imaginación, encendida para siempre en el amor de los viajes, se apercibió a extenderse (así un río que se desbordara, ávido de nuevos tintes y reflejos), por la inmensidad gloriosa del mundo.

## XCVII

Si, tratándose de la vocación del artista, la variedad de objetos propios para interesarle, favorece al hallazgo del que acertará a despertar el estímulo de la obra, otro tanto sucede con los géneros de aptitud que caen dentro de los términos de la ciencia. Un objeto que la perpetua mudanza de los viajes pone ante los ojos, mueve acaso el impulso original de atención, de curiosidad, de interés, que se prolonga en obsesión fecunda y decide a la actividad perseverante y entusiástica en determinado orden de investigación. Sea éste, por ejemplo, la historia. De paso Gibbon en la Ciudad Eterna, detiénese, un día, allí donde era el Foro; y la contemplación de las ruinas, preñadas de recuerdos, suscita en él la idea de su magno propósito de historiador. Viajando Irving por los pueblos de Europa, sin haber hallado aún la manera como debe concretar una vaga vocación literaria, llega a Castilla; reanímanse en su mente, en aquellas muertas ciudades, los grandes tiempos del descubrimiento de América; busca sus huellas en los archivos y los monumentos, y esto le pone en el camino por donde ha de vincular su nombre a la inmortalidad de tanta gloria.

Pero más todavía que en la revelación de la aptitud, vese este influjo en su desenvolvimiento y ejercicio. Los viajes son escuela inexhausta de observación y de experiencia; museo donde nada falta; laboratorio cuya

extensión y riqueza se miden por la superficie y contenido del mundo; y dicho esto huelga añadir en qué grado eminente importan a la cultura y el trabajo del pensamiento investigador. Aún prescindiendo de las ciencias de la naturaleza, en las que el viajar es modo de conocimiento sin el cual no se concebiría cabalmente la obra de un Humboldt, un Darwin o un Haeckel; aun en las ciencias del espíritu y de la sociedad, donde la observación sensible no es tanta parte del método, pero es siempre parte importantísima, fácil será imaginar hasta qué punto puede acrisolarse la eficacia de la observación, en quien ha nacido para ejercitarla, con la infinita diversidad de las circunstancias y los hechos; y el apartamiento de las cosas tras que se amparan la pasión y la costumbre; y el cotejo de la versión vulgar o libresca con el hecho vivo; y el poner a prueba cada día la inducción naciente en nuevas piedras de toque, con que se lleve a sus posibles extremos de rigurosidad las que llamó Bacon *tablas de ausencia y de presencia.*

La tradición antigua, que muestra antecedida de largos y prolijos viajes la labor de los primitivos historiadores, como Herodoto; de los legisladores y educadores de pueblos, como Licurgo y Solón; de los filósofos, desde Thales y Pitágoras, no indica sólo un hecho derivado de las condiciones peculiares de una civilización naciente y menesterosa del impulso extraño: encierra un ejemplo más alto y esencial, para la disciplina del espíritu y la sólida confirmación del saber; y la oportunidad de este ejemplo persiste, aun después que los libros impresos traen al acervo común la averiguación de cada uno, y que la noticia de las cosas se trasmite casi instantáneamente a las antípodas de donde se producen o de donde se piensan. Dos ilustres maestros de las ciencias políticas, entre otros que pudieran citarse, dieron prueba de tener en su justo valor la observación real y directa, que en los viajes se aplica, como medio para la originalidad y sinceridad del pensador: Montesquieu, que cuando vislumbra la idea del *Espíritu de las leyes* dedica años de su vida a recorrer los pueblos de Europa, antes de recluirse en su castillo de Brede, a fin de concentrar el pensamiento en la porfiada ejecución; y Adam Smith, cuya magna obra *De la riqueza de las naciones* fue precedida por los viajes que, en compañía del duque de Buckleng, realizó acumulando los elementos que con la observación de cada sociedad adquiría, para retirarse luego a elaborar esta preciosa cosecha en su casa de campo de Kirkaldi, que vio nacer a aquella Biblia de la utilidad.

. . . . . .

## XCVIII

Los mismo en las regiones de la superioridad de espíritu que en el nivel de la vulgaridad, hállanse almas constituidas para una mayor permanencia que las otras; almas que parecen sustraerse al imperio omnímodo del cambio y la evolución. Tallada su naturaleza de una vez para siempre, los sentimientos e ideas que componen el fondo de su vida se mantienen unos y constantes, así en su número y especie como en su intensidad y en sus maneras de relacionarse o asociarse. No menos que el sér real, el aparente desconoce en ellas todo arte con que se reduzca a circunstancias distintas. Nada ganan ni pierden en el comercio del mundo, respecto del patrimonio con que entraron a él. El paso del tiempo las deja relativamente íntegras e intactas, diferenciando apenas los matices de su carácter según las condiciones de cada edad, sin llegar a removerlo en lo hondo: así la cúpula de hierro o la pared de granito, donde, a medida que el sol pasa, se pintan los cambiantes de la luz y la sombra, sin que esta modificación exterior alcance en lo mínimo a lo inmutable de su contextura.

Este tipo de almas adquiere su manifestación más característica y completa cuando las tendencias entre que se reparte la extensión de la personalidad son muy pocas y simples, y hay entre ellas una que somete con rigor despótico a las otras; de manera que a la monotonía sucesiva que nace de aquella inalterable igualdad, se une la monotonía simultánea de un conjunto psíquico en que todo se reduce a algunos elementos, muy sencillamente combinados. Pocos sentimientos e ideas, y éstos duraderos cuanto la vida misma, y convergentes dentro de la más rígida unidad: tal es la fórmula extrema de estos caracteres, que ocupan las antípodas de las almas ricas y educables, siempre en vía de formación, siempre capaces de acrecentar su contenido y de modificar las relaciones entre unas y otras de las partes que lo constituyen.

Nuestra natural complexidad, que no consiente alma sin alguna lucha interior y alguna inconsecuencia, se opone a la realización perfecta de este tipo, más abstracto que humano; pero la naturaleza suele dar la perfección relativa de él: el monolito adecuado para esculpir la estatua de una sola pieza, y luego la voluntad se aplica a trabajar esa estatua, por el gobierno de sí misma, por la práctica de la única especie de educación que se aviene con la índole de tales caracteres desde que se consolidan y toman su camino en el mundo: la educación que consiste en restringir, depurar y sistematizar, cada vez más, el campo de la propia conciencia, haciendo, de día en día, más netos y fijos sus aspectos, más tiránicos los principios por que se rige, más indisolubles las asociaciones en que reposan sus costumbres; a diferencia de

la educación realmente progresiva, que sistematiza y ordena, pero con cargo de aumentar correlativamente los elementos que reduce a una superior unidad.

Es el concepto de la perfección que inspiró el ideal lacedemonio, la disciplina férrea calculada para reprimir la libre y armoniosa expansión de los instintos humanos, en beneficio de un único e idolátrico deber. Es también la inmovilidad de abstención y resistencia que se predicó en el pórtico de Stoa; y es la idea que, en aquel linaje de espíritus que representan el lado adusto y ascético del cristianismo, responde al anhelo de modelarse a imitación de la absoluta permanencia de lo divino: —*Soy el Señor, y no cambio.*

Visible es la grandeza de esta forma personal en el magnetizado por una idea o pasión de calidad sublime; en el fanático superior; en el iluminado o visionario, en el monomaníaco de genio: en todas esas almas que, yendo en derechura a su objeto, cruzan, como quien anduviese por los aires, sobre los tortuosos senderos de la vida real. Figúrate la prolongación indefinida de dos instantes que en tu existencia no se reproducen sino en contadas ocasiones: figúrate que la sucesión alternativa de ambos dura y persiste, sin solución de continuidad, y que, entre ellos solos, tejen, uno la trama, otro la urdimbre, de tu vida. Recuerda, por una parte, aquel momento en que una extrema atención reúne todo el sér de tu alma en un punto; ya sea cuando, deteniendo tu marcha al través de medrosa soledad, pones el oído a un rumor vago; ya cuando, resolviendo arduo problema, llegas al ápice del raciocinio, a la mayor tensión de pensamiento y de interés. Y por otra parte, recuerda aquel instante en que la pasión estalla en ti con su más ciego impulso; en que un movimiento superior a ti mismo, arrollada tu voluntad por tu emoción, junta en una tus fuerzas; las multiplica, si es preciso, con maravillosa intensidad, y te arrebata a defender el bien que te disputan; a atacar al enemigo a quien odias; a realizar, o hacer tuyo el objeto que anhelas.

No de otro modo hemos de representarnos ciertas vidas: un solo término de atención, una solitaria idea, dueña y absoluta señora del alma; y por concomitante afectivo, un solo impulso de entusiasmo y deseo, supeditado a aquella idea para su servicio y ejecución. Ya es el ardor guerrero, ya la fe religiosa, ya la pasión de mando, ya el amor de la ciencia o el arte, la potestad absoluta que excluye del alma cuanto no se acomoda incondicionalmente a su dominio. No quita esto que, aun en las existencias más uniformes y fatales, haya, como en la de toda humana criatura, instantes rebeldes al orden del conjunto, gérmenes de diversidad y novedad, que podrían ser el punto de partida de una ampliación, y aun quizá, de una sustitución, del carácter; pero si el plan de la voluntad, en vez de estimularlos, los reprime y ahoga en su nacer, y no hallan fuerzas con que pasar de tales instantes y gérmenes

en el transcurso de la vida, ésta mantendrá hasta el fin su imponente unidad. Ejemplos de semejante concentración anímica son: en lo religioso, San Bruno, el fundador de la Cartuja, como personificación del asceta que sacrifica al inextinguible anhelo de su fe, no ya toda otra forma superior de sentimiento, sino el natural instinto de la libertad y la prerrogativa racional de la palabra; y en lo guerrero, Carlos XII de Suecia, el conquistador que vive a perpetuidad sobre el lomo de su caballo, sin experimentar jamás una emoción de amor, ni una tentación de placer, ni una necesidad de tregua y respiro. Preciso es convenir en que el secreto de la eficacia del genio es, a menudo, esta avasalladora obsesión; la fuerza implacable de una idea que ha clavado la garra en una conciencia humana. Sólo para esa idea tiene entonces capacidad el tiempo. "Mi oración es tan continua —dice Santa Teresa de Jesús— que ni aun en sueños puedo interrumpir su curso". Nada hay que de alguna manera no confirme la idea y se le amolde: todo lo del mundo se derrite y rehace según ella, como por la operación de un fuego divino. Para las demás ideas, ceguedad, ininteligencia, desprecio. Es la pasión de celos que suele acompañar al entusiasmo de la vocación, al fervor del apostolado: *¡Marta, Marta! ¡una sola cosa es necesaria!*

La faz estética de estos caracteres, si se les toma en lo eminente de su especie, mira, más que a lo bello, a lo sublime. La igualdad perenne, yendo unida a un dón superior del alma; la alteza trágica de esa despiadada inmolación de todas las pasiones a una sola, dan de sí una sublimidad, ya estática y austera, como la del desierto y la montaña: la de la abnegación altiva y silenciosa, la de la voluntad firmísima acompañada de poco ímpetu de sensibilidad; ya dinámica y violenta, como la del huracán y el mar desencadenado: la de una formidable pasión en movimiento; la del alma en perpetua erupción de amor o de heroísmo.

## XCIX

...Y sin embargo, cabe también cierta gracia peculiar en esta absorción tirana del espíritu por un solo y exclusivo objeto, que, en su grandeza o su pequeñez, circunscribe para aquél el horizonte del mundo. Cuando, por la calidad del alma y la del objeto, éste es capaz de hechizar al alma y serenarla, como *serenaba* el aire el músico ciego con el són melodioso; cuando la actividad que al objeto se consagra se desenvuelve como en rítmica y suave ondulación, sin dificultad ni esfuerzo, y entre sus anhelosos afanes florece el contento de la vida, la gracia está con la despótica idea de estos espíritus

estrechos. Recuerda la idea entonces aquella única manzana que, en los versos de Safo, después de esquilmado el árbol por los segadores, se ha eximido, por demasiado alta, del esquilmo, y queda sola, en rama eminente, acumulando para sí la savia y la hermosura que se hubieran repartido entre todas. Este es el pensamiento único, el solo objeto de amor, que se albergan bajo una toca blanca de lino, nunca rizada por el soplo del mundo; o bien la pertinacia de un curioso artífice, que, sin ojos ni oídos para lo demás, gasta los años en cincelar una custodia.

## C

Grande es la unidad que enlaza todas las partes de nuestra existencia bajo una idea soberana; pero más bella y fecunda, si, poniendo a prueba la extensión de su fuerza ordenadora, se diversifica por la flexibilidad y la amplitud. Dentro de toda comunión, de toda fe, de toda sociedad ideal, es fácil distinguir dos especies de almas sinceras y entusiastas. Hay el entusiasta inflexible, alma monocorde y austera; y hay aquel cuyo entusiasmo asume las múltiples formas de la vida, y consiente, generoso con su riqueza de amor, otros objetos de atención y deseo que el que preferentemente se propone. De aquella pasta están hechos el estoico y el asceta, el puritano y el jansenista; de ésta, los espíritus amplios, comunicativos y curiosos, sin mengua de su fidelidad inquebrantable ni su férvida consagración. De los unos y de los otros, es decir, de los perseverantes, de los entusiastas, de los creyentes, y sólo de ellos, es el secreto de la acción; pero la más alta forma de la perseverancia, del entusiasmo y de la fe, es su aptitud para extenderse y transformarse, sin desleírse ni desnaturalizarse.

### LOS SEIS PEREGRINOS

Cuentan leyendas que no están escritas, que Endimión, no el que recibió favores de Diana, sino un evangelista de quien nada sabe la historia, recorría, después de doctrinado en Corinto por Pablo de Tharso, las islas del Archipiélago. En una ciudad pequeña de la Eubea, su palabra tocó el corazón de seis jóvenes paganos que formaron un grupo lleno de adhesión hacia él, no menos que de fe pura y sencilla. Esta comunidad naciente vivió, durante cierto tiempo, en la intimidad afectuosa con que la vida de las iglesias primitivas imitaba los lazos fraternales. Un día, un día *del Señor,* en la expan-

sión cordial de la cena, maestro y discípulos fueron heridos de un pensamiento que les pareció una vocación: partirían a propagar la buena nueva siguiendo la ruta de Alejandro; soldados de una mansa conquista, llegarían, sobre las huellas del Conquistador, hasta donde el cielo quisiera; pero juraban que no se detendría, falta de impulso, la divina palabra, en tanto que uno solo de sus propagadores quedara, con vida y libertad, sobre el camino, que por ellos sería, otra vez y con más pureza, glorioso.

La fe, radiante, ofuscaba la temeridad de la intención. Aún no estaba formulada la idea, y ya la impaciencia por la acción y la gloria hacía aletear las voluntades. Pero como Endimión, el maestro, necesitaba completar, ante todo, su viaje por la isla, convinieron que, pasado el término que para ello se consideraba menester, él y sus seis discípulos se encontrarían en un vecino puerto, desde donde atravesarían el mar para emprender la ruta soñada.

El tiempo transcurrió para todos como en el éxtasis de una visión. Llegaron los días de la cita. Una mañana alegre; apenas provistos de pan y frutas los zurrones; en la dirección de la marcha un claro sol, y dentro de sí, como la mano de Dios en el timón del alma, el entusiasmo, los seis amigos partieron a reunirse al maestro.

Corría, suavísimo y opulento, el otoño. La naturaleza parecía concertar con la felicidad de los viajeros sus galas; diríase que de cada cosa del camino nacía una bendición para ellos. Sintiéndola, recogiéndola en su corazón, se regocijaban y hacían sonar todo el tesoro de su sueño en joviales coloquios, cuando de improviso distrajeron su interés unos lastimeros ayes que venían de unas breñas cercanas. Dirigiéndose allí, y viendo tendido entre las zarzas a un pastor que se desangraba, herido acaso por los lobos, se aproximaron a valerle. Sólo uno de los seis, Agenor, laconio enjuto y pálido, de grandes ojos absortos, había permanecido indiferente, desde el primer momento, a los ayes, atribuyéndolos a uno de los mil rumores del viento; y extraño a todo lo que no fuese la idea sublime a cuya ejecución se encaminaban; en la impaciencia de ver convertirse en realidad las imágenes deslumbradoras de su sueño, se había negado a desviarse y a esperar que se satisficiera la curiosidad de sus amigos. Agenor siguió adelante, adelante, como en el ciego ímpetu de una fascinación.

Ellos, en tanto, después de haber lavado y vendado con jirones de sus propias ropas, las heridas del rústico, le condujeron a su choza, que descollaba a cierta distancia, sobre una ladera donde se columbraban restos dispersos del hato. Allí, prolongando sus cuidados, les sorprendió la noche. Cuando, abriendo la aurora, llegó el momento de partir, he aquí que Nearco, otro de los seis compañeros, permaneció apartado y melancólico, con el aire

de quien no se resuelve a hacer una confidencia dolorosa. Instáronle los demás a confesar lo que sentía. Sabéis[7] —dijo Nearco— que, desde que este episodio nos obligó a alterar por compasión el rumbo que llevábamos, me entró en el alma la duda de la inoportunidad de nuestra empresa; y oí una voz interior que me decía: —"Si hay tanto, y tan desamparado dolor, tanto abandono y tanta impiedad, cerca de nosotros, donde emplear el fuego de caridad que nos inflama, ¿por qué buscar objeto para él en climas extraños y remotos?"— Me dormí con este pensamiento en el alma; y soñé; y así como el apóstol vio en sueños la imagen del macedón que le llamaba, lo que él interpretó como un ruego de que fuera a redimir a los suyos, a mí se me apareció la imagen de este pastor, que, intentando yo continuar el viaje, me cerraba el camino; y lo aparté para avanzar; y entonces, en los enebros y las zarzas a cuyo lado le encontramos, sentí que se enredaban mis ropas y me detenían...

Dicho lo cual, Nearco, en quien un sueño disipó el encanto de otro, abrazó a sus amigos, que ya daban cara al sol para continuar su ruta, y volvióse en dirección a la ciudad.

El grupo siguió con entusiasmo intacto, adelante. De los cuatro que le componían ahora, Idomeneo parecía ser el que, por su superioridad, llenaba la ausencia del maestro. El había sido el primero en percibir y atender los ayes del herido. Era de Atenas; era suave, inteligente, benévolo. En su fisonomía se reflejaba algo de la inquietud con que se significaría la curiosidad espiritual de un estudiante, y algo de la ternura con que se expresaría el omnímodo amor de un panteísta. Pero el sello de expresión más hondo lo imprimía el dulce estupor con que aún lo embargaba la inmensidad de la fe nueva que había conquistado su alma.

Cuando en los bordes de algún soto vecino asomaba una lozana flor silvestre, Idomeneo, desviándose, se acercaba a admirar su forma, su color, o a aspirar su perfume. Cuando el viento traía, de cercanas cabañas de pastores, un són de zampoña o caramillo, o bien si una cigarra levantaba su canto, Idomeneo se detenía un instante a escuchar. Cuando una guija pintada lucía entre la arena del camino, Idomeneo, con el afán de un niño, la recogía, y bruñéndola la llevaba en la mano. Y cuando allá, en la profundidad del horizonte, un ave o una nube pasaban, o se descubría el triángulo blanco de una vela sobre la línea oscura del mar, el alma del neófito parecía tender presurosamente hacia ellos sobre el riel de una mirada anhelante...

7 En la primera edición: "Sabréis".

Ya el sol había templado la fuerza de sus rayos cuando los viajeros vieron aparecer, en la caída de una loma, las casas dispersas de una aldea. Gigante encina descollaba, en lo más avanzado del lugar, sobre los techos, que esmaltaba el oro de la tarde; y en derredor del árbol veíase un gran grupo de gente, que formaba corro con muestras de atención y respeto. Preguntando a unos labradores que habían interrumpido su trabajo para dirigirse hacia allí, supieron que era un cantor ambulante, mendigo consagrado por la vejez y por el numen, que todos los años recorría, en ocasión de las cosechas, aquella parte de la isla. —¿Oigámosle?,— propuso Idomeneo.

Acercándose al corro, los cuatro amigos se empinaron para ver al cantor. Un soplo de antigüedad heroica llegó a ellos. Todo lo del Homero legendario reaparecía en una dulce y majestuosa figura: el continente regio, la luenga barba lilial, la frente olímpica; a la espalda el zurrón, la lira a la cintura, el nudoso báculo en la diestra, el can escuálido y enlodado a sus plantas. Hízose un silencio solemne; y desatando al dios ya inquieto en su seno, el mendigo cantó; y sobre el aliento de sus labios, mientras las manos trémulas tocaban las cuerdas de la lira, flotaron cosas de historia y de leyenda, cosas que estaban en todas las memorias, pero que parecían recobrar, en versos ingenuos (tal como se serena el agua en cántaro de barro), la frescura y el resplandor de la invención. Cantó del germinar de los elementos en las sombras primeras; de la majestad de Zeus; de los dioses y sus luchas sublimes; de los amores de las diosas y los hombres. Cantó de las tradiciones heroicas: Hércules y Teseo lidiando, en el amanecer del mundo, con monstruos y tiranos; la nave que busca el vellocinio; Tebas y su estirpe fatídica . . Mostró después la cólera de Aquiles, y a Héctor en los muros de Ilión; y luego, a Ulises errabundo, los encantamientos de Circe, y la castidad de Penélope. Todos escuchaban arrobados: Idomeneo, con la expresión del que contempla una imagen que evoca en él el recuerdo de otra más bella o más querida; Lucio, uno de sus tres compañeros, con gesto en que alternaban el embeleso y la angustia. —Este canto divino, dijo Lucio, me ha hecho sentir de nuevo la hermosura de los dioses que abandonamos. Conozco que mi fe ha sido herida de muerte por el poeta. . .—Tu fe era débil —contestó Idomeneo—; yo siento magnificada y victoriosa la mía; yo guardo para mí el dulzor del canto, y como se arroja la corteza de la almendra, desecho la vanidad de la ficción.

Pero, insistiendo Lucio en su arrepentimiento, sólo siguieron viaje Idomeneo, Merión y Adimanto. A mitad de la jornada siguiente, atormentados por la sed, divisaron, no lejos del camino, el mirador de una alquería, y se dirigieron a ella. La casa estaba ceñida, en ancho espacio, por un

huerto frondoso, que vides opulentas, enlazadas, por todas partes, a los árboles, adornaban con el oro de sus sazones. Cuando los viajeros llegaron, vieron que se preparaba en el huerto la vendimia. Ocupábanse unos en remover toneles y disponer para la obra el lagar. Otros afilaban, para segar los racimos, hoces que llenaban de desapacible música y de rojas chispas el aire. Un grupo de mujeres tejía los cuévanos y las cestas de mimbre para recogerlos. Por dondequiera reinaba la animación comunicativa con que se anuncia el trabajo preparado de buena voluntad; la animación que provoca el desasosiego del estímulo en los corazones y los brazos robustos.

Satisfecha su sed, los viajeros hacían señal de despedirse, cuando el viñador preguntóles si querían[8] quedarse aquella tarde y ayudar a las faenas, porque sus hombres eran pocos, y debía apresurar la vendimia a fin de terminarla para el día que había indicado su señor. Agregó que hasta la otra mañana no vendrían, de los pueblos vecinos, los braceros que necesitaba, y que el tiempo que ganaría con el auxilio de los huéspedes sería bastante para evitar la demora y el castigo.

Ellos, que no habían permanecido insensibles a la sana tentación del trabajo; que recordaron la parábola de los pocos obreros para la mucha mies, y que agradecían, además, la hospitalidad que habían recibido, accedieron, y puestos a la obra, no fueron avaros de sus fuerzas. Adimanto contribuyó a recolectar los racimos; Merión, a transportarlos; Idomeneo, a la faena del lagar. La jornada acabó con tal suma de adelanto que el viñador, lleno de júbilo, abandonó sus temores. Empezó luego la fiesta con que se celebraba la vendimia, junto al báquico altar que descollaba en lo más alto del huerto, bajo brutesca arquitectura de ramas. Los vendimiadores fueron congregándose allí, mientras se distribuía, con prodigalidad, vino de anteriores cosechas. Cuando recibieron su parte, Idomeneo invitó a los suyos a beber, al modo de los festines eucarísticos. Apartándose de los demás algún espacio, levantaron las copas. En alto las miradas extáticas, invocaron el nombre del Señor. Y como dos zuritas, de las que acudían a picar en el suelo granos dispersos de la uva, cruzasen en aquel mismo instante sobre ellos: — "¡Irene y Agape!", dijo con gracia mística el de Atenas, recordando a las dos escanciadoras invisibles, mientras un rayo de sol inflamaba en las copas levantadas al aire el oro burbujante del vino...

Poco después, siendo ya noche, y en el deseo de estar de pie con la aurora, los tres amigos buscaron un rincón protegido por los árboles y

8 En la primera edición: "Si querrían".

se tendieron a dormir. Pero en los ojos de Merión, beocio que llevaba en el semblante los rasgos de la sensualidad, el vino había dejado un toque de luz cálida. Sentíase, allí cerca, la agitación del festejo que congregaba a los trabajadores en derredor del ara del dios. El circular de sarmientos encendidos pintaba de fuego las sombras de la noche. Por todas partes parecía vagar, en libertad, el alma del vino. En el viento, embriagado con las exhalaciones del lagar, venían risas, canciones, y el resonar de rústicos instrumentos, que denunciaba alegres danzas. Merión, incorporándose, levantó su copa del suelo, y se perdió, con paso sigiloso, en la sombra.

Aún no se había disipado la fiesta cuando sus dos amigos saludaban de pie la bandera de la mañana, que les mostraba la dirección de su camino. No encontraron a Merión junto a ellos. —"¿Estás despierto, Merión?" —Tendido en tierra, desceñido, faunesco, coronado de pámpanos, como Dionysos joven a la sombra de las grutas de Nisa, el beocio les respondió cuando le hallaron, alargándoles negligentemente su copa. Idomeneo y Adimanto partieron.

—Y ¿qué era, en tanto, de Agenor, el que, desde la primera jornada, se había adelantado, en su impaciencia, a los otros?... —Agenor había llegado acaso al término del viaje; o tal vez seguía adelante, adelante, como en el ciego ímpetu de una fascinación.

A poco andar, Adimanto e Idomeneo vieron abrirse ante su paso una hermosísima llanura, por donde el camino serpeaba con deliciosa volubilidad, como atraído a un tiempo por mil cosas. Blancas aldeas, rubias y onduladas mieses; tupidos bosques, a cuyos pies se deslizaba la corriente sosegada de un río; y en lo remoto, el mar azul y profundo. Caminaban absortos en la contemplación, cuando, percibiendo de cerca un aroma de manzanas silvestres, traspusieron, no sin esfuerzo, el natural vallado que orillaba el camino; y el soto más ameno, la más risueña espesura rústica que pueda imaginarse, apareció ante sus ojos y los envolvió en la fragancia de su aliento. Bajo la bóveda que extendían los árboles más altos tejía la vida una gloriosa urdimbre, entre la cual formaba caprichosos cambiantes con la sombra, la luz que descendía tenuemente velada. De aquí y de allá partían, buscando el corazón de la espesura, senderos estrechos y tortuosos, y no tardaban en oponerse a su paso las vigilantes zarzas y las hiedras cuajadas de corimbos. Los frutos todavía sujetos a la rama veíanse en tan gran copia como los que, ya desprendidos, yacían en el suelo y le alfombraban de tintes más oscuros que los que desparramaban los otros por el aire. A pesar del otoño, no escaseaban, junto a esta riqueza, galas más tempranas que el fruto. Y todo estaba virgen, radiante, como húmedo aún de la humedad del soplo creador. Fresco aposento de quién sabe qué divi-

nidad esquiva, no había señales de haber tocado en aquel retiro planta humana. A medida que se internaban en lo espeso del soto, Idomeneo sentía cómo iba estrechándole el alma, dulcemente, el abrazo de la Naturaleza, y se abandonaba sin recelos a él. Admiraba, con la admiración que pone húmedos los ojos, todo cuanto le rodeaba; parecía beber con delicia en el ambiente; perdíase de intento allí donde formaban más hondo laberinto las frondas; tenía dulces palabras para las flores que le embalsamaban el camino; se detenía a grabar el signo de la cruz en la corteza de los árboles, como en el corazón de catecúmenos; recordaba, de los libros sagrados, el Paraíso y la tierra que mana leche y miel; los cedros del Líbano y las rosas de Jericó, y el fondo de imágenes campestres del Evangelio. Como en la copa donde se mezclan dos vinos para mitigar los humos del más fuerte, en él el entusiasmo, la embriaguez de la vida, cosa de su raza que, sin él quererlo, subía de las raíces de su sér, se dulcificaba con el sabor de la fe nueva, con el recuerdo del Dios que también había sabido detenerse ante la gracia de un ave, de una colina o de una flor... Idomeneo bautizaba toda aquella hermosura al difundirse en ella por obra del amor, que identifica el alma y las cosas.

Pasóse el tiempo en aquel vagar infantil y les sorprendió en la soledad del monte el crepúsculo. Sus sombras graves parecieron una reconvención a Adimanto. Cuando, a la mañana siguiente, Idomeneo, recordó que sólo faltaba una jornada para terminar el viaje, y se echó al hombro el zurrón con renovado júbilo, Adimanto confesó tristemente que no se atrevía a ponerse en presencia del maestro... Pensaba que los recibiría con severidad por su tardanza, si es que ya no había partido a la llegada de Agenor; y a pesar de las instancias de su compañero, se despidió y marchó cabizbajo a desandar su camino.

Idomeneo, solo ya, siguió adelante. No tardó en divisar, sobre la playa graciosamente enarcada, las casas blancas y risueñas de una ciudad marina, y las palmeras que la engalanaban, agitándose, con señas como de llamamiento, que le parecieron dirigidas a él. Inquirió, por los que hallaba a la puerta de alguna finca rústica o ejerciendo las labores del campo, si había pasado en aquella dirección Agenor; y conoció que sí cuando le describieron la prisa, como de quien huye; el gesto extático, que les habían admirado días antes en un extraño pasajero; su palidez, el cansancio inconsciente, o desdeñado, que revelaba, y la indiferencia con que proseguía, en medio a la curiosidad de los que se detenían a observarle. —"¡Parecía un sonámbulo!", decían.

Tal como estas noticias lo pintaban, Agenor había llegado al término del viaje, en un solo impulso de deseo desde su partida, insensible a la

fatiga de su cuerpo, insensible a los accidentes del camino, insensible al espectáculo de la naturaleza. No bien llegó, cayó extenuado a las plantas del maestro, aunque, más feliz que el soldado de Maratón, no fue sin vida. Durante tres mañanas y tres tardes, maestro y discípulo consultaron, de lo más alto de la ciudad, como desde una atalaya, la dirección por donde esperaban ver venir a los otros; hasta que apareció Idomeneo, y por él supieron, dolidos mas no desalentados, la inutilidad de esperar más. Endimión puso a Agenor a su derecha, puso a su izquierda a Idomeneo; y entonando uno de los salmos que cantan la felicidad del caminante, marchó con ellos hacia el mar. Nubes extrañas fingían maravillosas rutas en el confín del horizonte. La vela de la nave que los conduciría palpitaba sobre las aguas turbias e inquietas, a modo de un gran corazón blanco...

Y así, junto al maestro que representaba para ellos la verdad; inmunes de las tentaciones a que habían sucumbido los discípulos que, por veleidosos o cobardes, no continuaron el camino, partieron: Agenor, el entusiasmo rígido y austero, la sublime obsesión que corre arrebatada a su término, con ignorancia o desdén de lo demás; Idomeneo, la convicción amplia, graciosa y expansiva, dueña de sí para corresponder, sin mengua de su fidelidad inquebrantable, al reclamo de las cosas: el convertido de Atenas que, de paso para su vocación, supo atender a las voces con que lo solicitaron la caridad, el arte, el trabajo, la naturaleza, y que de las impresiones recogidas en lo vario del mundo formaba, alrededor del sueño grande de su alma, un cortejo de ideas...

## CI

A través de todas las transformaciones necesarias de nuestra vida moral, perdure en ella, renaciendo bajo distintas formas, manifestándose en diferentes sentidos, nunca enervada ni en suspenso, una potencia dominante, una autoridad conductora; principio, a un tiempo, de orden y de movimiento, de disciplina y de estimulación.

En la esfera de la voluntad, sea ella un propósito que realizar, un fin para el que nuestras energías armoniosamente se reúnan. En la esfera del pensamiento, una convicción, una creencia, *o bien* (no olvides esto) *un anhelo afanoso y desinteresado de verdad que guíe a nuestra mente en el camino de adquirirlas.*

Sólo por la sustitución positiva de ambas potestades será eficaz nuestro desasimiento de las que en determinado instante nos dominen, porque, para

emanciparse de una fuerza, no hay medio sino suscitar en contra de ella otra fuerza. Y sólo por la función que es propia de ellas, entonaremos nuestra vida, impidiéndola adormecerse en el estancamiento del ocio, o disiparse en la estéril fatiga del movimiento sin objeto.

Vano sería que, con menosprecio de la complejidad infinita de los caracteres y destinos humanos, se intentara reducir a pautas comunes cuáles han de ser tal propósito y tal convicción: bástenos con pedir que ellos sean sinceros y merecedores del amor que les tengamos. No juzguemos tampoco de la realidad y energía de estos principios directores poniéndoles por condición la transparencia, la lógica y la asiduidad con que aparezcan en la parte de vida exterior de cada uno. Aun más: bien pueden ellos asistir en un alma sin concretarse en idea definida y consciente: sin que el alma misma lo sepa; como bien puede ceder a una atracción aquel que piensa que se mueve con voluntariedad; y no por esta causa es fuerza que sea menor la eficacia y poder de tales principios. Así, mientras hay quienes presumen de llevar en sus actos una superior finalidad y de alimentar en su alma una creencia, y todo es vanidad y engaño, porque las que toman por tales no son sino mirajes de su fantasía, sombras que tocan y no mueven los resortes de la voluntad, hay también quienes, alardeando quizá de indiferentes, o acusándose de escépticos, llevan, muy abrigada y en seguro, una luz interior, una oculta fuerza ideal que, sin que ellos lo sepan, concierta y embalsama su vida, guiando, con el tino genial de lo inconsciente, sus pasos, que ellos consideran errabundos, y su corazón, que ellos tienen por santuario sin dios...

## CII

Dicen de San Pedro de Alcántara que, por el hábito humilde de llevar siempre puestos en el suelo los ojos, no supo nunca cómo era el techo de su celda. Imaginemos que pueda suceder otro tanto al escritor a quien la continuidad de fijar la vista en el papel desacostumbra de mirar a lo alto de su estancia; o bien al hombre apesadumbrado, al reflexivo, al encorvado por enfermedad o vejez. Pues a pesar de este desconocimiento del techo bajo el cual pasan la vida, en cuanto ven y perciben a su alrededor hay una modificación que procede virtualmente del techo. Porque él *domina*, de todas veras, en la estancia; y no se reduce a ser en ella límite y abrigo, ni a completar y presidir la apariencia, sino que, a modo de genio tutelar, asiste en el ambiente y las cosas. Por su color y pulimento, el techo influye en el grado

de la luz. Según la especie de su composición, refuerza o atempera el calor. Por su forma y altura, rige en el modo como se propagan los sonidos. La reverberación de ese espejo, el matiz de esa tapicería, el tono de ese bronce, algo, de intensidad o atenuación, le deben. Ejércese su imperio sobre el eco que levanta la voz y sobre el rumor que hacen los pasos: todo está en relación de dependencia con él.

Así, una soberana idea, una avasalladora pasión, que ganan la cúspide de nuestra alma, influyen, en nuestros pensamientos y obras, mucho más allá de su directo y aparente dominio; y si bien no alcanzan nunca a sojuzgar del todo las discordancias y contradicciones que nos son connaturales, participan a menudo en lo que parece más ajeno y remoto de sus fines. Y aunque tal idea o pasión permanezcan, como suelen, fuera de la luz de la conciencia, y tú no sepas cuál es la fuerza ideal que tiene mayor poder sobre ti —nuevo Pedro de Alcántara que desconozcas el techo de tu celda—; o aunque sabiéndolo, apartes de esa fuerza el pensamiento, y porque la olvidas imagines que la alejas, ella, mientras no sea arrancada de raíz, influirá constantemente en tu alma; ella dominará tu vida espiritual, hasta el punto de que no se dará dentro de ti cosa relativamente duradera que no lleve, en algo, su reflejo.

Por esta razón, no es menester que una suprema finalidad a que consagramos nuestra vida, ahuyente, celosa, de su lado, a las otras que quieran compartir con ella, en menor parte, nuestro amor e interés. Déjelas vivir; y secreta y delicadamente, las gobernará y aplicará a su antojo; y lejos de tener en ella rivales, tendrá amigas y siervas. Tal vimos que pasaba en el espíritu de Idomeneo, que, concediendo su atención a las cosas del camino, en todo lo que sentía y admiraba ponía un recuerdo del móvil superior que le llevaba sin premura a su término.

## CIII

La imagen fiel, el caso ejemplar, de esta omnipresencia de una idea que ocupa el centro del alma, es el espíritu del enamorado, que se agita en mil lides y trabajos del mundo, sin que por ello se aparte en un ápice, de su pasión. Un grande amor es el alma misma de quien ama, puesta en una honda, original armonía; de suerte que todo lo que cabe dentro de ese vivo conjunto, está enlazado a aquel amor con una dependencia semejante (por no negar palabras a otra imagen que me las pide) a la que vincula a la varia vegetación de una selva con la tierra amorosa de cuyo seno brotan

los jugos que luego ha de transformar cada planta según las leyes propias de su generación. Todo lo de la selva: la frondosa copa y la yerba escondida; la planta que compone el bálsamo y la que produce el veneno; la que despide hedor y la que rinde perfume; la serpiente y el pájaro: todo lo de la selva se aúna y fraterniza dentro de la próvida maternidad de la tierra. Así, a un grande amor no hay recuerdo que no se asocie, ni esperanza y figuración del porvenir que no esté subordinada. Cuanto es estímulo de acción, cuanto es objeto de deseo, viene derechamente de él. El preside en la vigilia y el sueño, numen del día y de la noche; y si hay un acto o pensamiento en la vida que parezca ajeno a esta concorde unidad, pronto una mirada atenta encontrará la relación misteriosa; como cuando miramos el reflejo de la orilla en el agua, y vemos, entre otras, una forma fluctuante que no parece corresponder a cosa de afuera, hasta que luego la atención descubre que aquello viene, como lo demás, de la orilla.

## CIV

Con esta aptitud de una potencia directora del alma, para avasallar, habilidosa e indirectamente, todo lo que medra en torno de ella, sin necesidad de propender a quedar solitaria y única, tiene congruencia el tema que llamaré de la *asociación* o la *subordinación* de vocaciones. A los casos en que el tiránico y receloso absolutismo de una vocación, como el que indicamos en Carlos XII y en San Bruno, hiela y aridece el espíritu para cuanto se aparte de una perenne idea, pueden oponerse aquellos en que una vocación predominante, sin disminución de su fervor, sino, por el contrario, persuadida de éste mismo, suscita y estimula otras vocaciones secundarias, conviviendo con ellas y empleándolas como instrumentos suyos, con lo que se resarce de la parte que les cede de fuerza y atención.

La universalidad legitimada por una omnímoda e igual suficiencia es privilegio rarísimo; y aquella falsa universalidad que disipa en aplicaciones vagas y dispersas las energías que pudieran ser fecundas si se las fijara un objeto constante, es como rasero que allana todo relieve del pensamiento y de la voluntad; pero la unión de dos y aun más, vocaciones, cuando las vincula una correlación orgánica, que hace que se complementen o auxilien entre sí, es eficaz y dichosa armonía que la Naturaleza frecuentemente concierta, y constituye un interesante sujeto a que referir la observación de los espíritus.

Veces hay en que no puede hablarse de asociación de dos vocaciones,

ni de subordinación de la una a la otra, sino sólo de coexistencia. Viven ambas en incomunicación, sin que las enlace ni una afinidad esencial, proveniente de su índole y objeto, ni una relación que traben accidentalmente en la unidad personal de quien las reúne. Cada vocación es un sistema autónomo, y como un alma parcial, que se manifiesta por actos a que para nada trasciende el influjo de la otra. Ejemplo de ello hallaríamos en la personalidad de Garcilaso, movida, a un tiempo, por los númenes de la guerra y de la poesía, y en quien el poeta no se acordó jamás de que era a la vez heroico soldado, porque cantó, no glorias épicas, sino escenas pastoriles y tiernos amores. Serían ejemplo de ello, también, los sabios en las ciencias de la naturaleza que, como Arago y como el químico Dumas, concedieron parte de su tiempo a la acción o la propaganda política. Pero, con mucha más frecuencia, dos vocaciones que coinciden en una sola alma, mantienen entre sí relaciones, más o menos claras y directas, de ayuda y colaboración. Y aun cuando no concurran, ni tengan modo de concurrir, a un objeto común, sino que aparentemente se separen para la obra, esas dos aptitudes que un mismo espíritu abarca, suelen auxiliarse, cada cual desde su campo, de tan eficaz y recíproca manera, que se las compararía con el alga y el hongo contenidos en la unidad maravillosa del liquen: asociación inquebrantable, conmovedor ejemplo de mutuo socorro para las primeras luchas por la existencia, en que el alga toma del hongo la humedad que ella no tiene y necesita, y el hongo toma del alga los principios asimilables que él no podría elaborar por sí. Cada aptitud proporciona a la otra, elementos, sugestiones, estímulos, medios de disciplina o de expresión.

Pocas veces este lazo solidario entre dos aptitudes que comparten la extensión y fuerza de un espíritu, está fundado sobre tan justa reciprocidad y tan exacta proporción, que no sea posible señalar cuál de las dos descuella y tiene el mando; aunque no por esta preferencia de una ha de entenderse que el beneficio de la unión sea para ella sola, sino común a entrambas; a la manera como hay común interés en las relaciones entre el amo y el obrero, o entre el maestro por oficio y el alumno. Aun en aquellos espíritus universales en que multitud de aptitudes se congregan, determinando una como ausencia de vocación diferenciada y precisa, no es difícil empeño acertar con la nota fundamental. Así, en don Alfonso el Sabio, predomina el carácter del legislador; en el Dante, el del poeta; en Raimundo Lulio, el del filósofo; el del pintor en Leonardo de Vinci.

## CV

Indiquemos algunas de estas subordinaciones de aptitudes. Las distintas formas de vocación *contemplativa,* entendiendo por tal la que se cifra en el ejercicio del pensamiento y el cultivo de la ciencia o el arte, aparecen frecuentemente en el espíritu del hombre de acción, como medios encaminados al logro del objeto que persigue su voluntad: como auxiliares de esta preponderante vocación activa. Así en los grandes capitanes y en los grandes conductores de multitudes, a quienes la posesión de cierta facultad literaria ha servido, ya para realzar la influencia de su personalidad y su ejemplo con el poder arrebatador de la palabra caldeada en las fraguas de la pasión y del arte; ya para esculpir ellos mismos, con la narración de sus hazañas, el pedestal de su inmortalidad: Xenofonte, Josefo, Julio César, Bonaparte, Bolívar... Así también en los hombres de estado, consejeros y agitadores, para quienes la aptitud oratoria, incluyendo, como especie de ella, la de la propaganda escrita, propia de nuestro Agora moderno, ha sido instrumento eficaz de su principal carácter de hombres de acción: Pericles, Lord Chatham, William Pitt, Danton, Guizot, Thiers...; y aun pudiera decirse que es de la naturaleza de este dón de la oratoria elocuente, no manifestarse en su plenitud sino por semejante consorcio o vasallaje; porque el dón de la oratoria no es grande por sí: es grande como aptitud subordinada al arte soberano de la acción, de donde toma, no sólo su transitoria utilidad, sino también su perenne y peculiar belleza. Subordínanse igualmente las letras a la acción en aquellos otros hombres políticos que han dejado la substancia de su experiencia o la historia de sus recuerdos, en obras que la posteridad lee, no únicamente por su interés histórico, sino por su valer literario: como Maquiavelo, como Antonio Pérez, como Felipe de Comines. Y subordínanse también en los descubridores y exploradores que han sabido reflejar, en páginas donde circula el aire y la luz, la emoción de las aventuras gloriosas, y la palpitación de la naturaleza sorprendida en su desnudez y candor: desde el más alto de todos, desde Colón, con la pintoresca e ingenua poesía de ciertos pasajes de su *Diario.*

Relación semejante ofrece el espíritu del apóstol favorecido con la virtud, ya cariciosa, ya flageladora, de la expresión, o que resueltamente penetra en los términos del arte para pedir a la obra bella alas con que propagar su doctrina. Del anhelo de comunicar la propia fe y de mover el impulso de la caridad, fluye en los siglos ese doble río de elocuencia; poderoso, encrespado y bramador en Crisóstomo, en Tertuliano, en Jerónimo: de cuya casta de espíritus viene el alma de fuego de Lamennais; manso,

suave y arrullador en Ambrosio, en Gregorio Nacianceno, en Basilio, que prestan el secreto de su gracia a Fenelon y a Francisco de Sales. Y tanto en el pastor que se auxilia de la palabra para formar o conducir una piadosa grey, como en cualquier otra especie de hombre de acción que sea dueño a la vez del dón de la forma, frecuentemente ocurre que esta aptitud subordinada es la que lleva en sí el superior merecimiento y la promesa de la gloria cierta, por más que la mayor intensidad de la vocación y del anhelo esté de parte de la otra; y quizá cuando ha pasado la virtud de la palabra para mover las voluntades, su hermosura aparece mejor, más limpia y patente; al modo como, quebrada la redoma, trasciende y se difunde el bálsamo.

Pero no es sólo la aptitud de hablar o escribir bien lo que, en los espíritus preferentemente consagrados a las obras de la voluntad, vale como potencia accesoria de la acción. Otras maneras de arte se prestan igualmente a desempeñar ese auxilio. Cómo la facultad de la composición musical, subordinándose a la vocación del apóstol, del reformador, la sirve de instrumento precioso de convocatoria y simpatía, muéstralo el *Choral-Buch* de Lutero, donde la conciencia religiosa emancipada y entonada halla su expresión en el lenguaje sublime a que dos grandes almas, encendidas en igual fuego de original y cándido fervor: Ambrosio, el mismo de la suave elocuencia, y Gregorio Magno, dieran norma y medida cuando los balbuceos de la fe. Y si en las notas de la música cabe el genio de propaganda del apóstol, cabe también en los colores y las líneas; y el apóstol pintor encarna en la figura de Metodio, al monje griego que, poniendo ante los ojos de Bogoris su *Juicio final,* comunicó al pecho del rey búlgaro la llama de piedad que le había movido a pintarlo.

Esta tendencia de la vida de acción: el apostolado religioso, préstase, más que otra alguna, para ejemplo de cómo una vocación que pertenece al orden de la voluntad, suscita y mantiene bajo su amparo y sugestión otras vocaciones, de la voluntad misma o del pensamiento. Cuando la vocación religiosa asume forma ascética y contemplativa, es, por su aciaga fuerza de inhibir y sofocar todo expansivo impulso del alma, ejemplo cabal de lo contrario: ejemplo cabal de vocación que se recoge a su centro y queda en monótona quietud; pero si tiende a la acción y al proselitismo, entonces, por la propia razón de que dispone de los más formidables apasionamientos y las más imperiosas disciplinas que puedan subyugar la naturaleza del hombre, da aliento e inspiración a diversísimas actividades y vocaciones secundarias, que se desenvuelven en el arte, o en la ciencia, o en las más varias direcciones de la vida activa. Una comunión de creyentes ha menester las formas de un culto; y así para la eficacia de este medio de obrar sobre la imaginación y la sensibilidad, como para realzar la dignidad del

obsequio que tributa a su Dios, propende a acoger en su regazo los primores y magnificencias del arte: ya levantando las columnas y torres de sus templos; ya tallando en la piedra sus imágenes venerandas; ya fijándolas, por el color, en el lienzo; ya cincelando el oro y la plata para las alhajas del altar; oficios todos que se confundieron con la misma profesión religiosa, en los monjes arquitectos, escultores, imagineros y orífices, de los tiempos medios; ya expresando y comunicando la emoción por los sones de la música, que, hasta después de entrado el siglo XV, fue también oficio de eclesiásticos; ya, finalmente, recurriendo a la virtud de la palabra, en la oratoria y el himno. Pero, no satisfecha con los auxilios del arte, esta idea avasalladora requiere los de la ciencia, y los de distintos géneros de acción. Desde luego, aspira a prevalecer por la enseñanza, y esto determina una vocación pedagógica, que se complementa, para el gobierno perenne y sutil de las conciencias, con la práctica de la observación del psicólogo y el moralista; y además vincula a sus propósitos el ejercicio de la caridad, lo que la pone en fácil relación con la ciencia de curar los males del cuerpo, ciencia que, subordinada a la inspiración caritativa, imprime carácter a la figura del monje cirujano, del famoso Baseilhac. Por otra parte, una fe religiosa tiende, de suyo, a expandirse, a llegar a remotas gentes, a convertir a los que permanecen fuera de la verdad que ella cree poseer: y de aquí nacen dos vocaciones tributarias, que, como las demás de esta especie, trascienden más allá de su inmediata finalidad piadosa: la vocación científica del filólogo y la vocación activa del explorador. El impulso a estudiar las lenguas bárbaras o extrañas, para buscar camino por ellas en el corazón del infiel; impulso que llevó a Raimundo Lulio, en su reclusión del Monte Randa, a sumergirse en las fuentes de la ciencia árabe, y que contribuyó poderosamente a iniciar a la Europa cristiana en el conocimiento del árabe mismo y del hebreo, fue también el que inspiró a los misioneros españoles y portugueses que, yendo tras las huellas de los conquistadores, trajeron a la filología, el estudio de las lenguas americanas, y dilataron o perfeccionaron el de las asiáticas. La vocación del explorador de tierras incógnitas, identificada con la del misionero, aparece, aun modernamente, en espíritus como el de Livingstone, que llevaba consigo, a lo ignorado del Africa, junto con los instrumentos de la observación científica, la Biblia del evangelizador.

Como la vocación religiosa, las demás manifestaciones de la vida de acción: la del soldado, la del navegante, la del político, toman con frecuencia también bajo su protección y tutela, actividades del espíritu, que no se reducen a la que indicamos ya, de la expresión literaria. Documentos de esto son aquellas mismas obras en que marinos, hombres de gobierno y guerreros, han dejado testimonio de sus hechos y de su experiencia; siempre

que en las páginas de tales obras predomine, sobre los prestigios de la forma y el arte de la narración, el caudal de observaciones recogidas en el trato con la naturaleza física, o de nociones referentes al arte de la guerra, o a la ciencia y el arte de la política. Montalembert es ejemplo de ilustre capitán, cuya eminente aptitud en las ciencias que tienen conexiones con la profesión de las armas, le valió para unir a los lauros de la acción, y aun mejor ganados, los del estratégico teórico. Igual cosa diría del archiduque Carlos, que después de resistir gallardamente a los ejércitos de Napoleón dejó, por fruto de su experiencia y su saber, dos obras clásicas en la estrategia.

Una patente demostración, social o colectiva, de cómo una apasionada efervescencia de las energías de la acción provoca y estimula, como actividad subordinada, los afanes del conocimiento científico, particularmente en su aplicación a las artes de la utilidad, ofrécela la Francia revolucionaria: cuando, respondiendo la Convención al doble propósito de la defensa nacional y de la consolidación del nuevo régimen político, mantiene, en los espíritus electrizados por los entusiasmos de la libertad, aquella emulación de descubrimientos o invenciones con que poner, en manos del heroísmo, más poderosas fuerzas: de donde nacieron el telégrafo de señales, los primeros ensayos de la aerostación militar, el perfeccionamiento de la fabricación del acero y de la pólvora; mientras, en esfera más alta y permanente, el nuevo espíritu alentaba la reorganización de la enseñanza común y de toda suerte de estudios; congregándose, para las distintas manifestaciones de esta obra del saber puesto al servicio de una acción titánica, entendimientos científicos como el de Condorcet y el de Lagrange, el de Berthollet y el de Fourcroy. En pasados siglos, los romanos de Marcelo habían visto multiplicarse y agigantarse, cual si interviniesen artes de magia, la resistencia de la ilustre Siracusa a sus armas conquistadoras, por inspiración del matemático de genio, que, sublimando su ciencia en el amor de patria, oponía a las naves del sitiador sus espejos ustorios, sus palancas guarnecidas de garfios y sus catapultas ciclópeas; para luego personificar la trágica fatalidad de la caída, sucumbiendo al golpe del soldado que le encuentra absorto, mientras raya en el suelo las líneas de un problema.

Así como la acción se vale de la sociedad del pensamiento, las diferentes formas de la vida de acción trábanse, frecuentemente, en aptitudes compuestas, donde una a otra se realzan y estimulan. El genio militar asociado a la superior capacidad del mando civil y la inspiración de las leyes, fulgura en Carlomagno, en Napoleón, en Federico el Grande. La voluntad perfecta del santo, conciliada con un dón que, como el de gobernar a los pueblos, parece incluir por necesidad algo de malicia o violencia, se llama

Marco Aurelio en el paganismo, Luis IX en los siglos cristianos. La gloria del marino y la del guerrero se confunden en quienes, como Nelson, ganaron fama luchando con las tormentas y los hielos, antes de realzarla luchando con los hombres; y en quienes, como Alburquerque, después de orientarse sobre la mar a tierras remotas, las sojuzgaron por la espada. La compañía del heroísmo guerrero y la vocación del amor caritativo y piadoso de que nace el heroísmo de la santidad, es unión contradictoria y tremenda, como de principios enemigos, que, mientras se abrazan, se repelen, y mientras se socorren, se odian; pero de esta contradicción, comparable a las disonancias con que el músico de genio suele obtener estupenda y paradójica armonía, nace aquel género de sublimidad que admiramos en el alma ardiente del cruzado, en quien compiten el derretimiento de piedad y el ímpetu vengador.

Asociaciones como ésa, de principios antagónicos que se sintetizan y levantan a una inesperada unidad, suelen producir, en el orden de la vocación como en todas las manifestaciones del espíritu, eficaces y sorprendentes resultados; con los que se corrobora lo que dijimos al hablar de las complexidades y contradicciones de nuestra naturaleza, que, aproximando a veces elementos que nunca estuvieron juntos ni parecerían capaces de estarlo, dan con ello ocasión a una originalidad superior, persistente y fecunda. El ejemplo más alto y significativo que pudiera citarse es el de Colón. Dos vocaciones diversísimas, y aun antitéticas, dentro de la general categoría de la vida de acción, reuniéronse en aquella alma extraordinaria: una vocación de iluminado, de profeta, de apóstol, persuadido de su predestinación para ensanchar los dominios de su fe y rescatar el sepulcro de su Dios; y una vocación de logrero, de mercader, de negociante codicioso y tenaz, como de raza liguria, que le llevaba en fascinación tras los imaginarios reflejos del oro soñado en sus visiones de lejanas Cólquidas. Acaso, separado y solo cada uno de estos estímulos, no hubiera sido capaz de llevar el hervor de la voluntad al punto necesario para sazonar la perseverancia inquebrantable de la resolución; pero los dos se unieron, y la voluntad tomó su punto.

El sentido común propende a considerar alejados, por natural antipatía, el fervor de una apasionada idealidad, y la inteligencia del dinero y el sentido de los intereses materiales. Pero si se piensa en que, aun allí donde el desprendimiento y la abnegación de todo bien terreno resplandezcan más puros, cabe estimar los medios de acción que proporciona la riqueza, para llevar adelante una obra magna o acudir a las necesidades de los otros, se concebirá fácilmente la posibilidad de un espíritu inflamado en un grande amor ideal y que, por instrumento de este amor, pone en ejercicio, no energías heroicas ni inspiraciones remontadas, sino una habilidosa y perse-

verante aptitud de administración y economía. El cristianismo primitivo, naciendo del seno de una raza donde se unieron siempre la más ferviente religiosidad y el más fino tacto económico, confió la dirección y vigilancia de las cosas temporales, en las comunidades que instituyó, a manos de los *diáconos;* y estos trabajadores prudentes y celosos, a quienes[9] la idea cristiana debe la parte más sólida, aunque menos aparente, de su propagación, fueron hombres de idealidad y de fe, que al servicio de la suprema vocación de su alma pusieron un admirable sentido de la vida práctica, y de conservación y equidad en el cuidado de los bienes comunes y el reparto de sus rendimientos.

## CVI

Si una preponderante vocación activa usufructúa a menudo, como de vocación accesoria, de la aplicación a una ciencia o un arte, dase también la subordinación opuesta: una preponderante vocación de ciencia o arte, que se auxilia, para los fines que le son propios, de la tendencia a determinado género de acción.

Suele la voluntad del héroe hacer compañía al genio del poeta: el cual diríase que arranca entonces, por su propio brazo, de las entrañas de la realidad, el material que luego su genio doma y esculpe. Del rojo cobre heroico fundido con el resplandeciente estaño de la imaginación del poeta, nació el bronce del alma de Esquilo, y del alma de Camoens, y del alma de Ercilla; y héroe y poeta a la vez, Koerner cae gloriosamente en Mecklemburgo, después de haber exaltado, como el Tirteo de otra Esparta, el sentimiento de la libertad. No menos suele infundirse eficazmente la vocación del heroísmo en un alma de artista, para suscitar el estallido del dón de belleza en obra grande y vividora; como cuando la fiebre del entusiasmo bélico desata en Rouget de Lisle la inspiración de su himno inmortal. De la acción puede partir el primer impulso del arte, como del arte el primer impulso de la acción: el anhelo de fijar en forma sensible los recuerdos de sus campañas en la epopeya napoleónica, despierta el numen del pintor en Lejeune; y en orden inverso, la preferencia por las escenas de guerra como objeto de pintura, induce a Adolfo Beaucé a abrazar el género de vida en que podrá observar de inmediato la realidad que prefiere para original de su arte.

9 En la primera edición: "a que la".

El instinto de libertad, de aventura, de indagación curiosa, de la vocación del marino, aportando materiales e inspiraciones a una dominante facultad de escritor, produce a Marryat, a Fenimore Cooper; y en nuestra época, y en más alta esfera del arte, al encantador Loti, último y alambicado vástago de la posteridad de Marco Polo.

Una vocación científica puede, igualmente, buscar en la acción instrumento que le valga u objeto que la inspire. Basta, para imaginarlo, comparar la existencia sedentaria del sabio recluido en la clausura de la biblioteca, del laboratorio o del museo, con la del sabio explorador, con la del viajero por amor de la ciencia: La Condamine, Bonpland, Stanley...; en cuyo espíritu concurren necesariamente, con las facultades propias de la sabiduría, muchas de las condiciones esenciales del hombre de acción: la voluntad resuelta, la familiaridad con el peligro, la experiencia del mundo, la disposición y agilidad para las marchas arduas y penosas; y a veces, el heroísmo sublime y la abnegación del sacrificio. De semejante modo, la vocación del arte médica, vinculándose, por el objeto a que se aplica, con la actividad y las costumbres de la carrera de las armas, produce un cirujano militar como Percy, incorporado a los ejércitos de la Revolución y del Imperio hasta el mismo día de Waterloo, para llevar adelante, paralelamente a los combates de la ambición y del odio, y con táctica no menos vigilante y rápida, los combates de la humanidad y de la ciencia.

## CVII

Prescindiendo ya de la acción, las distintas aptitudes de la mente forman, las unas con las otras, vocaciones complexas, en que cada aptitud pone, según el fin que predomina, ya lo fundamental, ya lo accesorio.

Para el genio científico el privilegio anexo de la aptitud literaria es instrumento preciosísimo, con el que vuelve diáfana y comunicable la verdad, por la virtud de la exposición luminosa, y logra la notación distinta y neta de todos los matices del pensamiento. Tal en Galileo, en Buffon, en Humboldt, en Claudio Bernard, en Pasteur... Si las condiciones literarias se levantan a más alto grado, comprendiendo aquellas virtudes esenciales de la imaginación y el sentimiento, que invaden los dominios de la creación poética, resultan de ello espíritus como el de un Renan o un Guyau, en quienes el entendimiento de verdad y el dón de realizar belleza se compenetran y ensimisman, de modo que no parecen formar sino una única actitud: una actitud compuesta, dentro de la cual sería difícil discernir

la parte que toca a cada género de facultades. Diríase entonces, usando el lenguaje de la química, que hay entre ambos combinación, no mezcla solamente. ¿Quién apartaría en la *Vida de Jesús*, o en *La irreligión del porvenir*, la obra del pensador de la obra del artista?...

Recíprocamente, la presencia de todas o una parte de las facultades propias del sabio, completando un espíritu en que prevalecen las del poeta, imprime sello peculiar a esas almas que compiten, hasta donde es posible en tiempos de plenitud de cultura, con el carácter del poeta primitivo, revelador y educador: los Homero y Valmikis de las edades refinadas y complejas; desde Lucrecio, por quien la savia del saber antiguo cuajó en pomposa magnolia, hasta Goethe, que llegó en la ciencia a la originalidad y la invención, y Schelling, a quien deliberadamente cuento como soberano poeta de la prosa, en síntesis *sublimemente didáctica* del mundo, antes que como filósofo. La inspiración de Leopardi, evocando, en su purísima integridad, la más íntima belleza antigua, y exprimiendo en sus formas transparentes la amargura de una propia y personal filosofía, que tiene su lugar bien diferenciado en la historia de las ideas, no pudo nacer sino, como nació, de espíritu que era el de un filólogo eminente y el de un metafísico de genio. La ciencia de las cosas pasadas, subordinándose a la intuición, por modo artístico, de la misma muerta realidad, concurre a la aptitud peculiar de los novelistas históricos, como Walter Scott, Freytag y Manzoni. Si se invierte el orden de esta subordinación, dando el primer rango a la verdad estricta y comprobable, se pasa a la ciencia de la historia tal como la conciben y ejecutan los historiadores coloristas: Thierry, Barante, Michelet; pero, aunque abstractamente considerado este género, sea ciencia que se auxilia del arte, es más frecuente que, en la obra concreta y en las facultades del autor, el arte prevalezca sobre la otra vía de conocimiento. Ni es menester que se aplique a una de estas formas intermedias entre ciencia y arte, la producción del escritor artista, para que su ciencia, si es honda y potente, trascienda a la belleza que él crea, y circule por bajo de ella como la corriente invisible de la sangre que presta aliento y color a un cuerpo hermoso. La acrisolada sabiduría de un Flaubert o un Merimée ¿qué suma de luces y elementos no habrá aportado a la realización porfiadísima de aquel ideal de belleza fundada en verdad, precisión y limpidez, que ambos persiguieron?... El modo como el naturalismo literario soñó en identificar al arte con la ciencia, no fue sino transitorio desvarío, porque importaba desconocer la autonomía inviolable y esencial de los procedimientos del arte; pero toda relación es posible y fecunda mientras se contenga en el fondo y sedimento del espíritu, donde hunde sus raíces la obra, y deje libre el sagrado misterio de la generación estética.

El acuerdo de una afición científica circunscrita a un objeto limitado y único, con una inspiración de poeta, aplicada y ceñida al mismo único objeto, de modo que formen entre ambas una simple y graciosa armonía, como fruto y flor que una menuda rama sustenta, vese en la sencilla dualidad de espíritu de Rodrigo Caro, el arqueólogo contraído a las vejeces de su tierruca, que, volviendo de remover, en las orillas del Betis, el polvo de las ruinas romanas, supo decir inmortalmente a Fabio la tristeza de los *campos de soledad* donde fue *Itálica famosa.*

En el artista plástico y el compositor de música, no menos que en el escritor y el poeta, un fondo de saber extenso y vario, que se dilate, más allá de lo técnico de la cultura, con honda perspectiva de ideas, que para el artista son visiones, es mina que enriquece la imaginación, y roca sobre que ella adquiere seguridad y firmeza. Pero, además, en el conocimiento teórico de cada arte, que complementa y acrisola la maestría de la práctica, caben vínculos más directos y constantes con la aptitud en determinado género de ciencia. Así, nadie podría determinar con precisión dónde acaban los términos de la anatomía pictórica dentro de la descriptiva, ni hasta qué punto el cabal dominio de esta última es capaz de fortalecer y afinar las vistas que infunde la primera, cuando, como en Leonardo de Vinci, el estudio de las formas humanas, iluminado por la observación genial del pintor, se apoya en aquella comprensión, más honda y analítica, de nuestro cuerpo, que adquirió de experiencias e investigaciones por las que merece lugar entre los precursores de Vesalio. Alberto Durero señoreó también un fundamento de cultura que excede de los límites estrictos de la disciplina del pintor y le habilita para escribir, con discreción y originalidad, ya sobre las medidas geométricas, ya sobre las proporciones humanas. El arquitecto artista es, por esencia de su oficio, el ejecutor de una obra de utilidad a que concurren la geometría y la mecánica; y para complemento y realce de lo que hay, en su labor, de ciencia aplicada, pone su intuición de belleza. En el teórico de la música, que frecuentemente lleva en sí, como aptitud accesoria, y aun predominante, la facultad de la creación o de la interpretación, la inteligencia matemática es elemento precioso, y al que le vincula natural afinidad y simpatía, tratándose de un arte que reposa todo él en relaciones numéricas de sonidos e intervalos. Así, es matemático eminente un Choron; y obra de matemáticos fue, en la antigüedad, desde Architas de Tarento y Pitágoras hasta Boecio, cuanto se razonó sobre la concordia de los números sonoros. Ciencia matemática es la astronomía; y tanto Herschell como Tolomeo, entendieron de música, y Herschell fue ejecutante y cifró en ello la vocación de su adolescencia.

Por otra parte, dos aptitudes: una, científica; otra, artística, que coexisten

en un espíritu, aun cuando no se relacionen de modo persistente y orgánico, que nazca de conexiones reales y objetivas entre la una y la otra, pueden vincularse accidentalmente y con resultado fecundo. La vocación artística interesa y estimula al espíritu para una tarea en que aplique las luces de su ciencia: y éste ha sido origen de más de un descubrimiento glorioso y más de una eficaz investigación. La antigüedad atribuía la primera determinación de las leyes de la perspectiva al genio de Esquilo, que, movido del deseo de asegurar el efecto y propiedad de las decoraciones teatrales de sus obras, habría convertido la atención a aquel punto de la matemática. Van-Eyck, el gran artista flamenco, a quien pertenece, según toda probabilidad, la invención de la pintura al óleo, era un hombre de ciencia, que fue llevado, por sugestión de su facultad dominante de pintor, a emplear su dominio de la rudimentaria química de entonces, en la búsqueda del procedimiento que diese brillo y gradación a las huellas del pincel. De análoga manera, Daguerre, que halló el modo de fijar las imágenes obtenidas en la cámara obscura, fue un espíritu en que se reunía, a la vocación y la aptitud del experimentador científico, el interés por la reproducción artificial de las formas, propio de su naturaleza de pintor. En memorias del gran Cuvier se hizo el elogio de los sabios trabajos de Bennati, el médico mantuano que, poseyendo una hermosísima voz y una apasionada vocación de cantante, concretó su ciencia fisiológica al objeto que le señalaba la predilección de su facultad artística, en perspicaces investigaciones sobre el mecanismo de la voz humana.

Si de la relación entre arte y ciencia, pasamos a la de las diferentes artes entre sí, siempre en cuanto a la posibilidad de asociarse dentro de la capacidad de un mismo espíritu, la frecuencia de estas asociaciones acrece. De la unión de las tres artes plásticas en un artista dimos ejemplos cuando hablamos de la universalidad de la aptitud. La pintura y la escultura se concilian, ya en quienes fueron ante todo pintores, como Paul Dubois; ya en quienes fueron preferentemente estatuarios, como Millet. Todavía más fácil y común es el consorcio de las dos artes de la piedra: arquitectura y escultura, que, hasta muy adelantado el moderno resurgir del arte, no se separaron, emancipándose la estatua de la unidad del organismo arquitectónico; y que, aun después de consumada esta emancipación, juntan sus luces en artistas como Jacobo Sansovino, Ammanati y Juan de Bolonia. Reunir a la inspiración de un arte plástica, la de la música, ya es caso más singular y peregrino, como que requiere el desposorio de dos formas, en cierto modo antitéticas, de imaginación. La universal facultad de los espíritus del Renacimiento las presenta unidas, sin embargo, aunque en muy desigual proporción de aptitudes, en pintores insignes, como Miguel Angel, Leonardo y el Verocchio; y aun entre los artistas plásticos modernos, no faltan quienes, como Delacroix

e Ingres, tuvieron una secundaria aptitud musical, que, si hubiera gozado de preferente vocación, acaso excediera de la medianía. Difícil parece concebir cómo maneras de imaginar tan divergentes podrían auxiliarse o cambiar entre sí estímulos y sugestiones; pero si se considera que, en una imaginación plástica de enérgica virtud, las impresiones del sonido, como cualquier otro género de sensación, sentimiento o idea, propenderán naturalmente a sugerir formas visuales, es fácil admitir que la emoción musical, traduciéndose en el espíritu del pintor por representaciones corpóreas, que expresen correspondencias, más o menos personales y arbitrarias, entre las sensaciones de la vista y del oído, sugiera e inspire motivos de pintar; o que, recíprocamente, la forma plástica con anterioridad concebida, tienda, en el pintor que es al propio tiempo músico, a reflejarse en determinado orden de sonidos. Oportuno es recordar, a este respecto, que uno de los artistas que abarcaron ambos extremos de imaginación: Salvator Rosa, compuso con el mismo nombre de *La Hechicera,* un cuadro y una melodía.

Menos raramente conviven las dotes del artista plástico y del poeta; y esta convivencia toma forma cooperativa y hermanable cuando ambas facultades de un espíritu convergen por distinta vía a un mismo fin *(Ut pictura poessis . . .),* ciñéndose la poesía a la imitación del mundo físico, como en el idílico Gessner, cuyos poemas son la traducción verbal de sus cuadros; o bien, cuando la palabra del poeta se consagra a la devoción de la otra arte, para celebrar su grandeza o acuñar en áureos versos sus preceptos: así en Pablo de Céspedes, una de las más gallardas figuras de las letras y el arte, en la España del gran siglo: pintor en quien la concomitante aptitud poética se dedicó, exclusiva o preferentemente, a cantar de la gloria y hermosura del arte del color. Artistas que, como Fromentin y Guillaumet, tuvieron, además del dón de colorear el lienzo, el de manejar artísticamente la palabra, hicieron de la pluma, igual que del pincel, un instrumento con que fijar las líneas y colores prisioneros en sus retinas. Poetas como Víctor Hugo y como Bécquer, aplicaron, con verdadera inspiración, una accesoria aptitud de dibujantes, a interpretar y traducir plásticamente las concepciones de su imaginación poética.

La facultad literaria, reunida, dentro de una misma personalidad, con la del músico, para obra en que ambas participan, tiene magnífica realización en el espíritu de Wagner, que persiguiendo, a favor de esta dualidad de su genio, la perfecta concordia de la expresión musical con la inventiva dramática, dio tipo a ese drama bifronte, cuya manifestación cumplida no se logrará sin la conformidad y confluencia de ambas suertes de inspiración, desde sus nacientes en el misterio de una sola alma inspirada. Arrigo Boito, con la doble obra poética y musical del *Mefistófeles,* es otro ejemplo insigne

de esta asociación de aptitudes. Unidos en más simple y candorosa armonía, para el leve organismo de la *canción,* música y verso suelen brotar de un solo aliento del alma: así en los cánticos y *lieder* a que Hans Sachs puso la tonada y, la letra, o en el himno glorioso de que Rouget de Lisle es doblemente autor; cual si por un momento recobrasen las dos artes del sonido su elemental y primitiva hermandad, volviendo al tiempo en que, de la lira de los Terpandros, Simónides y Timoteos, nacían, como merced de un numen único, el són melodioso y la palabra rítmica. Otras veces, coexistiendo dentro de una misma personalidad, pero sin concurrir a obra común, la facultad del músico y la del poeta, únense por simpatías e inspiraciones eficaces, como las que a menudo transparentan las historias fantásticas de Hoffmann, que, escritor más que músico, aunque también lo fue de alto mérito, toma con frecuencia, para sus ficciones, asuntos y motivos que debe a un profundo sentimiento de la sugestión infinita y el poder, como taumatúrgico, vinculados a la vibración musical.

El florecimiento, en la vocación y aptitud de un mismo espíritu, de más de un género literario, es hecho más frecuente que la absoluta consagración del escritor a un género único. Puntualizando esto, se patentatizarían relaciones casi constantes. Apenas podrá nombrarse gran poeta que no haya sido, además, notable prosador. Apenas se hallará poeta dramático de primera magnitud, que no haya llevado dentro de sí un poeta lírico más que mediano. Los oradores escritores (si se les busca en lo alto y verdaderamente superior de la elocuencia) se cuentan, sin duda, en mayor número que los que carecieron de estilo capaz de emanciparse de la tutela de la expresión oral.

En aquellas artes que por su índole requieren, para poner de manifiesto la belleza que crean, el auxilio de otra arte interpretativa, no es raro caso que concurra, con la aptitud creadora, la aptitud de la interpretación. Grandes compositores excedieron también como ejecutantes: Mozart, Beethoven, Mendelssohn... Grandes poetas dramáticos: Plauto, Shakespeare, Molière, fueron asimismo actores; y Molière lo fue genialmente. Aun fuera del género poético destinado a la representación, esta aptitud de interpretar activamente las propias ficciones, aptitud que, en los orígenes de la poesía, se identificó, quizá, y fue una sola, con la esencial inspiración del poeta, se reproduce a veces en el mismo autor de ficciones narrativas, como en Dickens, cuyas lecturas públicas de sus obras novelescas eran maravillas de declamación y mímica, y en Alfonso Daudet, de quien se cuenta que tuvo prodigiosa gracia para contar, con todos los colores y palpitaciones de la vida, las escenas que imaginaba. La facultad del cómico, como dominante o sustantiva, y la de producción dramática, como accesoria, reúnense en el

espíritu de Garrick; y en el de Paganini la soberana capacidad del ejecutante, del *virtuoso,* descuella por encima del positivo ingenio del compositor.

El entendimiento crítico y el dón de la propaganda y la polémica, ha ciendo de auxiliares de la creación literaria, para mantener la doctrina y los procedimientos que ésta ejemplifica, han sido dados, respectivamente, a artistas reflexivos como Goethe, y a innovadores arrebatados como Zola; y a su vez, una facultad crítica eminente suele traer junto consigo dotes relativas de poeta, con que poner en arco tirante las flechas del precepto y la sátira, según vemos en el ritmo preciso y autoritario de Boileau; o con que cultivar, en huerto propio, cierta flor de belleza, que, en Macaulay y en Sainte-Beuve, trasciende con la escogida y concentrada esencia de la *Canción del lago Regilo* y de algunas de las *Consolaciones.*

¡Cuántos volúmenes de críticos de oficio y de doctores de la estética, podrían cambiarse por fragmentos de crítica nacidos de la conciencia reflexiva de la propia producción, como la *Carta de las unidades dramáticas* de Manzoni; el prólogo del *Cinq-Mars* de Alfredo de Vigny; el del *Cromwell* de Víctor Hugo; el de los *Sonetos eclesiásticos* de Wordsworth, y cualquier página teórica o polémica de Carducci!

Vulgar prejuicio es entender que el dón y energía de la práctica, en algún orden de generación de belleza, inhiba o reste fuerzas a la aptitud de la teoría. El artista creador tiene, desde luego, para doctrinar sobre su arte y hacer la historia de él, la superioridad que le confiere, sobre los otros, su iniciación e intimidad en los secretos de la obra, y además, esa segunda vista que el amor ferviente del objeto presta para todo linaje de conocimiento. Es así como la inteligencia teórica, y la apreciación sentida, de lo bello, deben a la contribución personal de los artistas, invalorables tesoros. Dictando, como Alfonso el Sabio, las leyes de su monarquía, Leonardo de Vinci produce su didáctica *Della pittura,* que Rubens había de emular con disquisición de igual género. En páginas escritas por pintores: Vicente Carducci o Palomino, Reynolds o Lebrun, duran observaciones, enseñanzas y juicios de arte, que, cuando no tienen valor definitivo, lo tuvieron histórico. Aún leemos la vida de los artistas del color en libros del pintor Vasari. Aún guarda su interés mucho de lo que sobre el arte de la música teorizaron ejecutantes y compositores, desde Salinas y Rameau, hasta Schumann y Liszt. La obra revolucionaria de Wagner reposa no menos que en sus maravillas de creación, en la ciclópea columna de sus escritos de propaganda y doctrina; y Berlioz, al propio tiempo que, con sus sinfonías y sus óperas, daba los modelos que debían modificar en Francia los rumbos de la música, mantenía, con la pluma de sus revistas del *Journal des Débats,* uno de los más animados, interesantes y fecundos movimientos de ideas, de que haya ejemplo en la crítica de arte.

No es menos fácil de hallar la recíproca subordinación de aptitudes: la facultad de la teoría, como talento capital; la de producción, como aptitud complementaria. Los grandes teóricos de la música tuvieron en su mayor parte, y algunos más que medianamente, la capacidad de producirla: así Matthesson, Martini, Choron, Fetis, Castil-Blaze. Artistas plásticos de nota fueron muchos de los escritores que mejor han doctrinado y juzgado de colores y líneas: baste citar a Gautier, a Delecluze, a Charles Blanc. En Viollet-le-Duc, el escritor insigne de arquitectura y arqueología parte su gloria con el ilustre restaurador de los monumentos góticos. La prédica inspirada de Ruskin, que ha dado cuerpo al más original, al más ferviente, al más religioso entusiasmo por el arte, que en modernos tiempos se haya propagado en el mundo, es la palabra de un pintor.

## CVIII

Si buscamos la complexidad de la aptitud dentro de los distintos modos y objetos de conocimiento que abarca el inmenso espacio de la ciencia, no serán menos las vocaciones que hallaremos frecuentemente vinculadas, con lazo orgánico y fecundo.

Comenzando por la aptitud científica más sintética y alta: la del filósofo, apenas podrá citarse ejemplo de superior capacidad metafísica que no haya venido acompañada del saber original e inventivo, o cuando menos de la versación vasta y profunda, en algún género de ciencia particular. Este como punto de apoyo puede ser las matemáticas: así en Platón, en Descartes, en Malebranche; o las ciencias naturales y biológicas, como en Hartmann, Spencer y Bergson; cuando no se fija indistintamente, con la universalidad de Aristóteles o de Leibnitz, en las más varias partes de los conocimientos humanos. A su vez una ciencia particular, dominada con poderosa fuerza de síntesis y pensamiento trascendente, implica una aptitud de generalización filosófica, que habilita a un Lamarck para remontarse, de la labor paciente del naturalista, a una concepción de los orígenes y las transformaciones de la vida en el mundo; y a un Vico, del conocimiento de los hechos históricos, a la idea de las normas que sigue el desenvolvimiento de las sociedades humanas.

El genio matemático se manifiesta a veces en su exclusivo e incomunicado campo de abstracción, sin fijar en las líneas y los números otro interés que el que ellos llevan en sí mismos para quienes los comprenden y aman; pero, con no menor frecuencia, busca, después de ejercitarse en ese campo,

el camino de una realidad concreta, y trasciende, ya a la astronomía, levantándose, con Huygens, Laplace y Leverrier, a medir los movimientos y distancias celestes; ya a la física, para completar, en el examen de las propiedades de los cuerpos, los recursos del saber experimental. Este último caso es patente demostración de dos aptitudes heterogéneas que se unen y tienden, en eficaz compañerismo, a una sola finalidad. La mayor parte de los grandes observadores de la Naturaleza, a quienes se deben, en la indagación de sus leyes o el sometimiento de sus fuerzas al poder del hombre, las más preciadas conquistas, desde Galileo y Newton hasta Helmholtz, fueron espíritus en que se reunieron la aptitud del experimentador y la del matemático.

La observación del mundo material tiene por objeto abstraer las leyes generales a que obedecen las cosas y los seres, de donde nace la sabiduría del físico, del químico y del biólogo; o bien, estudiar concretamente las cosas y los seres mismos, describiéndolos y caracterizándolos, como hacen el geógrafo y el naturalista. Estos distintos sentidos de la observación se relacionan entre sí de modo que ninguno puede considerarse en absoluto ajeno de los otros; y sus relaciones objetivas se reproducen, a menudo, subjetivamente, en la vocación y la aptitud del sabio. El geógrafo naturalista, favorecido en ambos respectos por la facultad de aproximar dos órdenes de hechos tan fundamentalmente vinculados, se personificaría en la gran figura de Humboldt. Otras veces, el estudio concreto de los cuerpos vivos o inorgánicos tenderá a complementarse por el de las propiedades abstractas de los cuerpos, y el naturalista será físico a la vez, como Réaumur; o se levantará el naturalista, del conocimiento particular de los diferentes organismos, a la consideración general de la existencia orgánica, y será desde ese instante fisiólogo, como Haller y Spallanzani. Aun con la abstracción matemática, de la que la separa el campo intermedio de las ciencias físicas, cabe que se asocie alguna vez, inmediata y eficazmente, la aptitud del observador en las ciencias concretas de la naturaleza; y de este modo, un mineralogista como Haüy necesitó la maestría del geómetra para desenvolver su descubrimiento de las leyes de la cristalografía. Si la relación se circunscribe a las tres ciencias que, por antonomasia, llamamos "naturales", los lazos son tan íntimos, en el objeto y los procedimientos, que el paso de una a otra es aún más fácil y lógico. Un botánico como Linneo extiende a los dominios de la zoología su genio clasificador, y promueve, en cuanto mineralogista, el estudio de los cristales; zoólogos como Buffon y Cuvier, salvan, con gloria, los límites de la geología. El género de observación del físico y el del químico, después de alternar en espíritus como el de Gay Lussac, se identifican en las experiencias que llevaron a Berthelot a convertir las reacciones de la química en problemas de mecánica molecular, sentando con ello los fundamentos de una

ciencia compleja que participa del objeto de las dos. Y si la tarea del químico se enlaza, por un extremo, con la del experimentador de la física, por el otro se enlaza y confunde con la del fisiólogo y el biólogo, según quedó probado en el laboratorio de Lavoisier y lo corroboran luego los trabajos del mismo Berthelot sobre la química orgánica, y aun más patentemente, la grande obra de Pasteur, que, para dejar huella indeleble en la fisiología experimental y la ciencia médica, hubo de empezar por ser químico eminente.

Vocaciones científicas de aun más ostensible complejidad arraigan en esas dilatadísimas fronteras entre las ciencias del espíritu y la sociedad, por una parte, y las físicas y naturales, por la otra; fronteras en que la portentosa labor del último siglo encontró campo casi virgen y obtuvo de él pingüe rendimiento; ya buscando en los datos de la biología nueva luz para las ciencias sociales; ya uniendo en apretado lazo los estudios psicológicos con las experiencias de la fisiología; ya tendiendo a modificar, por las conexiones entre lo moral y lo físico, el concepto del delito y la pena; ya, en fin, haciendo retroceder los límtes de la ciencia del pasado mediante la fundación de la arqueología prehistórica, que, por sus vínculos con el objeto propio del geólogo, ha sido, preferentemente, estudio de naturalistas.

Fuera de las relaciones persistentes entre dos distintas ciencias, cuando de la propia índole y naturaleza de ambas fluye que puedan asociarse para un objeto común, caben relaciones accidentales, suscitadas por un motivo histórico, que hace que, en determinado tiempo y lugar, la vocación de una ciencia implique, necesaria o ventajosamente, la de otra. Así, cuando el renacer de la cultura clásica, y hasta muy adelantada la emancipación del pensamiento científico respecto del magisterio de la antigüedad, la ciencia médica fue tributaria de la filología. La dualidad de aptitudes que luego es excepcional privilegio en el espíritu de un Littré, aparece entonces, con relación orgánica, en los Cornario, los Foes, los Leonicello, los Montano, los Guido Guidi. Todo médico sabio había de ser, en aquel tiempo, filólogo, radicando, como radicaba, el conocimiento de las leyes y preceptos de su disciplina, antes que en la observación y la experiencia, en el dominio de las lenguas en que hablaba la autoridad de los antiguos. Otra vinculación accidental de la filología con las ciencias naturales (ya que su vinculación con las antropológicas e históricas es persistente y clarísima), vese en el maestro de Linneo y precursor de su gloria: en Olao Celsio, que concertó su maestría de filólogo y su sabiduría de botánico, para obra en que tanto se había menester de ambas disímiles capacidades como la determinación y clasificación precisas de las plantas nombradas en el Antiguo Testamento.

La relación accidental que entre dos diferentes objetos de conocimiento científico establece su coincidencia fortuita en la vocación de un mismo

espíritu, aunque objetivamente no sean capaces de asociarse de modo íntimo y estable, puede sugerir el propósito de enlazarlos de esta suerte, y conducir a un ensayo de unión artificiosa y forzada, que se disipará apenas pase la causa meramente personal que la mantiene; pero, aun así, raro será que de esa unión efímera no quede algún recuerdo precioso, alguna sugestión feliz, algún resultado positivo. Un matemático de alto valer, como Borelli, guiado por una secundaria vocación de fisiólogo, intenta unir disciplinas tan separadas, en su naturaleza y su método, como la que considera el orden abstracto de la cantidad y la que estudia el orden concreto de la vida: marra el intento en lo fundamental, pero deja de su paso ideas que prevalecen, en una parte capaz de relación con el objeto de la mecánica, como el movimiento muscular.

Asociación de aptitudes que frecuentemente se realiza es la del entendimiento teórico de una ciencia, con la facultad de su aplicación, en invenciones prácticas, o en el ejercicio de alguna de las artes de utilidad que toman su savia de las distintas ramas de los conocimientos humanos. En lugar medio entre aquellos espíritus que sobresalieron exclusivamente en lo especulativo de la ciencia: desenvolviendo una teoría sin otro objeto que probar la verdad, como Copérnico, o instituyendo un método sin tener la aptitud de aplicarlo, como Bacon; y aquellos, de condición opuesta, de índole únicamente utilitaria, que nunca se remontaron a las generalidades y las leyes: un Watt, un Edison, un Morse..., hay lugar para aquellos otros en quienes se reunieron ambas facultades: tanto Arquímedes, que, con el religioso candor de un sacerdote de la ciencia pura e ideal, se acusaba de haber rebajado la alteza de lo verdadero aplicándolo a la realización de lo útil, como Galileo, Pascal y Huygens. Ningún caso más adecuado para poner de manifiesto la verdad de lo que dijimos sobre la mutualidad de las ventajas de una orgánica correlación de aptitudes: que no beneficia sólo a la mayor y preponderante, ni sólo a la menor y sumisa. El saber teórico y fundamental presta luz e inspiración para la práctica y la utilidad: pero, a su vez, éstas concurren a confirmar y precisar aquel saber, pasándolo por el crisol de una experiencia prolija. Palmario ejemplo de ello es la ciencia fisiológica, que se ha desenvuelto paralelamente con el arte médica, debiendo sus mayores adquisiciones y adelantos a la estimulación constante y poderosa del interés de esa nunca interrumpida aplicación. El fisiólogo, y luego el biólogo, son, históricamente, médicos que abstraen y emancipan una parte de sus estudios. Aun en el puro médico, cabe diferenciar del que reproduce y concilia en su aptitud lo que su consagración profesional tiene de ciencia, como una especie dentro de la fisiología, y lo que tiene de arte, aquel que descuella exclusivamente en la teoría, y el que exclusivamente luce en los vislumbres, intuiciones y aciertos semiempíricos de la práctica de

arte tan conjetural e insegura. La química, no menos que la fisiología, fue, desde un principio, utilitaria, como heredera de los codiciosos sueños de la alquimia; y los Lavoisier, los Guyton, los Priestley, reunieron a su ciencia la inspiración de las aplicaciones útiles. La física experimental, vinculada, en sus orígenes, a espíritus exclusiva o preferentemente teóricos, pasa, desde el último siglo, a ser también, y con preferencia, objeto de los de mera aplicación y utilidad; y en cuanto a las matemáticas y la mecánica, tuvieron siempre, además de los entendimientos fundamentales y especulativos, los consagrados a aplicarlas a las necesidades de la subsistencia social: ya cortando y sobreponiendo las piedras, ya conduciendo las aguas, ya guiando el curso de las naves; pero lo mismo en el matemático que en el físico, reúnense, en mil casos, la facultad de la teoría y la de su aplicación: de esto dimos ya ejemplos encabezándolos con el gran nombre de Arquímedes. Menos frecuente es hallar una relación semejante en el espíritu del naturalista; porque las artes de utilidad que se agregarían teóricamente a sus dominios, en el cultivo de la tierra y el aprovechamiento de sus dones, se desenvuelven, casi siempre, aparte del saber desinteresado y superior.

Interesante facultad accesoria de la sabiduría en determinado género de ciencia, es el dón de enseñarla; la virtud de comunicación y simpatía que constituye el genio del maestro, y que, por su valor propio y substantivo, determina y caracteriza en ocasiones la superioridad de un espíritu, más que lo que hay en él de ciencia original, de modo que es su verdadera facultad dominante; según se manifiesta en profesores que, no ya hablando de letras o de historia, donde brota de suyo la elocuencia, sino en cátedras de medicina, levantaron la oratoria didáctica a la eficacia y el brillo que hacen famosos los nombres de Fourcroy y Felipe Pelletan; eminentes, sin duda, por la calidad de su saber, pero más, por la maestría con que lo trasmitieron.

Aun aptitudes de menos aparente valor y trascendencia suelen ser preciosas en el espíritu del sabio, para complementarle, o facilitarle camino.

La destreza del dibujante, como aptitud subordinada a un género de investigación que requiera, para comunicar sus resultados, el medio objetivo de la estampa, luce en los naturalistas y anatómicos que, como Camper, Andebert o Lyonnet, fueron, al propio tiempo, grabadores ilustres.

La habilidad de construir por propia mano los instrumentos y mecanismos adecuados al modo de observación o de experiencia de que ha menester la principal aptitud, fue siempre como sierva humilde y oficiosa en los más altos espíritus investigadores: desde Rogerio Bacon hasta Newton; desde Pascal hasta Franklin; desde Galileo hasta Humphry Davy.

## CIX

Opuesto caso al de estas eficaces complejidades, es aquel en que coexisten una vocación real y fecunda y otra falsa y baldía. No hay entonces sociedad coadyuvante, lazo vital, como entre el alga y el hongo; antes bien se reproduce la unión del parásito incapaz de fruto que sirva, con el árbol a quien quita jugo (puesto que jugo de toda aptitud es la atención), sin compensar en modo alguno el mal que le causa. Así, en Napier, el exégeta delirante junto al genial matemático; y en Lamartine, junto al poeta glorioso el vano político.

No menos importa deslindar de la asociación o subordinación de vocaciones el caso en que la única que realmente existe induce a tomar, sin impulso que nazca del corazón ni responda a la conciencia de nueva aptitud, un estado profesional, una manera de actividad determinada, sólo por las ventajas que esto ofrece, en virtud de circunstancias accidentales y exteriores, para el libre desenvolvimiento de la inclinación verdadera. Tal hubo de pasar a menudo cuando el claustro, o la vida sedentaria y pacífica del clérigo, eran el medio propicio a que solían acogerse los espíritus de meditación y de estudio: como Copérnico, que toma las órdenes al volver de los viajes de su juventud, acaso más que por fervor religioso, por gozar de la paz que le permitió contraerse, durante el resto de su vida, a la contemplación del *cielo* real y sensible. Y tal pasa también, para citar otro ejemplo, cuando San Sebastián, el mártir de Narbona, inflamado en la vocación caritativa, sienta plaza de soldado en el ejército del César, sólo por estar en aptitud de tender su mano protectora a los que son objeto de persecución.

## CX

De otro punto de vista merecería estudiarse la relación entre dos vocaciones coexistentes en un mismo espíritu, comparándolas, no ya en cuanto al auxilio que se presten, sino en cuanto a la fisonomía y estilo de sus obras, o de los actos en que se traducen.

Por disímiles que sean, si se las considera abstractamente, las dos actividades en que una conciencia divide su atención, y por más separadamente que se desenvuelvan, cabe precisar entre ellas, encarándolas según la manera personal como se desempeñan y caracterizan, semejanzas que revelen que ambas aptitudes están subordinadas a la unidad orgánica de una personalidad en que dominan ciertas propiedades de espíritu. Así, el sabio artista pondrá en las

obras de su arte y en las de su ciencia, condiciones comunes: la fineza de la observación, el procedimiento laborioso, la nimiedad y pulcritud; o por lo contrario, la iluminación instantánea, el procedimiento intuitivo, la audacia de la concepción. Pero ¿será tan constante y segura esta relación de semejanza, que pueda convertírsela en ley?

Sainte-Beuve esbozaba, hablando de Pascal, una cuestión interesante: ¿no podría decirse que en este grande espíritu el geómetra manifiesta unas mismas cualidades de genio que el escritor, a diferencia de D'Alembert que imprime en sus trabajos matemáticos caracteres, en cierto modo, reñidos con los que muestra en su literatura?

. . . . . .

## CXI

Una potencia ideal, un numen interior; sentimiento, idea que florece en sentimiento; amor, fe, ambición noble, entusiasmo; polo magnético según el cual se orienta nuestro espíritu, valen para nosotros, tanto como por lo que valga el fin a que nos llevan (y en ocasiones, más), por su virtud disciplinaria del alma; por su dón de gobierno y su eficacia educadora.

Aunque su obra no aparezca, desenvuelta exteriormente en acción, y mueran encerrados dentro de sí mismos, como un sueño, su obra es realísima y fecunda.

Cuando falta en tu alma una energía central que dé tono y norte a tu vida, tu alma es un baluarte sin defensa, y mil enemigos que de continuo tienen puestos los ojos sobre él, caen a tomarlo, compareciendo así de la realidad que te circunda como del fondo de tu propia personalidad. Los que proceden de afuera son las tentaciones vulgares, ocultas tras la apariencia de las cosas. Quien no tiene amor y aspiración donde se afirme, como sobre basa de diamante, su voluntad, se expone a ceder a la influencia que primero o con más artificiosidad lo solicite en los caminos del mundo, y ésa viene a ser así su efímero tirano, sustituido luego por otro y otros más, con el sol de cada día. Queda su alma en la condición de la Titania de Shakespeare, cuando, durante el sueño, fueron restregados sus párpados con la yerba que tenía virtud de infundir amor por lo que antes se viere. Desconoce el liberal y razonable poder de un sentimiento maestro que la ordenaría como en una bien concertada república, y sufre ser pasto a la ambición de multitud de advenedizos. A los que la acechan en las emboscadas del mundo, únense los que

ella esconde en su interior: esos enemigos domésticos que son las propensiones viciosas, los resabios mal encadenados, los primeros ímpetus de nuestra naturaleza. Fácil es ver cuán contradictorio y complejo (y cuán miserable, siempre, en gran parte,) es el contenido de un alma. Sólo la autoridad de una idea directora que sujete, aunque sin tiránico celo ni desbordado amor de sí misma, la libertad en sus límites, puede reducir a unidad la muchedumbre de tantas fuerzas opuestas. Faltando esta idea directora, nadie sino el acaso y el desorden suscitarán quien se arrogue su poder, de entre la encrespada muchedumbre; y es del acaso y el desorden hacer prevalecer antes lo malo que lo bueno.

Así como, en lo material, se ha dicho con exactitud que nuestra marcha no es sino una caída continuamente evitada, así, por lo que toca al espíritu, la recta voluntad es la constante inhibición de un extravío, de un móvil tentador, de una disonancia, de una culpa. Una potencia ideal que nos inspira, fija la norma a esa función de nuestra voluntad, y es a menudo como el demonio socrático, que se manifestaba en el alma del filósofo, más por la inhibición de lo que no concordaba con su ley, que no por su capacidad de iniciativa. Dondequiera que elijamos la potencia ideal, y aun cuando nos lleve en dirección de algo vano, equivocado o injusto, ella, con sólo su poder de disciplinarnos y ordenarnos, ya encierra en sí un principio de moralidad que la hace superior a la desorientación y el desconcierto: porque la moralidad es siempre un orden, y donde hay algún orden hay alguna moralidad.

## CXII

Relaciónase con esto que digo de la virtud disciplinaria de una potencia interior que nos domina, una proposición llena de dudas: —¿Valdrá más, para el buen gobierno de la vida, ausencia de amor, o amor consagrado a quien sea indigno de inspirarle?

En una primera consideración de las cosas, ello se resolvería de acuerdo con la propiedad que el amor tiene de asemejar a quien lo tributa y a quien lo inspira, siendo éste el original y aquél el traslado: de suerte que la virtud del amor no sería en sí mala ni buena, sino relativa a la calidad del objeto en que él pone la mira; y según fuese el objeto, la virtud del amor variaría entre lo sumo de las influencias nobles y lo ínfimo de las causas de abatimiento y abyección: entre lo más alto y lo más bajo; porque tal como el amado es y tal como necesita, para su complemento, a quien le ama, así lo rehace y educa con la más sutil y poderosa de las fuerzas. Condición del alma que, ya por útil a sus propósitos, ya sólo por la complacencia que halla en

ella, desea en el amante el amado, o la descubre en él o la crea; y de este modo la sugestión de amor vuelve al amante en hechura del espíritu que le enamora. En la poética expresión del amor es sentimiento frecuente el anhelo de refundirse y transformarse, para ser aquello que pueda determinar más íntima vinculación con el ser a quien se ama, o que ofrezca modo de hacerle mayor bien y de rendirle homenaje más singular y fervoroso. Quisiera ser, dice el amante, el aire que se embebe en tu aliento; la flor humilde que huella tu pie; el rayo de sol que te ilumina; la lejana estrella en que fijas la mirada cuando el éxtasis de tus sueños... Natural aspiración del que ama es ser amado; suspira el amador por ser amable; pero como la amabilidad que granjea correspondencia es relativa al parecer y dictamen del amado, para cada objeto de amor la amabilidad es una, y de la calidad de este objeto a quien se ha de complacer toma inspiración y modelo la amabilidad. Si en lo antiguo era sentimiento común que amar a una diosa deificaba, no es menos cierto que aquel amor que se cifre en lo propincuo a la bestia dará por fruto el salto atávico de Nabucodonosor... Sabiduría, torpeza; esperanza, duda; candor, perversidad; luces y sombras del juicio; arrojos y flaquezas del ánimo: todo bien y todo mal, todo desmerecimiento y toda excelencia, son capaces del alma a quien amor posee, según la sueñe y ambicione la otra alma su señora; lo mismo cuando obre ésta por cálculo y voluntad consciente, que cuando domine por fatal y como magnético influjo. En todo amor hay abnegación de misticismo, sea el misticismo divinal o diabólico; porque, desposeyéndose de su voluntad y su sér propio el amante, se transporta al objeto de su amor, renace en él y participa de él: "vive en su cuerpo", según el enérgico decir de Eurípides; y si el objeto es ruin o ha menester, para el término que se propone, los oficios de la ruindad, ruin hará al amador, y le hará noble y grande si por afinidad busca estas alturas, o si para el destino a que, de su natural, gravita, requiere como valedores nobleza y grandeza. Dame que mire al fondo del alma donde está el norte de tu amor, y yo te diré, como visto en cerco de nigromántico, para dónde vas en los caminos del mundo, y lo que ha de esperarse de ti en pensamientos y en obras.

Si esto fuese absolutamente verdadero, una helada impasibilidad valdría más que el amor que se cifra en quien no merece ser amado. Sólo que en la misma esencia de la amorosa pasión está contenido, para límite de esa fatalidad, un principio liberador y espontáneo, de tal propiedad y energía que con frecuencia triunfa de lo inferior del objeto; y así, aun aplicado a objeto ruin, infinitas veces el amor persevera como potencia dignificadora y fecunda; no porque el amor deje entonces de adecuar la personalidad del enamorado a un modelo, ni porque este modelo sea otro que la imagen de su adoración; sino porque es virtud del alma enamorada propender a sublimar la idea del

objeto, y lo que la subyuga y gobierna es, más que el objeto real, la idea que del objeto concibe y por la cual se depura y magnifica la baja realidad, y se ennoblece, correlativamente, el poder que, en manos de ésta, fuera torpe maleficio Una cosa hay, en efecto, capaz de superar la influencia que el sér real de lo amado ejerce en la persona del amante; y es el sér ideal que lo amado adquiere en el paradigma de la imaginación caldeada de amor, con omnipotente arbitrio sobre la sensibilidad y la voluntad que a aquella imaginación están unidas. Este es el triunfo que sobre su propio dueño logra a menudo el siervo de amor, siendo el amor desinteresado y de altos quilates: redimir, en idea, de sus maldades al tirano, y redimido el tirano en idea, redimirse a sí mismo de lo que habría de funesto en la imposición de la tiranía, valiéndose para su bien de aquella soberana fuerza que en la intención del tirano iba encaminada y prevenida a su mal: vencedor que utiliza las propias armas del vencido, como Judas Macabeo lidiaba con la espada de Apolonio. Porque lo que importa es, no tanto la calidad del objeto, sino la calidad del amor; y más que de la semejanza con el sér real del objeto, ha de nacer, la belleza de la imagen, de la virtud del amor sincero, generoso y con sazón de idealidad. Común hazaña de esta estirpe de amor es trocar en oro el barro, en bálsamo el veneno; fecundizar lo vano, mundificar lo inmundo; poner en el corazón del amante la sal preciosa que le guarde de la corrupción, y en sus labios el ascua ardiente que depuró los del profeta. Si en el encarnizamiento y el vértigo del amor bastardo va incluido un principio de descomposición moral, una *idea febrilis,* cuyo proceso sugirió a Alfonso Daudet las páginas despiadadas de su *Safo,* el amor alto y noble lleva en sí una capacidad de ordenación y de sublime disciplina que corrobora y constituye sobre bases más fuertes todas las energías y potencias de la personalidad. Aun en su manifestación violenta, procelosa y trágica, el escogido amor mantiene su virtud purificadora y el poder de dejar levantada y entonada la voluntad que halló en indigna laxitud: del modo como ha solido suceder que cae un rayo a los pies del paralítico, y lejos de causarle daño, le vuelve en un instante y para siempre la libertad de sus miembros.

## CXIII

Otra benéfica influencia de una idea o sentimiento superior, que domina dentro de nosotros, es que se opone a la dispersión y el anonadamiento de infinitas minuciosidades de nuestra actividad interna.

Cuando tu alma no está sujeta a un poder tal, multitud de pensamientos e imaginaciones cruzan cada hora de tu vida por ella, que se pierden, uno

tras otro, sin nada que los detenga y ordene a un fin en que sean provechosos; pero si una fuerza ideal domina, activa y vigilante, en tu espíritu, gran parte de esos tus vagos pensamientos, de esas tus fugaces y leves imaginaciones, son atraídos al círculo de aquella fuerza dominante, y si algún valor de utilidad llevan en sí, ella se lo adueña y lo junta con lo demás que tiene dispuesto para su uso y provisión; porque es propio de estas grandes fuerzas del alma allegar su caudal como el avaro, que no desprecia más el ruin maravedí que la moneda de oro. Pasa, en más amplio terreno, como mientras componemos un libro, que cuanto vemos, pensamos y leemos, se relaciona con la idea que preside a la obra de nuestra fantasía, y de uno u otro modo la enriquece y va abriendo campo para ella. Y no se limita la idea que gobierna soberanamente nuestro espíritu a subordinar a su imperio esos elementos que congrega: su poder, más que con el yugo que somete, debe compararse con la simiente que fecunda; porque, al detener y penetrar de su esencia a un pensamiento que pasa por su lado, le excita frecuentemente a dar de sí un orden nuevo de ideas, acaso superior a ella misma, no de otro modo que como la generación vital obtiene del amor de los padres una distinta, autonómica, y quizá más noble, criatura.

Así como en tiempos de cándida y ferviente religiosidad, un resplandor, un rumor, cualquier cosa nimia, adquiere fácilmente para el alma sobreexaltada del neófito un significado místico y una trascendencia profunda, por donde se explican avisos e iluminaciones sublimes, así, para quien lleva en el alma un grande amor ideal, mil pequeñeces de la realidad de cada hora, mil leves impresiones del sentimiento y del sentido, que para el común de los hombres pasan sin dejar rastro de sí, toman un poder movedor de asociaciones nuevas y fecundas, una sugestiva virtud que abre inopinadas vistas sobre lo útil o lo hermoso.

. . . . . .

¡Cuánto pensamiento fecundo, cuánta invención feliz, cuánta verdad nueva, o nueva hermosura, o victoria para el bien, o mejora en la condición de muchos, no habrá perdido la humanidad de este modo: cruzar por una mente, como inesperado relámpago, una idea; negarle, la misma mente que la tuvo, la caridad de su atención; despreciarla, juzgarla paradoja nacida del libre juego de la fantasía; y en la profundidad adonde caen las cosas que desampara la memoria perderse la idea para siempre, cuando, atendida, cuidada, puesta bajo los auspicios de la reflexión, ella hubiera podido recorrer el trecho que va del germen al fruto, y de la quimera a la gloria!

. . . . . .

En suma, una devoción ideal que prevalece por cierto tiempo en tu vida, aun cuando luego se marchite y pase, deja en ti el bien de la disciplina a que te sometió; de las tentaciones de que te apartó; del empleo que dio a fuerzas erráticas de tu sensibilidad y de tu mente; del entusiasmo con que embelleció tu alma; de la necesidad de orden y armonía que instituyó en ella, para siempre, con la autoridad de la costumbre.

## CXIV

### HYLAS

Hylas, efebo de la edad heroica, acompañaba a Hércules en la expedición de los Argonautas. Llegadas las naves frente a las costas de la Misia, Hylas bajó a tierra, para traer a sus camaradas agua que beber. En el corazón de un fresco bosque halló una fuente, calma y límpida. Se inclinó sobre ella, y aún no había hecho ademán de sumergir, bajo el cristal de las aguas, la urna que llevaba en la mano, cuando graciosas ninfas surgieron, rasgando el seno de la onda, y le arrebataron, prisionero de amor, a su encantada vivienda. Los compañeros de Hylas bajaron a buscarle, así que advirtieron su tardanza. Llamándole recorrieron la costa y fatigaron vanamente los ecos. Hylas no pareció; las naves prosiguieron con rumbo al país del áureo vellocino. Desde entonces fue uso, en los habitantes de la comarca donde quedó el cautivo de amor, salir a llamarle, al comienzo de cada primavera, por los bosques y prados. Cuando apuntaban las flores primerizas, cuando el viento empezaba a ser tibio y dulce, la juventud lozana se dispersaba, vibrante de emoción, por los contornos de Prusium. ¡Hylas! ¡Hylas! clamaba. Agiles pasos violaban misterios de los frondas; por las suaves colinas trepaban grupos sonoros; la playa se orlaba de mozos y doncellas. ¡Hylas! ¡Hylas! repetía el eco en mil partes; y la sangre ferviente coloreaba las risueñas mejillas, y los pechos palpitaban de cansancio y de júbilo, y las curvas de tanta alegre carrera eran como guirnaldas trenzadas sobre el campo. Con el morir del sol, acababa, sin fruto, la pesquisa. Pero la nueva primavera convocaba otra vez a la búsqueda del hermoso argonauta. El tiempo enflaquecía las voces que habían sonado briosa y entonadamente; inhabilitaba los cuerpos antes ágiles, para correr los prados y los bosques; generaciones nuevas entregaban el nombre legendario al viento primaveral: ¡Hylas! ¡Hylas! Vano clamor que nunca tuvo respuesta. Hylas no pareció jamás. Pero, de generación en generación, se ejercitaba en el bello simulacro la fuerza joven; la alegría del campo florecido penetraba en las almas, y cada día de esta fiesta

ideal se reanimaba, con el candor que quedaba aún no marchito, una inquietud sagrada: la esperanza en una venida milagrosa.

Mientras Grecia vivió, el gran clamor flotó una vez por año en el viento de la primavera: ¡Hylas! ¡Hylas!

## CXV

Exista el Hylas perdido a quien buscar, en el campo de cada humano espíritu; viva Hylas para cada uno de nosotros. Pongamos que él no haya de parecer jamás: ¿qué importa, si el solo afán de buscarle es ya sazón y estímulo con que se mantiene el halago de la vida?

Un supremo objeto para los movimientos de nuestra voluntad; una singular preferencia en el centro de nuestro corazón; una idea soberana en la cúspide de nuestro pensamiento...; no a modo de celosas y suspicaces potestades, sino de dueños hospitalarios y benévolos, a cuyo lado haya lugar para otras manifestaciones de la vida que las que ellos tienen de inmediato bajo su jurisdicción; aunque, indirecta y delicadamente, a todas las penetren de su influjo y las usen para sus fines.

Ya por el moroso Idomeneo supimos cómo la perseverancia en una alta idealidad, cómo el fervor de un gran designio, puede hermanarse con un tierno interés por las demás cosas bellas y buenas que abarca la extensión infinita del mundo. Fijemos otro aspecto de esta misma virtud de simpatía; pasémosla de la relación entre las distintas vocaciones y formas de la actividad, a la relación entre las diferentes doctrinas y creencias: considerémosla por su influjo en nuestra convicción o nuestra fe. En esta esfera, esa virtud es la fecunda y generosa tolerancia.

La tolerancia: término y coronamiento de toda honda labor de reflexión; cumbre donde se aclara y engrandece el sentido de la vida. Pero comprendámosla cabalmente: no la que es sólo luz intelectual y está a disposición del indiferente y del escéptico, sino la que es también calor de sentimiento, penetrante fuerza de amor. La tolerancia que afirma, la que crea, la que alcanza a fundir, como en un bronce inmortal, los corazones de distinto timbre... No es el eclecticismo pálido, sin garra y sin unción. No es la ineptitud de entusiasmo, que en su propia inferioridad tiene el principio de una condescendencia fácil. No es tampoco la frívola curiosidad del *dilettante,* que discurre al través de las ideas por el placer de imaginarlas; ni la atención sin sentimiento del sabio, que se detiene ante cada una de ellas por la ambición

intelectual de saberlas. No es, en fin, el vano y tornadizo entusiasmo del irreflexivo y veleidoso. Es la más alta expresión del amor caritativo, llevado a la relación del pensamiento. Es un transporte de la personalidad (que no se da sin un piadoso prejuicio de benevolencia y optimismo) al alma de todas las doctrinas sinceras; las cuales, sólo con ser creaciones humanas, obra de hombres, trabajada con los afanes de su entendimiento, y madurada al calor de su corazón, y ungida por la sangre y las lágrimas de sus martirios, merecen afecto e interés, y llevan en sí cierta virtud de sugestión fecunda; porque no hay esfuerzo sincero encaminado a la verdad que no enseñe algo sobre ella, ni culto del Misterio infinito, que, bien penetrado, no rinda al alma un sabroso dejo de amor...

## CXVI

Y además de caldearse en las fraguas de esta tolerancia, ha de ser *dinámica* nuestra convicción o nuestra fe; ha de ser modificable y perfectible, capaz de acompañar al progresivo desenvolvimiento de nuestra personalidad: condición, si bien se mira, entrañada en la otra, porque la idea que se relaciona y comunica con las que divergen de ella, por una activa tolerancia, es idea que sin cesar está plasmándose en manos de una infatigable simpatía.

De este modo, la suma de ideas que aquella que fundamenta nuestra convicción reúne y concilia, en determinado instante, en nuestra mente, no ha de ser considerada nunca como orden definitivo, como término y reposo, sino como hito con cuya ayuda proseguir una *dirección* ideal, un rumbo que llevamos: así el viajero que no conoce su camino y pregunta a los que viven junto a éste, se orienta por direcciones sucesivas, y va del árbol a la casa, de la casa al molino, del molino al sembrado.

Para que nuestro pensamiento cumpla esta ley de su desarrollo vital y no se remanse en rutinario sueño, es menester, a la vez que su aptitud de comunicación tolerante, el hábito de la *sinceridad consigo mismo*: rara y preciosa especie de verdad, mucho más ardua que la que se refiere a nuestras relaciones con los otros; mucho más ardua que la que consiste en el acuerdo de lo que aparentamos y decimos, con la inmediata representación de nuestra conciencia: testimonio que puede ser infiel, superficial, o mal depurado. Aquella honda sinceridad interior obliga a rastrear las fuentes de este testimonio; a saber de sí cuanto se pueda y con la claridad y precisión que se pueda, celando las mil causas de error que comúnmente nos engañan sobre nuestros propios pensamientos y actos, y ejerci-

tándose cada día en discernir lo que es real convicción en nuestra mente, de lo que ha dejado de serlo y dura sólo por inercia y costumbre, y de lo que nunca fue en ella sino eco servil o vana impresión. Consagrado a la práctica de este conocimiento reflexivo, buscándose a sí mismo en sus veneros hondos, el pensamiento varonil no teme, aunque ese constante esfuerzo de sinceridad y de verdad perpetúe en su seno las desazones de la agitación y de la lucha, porque desdeña la voluptuosidad de la quietud, con tal de eliminar de sí lo exánime y caduco y vivir sólo, a ejemplo del trabajador, de lo que gana cada jornada con sus fuerzas.

## CXVII

Al través de las dudas, de los desmayos y reanimaciones, de las angustias y porfías de la lucha que se desenvuelve en lo interior de la conciencia y de la que se sostiene al pleno sol de la contradicción humana, la idea que resiste, y triunfa de cuantas armas se le oponen, se fortalece, acicala y magnifica.

No es la mejor y más acreditada prueba con que pueda abonarse la sinceridad de una fe la que consiste en afirmar su igualdad inalterable, sin borrascas, sin alternativas, sin más y menos de fervor y confianza; como no sea en aquellas almas anticipadas a la celeste beatitud, que, por candor del corazón o simplicidad de la mente, salen fuera de la ley común a las otras. Pero en quien palpita con el turbio torrente de la naturaleza humana, en quien lidia los combates del mundo, una fe perennemente igual, sin tentaciones, sin deliquios, una fe que no oyó nunca pasos de enemigo interior, antes suele acusar la escasa profundidad a que ha arraigado en el alma donde asiste, manteniéndose limpia y serena porque no la frecuentan la mente con una atención ahincada ni el sentimiento con un celoso afán de amor.

No estimes, pues, la superioridad de tu fe sólo por la paz que reine en sus ámbitos. Una fe verdadera es como entraña que participa del soplo de tu vida; y la vida no consiente uniformidad, igualdad, paz sempiterna. Sólo en la máscara o la estatua hay una expresión inmutable; la fisonomía real refleja los movimientos desiguales de un alma, que varían y renuevan cien veces la apariencia del color y la línea. No es el amor más libre de nubes el que más dura y ahonda. No es la fe más firme y enérgica aquella en que faltan una discordancia, una ansiedad, un descontento de sí misma, que la estimulan, por el dolor y la inquietud que le causan, como

acicate que llevara metido dentro del corazón. Acaso duerme inalterable la fe que no reposa sino en la pasividad de la costumbre, y es comparable al charco que, desdeñado por la furia del viento, permanece en un sér; pero la fe compuesta de la misma sustancia que nosotros, la fe de un alma viva, es mar inquieta, que pasa de las calmas de la contemplación a las turbulencias del pensamiento acongojado, y de la pleamar del místico transporte a las bajantes de la flaqueza y de la duda.

## CXVIII

¡Con qué pasmosa sutileza la obra lenta y asidua de sustitución, de que provienen las petrificaciones orgánicas, trueca el despojo vegetal en concreción silícea, sin cambiar en lo mínimo su forma y estructura!

Esta piedra fue fragmento soterrado de un tronco. Descompuesta la sustancia vegetal, cada molécula que ella perdió en disolución secreta y morosa, fue sustituida al punto, y en su propio lugar, por otra de sílice. Cuando la última partecilla orgánica se hubo soltado, todo fue piedra en el conjunto; mas ni una línea, ni un relieve, ni un hueco, ni un ínfimo accidente de la construcción interna del tronco, faltaron en la conservación de la apariencia. Esta es la superficie del tronco, con sus grietas y arrugas; éstas son las fibras corticales, y éstas las capas leñosas, y éstos los radios que van del núcleo a la corteza, y éste el obscuro y compacto corazón del árbol. Aun cuando ese artificio de la Naturaleza se hubiera consumado ante un espectador perenne, éste no hubiese reparado en él; tal ha sido la lentitud, tal la perfección, de la obra. Todo está intacto en la apariencia; todo ha cambiado en la substancia. Donde hubo el resto de un árbol, sólo hay un trozo de piedra.

. . . . . .

Vé ahí la imagen de lo que pasa en multitud de almas, que un día tuvieron una convicción que exaltaba el amor, una fe viva, personal, nutrida con la savia de su corazón y de su pensamiento, apta para renovarse y ganar en capacidad y simpatía. Luego, apartaron su atención del trato íntimo con las ideas, porque la atrajo a lo exterior el bullicio del mundo; o bien, celosos de la integridad de su creencia, la guardaron de cuanto significara una remoción, un arranque innovador; y sea por lo uno o por lo otro, mientras descansaban confiados en la idea que juzgaban con vida para siempre, llegó un tiempo en que ya lo que llevaron dentro de sí fue sólo una seca

concreción, imagen engañosa de la fe que antes alentaban; con toda la disciplina que ella estableció, con todas las costumbres que determinó, con todo aquello que la constituía formalmente; con todo lo de la fe, menos su jugo y su espíritu. La paz y constancia que el alma toma entonces por signos de la resistente firmeza de su sentimiento no son sino inmovilidad de cosa muerta. La obra lenta y delicada del tiempo, obrando sin perceptible manifestación, ha sido bastante para sustituir el espíritu que creó la forma por la forma vacía de espíritu. El tiempo ha robado al alma la esencia de su fe, y el alma no lo siente. Duerme, soñando en su pasado; tan incapaz de abandonar la creencia a que un día se atuvo, como de sacar de ella nuevo, original amor, nuevo entusiasmo, nueva ternura, nueva poesía, nueva ciencia... Así soportan en el alma el petrificado cadáver de una fe, rígidos devotos, graves prelados, apologistas elocuentes; quizá, sabios teólogos; quizá, ilustres pontífices. ¿Puede llamárseles convencidos o creyentes? No, en realidad. ¿Impostores? Tampoco. Su sinceridad suele ser tan indudable como su ignorancia de lo que ocurre en su interior. *Creen que creen,* según la insustituible expresión de Coleridge.

## CXIX

Otra forma de engaño, de las que usurpan la autoridad de la razón en el gobierno de nuestras ideas, es la que podría calificarse, en cierto modo, de contraria a la que acabamos de considerar: el entusiasmo y fervor que se encienden, inopinadamente y con fuerza avasalladora, en la dolosa práctica de una fe mentida.

Empezar por la simulación y concluir por la sinceridad, no es un caso infrecuente en las opiniones de los hombres. Tomas partido, adoptas una idea, sin convencimiento real, quizá por motivo interesado, quizá siguiendo pasivamente huellas de otros. Luego, en la confesión o actividad de esa idea, te ilusionas hasta creerte firme y desinteresadamente convencido; y así, lo que primero fue máscara y engaño, pasa a ser, hasta cierto punto, verdad, capaz de inflamarte en llamas de pasión, y aun de arrebatarte al sacrificio generoso.

No implica esto que hayas llegado a convencerte: implica sólo que el simulacro con que engañaste a los demás ha concluido por engañarte a ti mismo, y piensas y sientes como si dentro de ti hubiera una idea que te gobernase por los medios propios de la madura convicción o de la fe profunda, cuando no hay sino una sombra traidora, a la que, imprudente-

mente, hiciste camino en tus adentros, pensando tener dominio sobre ella, y que te ha robado tu libertad, obrando en ti como el mandato hipnótico a que se obedece, sin saberlo, después que se ha vuelto a la vigilia. ¿Cuántas veces el mentiroso concluye por creer, con toda ingenuidad, en sus inventos? El discutidor falaz ¿cuántas veces pasa, sin transición consciente, de la artificiosidad de sus sofismas, al apasionamiento cierto y a la ilusión de que rompe lanzas por la verdad? ¿Cuántas el enamorado falso, compadecido de sí mismo, llora como penas de amor las que mueve el despecho de su ambición o de su orgullo? El más vil culpado ¿cuántas halla, en la dialéctica de su interés, recursos con que aplacar a su conciencia, y aun, con que obtener que ella le declare inocente? ¿Cuántas el divino poeta llega a sentir la realidad de lo que finge, hasta tomar, olvidando su personalidad verdadera, el alma de sus criaturas?...

Caso semejante a ésos es éste del ilusionado por sus propios fingimientos de entusiasmo y de fe. Quien tenga hecha una mediana observación en los secretos de las opiniones humanas, no dejará de conocer algún ejemplar de este linaje de convencidos y creyentes, que empezaron por un aparentar habilidoso, o cuando más, por una adhesión sin fervor ni madurez reflexiva, y que, después de mezclados en el tumulto de la acción, créense ellos mismos sinceros, lo cual es casi como si lo fueran, y obran al tenor de esta sinceridad, y tal vez se manifiestan capaces de los extremos de constancia, lealtad y valentía, en que muestra su temple la convicción heroica.

La primera palabra que, afirmando falsamente una idea, se dice en alta voz; el primer acto con que se aparenta servirla, ante las miradas ajenas, son ya un paso en el sentido de olvidar lo que hubo, en la intención, de mentira. Después, amores y odios que nacen de la acción; el interés y la vanidad, mancomunados en pro de la perseverancia; la sugestión de la sociedad de que se entra a formar parte; la táctica sutil y poderosa del hábito: todo conspira a redondear la obra. De esta manera, se cría un remedo de convicción que engaña a la propia alma en que se produce; que no es una pura falsedad, un arte de cómico, puesto que arrastra consigo el corazón y la creencia, y tal cual te figuras a ti mismo, así te hace aparecer ante el mundo, siendo tú el primer engañado; pero que dista más aún de la convicción entera y verdadera: aquella que tiene su asiento en la razón y que no llega a ti cautelada por el interés y la costumbre, sino que te busca de frente y triunfa de ti esgrimiendo, como arma, tu propio y libre pensamiento.

## CXX

Aun en el revelador, en el profeta, en el apóstol, en el que amoneda ideas con su busto y leyenda, y sin descender a contar en este número al impostor que lleva adelante la grosera simulación de una fe; aun en aquéllos ¿cuántas veces la idea que es fundamento de su originalidad, talismán de su dominio y su gloria, puede haber tenido por principio, no la intuición inspirada, ni el hondo y laborioso discurso, ni la segunda vista del corazón; no estas vías de sinceridad; sino un cálculo del interés, una volubilidad de la mente, un juego sofístico, encubridores que dieron paso dentro del alma a la idea; la que, a favor del tiempo, concluye por interesar y cautivar al mismo que la concibió sin creer en ella, hasta el punto de aparecérsele un día como absoluta verdad, y exaltarle a la fe ciega, y ocupando el centro de su alma, de donde ya no habrá fuerza que la quite, servir en adelante de norma y de motor a la actividad de ese grande espíritu para que él la honre y la propague?...

Yo no olvidaré nunca la revelación de Marmontel, en sus *Memorias,* sobre el origen de la filosofía naturista de Rousseau: de aquella abominación por los resultados de la cultura, y aquella fe en la bondad de lo espontáneo y primitivo, que fueron como el tuétano de sus obras y dieron nervio y carácter a sus pensamiento. Refiere Marmontel confidencias de Diderot, que bien pudieran no discordar con la verdad, aun cuando sabidas enemistades fueran parte a excitarlas. Paseaban juntos el autor de *La Religiosa* y el del *Emilio,* y manifestó éste su propósito de concurrir al certamen abierto por la Academia de Dijon sobre el influjo de las ciencias y las artes en la moralidad de las costumbres. —¿Qué tesis sostendrá usted? —preguntó el enciclopedista.— La afirmativa, —respondió Juan Jacobo. Observó a esto Diderot que lo común y trivial de la solución afirmativa alejaba toda probabilidad de lucimiento, en tanto que lo audaz e inaudito de la negativa prestábase de suyo al interés y la originalidad. —Es cierto... —dijo, después de meditar un instante, Rousseau—; a la negativa me atengo. Y su "memoria" del certamen, —semilla donde están virtualmente contenidas tantas cosas de su obra futura—, la famosísima invectiva contra la civilización que destierra de la sociedad humana el candor de la naturaleza.

De aquel pueril y nada austero movimiento de ánimo nació acaso toda una filosofía, que, si en el espíritu del apóstol llegó a ser, sin duda, sinceridad y pasión, en el espíritu y la realidad del mundo fue pasión y fuego de incendio.

## CXXI

¡Cuán complejo problema es éste de nuestras relaciones con nuestro propio pensamiento! ¡Cómo están ellas sujetas a los mismos engaños y artificios que las relaciones entre unos y otros hombres! ¡Y hasta qué punto es a veces necesario el más hábil, enérgico y pertinaz esfuerzo de sinceridad, para discernir, dentro de la propia conciencia, la idea que realmente *vive,* de la que, con semejanzas de vida, yace muerta, y de la que nunca fue en nosotros sino eco vano, remedo sin espíritu!

¿Cuánto tiempo hace, quizá, que no te detienes a mirar frente a frente la idea a que te vincula una pasada elección; el dogma, la escuela o el partido, que da a tu pensamiento nombre público?

Ayúdate de la soledad y del silencio. Procura alguna vez que un impulso íntimo del alma te lleve a esa alta mar del alma misma, donde sólo su inmensidad desnuda y grave se ve; donde no vibran ecos de pasión que te enajenen; donde no llegan miradas que te atemoricen o te burlen, ni hay otro dueño que la realidad de tu sér, superior a la jurisdicción de tu voluntad. Y allí, como si consultaras, a través del aire límpido, la profundidad del horizonte, pregúntate sin miedo: —¿Es verdad, verdad honda, que yo crea en esto que profeso creer? Tal convicción que adquirí un día y en la que, desde entonces, descanso, ¿resistirá ahora a que, en este centro de verdad, la traiga ante mis ojos? Tal sentimiento que considero vivo aún, porque alguna vez lo estuvo, ¿no le hallaré muerto si me acerco a moverle? ¿No vivirá mi fe de la inercia de un impulso pasado? ¿Me he detenido a probar si cabe dentro de ella lo que he sabido después, por obra del tiempo? Cuando la afirmo, ¿la afirmación es sólo una costumbre de mis labios, o es cada vez, cual debe serlo, nuevo parto de mi corazón? Si ahora hubiera de decidir mi modo de pensar por vez primera; si no existiesen las vinculaciones que he formado, las palabras que he dicho, los lazos y respetos del mundo, ¿elegiría este campo en que milito?... ¿Y aquella duda que pasó un día por mi alma y que aparté de mí por negligencia o por temor?... Si la hubiera arrostrado con sinceridad valerosa ¿no hubiera sido el punto de arranque para una revolución de mis ideas? Mi permanencia en esta comunidad, mi adhesión a esta filosofía, mi fidelidad a esta ley ¿no son obstáculos para que adelante en la obra del desenvolvimiento propio? ¿Me digo la verdad de todo esto a mí mismo?... ¿No se cruza, entre el fondo de mi pensamiento y mi conciencia, el gesto de una máscara?...

Haz esta meditación. Ponla bajo la majestad de la alta noche, o vé con ella al campo, abierto y puro, libre de ficción humana, o junto al mar,

gran confidente de meditabundos, cuando el viento enmudece sobre la onda dormida. Ayúdate de la soledad y del silencio.

## CXXII

¡Ah! si todos tuviéramos por hábito esa depuración de nuestro espíritu, ese ejercicio de sinceridad, ¿qué inmenso paso no se habría dado en el perfeccionamiento de nuestro carácter y nuestra inteligencia? Pero la inmensa multitud de los hombres, no sólo ignora en absoluto tal género de meditación, reservado a los que ahíncan muy hondo en la seriedad del pensar, sino que espantan y alejan, presurosos, de su pensamiento, la más leve sombra que haya logrado penetrar por sus resquicios a empañar la serenidad del fácil acuerdo en que él reposa. Afrontar la sombra importuna que amaga a nuestra fe, y procurar desvanecerla de modo que arguya raciocinio, esfuerzo, y triunfo bien ganado, es acto de íntima constancia a que no se atreven los más; unos, por indolencia de la mente, que no se aviene a ser turbada en la voluptuosidad con que dormita en una vaga, nebulosa creencia; otros, por la pasión celosa de su fanatismo, que les lleva a sospechar que en cada pensamiento nuevo haya oculto un huésped traidor, y los precave contra el asomo de una idea con la escrupulosidad de aquel gigante de quien decían los antiguos que rondaba, sin darse punto de reposo, los contornos de Creta, para evitar que se estampase en sus playas huella de extranjero.

¿No sería capítulo importante en las prácticas de una comunión de hombres de verdad y libertad, que, al modo de los inventarios que periódicamente acostumbran hacer los mercaderes, o mejor, a la manera del *jubileo* de la antigua Ley, por el cual se apartaba, dentro de cierto número de años, uno destinado a renovar la vida común mediante la remisión de las deudas y el olvido de los agravios, se consagrara, cumplido cada año, en nuestra existencia individual, una semana cuando menos, para que cada uno de nosotros se retrajese, favorecido por la soledad, a lo interior de su conciencia, y allí, en silencio pitagórico, llamara a examen sus opiniones y doctrinas, tal cual las profesa ante el mundo, a fin de aquilatar nuevamente su sinceridad, la realidad de su persistencia en lo íntimo, y tomar otro punto de partida si las sentía agotadas, o reasumirlas y darlas nuevo impulso si las reconocía consistentes y vivas?

La primera vez que esto se hiciera, yo doy por cierto que serían superadas todas nuestras conjeturas en cuanto a la rareza de la convicción profunda y firme. ¡Y qué inopinadas conversiones veríamos entonces! ¡Cuántos

remedos de convencimiento y de fe, que andan ufanos por el mundo creyéndose a sí propios hondas realidades de alma, se desharían no bien fueran sacados de la urna donde la costumbre sin reflexión los preserva; como el cadáver que, por acaso, ha mantenido la integridad de su forma en el encierro de la tumba, y apenas le toca el aire libre se disuelve y avienta en polvo vano!

## CXXIII

No hay convicción tal que, una vez adquirida, debas dejar de trabajar sobre ella. Porque, aunque su fundamento de verdad sea para ti el más firme y seguro, nada se opone a que remuevas, airees y retemples tu convicción, y la encares con nuevos aspectos de la realidad, y muestres su fortaleza en nuevas batallas, y la lleves contigo a explorar tierras del pensamiento, mares de la incredulidad y de la duda, que ella puede someter a su imperio engrandeciéndose; ni a que, corroborándola dentro de ella misma, te afanes por hacer más fuerte y armónica la conexión de las partes que la componen.

Pues, si ella es la verdad ¿no es deber tuyo entrar cada vez más dentro de la verdad, y adherirte a ella, en cuanto sea posible, por más motivos de convencimiento y amor? Trabaja, pues, sobre la convicción adquirida; relaciónala con nuevas ideas, con nuevas experiencias, con nuevas instancias de la contradicción, con nuevos espectáculos del teatro del mundo. Si ella resiste y prevalece ¿cuánto más probada no quedará su energía? ¿cuántos más elementos no habrá conquistado y sojuzgado, ordenando a su alrededor, por su propia virtud y eficacia, todas las cosas con que la pusiste en contacto? La convicción más firme será la que más multitud de ideas mantenga en torno suyo y alcance a unirlas en más ceñida y concorde relación. Todo lo que vive y progresa se mueve doblemente en el sentido de una mayor complejidad y un mayor orden. Si sólo te preocupa perfeccionar la unidad y el buen arreglo de tu convicción, sin agregarle elementos de afuera que la extiendan y reanimen, caerás en el automatismo de una fe bien disciplinada pero estrecha. Si sólo atiendes a aumentar la provisión de ideas de tu espíritu y no cuidas de repartirlas y ordenarlas, caerás en la anarquía del pensamiento contradictorio y tumultuoso. Pero cada idea que ganes para tu mente, si aciertas a ponerla en adecuada relación con la idea superior y maestra que ocupa el centro de tus meditaciones, será un lazo más que asegure la estabilidad de esta última, como nueva raíz que se desprende de ella y se entraña en el seno de las cosas.

Aun cuando supieras que nunca habías de abandonar la posición actual de tu espíritu, sino que reposarías de por vida en lo que ahora juzgas la verdad, no por eso deberías soltar de la mano los instrumentos de la investigación y del juicio, como el obrero que da por terminada su tarea: la tarea tuya consistiría, desde entonces, en extender las relaciones de tu verdad; en adaptarla a lo nuevo que trae consigo cada hora; en amaestrarla, como ave de altanería, para la caza del error; en propender a que ella envolviese en sus anillos una completa y bien trabada concepción del mundo.

Pero nadie puede afirmar: "Esta es mi fe definitiva"; y cuando llevamos adelante ese empeño de airear y ejercitar la convicción de nuestra mente, y se levanta ante nosotros una idea que no sólo se niega a subordinarse en forma alguna a aquella convicción, sino que, planteado el conflicto, la resiste, y la hiere en lo íntimo de modo que no podemos escudarla ¿qué queda por hacer sino declarar la vieja potestad vencida, y pasar a la idea nueva el cetro de nuestro pensamiento, si hemos de proceder en estas lides según la viril y caballeresca ordenanza de la razón?...

## CXXIV

Una convicción que adquirimos con los afanes y vigilias de nuestro entendimiento es como hacienda que allegamos con el sudor de nuestra frente: trabajo acumulado; pero de igual manera que quien goza de bien ganada hacienda, no por eso, si tiene fuerzas y propicia edad, puede optar por desperdiciarlas en el ocio, enajenando a la corriente activa del mundo la parcela de vida que la Naturaleza infundió en sus entrañas y confió a su voluntad, como crédito con que lo habilitó o armas de que le proveyó para el combate; de igual manera, quien moralmente vive de los réditos de una fe que adquirió y no retempla o reconquista esta fe por el diario trabajo de su pensamiento: si hay en él capacidad de pensar ¿no es un vano y abandonado ocioso?... Y aún más lo es quien disfruta, no de una convicción que formó en otro tiempo por sí mismo, sino de la creencia que, sin esfuerzo propio, recibió por tradición, o se le trasmitió por autoridad: hacienda heredada, que él no cohonesta ni mejora, cual regalón inútil que pasa sin gloria por la vida, mientras, a su alrededor, resuena en los yunques, y vibra en la palabra, y ennegrece con su aliento los aires, el fecundo trabajo de los otros.

## CXXV

Cada vez que en tu alma se levanta un anhelo de libertad, un impulso de sinceridad, que te excita a romper la cadena, consumida de herrumbre, con que aún te sujeta una opinión pasada, y a mostrar en estatuaria desnudez tu pensamiento, voces distintas se conciertan para disuadirte, para matar en germen tu resolución viril y aprisionarte en el sofisma perezoso del "quiero creer, y no debo detenerme a sutilizar por qué creo".

Esas voces que te amilanan proceden, ya de boca de los otros, ya de lo interior de ti mismo.

Primera voz; voz de las que nacen dentro de ti: voz del orgullo. Esta tiende, en lo flaco de tu corazón, al punto donde radican el cuidado de la vana apariencia y los respetos humanos, y de esa flaqueza saca fuerzas con que resistir a la verdad que te busca como enamorada leal y candorosa.

¿Cuál es la más necia forma del orgullo? El orgullo de la inmovilidad.

¿Quizá resistes por soberbia a reparar tu error, a abandonar tu parapeto de sofismas? ¿Quizá te envanece tu permanencia inalterable allí donde te puso tu primer vislumbre de las cosas, o donde acaso te encerraron, sin mediación de tu discernimiento, sugestiones del mundo, que tú, ciego, confundes con raíces de convicción y de fe?... ¿Y eso puede ser fundamento de soberbia? ¿Y eso puede oponerse a que restituyas tu alma a la corriente de la vida?...

¡Orgullo por inmovilidad! Nunca estará tan quieta tu alma como la piedra, a quien así concedes, sin saberlo, la superioridad en lo creado. ¿Concibes que la esclavitud engendre orgullo? Pues si esclavitud es enajenación de la personalidad, pérdida del dominio propio, ¿cuál es tu condición, mientras persistes en no tocar con tu pensamiento vivo el yugo que tu inexperiencia te impuso, sino esclavitud aceptada por la voluntad, que es como nace para el esclavo la ignominia?... Esclavo voluntario eres; esclavo de una vanidad, esclavo de una ficción, esclavo de una sombra; esclavo de tu propio pasado, que es lo que ha muerto de ti: esclavo de la Muerte.

## CXXVI

Otra voz viene de las gradas de este circo del mundo, o se anticipa en tu conciencia a la que de allí se alzará si se consuma tu voluntad de emanciparte. "¡Apóstata, traidor!" clama esa voz de reconvención y de

afrenta. Y el dogma o la opinión con que ella se autoriza saben bien cómo es, porque ella sonó de igual manera en los oídos de aquel que los confesó primero que ninguno: "¡Apóstata, traidor!". Esta es la canción de la nodriza para el alma que nace a la vida del pensamiento personal después de su vegetar inconsciente en el útero de una tradición o una escuela. No hay creencia humana que no haya tenido por principio una inconsecuencia, una infidelidad. El dogma que ahora es tradición sagrada, fue en su nacer atrevimiento herético. Abandonándolo para acudir a tu *verdad,* no haces sino seguir el ejemplo del maestro que, por fundarlo, quebrantó la autoridad de la idea que en su tiempo era dogma. Y si acaso él no hubo menester de apostatar de esta fe, porque no fue educado en su doctrina, sino que vino de afuera a trastornarla, cuando menos formó su séquito e instituyó su comunión con aquellos a quienes indujo a apostatar. Así como remontándose al origen del más alto linaje de nobleza siempre se llegará a un glorioso advenedizo: a un aventurero heroico, a un bárbaro soldado o rudo trabajador, así, buscando en sus nacientes la fe más venerable, la idea más entonada por la majestad y pompa de los siglos, siempre se llegará al apóstata, al heresiarca, al rebelde. Y así como el honor de aquella aristocracia viene todo él del arranque personal del hombre oscuro que, levantándose sobre el polvo, levantó a su posteridad consigo, de igual manera el magnetismo, la fuerza interna, de esta fe, son como la *ondulación* de aquel arranque personal de rebeldía, de desobediencia, de audacia, del hereje que apostató de la fe antigua para tener una fe *suya.*

## CXXVII

### LA DESPEDIDA DE GORGIAS

Esos que están sentados a una mesa donde hay flores y ánforas de vino, y que preside un viejo hermoso y sereno como un dios; esos que beben, mas no dan muestra de contento; esos que suelen levantarse a consultar la altura del sol, y a veces se enjugan una lágrima, son los discípulos de Gorgias. Gorgias ha enseñado, en la ciudad que fue su cuna, nueva filosofía. La delación, la suspicacia, han hecho que ella ofenda y alarme a los poderosos. Gorgias va a morir. Se le ha dado a escoger el género de muerte, y él ha escogido la de Sócrates. A la hora de entrarse el sol ha de beber la cicuta; aún tiene vida por dos más, y él las pasa en serenidad sublime, rector de melancólica fiesta, donde las flores acari-

cian los ojos de los convidados, que el pensamiento enciende con luz íntima, y un vino suave difunde el soplo para el brindis postrero. Gorgias dijo a sus discípulos: "Mi vida es una guirnalda a la que vamos a ajustar la última rosa".

Esta vez, el placer de filosofar con gracia, que es propio de almas exquisitas, se realzaba con una desusada unción. —Maestro —dijo uno—, nunca podrá haber olvido en nosotros, para ti ni para tu doctrina. —Otro añadió: —Antes morir que negar cosa salida de tus labios. Y cundiendo este sentimiento, hubo un tercero que propuso: —Jurémosle ser fieles a cada una de sus palabras, a cuanto esté virtualmente contenido en cada una de sus palabras; fieles ante los hombres y en la intimidad de nuestra conciencia; ¡siempre e invariablemente fieles!... Gorgias preguntó al que había hablado de tal modo: —¿Sabes, Lucio, lo que es jurar en vano? —Lo sé, —repuso el joven—; pero siento firme el fundamento de nuestra convicción, y no dudo de que debamos consolar tu última hora con la promesa que más dulce puede ser a tu alma.

Entonces Gorgias comenzó a decir de esta manera:

—¡Lucio! Oye una anécdota de mi niñez. Cuando yo era niño, mi madre se complacía tanto en mi bondad, en mi hermosura, y sobre todo, en el amor con que yo pagaba su amor, que no podía pensar sin honda pena en que mi niñez y toda aquella dicha pasaran. Mil y mil veces la oía repetir: "¡Cuánto diera yo por que nunca dejases de ser niño!..." Se anticipaba a llorar la pérdida de mi dulce felicidad, de mi bondad candorosa, de aquella belleza como de flor o de pájaro, de aquel amor único, merced al cual sólo ella existía en la tierra para mí. No se resignaba a la idea de la obra ineluctable del Tiempo, bárbaro numen que pondría la mano sobre tanto frágil y divino bien, y desharía la forma delicada y graciosa, y amargaría el sabor de la vida, y traería la culpa allí donde estaba la inocencia sin mácula. Menos aún se avenía con la imagen de una mujer futura, pero cierta, que acaso había de darme penas del alma en pago de amor. Y tornaba al pertinaz deseo: "¡Cuánto daría por que nunca, nunca, dejases de ser niño!..." Cierta ocasión oyóla una mujer de Tesalia, que pretendía entender de ensalmos y hechizos, y le indicó un medio de lograr anhelo tan irrealizable dentro de los comunes términos de la naturaleza. Diciendo cierta fórmula mágica, había de poner sobre mi corazón, todos los días, el corazón de una paloma, tibio y mal desangrado aún, que sería esponja con que se borraría cada huella del tiempo; y en mi frente pondría la flor del íride silvestre, oprimiéndola hasta que soltase del todo su humedad, con lo que se mantendría mi pensamiento limpio y puro. Dueña del precioso secreto, volvió mi madre con determinación de ponerlo al punto por obra. Y aque-

lla noche tuvo un sueño. Soñó que procedía tal como le había sido prescrito, que transcurrían muchos años, que mi niñez permanecía en un ser, y que favorecida ella misma con el dón de alcanzar una ancianidad extrema, se extasiaba en la contemplación de mi ventura inalterable, de mi belleza intacta, de mi pureza impoluta... Luego, en su sueño, llegó un día en que ya no halló, para traer a casa, ni una flor de iride ni un corazón de paloma. Y al despertarse y acudir a mí, la mañana siguiente, vio, en lugar mío, un hombre viejo ya, adusto y abatido; todo en él revelaba un ansia insaciable; nada había de noble ni grande en su apariencia, y en su mirada vibraban relámpagos de desesperación y de odio. "¡Mujer malvada! —le oyó clamar, dirigiéndose a ella con airado gesto—, me has robado la vida, por egoísmo feroz, dándome en cambio una felicidad indigna, que es la máscara con que disfrazas a tus propios ojos tu crimen espantable... Has convertido en vil juguete mi alma. Me has sacrificado a un necio antojo. Me has privado de la acción, que ennoblece; del pensamiento, que ilumina; del amor, que fecunda... ¡Vuélveme lo que me has quitado! Mas ya no es hora de que me lo vuelvas, porque éste mismo es el día en que la ley natural prefijó el término a mi vida, que tú has disipado en una miserable ficción, y ahora voy a morir sin tiempo más que para abominarte y maldecirte..." — Aquí terminó el sueño de mi madre. Ella, desde que le tuvo, dejó de deplorar la fugacidad de mi niñez. Si yo aceptara el juramento que propones ¡oh Lucio! olvidaría la moral de mi parábola, que va contra el absolutismo del dogma revelado de una vez para siempre; contra la fe que no admite vuelo ulterior al horizonte que desde el primer instante nos muestra. Mi filosofía no es religión que tome al hombre en el albor de la niñez, y con la fe que le infunde, aspire a adueñarse de su vida, eternizando en él la condición de la infancia, como mi madre antes de ser desengañada por su sueño. Yo os fui maestro de amor: yo he procurado daros el amor de la verdad; no la verdad, que es infinita. Seguid buscándola y renovándola vosotros, como el pescador que tiende uno y otro día su red, sin mira de agotar al mar su tesoro. Mi filosofía ha sido madre para vuestra conciencia, madre para vuestra razón. Ella no cierra el círculo de vuestro pensamiento. La verdad que os haya dado con ella no os cuesta esfuerzo, comparación, elección: sometimiento libre y responsable del juicio, como os costará la que por vosotros mismos adquiráis, desde el punto en que comencéis realmente a vivir. Así, el amor de la madre no le ganamos con los méritos propios: él es gracia que nos hace la Naturaleza. Pero luego otro amor sobreviene, según el orden natural de la vida; y el amor de la novia, éste sí, hemos de conquistarlo nosotros. Buscad nuevo amor, nueva verdad. No se os importe si ella os conduce a ser infieles con algo que hayáis oído de mis labios. Quedad fieles a mí, amad mi recuerdo, en cuan-

to sea una evocación de mí mismo, viva y real, emanación de mi persona, perfume de mi alma en el afecto que os tuve; pero mi doctrina no la améis sino mientras no se haya inventado para la verdad fanal más diáfano. Las ideas llegan a ser cárcel también, como la letra. Ellas vuelan sobre las leyes y las fórmulas; pero hay algo que vuela aún más que las ideas, y es el espíritu de vida que sopla en dirección a la Verdad...

Luego, tras breve pausa, añadió:

—Tú, Leucipo, el más empapado en el espíritu de mi enseñanza: ¿qué piensas tú de todo esto? Y ya que la hora se aproxima, porque la luz se va y el ruido del mundo se adormece: ¿por quién será nuestra postrera libación? ¿por quién este destello de ámbar que queda en el fondo de las copas?...

—Será, pues, —dijo Leucipo—, por quien, desde el primer sol que no has de ver, nos dé la verdad, la luz, el camino; por quien desvanezca las dudas que dejas en la sombra; por quien ponga el pie adelante de tu última huella, y la frente aún más en lo claro y espacioso que tú; por tus discípulos, si alcanzamos a tanto, o alguno de nosotros, o un ajeno mentor que nos seduzca con libro, plática o ejemplo. Y si mostrarnos el error que hayas mezclado a la verdad, si hacer sonar en falso una palabra tuya, si ver donde no viste, hemos de entender que sea vencerte: Maestro, ¡por quien te venza, con honor, en nosotros!

—¡Por ése! —dijo Gorgias; y mantenida en alto la copa, sintiendo ya al verdugo que venía, mientras una claridad augusta amanecía en su semblante, repitió: —¡Por quien me venza con honor en vosotros!

## CXXVIII

Desventurado el maestro a quien repugne anunciar, como el Bautista, al que vendrá después de él, y no diga: *"El debe crecer; yo ser disminuido"*. Funda dogmas inmutables aquel que viene a poner yugo y marca de fuego, de las que allí donde una vez se estampan, se sustituyen por siempre al aspecto de naturaleza; no los funda quien es enviado a traer vida, luz y nueva alma.

La palabra de Cristo, así como anunció la preeminencia del sentido interno y del espíritu sobre la letra, la devoción y la costumbre, dejó también, aun refiriéndose a lo que es espíritu y substancia, el reconocimiento de su propia relatividad, de su propia limitación, no menos cierta (como, en

lo material, la del mar y la montaña), por su grandeza sublime; el reconocimiento de la lontananza de verdad que quedaba fuera de su doctrina declarada y concreta, aunque no toda quedase fuera de su alcance potencial o virtual, de las posibilidades de su desenvolvimiento, de su capacidad de adaptación y sugestión.

Este es el significado imperecedero de aquellas hondas palabras de la Escritura, que Montano levantó por lábaro de su herejía: "Aún tendría otras cosas que enseñarnos, mas no podríais llevarlas". Vale decir: "No está toda la verdad en lo que os digo, sino sólo la suma de verdad que podéis comportar".

Así, contra la quietud estéril del dogma, contra la soberbia de la sabiduría amortajada en una fórmula eterna, la palabra de Cristo salvó el interés y la libertad del pensamiento de los hombres por venir: salvó la inviolabilidad del misterio reservado para campo del esfuerzo nuestro, en las porfías de la contradicción, en los anhelos de la duda, sin los cuales la actividad del pensamiento, sal del vivir humano, fuera, si lo decimos también con palabras evangélicas, "como la sal que se tornara desabrida".

*"Aún tendría otras cosas que enseñaros, mas ahora no podríais llevarlas"*, significa, lo mismo en lo que es aplicable a la conciencia de la humanidad que en lo que se refiere a la del individuo: no hay término final en el descubrimiento de lo verdadero, no hay revelación una, cerrada y absoluta; sino cadena de revelaciones, revelación por boca del Tiempo, dilatación constante y progresiva del alma, según sus merecimientos y sus bríos, en el seno de la infinita verdad.

## CXXIX

Desde el instante en que una idea se organiza en escuela, en partido, en secta, en orden instituido con el objeto de moverla y hacerla prevalecer como norma de la realidad, ya fatalmente pierde una parte de su esencia y aroma, del libre soplo de vida con que circulaba en la conciencia del que la concibiera o reflejara, antes de que la palabra del credo y la disciplina de las observancias exteriores la redujesen a una inviolable unidad. Y a medida que el lazo de esta unidad se aprieta, y que su propaganda y su milicia, confirmándose, han menester de más medido y estrecho movimiento, su espíritu enflaquece, y lo que la idea gana en extensión aumentando la numerosidad de su rebaño, piérdelo de hondor en la conciencia individual.

No es en las tablas de la fórmula, no es en las ceremonias del rito, ni en la letra del programa, ni en la tela de la bandera, ni en las piedras del templo, ni en los preceptos de la cátedra, donde la idea está viva y da su flor y su fruto. Vive, florece y fructifica la idea, realiza la fuerza y virtud que tiene en sí, desempeña su ley, llega a su término y se transforma y da de sí nuevas ideas, mientras se nutre en la profundidad de la conciencia individual; expuesta, como la nave lo está al golpe de las olas, a los embates de la vida interior de cada uno: libremente entregada a las operaciones de nuestro entendimiento, a los hervores de nuestro corazón, a los filos de nuestra experiencia; como entretejida e identificada con la viva urdimbre del alma.

No ya la inmutabilidad del dogma en que una idea cristaliza, y la tiranía de la realidad a que se adapta al trascender a la acción: el solo, leve peso de la palabra con que la nombramos y clasificamos, es un obstáculo que a menudo basta para trabar y malograr, en lo interior de las conciencias, la fecunda libertad de su vuelo.

La necesidad de clasificar y poner nombre a nuestras maneras de pensar, no se satisface sin sacrificio de alguna parte de lo que hay en ellas de más esencial y delicado. De esa necesidad nacen errores y limitaciones que, no sólo adulteran la íntima realidad de nuestro pensamiento en el concepto de los otros, sino que, por el maravilloso poder de sugestión que está vinculado a las palabras, reaccionan sobre nosotros mismos, y ponen como bajo un yugo, o mejor, comprimen como dentro de un molde, el natural desenvolvimiento de la idea que ha hecho su nido en nuestra alma. —"¿Qué filosofía, qué religión profesas; cuál es, en tal o cual respecto, la doctrina a que adhieres?" Y has de contestar con un nombre; vale decir: has de vestirte de uniforme, de hábito... Para quien piensa de veras ¡cuán poco de lo que se piensa sobre las más altas cosas, cabe significar por medio de los nombres que pone a nuestra disposición el uso! No hay nombre de sistema o escuela que sea capaz de reflejar, sino superficial o pobremente, la complejidad de un pensamiento *vivo*. ¡Y cuán necesario es recordar esta verdad a cada instante! Una fe o convicción de que sinceramente participas es, en lo más hondo de su carácter, una originalidad que a ti solo pertenece; porque si las ideas que arraigan en ti con fuerza de pasión, te impregnan el alma con su jugo, tú, a tu vez, las impregnas del jugo de tu alma. Y además, una idea que *vive* en la conciencia, es una idea en constante desenvolvimiento, en indefinida formación: cada día que pasa es, en algún modo, cosa nueva; cada día que pasa es, o más vasta, o más neta y circunscrita; o más compleja, o más depurada; cada día que pasa necesitaría, en rigor, de nueva definición, de nuevo credo, que la hicieran patente; mientras

que la palabra genérica con que has de nombrarla es siempre igual a sí misma... Cuando doy el nombre de una escuela, fría división de la lógica, a mi pensamiento vivo, no expreso sino la corteza intelectual de lo que es en mí fermento, verbo, de mi personalidad entera; no expreso sino un residuo impersonal, del que están ausentes la originalidad y nervio de mi pensamiento y los del pensamiento ajeno que, por abstracción, identifico en aquella palabra con el mío. La clasificación de las ideas nos da, en un nombre, un vínculo aparente de simpatía y comunión con multitud de almas que, penetradas en lo substancial de su pensar, en lo que éste tiene de innominado e incomunicable, fueran para nosotros almas de enemigos. ¡Ay! cuántas veces los que realmente son hermanos de alma, han de permanecer para siempre separados por esa pared opaca y fría de un nombre; porque la íntima verdad de su alma, donde estaría el lazo de hermandad, no encuentra nombre que la transparente entre aquellos que las clasificaciones usuales tienen destinados para las opiniones de los hombres!

Y no tan sólo desconocimiento y frialdad: odio y muerte, a raudales, han desatado entre humanos pechos los nombres de las ideas: sus *nombres,* —antes que su esencial realidad; y por de contado, muy antes que lo que está aún más hondo que ellas: el *espíritu,* y la intención, y la fe; odio y muerte —¡pena infinita!— entre quienes, si recíprocamente se vieran, por intuitivo relámpago, el fondo del alma, rota esa venda de los nombres adversos, se hubieran confundido, allí, sobre el mismo ensangrentado campo de la lucha, en inmenso abrazo de amor!

## CXXX

Una inconsecuencia aparente, un cambio que el vulgo toma a prueba de versatilidad, puede ser, muy por lo contrario, acto de ejemplar consecuencia, acto de perseverancia en una idea más honda, en un propósito más fundamental que aquellos en que consiste el cambio: idea y propósito a cuyo natural desenvolvimiento se debe la eliminación de las formas gastadas que se abandonan y la adopción de otras nuevas; no de diverso modo que como el desenvolvimiento consecuente del germen está en pasar de la semilla a la planta, de la planta a la flor, de la flor al fruto: formas sucesivas cuyo impulso no pára mientras persiste el principio vital que está presente en todas ellas y las enlaza las unas con las otras.

Inconsecuencia del árbol fuera dejar su vida inmovilizada en la flor, oponiéndose al tránsito de que nace el fruto: inconsecuencia para con la ley

de su naturaleza. Quizá, si hubiera quien ignorase esta ley, viendo la flor intacta y permanente, mientras la de otros árboles había cuajado en fruto, diría: "¡Oh árbol consecuente, que no desampara la leve envoltura de la flor, y emplea, en mantenerla viva, su savia!"; mas nosotros veríamos inconstancia del árbol donde ése fidelidad y consecuencia.

Así, una vida de hombre puede estar gobernada, de lo más íntimo del alma, por una grande idea, o una inquebrantable pasión, y ser este principio dominante el que, mostrando su constancia, y su brío, impone al alma la modificación de sentimientos e ideas menos esenciales que él; aunque quizás más aparentes, quizás más vinculados a aquella parte de nosotros que perciben las miradas del mundo. Por eso el mundo ve la inconstancia que está en la superficie, y no la firmeza del amor que asiste en lo hondo.

Cuando oigas voces malévolas que hablan de apostasía en el pensar, de infidelidad en la conducta, recuerda siempre, antes de dar tu juicio, esto de que por la estabilidad y permanencia del más firme asiento de su alma suele ser por lo que el hombre varía en tal o cual relación de sus afectos e ideas; por la tenacidad de un amor o convicción más altos, cuyo adecuado camino sigue su curso en el sentido de ideas y sentimientos divergentes de aquellos con que había coincidido, en esa relación, hasta entonces; y de este modo, hay tenacísima voluntad que, vista de lejos, parece errátil vagar sin rumbo distinto, y hay caracteres en apariencia muy contradictorios que son, en el fondo, caracteres muy unos.

Todo está en conocer su resorte central y dominante; su pasión o idea superior: ese "primer móvil" del alma, no siempre manifiesto en las acciones de los hombres, y descubierto el cual vemos tal vez resolverse las disonancias de una vida en unidad y orden supremo: como aquel que, confuso y desconcertado entre sublimes ondas de música, halla de pronto el hilo conductor que ordena el vasto ruido en estupenda armonía.

## CXXXI

La severidad del vulgo suele ensañarse sólo con la falsedad de los que mudan de doctrina por inconstantes o venales; y rara vez castiga hasta donde fuera justo esa otra falsedad que se manifiesta por la permanencia ficticia en una idea que no tiene ya raíces vivas dentro del corazón. Menos ostensible y ocasionado a escándalo, este linaje de falsedad es mucho más frecuente y no menos pernicioso que el que reprueba el vulgo. Y si aquel que, obedeciendo a un estímulo que no es el de la sincera convicción, aban-

dona la idea bajo cuyas banderas militaba, merece nombre de apóstata, aquel otro que persevera en la exterioridad de la creencia cuando ha sentido agotarse de ella la substancia y el brío ¿no apostata de la verdad que se le anuncia por ese acabamiento de la fe que tuvo? Sí, por cierto; y aun podría decirse que cuantas veces vuelve del sueño de la noche y recupera la actividad del pensamiento sin emplearla en someterse a esa verdad, otras tantas veces apostata. Apostasía de muchos y muy altos; apostasía invisible y silenciosa, que se renueva, día a día, bajo altivas frentes, por entre las cuales va lisonjera el aura popular, y que luego los mármoles de soberbias tumbas decorarán, acaso, con los símbolos de la convicción y la firmeza...

## CXXXII

Si esta falsa perseverancia, y en general, si el sacrificio de la vigilante libertad de la razón en aras de una inmutable idea, no engendran, en la realidad de la vida de los hombres, todos los extravíos de pensamiento y de conducta que parecerían su inevitable secuela, débese a que, contra la voluntad del obcecado y el fanático, y quizá sin que él mismo lo advierta, el instintivo arranque de su espíritu, o la sugestión del ambiente en que vive, tuercen, para muchos de sus actos y juicios, la lógica de aquella permanencia servil.

De Pirrón, padre de los escépticos, se cuenta que, empeñado en negar toda posibilidad de certidumbre, y para demostrar la desconfianza en que debían tenerse los datos del sentido, jamás desviaba el paso de la dirección en que marchaba porque ante él se presentase un obstáculo, ya fuese éste una pared, un pozo, o una hoguera. Ocurre preguntar cómo Pirrón no era detenido por la pared, ni se abrasaba en la hoguera, ni se precipitaba en el pozo. Pero Diógenes Laercio, que esto refiere, cuida de agregar que el caminante escéptico iba rodeado de un grupo de oficiosos amigos, los cuales le obligaban por fuerza a cambiar de dirección cuando era necesario. Así, sin discordancia entre la voluntad y la filosofía de Pirrón, su filosofía dejaba de aparejar graves riesgos para profesada al aire libre, y Pirrón podía ser a un tiempo filósofo y paseante. Los dogmáticos y *obsesionados* superiores, inflexibles cuanto se quiera en la profesión de su doctrina, suelen salvarse, merced a dichosas inconsecuencias en la vida real, de la funesta lógica de su intolerancia, porque, como Pirrón, tienen solícitos amigos que les siguen de cerca: tan de cerca que van dentro de su propio espíritu. Estos amigos de Pirrón son la lealtad del juicio, la sensibilidad moral, el buen

gusto, las fuerzas espontáneas, muchas veces inconscientes, del alma, que, llegado el momento, acuden a evitar el peligro cruzado en el sentido de la marcha, apartándola de la recta fatal.

## CXXXIII

Sigamos atendiendo a las voces que se levantan de tu alma cuando, por acudir a la verdad, tientas romper el lazo que te une a lo pasado en la historia de tu espíritu. Esta que suena ahora es triste y suave; y por suave y triste, poderosa. Mézclanse en ella melancolías del recuerdo, ternuras de la gratitud.

¿Es quizá un sentimiento de fidelidad el que detiene tu impulso de ser libre? ¿Te duele ser infiel con ideas que han sido el regazo donde se adurmió tu alma, el materno seno de que se nutrió, la voz amante que oyó, al despertar, tu pensamiento?... Piensa, en primer lugar, que la separación no obliga al odio, ni aun a la indiferencia y el olvido. La autoridad de la razón puede exigir de ti el abandono del error que ella ha disipado y el amor por la verdad que ella te enseña; pero que en tu corazón quede piedad y gratitud para los sueños en que te meció el error ¿qué mal nacerá de esto? Ese sentimiento piadoso, si persiste después de tu desengaño y tu libertad, ¿por qué no lo ha de dejar vivir la razón austera, mientras él no sea obstáculo que impida tu marcha hacia adelante? ¿Y cuántos hay que, emancipados para siempre, conocen la voluptuosidad moral de cuidar, en un refugio de su alma, la imagen y el aroma de la fe perdida?...

Así, un primer amor que malogró la muerte u otro límite de la fatalidad, dura tal vez, en lo íntimo de la memoria, mucho más que como fría representación en lo pasado; dura en aquella parte mejor de la memoria que confina con los términos del corazón y que imprime en él, tiernamente, las figuras que evoca; y aun cuando la vida traiga consigo amores nuevos, aquel amor primigenio es como una caja de sándalo donde todo nuevo amor entra y se acomoda; y sigue viviendo a través de ellos, y nota con encanto correspondencias, semejanzas, miradas y sonrisas que reaparecen en otros ojos y otros labios, uniendo en lazo de inmortal simpatía dos pasiones, libres de conflicto, purificadas de celos y egoísmos de amor, por la distancia que separa a la vida de la muerte.

Para que un amor que ha escollado en la realidad persista en ti idealmente, de manera delicada y profunda, no es necesario que sacrifiques en holocausto a él el resto de tu vida, ni que selles, resumiéndolas como en

la cavidad de una tumba, las fuentes de tu corazón. Si logras, por dicha, hallar otro objeto de amor que te cautive, tu fidelidad al primero puede manifestarse aún por los ecos que en tu memoria despierta esta nueva melodía que compone tu alma; por la esfumada lontananza con que el recuerdo completa y poetiza el paisaje del amor nuevo. Y de igual modo, cuando la razón te fuerza a abandonar una fe que te ha llenado el alma de amor, no es menester que cobres aborrecimiento a esa fe, ni aun lo es que dejes de amarla. Puedes serle fiel y grato todavía: fidelidad y gratitud caben en la devoción del recuerdo, que cuida sus reliquias con esmero piadoso, y evoca con melancólico afecto la imagen del perdido candor; y como en el caso de los dos amores de que te hablaba, que, en sublime hermandad, el uno hace revivir memorias del otro, se complace tal vez en notar coincidencias, afinidades, simpatías, entre los sentimientos morales con que la vieja fe te modelara y las enseñanzas en que te inicia la severa razón.

## CXXXIV

Una fe que verdaderamente ha arraigado en la profundidad de tu conciencia, tomando allí los principios de su savia, enviada luego a distribuirse e infiltrarse por el alma toda; una fe que concuerda con tu vida, rara es la vez que no deja, después de secarse y morir, algún vestigio inmortal, algún recuerdo de sí que no desaparece, y que, en medio de la nueva fe o la nueva convicción que la sustituyen, o de la duda en que para siempre quedas, mantiene vivo un destello de aquel pasado amor de tu alma.

Vestigio inmortal: no huella transitoria, como esa que, en los primeros tiempos de una conversión, acusa, por tal cual ráfaga de inconsecuencia, por tal cual impulso regresivo del sentimiento o de la voluntad, el esfuerzo que la fe que has abandonado hace por rescatar el corazón que fue suyo y el esfuerzo que la fe nueva ha menester aun para reducir ciertos rincones del corazón a su imperio. Este otro vestigio, más íntimo, de que quiero hablarte, es como onda difusa que persiste en todo tu sér, y no se manifiesta irregular y desentonadamente, sino a la manera de la lontananza del paisaje o del fondo del cuadro. Es como una vaga armonía, *sombra sonora* de una música que, amortecida por la distancia, llega, en eco perenne, desde lo más hondo de ti.

Dejan este vestigio, sobre todo, la fe y la apasionada convicción que te poseyeron en la dulce primera edad del pensamiento; cuando las creencias que adquieres cruzan sus estambres en los husos que van urdiendo el

tejido más fino y resistente de tu personalidad; cuando la idea traba con las potencias afectivas asociaciones de esas que ya no se disuelven sin entrar a desanudarlas en el mismo centro del alma. La fe, el entusiasmo, la "verdad querida", de entonces, aun después que son reemplazados por otros y parecen desvanecidos hasta en la copia del recuerdo, suelen transparentarse bajo aquellos que han ocupado su lugar, e influir de alguna suerte en su tonalidad y su carácter: que es como cuando el vencido en la guerra, llega, por su superioridad en artes pacíficas, a dominar suave y calladamente al vencedor.

Perdura en las paredes del vaso la esencia del primer contenido; de modo que el licor nuevo que viertes se impregna de esa esencia; y cuantas veces mudas el licor, tantas otras veces se mezcla con el aroma propia del nuevo, el dejo del que fue servido antes que todos.

Así es como la austeridad cristiana pone su sello al paganismo de Juliano el Apóstata. Así Renan (y éste es patentísimo ejemplo) logra la extraña armonía de su espíritu: la educación sacerdotal del maestro, la fe de su adolescencia religiosa, van con él, en lo íntimo del alma, cuando él pasa el meridiano de la razón, y aroman y coloran para siempre su vida, y le dan actitud y unción de sacerdote, aun cuando predica la duda y el análisis; porque, muerta la fe como creencia, queda indeleble, en él, como virtud de poesía, como fragancia del ambiente interior, como *timbre* del sentimiento, como hada oculta en el misterio del alma; como fuerza ideal, mantenedora de mil hondas asociaciones y costumbres.

La duda de Renan está impregnada de religiosidad hasta los tuétanos. La iglesia de Tréguier tiende hasta el último día de Renan su sombra amiga. ¿No cabe preguntar si algo, si no tan intenso, semejante, no ocurre en todo aquel que ha tenido una fe, una apasionada convicción, realmente *suyas?* La esencia que ellas dejan de su paso, se apoca, se enrarece, subordina a otras su intensidad: pero nunca, acaso, se disipa. Nada permanece en absoluto; pero, tampoco, nada que ha prendido una vez con eficacia, muere del todo, en lo latente de la vida moral.

## CXXXV

...Y dice otra de las voces disuasivas: —Teme la soledad, teme el desamparo. Cuando abandonas el dulce arrimo de una fe, cortas la amarra que mantenía tu nave sujeta a lo seguro de la costa, y te aventuras en el mar incierto y sin límites. Contigo van tres cuervos...

Cuentan las crónicas del descubrimiento de Islandia que, partiendo unos navegantes de Noruega a explorar el piélago que avanza, al norte, hacia los hielos eternos, llevaron tres de aquellas aves fatídicas consigo. Aún no había brújula entonces. Llegados a alta mar, los navegantes soltaron, como medio de determinar su ruta, a los tres cuervos, de los cuales uno volvió en dirección al punto de partida, quedóse el otro en el barco y se adelantó el restante con misterioso derrotero. Siguió la nave tras el último; y rasgado el secreto de las brumas boreales, la tierra nueva no tardó en destacarse de la confusa lejanía.

También contigo van tres cuervos —sigue diciendo la voz—, cuando, sin brújula, te pierdes, mar adentro, en el ponto desde cuya soledad no se divisa tierra firme de fe. Quizá vas hacia donde te guía el cuervo aventurado, y arribas, por fin, a nueva costa. Quizás temes lo no sabido de este rumbo, y le dejas, para seguir al cuervo cauto que te devuelve, en arrepentimiento, al puerto que te vio partir. Pero ¡ay! quizá también, sin acertar a ponerte en ninguno de los rumbos contrarios, permaneces en angustiosa incertidumbre, junto al cuervo que ha quedado contigo con fidelidad aciaga y sarcástica. ¿Sacrificarás tu fe a una esperanza aleatoria? El mar por donde se arriesgan los que dudan está lleno de naves inmóviles o errantes, sobre cuyo mástil más alto domina, como grímpola negra, un triste cuervo, posado en desolante quietud.

## CXXXVI

La fuerza de esa admonición es poderosa tratándose del flaco de espíritu, que no nació para sentir el peso de otra autoridad que la que se le impone de afuera y se contiene en una fórmula encumbrada sobre el tímido vuelo de su razón. Tema éste en buenhora afrontarse con la soledad infinita; y como el niño que esconde los ojos en el regazo de la madre, rehúya la luz y vuélvase a su seguro. Pero en el alma capaz de libertad, en el alma para quien libertad significa lucha y trabajo, no habrá temor de que la renuncia al amparo de una fe caduca sea, en definitiva, desorientación y zozobra y redunde en ausencia de aquel principio director, como polo magnético del alma, que hemos considerado necesario para mantener el orden de la vida y darla sazón de idealidad. Porque, en el fuerte, la duda no es ni ocio epicúreo ni aflicción y desánimo, sino antecedente de una reintegración, apercibimiento para una reconquista, que tiene por objeto lograr, mediante el esfuerzo indomable de la conciencia emancipada, nueva *verdad,* nuevo centro de espiritual amor, nuevos fundamentos para el deber, la acción y la

esperanza. Y este propósito nunca es vano si leal y perseverantemente se le lleva adelante. En la generación del convencimiento y la creencia, el socorro de la voluntad suple infinito; y como el reino de los cielos, la verdad *padece fuerza.* Ni aun se podrá decir que, cuando tal propósito no tenga premio inmediato, cuando se prolongue mucho tiempo en búsqueda e incertidumbre, quede el alma, mientras no se arriba a término, sin potestad que la resguarde y ordene. El poder de disciplina moral estará, entretanto, adscrito al anhelo y la porfía por la futura convicción. Este tenaz empeño que concentra y reparte las energías de la mente para arrostrar las proposiciones de la duda, envuelve una potencia no menos eficazmente autoritaria que la vinculada a la fe en que se reposó. Como esta fe, se opone al desconcierto del alma y a la frigidez que la hiela; como ella, impide el vacío de los días sin objeto ideal. ¿Y cuál no será su superioridad para esa función de disciplina, si la pasada fe no era la *personal* y profunda, enamorada y pensadora, sino aquella otra, vegetativa y lánguida, sin calor y sin jugo, que se nutre a los pechos de la costumbre y la superstición?...

## CXXXVII

Importantísimo cuidado es éste de mantener la renovación vital, el progresivo movimiento, de nuestras ideas, sobre que vengo hablándote; pero no olvides nunca que para que tal renovación sea positivamente una fuerza en el gobierno de la propia personalidad, y no se reduzca a un mecanismo encerrado, como en la caja de un reloj, en el círculo del conocimiento teórico, preciso es que su impulso se propague a los sentimientos y los actos, y concurra así a la orgánica evolución de nuestra vida moral.

La idea que ocupa nuestra mente, y la domina, y cumple allí su desenvolvimiento dialéctico, sin dejar señales de su paso en la manera como obramos y sentimos, es cosa que atañe a la historia de nuestra inteligencia, a la historia de nuestra sabiduría, mas no a la historia de nuestra personalidad.

Toma ese guijarro del suelo; vé a abrir un hueco proporcionado a su espesor, en la corteza de aquel árbol, y de este modo, pon el guijarro en la corteza. ¿Podrá decirse que has vinculado a la vida del árbol ese cuerpo sin vida?

Hiere más hondamente en el tronco; ábrelo hasta el centro mismo donde su tejido se espesa y endurece, y en esta profundidad pon el guijarro. ¿Dirás tampoco ahora que forma parte de la vida del árbol ese trozo de piedra?

Adquieres, por comunicación magistral, o por tu esfuerzo propio, una idea, una convicción; la fijas en tu mente; la aseguras en tu memoria; la corroboras y afianzas por el raciocinio: ¿e imaginarás que eso baste para que la idea te renueve; para que modifique, en la relación que le competa, tu manera de ser, convirtiéndose en vida incorporada a tu vida, en fuerza acumulada a esa que mueve las palpitaciones de tu corazón y ajusta el ritmo de tu aliento?

Como el guijarro en el árbol, así la idea dentro de ti, mientras no la arrastra en su corriente férvida la sensibilidad, única fuerza capaz de cambiar el tono de la vida.

Si tu adhesión a una verdad no pasa del dominio del conocimiento; por mucho que la veas firme y luminosa, por mucho que sepas sustentarla con la dialéctica más limpia y más sutil, y aun cuando ella traiga implícita la necesidad de una conducta o un modo activo de existencia distintos de los que hasta entonces has llevado, ¿crees, por ventura, que acatarás esa necesidad; crees que dejarás de ser el mismo?

No te reforman de alma la verdad ni el error que te convencen; te reforman de alma la verdad y el error que te apasionan.

Vano será que cambies de doctrina, de culto o de maestro, aun cuando sea con sinceridad, si, al par de la convicción novel, no nace en ti el sentimiento poderoso que toma la idea nueva, y como levadura que se entraña en la masa, la sumerge en lo más hondo de ti, y allí la mezcla y disuelve en la substancia de tu alma, de suerte que no haya en ti cosa que no se colore, en algún modo, del matiz de la idea, y se impregne de su sabor, y se hinche con su fermento.

Gran distancia va de convencido a convertido. Conversión dice tanto como moción profunda que trastorna el orden del alma; como idea ejecutiva, que, operando sobre la voluntad por intermedio del sentimiento, que es su seguro resorte, rehace o modifica la personalidad. Convicción es dictamen que puede quedar, aislado e inactivo, en la mente.

No hablemos ya de aquellos que, sin verdadera convicción, por automatismo o con engaño de sí propios, profesan una idea, una doctrina, a cuyo fondo firme y esencial no descendieron nunca; pero aun los convencidos de verdad, sin excluir de entre ellos los más capaces de desentrañar de una idea, por los bríos de su entendimiento, toda la luz que pueda mostrarla clara y convincente a los otros: si dentro de ellos mismos la idea no despierta el eco misterioso del corazón y no concuerda con los actos, ¿quieres decirme qué vale e importa en ellos la idea para la realidad de

la vida: para esa realidad que no es fría lápida donde se inscriban sentencias, sino vivo y palpitante engendro del sentimiento y de la acción?...

## CXXXVIII

Fácil es observar cómo espíritus que, con entera sinceridad de pensamiento, pasan del uno al otro polo en el mundo de las ideas, permanecen absolutamente los mismos si se les juzga por el tenor de su personalidad sensible y activa, aun cuando las ideas en que consiste el cambio sean de las que interesan al orden de la vida moral. Si judíos primero y luego cristianos, su cristianismo guardará la rigidez y sequedad que comunica al espíritu la férula del testamento viejo; si dogmáticos en un principio y librepensadores después, el libre pensamiento tendrá en ellos la intolerancia propia del que se considera en posesión de la verdad eterna y exclusiva. Este es el desvalimiento práctico de la conversión puramente intelectual, tan inhábil para traer una lágrima a los ojos como para fundar o disolver una costumbre.

Pero la imaginación y el sentimiento, agentes solidarios de las más hondas operaciones que sufre la substancia de nuestro carácter, donde la voluntad radica, y por tanto —cuando persistentes y enérgicos—, fuerzas de que la idea ha menester para revestirse de imperio y poner a la voluntad en el camino de las conversiones eficaces, son también, por otro estilo que el puro entendimiento, origen de vanas conversiones: más vanas aún que las que el puro entendimiento engendra, porque debajo de ellas no hay siquiera la resistencia racional de un convencimiento lógico, aunque incapaz de traducirse en vida y acción. Tales son las efímeras y engañosas conversiones que vienen de un temblor del corazón apenas rasguñado, o de un lampo de la veleidosa fantasía; las conversiones en que un espíritu de escasa personalidad cede, como cuerpo instable, a la impresión que se recibe del nuevo hecho que se presencia, del nuevo libro que se conoce, de las nuevas gentes con quienes se vive. Para levantarse sobre cada una de estas impresiones, apreciándola serenamente en su objeto, y propendiendo a retenerla y ahondarla, y a convertirla así en sentimiento duradero y firme voluntad, si es que el objeto lo merece; o por lo contrario, a apartarla del alma, mediante la atención negativa y la táctica de la prudencia, si no hay para ella causa justa, es necesaria la vigilante autoridad de esa misma razón, que por sí sola nunca producirá más que convicciones inertes, pero que, obrando como centro de las potencias interiores, será siempre la irreemplazable soberana,

sin cuyo poder una creencia que se adquiera no pasará de ciega fe o endeble sentimentalismo.

## CXXXIX

Además, si la idea pura no alcanza a sustituir al sentimiento ni a hacer lo que él, puede, hábil y perseverantemente, provocarlo y suscitarlo. Escogitando la ocasión; acumulando excitaciones y estímulos; entrando en alianza con el tiempo, que traspasa en sigilo las rocas en connivencia con la gota de agua; evitando la tentación hostil; cuidando la emoción favorable, incipiente y tímida, con esmero solícito, como quien quiere fuego, y para aprovechar una sola chispa que tiene, allega ramillas, y las dispone bien y distribuye sutil y delicadamente el soplo de sus labios, hasta que la ve levantarse en llamarada: así la idea pura y fría logra arrancar, del corazón remiso, el fuego de amor que la complemente.

Vencer una pasión que nos sojuzga, y criar en lugar de ella, voluntariamente, otra pasión, es empeño heroico, pero no quimérico. Y en el mismo seno de aquella pasión que se ha de desarraigar y sustituir, hallará tal vez la voluntad el punto de partida, la piedra angular, la simiente fecunda, con que arribar a la nueva y contraria pasión. Porque nuestra complexidad personal se reproduce en todo cuanto pasa dentro de nosotros; y un sentimiento, una costumbre, una tendencia de nuestro carácter, son otros tantos complexos, en los que se agregan y organizan elementos de la más varia y disímil condición. Y así, por ejemplo, dentro de la intimidad de la pasión impura, del hábito funesto, de la voluntad extraviada, caben elementos separables, de belleza moral. Ellos no faltan ni en la ferocidad de los odios, ni en la sordidez de las falacias, ni en la brutalidad de las concupiscencias. Pertenece a la intuición del maestro psicólogo y del moralista redentor, descubrir esos aliados suyos contenidos en la pasión o el hábito de que se propone emancipar a un alma, y combatir a éstos con su propio seno, y asentar el cimiento de la regeneración sobre la misma cerviz del enemigo.

Y ¡qué inauditas contradicciones hallaríamos, si nos fuera dado sondar esa complejidad de que hablamos, en lo íntimo de cada sentimiento! ¡Qué estupendos consorcios verifica esta química del corazón!... ¿Hay afinidades que ella no manifieste y realice? ¿Hay aparentes repulsiones que ella no venza? Placer y dolor, amor y odio, son contrarios más en la esfera de la abstracción y del lenguaje, que en la de la realidad concreta y viva.

¿Cuánto no se ha dicho de la dificultad de clasificar en los términos del dolor o el placer el sentimiento de la contemplación melancólica, del ensueño abandonado y lánguido? ¿La melancolía es gozo, es pena?... Y en el parasismo de la sensualidad, cuando las células disgregadas mueven el *furor y desesperación* de que hablaba Lucrecio; y en la complacencia con que el espectador de la tragedia deja correr sus lágrimas, herido por los filos cariciosos del arte; y en la voluptuosidad del paladar propia del *goloso de lo amargo;* y en aquella otra extraña voluptuosidad del que remueve sus heridas para despertar el sufrimiento y gozarse en su encono; y en la sonrisa con que el mártir, sabedor de que el martirio es el pórtico de la bienaventuranza, resplandece entre las llamas de la hoguera; y en el sarcasmo con que el poeta maldecidor mezcla el agrio de su ofensa al regocijo de la burla: en todos estos casos, los dos polos de la sensibilidad se tocan y unimisman: ya es el placer quien aprovecha del dolor y le convierte en siervo suyo; ya es el dolor quien se insinúa en el seno del placer y vive allí del jugo que de él toma, como la víbora que, trepando a un lecho de nodriza en el misterio de la noche, se nutre a pechos de mujer.

Amor y odio no se eximen de esta natural fuerza humorística que se complace en aunar las más opuestas determinaciones del sentimiento. Si amor y odio caben en un mismo impulso de alma, sábelo quien tuvo amor capaz de sobrevivir a la traición e incapaz de contener el rugido de la honra o el clamor de la venganza por la felicidad perdida: supiéronlo Lancioto mientras Francesca leía en el libro fatal, Otelo ante el sueño de Desdémona. Si la ternura de la madre puede embeberse, sin dejar de ser tal, en la crueldad del homicida, súpolo mostrar aquel pintor antiguo que unió en el semblante de Medea la voluntad que mata y la que implora, la intención aleve y la caricia. Soberbia y humildad son enemigos que he visto abrazarse muchas veces, en palabras y gestos que transparentaban un alma de asceta, de bautista, un alma puritana. Nada más contradictorio que el miedo desolador y el ímpetu iracundo; pero el soldado novel a quien la angustia y confusión de su entrada en la batalla mueven a precipitarse, cerrados los ojos, en lo mortífero del fuego, ¿no saca del exceso de flaqueza el arranque de la temeridad? Nada aparentemente más inconciliable que el sentimiento de la admiración conmovida y el de la risa burlesca, manera del desprecio; pero ¿tienes más que volver a leer ciertas escenas del *Quijote,* para sentirlos, enlazados en paradoja sentimental, dentro de ti mismo?

La contradicción aparece claramente en esas situaciones de alma, en que intervienen, con proporcionado poder, dos fuerzas antagónicas. Pero en el complexo de cualquier sentimiento personal existe siempre la nota contradictoria, disonante, aunque por débil y recóndita, no trascienda, y quede

desvanecida en el acorde del conjunto. —¿Cómo se engendra la pasión en el alma? Como la muchedumbre que se levanta al paso de una bandera o de un profeta. La iniciativa de una emoción dotada de misterioso poder de proselitismo y simpatía, reúne, dentro de nosotros, elementos vagos y dispersos, y los ordena a una finalidad, y los concita a la acción. Entre los elementos de tal manera congregados, los hay fieles, inconmovibles y seguros; pero los hay también que no se adhieren sin reserva y no permanecen sin desgano o malicia. Hay, en la heterogénea muchedumbre, el indolente, el forzado, el posible prófugo, el posible traidor. ¿Qué importa que no se les perciba mientras la pasión marcha a su objeto, como la horda que el furor guerrero arrebata? Ellos van dentro de ella; y no hay pasión en cuyos reales no militen de estos soldados sin estímulo. Conclúyese de aquí que toda pasión humana es, en alguno de sus elementos, contradictoria del carácter que prevalece en su conjunto. Medita en esto, y tradúcelo por esta otra proposición, tan sugestiva para cuando te convenga mantener y afianzar cierta pasión, cierta fuerza organizada, en tu alma, como para cuando te interese reducirla y vencerla: *Toda pasión humana lleva en sí misma el germen de su disolución.*

En lo hondo del amor más ardiente, de la fe más esclava de su objeto, hay un *resabio* de crítica, una veleidad de desconfianza y de duda: como la salamandra que vivía en el fuego de la hoguera; como el grano de polvo que constituye siempre el núcleo de la gota de agua. En lo hondo del escepticismo más helado y más yermo, más arraigado en la solidez de la razón, más puesto a prueba por la experiencia de la vida, hay un temblor de idealidad inconsciente, hay un hilo de ilusión y de fe, que así puede ser la brizna vana perdida en el suelo del camino, como el vestigio que dejó de su paso una oficiosa araña que un día volverá a su tarea...

## CXL

### Lucrecia y el Mago

Artemio, corregidor de la Augostólida de Egipto, en tiempo que elegirás dentro del crepúsculo de Roma, era neófito cristiano. A la sombra de su severa ancianidad, vivía, en condición de pupila, Lucrecia, cuyo padre, muerto cuando ella estaba en la niñez, había sido conmilitón y amigo de Artemio. No defraudaba esta Lucrecia el esplendor de tal nombre. Antes se le adelantaba por la calidad de una virtud tan cándida, igual y primorosa,

que tenía visos y reflejos de beatitud. Un día, llegó a casa de Artemio un religioso de algún culto oriental: bramino, astrólogo, o quizá mago caldeo, de los que por el mundo romano vagaban añadiendo a su primitivo saber retazos de la helénica cultura y profesando artes de adivinación y encantamiento. El corregidor le recibió de buen grado: la religiosidad de estos cristianos de Oriente solía darse la mano con la afición a cosas de hechicería. Oyendo decir al mago que, entre las capacidades de su ciencia, estaba la de poner de manifiesto lo que las almas encerraban en su centro y raíz más apartados de la sospecha común, Artemio hizo comparecer a Lucrecia, movido del deseo de saber qué prodigiosa forma tomaba, en lo radical y más denso de su espíritu, la esencia de su raro candor. El mago declaró que sólo precisaba una copa que ella colmase de agua por su propia mano, y que bajo la diafanidad del agua vería pintarse, como en limpio espejo, el alma de Lucrecia. —Veamos, dijo Artemio, qué estrella de inocente fulgor, qué cristalino manantial, qué manso cordero, ocupa el fondo de esta alma... —Fue traída la copa, que Lucrecia llenó de agua hasta los bordes, y hecho esto, el mago concentró en la copa la mirada, y la doncella y su tutor anhelaron oír lo que decía. —En primer término, (empezó) veo, como en todas las almas que he calado con esta segunda vista de mis ojos, una sima o abismo comparable a los que estrechan el paso del viajero en los caminos de las montañas ásperas. Y allá, en lo hondo, en lo hondo... —Interrumpióse, vacilando, un momento—. ¿Lo digo?..., preguntó después. Y como Artemio inclinase la cabeza: —Pues lo que veo, continuó, en las profundidades de ese abismo, es una alegre, briosa y resplandeciente cortesana. Está acostada bajo alto pabellón, de los de Tiro; y duerme. Viste toda de púrpura, con el desceñimiento y transparencia que, más que la propia desnudez, sirven de dardo a la provocación. Un fuego de voluptuosidad se desborda de sus ojos velados por el sueño, y enciende, en las comisuras de los labios, como dos llamas, entre las que se abre la más divina e infernal sonrisa que he visto. La cabeza reposa sobre uno de los brazos desnudos. El otro sube en abandono, todo entrelazado de ajorcas que figuran víboras ondeantes, y entre el pulgar y el índice alza una peladilla de arroyo, sangrienta de color, que es de los signos de Afrodita. Eso es lo que esta alma tiene en lo virtual, en lo expectante, en lo que es sin ser aún: en fin, Artemio, en la sombra de que quisiste saber por artes mías... —¡Vil impostor! —gimió en esto Lucrecia, llenos de lágrimas los ojos: ¿tu ciencia es ésa? ¿tu habilidad es infamia? ¡Traigan una brasa de fuego con que probar si pasa por mis labios palabra que no sea de verdad, y óiganme decir si anida, en mí, intención o sentimiento que guarde relación con la imagen que pretende haber visto dentro de mi espíritu! —Calla, pobre Lucrecia, arguyó el mago; ¿acaso es menester que tú lo sepas? Tú dices

verdad y yo también. —¿Justo será entonces, dijo Artemio, menospreciar las promesas que nos cautivaban y preparar nuestro ánimo a la decepción? —No pienso como tú, replicó el mago; ¿quién te asegura que la cortesana despierte? —Digo por si despierta, añadió Artemio. —Señor, repuso el mago, yo te concedo que eso pase; pero yo vi también en el fondo del alma de esa hetaira dormida que está en el fondo del alma de Lucrecia; y vi otro abismo, y en el seno del abismo una luz, y como envuelta y suspendida en la luz, una criatura suavísima, por la que el campo de la nieve se holgara de trocarse, según es de blanca. Junto a esta dea, mujer sin sexo, puro espíritu, juzgarías sombra el resplandor de la virtud de Lucrecia; y como la cortesana en tu pupila, ella, en la cortesana, duerme... —Infiero de ahí, dijo el corregidor, que aun con el despertar de la cortesana, ¿podrían resucitar sahumadas nuestras esperanzas en Lucrecia? Demos gracias a Dios, ya que en el extravío de su virtud hallamos el camino de su santidad. —Sí, volvió a decir el mago; pero no olvides que, como en las otras, hay en el alma de esa forma angélica un abismo al cual puedo yo asomarme. —¿Y quién, preguntó Artemio, es la durmiente de ese abismo? —Te lo diría, opuso el mago, si fuera bien mostrar a los ojos de Lucrecia una pintura de abominación. Piensa en la escena de la Pasifae corintia de Lucio; piensa en mujer tal que para con ella la primera cortesana sea, en grado de virtud, lo que para con la primera cortesana es Lucrecia. —¡Me abismas —prorrumpió Artemio,— en un mar de confusiones! ¿Qué extraña criatura es esta que la amistad confió en mis manos?... —Cesa en tu asombro —dijo finalmente el mago, acudiendo a reanimar a Lucrecia, que permanecía sumida en doloroso estupor—: ella no es sér extraordinario, ni las que has visto por mis ojos son cosas que tengan nada de sobrenatural o peregrino. Con cien malvados, que durmieron siempre, en lo escondido de su sér, subió a la gloria cada bienaventurado; y con cien justos, que no despertaron nunca, en lo hondo de sí mismo, bajó a su condenación cada réprobo. Artemio: nunca estimules la seguridad, en el justo; la desconfianza, en el caído: todos tienen huéspedes que no se les parecen, en lo oculto del alma. Veces hay en que el bien consiste en procurar que despierte alguno de esos huéspedes; pero las hay también (y esto te importa) en que turbar su sueño fuera temeridad o riesgo inútil. El sueño vive en un ambiente silencioso; la inocencia es el silencio del alma: ¡haya silencio en el corazón de Lucrecia!...

## CXLI

. . . . . .

Ante los muros que separan de la sociedad humana la sombra de una cárcel, cuántas veces he sentido porfiar, en el fondo de mi mente —en el fondo huraño y selvático donde las ideas no tienen ley—, este pensamiento tenaz: ¿qué no podría hacer *la vida,* el recobro del goce natural de libertad, acción y amor, con muchas de esas almas quitadas de la vida como agua soterrada que no corre ni envía sus vapores al cielo? ¿qué no podría hacer con ellas un grande impulso de pasión, un grande estímulo, un grande entusiasmo, un horizonte abierto, una *embriaguez* de dicha y de sol?...

Y ante el relato de un crimen que hace que midamos el abismo de un alma proterva, *trágica* por la fuerza aciaga de la perversidad y del odio, cuántas veces he experimentado, aún más intensa quizá que la abominación por el mal que fue objeto de esa fuerza, un sentimiento de admiración y... ¿cómo lo diré?... de *codicia;* de *codicia* comparable con la que, ante el impulso desplegado por el huracán devastador, o el mar iracundo, o el alud que derriba casas y árboles, experimentaría quien se ocupara en buscar un motor nuevo, una nueva energía material de que adueñarse para magnificar el trabajo y poder de los hombres.

En la quietud, en la acumulación baldía de la cárcel, hay fuerza virtual de voluntad y de pasión, que, enderezada a un alto objeto, sería bastante para animar y llevar tras sí, con avasallador dinamismo, a ese rebaño humano que veo pasar bajo el balcón si levanto los ojos; en su mayor parte, inútil para el bien, inútil para el mal: ¡polvo vano que solevantan el egoísmo y el miedo!

Está más cerca de aquella noche tenebrosa que de esta pálida penumbra la luz por que se anuncia súbitamente el Espíritu... Y es más fácil hacer un Pedro el Ermitaño, o un Jerónimo Savonarola, o un Bartolomé Las Casas, de un criminal apasionado, que de un hombre recto que no tenga más que la fría rectitud que se funda en interés y discreción. Cuando se pone fuego a una selva, una vegetación del todo diferente de la que había, brota y arraiga entre las cenizas del incendio. Es que gérmenes ocultos, vencidos hasta entonces por los que en la selva prevalecían, se manifiestan y desenvuelven a favor de la fertilidad del suelo, pródigo de sí, que dio esplendente prosperidad a los unos, como la dará, no menos franco y liberal, a los otros. Llámense aquéllos los gérmenes de la maldad heroica; éstos los de la heroica virtud. Vive una esperanza eternamente enamorada del alma en donde hay *fuerza,* condición de todas las superioridades, lo mismo las buenas

que las malas. A mucha suerte de gérmenes es propicio el suelo rico de calor y de jugo.

En el conflicto de dos potencias antitéticas, que se disputan el gobierno de un alma, si la una es vencida y la otra prevalece, adquiere realidad la superstición[10] de ciertos salvajes, que imaginan que el valor y fuerza del caído pasan a incorporarse al ánimo del vencedor. ¿Qué otro sentido tiene la observación de que es en el pesar y espanto de la culpa donde la santidad recogió siempre cosecha más opima, y de que la intensidad de la virtud guarda proporción con la causa del arrepentimiento?

Pero además de las poderosas y extraordinarias energías, para siempre anuladas con su primera aplicación al mal: aun en lo que se refiere al vulgo del crimen, ¡cuánto dolor en la fatalidad que unce el destino de una vida al yugo de lo que puede haber de fatal también en la sugestión de una ráfaga perversa!... La criminalidad recoge buena parte de su ración de almas dentro de la inmensa multitud de los que cruzan el temeroso campo de la vida sin forma propia y fija de personalidad; de los que en esta incertidumbre e indiferencia vagan, mientras el impulso de un momento no los precipita del lado de su condenación, como otro impulso de un momento los alzaría a lo seguro de la honra. Con frecuencia el culpado fue, hasta el preciso instante de su culpa, lo que yo llamaría una *conciencia somnolienta,* especie abundantísima. Fue, hasta ese instante, el que aún no es malo ni bueno. Fue aquel que, mohíno por su desamparo y miseria, marcha una noche, al acaso, por las calles, sin determinación de hacer cosa que tenga trascendencia en su vida. Ve, tras una ventana, un montón de oro que relumbra, y un hombre indefenso junto a él: un mal demonio le habla al oído, y roba y mata. A lo instantáneo de la tentación y de la culpa, sigue la perdurable *necesidad* social de la ignominia. Si el azar le hubiera puesto frente a una casa que fuese presa del incendio, y hubiese visto, allá en lo alto, una mujer o un niño a punto de perecer entre las llamas, quizá un buen ángel le habría hablado al oído, y él se hubiera consagrado de héroe, y después de tal iniciación, perseveraría, probablemente en el bien, y suyas para siempre fueran la dignidad y la gloria.

¿Con qué he de comparar lo que siento cuantas veces sé que un hombre joven y fuerte pasa, para ya no salir, o bien para salir con la cabeza blanca, las puertas de la casa de amarga paz, de la casa de esclavitud y de vergüenza? Con el sentimiento de angustia que experimentamos ante la horrenda fatalidad del epiléptico que toma las apariencias del cadáver y es llevado en vida

10 En la primera edición: "preocupación".

a la tumba. ¡Quizá hubiera despertado, el epiléptico, para vivir mucho más; quizá su vida hubiese sido hermosa y buena... ¿Y su desesperación cuando recobra el sentido en el encierro pavoroso?... Cierto es que esta desesperación dura un instante, un instante no más; porque, si mientras aún no fue sepultado puede haber duda sobre si en realidad estaba muerto: después de que ha pasado una hora en la clausura adonde no llegan luz ni aire ¿quién dudará de que ha muerto de verdad?...

## CXLII

. . . . . .

Si ya entrado en la vía de tu conversión, si encaminada tu voluntad en un sentido nuevo, te encuentras alguna vez volviendo a lo antiguo y reparas en que uno de tus pensamientos o tus actos se atraviesa en el curso de aquel propósito, acude sin demora a rectificar ese pensamiento o ese acto, pero no desmayes aun cuando tal contrariedad se reproduzca, ni juzgues perdido el esfuerzo que hayas hecho por abandonar la manera de vida anterior. Una transformación moral que no ha arribado a lentos impulsos del tiempo y la costumbre, sino por inspiración y arranque de la voluntad, impone al alma un apresurado trabajo de disociación, para romper con viejos hábitos, y otro, no menos activo, de coordinación y disciplina, para formarlos nuevos y oficiosos. Esta doble tarea no se realiza sin interrupciones ni sin lucha. Alguna tentación reaccionaria, algún paso atrás, algún recuerdo dotado de fuerza ejecutiva, son, en el transcurso de ella, inevitables tropiezos. La iniciativa de la reforma, el primer durable esfuerzo voluntario, importan ya, sin duda, cierta conexión de tendencias, sin la cual la idea aislada no tendría fuerza para salir fuera de sí misma; pero esta conexión no abarca, ni con mucho, en sus principios, todo el contenido del alma. Cuando la tendencia regeneradora ha hecho acto posesivo de la autoridad, aún le falta organizar su república y sojuzgar las propensiones reaccionarias o indóciles. Hay, por necesidad, un período intermedio, durante el cual el enemigo que va de vencida suele volver la cara y logra tal vez algún efímero triunfo. Ve la imagen de las incertidumbres de ese estado moral, en las propias transformaciones de la naturaleza, cuando se verifican por una transición más impetuosa y súbita que la acompasada que ella prefiere de ordinario, ve cómo en el tránsito de la infancia a la adolescencia, que es un caso natural de repentino cambio, el sér del niño resurte en ciertos momentos a la apariencia del alma del casi adolescente, y se da a conocer por

puerilidades graciosas que resaltan en medio de una seriedad temprana, hasta que, por fin, la fuerza que lleva adelante la vida aparta de su lado esos últimos vestigios de la edad que pasó.

. . . . . .

## CXLIII

Reanudando lo que decíamos, la conversión entera y eficaz arguye convicción racionalmente adquirida y sentimiento hondo y persistente. Suscitar y mantener esta última energía, si por espontánea afluencia no acude, es empeño costoso, pero no superior a las instancias de la voluntad. Cuando uno de ambos elementos falta, la conversión es ciega o paralítica; y cuando uno de los dos es endeble, ella ve sólo como por relámpagos, o sólo se agita como por movimientos espasmódicos.

En el escritor, el orador y el poeta, a un tiempo amos y esclavos de la palabra, la docilidad a las sugestiones cambiantes del ambiente, de donde nacen conversiones efímeras, sin consistencia intelectual, sin verdadero ejercicio del criterio, ni activo acompañamiento de la voluntad, suele ser la desventaja inherente a un amplio e imperioso dón de expresión, más apto, por su peculiar naturaleza, para recoger las cosas que en su derredor circulan y devolverlas en vívido reflejo, que para tomar su contenido del fondo de la propia personalidad. La veleidosa dirección del pensamiento, o quizá mejor: de la palabra, se dignifica y magnifica en esas grandes almas expresivas hasta asimilarse a la soberana facultad del primitivo *épico:* del alma casi impersonal puesta, como resonancia fiel y multiforme del pensar y el sentir ajenos, en el centro de un alma colectiva, que se reconoce toda entera en la vibrante voz del intérprete.

De tal modo: de modo que recuerda, hasta donde es posible en tiempos de alma complejísima, la *epifanía* social de los cantos de las edades épicas, resonó sobre la vasta agitación del pasado siglo el verbo arrebatador de Victor Hugo, sucesivamente vinculado a las más diversas doctrinas, a las más opuestas direcciones morales que solicitaron la conciencia de sus contemporáneos; no tanto por desenvolvimiento interior del pensamiento y laboriosa evolución personal, cual la que rigió la magna vida de Goethe, cuanto por inmediata y como inconsciente repercusión de los clamores de afuera. No cabría reconocer sin salvedades, en la inconsecuencia *congenial* de Víctor Hugo, la majestuosa dinámica del pensamiento dueño de sí mismo, que, consagrado

a la integración de *su* verdad, la busca en lo hondo de las cosas, y con exclusivo y pertinaz deseo; pero aun así, hay en esa inconsecuencia algo infinitamente más alto que la versatilidad que se reduce a vana impresión: hay la grandeza de un espíritu *cíclico,* que piensa sucesivamente como todos, porque a todos los resume, y atrae a su inmenso órgano verbal todas las ideas, porque de todas es capaz de exprimir la esencia luminosa.

## CXLIV

Por bajo de los simulacros, más o menos inanes y superficiales, pero todavía sinceros, de la verdadera y cabal conversión: aquella en que inteligencia, sentimiento y voluntad amorosamente se abrazan, están los que son ya engaño calculado, ficción consciente y artera; están las formas de la menguada apostasía, hija del interés, por quien diríase que las ideas, las *Madres* que dominan en beatitud sublime el movimiento de las cosas, descienden a cínicas terceras en los goces y provechos del mundo.

La idea, encarnándose en la realidad, es la religión, es la escuela, es el partido, es la academia o el cenáculo: es una activa comunión humana, con su lote de persecución o de poder, de proscripciones o de dignidades; y por entre unos y otros de esos campos donde plantan bandera las ideas, cruza la muchedumbre de los tentados a pasar del infortunio a la prosperidad, del descrédito al auge, o a mantenerse, merced al cambio, en el auge, y la prosperidad: desde el decepcionado anónimo que malbarata el generoso entusiasmo de su juventud por las migajas de la mesa del poderoso, hasta el dominador sagaz, el fino hombre de acción, para quien las ideas son indiferentes instrumentos de su dominio, máscaras que la oportunidad de cada día quita y pone: especie ésta de la que Talleyrand podría ser acaso el típico ejemplar. Bueno será no dar al olvido, a pesar de ello, que la apariencia de fidelidad inconmovible a una idea, encubre, multitud de veces, la misma falsedad y el mismo interesado estímulo que se transparentan en la vulgar apostasía.

Cuando no es la habilidad de la acción: la ciencia y aptitud de gobernar a los hombres, el dón que el ambicioso infiel rebaja y convierte en vil industria, sino una superioridad más ideal y remontada por esencia sobre las bajas realidades humanas: la superioridad del pensador o el artista, el dón de persuadir, de conmover, o de crear lo hermoso, más de resalte aparece lo abominable de la infidelidad que el egoísmo alienta. Es la ignominia del escritor venal, del poeta mercenario, llámase Paolo Giovio, o Monti, o

Lebrun, y ya prostituyan los favores del numen por el oro que cae de manos del príncipe o por el que se colecta en las reuniones de la plebe.

## CXLV

Género de infidelidad no tan innoble cual la que engendra el ansia de vulgares provechos, es la que se inspira en la ambición del prestigio o el renombre: sea desviando la sinceridad del pensamiento en el sentido de una estupenda novedad, sea desviándola, por lo contrario, para agregarse a la opinión que prevalece por la fuerza de la tradición y la costumbre.

Guardó la antigüedad, y Luciano ató al remo de su sátira, la memoria de aquel filósofo de Pario: Peregrino, imagen viva de este género de inconsecuencia, y que, por lo que hay de simbólico en su fin, podría, levantándose a un significado más alto, representar toda la atormentada legión de las almas que no encuentran contento ni reposo en ninguna determinación del pensamiento, en ninguna forma de la vida. Peregrino trajo en el alma el mal del incendiario de Efeso: la vana codicia de la fama. Pensó que lograría el objeto de su sueño por la boga de la doctrina que abrazase, o por la ocasión que ésta le diera de poner a la luz su personalidad; y pasó de una a otra de las escuelas de sofistas, acudió luego al clamor con que comenzaba a extenderse la fe de los cristianos, probó después atraer las miradas de las gentes con la zamarra del cínico; hasta que su funesta pasión le llevó a dar la vida por la fama, y en unos juegos públicos, donde la multitud lo viese y se espantase, se precipitó entre las llamas de una hoguera. Arder y disiparse en cenizas fue la muerte del que había disipado a los vientos su alma incapaz de convicción.

La debilidad de Peregrino es de las pasiones que más grave daño causan a la sinceridad del pensamiento, porque pone su mira, no en aquella noble especie de fama que se satisface con la aprobación de los mejores, mientras espera la sanción perenne del tiempo, certísimo recompensador de la verdad; sino en la fama juglaresca y efímera. Este sacrificio de la probidad del pensar a la tentación de un ruido vano, se manifiesta comúnmente por dos alardes o remedos falaces: la *falsa fuerza* y la *falsa originalidad.*

La *falsa fuerza* consiste en violentar la medida y norma del juicio, llevando una idea que, tal como se la halló, marcaba acaso el fiel de la verdad, a extremos donde se desvirtúa; y esto, no por desbordada espontaneidad de la pasión, que puede ser exceso sublime, sino por busca consciente del efecto: para ponerse en un plano con la multitud, cuya naturaleza primitiva

excluye ese sentido del grado y del matiz, que es el dón que la Némesis antigua hace a las mentes superiores; porque la fuerza de la mente no es la energía arrebatada y fatal, que corre ignorante de su término, sino la fuerza que se asesora con un mirar de águila, y percibido el ápice donde están la armonía y la verdad, allí reprime el ímpetu de la afirmación, como la mano hercúlea que sofrena, en el punto donde quiere, la cuadriga que rige.

La *falsa originalidad* induce, por su parte, a prescindir del examen leal del raciocinio, para buscar, derechamente y con artificiosa intención, el reverso de la palabra autorizada, o las antípodas de la posición del mayor número; sin reparar en que la originalidad que determina raro y supremo mérito es la que importa presencia de la *personalidad* en aquello que se dice y se hace, aunque este pensamiento o esta acción, reducidos a su sér abstracto de *ideas,* no diverjan de un precedente conocido; porque donde hay hondo aliento de personalidad, donde la idea ha sido pensada y sentida nuevamente con la eficacia de la energía creadora, habrá siempre una virtud y un espíritu que no se parecerán a cosa de antes; como que el alma ha estampado su imagen allí, y sólo en el vulgo de las almas las hay de la condición de las monedas de un valor, que puedan trocarse sin diferencia las unas por las otras.

## CXLVI

...Pero ni aun en esas que llamamos vulgares, las hay que se puedan trocar sin diferencia. La originalidad es la verdad del hombre.

Nada más raro que la originalidad en la expresión del sentimiento; pero nada más común y vulgar que la originalidad del sentimiento mismo. Por la manera de sentir, nadie hay que deje de ser original. Nadie hay que sienta de modo enteramente igual a otro alguno. La ausencia de originalidad en lo que se escribe no es sino ineptitud para reflejar y precisar la verdad de lo que se siente.

Figúrate ante el más vulgar de los casos de pasión; ante el crimen de que hablan las crónicas de cada día. ¿Por qué mató el criminal; por qué robó; por qué manchó una honra? ¿Qué fue lo que le movió a la culpa? ¿El odio, la soberbia, la codicia, la sensualidad, el egoísmo?... No; ésas son muertas abstracciones. Dí que le impulsó *su* odio, *su* soberbia, *su* codicia, *su* sensualidad, *su* egoísmo: los *suyos,* cosas únicas, únicas en la eternidad de los tiempos y en la infinitud del mundo. Nadie odia, ni ha odiado, ni odiará absolutamente como él. Nunca hubo ni habrá codicia absolutamente

igual a su codicia; ni soberbia que con la suya pueda identificarse sin reserva. Multiplíquense las generaciones como las ondas de la mar; propáguese la humanidad por mil orbes: nunca se reproducirá en alma creada un amor como el mío, un odio como el mío. Semejantes podrán tener mi amor y mi odio; nunca podrán tener iguales. Cada sentimiento, aun el más mínimo, de cada corazón, aun el más pobre, es un nuevo y diferente objetivo en el espectáculo que el divino Espectador se da a sí propio. Cada minuto de mi vida que cae al abismo de la eternidad rompe un molde que nunca volverá a fundirse. ¿Y qué te asombra en esto? ¿No sabes que en la inmensidad de la selva no hay dos hojas enteramente iguales; que no hay dos gotas enteramente iguales en la inmensidad del océano?... Mira las luces del firmamento, cómo parecen muchas de ellas iguales entre sí, como otros tantos puntos luminosos. Y cada una de ellas es un mundo: ¡piensa si serán desiguales!... Cuando el pensamiento de tu pequeñez, dentro del conjunto de lo creado, te angustie, defiéndete con esta reflexión, tal vez consoladora: tal como seas, tan poco cuanto vivas, eres, en cada instante de tu existencia, una única, exclusiva originalidad, y representas en el inmenso conjunto un elemento insustituible: un elemento, por insustituible, necesario al orden en que no entra cosa sin sentido y objeto.

Jamás un sentimiento real y vivo se reproducirá sin modificación de una a otra alma. Cuando digo "mi amor", cuando digo "mi odio", refiriéndome al sentimiento que persona o cosa determinada me inspiran, no aludo a dos tendencias simples y elementales de mi sensibilidad, sino que con cada una de esas palabras doy clasificación a un complexo de elementos internos que se asocian en mí según cierta finalidad; a un cierto acorde de emociones, de apetitos, de ideas, de recuerdos, de impulsos inconscientes: propios e inseparables de mi historia íntima. La total complexidad de nuestro sér se reproduce en cualquiera manifestación de nuestra naturaleza moral, en cualquiera de nuestros sentimientos, y cada uno de éstos es, como nosotros mismos, un orden singular, un carácter.

Fijando los matices del heroísmo antiguo, notaba ya Plutarco cuánta diferencia va de fortaleza a fortaleza, como de la de Alcibíades a la de Epaminondas; de prudencia a prudencia, como de la de Temístocles a la de Arístides; de equidad a equidad, como de la de Numa a la de Agesilao. Pero para que estas diferencias existan no es necesario que el sentimiento que las manifiesta sea superior y enérgico, ni que esté contenido en la organización de una personalidad poderosa. Basta con que el sentimiento sea real; basta con que esté entrelazado en la viva urdimbre de un alma. ¡Cuánta monotonía, aparentemente, en el corazón y la historia de unos y otros hombres! ¡Qué variedad infinita, en realidad! Miradas a la distancia y en

conjunto, las vidas humanas habían de parecer todas iguales, como las reses de un rebaño, como las ondas de un río, como las espigas de un sembrado. Se ha dicho alguna vez que si se nos consintiera abrir esos millares de cartas que vienen en un fardo de correspondencia, nos asombraríamos de la igualdad que nos permitiría clasificar en unas pocas casillas el fondo psicológico de esa muchedumbre de documentos personales: por todas partes las mismas situaciones de alma, las mismas penas, las mismas esperanzas, los mismos anhelos... ¡Esta es la ilusión del lenguaje! En realidad, cada una de las cartas deja tras sí un sentimiento único, una originalidad, un estado de conciencia, un caso singular que no podría ser sustituido por el que deja tras sí ninguna de las otras. Sólo que la palabra (y sobre todo, la palabra fijada en el papel por manos vulgares), no tiene medios con que determinar esos matices infinitos. El lenguaje, instrumento de comunicación social, está hecho para significar géneros, especies, cualidades comunes de representaciones semejantes. Expresa el lenguaje lo *impersonal* de la emoción; nuca podrá expresar lo *personal* hasta el punto de que no queden de ello cosas inefables, las más sutiles, las más delicadas, las más hondas. Entre la realidad de mi sér íntimo a que yo doy nombre de *amor* y la de tu sér a que tú aplicas igual nombre, hay toda nuestra disparidad personal de diferencia. Apurar esta diferencia por medio de palabras; evocar, por medio de ellas, en mí la imagen *completa* de tu amor, en ti la imagen *completa* del mío, fuera intento comparable al de quien se propusiese llenar un espacio cualquiera alineando piedras irregulares y se empeñara en que no quedase vacío alguno entre el borde de las unas y el de las otras. Piedras, piedras irregulares, con que intentamos cubrir espacios ideales, son las palabras.

La superioridad del escritor, del poeta, que desentrañan ante la mirada ajena el alma propia, o bien, que crean un carácter novelesco o dramático, manifestándolo de suerte que, sobre el fondo humano que entrañe, se destaque vigorosamente una nota individual, de la que nazca la ilusión de la vida, está en vencer, hasta donde lo consiente la naturaleza de las cosas, esa fatalidad del lenguaje; está en domarle para que exprese, hasta donde es posible, la *singularidad individual,* sin la cual el sentimiento no es sino un concepto abstracto y frío. Consiste el triunfo del poeta en agrupar las palabras de modo que den la intuición aproximada de esa originalidad individual del sentimiento, merced a la sugestión misteriosa que brota del conjunto de las palabras que el genio elige y reúne, como brota de la síntesis química un cuerpo con nuevas cualidades: un cuerpo que no es sólo la suma de los caracteres de sus componentes.

Si todos los que escriben arribaran a trasladar al papel la imagen clara, y por lo tanto la nota diferencial, de lo que sienten, no habría escritor que

no fuera original, porque no hay alma que no sienta algo exclusivamente *suyo* delante de las cosas; no hay dos almas que reflejen absolutamente de igual suerte el choque de una impresión, la imagen de un objeto. De aquí que la originalidad literaria dependa, en primer término, de la sinceridad con que el escritor manifiesta lo hondo de su espíritu, y en segundo término, de la precisión con que alcanza a definir lo que hay de único y personal en sus imaginaciones y sus afectos. Sinceridad y precisión son resortes de la originalidad.

Por la *llegada* de un gran escritor, de un gran poeta, se determina siempre la revelación de nuevas tonalidades afectivas, de nuevas vibraciones de la emoción. Es que ese hombre acertó a expresar con precisión maravillosa lo *suyo*: otros experimentaron ante el mismo objeto estados de alma no menos ricos, acaso, de originalidad; no menos fecundos, acaso, en interés; pero, por no hallar modo de expresarlos, los condenaron al silencio, o bien pasaron por mediocres escritores y poetas, sólo porque no supieron, como el genio sabe, traducir en palabras *casi todo* lo que sintieron, ya que *todo* hemos de entender que excede de la capacidad de las palabras.

Si la substancia de la lírica y de la psicología novelesca está libre de la posibilidad de consumirse y agotarse con el transcurso del tiempo, débese a la complejidad y originalidad de todo sentimiento real. Porque aunque cualquiera manifestación de la humana naturaleza haya de contenerse, hasta el fin de las generaciones, dentro de cierto número de sentimientos fundamentales y eternos; aunque el último poeta muera cantando lo que el primero cantó en la niñez florida del mundo, siempre cada sentimiento tomará del alma individual en que aparezca, no sólo el sello del tiempo y de la raza, sino también el sello de la personalidad, y siempre el poeta de genio al convertir en imágenes la manera como se manifiesta un sentimiento en su alma, sabrá hacer sensible ese *principio de individuación*, esa originalidad personal del sentimiento.

. . . . . .

## CXLVII

. . . . . .

Una extrema versatilidad de ideas suele parar en una convicción más firme y segura que una roca. Y es que aquel vagabundear del juicio no era signo de incapacidad de creer, ni ausencia de personalidad resistente.

Era, por lo contrario, ese presentimiento de fe que persuade a no contentarse sino con la fe cabal y recia. Era la inquietud de quien busca su rumbo y no se aquieta hasta encontrarlo.

Toma el caminante un camino, y lo deja al corto trecho por otro, en que tampoco persevera. El espectador le tilda acaso de hombre vago o voluble. Luego, el caminante acierta a hallar la dirección que apetecía, y con la seguridad del sonámbulo, sin desviar siquiera la mirada, sigue imperturbable, —aun en la soledad, aun en las sombras,— como el *baqueano* en las tierras vírgenes de América.

San Justino, padre de los apologistas cristianos, ofrece ejemplo de este modo de llegar, como por sucesivas pruebas y eliminaciones, al rumbo en que uno se reconoce orientado con fijeza. Ese hombre insigne fue primero pagano. Vagó después, abandonando a los dioses, por la extensión de la antigua filosofía; y pasó de una a otra de las escuelas de su tiempo, sin que le retuviesen ni las ideas de Zenón, ni las de los peripatéticos, ni las de los pitagóricos. Convirtióse más tarde a la religión revelada, y esta vez su espíritu arraigó y se reposó para siempre en la creencia, hasta abonar con el martirio la fortaleza de su grande amor. Pero aquel husmear anhelante de su pensamiento no fue inútil para el temple y el sello personal que tomó en él la fe definitiva, porque de todo ello quedó, en lo hondo de su alma, como un fermento, que sazona y enfervoriza a esa fe con la viril audacia de la razón independiente, y que, en la primera *Apología*, pone en sus labios este grito sublime, cuyo sentido penetra, como un filo sutil, en la raíz de las intolerancias del dogma: *Todo el que ha vivido según la razón merece nombre de cristiano.*

. . . . . .

. . . . . .

## CXLVIII

Quien, voluntaria y reflexivamente, contribuye a la renovación de su vida espiritual, ¿qué hace sino llevar adelante la obra, incapaz de término definitivo, que comenzó para él cuando aprendió a coordinar el primer paso, a balbucir la primera palabra, a reprimir por primera vez el natural impulso de fiereza? ¿Qué más es la educación, sino el arte de la transformación ordenada y progresiva de la personalidad; arte que, después de radicar en potestad ajena, pasa al cuidado propio, y que, plenamente concebido, en esta

segunda fase de su desenvolvimiento, se extiende, desde el retoque de una línea: desde la modificación de una idea, un sentimiento o un hábito, hasta las reformas más vastas y profundas: hasta las plenas *conversiones*, que, a modo de las que obró la *gracia* de los teólogos, imprimen a la vida entera nuevo sentido, nueva orientación, y como que apagan dentro de nosotros el alma que había y encienden otra alma. Arte soberano, en que se resume toda la superioridad de nuestra naturaleza, toda la dignidad de nuestro destino, todo lo que nos levanta sobre la condición de la cosa y del bruto; arte que nos convierte, no en amos de la Fatalidad, porque esto no es de hombres, ni aun fue de los dioses, pero sí en contendores y rivales de ella, después de lograr que dejemos de ser sus esclavos.

Sólo porque nos reconocemos capaces de limitar la acción que sobre nuestra personalidad y nuestra vida tienen las fuerzas que clasificamos bajo el nombre de *fatalidad*, hay razón para que nos consideremos criaturas más nobles que el buey que empleamos en labrar el surco, el caballo cuyo lomo oprimimos y el perro que lame nuestros pies. Por este privilegio, que nos alza a una noble sublimidad: como disciplinados y como rebeldes, reaccionamos sobre nuestras propensiones innatas, y a veces les quitamos el triunfo; resistimos la influencia de las cosas que nos rodean; sujetamos los hábitos naturales o adquiridos, y merced a la táctica de la voluntad puesta al servicio de la inteligencia, constituimos nuevos hábitos; adaptamos nuestra vida a un orden social, que, recíprocamente, modificamos adaptándolo a nuestros anhelos de innovación y de mejora; prevenimos las condiciones que nos rodearán en lo futuro, y obramos con arreglo a ellas; intervenimos en la ocasión y estímulo de nuestras emociones, y en el ir y venir de nuestras imágenes, con lo que ponemos la mano en las raíces de donde nace la pasión; y aun la fuerza ciega y misteriosa del instinto, que representa el círculo de hierro de la animalidad, se hace en nosotros plástica y modificable, porque está gobernada y como penetrada por la activa virtud de nuestro pensamiento.

Esta capacidad, esta energía, se halla potencialmente en toda alma; pero en inmensa muchedumbre de ellas, apenas da razón de sí: apenas pasa, sino en mínima parte, a la realidad y la acción; y sólo en las que componen una restricta aristocracia, sirve de modo consciente y sistemático a una idea de perfeccionamiento propio. Aparecería en la plenitud de su poder si todos atináramos a considerar nuestra vida como una obra de constante y ordenado progreso, en la que el alma adelantase, por su calidad e íntimo sér, como quien asciende exteriormente en preeminencia o fortuna.

Pero ¡cuán pocos son los que se consagran a tal obra, con amor y encarnizamiento de artistas ya que no se le consagraran con devoción de cre-

yentes en una norma imperativa de moralidad! Porque arte verdadero hay en ella; arte superior a cualquier otro. Las grandes existencias, en que la voluntad subyuga y plasma el material de la naturaleza con sujeción a un modelo que resplandece mientras tanto en la mente, son reales obras de arte, dechados de una habilidad superior, a la cual la substancia humana se rinde, como la palabra en el metro, la piedra en la escultura, el color en la tela. Así, en Goethe la obra de la propia vida parece una estatua; una estatua donde el tenaz y rítmico esfuerzo de la voluntad, firme como cincel con punta de diamante, esculpe un ideal de perfección serena, noble y armoniosa. La vida de San Francisco de Asís está *compuesta* como una tierna y sublime música. Para encontrar imagen a la vida de monarcas como Augusto o como Carlomagno, sería preciso figurarse uno de esos monumentos cíclicos de la arquitectura, que encarnan en la piedra el genio de una civilización: templo clásico o cristiana basílica. El arte de la vida de Franklin es el de una máquina, donde la sabia e ingeniosa adecuación de los medios al fin útil, y la economía de la fuerza, alcanzan ese grado de conveniencia y precisión en que la utilidad asume cierto carácter de belleza.

## CXLIX

El primer instrumento de la regeneración es la esperanza de alcanzarla. Todo propósito y plan de educar, de reformar, de convertir, y aún diré más: toda persona que lo tome a su cargo, han de empezar por ser capaces de sugerir *la fe en ellos mismos,* y obrar, mediante esta fe, en las almas donde ponen su blanco. Es la operación, preliminar e imprescindible, del forjador que calienta el duro metal para hacerlo tratable. Y desde luego, sólo será eficaz y rendidora aquella educación que acierte a infundir en el espíritu a quien se aplica, como antecedente del esfuerzo que reclama de él, la persuasión de que el rasgo fundamental, la diferencia específica, de la criatura humana, es el poder de transformarse y renovarse, superando, por los avisos de su inteligencia y las reacciones de su voluntad, las fuerzas que conspiren a retenerla en un estado interior, sea éste el sufrimiento, la culpa, la ignorancia, la esclavitud o el miedo.

Menguado antecedente de una empresa de reforma moral, será siempre el de propender a humillar la idea que el sujeto tiene de sí y mostrarle, a su conciencia acongojada, indigno del triunfo. El maestro y el curador de almas que a esto tienden, ya por inhabilidad en que no obra la intención, ya por torcida táctica, destruyen en el alma del discípulo, el pecador o el catecúmeno, el fundamento de su autoridad, que sólo vive de la fe que

sugiere; y acaso, por una opuesta sugestión, confirman y vuelven perdurables los males que hallaron tiernos todavía y las resistencias que no supieron vencer, con arte de amor, en sus comienzos. Porque si realmente puede haber una parte muerta e incapaz de reanimación en un alma viva, será aquella parte en que radique la desesperanza, *estigma* comparable al *diabólico,* que disecaba como cosa sin vida, para siempre, la carne donde se asentaba su impresión en el elegido del Mal.

No es, esta que te encarezco, la ciega confianza que consiste en suponer el triunfo, inmediato; llano su camino; rasa la tabla de las disposiciones heredadas; despreciables las potencias enemigas que de todas partes nos asedian; sin valor real la tentación; sin fuerza con que prevalecer, las reacciones posibles... Es aquel otro linaje de confianza que muestra el triunfo al final del esfuerzo pertinaz y costoso; y que enaltece el poder de la aptitud virtualmente contenida en nuestra naturaleza para llevar adelante ese esfuerzo; y que obliga a la voluntad, y la asegura, con lo imperativo del deber de intentarlo. Cualquiera otra fe, cualquier otro optimismo, es vanidad funesta, y como la desconfianza pesimista con quien se identifica a fuer de posiciones absolutas, incide en perezoso fatalismo.

Hay dos voces en el engaño tentador: la que nos insinúa al oído: "Todo es fácil"; la contrapuesta, que nos dice: "Todo es vano". Sólo que el exceso de confianza puede llevar algunas veces a término; puede arrebatarnos, en un vuelo, a la cumbre; porque aun cuando la esperanza se vuelve loca, es capaz de cosas grandes, y la locura de la esperanza suele ser la fuerza que obra en el milagro y el prodigio; mientras que por el camino de la duda mortal no es posible llegar más que a la realidad de la decepción que ella anticipa y de la sombra que ella prefigura. Así, coronando el heroísmo de la voluntad, compitiendo con la misma eficacia de la obra, resplandece, para la ciencia del observador, no menos que resplandeció para la fe del creyente, la virtud de la *esperanza viva.*

## CL

La ESPERANZA como norte y luz; la VOLUNTAD como fuerza; y por primer objetivo y aplicación de esta fuerza: nuestra propia personalidad, a fin de reformarnos y ser cada vez más poderosos y mejores.

Porque, en realidad, ¿qué es lo que, dentro de nosotros mismos, se exime en absoluto de nuestro poder voluntario, mientras el apoyo de la voluntad no acaba con el postrer aliento de nuestra existencia?

¿El dolor? ¿El amor? ¿La invención? ¿La fe? ¿El entusiasmo? ¿El sueño? ¿El sentir corporal? ¿La función de nuestro organismo?

Hechos y potencias son ésos, que parecen levantarse sobre el poder de nuestra voluntad, para obrar o no obrar, para ser o no ser; señalándole límites tan infranqueables como los que las leyes de la naturaleza física señalan al alcance y virtud de un agente material. Pero esta maravillosa energía, que lo mismo mueve una falange de tus dedos, que puede rehacer, de conformidad con una imagen de tu mente, la fisonomía del mundo, se agrega u opone también a aquellas fuerzas que juzgamos fatales; y cuando ella se manifiesta en grado sublime, su intervención aparece y triunfa; de modo que da vida al amor y lo sofoca; anonada al dolor; enciende la fe; compite con el genio que crea; vela en el sueño; trastorna la impresión real de las cosas; rescata la salud del cuerpo o la del alma, y levanta, casi del seno de la muerte, el empuje y la capacidad de la vida.

En el vientre del muchacho esparciata, donde el cachorro oculto bajo el manto muerde hasta matar, sin que se oiga un lamento; en el hornillo donde Mucio Scevola pone la mano y ve cómo se quema, "sin retorcer ceja ni labio"; en el martirio donde Campanella, reconcentrado en su idea contumaz, calla y no sufre, la voluntad vence al dolor y le aniquila. No fue otro el fundamento de la soberbia estoica, despreciadora del dolor, que inspiró la gloriosa frase de Arria y la moral de Epicteto y que resurge en lo moderno con Kant, para asentar, más firme que nunca, sobre la ruina de todo dogma y tradición y de la misma realidad del mundo, el solio de la Voluntad omnipotente.

En la misteriosa alquimia del amor, en la oculta generación de la fe, cosas que se confunden con lo más impenetrable y *demoníaco* del alma, la Voluntad se sustituye tal vez a la espontaneidad del instinto, y crea el amor donde no le hay, partiendo a golpes de hierro, pues falta fuego que derrita, el hielo de la indiferencia; y arranca la fe viva de las entrañas de la duda, como el niño a quien sacan a vivir del vientre de su madre muerta. Así, por la pertinacia de la atención y del hábito, quien quiere creer, al cabo cree; quien tiene voluntad de amar, al cabo se enamora. Ya supo de esto Pascal cuando afirmó la virtualidad de la fórmula y el rito para abrir paso a la fe dentro del alma remisa a sus reclamos.

En la divina operación del genio, la Voluntad no sólo acumula el combustible que luego una chispa sagrada inflama y consume, sino que aun esta chispa puede provenir de su solicitud; y la gracia no muy largamente concedida por la naturaleza, el dón incierto, la aptitud dudosa o velada, se transfiguran y agigantan por ella, a punto de semejar una creación de ella

misma, y serlo casi, alguna vez. Demóstenes, Alfieri, y aquellos que citamos ya caracterizando la vocación anticipada a todo indicio de aptitud: el pintor Carracci, Máiquez el cómico, son ejemplos del artista vencedor de su primera inferioridad, cuya más peregrina obra de arte parece ser su propio genio. La invención es a menudo un acto de voluntad, ante todo; como el que, según la tradición religiosa, sacó la luz y el mundo de las primitivas tinieblas. Y desde luego, este arranque para romper con lo sabido y usado, en que consiste la invención, ¿no es uno mismo, por su carácter y el modo de desenvolverse, con el arranque por el cual se aparta de la uniformidad del instinto y la costumbre el acto plenamente voluntario?... La Voluntad reúne el material que el genio anima; provoca y da lugar a aquella chispa misteriosa; y luego, hallada la idea en que consiste la invención, toma otra vez su férula y rige la labor paciente que desenvuelve y apura el contenido de la idea, ya en el desarrollo dialéctico, ya en el perfeccionamiento mecánico, ya en la ejecución literaria; última, esforzada lid, que Carducci compara hermosamente, por lo que toca a la invención del poeta, con los afanes del sátiro, perseguidor de la ninfa leve y esquiva en el misterio de los bosques.

Aun a lo connatural y orgánico del cuerpo, llega la jurisdicción de la voluntad. De cómo las ansias más esenciales ceden a su influjo, habla aquel rasgo de Alejandro, cuando, atormentado su ejército, y él mismo, por las angustias de la sed, logra un poco de agua que una avanzada le trae, dentro de un casco, de una fuente no muy próxima; y para animar a los suyos a soportar el sufrimiento hasta llegar a ella, en vez de beber vuelca el casco en el suelo, mientras sus labios abrasados se tienden tal vez, por instintivo impulso, al agua que se evapora en el ardor del aire... Sabido es el poder que Weber tenía para contener o acelerar por el esfuerzo consciente, las palpitaciones de su corazón. Goethe, no menos grande que por el genio, por la vida, ensalza la eficacia de la voluntad para baluarte de la salud del cuerpo, hablándonos de cómo piensa haber escapado una vez de contagioso mal sólo por la concentración imperiosa de su ánimo en la idea de quedar inmune. El sueño: obra de una magia que se desenvuelve en nosotros sin nuestra participación ni consentimiento, usa un hermoso modo de rendir parias al poder voluntario, y en las ficciones de esa magia es observación de psicólogos que un acto enérgico de voluntad, soñado dentro de lo que la imaginación pinta y simula, suele rasgar de inmediato el velo del sueño, y volver, al que duerme, a la realidad de la vida. Así, aun el remedo, aun el fantasma, de la Voluntad, es eficiente y poderoso, y vence a lo demás de las sombras que el sueño extiende y maneja sobre la íntima luz de nuestras noches.

## CLI

### LA PAMPA DE GRANITO

Era una inmensa pampa de granito; su color, gris; en su llaneza, ni una arruga; triste y desierta; triste y fría; bajo un cielo de indiferencia, bajo un cielo de plomo. Y sobre la pampa estaba un viejo gigantesco; enjuto, lívido, sin barbas; estaba un gigantesco viejo de pie, erguido como un árbol desnudo. Y eran fríos los ojos de este hombre, como aquella pampa y aquel cielo; y su nariz, tajante y dura como una segur; y sus músculos, recios como el mismo suelo de granito; y sus labios no abultaban más que el filo de una espada. Y junto al viejo había tres niños ateridos, flacos, miserables: tres pobres niños que temblaban, junto al viejo indiferente e imperioso, como el genio de aquella pampa de granito.

El viejo tenía en la palma de una mano una simiente menuda. En su otra mano, el índice extendido parecía oprimir en el vacío del aire como en cosa de bronce. Y he aquí que tomó por el flojo pescuezo a uno de los niños, y le mostró en la palma de la mano la simiente, y con voz comparable al silbo helado de una ráfaga, le dijo: "Abre un hueco para esta simiente"; y luego soltó el cuerpo trémulo del niño, que cayó, sonando como un saco mediado de guijarros, sobre la pampa de granito.

—"Padre, sollozó él, ¿cómo le podré abrir si todo este suelo es raso y duro?" —"Muérdelo", contestó con el silbo helado de la ráfaga; y levantó uno de sus pies, y lo puso sobre el pescuezo lánguido del niño; y los dientes del triste sonaban rozando la corteza de la roca, como el cuchillo en la piedra de afilar; y así pasó mucho tiempo, mucho tiempo: tanto que el niño tenía abierta en la roca una cavidad no menor que el cóncavo de un cráneo; pero roía, roía siempre, con un gemido de estertor; roía el pobre niño bajo la planta del viejo indiferente e inmutable, como la pampa de granito.

Cuando el hueco llegó a ser lo hondo que se precisaba, el viejo levantó la planta opresora; y quien hubiera estado allí hubiese visto entonces una cosa aún más triste, y es que el niño, sin haber dejado de serlo, tenía la cabeza blanca de canas; y apartóle el viejo, con el pie, y levantó al segundo niño, que había mirado temblando todo aquello. —"Junta tierra para la simiente", le dijo. — "Padre, preguntóle el cuitado, ¿en dónde hay tierra?" — "La hay en el viento; recógela", repuso; y con el pulgar y el índice abrió las mandíbulas miserables del niño; y le tuvo así contra la dirección del viento que soplaba, y en la lengua y en las fauces jadeantes se reunía el flotante

polvo del viento, que luego el niño vomitaba, como limo precario; y pasó mucho tiempo, mucho tiempo, y ni impaciencia, ni anhelo, ni piedad, mostraba el viejo indiferente e inmutable sobre la pampa de granito.

Cuando la cavidad de piedra fue colmada, el viejo echó en ella la simiente, y arrojó al niño de sí como se arroja una cáscara sin jugo, y no vio que el dolor había pintado la infantil cabeza de blanco; y luego, levantó al último de los pequeños, y le dijo, señalándole la simiente enterrada: "Has de regar esa simiente"; y como él le preguntase, todo trémulo de angustia: "Padre, ¿en dónde hay agua?" —"Llora, la hay en tus ojos", contestó; y le torció las manos débiles, y en los ojos del niño rompió entonces abundosa vena de llanto, y el polvo sediento la bebía; y este llanto duró mucho tiempo, mucho tiempo, porque para exprimir los lagrimales cansados estaba el viejo indiferente e inmutable, de pie sobre la pampa de granito.

Las lágrimas corrían en un arroyo quejumbroso tocando el círculo de tierra; y la simiente asomó sobre el haz de la tierra como un punto; y luego echó fuera el tallo incipiente, las primeras hojuelas; y mientras el niño lloraba, el árbol nuevo criaba ramas y hojas, y en todo esto pasó mucho tiempo, mucho tiempo, hasta que el árbol tuvo tronco robusto, y copa anchurosa, y follaje, y flores que aromaron el aire, y descolló en la soledad; descolló el árbol aún más alto que el viejo indiferente e inmutable, sobre la pampa de granito.

El viento hacía sonar las hojas del árbol, y las aves del cielo vinieron a anidar en su copa, y sus flores se cuajaron en frutos; y el viejo soltó entonces al niño, que dejó de llorar, toda blanca la cabeza de canas; y los tres niños tendieron las manos ávidas a la fruta del árbol; pero el flaco gigante los tomó, como cachorros, del pescuezo, y arrancó una semilla, y fue a situarse con ellos en cercano punto de la roca, y levantando uno de sus pies juntó los dientes del primer niño con el suelo: juntó de nuevo con el suelo los dientes del niño, que sonaron bajo la planta del viejo indiferente e inmutable, erguido, inmenso, silencioso, sobre la pampa de granito.

## CLII

Esa desolada pampa es nuestra vida, y ese inexorable espectro es el poder de nuestra voluntad, y esos trémulos niños son nuestras entrañas, nuestras facultades y nuestras potencias, de cuya debilidad y desamparo la voluntad arranca la energía todopoderosa que subyuga al mundo y rompe las sombras de lo arcano.

Un puñado de polvo, suspendido, por un soplo efímero, sobre el haz de la tierra, para volver, cuando el soplo acaba, a caer y disiparse en ella; un puñado de polvo: una débil y transitoria criatura, lleva dentro de sí la potencia *original*, la potencia emancipada y realenga, que no está presente ni en los encrespamientos de la mar, ni en la gravitación de la montaña, ni en el girar de los orbes; un puñado de polvo puede mirar a lo alto, y dirigiéndose al misterioso principio de las cosas, decirle: "Si existes como fuerza libre y consciente de tus obras, eres, como yo, una Voluntad: soy de tu raza, soy tu semejante; y si sólo existes como fuerza ciega y fatal, si el universo es una patrulla de esclavos que rondan en el espacio infinito teniendo por amo una sombra que se ignora a sí misma, entonces yo valgo mucho más que tú; y el nombre que te puse, devuélvemelo, porque no hay en la tierra ni en el cielo nada más grande que yo!"

## CLIII

Omnipotente fuerza, luz trasfiguradora, en los hombres, no lo es menos en los pueblos. Allí, en el mapa que tengo frente adonde escribo, veo una mancha menuda, que abre un resquicio para su pálido verde, entre la gran mancha amarilla de Alemania y el celeste claro que representa al mar. Esa mancha menuda es el más pasmoso toque de pincel que se haya impreso sobre la superficie del mundo, desde que este cuadro infinito fue originalmente pintado. ¿Sabes las maravillas de voluntad que significa para el pueblo cuya obra es, esa pinta humilde del mapa? ¿Sabes hasta qué punto ella es efectivamente su obra? No ya la riqueza, ni la fuerza, ni la libertad, ni la cultura: la tierra, el suelo que pisa, el solar sobre que está puesta la casa, el limo en donde arraiga el árbol, el terrón que desmenuza la reja, son invenciones de su genio, artificiosidades de su industria, milagros de su querer. Palmo a palmo, ese pueblo quitó su tierra a las aguas; ola por ola, rechazó el embate del mar; día por día, sintió que faltaba para sus movimientos el espacio; bajo sus pies, el sustento; en torno suyo, el hálito y el calor del terruño: como despierta el huérfano y busca en vano el regazo de la madre; y día por día, los rescató con esfuerzo sublime; día por día, tuvo tierra de nuevo; como si, al amanecer de cada sol, hundiera el brazo bajo el agua, y allá, en el fondo del abismo, tomase a la roca por sus crestas, y la alzara de un arranque titánico, y la pusiese otra vez sobre el haz de la onda... ¡Tierra del suelo sin consistencia y del color sin contornos; baja, húmeda, lisa: tú eres el mayor monumento que la voluntad del hombre tiene sobre el mundo! Pueblo manso y tenaz, grande en muchas tareas;

tejedor y hortelano, pintor y marino; pueblo donde se da culto a las flores, que manos blancas y oficiosas cuidan en competencia tras las ventanas de donde acaso se ve, si aclara la bruma, partir las naves que van a tierras caras al sol, por ébano y naranjas y fragantes especias! Como las vacas de tus establos, así tu voluntad es fuerte y fecunda; en el desvaído azul de tus ojos hay reflejos de acero que vienen de tu alma; nadie como tú, pueblo ni hombre, se debió tanto a sí mismo; porque tal como el pájaro junta su nidamenta con las briznas de heno, y las ramillas, y la tierra menuda, y de este modo va tejiendo, hebra por hebra, su nido, de igual manera juntaste tú ese flaco barro que huellas: pueblo donde se ama a las flores, donde el candor doméstico aguarda la vuelta del trabajador en casas limpias como plata, y donde ríos morosos van diciendo, si no el himno, el salmo de la libertad!

## CLIV

Cuanto se dice de la unidad consciente que llamamos *personalidad* en cada uno de nosotros ¿no puede extenderse, sin esencial diferencia, al genio de un pueblo, al espíritu de una raza, igualmente capaces del nombre de *personalidad?* ¿No se reproduce en esos grandes conjuntos todo lo que la observación del psicólogo halla en el fondo de nuestra historia íntima, y no se dan en ellos también todos los grados de armonía y continuidad con que cabe que se manifieste esta síntesis viva que la conciencia individual refleja? ¿No hay pueblos cuya personalidad, compacta y fortísima, se acumula en una sola idea, en una sola pasión, y para lo demás son sordos y ciegos, como el fanático y el obsesionado; otros, en cambio, cuya unidad personal es una complejidad concorde y graciosa; otros en que dos tendencias reñidas se alternan, o mantienen un conflicto perenne, como en los temperamentos que llevan dentro de sí mismos la contradicción y la lucha; otros incoherentes, disueltos, descaracterizados por un anárquico individualismo que es como la dispersión de su personalidad; otros que no la tienen propia y viven de la ajena, en la condición del sonámbulo, bajo el influjo de la admiración o del miedo; otros que, extáticos en la contemplación de su pasado, parecen fuera de la realidad de la vida, como el que logra revivir con su personalidad de otro tiempo merced a la fascinada atención de la memoria; otros que, en su entusiasmo, furor o desconcierto, remedan la alteración personal de la embriaguez; otros fáciles para modificar su personalidad mediante su desenvolvimiento progresivo; otros propensos a inmovilizarla en la costumbre; otros, en fin, cuyo carácter sufre profunda desviación desde cierto punto

de su historia, como quien, volviendo de una honda crisis moral, tórnase en todo distinto de lo que era?...

## CLV

Si a la continuidad de las generaciones se une la persistencia de cierto tipo hereditario, no ya en lo físico, sino también en lo espiritual, y una suprema idea dentro de la que pueda enlazarse, en definitiva, la actividad de aquellas sucesivas generaciones, el pueblo tiene una personalidad constante y firme. Esta personalidad es su arca santa, su paladión, su fuerza y tesoro; es mucho más que el suelo donde está asentada la patria. Es lo que le hace único y necesario al orden del mundo: su originalidad, dádiva de la naturaleza, que no puede traspasarse a otro, ni recobrarse, si una vez se ha perdido, a no ser abismándose en la profundidad interior donde está oculta. Porque toda alma nacional es una agrupación de elementos ordenada según un ritmo que, ni tiene precedentes en lo creado, ni se reproducirá jamás, una vez roto aquel inefable consorcio.

Mantener esta personalidad es la epopeya ideal de los pueblos. Veces hay en que el carácter colectivo se eclipsa y desaparece, no disuelto por la absorción de la raza en otra más populosa o más enérgica; sino replegado sólo bajo una personalidad de imitación y artificio. Como suele suceder en los hombres, la verdad de la naturaleza cede entonces sus fueros a un amaneramiento que arraiga, más o menos someramente, en la costumbre. Tal, por ejemplo, cuando la civilización descolorida y uniforme del siglo XVIII, extendiéndose desde la corte de Francia, ahoga la originalidad, el genio tradicional de cada pueblo; y así en usos y leyes como en literatura, sustituye un modelo de convención al espontáneo palpitar de la vida; hasta que despiertan aquellas *voces de las naciones* que oyó Herder, y la savia estancada vuelve a subir por el árbol de cada terruño, y en todas partes el corazón y la fantasía buscan el materno calor de la memoria.

Otras veces, aún no existe personalidad, como en el temperamento del niño, maraña de tendencias anárquicas; y un gran impulso de proselitismo y pasión, que representa lo que la crisis de la pubertad, en los pueblos, levanta y fija para siempre la forma personal que no existía; como cuando a la voz del Profeta las tribus nómadas de Arabia se alzan de súbito a la dignidad de la historia; o cuando la palabra de Lutero llega a países, aún sin alma, del septentrión, y los sacude e inflama, y hace que su alma se anuncie, y que estampen su sello en la corteza de la tierra.

## CLVI

Pero sin abdicar de esa unidad personal; sin romper las aras del numen que se llama *genio* de la raza, los pueblos que realmente *viven* cambian de amor, de pensamiento, de tarea; varían el rito de aquel culto; luchan con su pasado, para apartarse de él, no al modo como el humo fugaz, o la hoja y la pluma más livianas que el viento, se apartan de la tierra, sino más bien a la manera que el árbol se aparta de su raíz, en tanto que crece y va como concibiendo y bosquejando la idea de la fronda florida que ha de ser su obra y su cúspide.

No siempre, para juzgar si será posible en cierto sentido o dirección este desenvolvimiento, ha de darse paso a la duda porque apariencias del pasado finjan una fatalidad ineluctable y enemiga. No siempre el fondo de disposiciones y aptitudes de un pueblo debe considerarse limitado por la realidad aparente de su historia. Nuevas capacidades pueden suscitarse mientras la vida dura y se renueva; unas veces, creándolas por sugestión y ejemplo de otros, y fundiéndolas en lo íntimo a favor de un fuego de heroísmo y pasión que encienda el alma y la disponga para operar en ella; otras veces, evocándolas de misterioso fondo ancestral, donde duermen y esperan, como la aurora en el fondo de las sombras: porque también en el alma de los pueblos hay de esas reservas ignoradas de facultades, de vocaciones, de aptitudes, que aún no se manifestaron en acto, o que, no bien manifiestas, se soterraron, y tienden, lenta y calladamente, al porvenir, por la oculta transmisión de la herencia. De este modo, el genio poético y contemplativo del sajón surge otra vez en la Inglaterra del Renacimiento, después de ahogado bajo el férreo pie del normando conquistador.

Cambian los pueblos mientras viven; mudan, si no de ideal definitivo, de finalidad inmediata; pruébanse en lides nuevas; y estos cambios no amenguan el sello original, razón de su sér, cuando sólo significan una modificación del *ritmo* o estructura de su personalidad por elementos de su propia substancia que se combinan de otro modo, o que por primera vez se hacen conscientes; o bien cuando, tomado de afuera, lo nuevo no queda como costra liviana, que ha de soltarse al soplo del aire, sino que ahonda y se concierta con la viva armonía en que todo lo del alma ordena su impulso.

Gran cosa es que esta transformación subordinada a la unidad y persistencia de una norma interior, se verifique con el compás y ritmo del tiempo; pero, lo mismo que pasa en cada uno de nosotros, nunca ese orden es tal que vuelva inútiles los tránsitos violentos y los bruscos escapes del tedio

y la pasión. Cuando el tiempo es remiso en el cumplimiento de su obra; cuando la inercia de lo pasado detuvo el alma largamente en la incertidumbre o el sueño, fuerza es que un arranque impetuoso rescate el término perdido, y que se alce y centellee en los aires el hacha capaz de abatir en un momento lo que erigieron luengos años. Esta es la heroica eficacia de la revolución, bélica enviada de Proteo a la casa de los indolentes y al encierro de los oprimidos.

. . . . . .

## CLVII

El Invierno, viejo fuerte, se acerca. Su impetuoso resuello llega en ráfagas largas al ambiente de esta tarde de otoño, y roba a todo lo que hay de movible en el paisaje, su quietud o la suave ondulación con que se adormecía. Ahora se inquieta, como malcontento de su lugar, cuanto es capaz de movimiento: las ramas, sacudidas desde su raíz; las aspas del molino, que se persiguen entre sí con furia vana; la cadena del pozo; las ropas tendidas a secar en el cercado vecino; el polvo yacente, que se levanta en gruesas nubes. Por el cielo vagan esos blancos vellones que el viento suele agitar, como enseña, en sus combates. El balcón de la casa de enfrente no se ha abierto. Tras sus cristales asoma una cara dulce y pensativa, más pálida que de costumbre. En cambio, de esa otra cara, casi infantil, que, junto a la enorme y bondadosa de la vaca, veo pasar todas las tardes, el soplo recio hace brotar dos frescas rosas.

Sentado a la ventana, empleo mi ocio en la contemplación. Mientras en mi chimenea se abre un ojo de cíclope que desde hace tiempo permanecía velado por su párpado negro, y junto a mí mi galgo ofrece sus orejas frías y sedosas a las caricias de su amo, se fija mi atención en una muda sinfonía: la de las hojas, que desprendidas, en bandadas sin orden, de los árboles, que van dejando desnudos, pueblan el suelo y el aire, a la merced del viento. Me intereso, como en una ficción sentimental, en sus aciagas aventuras. Ora se alzan y van en vuelo loco; ora, más al abrigo, ruedan solitarias, breve trecho, y quedan un momento inmóviles, antes de trazar, lánguidamente, otro surco; ora se acumulan y aprietan, como medrosas o ateridas; ya se despedazan y entregan en suicidio a la ráfaga, deshechas en liviano polvo; ya giran sin compás alrededor de sí mismas, como poseídas danzantes... Su suerte varia es pasto de mi fantasía, cosquilleo de mi corazón. Me parecen en ocasiones los despojos volantes de un sacrificio de

papeles viejos, con los que se avientan cartas de amores idos y vanidades de la imaginación, obras que no pasaron de su larva. Las imagino después el oropel de una corona destrozada de cómico. Se me figuran otras veces manos exangües y amarillas; manos de moribundo, que buscan vanamente tañer, en una lira que no encuentran, una melodía triste que saben... Caen, caen sin tregua, las hojas; y el alma del paisaje éntrase, en tanto, por las puertas del sentido, al ambiente de mi mundo interior. Me reconcentro, sin dejar de atender a las aladas moribundas. Comienza a cantar, dentro de mí, esa elegía marchita que, en el *pathos* romántico, hay para la caída y el murmullo de las hojas secas. Abandono; voluptuosidad de melancolía; complacencia en lo amargo fino y suave... ¿Dónde está ahora, respecto de mí mismo, el objeto de mi contemplación? ¿Adentro? ¿Afuera?... Caen, caen sin tregua, las hojas; y por un instante siento que su tristeza de muerte se comunica a todo lo visible, y sube al cielo, y le entristece también, y alcanza hasta la línea lejana en que una niebla tenue empieza a tejer su veste de lino. Pero luego, muy luego, la expresión mortal que se había extendido en el paisaje como sombra de nube, se concreta y fija nuevamente en las hojas, que son las que de veras se van y perecen, y que no volverán nunca a su árbol... En lo demás queda sólo una esfumada aureola de esa tristeza, como dolor que nace de simpatía. Las hojas son lo único que muere. El sentimiento de mi contemplación de otoño no llega a producir en mi alma esa ilusión de sueño en que la apariencia triste y bella cobra el imperio de la realidad y nos persuade casi de la universal agonía de las cosas. *Sé* que este desmayo de la vida no dura. La idea de la resurrección próxima y cierta vela dentro de mí, como en penumbra o lontananza, y mantiene mi sentimiento de la escena en la clave de un recogimiento melancólico. No de otra manera, sobre el desconcierto de las hojas caídas se iergue la armazón escueta de los árboles, firme y desnuda como la certidumbre, y en el acero claro del aire graba una promesa, simple y breve, de nueva vida.

## CLVIII

Este es mi espíritu cuando toca a su término la corriente de las ideas que para pasar a tu espíritu tenía. El alma del paisaje me da el alma de la última página; y como infusa y concentrada en ella, el alma de las otras; y mi alma misma se reconoce en la pintura de la naturaleza, y por la pintura ve, en imagen, que el libro es su verbo fiel y tiene su acento. El libro y ella son uno: un libro que se escribe, o es papel vano, o es un

alma que teje con su propia substancia su capullo. Mientras vuela esta alma mía en el viento que remueve las hojas y conduce las voces de los hombres, mensajero del mundo, lazo que no se pierde, yo quedaré apres-tándome otra alma, como el árbol otro follaje, y otra cosecha la tierra de labor; porque quien no cambia de alma con los pasos del tiempo, es árbol agostado, campo baldío. Criaré alma nueva en recogimiento y silencio, como está el pájaro en la muda; y si llegada a sazón, la juzgo buena para repartirla a los otros, sabrás entonces cuál es mi nuevo sentir, cuál es mi nueva *verdad,* cuál es mi nueva palabra.

# CRONOLOGIA

1871 Nace José Enrique Rodó en Montevideo (17/VII), séptimo hijo de José Rodó y Janer, catalán, y Rosario Piñeyro, uruguaya. Es bautizado en la fe católica (5/X), la cual abandonará en su adolescencia. La familia dispone, en esta época, de una desahogada situación económica. Don José Rodó era un próspero comerciante.

1874 Fotografías de los tres y cuatro años lo muestran siempre serio, la cabeza apoyada en el puño derecho, como meditando. Tal imagen seria lo acompañará toda su vida: su iconografía será siempre austera y profesoral.

1875 Aprende a leer muy pronto, bajo la dirección de una de sus hermanas, Isabel. En este tiempo, según Hugo Barbagelata, era "niño mimado de casa antigua y rica" que recibió "esa enseñanza católica que nuestras madres dan, exenta de clericalismo, aunque llena de religiosidad y preceptos morales".

1880 José E. Rodó tiene acceso a la pequeña pero selecta biblioteca de su padre, quien había mantenido vínculos amistosos con destacadas figuras como Alejandro Magariños Cervantes, patriarca de las letras a mediados del XIX, y con el neoclásico Francisco de Acuña de Figueroa. En su biblioteca figuraban libros de Sarmiento, Echeverría, Alberdi, Juan C. Gómez, amén de los clásicos españoles de rigor y los críticos recientes (Menéndez Pelayo).

1881 Por esta fecha deben situarse las clases particulares que le habría impartido Pedro José Vidal, respetado maestro de la época.

1882 Ingresa a la Escuela Elbio Fernández, que constituía una de las más avanzadas expresiones de la reforma escolar que había impuesto el educador José Pedro Valera en el Uruguay. Es allí gestor, junto con el futuro pintor Milo Beretta, de un periódico estudiantil titulado *Los primeros albores,* donde publica algunos artículos biográficos, referidos a Benjamín Franklin y a Simón Bolívar. De éste dice: "Continúese la obra por él comenzada, límense en fin los hierros que aún sujetan a varios pueblos de América, esclavos todavía de la dominación de un poder extranjero y entonces podremos decir: Hemos pagado a Bolívar la deuda con él contraída".

1883 Ingresa a los establecimientos de enseñanza oficial y pública, lo que parece deberse a quebrantos económicos de su padre que no le permiten ya subvencionar los estudios particulares de su hijo. Para Zum Felde fue un estudiante "mediocre en todas las materias, sólo en literatura rindió un examen brillante". Entre sus profesores se encontraba el prestigioso crítico Samuel Blixen.

1885 Muere su padre y José Enrique comienza a trabajar en una escribanía. Borrador de una *Oda a la Batalla de Caseros,* acontecimiento particularmente celebrado por el liberalismo uruguayo.

1886 Con motivo del atentado criminal de Gregorio Ortiz contra el dictador militar Máximo Santos, le escribe a éste una carta censurando su despotismo pero también la conducta de Ortiz. No llega sin embargo a remitirla. Para Benedetti, "el episodio podría ser una adecuada síntesis del temperamento de Rodó, quien en el curso

de su vida demostró ciertos rasgos del heroísmo intelectual, frenados muchas veces por una evidente cortedad para la acción.

1890 Uno de los pocos (dos o tres) enamoramientos platónicos de la vida de Rodó. Sus cartas a Luisa Gurméndez, editadas por Roberto Ibáñez (*Fuentes*). Son cartas muy (demasiado) compuestas que no conmovieron a su destinataria, quien prefirió partir a Buenos Aires.

Otras admiraciones femeninas, por la tiple de zarzuela Lola Millanes, a quien dirigió un poema, en 1897. Dice concluyendo: "¡Quién su fingido amor, su amor soñado/ en real amor transfigurar pudiera!...".

1891 Se incorpora, como simple empleado, al Banco de Cobranzas de Montevideo, gracias a una fianza de su tío, el político colorado José Domingo Piñeyro. Hasta el año siguiente permanece en ese puesto burocrático.

1894 Rinde sus últimos exámenes secundarios, sin alcanzar el título de bachiller. Obtiene altas calificaciones en historia y literatura y mediocres en las demás asignaturas. Desiste de proseguir estudios: "La idea de que pudiera salir rechazado me llenaba de espanto". No ingresó a la Universidad y fue en adelante un acucioso autodidacta.

1895 Aparecen en el periódico *El Montevideo Noticioso* sus primeras colaboraciones: artículos y un poema pedestre (*La Prensa*). *La Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales,* que funda con Víctor Pérez Petit y los hermanos Carlos y Daniel Martínez Vigil, publica su primer número (5/III) incluyendo un artículo suyo sobre el libro *Dolores,* de Federico Balart.

Esta Revista, que tanta influencia habría de tener en la vida intelectual uruguaya, a pesar de su corta duración, sirviendo de introducción al modernismo, fue de hecho dirigida por Rodó. Publica allí sus primeros escritos sobre Juan María Gutiérrez, sobre Clarín, J. C. Gómez, Núñez de Arce, Guido y Spano, Vicente Fidel López; como se ve, una panoplia ya tradicional para la época, pero que delataba su preocupación americanista.

1896 En la *Revista Nacional* publica su texto sobre la crisis de Occidente: "El que vendrá" (25/VI). Samuel Blixen lo reproduce en su periódico, con elogio augural.

1897 La *Revista Nacional* publica su último número, el 60 (25/XI). Aparece el primer opúsculo del conjunto programado por Rodó bajo el título *La Vida Nueva,* conteniendo sus ensayos "El que vendrá" y "La novela nueva". Año de desaliento. En carta a Piquet testimonia su decepción: "¿Quién escribe? ¿quién lee? El frío de la indiferencia ha llegado a la temperatura del hielo para estas cosas. Montevideo es mitad un club de hablillas políticas y mitad una factoría de negociaciones". (28/III).

1898 El ascenso a la primera magistratura de Juan Lindolfo Cuestas (luego de la muerte de Idiarte Borda) y su proyectada campaña electoral, han de contar con el apoyo de un sector de la juventud colorada. Colabora en *El orden,* órgano oficialista, junto con sus compañeros Carlos Martínez Vigil, Víctor Pérez Petit, Juan Carlos Blanco Acevedo, Juan Antonio Zubillaga, etc. El 27/II se retira del periódico junto con ellos, probablemente discrepando con la orientación presidencial. El 9/V es designado catedrático de Literatura de la Universidad, cargo que ocupará

por tres años. El volumen *Narraciones*, de Juan C. Blanco, aparece con prólogo suyo.

Obtiene un empleo en la oficina de Avalúos de guerra.

1899 Aparece el segundo opúsculo de *La Vida Nueva*, conteniendo su ensayo (reticente) sobre Rubén Darío y su análisis de *Prosas Profanas*. Allí formula su ocasional fe modernista: "Yo soy un modernista también. Yo pertenezco con toda mi alma a la gran reacción que da carácter y sentido a la evolución del pensamiento en las postrimerías de este siglo; a la reacción que partiendo del naturalismo literario y del positivismo filosófico, los conduce, sin desvirtuarlos en lo que tienen de fecundos, a disolver en concepciones más altas".

Este ensayo será incorporado como prólogo (aunque sin firma) a la segunda edición de la obra.

1900 Como tercer opúsculo de *La Vida Nueva*, aparece *Ariel* en febrero. El texto consigue el apoyo de la crítica española (Valera, Leopoldo Alas, Unamuno, Altamira, Gómez de Baquero, en la *Revista Crítica*, *El Imparcial*, *La Lectura*, etc.). Inicia su correspondencia con Unamuno (20/III), quien, sin embargo, nunca tuvo demasiado aprecio por su obra. Es designado en junio Director interino de la Biblioteca Nacional, durante dos meses.

A la muerte de su tío, mejora su situación económica, lo que le permite consagrarse de lleno a la tarea intelectual.

1901 Rodó se reincorpora a la actividad política, a través de su militancia en la "juventud colorada" que buscaba la unificación partidaria. Participa como orador en el acto del Teatro San Felipe (21/I), donde aboga por la unidad. Es designado vicepresidente del Club Libertad, que consigue aproximar los sectores de José Batlle y Ordóñez y Julio Herrera y Obes. El Club se fragmenta cuando Carlos Reyles funda el Club Vida Nueva. Rodó comienza sus colaboraciones con el diario *El Día*, dirigido por Batlle.

En el exterior se registran las primeras transcripciones de *Ariel* (Madrid, Santo Domingo).

1902 Ingresa como Diputado a la Cámara de Representantes (XXI Legislatura) desde su posición de primer suplente de la lista "colorada" de Montevideo. Renuncia a la cátedra de Literatura que dictaba.

La actividad parlamentaria de Rodó ha sido caracterizada por Rodríguez Monegal diciendo que "jamás quiso descender a la política mezquina, que buscó expresar siempre una visión panorámica y fuertemente legalista de la organización del país, que puso el interés del Estado antes que el del propio partido, que prestó especial atención a los hechos culturales".

1903 En la difícil elección de 15º presidente por la Asamblea General Legislativa, Rodó figura entre los electores de José Batlle y Ordóñez, de quien más adelante se distanciará.

Ya escoge el rótulo "Proteo" para el libro que comienza a preparar (*Motivos de Proteo*).

1904 El movimiento revolucionario blanco, acaudillado por Aparicio Saravia, provoca honda depresión en Rodó (escribe a Piquet: "La estupidez de la guerra contribuye

a hacer el ambiente aún más estrecho y turbio que de costumbre") e intensifica su decepción por la vida política del país. Tiene importante intervención en el debate parlamentario sobre libertad de prensa, presentando un proyecto interpretativo.

1905 Rodó se aleja del Parlamento (8/II), rehusando al parecer su reelección por un nuevo período. Ya había anunciado, en carta a Piquet, "la resolución firmísima de poner debajo de mi última página parlamentaria un letrero que diga: 'Aquí acabó la primera salida de Don Quijote'."

Trabaja intensamente en los materiales preparatorios del "ciclo de Proteo".

Situación económica precaria a causa de malos negocios y fianzas imprudentes. Su amigo Pérez Petit dice haberlo auxiliado entonces.

Después de Masoller (batalla decisiva de la guerra), testimonia su profundo escepticismo sobre el país y el pueblo (cartas a Piquet y Unamuno).

1906 Interrumpe su trabajo sobre "Proteo" para discrepar, en artículo del diario *La Razón*, con la prohibición de imágenes religiosas en las dependencias de la comisión de Caridad. Posterior polémica con el Dr. Pedro Díaz, que reunirá en el folleto *Liberalismo y jacobinismo*, que publica.

Un texto, revelado por R. Ibáñez, muestra el estado de postración en que se encontraba: "hoy acumulo en uno todos mis recuerdos de este año terrible, en que no ha habido para mí un día de paz, de tranquilidad, de despreocupación; en que no he tenido un respiro en el temor constante, en la convulsión agónica de una perpetua amenaza suspendida sobre mi cabeza; en que he derramado más lágrimas quizá que en todos los demás años de mi vida" (3/V).

1907 Es elegido para presidir el Club Vida Nueva que inspiraba Carlos Reyles. Es designado colaborador de *La Nación* de Buenos Aires y su primera colaboración motivará la violenta reacción de Manuel Ugarte. Participa en actos contra el fusilamiento del dirigente catalán Francisco Ferrer por las autoridades de Barcelona.

Es jurado en el Concurso de Obras Teatrales del Conservatorio Labardén de Buenos Aires.

La elección de Claudio Williman, como 16º presidente, crea una nueva situación política a la que se vincula Rodó, alejándose así de la órbita de Batlle y Ordóñez.

1908 El Primer Congreso Americano de Estudiantes, que se celebra en Montevideo, marca el cenit de su prestigio ante la juventud y de la difusión del "arielismo" como doctrina americana.

Es electo diputado para la XXIV Legislatura, donde cumplirá una tarea cultural destacada.

Aparecen dos ediciones de *Ariel* en México: una en Monterrey y otra publicada por la Escuela Nacional Preparatoria.

1909 Publicación de *Motivos de Proteo* en la Imprenta de José María Serrano. Los primeros comentarios provendrán de Rafael Barrett (en *La Razón*). La edición, de dos mil ejemplares, se agotó en dos meses. En su correspondencia con Hugo Barbagelata (residente en París) se trata de la edición que se previó en Francia, por la casa Ollendorf.

Importante actividad parlamentaria en el debate del tratado de límites brasileño-uruguayo.

1910 Es electo presidente del Círculo de la Prensa y es designado representante oficial, junto con Juan Zorrilla de San Martín, a las fiestas del centenario de la independencia de Chile. En el Parlamento chileno pronuncia un discurso ("El centenario de Chile"). Pasa a colaborar con *El Día* y *La Razón*.

Escribe el prólogo a *Idola Fori* de Carlos Arturo Torres.

Alzamiento militar "blanco", sofocado. En las elecciones parlamentarias de fines de año, se abstiene el partido blanco. Rodó es electo diputado por tercera vez.

Aumenta la difusión latinoamericana del "arielismo" y el "rodonianismo": F. García Calderón y V. A. Belaúnde (Perú), C. Zumeta y M. Díaz Rodríguez (Venezuela), J. Castellanos (Cuba), F. García Godoy (República Dominicana), etc.

1911 Los proyectos "colegialistas" de Batlle y Ordóñez para transformar el Poder Ejecutivo aceleran el distanciamiento de Rodó. Se incorpora como diputado a la XXIV Legislatura y aun vota la reelección de Batlle como 17° presidente de la República, en su segundo mandato constitucional.

Desde la Cámara se preocupa de los problemas culturales (ediciones, becas, sueldos universitarios).

Inicia su prédica anticolegialista por la cual se incorporará al *Diario del Plata* y colaborará asiduamente en otros órganos anti-batllistas.

1912 Miembro correspondiente de la Real Academia Española. Colaboraciones en *Diario del Plata* que firma con el seudónimo Calibán. Participa en votaciones contrarias al presidente Batlle (honras fúnebres de Herrera y Obes) y se constituye en un jefe de la oposición ("de este gobierno —escribe a Barbagelata— no puedo esperar atenciones ni yo las aceptaría, siendo radicalmente adversario de él y combatiéndolo, como lo combato, por la prensa").

Escribe el ensayo sobre Bolívar que Blanco Fombona publica en la edición de *Cartas del Libertador* (París, 1912).

1913 Se publica *El Mirador de Próspero*, colección de textos sobre temas diversos (y de diferentes épocas) que representa cabalmente la multiplicidad de inclinaciones intelectuales del autor. Prepara los textos que habrá de editar Rufino Blanco Fombona en su Biblioteca América.

Informe y proyecto de ley *Sobre el trabajo obrero en el Uruguay* (10/III) que juzga así M. Vitier: "había pensado en todos los aspectos del problema obrero; conocía el ideario individualista y las impugnaciones que se le han hecho. Simpatizaba con las reclamaciones de los humildes".

1914 Al estallar la guerra mundial, Rodó abraza con pasión la causa de los Aliados: "la causa de Francia y sus aliados, en el más alto y amplio sentido, la causa de la humanidad" (*La Razón*, 2/IX).

Por discrepancias de orientación política internacional, deja el *Diario del Plata* 29/VII) y asume, en *El Telégrafo*, una sección titulada "La guerra a la ligera" con el seudónimo de Ariel.

Lauxar lo describe así: "La mirada, inmóvil tras los cristales de sus lentes; el rostro, carnoso y abotagado; la tez, borrosa; la nariz, grande y gruesa; gruesa también

la boca; el bigote, duro, caído y enmarañado, al igual que las cejas; tosca la frente, y sobre ella, el pelo rebelde; su fisonomía era como una máscara sin emoción ni inteligencia".

1915 Rufino Blanco Fombona publica en la Biblioteca América *Cinco ensayos*, donde se reúnen *Ariel, Liberalismo y Jacobismo*, con sus textos sobre Rubén Darío, Bolívar y Montalvo.

1916 Las revistas argentinas *Caras y Caretas* y *Plus Ultra* lo designan su corresponsal en Europa. La noticia conmueve al ambiente y se procura que permanezca en el país proponiéndose la creación de una Cátedra de Conferencias que Rodó rehúsa. Se embarca el 14/VII, desembarca en Lisboa el 1/VIII, visita Madrid, Barcelona, Marsella, la Costa Azul, escribiendo corresponsalías sobre su viaje. Entra en Italia por Génova (17/IX) y se somete a un tratamiento de aguas en Montecatini. En Pisa se encuentra con estudiantes venezolanos, visitando luego Florencia y Roma (20/XII), donde permanecerá dos meses.
Su salud ya se encuentra quebrantada y se le diagnostica una nefritis.

1917 Viaja a Nápoles (21/II) pasando a Palermo (3/IV), donde su salud empeora. Se recluye en el hotel y tardíamente recurre al tratamiento médico (nefritis y tifus abdominal), siendo trasladado al Hospital San Saverio (30/IV), donde morirá el 1/V a las 10 a.m. Tenía 45 años.
La noticia conmueve a la intelectualidad americana. La revista *Nosotros* (Buenos Aires) le consagra un número especial. Honores oficiales en Uruguay y polémica por su deceso.

1918 La Editorial Cervantes, de Barcelona, reúne sus correspondencias de viaje con otros textos en *El Camino de Paros*. Víctor Pérez Petit, su compañero de la *Revista Nacional*, publica su estudio biocrítico. Carta de Raúl Montero Bustamante.

1920 Una delegación oficial uruguaya procede a exhumar los restos de Rodó del cementerio de Palermo y los traslada a Uruguay. Grandes homenajes públicos y velatorios en la explanada de la Universidad. Es inhumado en el Panteón Nacional. Hugo Barbagelata publica *Rodó y sus críticos* (París) y el Centro de Estudiantes Ariel (Pres. Carlos Quijano) edita un *Homenaje a Jose Enrique Rodó*.
Ya Alberto Zum Felde había iniciado en *El Día* la requisitoria intelectual contra Rodó (por su esteticismo, su idealismo, su falta de base filosófica, su aristocratismo, su concepción elitista). Julián Nogueira continúa la crítica con su artículo: "Los últimos días de Rodó".

# INDICE

Prólogo a ARIEL, por *Carlos Real de Azúa* IX

Prólogo a MOTIVOS DE PROTEO, por *Carlos Real de Azúa* XIII

CRITERIO DE ESTA EDICIÓN CV

---

## ARIEL [1]

### I [3]

II/ Necesidad de que cada generación entre a la vida activa con un programa propio. Belleza moral de la juventud; su papel en la vida de las sociedades. Los pueblos más fuertes y gloriosos son los que reúnen las condiciones propias de la juventud. Ejemplo de Grecia. Necesidad de la "fe en la vida". No debe confundirse esta fe con un optimismo cándido. América necesita de su juventud. [4]

III/ El hombre no debe desarrollar una sola faz de su espíritu sino su naturaleza entera. Peligro de las civilizaciones avanzadas, indicado por Comte. La hermosura de la vida de Atenas depende de que supo producir el concierto de todas las facultades humanas. Necesidad de reservar una parte del alma para las preocupaciones puramente ideales. Cuento simbólico.

Ni la vida de los individuos, ni la vida de las sociedades, deben tener un objetivo único y exclusivo. [10]

IV/ Importancia del sentimiento de lo bello para la educación del espíritu. Su relación con la moralidad. Ejemplos históricos. Importancia de la cultura estética en el carácter de los pueblos y como medio de propagar las ideas. [16]

V/ Causas del utilitarismo del siglo. Este utilitarismo ha preparado el terreno para idealismos futuros. ¿Debe creerse que la democracia conduce al utilitarismo? Opinión de Renan. Examen de esta opinión. Peligros de la democracia. Importancia de esta cuestión en las sociedades de América. Necesidad de que predomine en las sociedades la *calidad* sobre el *número*. El gobierno de las mediocridades; su odio contra toda noble superioridad. Verdadero concepto de la igualdad democrática. Siendo absurdo pensar en destruir esta igualdad, sólo cabe pensar en educar el espíritu de la democracia para que dominen los mejores. La democracia bien entendida es el ambiente más propio para la cultura intelectual. [22]

VI/ Los Estados Unidos como representantes del espíritu utilitario y de la democracia mal entendida La imitación de su ejemplo; peligros e inconvenientes de esta imitación. Los pueblos no deben renunciar en ningún caso a la originaliadd de su carácter para convertirse en imitadores serviles. Crítica de la civilización norteamericana. Sus méritos, su grandeza. Cita de Spencer. El defecto radical de esa civilización consiste en que no persigue otro ideal que el engrandecimiento de los intereses materiales. Exagera todos los defectos del carácter inglés. Carece de verdadero sentimiento artístico. No cultiva la ciencia sino como un medio de llegar a las aplicaciones útiles. Su intelectualidad está en completa decadencia. La moralidad de Franklin; consecuencias del utilitarismo en moral. La vida política de los norteamericanos. Predominio de los Estados del Oeste. Aspiración de los Estados Unidos a la hegemonía de la civilización contemporánea. Vanidad de esa aspiración. Relación entre los bienes materiales o positivos y los bienes intelectuales y morales. Resumen: la civilización norteamericana no puede servir de tipo o modelo único. [33]

VII/ No existe pueblo verdaderamente grande para la historia. sin un ideal desinteresado. No basta la grandeza material para la gloria de los pueblos. Ejemplos históricos. El pensamiento y la grandeza material de las ciudades. Aplicación de lo anterior a las condiciones de la vida de América. Confianza en el porvenir. La dignidad humana exige que se piense en lo futuro y se trabaje para él. Simbolismo de *Ariel*. [48]

MOTIVOS DE PROTEO [57]

Advertencia del autor [59]

Proteo [61]

I/ Reformarse es vivir. Nuestra transformación personal en el tiempo. — II. La voluntad rige esta transformación y la orienta. Persistencia indefinida de la educación. — III. Orden y medida en el cambio. La Curva. — IV. Armonía de las edades Ancianidad gloriosa. — V. Un friso del Partenón. — VI. De cómo el tránsito violento suele ser necesario. Ejemplo de él en el desenvolvimiento natural. — VII. Cambio consciente y orientado, siempre. — VIII. Mirando jugar a un niño. — IX. Sentido de esta parábola. — X. Actitud en la desilusión y el fracaso. Todo bien puede ser sustituido por otro género de bien. — XI. Don Quijote vencido. — XII. El dolor de una vocación defraudada. Las *reservas* de nuestro *espíritu*. — XIII. Aptitudes que se revelan con la pérdida de otras. — XIV. Obstáculos de orden moral que suscitan aptitudes nuevas. [63]

XV/ ¿Qué vienes de buscar?... — XVI. Hay una senda segura, y es la que va a lo hondo de uno mismo. — XVII. La respuesta de Leuconoe. — XVIII. Espacio, espacio es lo que te queda... — XIX. El conocimiento propio como antecedente de la acción. Amiel y Marco Aurelio. — XX. La sugestión social. — XXI. El «yo» ficticio. — XXII. La inscripción del Faro de Alejandría. — XXIII. ¡Ése no eres tú — XXIV. La multitud de los que se ignoran a sí mismos. — XXV. Peer Gynt. — XXVI. Nuestra complejidad personal. Nadie diga: «tal soy, tal seré siempre». — XXVII. El meditador y el esclavo. — XXVIII. ¿Nunca te has sentido distinto de ti mismo? — XXIX. Imposibilidad de una igualdad perenne. — XXX. El arte no puede reflejar más que, hasta cierto punto, la complejidad individual. — XXXI. Los pozos comunicantes. Ráfagas. — XXXII. Ventajas de la multiplicidad de nuestro fondo íntimo. — XXXIII. Momentos proféticos. XXXIV. El barco que parte. — XXXV. Cosas que desaparecen en nuestro abismo interior, y vuelven de él. Las pulvículas de lo inconsciente. — XXXVI. ¿Hay hecho pequeño?... Un vuelo de pájaros. — XXXVII. Semillas que desdeña el árbol. — XXXVIII. Fuerza de propaganda adscrita al acto más mínimo. — XXXIX. El hecho nimio y la invención. [79]

XL/ La vocación: su arraigo inconsciente. — XLI. Ausencia de vocación una y precisa, por universalidad de la aptitud. Espíritus universales. — XLII. A medida que la sociedad avanza, la vocación tiende a formas más definidas y concretas. — XLIII. El

porvenir. La esperanza en formas vivas. — XLIV. Augurios. Pasan los niños sublimes... — XLV. Augurios fatales. Las niñeces *proféticas*. — XLVI. Permanencia estática de una simiente apta para germinar. — XLVII. La autoridad paterna. Los *oblatos*. — XLVIII. Vocación anticipada a la aptitud. — XLIX. Ocasión preñada de destinos. — L. Fuerza del amor en la formación de la personalidad. — LI. La emoción del bárbaro. — LII. El amor y la civilización personal. — LIII. La leyenda del dibujo y de la imprenta. El amor en las vocaciones. — LIV. Amor y arte. — LV. El hecho provocador. El *anch'io*. La conversación; la lectura. — LVI. El *anch'io* que obra por contraste. «Si tú a la izquierda, yo a la derecha». [108]

LVII/ Acertar con el género de la vocación, y no con la especie. Determinación estrechísima de la aptitud; espíritus de un solo tema. — LVIII. Vocación que se define por eliminaciones sucesivas. — LIX. Vacilaciones que resuelve el azar. — LX. Falsa universalidad. La amplitud ha de manifestarse en la contemplación. — LXI. Elemento volitivo que incluye toda aptitud en acto. La vocación y los males de la voluntad. — LXII. Vocación truncada por deficiente voluntad. El amaneramiento. Ejemplos de modificación progresiva de la obra. El reposo del mediodía. — LXIII. Exceso de amor que paraliza la aptitud. — LXIV. El sueño de perfección y la voluntad ejecutiva. Dos linajes de artistas. *Luca, fa presto!* — LXV. La colaboración. Casos que la justifican. La amistad en arte y ciencia. — LXVI. Paso de una vocación a otra. De la acción a la contemplación; los grandes historiadores. De la contemplación a la acción. — LXVII. Del arte a la ciencia; de la ciencia al arte; del arte a las letras; de un arte a otra; de la producción a la crítica; de la ciencia a la fe religiosa. — LXVIII. Desdén o desamor por la aptitud que se tiene. Desproporción entre la vocación y la aptitud. — LXIX Vestigios de una primera vocación en otra que la sustituye. — LXX. Riesgos y engaños en el cambio de vocación. — LXXI. Desviaciones transitorias de la vocación, y utilidad que cabe en ellas. — LXXII. Voz inquietante. Los mármoles sepultos. — LXXIII. Las aptitudes perdidas en el fondo obscuro de la sociedad humana. La influencia negativa del medio social. — LXXIV. Lucha entre la aptitud individual y la resistencia del *medio*. El pesimismo de Larra. — LXXV. Superioridad posible de los incultos y los *autodidactos*. De cómo la cultura debe procurar parecerse a la ignorancia. — LXXVI. Engaños de la imitación cuando no se concilia con la autonomía de la personalidad. Falsedad radical de las *escuelas*. — LXXVII. Vocaciones malogradas. «Ven, muerte, tan escondida...» Andrés Chénier. — LXXVIII. Áyax. — LXXIX. Resumen: vocación y aptitud. [147]

LXXX/ Quien no avanza, retrocede. El cambio ha de armonizarse con el orden. La inquietud del febricitante. — LXXXI. Vulgar

facilidad para el cambio por deficiencia de personalidad. — LXXXII. Ejemplo típico de renovación personal. El espíritu de Goethe. — LXXXIII. El *dilettantismo*. Complejidad del alma contemporánea. — LXXXIV. Diferencia entre el *dilettantismo* y la renovación positiva de la personalidad. — LXXXV. Renovación falaz y artificiosa. Alcibíades. — LXXXVI. Los viajes como instrumento de renovación. Aureola o penumbra de nuestro «yo». — LXXXVII. La emancipación personal y la soledad. El monje Teótimo. — LXXXVII. La soledad y la permanencia en la patria. — LXXXIX. Los viajes y nuestra capacidad de simpatía. — XC. El viajero de vocación es un alma opuesta al asceta y el estoico. XCI. El *vagabondaggio*. — XCII. Los viajeros del Renacimiento. El *caminante:* Paracelso. El viajero de vocación es siempre el *caminante*. — XCIII. Viajeros que, a su vuelta, magnetizan una sociedad. Contrarias formas de esta influencia. — XCIV. Los viajes en la educación del artista. — XCV. Naturaleza y arte: Italia; Milton; Goethe. — XCVI. Inconfundible sello de los viajes en la obra artística. — XCVII. Los viajes en la revelación y el desenvolvimiento de las vocaciones científicas. Montesquieu; Stuart Mill. [189]

XCVIII/ Almas simples e inmutables: una sola idea; un solo impulso de pasión. Sublimidad posible de estos caracteres. — XCIX. Cabe también en ellos cierto género de gracia. La manzana de Safo. — C. Dos distintas especies de almas entusiastas. Los seis peregrinos. — CI. Necesidad de un principio director en el espíritu de cada uno de nosotros. Este principio puede ser inconsciente. — CII. La influencia del techo. De cómo un principio director influye en todo lo del alma, sin necesidad de quedar solitario y único. — CIII. El enamorado y la omnipresencia de su pasión. — CIV. Una vocación suscita otras. Asociación o subordinación de vocaciones. Casos en que coexisten sin asociarse. — CV. Vocaciones de arte y ciencia que se subordinan a la vida de acción. Diferentes vocaciones activas que se auxilian y complementan entre sí. Fecundidad de la unión de dos elementos contradictorios en una vocación compleja. — CVI. Vocaciones activas subordinadas a las de la ciencia y el arte. — CVII. Subordinación de una vocación artística a otra científica, y de una científica a otra artística. Asociación de diferentes vocaciones artísticas entre sí. Vocación de un arte interpretativa unida a la de la correspondiente arte arte creadora. Auxilios que se prestan la aptitud de producir y el entendimiento crítico. — CVIII. Asociaciones permanentes entre las diferentes aptitudes científicas. Asociaciones puramente históricas o accidentales. La ciencia teórica y la facultad de su aplicación utilitaria. La facultad de enseñar, etc. — CIX. Coexistencia de una vocación verdadera y otra falsa. — CX. Otro punto de vista en la coexistencia y asociación de vocaciones. [216]

CXI/ Virtud disciplinaria de toda potencia ideal que nos gobierna. — CXII. La disciplina del amor y la calidad del objeto en que el amor se cifra. — CXIII. De cómo una potencia ideal evita la pérdida de infinitas minuciosidades de nuestra actividad interna. — CXIV. Hylas. — CXV. Convicción, fe. La tolerancia y cómo ha de entendérsela. — CXVI. Toda fe o convicción ha de ser mdificable y perfectible. La sinceridad consigo mismo. — CXVII. No es la convicción más honda la más igual y tranquila. — CXVIII. Las petrificaciones orgánicas. Fe petrificada. Los que *creen que creen.* — CXIX. Empezar por la simulación y acabar por la sinceridad. — CXX. Posible autosugestión en el apóstol. Una anécdota de Rousseau. — CXXI. Proposición de un soliloquio fecundo. ¡Ayúdate de la soledad y del silencio! . . . CXXII. "Jubileo" que debería existir. — CXXIII. No hay convicción tal que puedas dejar de trabajar sobre ella. — CXXIV. Una convicción bien adquirida es trabajo acumulado. — CXXV. Voces que se oponen a la emancipación de una conciencia. Primera voz: la del orgullo. — CXXVI. Segunda voz: "¡Apóstata, traidor!". — CXXVII. La despedida de Gorgias. — CXXVIII. "Aún tendría otras cosas que deciros, mas no podríais llevarlas". — CXXIX. La idea que se organiza en escuela o partido, pierde fatalmente parte de su esencia. Nombres que engendran odio. — CXXX. Inconsecuencia aparente y perseverancia esencial. — CXXXI. Apostasía con disfraz de constancia. — CXXXII. Los amigos de Pirrón. — CXXXIII. Tercera voz: ternura y gratitud. Cómo un primer amor puede vivir al través de los que le suceden. — CXXXIV. Vestigio inmortal que deja de su paso toda fe sincera. — CXXXV. Cuarta voz: temor a la soledad y el desamparo. Los tres cuervos del descubrimiento de Islandia. — CXXXVI. En el fuerte, la duda no es desconcierto ni ocio. La duda laboriosa es, como la fe, principio de disciplina. — CXXXVII. La idea, para ser eficaz, ha de acompañarse del sentimiento. El guijarro y el árbol. — CXXXVIII. Conversiones livianas. La imaginación y la sensibilidad en la conversión. — CXXXIX. La idea puede suscitar el sentimiento. Contradicciones de su disolución. — CXL. Lucrecia y el mago. — — CXLI. Ante los muros de la cárcel. El criminal heroico. Fatalidad de un momento. El epiléptico en la tumba. — CXLII. Tentaciones regresivas en la conversión incipiente. — CXLIII. Un amplio dón de expresión como incentivo de falsos cambios de ideas. — CXLIV. La apostasía venal. — CXLV. La pasión de Peregrino. Apostasía por codicia de fama. La *falsa fuerza:* la *falsa originalidad.* — CXLVI. Paradoja sobre la originalidad. — CXLVII. Versatilidad que remata en convicción firme y segura. [250]

CXLVIII/ La vida es arte supremo. — CXLIX. El primer instrumento de la regeneración es la esperanza de alcanzarla. CL. La esperanza, como luz; la voluntad, como fuerza.

Omnipotencia de la voluntad. — CLI. La pampa de granito. — CLII. Sentido de esa parábola. — CLIII. La voluntad colectiva. Un milagro del mapa. — CLIV. La personalidad en los pueblos. — CLV. El genio nacional. — CLVI. Cambiar sin descaracterizarse. — CLVII. Cuadro de otoño — CLVIII. Final. [312]

---

CRONOLOGÍA [317]

Título: Ariel. Motivos De Proteo
Editorial: Ayacucho, Venezuela
Lugar de edición: Caracas, Venezuela
Año de publicación: 1985
ISBN 10: 8466001395 / ISBN 13: 9788466001397